6-5-17

HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO XIX.

6-5-17

HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO XIX.

Stat sua cuique dies.

VIRG.

HISTORIA UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

TERMINANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

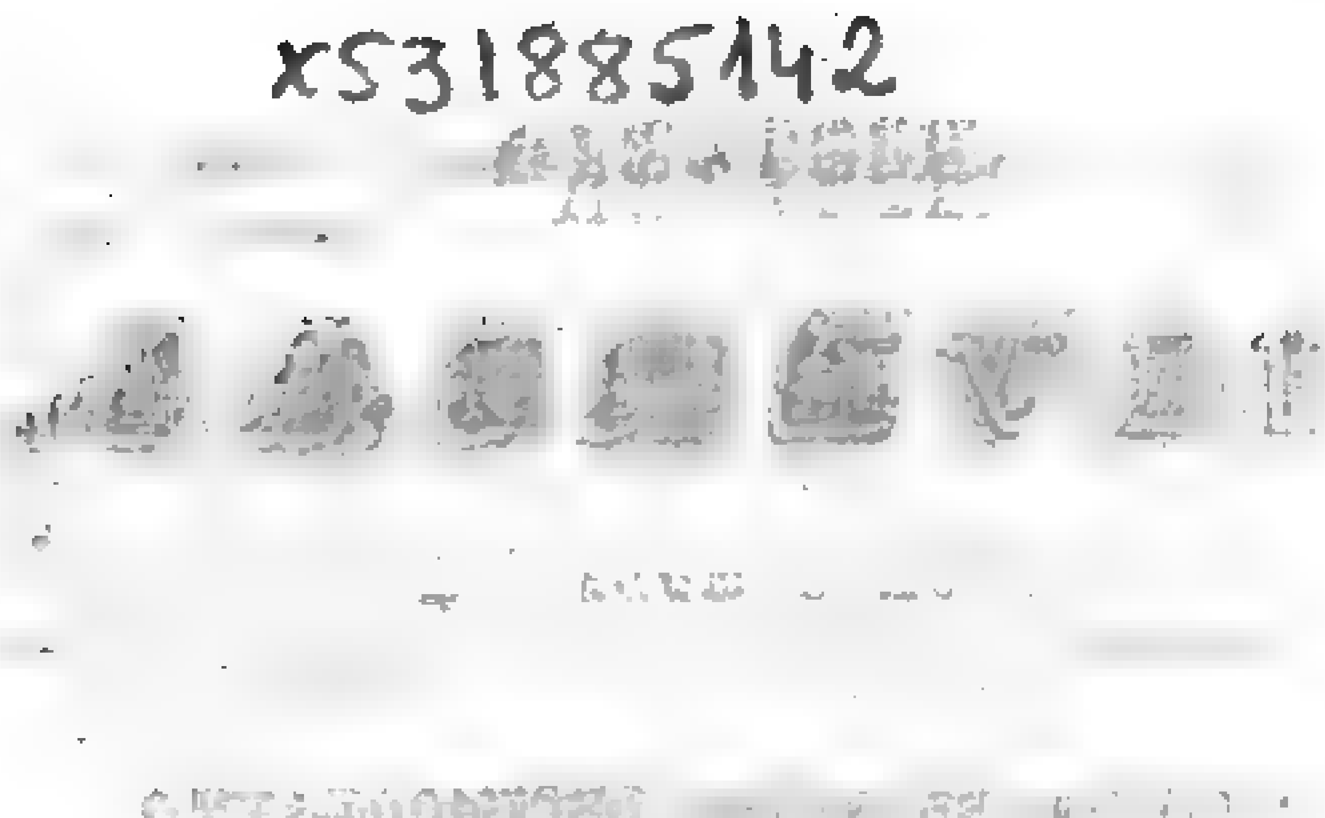
POR UNA SOCIEDAD HISTORIÓGRAFA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS, NACIONALES Y EXTRANJERAS.

MADRID:
1843.



Oficina del Establecimiento Central, calle de Atocha, núm. 65, cuarto principal.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO DECIMOQUINTO.

CAPITULO UNICO.

COMPENDIO DE LA HISTORIA DE LOS CALIFAS.

Habiendo seguido en el curso de esta historia el plan del conde de Segur, interrumpimos como él la continuacion de los sucesores de Mahoma, cual se vé en el tomo XVI, y solo nos ocupamos de los emperadores de Constantinopla asistiendo á su moribundo imperio; pero luego que esta soberbia capital ha caido en poder de los cruzados, conveniente nos ha parecido adoptar el pensamiento del señor Lista, que intercala en su no muy fiel traduccion de dicho Segur, una sucinta narracion de la inmensa monarquía, que con tanta prontitud formaron los árabes, y que del mismo modo se desmembró y subdividió.

El conde de Segur, (dice el ilustre literato señor Lista), en la descricion que hace del sistema relijioso y político de Mahome, esplica muy bien la influencia del seudoprofeta en el fanatismo, conquistas y civilizacion de los árabes; pero se olvida de un principio deletéreo, envuelto en la doctrina musulmana, y que se manifiesta en toda la historia de los pueblos que

han abrazado esta creencia. Ofreciendo Mahoma por base á la organizacion social de su pueblo, los dos ajentes mas poderosos de la naturaleza umana, que son la gloria y los placeres, consiguió reunir las tribus dispersas, dar un cimiento duradero á su doctrina relijiosa, y formar un pueblo de conquistadores; pero no supo dar un cimiento sólido á la autoridad política que creára.

Si la espada y la voluntad de Dios manifestada por los hechos, eran las únicas garantías del poder, segun las mácsimas del Coran, una espada feliz contraria al poder, y la victoria intérprete siempre para los musulmanes de la voluntad divina, lejitimaban la usurpacion. No de otro modo se esplica la facilidad con que se desmembró el imperio de los califas, y la elevacion y caida rápida de las dinastías que se sucedieron en este pueblo, mas numerosas que en otro alguno. La clave de la historia de los árabes está en el precepto de la conquista, y en el dogma del fanatismo. Unos hombres de ardiente fantasía y ajitados del espíritu de su relijion, debieron vencer rápidamente á pueblos envejecidos en la molicie; pero no teniendo otra regla de gobierno que la espada y la victoria, debieron dividirse y decaer aceleradamente.

Aunque Mahoma fué el fundador de la monarquía de los árabes, la historia no le reconoce con el título de rey, ni de califa que tomaron sus sucesores. Los maometanos solo le dan el nombre de *Al-Nabi* ó el profeta.

Hemos dicho en la pájina 147 del tomo XVI de esta historia, que la época de los anales musulmanes principia en la Ejira ó fuga de Mahoma á Medina. Tambien dejamos narrado el modo sorprendente con que supo someter á su creencia todas las tribus árabes que abitaban desde el desierto de Siria hasta las fronteras del Yemen, formando de todas ellas un cuerpo de nacion. Continuamos hablando de los inmediatos sucesores del nuevo lejislador, y suspendimos nuestra narracion en la muerte de Moavia II, como puede verse en la pájina 35 del tomo XVII.

MERVAN I. — Los grandes y nobles de Damasco, habiéndose negado Moavia á nombrar un sucesor, elijieron á Mervan ó Marvan (1), de la misma fami-

(1) Véase á D'HERBELOT, *Bibliotheque Orientale*.

lia de los Omeyas (1). Era hombre ya entrado en edad y poco ambicioso: inclinábase á terminar las discordias civiles reconociendo á Abdalá, califa de Arabia, cuando la política sanguinaria de éste, la defensa de su propia vida y la conservacion de su familia le obligaron á sostener con las armas la eleccion que de él se habia hecho. En efecto, Abdalá declaró que no dejaria vivo á ninguno de la familia de los Omeyas, en venganza de la muerte de Hossein. Mervan, habiendo derrotado en Siria á los partidarios que tenia Abdalá en esta provincia, penetró en Ejipto, y lo subyugó, mientras sus lugartenientes derrotaban á Suleiman, jefe de los shiitas ó sectarios de Alí, que se habian levantado en Cufa contra ambos partidos. Durante esta guerra civil, el Korasson, que es la parte oriental de Persia, nombró protector á su gobernador Salem, y se mantuvo en tranquilidad. Cuando Mervan se preparaba á entrar en Arabia, murió habiendo reinado cerca de un año.

ABDELMELIC. — (685) Sucedióle su hijo Abdelmelic. La primera operacion de su reinado fué establecer la peregrinacion de los maometanos de Siria á la mezquita de Jerusalen, para impedir que peregrinando á la Meca, tuviesen comunicaciones con los que seguian las banderas de su competidor Abdalá. Los sectarios de Alí, despues de la muerte de Suleiman, tomaron por jefe á Moctar, y se hicieron fuertes en Cufa, centro y capital de aquel partido. Abdalá, para disminuir el número de sus enemigos, solicitó alianza con Moctar, que habia vencido y muerto á Obeidallah, lugarteniente del califa de Damasco. Pero el gobierno tiránico de Moctar irritó de tal modo á los abitantes de Cufa, que imploraron el socorro de Muza, ermano del califa de la Meca, gobernador de Basora. Este se pone con sus tropas en campaña, vence y da muerte á Moctar, y allana todo el Irak Arabí á la obediencia de Abdalá.

Al año siguiente se levantó en las provincias occidentales de Persia una secta musulmana, llamada de los *azarakitas*, que detestaban todo gobierno temporal, principalmente el de la familia de los Omeyas. Infestaron el Irak Arabí, la Mesopota-

(1) No de los Omniades como hemos dicho por equivocacion en otro lugar. V. páj. 35, tom XVII.

mia y el Korassan; pero vencidos primero en esta provincia y despues cerca del Tigris, huyeron al Kerman, y se disiparon en el desierto de Persia. Llamábanse azarakitas de Nafe, fundador de esta secta é hijo de Azarak. Reconocian la autoridad espiritual de los califas; mas no su reinado temporal.

Abdelmelic, apenas se puso en marcha contra Muza y Abdalá, tuvo que volver á Damasco, porque Amrú á quien habia dejado por gobernador de esta capital, se rebeló y se hizo dueño de ella. Fácilmente se redujo á la obediencia; pero el califa, no olvidando su traicion, á pesar del tratado hecho con él, le dió muerte con su propio acero. En este tiempo Leoncio, lugarteniente de Justiniano II, penetró en Siria y Armenia, y Abdelmelic, por no pelear á la vez contra tantos enemigos, asentó paces con el imperio, y marchó contra Muza, á quien venció y dió muerte en la célebre batalla de Maken, ciudad colocada sobre el Eufrates, no lejos de las ruinas de Palmira, y se hizo dueño del Irak Arabí y del Pérsico. Es verdad que estas provincias fueron infestadas segunda vez por los azarakitas; pero los lugartenientes de Abdelmelic los vencieron y auyentaron. Al-lajas, capitan célebre de aquel siglo por su valor y su crueldad, recibió órden del califa para someter la Arabia: marchó á la Meca con poderoso ejército, la sitió y tomó, y envió á Abdelmelic la cabeza de su competidor Abdalá, que habia disputado nueve años la corona á la familia de los Omeyas.

Entretanto el califa derrotó á Abdalá, hijo de Hacim, que se habia hecho fuerte en el Korassan, y logró reunir de esta manera todo el imperio maometano y libertarlo de la desmembracion que le amenazaba. Algunas rebeliones, restos del anterior incendio, fueron sofocadas con facilidad; y Abdelmelic pudo emprender la guerra contra los cristianos, llamada guerra santa entre los musulmanes. Pocos progresos pudieron hacer los maometanos en las fronteras del imperio de Oriente por el valor de Heraclio, ermano y jeneral de Tiberio III, que penetró en Siria y asoló esta provincia; pero en Africa hicieron grandes conquistas, y afirmaron su dominacion. El mismo Abdelmelic, en el año que reinó su padre, habia ya recobrado á Cáirvan, siendo gobernador de

Ejipto; pero cuando volvió á Siria á ceñirse la corona, su lugarteniente Zohair fué vencido y muerto por los berberiscos. Sabida esta desgracia, dió Abdelmelic el mando de Ejipto y Africa á Hassan, el cual sitió y tomó á Cartago, y quebrantó las fuerzas de los mauritanos en una gran batalla. Sus servicios fueron mal premiados. Abdalazis, ermano del califa, pidió y obtuvo el gobierno de aquella conquista, despojó á Hassan de su autoridad y de todos los bienes que habia adquirido, y dió el cargo de concluir la subyugacion de Africa al célebre caudillo Muza ó Musab, hijo de Noseir.

Este hombre, tan ábil político como valiente jeneral, tuvo arte para persuadir á los berberiscos que tenian su antiquísimo orijen en Arabia, y que así, siendo ermanos de los árabes, debian vivir bajo la misma ley y gobierno. De este modo los unió definitivamente al imperio de los califas, y los hizo alistarse en los ejércitos musulmanes. Con este aumento de fuerzas y nuevas tropas que llegaron de Siria y Ejipto, sometió todas las tribus de Dara, Zaara y Tafilete, y envió á su hijo Abdalazis á someter el pais de Sus, que es lo mas occidental de Mauritania, donde despues se fundó la ciudad de Marruecos: empresa que aquel jóven guerrero, digno de su padre, concluyó con toda felicidad el mismo año que falleció el califa Abdelmelic, que fué el 86 de la ejira.

Valid i. — (705) Durante los diez años del reinado de Valid I, hijo y sucesor de Abdelmelic, se estendió prodijiosamente el imperio de los califas. En las fronteras del imperio griego, aflijido entonces con frecuentes revoluciones y mudanzas de príncipes, no pudieron sin embargo los maometanos hacer otra guerra que la de saqueo; pero dejaron taladas y casi desiertas las provincias de Capadocia, Cilicia y Galacia. Catiba, gobernador de la Persia oriental, venció á los tártaros y turcos que habian penetrado en las provincias del Mawalnar, durante las guerras civiles de Abdalá y Abdelmelic, y recobró dichas provincias y afirmó en ellas el imperio de los árabes. Mahomet, otro lugarteniente de Valid, conquistó el Sejestan, el Mecran y una parte de la India. Pero la mas importante adquisicion que en este tiempo hicieron los musulmanes, fué la de España, donde arruinaron la

monarquía de los visigodos, la primera que fundaron los pueblos del setentrion en el occidente europeo.

(1) Reinaba á la sazon en la península Rodrigo, lanzada del trono la familia de su antecesor Witiza, á quien los godos quitaron el cetro por sus vicios y su crueldad. Todos los historiadores, así españoles como árabes, aseguran que Muza, gobernador de Africa, despues de haberse apoderado de la Mauritania Tinjitana, que pertenecia á los reyes de España, recibió propuestas de muchos señores godos para que pasase á este pais, mostrándole la facilidad de la empresa y ofreciéndole sus ausilios. Estos proponedores fueron probablemente los hijos de Witiza y sus partidarios, ó con la esperanza de vengarse, ó con la de recobrar su autoridad por el ausilio de los árabes. Así debe desterrarse á la coleccion de las fábulas musulmanas, los amores de Rodrigo con Florinda, hija del conde Julian, y la alevosa venganza de este magnate: bien que atendida la corrupcion de costumbres que introdujo en España el reinado de Witiza, no tenga nada de improbable aquella novela (2).

Muza dió parte al califa Valid de la propuesta que le hacian, y habiendo recibido su permiso para intentar aquella empresa, y hacer un primer ensayo con poca jente, por si las ofertas eran insidiosas, envió al caudillo *Tarik Ben Zarca*, célebre ya por la conquista de Tánjer, con quinientos jinetes árabes á la Andalucía. Esta primera entrada, que se verificó en 710 con toda felicidad, les dió idea de la fertilidad del pais; pues corrieron gran parte de las marinas del mediodia, y se retiraron con grande botin, sin haber hallado oposicion. Volvió Tarik á España con un ejército mas poderoso al año siguiente, desembarcó en la punta de Europa, cuya poblacion tomó de él el nombre de Jabal Tarik (*Jibraltar)*, ó monte de Tarik (3), venció á Teodomiro, jeneral godo, que le salió al encuentro (llamado Tadmir por los árabes), y desembocó en las llanuras de Sidonia. Rodrigo acudió con todo su ejército á oponerse

(1) Lista.

(2) Al hablar de España espondremos algunas especies particulares que esclarecerán este punto histórico.

(3) Los moros le dieron el nombre de *Jabal Elfathi* ó monte de la victoria ó la conquista.

á esta repentina invasion, y en las orillas del Guadalete se dió una sangrienta batalla, que duró tres dias y decidió para ocho siglos la suerte de la península. En ella pereció el antiguo reino de los godos. Los historiadores árabes dicen que Rodrigo murió en el combate, y que Tarik envió su cabeza al gobernador de Africa: lo cierto es que no se volvió á saber de aquel desgraciado príncipe.

Muza, envidioso del vencedor, y deseando gozar de los frutos de la victoria, mandó á Tarik que no penetrase mas adelante en la península, y pasó á ella con diez mil caballos y ocho mil peones. Entretanto Tarik, que con anuencia de los jefes de su ejército desobedeció las órdenes de Muza, dividió sus tropas en tres cuerpos, de los cuales se dirijió el uno por las playas del Mediterráneo, el otro por las orillas del Betis; y el tercero, á las órdenes del mismo Tarik, marchó contra Toledo. Ninguna ciudad hizo resistencia considerable sino las de Ecija y Córdoba: las demás capitularon. Muza, indignado de la desobediencia de Tarik, determinó conquistar las provincias donde aquel jeneral no habia estado: tomó por composicion á Sevilla, Carmona, Nieble y Huelva, penetró en Lusitania, ocupó á Beja, y solo halló resistencia en Mérida, ciudad que era á la sazon una de las principales de España. Durante el sitio de esta plaza le llegó un refuerzo de siete mil caballos africanos y muchos flecheros berberiscos, mandados por su hijo Abdalazis: los de la plaza decayeron de ánimo viéndose sin esperanza de socorro, y capitularon con onrosas condiciones. Muza envió á su hijo á castigar la plebe de Sevilla, que se habia tumultuado, y pasó despues á tierra de Toledo. Tarik salió á recibirle á Talavera: el gobernador de Africa le destituyó y dió á Muqueiz el mando del cuerpo que guerreaba bajo sus órdenes.

Entretanto Abdalazis, sosegadas las cosas de Sevilla, pasó al territorio de Jaen, venció á Teodemiro, que se habia hecho fuerte en las asperezas de la sierra de Segura, y asentó paces con él, dejándole el señorío de los paises que componen gran parte del actual reino de Murcia, á condicion de pagar un tributo. Revolviendo despues sobre su derecha, completó la conquista de Andalucía con la toma de las ciudades de Baza, Guadij, Jaen, Elvira (la antigua

Iliberis), Granada (entonces pequeña fortaleza), Antequera y Málaga. El califa Valid desaprobó el encono de Muza contra Tarik, y le envió órdenes para que le restituyese el mando de su ejército. Muza obedeció: repartieron las tropas, y Tarik marchó al Oriente contra Zaragoza, y Muza al Occidente. En esta doble espedicion cayeron bajo el dominio de los musulmanes todas las ciudades de España, colocadas en las orillas del Duero, Ebro, Guadelaviar y Júcar: Muza estendió sus conquistas por la parte occidental hasta Astorga, y despues pasó á ausiliar á Tarik en el sitio de Zaragoza, que no tardó en rendirse. Conquistaron despues el Aragon y la Cataluña hasta los Pirineos, y aun hay historiador árabe que dice que Muza penetró en la Galia gótica, y se apoderó de Narbona. Fué venturoso para la banda setentrional de España, que se estiende desde Galicia hasta los montes de Sobrarbe, que los maometanos dirijiesen sus miras á subyugar á Francia, país mas rico que las montañas de Asturias, Cantabria y Navarra; pues así pudieron acojerse á aquellas ásperas rejiones, que por otra parte estuvieron muy poco tiempo sometidas á los romanos y godos, y algunas nunca, los tristes restos del valor y de la monarquía goda, y tuvieron tiempo y oportunidad para fortalecerse de tal manera, que nunca los árabes pudieron desalojarlos de sus riscos inespugnables. En aquella cuna montaraz crecieron entre el ruido contínuo de las armas las pequeñas monarquías de Leon, Navarra y Aragon; y cuando las guerras civiles y la afeminacion de los maometanos debilitaron sus fuerzas, se lanzaron los éroes españoles desde sus peñascos y castillos, se hicieron fuertes en las llanuras del Duero, luego en las del Tajo, y últimamente en las del Guadalquivir, hasta que lograron arrojar sus eternos enemigos á los arenales del Africa.

Muza y Tarik, amistados solo en la apariencia, no cesaban de escribir al califa cartas en que se denigraban recíprocamente. Valid llegó á conocer que la seguridad de las tierras nuevamente conquistadas ecsijia apartar de ellas á caudillos tan discordes, y mandó venir ambos á Damasco. Muza dejó á Abdalazis por gobernador de España. Tarik fué mejor recibido que su émulo por el califa Valid; mas este murió poco tiempo

despues, habiendo estendido, sin moverse de su capital, las fronteras del imperio árabe mas que ninguno de sus predecesores.

Soliman. — (714) Sucedióle su ermano Soliman. El suceso mas notable de su reinado fué el segundo cerco puesto á Constantinopla por los árabes. Acometióla su ermano Moslema ó Mossalaimah con poderoso ejército, despues de haber atravesado el Asia menor, y tomado en ella un gran número de plazas; pero el fuego griego, el valor de Leon el Isáurico, emperador de Oriente, y de los búlgaros, aliados á la sazon con los griegos, y que acudieron en gran número á la defensa de la capital, obligó á los sarracenos á levantar el sitio con mucha pérdida. Entretanto los lugartenientes del califa conquistaron la Jeorjia y el Tabaristan, y se hicieron dueños de la costa occidental del mar Caspio.

Muza, principal motor de la conquista de España murió en Damasco de la pesadumbre y enojo que le causó la confiscacion de sus bienes, y la deposicion de sus hijos y parientes de los gobiernos que obtenian en Africa. Tarik, su émulo, le acusó y convenció de rapiñas hechas á los pueblos conquistados y al erario público en sus espediciones militares; y esta fué la causa de la desgracia de aquel caudillo y de toda su familia. Abdalazis, mas temible por mas lejano, y por tener á sus órdenes un ejército mas poderoso, fué asesinado por órden del califa, que llevaron á la península sus comisarios. En el breve tiempo de su gobierno, dicen los autores árabes, que adelantó la conquista hasta los estremos de Lusitania y playas del mar Océano, y que sus caudillos corrieron todas las tierras del Norte hasta Pamplona, saqueando y allegando mucho botin: mas nada hablan del levantamiento de Pelayo en Asturias, y de Garci Jimenez en las montañas de Jaca, ni de las victorias que consiguieron contra los árabes, dando principio á las dos nobilísimas monarquías de Navarra y Leon. A Abdalazis sucedió interinamente en el gobierno de España, por nombramiento de los jefes del ejército, Ayub, sobrino de Muza, que edificó la ciudad y fortaleza de Calatayub, hoy Calatayud, junto á las ruinas de la antigua Bélbilis.

Omar II. —(718) Este era hijo de Abdalazis, y nieto del califa Mervan, y fué nombrado

por el testamento de Soliman, su primo ermano, su sucesor en el trono. A Ayub, porque era de la familia de Muza, se le quitó el gobierno de España y se dió á Alhaur, el cual pasó los Pirineos, tomó á Narbona, y llegó con sus armas victoriosas hasta las orillas del Garumna. Omar, príncipe virtuoso, umano y tolerante, reinó poco mas de un año.

Yezid ii.—(719) A Omar sucedió su primo ermano Yezid, ó Jezid-Ben-Abdalmalek, ermano de los califas Soliman y Valid, é hijo del califa Abdelmelic. Su reinado fué quieto, á escepcion de una rebelion en Basora, que fué prontamente sosegada, y de una invasion de los turcos en el Aderbijan ó Media, de donde los arrojó Moslema, ermano del califa.

En España fué depuesto del gobierno, á causa de su crueldad y avaricia, Alhaur, y le sucedió Alsama, que entró con poderoso ejército en la Galia Narbonense, corrió la comarca de Carcasone, y puso sitio á Tolosa; mas fué vencido y muerto en una gran batalla, dada junto á esta ciudad por Eudes, duque de Aquitania, á quien los historiadores árabes llaman Señor de Afrac. Heschem, ó Hicsem, segundo califa de España, habiendo posteriormente conquistado á Tolosa el año 177 de la Ejira, hizo llevar de ella por sus abitantes los materiales que sirvieron despues para la construccion de la gran mezquita de Córdoba. Los sarracenos se retiraron á Narbona, y por sucesor del jefe Alsama elijieron á Abderramen, nombramiento que fué aprobado por el gobernador de Africa; al cual desde el principio de la conquista estuvo subordinado el gobierno de España.

Yezid tuvo dos concubinas á quienes amaba en estremo, la una llamada *Selamah* y la otra *Hababah*. Esta fué causa de su muerte. Kondemir refiére el suceso en estos términos traducidos del persa. Estando Yezid en la Palestina divirtiéndose en un jardin con una de sus mujeres á quien locamente amaba, le sirvieron unas cuantas frutas de las mejores del pais. Tomó él una uba y la tiró á su querida: esta la cojió y la metió en la boca, pero tragándosela sin mascar se le atravesó y la privó del aliento, causándole la muerte en un instante. Sorprendido Yezid de un accidente tan funesto, cayó en un estremo tal de tristeza, que lloró amargamente la pérdida de su amable objeto; y

el trasporte de su amor y su dolor fué tal que creyó no poder vivir sin tener cerca de sí el cadáver. Así lo hizo por una semana entera, y sin las instancias que le hicieron sus criados, que no podian tolerar el hedor, nunca hubiera permitido la enterrasen; pero el sepulcro no pudo curar su frenesí; quiso hacerla desenterrar; y aumentándose su dolor de dia en dia, lo condujo por último al sepulcro despues de cuatro años de reinado.—A pesar de la rota de Tolosa, conservó Abderramen las conquistas que los árabes habian hecho en la Galia Narbonense.

Hicsem ó hescham. —(723) A Yezid II sucedió su ermano Hicsem, hijo tambien de Abdelmelik. En este reinado belicoso y turbulento, empezó á desplomarse el inmenso imperio de los árabes, que comprendia entonces desde las orillas del Ródano, en Francia, dando la vuelta por España, Africa y Ejipto, hasta el Asia menor, el Cáucaso, el mar Caspio, la gran Bucariá y el Indo; además de las innumerables colonias musulmanas que reconocian la autoridad del califa en los desiertos de Africa, en las playas orientales de este parte del mundo, y en las islas y continente del Indostan. El señor de Damasco peleaba á un mismo tiempo con los turcos en los desfiladeros de Derbend al pie del Cáucaso, con los griegos en las llanuras del Asia menor, con los españoles, reliquias de la sangre goda, en las montañas de Asturias, Navarra y Aragon, y con los franceses en las orillas del Garona y del Loira; y solo habia costado un siglo de combates la fundacion de tan vasto imperio. Pero apoyado sobre el fanatismo, poderoso lazo social de todos los pueblos y principalmente de los árabes, debió desbaratarse y desacerse con la misma prontitud que se habia formado, apenas cesase el influjo de aquella pasion nacional, y recobrasen su imperio los estímulos de la ambicion individual.

El primer golpe que recibió la monarquía árabe fué la célebre batalla de Poitiers, ganada en 732 por Cárlos Martel contra el ejército de cuatrocientos mil hombres, con que penetró en Francia Abderramen, gobernador de España, y uno de los sucesores del otro Abderramen, que gobernó los árabes de la Península despues de la muerte de Alcama en la batalla de Tolosa. La derrota de los sarracenos fué tan terrible como lo prueban sus efectos; pues desde entonces

defendieron mal, y últimamente perdieron todo lo que poseian al otro lado de los Pirineos; y así no parece exajerado el número de trescientos mil árabes, que algunos autores aseguran haber perecido en aquel terrible combate. Débiles resarcimientos por tan gran pérdida fueron la conquista de Derbend, ciudad situada en la costa occidental del mar Caspio; y la de Sicilia, lograda por el gobernador de Africa. En el Asia menor peleaban los árabes contra Leon el Isaurio (Coprónimo) con vario suceso; pero mas contrario á los musulmanes que favorable; pues perdieron una gran batalla en Sinnada, ciudad de Frijia, y cuando vencian, no lograban mas ventaja que el botin allegado de la tala de los campos y los saqueos de las ciudades.

El desastre de Poitiers desenvolvió los funestos efectos del vicio radical del gobierno; vicio solapado antes por la victoria. Vióse obligado el califa Hicsem á separar la España del gobierno de Africa, porque los gobernadores de este pais, poseidos de la avaricia, vendian por dinero los empleos de la península, y enviaban á ella hombres mas dispuestos á esprimir de los pueblos el oro que les habia costado su dignidad, que á sostener la gloria de la monarquía. Pero la providencia de la separacion dió orijen á nuevos inconvenientes. Como España distaba tanto de la corte de los califas, sus gobernadores obraban como si fuesen reyes del pais: los caudillos inferiores, ó con la esperanza de sucederles ó por vengar injurias particulares, los acusaban al califa: era imposible á tanta distancia, y enmedio de pasiones tan fieras y encontradas, descubrir la verdad: las decisiones del príncipe eran, jeneralmente hablando, dictadas por los intereses particulares, injustas y mal obedecidas. En fin, las provincias lejanas del imperio iban caminando ó á la anarquía ó á la independencia.

Los historiadores árabes hablan confusamente de la guerra que en el reinado de Hicsem hicieron los sarracenos contra los cristianos del norte, y aun suponen que los vencieron y encerraron en sus montañas; mas nada dicen de las victorias que Alonso I el Católico logró contra los árabes, ni de la estension que dió á la pequeña monarquía de Asturias, conquistando muchas ciudades de Galicia y la provincia de Leon.

En este califado empezaron á ser mas frecuentes las rebeliones en el imperio sarraceno. La que dió mas cuidado, por mas inmediata al corazon de la monarquia, fué la de Zeide, bisnieto del califa Alí, en el Irak Arabí; pero al acercarse las tropas de Hicsem, le vendieron los de Cufa, como habian vendido á su abuelo Hussein, y fué muerto en un combate. Mas terrible y sangrienta fué la rebelion de los berberiscos en Africa, que capitaneados primero por Kaled el Zenete, y despues por Baleg, sostuvieron la guerra contra los gobernadores del califa con vario suceso, hasta que vencidos en Africa, pasaron á España, donde reunidos con los descontentos del gobernador Abdelmelik Alcolan, que eran muchos, entablaron la guerra, ganaron dos batallas, sitiaron á Córdoba que era entonces centro del poder musulman en España, y obligaron al pueblo sitiado á que les entregase al gobernador Abdelmelik.

Este infeliz fué degollado por los rebeldes. Abderramen, otro caudillo de su ejército, le vengó derrotando completamente á los rebeldes en los campos de Calatrava. Baleg murió en el combate, y los pocos que escaparon de él se reunieron con Taalaba y Habid, jefes tambien de los rebeldes, los cuales resucitaron su partido y pusieron sitio á Mérida. La batalla de Calatrava se dió el año 125 de la Ejira, el mismo en que falleció el califa Hicsem despues de haber visto y llorado la muerte de su ermano Moslemo, que en aquellos tiempos fué el éroe del islamismo. Era Hicsem tan amigo de atesorar, que ha pasado en la historia por un avaro. Dícese que él mismo conservaba las llaves de sus cofres, por lo cual al morir no hallaron un lienzo para envolverlo. En la avaricia le imitaron los gobernadores de las provincias. La rebelion de los berberiscos no tuvo otro orijen sino las vejaciones que sufrian por la avaricia de Amer el Muradi, gobernador de Tánjer.

Valid II. —(742) A Hicsem sucedió su sobrino Valid, hijo del califa Yezid II. El reinado de este príncipe pródigo, desonesto, entregado á la crápula y la embriaguez y menospreciador de toda relijion, no duró mas de un año. Los sirios se rebelaron, colocaron en el trono á Yezid, su primo, ermano é hijo de Valid I, y le dieron muerte en Basora donde se hallaba á la sazon. El único suceso notable

de su gobierno fué la muerte de Yahie, hijo de Zeide y bisnieto de Hussein, el cual habiendo perecido su padre en Cufa, se retiró al Korassan con algunos de sus partidarios, y fué derrotado y muerto por un destacamento del ejército del califa.

YEZID III. — (743) Reinó solo seis meses y murió de peste. La Siria fué teatro de una guerra civil entre el califa y Soliman, hijo de Hicsem, determinado á vengar la muerte de Valid II y á sucederle.

IBRAHIM. — Ibrahim, ermano de Yezid III, fué proclamado califa. Soliman se reunió con él contra Mervan, hijo de Mahomet y nieto de Mervan I, que socolor de vengar la muerte de Valid II, y de colocar en el trono á uno de sus hijos presos en poder del califa, reunió las huestes de Persia y Mesopotamia, derrotó á Soliman y depuso á Ibrahim. Habian ya perecido en la prision, por órden del califa, Otman y Hazem, hijos de Valid II, y Mervan se ciñó la corona.

Entretanto Hantala, gobernador de Africa, derrotó en dos grandes combates á los berberiscos insurjentes y los sometió. Los musulmanes de España le pidieron un caudillo, capaz de ajustar las desavenencias de los jefes, y les envió á Abu'l-Catar, el cual sosegó por algun tiempo las disensiones, sometiendo á Taalaba y Habid, y haciendo repartimientos convenientes entre los sarracenos, árabes y sirios, de modo que cada tribu ocupase terrenos semejantes á aquellos de donde habian procedido en Oriente. Las tierras de Tadmir ó Murcia, fueron dadas en repartimiento á los árabes; y así cesó el pequeño reino feudatario que fundó en aquel pais el godo Teodomiro, y que solo se transmitió á su hijo Atanajildo.

MERVAN II, ULTIMO CALIFA DE LOS OMEYAS. — (744) Los principios del reinado de este califa fueron turbulentos por las sediciones y guerras que movieron las principales ciudades de Siria, y que fueron anuncio de mayores calamidades. Sin embargo, el califa, hombre valeroso, prudente y moderado, consiguió sosegarlas. Tomó bajo su proteccion á Ibrahim, á quien habia destronado, y que le sirvió despues con fidelidad: confirmó los gobernadores que los musulmanes de Africa y España habian elejido para terminar las pasadas discordias, y gobernó con prudencia y bondad.

Durante las revueltas que hu-

bo en el imperio de los califas desde la muerte de Hicsem, se habia engrandecido notablemente en el norte de Persia la familia de los Abbasides, alaveses ó alavecinos, enemiga jurada de los Omeyas: como que descendia de Abbas, tio de Mahoma, y contrario por consiguiente de aquel linaje que se declaró contra el profeta en los principios del islamismo. Era jefe de esta familia Abdalá Asefah, que levantó en el Korassan el estandarte de la rebelion. Su visir Abu-Moslema le hizo dueño de esta provincia; marchó despues hácia el centro del imperio, Mervan le salió al encuentro, y se dió la batalla de poder á poder en Tural, cerca de Mosul. Allí quedó decidida la suerte de la dinastía. Mervan fué vencido, pereciendo en la batalla por defender su autoridad el mismo califa Ibrahim, á quien habia arrojado del trono. El vencedor le persiguió de ciudad en ciudad, desde las orillas del Tigris hasta las del Nilo, le alcanzó cerca de Said en la Tebaida, y despues de corta resistencia le venció y dió la muerte. Toda la familia de los Omeyas fué esterminada, escepto algunos que pudieron uir y se salvaron en los desiertos arenales de Africa.

Entretanto Jusuf, gobernador de España, sosegaba con prudencia y valor los ánimos turbulentos de los caudillos árabes. Hizo una division en cinco provincias ó valías, de la cual pueden inferirse cuáles eran entonces las fronteras de los cristianos y musulmanes: en Galicia poseian estos á Iria y Lugo: en lo que despues fué reino de Leon, á Astorga y Zamora:—lo que prueba que ó Pelayo ó su yerno Alonso se habian apoderado ya de la ciudad de Leon: los lindes por la parte de Castilla no llegaban al Ebro, sino á las vertientes de los montes de Oca: ácia Navarra, á Calaorra y Tudela: en Aragon, á Huesca, Jaca y Barbastro, y al otro lado de los Pirineos el Rosellon y la parte que sigue del Languedoc hasta Nimes. Reinaba entonces Alonso el Católico en Asturias, y Garci-Jimenez en Navarra

Abdala asefah. — (749) Este califa, aunque de carácter benigno, mereció el título de Asefah ó *sanguinario* por la mucha sangre de los Omeyas y de sus partidarios que se vió obligado á derramar para mantenerse en el trono usurpado. Tuvo que sofocar varias rebeliones de los amigos de la anterior dinastía. Con motivo de es-

tas revueltas, los jenerales de Constantino Coprónimo, emperador de Oriente, recobraron á Capadocia y penetraron en Mesopotamia. Abdalá Asefah murió el año 136 de la ejira. En España se rebeló contra Jucef, Amer-ben Amrú, caudillo de los ausarios ó alabdaries, ocupó á Zaragoza y renovó la guerra civil.

Abu Jaafar Almanzor. — (753) Abu Jaafar, ermano de Abdalá, le sucedió en el califado. Los principios de su gobierno fueron turbulentos y sanguinarios. En el primer año de su reinado tuvo que pelear contra los restos del partido de los Omeyas, que destruyó enteramente. En el segundo se levantó contra él un tio suyo, llamado Abdalá, y se proclamó califa en Damasco, ausiliado de las huestes de Arabia, Siria y Mesopotamia. Abu Jaafar envió contra él á Abu Moslem, que era entonces el mejor guerrero del maometismo, con todas las fuerzas de Persia y del Irak. Abdalá, completamente derrotado, se retiró a Basora, donde algunos años despues fué muerto de órden del califa.

Este príncipe pagó con orrenda ingratitud los servicios de Abu Moslem. Irritado contra este éroe por algunos desaires que le habia hecho en el reinado anterior y por la independencia que afectaba en su gobierno de Korassan, le convidó á venir á su corte con demostraciones pérfidas de amistad, é hizo que le diesen muerte. Poco despues de este asesinato se rebeló el Korassan por los artificios de Sinan, mago fanático, que pretendia restaurar el culto del fuego en la patria de Zoroastro. Giambur, lugarteniente de Abu Jaafar, le derrotó y sometió la provincia; pero indignado de ver que el avaro califa envió un comisario para apoderarse de todo el botin, se rebeló él mismo, y ocupó á Ispaham y los paises inmediatos. El califa envió contra él un ejército, que le alcanzó en el Aderbijan, y le derrotó completamente.

A estas rebeliones esteriores se añadian los males causados por la crueldad que este príncipe manifestó siempre que creia necesaria la sangre para afirmarse en el trono. No solo esterminó cuantos Omeyas pudo haber á las manos, no solo mandó matar su tio Abdalá y á cuantos le favorecieron en su conspiracion, sino tambien á los descendientes del califa Hassan, hijo de Alí, y á los de Hussein,

ermano de Hassan. Dos de ellos, que se rebelaron en Cufa, ciudad adicta siempre á la infeliz familia de los Alides, fueron vencidos y degollados.

El califa, triunfante de los enemigos interiores, y aborreciendo á Damasco y á Cufa, donde se conservaban vestijios de las dos dinastías anteriores, quiso edificar una capital para la suya, y elijió por sitio una fértil llanura cercana al Tígris, no lejos de las ruinas de Ctesifonte. Vió en su reinado concluida esta grande obra, y puso á la nueva capital el nombre de Salem ó ciudad de paz; mas prevaleció el nombre de Bagdad, que le dieron árabes y persas, y con el cual fué célebre hasta la estincion del califado.

Abu Jaafar justificó el sobrenombre de *Almanzor* ó victorioso, no solo por la felicidad con que triunfó de todos sus rebeldes, sino tambien por las victorias de sus lugartenientes contra Constantino Coprónimo. Recobraron la Capadocia, y quitaron la Cilicia al imperio griego. Pero estas conquistas fueron un resarcimiento muy débil, comparado con la pérdida y desmembracion de España, que se verificó en el reinado de Almanzor.

Abderramen ó Abderraman, hijo de Moaviah y nieto del califa Hicsem, tenia solo veinte años cuando la ruina de su familia. Su estrema juventud, sus gracias y bondad le esceptuaron de la proscricion jeneral de los suyos; pero impelido el califa Asefah de las sujestiones de sus visires, que le aconsejaban no dejar vivo á ninguno de sus enemigos, mandó, contra su voluntad, darle muerte. Abderramen lo supo á tiempo, atravesó la Siria disfrazado, uyó á Ejipto y despues á Barca, donde estuvo oculto algun tiempo en un aduar de beduinos. Dióse tanto á querer y estimar de estos árabes vagabundos, que cuando llegó á Barca la órden del califa para prenderle, con las señas de su rostro y cuerpo, los beduinos le ocultaron sin saber quién era, y le dieron por escolta seis de sus jóvenes mas esforzados para que le guiasen por el desierto. Habiendo llegado en el Africa occidental á los paises que ocupaban los zenetes, se descubrió á esta tribu casi independiente, y encontró en ella favorable acojida y ospitalidad.

Entretanto ardia la España maometana en guerra civil. Amer ben Amrú era dueño de

Zaragoza, Barcelona y Valencia, y el gobernador Jucef, de Andalucía. Los caudillos de las familias sirias y ejipcias establecidas en la península se reunieron con gran secreto en Córdoba, y trataron de los medios de terminar las calamidades que sufrian, é impedir las que amenazaban. Uno de ellos llamado Hayut les manifestó la usurpacion de los Abbasides, las turbulencias del imperio musulman, el desórden de las provincias lejanas, y la dificultad de que les llegase buena justicia desde un centro remoto, y en fin la necesidad de tener un rey que los gobernase y mantuviese en paz desde un trono fundado en la misma patria. Todos convinieron en hacerse independientes de Asia y Africa; mas como dudasen del príncipe que habian de elejir, Yahib, otro de los caudillos, les propuso á Abderramen, príncipe de la familia lejítima, y entonces muy cercano á España. Adoptóse unánimemente esta determinacion; enviaron con el mismo secreto una embajada al príncipe Omeya, que aceptó el imperio que le prometian, y desembarcó en Almuñécar con solo mil caballos zenetes, precisamente cuando Jucef, habiendo vencido y preso á Amer ben Amrú, acababa de pacificar á España.

Sometiósele fácilmente toda la Andalucía, donde eran poderosos los caudillos sirios y ejipcios que le habian dado la corona: marchó contra el hijo de Jucef que se habia hecho fuerte en Córdoba, le venció y puso sitio á la ciudad. Acudiendo en su defensa Jucef con numerosas huestes sacadas de la España oriental, del gobierno de Toledo y de Lusitania, fué vencido junto á Musara en una gran batalla, que afirmó la corona en la cabeza de Abderramen. Esta memorable victoria se consiguió el año 755. Siguióse á ella la rendicion de Córdoba. Otra derrota que sufrió Jucef junto á Almuñécar le obligó á entablar negociaciones de paz, obligándose por ellas á entregar al vencedor dentro de cierto término todas las fortalezas que poseia. Así vinieron á poder de Abderramen Granada, Elvira, Mérida, la Lusitania y la España oriental. Jucef se sublevó; fué vencido en Almodóvar y en Lórca; y en esta última batalla, dada en 759, murió peleando gloriosamente. Abderramen, dueño de todos los paises que los maometanos poseian en España, tomó el título de califa de Occidente,

fijó su residencia en Córdoba, fundó en ella la grande mezquita, émula de la Caaba, adonde viniesen en peregrinacion los sarracenos de Occidente, y continuó el imperio de los Omeyas en esta pequeña porcion de su antigua é inmensa monarquía. Córdoba llegó á ser el centro de la civilizacion y de la literatura árabe en España.

Esta gran revolucion quebrantó las fuerzas de los Abbasides, por el pernicioso ejemplo que daba, y que siguieron despues otras muchas provincias del imperio sarraceno; y fué funestísima á los cristianos de España, que tuvieron desde entonces que pelear contra un reino unido, compacto, rico y vecino. Así es que á pesar de los prodijios de valor y constancia de los fieles, no consiguieron grandes ventajas contra sus enemigos, hasta que decayendo entre guerras civiles la potencia de los Omeyas, suerte comun de todas las monarquías árabes, pudieron hacerse fuertes sobre el Duero y el Ebro, y lanzarse desde estas fronteras á la reconquista del resto de la península.

Desde esta época no pertenecen ya los sucesos de España á la historia de los califas de Oriente. Los de Córdoba hicieron frecuentes tratados de alianza con los emperadores de Constantinopla contra los Abbasides, mas no aparece de la historia ningun resultado importante de estas transacciones.

El califa Almanzor murió el año 158 de la Ejira.

Mahadi. — (774) Sucedióle su hijo Mahadí. Tuvo que sofocar dos rebeliones, la de su primo Isa, que se proclamó califa en Cufa, y la del impostor Mokanna, que haciendo del profeta, formó un gran partido en el Korassan. [redacted] primero se avino fácilmente á reconocer á Mahadí: el segundo, ostigado por las tropas del califa, por no caer en sus manos ni vivo ni muerto, se mató con todos los suyos enmedio de una oguera.

Mahadí hizo continuar la guerra al imperio griego en los reinados de Leon IV, Constantino VI é Irene. Sus armas no fueron felices hasta que las mandó su hijo segundo, el célebre Harun-Al-Raschid, que venció á los griegos, se apoderó de muchas plazas, taló el Asia menor, obligó á la emperatriz á pagar un tributo de setenta mil escudos de oro, y volvió triunfante á Bagdad.

Mahadí murió á los cuarenta y tres años de edad, víctima de

los zelos y de la poligamia. Hasaná, concubina del califa, regaló una pera emponzoñada á la que entonces estaba en favor. Esta, ignorante de la alevosía, la regaló á Mahadí, que comió de ella y pereció entre violentos dolores.

Muza. — (785) Mahadí, antes de morir, habia designado por sucesor suyo á su hijo segundo Harun, en perjuicio de Muza que era el mayor. Pero Harun, determinado á no contribuir á una injusticia, ni obedeció en esta parte á su padre mientras este vivió, ni permitió que ninguno de sus numerosos amigos y allegados dejase de reconocer á Muza, despues de la trájica muerte de Mahadí:—ejemplo notable, y muy raro entre los árabes, de amor á la rectitud y á las leyes. Pero el peso de este beneficio oprimia el ingrato corazon de Muza, y así se propuso dar la muerte á su ermano. La misma noche que debia ejecutarse este fratricidio, se encontró á Muza muerto en su cama, aogado de una tos que le habia acometido despues de beber un vaso de agua. Su muerte fué un crímen mayor que el que él meditaba, si es cierto, como dicen los escritores árabes, que la tos procedió de un veneno dado por Kizaran su madre, que siempre habia mostrado mas afecto á su hijo menor Harun, y que estaba entonces irritada contra el califa, por haberle negado con aspereza una gracia que le pidió.

Harun-al-raschid. — (786) El reinado de Harun es una de las épocas mas ilustres del imperio árabe, no solo por las contínuas victorias de este célebre califa contra Nicéforo, emperador de Constantinopla, á quien obligó muchas veces á pedir la paz y pagar tributo, sino tambien por el grado de civilizacion literaria á que llevó su pueblo, emulando los progresos que hicieron en las ciencias y la literatura los sarracenos de España, bajo la dinastía de los Omeyas (1).

Harun murió, despues de un reinado glorioso de veintidos años, cuando se preparaba á ir al Korassan contra Rafe Ben Leith, que se habia rebelado en aquella provincia.

Amin. — (808) Harun habia nombrado sucesor suyo á su hijo Amin, y despues de él á Al-Mamun, su ermano, á quien habia dado el gobierno perpétuo

(1) En el capítulo I del libro XV, tomo XVII, hemos hablado estensamente sobre este califa.

del Korassan. Amin, entregado á la crápula, á los deleites y á la indolencia, trató sin embargo de anular esta disposicion de su padre, tan auténtica, que el califa Harun la habia hecho fijar en el templo de la Mecca. El objeto de Amin era trasmitir el califado á su hijo Muza, que á la sazon era niño.

Al Mamun, informado de las disposiciones de su ermano, hace la paz con el rebelde Rafe Ben Leith, lo agrega á su partido, junta tropas, y da el mando de ellas á Taher, uno de los guerreros mas célebres de su tiempo. Este marchó contra Alí, lugarteniente del califa, que habia ya penetrado con sesenta mil hombres en el Korassan, le sorprende cerca de Kay, disipa su ejército, y le da muerte. Cuando llegó esta noticia al califa Amin, estaba entretenido en pescar, y dijo al mensajero: «No me distraigas: Cútar ha cojido ya dos peces grandes, y yo no he pescado nada todavía.» No es estraño, pues, que todo el imperio le abandonase, apenas Taher, vencedor de los diferentes cuerpos de tropas que habia en las provincias de Persia, se acercó con todas sus fuerzas á Bagdad. Ejipto, Siria y Arabia reconocieron por califa á Al-Mamun. Sitiada Bagdad, y prócsima á entregarse, Amin uyó de su capital en un barco por el Tigris, dieron sobre él los soldados enemigos, y le cortaron la cabeza.

Al-Mamun. — (813) Al-Mamun ó Al-Mamon, fué reconocido y proclamado califa, inmediatamente despues de la muerte de su ermano Amin. Sujetó y castigó á varios rebeldes que se levantaron en diversas provincias, é hizo guerra contra los emperadores Miguel el Tartamudo y Teófilo, sin mas ventaja que la del botin. Un miserable castillejo del Asia menor era entonces trofeo suficiente para hacer gloriosa una campaña.

Al-Mamun premió los servicios de su jeneral Taher, á quien debia el califado, dándole el gobierno perpétuo de Korassan para él y sus descendientes: lo que prueba que habia penetrado ya entre los árabes la moda de los gobiernos ereditarios, orijen del sistema feudal que empezaba entonces á florecer en el Occidente europeo. Pero esta costumbre de eredar los hijos las majistraturas de sus padres, produjo en el imperio árabe efectos mas prontos y decisivos que en las naciones de Europa: la gran distancia á que yacian

las provincias de la capital, convirtió muy pronto á los gobernadores en monarcas independientes.

Así es, que en el reinado de Al-Mamun se verificó la segunda desmembracion importante del imperio de los califas; y comprendió nada menos que toda el Africa desde la gran Sirte hasta el Océano atlántico.

Abu Ibrahim, llamado el Aglab, sobrenombre de su familia, fué nombrado gobernador de Africa por el califa Al-Mamun; y como este se quejase de la especie de independencia que afectaba en su gobierno, le respondió con unos versos, segun la costumbre de los príncipes árabes en aquella época, en los cuales se comparaba al fuego quieto en el pedernal, al leon y al mar en calma, que se irritan cuando se les hiere ó acomete. Esta osadía, que quedó impune, y aun elojiada, mostraba demasiado la decadencia del poder moral de los califas, y presajiaba la ruina de su soberanía. Los hijos de Abu-Ibrahim gobernaron como soberanos y con el título de reyes todo el dilatado pais que se estiende desde el desierto de Barca hasta la Mauritania: esta dinastía que reinó en Cairvan poco mas de un siglo, se llamó la de los *Aglavitas*.

Casi al mismo tiempo la Mauritania, llamada Almagreb por los árabes, fué poseida por una nueva dinastía. Edris, príncipe descendiente del califa Alí, uyeado la persecucion movida contra su desgraciada familia por el califa Abu Jaafar, vencido su padre por el califa Mahadí, contra el cual se habia rebelado, uyó á Ejipto, corrió casi las mismas aventuras que Abderramen el Omeya tuvo que arrostrar para venir á reinar á España, y se detuvo en el Almagreb, cuya capital era entonces Tánjer.

Conocido y bien acojido por los gobernadores de la provincia y las tribus berberiscas, pasó desde proscrito y fujitivo á rey y soberano de aquellos vastos paises. El célebre califa Harun-Al-Raschid no halló medio oportuno para castigar su usurpacion, sino enviarle un emisario que se introdujo en su casa con el velo de fingida amistad, y lo envenenó. Pero los almagrebitas determinados á negar la obediencia al califa, juraron rey á su hijo póstumo, llamado tambien Edris, que sometió á su dominio toda el Africa occidental, fué jefe de la dinastía de los Edrises, de los cuales reinaron

algunos en Málaga á la caida del imperio de los Omeyas, fundó la ciudad de Fez, y fijó en ella la corte de su imperio en 828.

Estas pérdidas lejanas no disminuian el lujo, la magnificencia y los placeres de la corte de Bagdad, señora entonces de Ejipto, Siria, Arabia, Persia, Armenia y parte del Asia menor, es decir, de los paises mas ricos del Oriente. No es de estrañar que los califas, ocupados casi siempre en las guerras civiles que fomentaba la ambicion de los príncipes y gobernadores, ó atentos á la lid perpétua contra los emperadores de Oriente, hicieran tan poco caso de la pérdida de España y Africa, que no consta de la historia que hiciesen ni aun el corto esfuerzo de las reclamaciones para recobrarlas. La conquista de Creta fué la indemnizacion que logró Al-Mamun por el Africa y Mauritania. Falleció este príncipe de un artazgo de dátiles el año 218 de la Ejira.

MOTASSEM. — (833) Sucedióle Motassen, su ermano. Hizo una guerra de relijion contra los que sostenian que el Coran fuese increado, y tuvo que pelear, someter y castigar á muchos rebeldes. El emperador Teófilo hizo una invasion en los estados del califa, y arruinó y saqueó muchas ciudades, entre ellas á Sozopetra, donde habia nacido Motassem, el cual le rogó, aunque en vano, que no la destruyese. Irritado el califa del desaire, juntó el ejército mas numeroso que hasta entonces hubiesen empleado los musulmanes contra los griegos, mandó á sus soldados escribir en sus escudos el nombre de Amório, patria de Teófilo, penetró en el Asia menor, la asoló, venció el ejército que le opuso Teófilo, y vengó á Sozopreta destruyendo la ciudad donde habia nacido su enemigo.

Este califa hizo morir de sed á su sobrino Abbas, hijo de Al-Mamun, su ermano, porque supo que algunos jefes trataban de asegurarle la sucesion al califado. Castigó tambien con el último suplicio á Afkin, su confidente y valeroso guerrero, á quien debió sus victorias, por haber descubierto su intelijencia secreta con algunos rebeldes, que se habian levantado en el Taberistan. Poco despues murió Motassem el año 227 de la Ejira.

VATHEK. — (841) Vathek, ó Vathek-Billah, hijo de Almotassem, subió al califado. Hizo guerra cruel á los defensores de la eternidad del Coran, contra los

cuales profesaba odio tan mortal, que en un canje de prisioneros con los jenerales griegos proibió rescatar á los maometanos que negasen la creacion de aquel libro. En esta ocasion se canjearon cuatro mil cuatrocientos sesenta hombres musulmanes, ochocientos sesenta entre mujeres y niños, y cien cautivos de los aliados del califa. Vathek murió á los cinco años de reinado.

Motavakkel billah. — (847) Motavakkel, su ermano, le sucedió. Fué muy afecto á las letras y ciencias, y en su tiempo fueron conocidos entre los árabes los libros de filosofía y matemáticas de los griegos y latinos; pero al mismo tiempo era fanático. Persiguió aun mas allá de la muerte á los de la familia de Alí; pues no contento con proibir la peregrinacion de los musulmanes á los sepulcros de aquel califa, y de su hijo Hussein, mandó derribarlos y destruirlos, de modo que no quedase rastro de ellos, lo que le acarreó mucho odio por el respeto que los shiitas, muy numerosos en el imperio, profesaban á aquellos jefes del islamismo. Ni fué menos sañudo contra los cristianos y judíos; pues mandó que en sus personas y casas trajesen y pusiesen insignias de desonor para ser conocidos, y los maltrató y vejó de todas las maneras posibles.

Dió muerte en orrendos suplicios á Mahomet, que habia sido visir de su ermano, solo porque durante su visiriato le habia deservido. En fin, parece incompatible la atrocidad de su conducta con los sentimientos umanos que inspiran las ciencias y las bellas artes: su reinado probó que la civilizacion literaria no basta sola sin la moral para enseñar sentimientos virtuosos: y la moral práctica de los maometanos, fundada esclusivamente en el derecho de la espada, está en perpétua lucha con los afectos dulces y jenerosos del corazon.

Motavakkel peleó felizmente contra los griegos durante el reinado vergonzoso del emperador Miguel III; pero Petronas, jeneral griego, sostuvo la gloria de su nacion, auyentando á los sarracenos del Asia menor, y penetrando en Siria, donde los venció de nuevo, é hizo un inmenso botin. Ya en esta época peleaban los turcos como ausiliares de los califas, y habia guardia de esta nacion en el palacio de Bagdad.

Motavakkel fué asesinado por

su hijo mayor. La causa fué esta: hallándose el califa enfermo de asma, le persuadió Fatah, uno de sus confidentes, que enviase á la mezquita, para hacer las oraciones acostumbradas, á Motaz, su hijo segundo. Motavakkel siguió en parte su consejo; y sintiéndose muy incomodado se quedó en palacio; pero envió al templo á su hijo mayor Montasser. Fatah, que le aborrecia, persuadió al califa que impidiese los malos designios de rebelion que atribuyó al príncipe. Motavakkel le llamo, y le reprende tan agriamente, que Montasser juró la venganza: ganó á algunos turcos de la guardia, y espiando una ocasion oportuna, los introdujo en el cuarto de su padre, y le asesinaron. Fatah pereció defendiendo en vano la vida de su rey. Asi la imprudente oficiosidad de un buen vasallo fué la ruina del príncipe y de él mismo. Motavakkel murió el año 247 de la Ejira.

Montasser. — (861) Montasser, teñidas las manos en la sangre de su padre, subió al sólio, que no le sirvió de asilo contra los remordimientos. Espectros espantosos se le aparecian en el sueño, y abreviaron su vida. Entre los tapices de su palacio habia uno donde estaba figurado un príncipe persiano con este letrero: *Yo soy Siroes, que di muerte á mi padre Cosroes, y solo reiné seis meses.* Montasser tomó por presajio estas palabras; y en efecto, se apoderó de él una profunda tristeza, que terminó sus miserables dias á los seis meses de reinado. Obligado por los comandantes turcos de la guardia, cuya influencia era ya tan grande como la de los pretorianos en Roma, declaró incapaces de suceder en el trono á sus ermanos, de quienes temian los turcos que vengasen en ellos el asesinato de Motavakkel.

El suceso siguiente, que aconteció en el reinado de Montasser, da idea de los procedimientos judiciales entre los árabes.

Un hombre vivia en una colina cercana á la Mecca, y prestaba su casa á la juventud voluptuosa de ambos secsos, que se entregaba en ella á la crápula, la embriaguez y la disolucion; era un alcahuete. El juez de la Mecca le mandó prender, le formó proceso, no dudando de la verdad del hecho, que era notorio en Mecca. Pero como ninguno de sus cómplices se presentó á declarar contra el reo, se halló en la imposibili-

dad de imponer la sentencia.

Al fin imajinó un ardid que le pareció infalible para convencer al acusado, y fué enviar á las cercanías de la colina, las bestias públicas que sirven de cabalgaduras ordinarias en la Mecca, para ver si de su propio movimiento buscaban la casa del árabe, que estaba en un sitio muy retirado. Los borricos fueron á ella inmediatamente: esto pareció al cadí una prueba evidente del crímen, pues probaba la costumbre de concurrir mucha jente á su casa; y mandó preparar el verdugo y las varas para azotarle.

El árabe, que no era necio, le dijo: «Aunque me mandes desollar, estará bien empleado en mí que soy un delincuente; pero vas á cubrir á toda la nacion de los árabes de un oprobio eterno; porque se podrá decir de ellos, que cuando les falta el testimonio de los hombres, recurren al de los borricos.» El auditorio se rió y el juez tambien, y se le perdonó el castigo que merecia.

Mostain billah.—(862) Mostain, hijo de Montasser, le sucedió. Con el favor de los jefes turcos sofocó una rebelion levantada en favor de su tio Motaz, ermano de Montasser. Venció y castigó tres sediciones que se movieron en tres diferentes provincias por los descendientes de la desgraciada familia de Alí, cuyos conatos, siempre inútiles, para ascender al trono, fueron tan funestos al imperio de los árabes y á ella misma. Bajo Mostain fueron poderosísimos los jefes de la milicia turca; pero despues de una batalla perdida contra los griegos, hubo desavenencias entre ellos. Mostain favoreció á un partido, los demás se reunieron contra él á favor de su ermano Motaz, y le pusieron en el trono. Mostain abdicó despues de un reinado de cuatro años: y fué muerto por órden del califa, segun dicen algunos historiadores.

Motaz. — (866) Este califa reinó solo dos años, en los cuales alternativamente acarició y amenazó á la milicia turca, segun dominaban en él el odio ó el temor. Dió muerte á uno de sus ermanos, y desterró á los demás por sospechas. Al fin los turcos, cansados de su innoble gobierno, le depusieron, y terminaron sus dias con la ambre ó con la sed, que en esto varian los autores.

Motadi. — (869) Los turcos colocaron en el trono á Motadí, hijo del califa Vathek; pero

Muza, otro jefe de la misma milicia, que hacia la guerra contra algunos rebeldes en las cercanías del mar Caspio, volvió con su ejército á Bagdad, venció á los partidarios del califa, y dió muerte á este príncipe, cuyo reinado no duró un año; pero aunque fué tan corto, no faltaron rebeliones y desmembraciones. Jacob, hijo de Leith, se apoderó del Herman y Farsistan; y Alí, que se finjia ser de la familia del califa del mismo nombre, y que habia pasado á Arabia con un ejército de africanos de la costa de Zanguebar, avanzó hasta Cufa, y favorecido por los shiitas, se hizo dueño de Basora y Ramala, y de gran parte de la Arabia y del Irak. El pueblo que guió á la victoria, tiene el nombre de *zinguios ó zinjos* en los escritores orientales.

Motamed Alallah. — Aun quedaban dos hijos del califa Motavakkel, Motamed y Muaffec. Muza colocó en el trono á Motamed, decimoquinto califa de la raza de los Abbasides, cuyo reinado de veintidos años fué notable por las rebeliones y guerras que pusieron al imperio árabe en el márjen del precipicio. Además de la guerra con los griegos, manejada entonces con la firmeza que era propia del emperador Basilio, tuvo el califa que pelear casi á un mismo tiempo contra los rebeldes del Korassan y del Farsistan, contra los zinguios y contra los ejipcios. Los ejércitos rebelados llegaban muchas veces hasta las mismas puertas de la capital, y no pocas se dieron batalla unos á otros para quitarse los paises y ciudades de que se habian apoderado. Al mismo tiempo era necesario reprimir la osadía de la milicia turca, aliados soberbios y casi dueños de Bagdad. La misma confusion que reinaba entonces en la monarquía árabe, se observa en la historia de este reinado. El imperio se salvó por la union.

Motamed, sin ser un grande hombre, tuvo el discernimiento necesario para conocer la superioridad de su ermano Muaffec en las artes de la paz y la guerra, y le cedió tan enteramente las riendas del gobierno, que el califa fué el primer lugarteniente de su visir. Motadhed, hijo de Muaffec, adquirió bajo las órdenes de su padre todas las prendas que forman un éroe, y estos dos hombres conservaron el estado.

Despues de la muerte de Mu-

za, jefe de los turcos, aquella milicia turbulenta y ambiciosa se sometió á las leyes de la disciplina que le impuso la firme severidad de Muaffec: los zinguios, que durante catorce años devastaron la Mesopotamia y el territorio de Bagdad, fueron esterminados en tres campañas, tomada su capital y preso y descabezado su jefe. Alí Jacob, hijo de Leith, que á sus anteriores conquistas habia añadido gran parte del Irak persiano, y penetró con un ejército formidable hasta Bagdad, fué vencido complètamente en la batalla de Catul por Muaffec, y perseguido hasta el Korassan, donde se libró del suplicio ocultándose de modo que no pudo encontrársele. Amed, hijo de Tolum, se rebeló contra el califa en Ejipto, se hizo soberano de esta provincia, entró con poderoso ejército en Siria, la devastó, y transmitió la usurpada corona á su hijo Camara Billah.

A pesar de tantos enemigos, Muaffec y su hijo recobraron la Siria, aunque fueron vencidos dos veces por Camara Billah, y volvieron á reunir todas las provincias al imperio, á escepcion del Ejipto. Motamed murió el año 279 de la Ejira, y nombró por su eredero á su sobrino Motadhed, hijo de Muaffec, que ya habia fallecido.

Motadhed.— (892) Motadhed reconquistó algunas plazas que aun estaban en poder de los rebeldes, mantuvo paz con Camara Billah, señor de Ejipto y de una parte de Siria que habia vuelto á ocupar, casando con una hija suya, y restableció la tranquilidad en toda la monarquía; pero no fué afortunado en la guerra contra los kármatas. Esta era una secta de fanáticos que se creian inspirados por el espíritu divino. Fué su jefe un hombre de baja estraccion, natural del Chussistan, que con la austeridad de su vida y su elocuencia bárbara sedujo un gran número de árabes del desierto y del Irak. Estos, tomando por su jefe á Abu Said, hicieron terrible guerra á Motadhed: ocuparon muchas ciudades del Irak, de la provincia de Barcin, en la costa del golfo Pérsico, y de Yemama en el interior de Arabia: vencieron un ejército que envió el califa contra ellos, y fundaron una pequeña monarquía, que vino á perecer como todas las que fundaron los árabes. Motadhed falleció el año 289 de la Ejira. Los historiadores describen su carácter con rasgos contradictorios; unos le

pitan cruel, la mayor parte compasivo y jeneroso. Reinó en tiempos felices, y conservó la monarquía; y esto basta para conocer que no era un hombre vulgar.

MOCTAFI. — (901) Sucedióle su hijo Moctafi, que peleó felizmente contra los kármatas, recobró á Siria y Ejipto y perdió el Korassan, tercera desmembracion importante y definitiva de la monarquía de los califas. Desde el primer año de su reinado, los kármatas, mandados por Yahia, hicieron una irrupcion en Siria, derrotaron á Harun, hijo de Gumara Billah, y sitiaron á Damasco. Aunque vencidos despues por otro ejército de Harun, con pérdida de su jeneral Yahia que murió en la batalla; bajo el mando de su ermano Hossein, tomaron á Emesa, volvieron contra Damasco cuyos abitantes se rescataron del saqueo con una gran suma de dinero, se apoderaron de Amah, Kinnisrin, Balbek y Salmadiyah, é hicieron orribles estragos en la Siria. Al año siguiente vencieron á Alaz, lugarteniente del califa, y sitiaron á Alepo; pero en 903 fueron completamente derrotados junto á Tamna por Mahomet, nuevo jeneral de Moctafi, y degollados todos los prisioneros con su jefe Hossein. Los pocos que escaparon de la matanza se refujiaron á Arabia.

Observando el califa que las fuerzas de Harun habian quedado muy quebrantadas por las derrotas que les habian dado los kármatas en la invasion de Siria, proyectó la reconquista de Ejipto, que llevó á cabo con toda felicidad su lugarteniente Mahomet.

Facilitó la empresa la muerte de Harun, que fué asesinado por un tio suyo codicioso del reino. Tuvo en efecto el nombre de rey algunos dias; pero los ejipcios le depusieron y mataron, y se sometieron al califa. Los kármatas hicieron todavia dos espediciones: una á Basora y otra al camino de la Mecca para robar la carabana. En una y otra fueron vencidos con gran matanza por los jenerales del califa. El Korassan habia sido desde el reinado del califa Al-Mamon, hijo de Harun-Al-Raschid, una provincia casi independiente del imperio, gobernada por jefes ereditarios. Dióla aquel califa á Taher en premio de los grandes servicios que le hizo en la guerra contra su ermano Amin. Poseyóla despues la familia de los Safarios; pero siempre reconocia vasallaje al

califa de Bagdad. En 904 Ismael, hijo de Amed el Samanide, gobernador de esta provincia, se hizo independiente en ella, tomó el título de califa de la Transoesana y Korassan, y fundó la dinastía de los Samanides. Este reino, colocado en el centro del Asia, comprendia las provincias riquísimas de Karams, Bucaria, Malvaranar y Korassan, y se estendia desde la playa oriental del mar Caspio hasta las montañas del Tibet. El califa Moctafi reinó solamente seis años.

MOKTADER. — (907) Sucedióle su ermano Moktader, cuyo califado fué largo, turbulento é infeliz. Apenas subió al trono, una faccion le derribó y ecsaltó á Mortadi, hijo del califa Motaz; pero Mortadi solo reinó veinticuatro oras: muchos de sus soldados le abandonaron, las fuerzas del califa fueron superiores, el usurpador uyó al desierto, fué cojido y presentado á Moktader, que mandó darle muerte.

En 908 hubo una gran revolucion en Africa, que cambió la faz del mundo maometano, y aceleró la ruina del imperio de los califas. Estaba aquel vasto pais repartido entre los edrises, que reinaban en Fez, y los aglavitas, cuya corte era Kairvan. Estos poseian el Africa media, y aquellos la occidental. Zeyatadalá, el último de los aglavitas, ascendió al trono dando muerte á su padre Abdalá en 902. Obeidallah, descendiente del califa Alí, le arrojó del trono, tomó el título de Mahedi ó *conductor de los fieles*, fundó la ciudad de Mahadia en la costa del mar de la Sirte, enfrente de la isla de Malta, la hizo capital de su reino, y fué jefe de la dinastía de los Fatimitas, llamado así porque Obeidallah se jactaba de descender de Alí, marido de Fátima, hija de Mahoma. Obeidallah y Abu'l-Cassen, su hijo, estendieron notablemente los límites de su imperio. Atacaron á los edrises: estos pidieron socorro á los Omeyas de España, y entre sus aliados y enemigos vino á dividirse el imperio del Africa occidental, quedando los Omeyas dueños de la antigua Mauritania Tinjitana, y los Fatimitas de lo restante. Estos conquisteron tambien á Sicilia y Calabria, y llevaron sus armas hasta el centro de Asia. Pero su guerra mas encarnizada fué contra los califas de Bagdad. Obeidallah, tomando el título de califa, y declarando la intencion de vengar la familia de Alí,

proscrita por los Abbasides, produjo un cisma terrible entre los musulmanes, y convirtió la guerra de política en relijiosa. Abu'l-Cassen se apoderó de Barca, ciudad entonces muy populosa y rica que dependía del gobierno de Ejipto; pero cuantas veces atacó esta última provincia, fué rechazado por el valor y la fortuna de Munas, eunuco y el mejor jeneral de Moktader.

Al mismo tiempo peleaba este califa contra los kármatas, que continuaban su guerra de latrocinio y robaron á Cufa y á Basora, y contra los griegos, que fueron vencidos en una batalla naval junto á Lemnos; pero que bajo las órdenes del célebre jeneral Curcuas derrotaron el ejército árabe en el Asia menor, tomaron á Melitene y restablecieron la antigua frontera del imperio griego en Capadocia, Armenia y Mesopotamia. Entretanto el Aderbijan, el Irak Ajemi y otras provincias del Sur del mar Caspio se desmembraban del imperio; Mardawil, jefe árabe, las conquistó sin que el califa pudiese enviar contra él sino pequeñas fuerzas que fueron derrotadas fácilmente. Mardawil fué el fundador de la dinastía de los Deilamitas, llamados así por una ciudad de que se intitularon reyes. Esta fué la cuarta desmembracion importante del imperio árabe.

Sumerjido Moktader en los placeres y abandonando el cuidado de los negocios á las mujeres del serrallo, dejó á los kármatas que robasen la Mecca, mudó de visir cada dos años, se hizo odioso á las tropas, y por tanto sospechó de ellas y de sus jenerales, principalmente de Munas. Los soldados obligaron á este á conspirar, á deponer á Moktader y á dar la corona á su ermano Caher. Sin embargo, Munas que no entró en la conjuracion sino á su pesar, se aprovechó del primer descontento de las tropas por falta de pagos, y restableció á Moktader al cabo de tres días de depuesto. Sucedió esta doble revolucion en 929. Tres años despues el jeneral Munas, que siempre temia las sospechas del califa, las convirtió en realidades. Uyó á Mosul, juntó tropas y volvió con ellas sobre Bagdad: Moktader le salió al encuentro y pereció en el combate.

Caher billah.—(932) Munas propuso que se colocase en el trono al hijo de Moktader; pero Nubakti, otro jefe de los conjurados, se opuso á ello, y proclamó á Caher, hijo del ca-

za, jefe de los turcos, aquella milicia turbulenta y ambiciosa se sometió á las leyes de la disciplina que le impuso la firme severidad de Muaffec: los zinguios, que durante catorce años devastaron la Mesopotamia y el territorio de Bagdad, fueron esterminados en tres campañas, tomada su capital y preso y descabezado su jefe. Alí Jacob, hijo de Leith, que á sus anteriores conquistas habia añadido gran parte del Irak persiano, y penetró con un ejército formidable hasta Bagdad, fué vencido complètamente en la batalla de Catul por Muaffec, y perseguido hasta el Korassan, donde se libró del suplicio ocultándose de modo que no pudo encontrársele. Amed, hijo de Tolum, se rebeló contra el califa en Ejipto, se hizo soberano de esta provincia, entró con poderoso ejército en Siria, la devastó, y transmitió la usurpada corona á su hijo Camara Billah.

A pesar de tantos enemigos, Muaffec y su hijo recobraron la Siria, aunque fueron vencidos dos veces por Camara Billah, y volvieron á reunir todas las provincias al imperio, á escepcion del Ejipto. Motamed murió el año 279 de la Ejira, y nombró por su eredero á su sobrino Motadhed, hijo de Muaffec, que ya habia fallecido.

Motadhed.—(892) Motadhed reconquistó algunas plazas que aun estaban en poder de los rebeldes, mantuvo paz con Camara Billah, señor de Ejipto y de una parte de Siria que habia vuelto á ocupar, casando con una hija suya, y restableció la tranquilidad en toda la monarquía; pero no fué afortunado en la guerra contra los kármatas. Esta era una secta de fanáticos que se creian inspirados por el espíritu divino. Fué su jefe un hombre de baja estraccion, natural del Chussistan, que con la austeridad de su vida y su elocuencia bárbara sedujo un gran número de árabes del desierto y del Irak. Estos, tomando por su jefe á Abu Said, hicieron terrible guerra á Motadhed: ocuparon muchas ciudades del Irak, de la provincia de Barcin, en la costa del golfo Pérsico, y de Yemama en el interior de Arabia: vencieron un ejército que envió el califa contra ellos, y fundaron una pequeña monarquía, que vino á perecer como todas las que fundaron los árabes. Motadhed falleció el año 289 de la Ejira. Los historiadores describen su carácter con rasgos contradictorios; unos le

pitan cruel, la mayor parte compasivo y jeneroso. Reinó en tiempos felices, y conservó la monarquía; y esto basta para conocer que no era un hombre vulgar.

MOCTAFI. — (901) Sucedióle su hijo Moctafi, que peleó felizmente contra los kármatas, recobró á Siria y Ejipto y perdió el Korassan, tercera desmembracion importante y definitiva de la monarquía de los califas. Desde el primer año de su reinado, los kármatas, mandados por Yahia, hicieron una irrupcion en Siria, derrotaron á Harun, hijo de Cumara Billah, y sitiaron á Damasco. Aunque vencidos despues por otro ejército de Harun, con pérdida de su jeneral Yahia que murió en la batalla; bajo el mando de su ermano Hossein, tomaron á Emesa, volvieron contra Damasco cuyos abitantes se rescataron del saqueo con una gran suma de dinero, se apoderaron de Amah, Kinnisrin, Balbek y Salmadiyah, é hicieron orribles estragos en la Siria. Al año siguiente vencieron á Aloz, lugarteniente del califa, y sitiaron á Alepo; pero en 903 fueron completamente derrotados junto á Tamna por Mahomet, nuevo jeneral de Moctafi, y degollados todos los prisioneros con su jefe Hossein. Los pocos que escaparon de la matanza se refujiaron á Arabia.

Observando el califa que las fuerzas de Harun habian quedado muy quebrantadas por las derrotas que les habian dado los kármatas en la invasion de Siria, proyectó la reconquista de Ejipto, que llevó á cabo con toda felicidad su lugarteniente Mahomet.

Facilitó la empresa la muerte de Harun, que fué asesinado por un tio suyo codicioso del reino. Tuvo en efecto el nombre de rey algunos dias; pero los ejipcios le depusieron y mataron, y se sometieron al califa. Los kármatas hicieron todavia dos espediciones: una á Basora y otra al camino de la Mecca para robar la carabana. En una y otra fueron vencidos con gran matanza por los jenerales del califa. El Korassan habia sido desde el reinado del califa Al-Mamon, hijo de Harun-Al-Raschid, una provincia casi independiente del imperio, gobernada por jefes ereditarios. Dióla aquel califa á Taher en premio de los grandes servicios que le hizo en la guerra contra su ermano Amin. Poseyóla despues la familia de los Safarios; pero siempre reconocia vasallaje al

califa de Bagdad. En 904 Ismael, hijo de Amed el Samanide, gobernador de esta provincia, se hizo independiente en ella, tomó el título de califa de la Transoesana y Korassan, y fundó la dinastía de los Samanides. Este reino, colocado en el centro del Asia, comprendia las provincias riquísimas de Karems, Bucaria, Malvaranar y Korossan, y se estendia desde la playa oriental del mar Caspio hasta las montañas del Tibet. El califa Moctafi reinó solamente seis años.

MOKTADER. — (907) Sucedióle su ermano Moktader, cuyo califado fué largo, turbulento é infeliz. Apenas subió al trono, una faccion le derribó y ecsaltó á Mortadi, hijo del califa Motaz; pero Mortadi solo reinó veinticuatro oras: muchos de sus soldados le abandonaron, las fuerzas del califa fueron superiores, el usurpador uyó al desierto, fué cojido y presentado á Moktader, que mandó darle muerte.

En 908 hubo una gran revolucion en Africa, que cambió la faz del mundo maometano, y aceleró la ruina del imperio de los califas. Estaba aquel vasto pais repartido entre los edrises, que reinaban en Fez, y los aglavitas, cuya corte era Kairvan. Estos poseian [illegible] Africa media, y aquellos la occidental. Zayatadalá, el último de los aglavitas, ascendió al trono dando muerte á su padre Abdalá en 902. Obeidallah, descendiente del califa Alí, le arrojó del trono, tomó el título de Mahedi ó *conductor de los fieles*, fundó la ciudad de Mahadia en la costa del mar de la Sirte, enfrente de la isla de Malta, la hizo capital de su reino, y fué jefe de la dinastía de los Fatimitas, llamado así porque Obeidallah se jactaba de descender de Alí, marido de Fátima, hija de Mahoma. Obeidallah y Abu'l-Cassen, su hijo, estendieron notablemente los límites de su imperio. Atacaron á los edrises: estos pidieron socorro á los Omeyas de España, y entre sus aliados y enemigos vino á dividirse el imperio del Africa occidental, quedando los Omeyas dueños de la antigua Mauritania Tinjitana, y los Fatimitas de lo restante. Estos conquistaron tambien á Sicilia y Calabria, y llevaron sus armas hasta el centro de Asia. Pero su guerra mas encarnizada fué contra los califas de Bagdad. Obeidallah, tomando el título de califa, y declarando la intencion de vengar la familia de Alí,

proscrita por los Abbasidas, produjo un cisma terrible entre los musulmanes, y convirtió la guerra de política en relijiosa. Abu'l-Cassen se apoderó de Barca, ciudad entonces muy populosa y rica que dependia del gobierno de Ejipto; pero cuantas veces atacó esta última provincia, fué rechazado por el valor y la fortuna de Munas, eunuco y el mejor jeneral de Moktader.

Al mismo tiempo peleaba este califa contra los kármatas, que continuaban su guerra de latrocinio y robaron á Cufa y á Basora, y contra los griegos, que fueron vencidos en una batalla naval junto á Lemnos; pero que bajo las órdenes del célebre jeneral Curcuas derrotaron el ejército árabe en el Asia menor, tomaron á Melitene y restablecieron la antigua frontera del imperio griego en Capadocia, Armenia y Mesopotamia. Entretanto el Aderbijan, el Irak Ajemi y otras provincias del Sur del mar Caspio se desmembraban del imperio; Mardawii, jefe árabe, las conquistó sin que el califa pudiese enviar contra él sino pequeñas fuerzas que fueron derrotadas fácilmente. Mardawii fué el fundador de la dinastía de los Deilamitas, llamados así por una ciudad de que se intitularon reyes. Esta fué la cuarta desmembracion importante del imperio árabe.

Sumerjido Moktader en los placeres y abandonando el cuidado de los negocios á las mujeres del serrallo, dejó á los kármatas que robasen la Mecca; mudó de visir cada dos años, se hizo odioso á las tropas, y por tanto sospechó de ellas y de sus jenerales, principalmente de Munas. Los soldados obligaron á este á conspirar, á deponer á Moktader y á dar la corona á su ermano Caher. Sin embargo, Munas que no entró en la conjuracion sino á su pesar, se aprovechó del primer descontento de las tropas por falta de pagos, y restableció á Moktader al cabo de tres dias de depuesto. Sucedió esta doble revolucion en 929. Tres años despues el jeneral Munas, que siempre temia las sospechas del califa, las convirtió en realidades. Uyó á Mosul, juntó tropas y volvió con ellas sobre Bagdad: Moktader le salió al encuentro y pereció en el combate.

Caher billah.—(932) Munas propuso que se colocase en el trono al hijo de Moktader; pero Nubakti, otro jefe de los conjurados, se opuso á ello, y proclamó á Caher, hijo del ca-

lifa Motadhed. Munas temia el carácter cruel y avaro de este príncipe, y Nabakti el influjo funesto que habian ejercido las mujeres en el reinado de Moktader, y que se continuaba en la menor edad de su hijo. Despues de varias contestaciones, Munas cedió, y Caher subió al trono.

Este mónstruo justificó las predicciones de aquel ábil jeneral. Dió tormento á los hijos y sirvientes de Moktader para que le descubriesen donde estaban los tesoros que este califa habia escondido: lo mismo hizo con Saf, madre de Moktader y suegra suya, añadiendo al suplicio los ultrajes mas crueles. Hizo morir á un hijo de Moctafi, á quien una faccion queria poner en el trono, clavándole con cuatro clavos á una pared; y queriendo satisfacer su avaricia con la crueldad, mandó llamar á un hombre rico, y le dijo que tenia necesidad de doscientos mil dineros: respondióle Abu-Iahia (así se llamaba el prestador) que no tenia aquella suma. «Abu-Amed, hijo de Moctafi, que está en el aposento inmediato, le dijo el califa, me ha asegurado que puedes darme ese dinero, y es de dictámen que me lo des.» Abu-Iahia entró en el cuarto para hablar con Abu-Amed: al verle en aquel orrible estado se le erizaron los cabellos, y dió á Caher todo el dinero que le pidió.

Munas, que nunca le habia amado, conspiró contra él con otros grandes del imperio; mas esta conjuracion fué descubierta y degollados sus promovedores. Asi pereció aquel ilustre jeneral, que renovó en la monarquía árabe los ejemplos gloriosos, y luego funestos, dados por Narsés en el imperio griego. Otra conspiracion, formada poco tiempo despues, no fué descubierta, porque el mensajero que traia la noticia no pudo llegar adonde estaba el califa, que dormia profundamente despues de haber pasado la noche en la crápula y la disolucion: los conjurados le depusieron, saquearon la ciudad y colocaron en el trono á Radhi, hijo de Moctader. Caher, despojado de su dignidad y de sus riquezas, logró su libertad despues de algun tiempo de prision, y pidió limosna á la puerta de la mezquita para mantenerse. Murió cinco años despues. Ebn-Moclab, uno de los visires de Caher, fué inventor de los caractéres árabes que

se usan en la numeracion.

RADHI (933): DISOLUCION DE LA MONARQUIA ARABE.—El reinado de este débil califa fué el período de la completa desmembracion de la monarquía árabe. Los gobernadores de las provincias se hicieron independientes, aunque al principio manifestaban mucha deferencia y respeto al emperador de los creyentes, que privado del territorio de su imperio, y reducido á Bagdad y sus cercanías, conservaba sin embargo la jurisdiccion espiritual en todos los paises que no estaban bajo la obediencia de los califas Fatimitas de Africa.

Casi en la misma época se verificó una revolucion semejante en el imperio francés de los Carlovinjios. Mas los franceses volvieron á reunirse y formar una monarquía compacta en el transcurso de los siglos: el reino de los califas cayó para siempre, y su historia en lo sucesivo no será mas que la de las guerras y catástrofes contínuas que produjo la ambicion en los pequeños estados, compuestos de las ruinas de la gran monarquía. El estudio de estas revoluciones ni ofrece interés ni utilidad: la fuerza ciega de las armas, que habia fundado el imperio de Mahoma, fué la que lo desmembró y acabó; y esta fuerza era el único derecho de los vencedores. Entre estos hubo muy pocos dignos por sus grandes cualidades de la atencion de la posteridad.

Los principales gobernadores que se alzaron con las provincias en tiempo del califa Radhi, fueron los siguientes: en el Korassan reinaba Al-Nasser, de la dinastía de los Samanides. En la parte meridional de Persia Alí, hijo de Buiya, fundador de la dinastía de los Buidos, y en el centro Hassan, ermano de Alí é hijo de Buiya; este tenia su corte en Ispahan. En el Occidente de Persia Wasmakin, de la dinastía de los Deylamitas. En Mesopotamia los principales de la familia de Hamdan. En Siria y Ejipto Mohammed-Al-Aschid: de estas provincias arrojaron á sus sucesores los Fatimitas de Africa, y en Arabia Abu-Taher, príncipe de los kármatas.

A esta desmembracion material de territorio se juntó la política. Radhi, reduciéndose á las funciones espirituales del califado, creó con el título de *Emir-al-Omara*, que quiere decir *comandante de los comandantes*, un jefe político del estado, dándole en erencia el Irak.

Arabi. Este emir fué verdadero rey, y su destino se disputó muchas veces con las armas. El primero que obtuvo el emirato fué Abubecre. Yacam, uno de los grandes del imperio, se apoderó de Bagdad, y obligó al califa á que depusiese á Abubecra, y le diese á él su dignidad. Despues de un reinado de seis años en que cayeron sobre los árabes todas las calamidades posibles, murió Radhi consumido por los escesos de su disolucion é intemperancia.

Motaki. — (940 — 329 de la Ejira.) Sucedióle Motaki ó Moctafi, hijo del califa Moktader: fué el vijésimo primero de la raza de los Abbassides; arrojado de Bagdad por Al-Beridi, jefe árabe que se habia hecho fuerte en Cufa y otros pueblos del Irak, se refujió á Mosul, capital entonces de los hamdanidas, señores del Diarbekir ó Mesopotamia. Habul Hassam, príncipe de esta familia, le recibió con gran respeto y cordialidad, juntó numeroso ejército y le restituyó á su capital, echando de ella á Al Beridi:—en premio de este señalado servicio fué elevado á la dignidad de Emir-al-Omara. Pero apenas el deilamita se volvió á Mosul, un jefe de la milicia turca, llamado Tuzum, obligó al califa, á transferir á él aquel alto destino, y poco despues le depuso del califado.

Mostacfi. — (944) Sucedióle Mostacfi, hijo del califa Moctafi. Moez Al-dulat, ermano de Alí y de Hassan, reyes del mediodia y del interior de la Persia, vino á Bagdad con un ejército, depuso del emirato á Shirzad, otro turco que lo obtenia por muerte de Tuzum, y le sucedió. Alam, sultana favorita del califa, urdió una conspiracion contra el nuevo emir. Moez Al-dulat depuso á Mostacfi y le sacó los ojos, y mandó cortar la lengua á Alam.

Moti. — (945) Moez Al-dulat puso en el trono de los califas á Moti, hijo de Moktader. Su califado duró veintiocho años, y sucedieron en él grandes acontecimientos: mas en ninguno tuvo parte. El Emir-al-Omara sostuvo guerra continua, interrumpida por breves treguas, contra los sultanes de Mosul. Peleó tambien contra los kármatas y otros rebeldes del Irak. Hubo además guerras entre los buides, que dominaban la Persia, y los samanides, señores del Korassan. Pero estos frecuentes combates no producian resultados políticos. A la paz se devol-

vian las plazas tomadas en la guerra. Mas decisiva fué la campaña de Moez, califa del Africa, contra el Ejipto; pues se apoderó de esta provincia, de la de Siria hasta Damasco, y de Arabia hasta la ciudad de Medina.

Estas guerras, que podian llamarse civiles, debilitaban notablemente á los árabes; y el imperio griego, que poseia entonces jenerales y emperadores valientes, como Romano Lecapeno, Nicéforo Fócas y Juan Cimisces, peleó con felicidad contra los sultanes de Mosul, que eran sus fronterizos: los griegos arrojaron sus ejércitos del Asia menor, penetraron en Armenia y en el Diarbekir, y cuando el califa Moez entró en Siria, se apoderaron de Antioquía y de toda la costa del mar hasta Trípolis.

El poder del califa de Bagdad era entonces tan corto, que Azzeddulat, hijo y sucesor de Moez Al-dulat en la dignidad de emir, teniendo necesidad de dinero para una espedicion, obligó á Moti á que vendiese los muebles de su palacio para completar la suma. Entonces corrió en Bagdad este proverbio: *Bactiyar ha multado al califa*. Bactiyar era el primer nombre del emir. El rigor con que trataba la milicia turca, produjo una rebelion. Sabectekin, jefe de aquella tropa, le hizo guerra, le venció, se apoderó de Bagdad y depuso al califa, que murió dos meses despues.

TAI.—(973) Sabectekin elevó al califado á Tai, hijo de Moti, y fué proclamado Emir-al-Omara; pero murió de allí á poco tiempo, y le sucedió Aftekin, otro de los caudillos turcos: este continuó la guerra contra Azzeddulat, que se habia hecho fuerte en Vasel, y puso sitio á esta plaza. Azzeddulat imploró el socorro de su familia, y su primo Adhad-Eddoulat, hijo de Alí, sultan de Persia, vino en su socorro, venció á Aftekin, y habria suplantado á Azzeddulat, si su padre Alí no le hubiese reprendido su ambicion criminal y obligado á restituir el emirato á quien le pertenecia, y á retirarse á Persia.

Adhad-Eddulat obedeció; pero apenas murió su padre y le sucedió en las provincias del Farsistan y Kerman, que componian su reino, volvió á presentarse con numeroso ejército delante de Bagdad, arrojó á Azzeddulat de aquella capital, le persiguió y dió muerte, se apoderó del emirato, y por la agregacion del Irak á sus dominios

fué el príncipe mas poderoso que habia entonces en el Asia. Entre todos los jefes que destrozaban á la sazon con perpétua guerra el imperio maometano, este sultan fué el que tuvo prendas mas eminentes y vicios mas orrendos. Su proyecto era volver á reunir los miembros esparcidos de la monarquía, y todos los medios, hasta la perfidia y la crueldad, le parecian buenos para conseguirlo. Hizo guerra á todos los príncipes de su familia que dominaban en Persia: quitó á los hamdanides el señorío de la Mesopotamia; de modo que Bagdad volvió á ser capital de todos los paises comprendidos entre el Eufrates y el Indo, el mar Caspio y el Eritreo. Al mismo tiempo favoreció á Esclero en su rebelion contra el emperador Basilio II; pero este gran poder que creó enmedio de la monarquía de los musulmanes, acabó con su fallecimiento. Murió de epilepsia en 982, dejando por sucesor suyo á su hijo Samsam-Eddulat. Los ermanos de este pelearon contra él: Scharfaldulat, uno de ellos, le quitó el emirato, y los demás se repartieron entre sí las provincias de su imperio. A Scharfaldulat sucedió en la dignidad de emir su ermano Bahaaldulat, que se vió obligado á pelear contra la milicia turca dentro de Bagdad, y á hacer despues las paces con ella. Al mismo tiempo los ocailitas, tribu árabe, se apoderaron de la Mesopotamia.

Bahaaldulat depuso al califa Tai por hacerse dueño de sus riquezas. Durante su califado comenzó á florecer en el Korassan la dinastía de los Gaznavides, llamados así por la ciudad de Gazna, de que fué gobernador su jefe. Poco despues los gaznavides destronaron á los samanides, se hicieron dueños de aquella monarquía, y la poseyeron hasta que se la quitaron los Seljiucides.

Cader.—(991) Bahaaldulat elevó al califado á Cader, hijo de Isak, y nieto del califa Moktader. Cader gozó del trono sacerdotal de los musulmanes cuarenta años, en cuyo largo periodo hubo notables alteraciones en todas las provincias árabes, sin que la corte de Bagdad tomase parte en ellas. Tuvo por emires sucesivamente á Bahaaldulat, y á sus hijos Sultan Eddulat, Mosref Edulat y Jalo Edulat. Estos ermanos se disputaron con las armas, no solo el Irak-Arabi, que era el señorío afecto al emirato, sino tambien el

Farsistan y el Kerman, erencia de los sultanes Buides.

En este reinado decayó prontamente el poder de los Omeyas de España, que habia llegado á su mas alto punto por las victorias de Almanzor, lugarteniente de Hicsem, califa de Córdoba. Este caudillo arrojó á los cristianos de la línea del Duero, tomó y destruyó á Leon, saqueó á Galicia, ganó muchas grandes batallas, y amenazó á las débiles monarquías de los cristianos de España su postrer ruina. Pero vencido con gran mortandad de la morisma en la batalla de Calátanasor, y habiendo fallecido poco despues, la flaqueza del califa, la division de los caudillos sarracenos, y la ambicion de los gobernadores de provincias, despues de asolar el imperio árabe de España, lo desmembraron en pequeñas monarquías, precisamente cuando Fernando I, reuniendo los señoríos de Castilla y de Leon, juntaba fuerzas suficientes para desalojar del Duero á los maometanos, y llevar las fronteras de su estado hasta las montañas que separan las dos Castillas.

Los califas Fatimitas de Africa, Ejipto y Siria comenzaban tambien á descaecer. Los gobernadores de las provincias, y aun de las ciudades y fortalezas, llevados de la ambicion de fundar dinastías, se revelaban, ya con feliz, ya con mal suceso; pero lo que mas podian hacer, aun cuando la suerte les era mas próspera, se reducia á componer un pequeño reino, sin fuerzas ni fronteras, que á su muerte destrozaban todavía entre sus hijos. Parece que el delirio de la division era la moda dominante tanto en los paises musulmanes como en los cristianos.

Sin embargo, fué una escepcion gloriosa de este principio desatinado el reino que fundó Mahamud el Gaznavide. Despues de hacerse dueño del Korassan, venció á los tártaros de Bucaria, á los caudillos turcos, hijos de Selgiuk, penetró muchas veces en el Indostan, agregó á sus estados gran parte de aquel inmenso pais, é introdujo en él el maometismo: quitó el Irak persiano á los descendientes de Hassan, hijo de Boiya, y formó una vasta monarquía, que se prolongaba desde el Tígris hasta el Ganjes, compuesta de las partes setentrionales de Persia é Indostan, del Korassan y la Bucaria. Los turcos, arrojados del Korassan, penetraron á las órdenes de Arslan, hijo de Seljiuk, en el Aderbijan y

Diarbekir, y dieron principio á la monarquía turca, sucesora del poder de los árabes en el Asia occidental.

CAIEM.—(1030) Caiem sucedió en el califado á su padre Cader. Despues de la muerte de Talol Edulat le sucedió en su dignidad de emir su sobrino Abu Calijar, hijo de Sultan Edulat, y á Abu Calijar su hijo Cosru Firuz, que disputó sus estados y su empleo contra los ermanos. Basasiri, un capitan de la milicia turca, se rebeló contra el califa y su emir, y ausiliado por Mostanser, califa de Ejipto, se apoderó del Irak Arabí, tomó á Bagdad, y se hizo dueño del gobierno; pero sin quitar al califa su dignidad sacerdotal, y dando al Emir-al-Omara el título vano de rey de Bagdad.

Era entonces célebre Togrul-beg, nieto de Seljiuk, y fundador de la dinastía de los Seljiucides, el cual causó una nueva revolucion en Asia, y fundó un vasto imperio. Hallábase con las principales fuerzas de los turcos en el Norte de Persia despues de las conquistas de su tio Arslan en Mesopotamia. Acometió á Massud, hijo y sucesor de Mahmud el gaznavide y le quitó las provincias del Aderbijan, Irak Ajemí, Korassan y Malvananar, dejando solo á sus descendientes la Bucaria y el Indostan. Togrul-beg era ya dueño de la Persia setentrional, cuando el califa Caiem imploró su ausilio contra el tirano Basasiri. El éroe turco marchó á Bagdad, libertó al califa, conquistó la Persia meridional, el Irak y el Diarbekir, reunió toda la Persia bajo su poderío, y fué nombrado Emir-al-Omara, ó sultan de Bagdad. Entonces concluyó la dinastía de los buides, que tantos años habia obtenido el dominio del Asia. Sucedióle en el imperio su sobrino Alp-Arslan, que hizo la guerra contra Romano Diójenes, emperador de Constantinopla, con vario suceso, hasta que al fin le derrotó é hizo prisionero en la batalla de Zara, ciudad de Armenia, y le obligó á hacer la paz. Dueño de todo el pais occidental del mar Caspio, determinó conquistar la playa oriental, llamada Turkestan por haber sido la cuna de la nacion turca. Murió en esta espedicion á manos de un capitan suyo, á quien ultrajó por haber capitulado en una fortaleza despues de haberla defendido con mucho valor. Alp-Arslan tuvo por sucesor á Malec, su hijo.

Mientras los Seljiucides formaban un grande imperio en el

centro del Asia, empezaba en Africa su brillante y efímera ecsistencia la dinastía de los Almorawides, que saliendo de los desiertos de Barca á las órdenes de su jefe Abu Bekir, se hicieron dueños en pocos años de todas las ciudades maometanas que habia desde Zaragoza hasta Trípoli. Caiem obtuvo el califado cuarenta y cuatro años.

Moktadi. — (1074) Moktadi, su nieto, hijo de Mohammed, le sucedió. Este califa salió del largo sueño que habian dormido sus predecesores, y gobernó por sí mismo las provincias de Arabia, Irak y Siria: lo que no pudo atribuirse á otra cosa, sino al respeto que los Seljiucides, recien convertidos al islamismo, conservaban todavía al sucesor del profeta árabe. Ademas el sultan Malec, llamado con guerras contínuas á las fronteras del Korassan y de la India, no podia atender al gobierno de los paises situados al Occidente del Tígris, y por eso no pudo pelear contra los Fatimitas, á quienes arrojó de Siria, y persiguió en Ejipto, sino por medio de sus lugartenientes.

En tiempo de este sultan llegó la monarquía de los Seljiucides al grado mas alto de poder; pues se estendia desde el mar de Siria hasta cerca del Ganjes; pero llevaba en su mismo seno los jérmenes de su destruccion. Malec daba á sus lugartenientes la investidura de las plazas y territorios conquistados, mediante un tributo, y aun á sus ermanos les cedió provincias en toda soberanía; y así apenas murió Malec, no solo se disputaron sus hijos la corona, sino todos los atabekes ó *lugartenientes* tomaron el título de soberanos, y se hicieron guerra civil entre sí. Habia un sultan Seljiucide en Nicea, hasta donde habian penetrado las armas de los turcos: otro en Iconio, otro en cada ciudad notable de Siria y Mesopotamia: Jerusalen obedecía unas veces á los Fatimitas, otras á los Seljiucides: todo era confusion, anarquía y combates. En esta situacion hallaron los cristianos el Oriente cuando emprendieron la primera cruzada.

Muerto Malec le sucedió su hijo mayor Barkiarok, por fallecimiento de su ermano Mahmud, que se le habia anticipado en Bagdad y le disputaba la corona. De allí á poco murió el califa despues de un reinado de veinte años. En él conquistaron los almoravides el Africa, primero mandados por Abu-Bekir que en 1070 echó los ci-

mientos de la ciudad de Marruecos, capital por muchos siglos del Africa, y despues por su primo Jucef que acabó de someter la Mauritania.

En 1085 ganó á Toledo Alfonso VI de Castilla, afirmó el poder español en la línea del Tajo, y aseguró la monarquía, cuya ecsistencia estuvo amenazada hasta entonces por el poder superior de la morisma; y si bien es verdad que Jucef, llamado por los musulmanes de España, le venció en la batalla de Zalaca, cerca de Badajoz, y apoderándose de toda la España musulmana, opuso una resistencia, invencible por entonces, á los progresos de los cristianos, la fuerte posicion de Toledo y la poblacion que bajo su amparo crecia en ambas Castillas, hicieron inútiles todos los esfuerzos de los almoravides contra la España central, hasta que dividido el nuevo reino maometano, destino comun de todos los que fundaron los árabes, proporcionó un triunfo definitivo cerca de dos siglos despues á la constancia castellana.

Mostedhader. — (1094) A Moktadi sucedió en el califado su hijo Mostedhader. En este tiempo los califas daban á sus emires, no el título de Emir-al-Omara, sino de Emir-al-Mumenim, ó *comandante de los fieles*, que habia sido el de los primeros sucesores de Mahoma; sin duda para onrar con él á los Seljiucides, mucho mas poderosos que los príncipes Buides, que habian obtenido antes de ellos el emirato. Los cristianos corrompieron esta palabra diciendo Miramamolin.

Ya referimos en el tomo XVIII de esta historia los preparativos y el resultado de la primer cruzada, la toma de Nicea y de Antioquía y el establecimiento del reino de Jerusalen. Mientras se verificaba esta grande revolucion en el Occidente de Asia, todos los príncipes maometanos estaban en guerra unos contra otros, y todos contra los cruzados. Mohamed, ermano de Barkiarok, se rebeló contra su autoridad, y despues de sangrientos combates le obligó á repartir con él las provincias del imperio: muerto Barkiarok, desposeyó á Malec II, hijo de este, se apoderó de todo el reino, logró una victoria contra los latinos, inutil porque tuvo que acudir á pelear con los rebeldes de Persia, y murió en 1117. Antes de espirar mandó á su hijo Abu'l Casen que subiese al trono; y como este se escusase, di-

ciendo que aquel dia era de mal agüero y siniestro, le respondió Mohamed: «Es siniestro para tu padre que muere; mas no para ti que adquieres la corona.» Al año siguiente murió el califa Mostedhader.

MOSTARSCHED. — (1118) Su hijo Mostarsched le sucedió. Este restableció la antigua fama militar de los Abasides. Habiéndose rebelado contra él su ermano Abul-Hassan, le venció y le perdonó. Sostuvo una guerra contra Sanjiar, tio del emir Abu'l-Casen y ermano de su padre Mohamed, que mandaba en la parte oriental de Persia, y derrotó á sus lugartenientes. Resuelto á gobernar por sí mismo, quitó el emirato á Massud, ermano y sucesor de Abu'l-Casen, y se dieron una batalla, en la cual habiéndose pasado á Massud un ala entera del ejército de Mostarsched, el califa fué envuelto, hecho prisionero, y asesinado, segun unos, de órden de Massud, segun otros, por los emisarios del viejo de la montaña, ó príncipe de los bataneos y señor del Kubistan, que era entonces el terror de todos los príncipes. Los atabekes cercanos al reino de Jerusalen tomaron muchas plazas de los latinos en este intervalo: los cruzados se redujeron á la defensiva, y aquel pequeño reino empezó á decaer.

En 1116 empezó á predicar en Africa contra los almoravides el Mahadi, hombre fanático y elocuente, cuya voz arruinó aquella dinastía. Su discípulo Abdelmumen, fundador de la dinastía de los Almohades, consiguió grandes victorias contra ellos, y los obligó á aflojar en la guerra con los cristianos de España: lo que favoreció mucho á los reyes de Aragon, Castilla y Portugal para adelantar sus fronteras hasta el Guadiana, la Sierra Morena y el Ebro. Las conquistas de Tudela, Zaragoza y Tortosa, hechas en estos tiempos, favorecieron las espediciones á Andalucía, cuyos fértiles campos saquearon por la primera vez en este periodo los castellanos y aragoneses.

RASCHED. — (1134) Rasched, hijo y sucesor de Mostarsched, quiso deponer al sultan Massud, confiado en el socorro de Daud, otro Seljiucide que mandaba en el Aderbijan y tenia guerra con Massud; pero este auyentó al ausiliador, tomó á Bagdad y depuso al califa.

MOCTAFI II. — (1135) Massud colocó en el trono á Moctafi Laemrillah, hijo del califa Mostedhader, el cual, por agrade-

cimiento á su bienechor, conservó á los Seljiucides el mando en el Irak durante la vida de aquel sultan; pero apenas falleció, gobernó por sí mismo las únicas provincias que le quedaban, que eran las cercanías de Bagdad y de las ruinas de Babilonia y la Arabia. El grande imperio de los Seljiucides estaba ya en disolucion, y cada una de sus provincias, aun sus ciudades, tenia entonces un sultan particular. Ninguno de ellos es digno de mencion, sino Nurodin, llamado Norandino por los cristianos, sultan de Alepo, que hizo constantemente la guerra con vario suceso, y muchas veces con felicidad, contra los príncipes de Antioquía, los condes de Edesa y los reyes de Jerusalen. Todo el orbe musulman estaba en anarquía: la dinastía de los Gaurides sucedió á las de los Gaznévides en el nordeste de Persia: Abdel-Mumen, príncipe de los almohades, tomó á Marruecos y á Fez, arrojó de Mahedia á los normandos, que despues de conquistar la Sicilia á los sarracenos de Africa, se habian apoderado de aquella plaza, persiguió á los almoravides en España, dió fin á sus imperios y agregó á sus estados la Andalucía, el Algarbe y el reino de Valencia, únicos restos ya de la antigua dominacion de los árabes en la península.

En este califado pasó al Asia la segunda cruzada, mandada por Conrado III, emperador de Alemania, y por Luis el jóven, rey de Francia. Ya vimos en su lugar el poco efecto que produjo por *el justo encono* de los griegos y el valor de los turcos. Los latinos, alentados con el refuerzo recibido, pusieron sitio á Damasco: mas tuvieron que retirarse de esta plaza, al saber que Nurodin marchaba á socorrerla al frente de veinte mil turcomanos.

El califa Moctafi, deseoso de tomar parte en los sucesos militares de su tiempo, hizo alianza con los sultanes del Mazanderan y del Aderbijan contra Soliman, otro Seljiucide que aspiraba al trono de Persia, y pelearon con él; pero fueron vencidos junto al rio Arajés, y el califa se retiró á Bagdad, donde murió el año siguiente.

Mostanjed. — (1160) Sucedióle su hijo Mostanjed. En los dieziocho años que reinó conservando en sus estados la paz y la justicia, hubo en el Korassan y la Persia las guerras ordinarias y crueles entre los prín-

cipes Selfiucides, quitándose unos á otros plazas y territorios, y levantándose nuevos régulos con la caida de los anteriores. Esta perpétua lucha y revolucion de dinastías, en las cuales se ve siempre la ambicion que destruye y divide, y nunca el jenio que crea y consolida, no ofreció hechos ni resultados útiles.

Muy de otra manera se presenta en la historia la elevacion de Nurodin, príncipe de Siria. Dueño de Alepo por el derecho de nacimiento, de Mossul, que eredó de su ermano, y de otras muchas plazas importantes de Siria, Diarbekir y Palestina por conquistas que hizo peleando ya contra los latinos, ya con otros pequeños príncipes musulmanes, logró una oportunidad favorable para estender hasta Ejipto el poder de sus armas. Era á la sazon califa de este pais y sucesor de los Fatimitas Aded Lenidillah, ya descaecido del grande imperio que fundaron sus antecesores, por la pérdida de toda el Africa, que habia sido suya, como hemos referido, primero de los almoravides y despues de los almoades. Aded tenia por visir á Zaric; pero Shawer tenia á su favor un partido poderoso, hizo guerra á Zaric, y obligó al califa Aded á conferirle el visiriato. Dargam, otro magnate de Ejipto, se levantó contra él, y le hizo uir á la Siria. Shawer propuso á Nurodin que le ausiliase para recobrar su empleo, ofreciéndole, si lo conseguia, la tercera parte de las rentas de Ejipto. Este fué el primer motivo del príncipe de Alepo para emprender la espedicion de Ejipto: el segundo fué que los latinos, valiéndose de las divisiones de este reino, penetraron en él, y ya amenazaban á Belbeis, la antigua Pelusio.

Nurodin envió, pues, á Ejipto á su lugarteniente Zairacub, que derrotó fácilmente á Dargam, y restituyó su empleo á Shawer; pero este, logrado lo que queria, se negó á cumplir sus promesas. Zairacub, irritado, se apoderó de las plazas de Skarkiah y Belbeis; y aunque los cruzados, cuyo socorro imploró Shawer, sitiaron al jeneral sirio en esta plaza, como al mismo tiempo otro ejército de ellos fué vencido en Siria por Nurodin, que de resultas de su victoria tomó la plaza de Huran, se vieron obligados á hacer un convenio con los sirios, y estos evacuaron por entonces el Ejipto; pero volvieron á él dos años

mientos de la ciudad de Marruecos, capital por muchos siglos del Africa, y despues por su primo Jucef que acabó de someter la Mauritania.

En 1085 ganó á Toledo Alfonso VI de Castilla, afirmó el poder español en la línea del Tajo, y aseguró la monarquía, cuya ecsistencia estuvo amenazada hasta entonces por el poder superior de la morisma; y si bien es verdad que Jucef, llamado por los musulmanes de España, le venció en la batalla de Zalaca, cerca de Badajoz, y apoderándose de toda la España musulmana, opuso una resistencia, invencible por entonces, á los progresos de los cristianos, la fuerte posicion de Toledo y la poblacion que bajo su amparo crecia en ambas Castillas, hicieron inútiles todos los esfuerzos de los almoravides contra la España central, hasta que dividido el nuevo reino maometano, destino comun de todos los que fundaron los árabes, proporcionó un triunfo definitivo cerca de dos siglos despues á la constancia castellana.

Mostedhader. — (1094) A Moktadi sucedió en el califado su hijo Mostedhader. En este tiempo los califas daban á sus emires, no el título de Emir-al-Omara, sino de Emir-al-Mumenim, ó *comandante de los fieles*, que habia sido el de los primeros sucesores de Mahoma; sin duda para onrar con él á los Seljiucides, mucho mas poderosos que los príncipes Buides, que habian obtenido antes de ellos el emirato. Los cristianos corrompieron esta palabra diciendo Miramamolin.

Ya referimos en el tomo XVIII de esta historia los preparativos y el resultado de la primer cruzada, la toma de Nicea y de Antioquía y el establecimiento del reino de Jerusalen. Mientras se verificaba esta grande revolucion en el Occidente de Asia, todos los príncipes maometanos estaban en guerra unos contra otros, y todos contra los cruzados. Mohamed, ermano de Barkiarok, se rebeló contra su autoridad, y despues de sangrientos combates le obligó á repartir con él las provincias del imperio: muerto Barkiarok, desposeyó á Malec II, hijo de este, se apoderó de todo el reino, logró una victoria contra los latinos, inutil porque tuvo que acudir á pelear con los rebeldes de Persia, y murió en 1117. Antes de espirar mandó á su hijo Abu'l Casen que subiese al trono; y como este se escusase, di-

ciendo que aquel dia era de mal agüero y siniestro, le respondió Mohamed: «Es siniestro para tu padre que muere; mas no para tí que adquieres la corona.» Al año siguiente murió el califa Mostedhader.

MOSTARSCHED. — (1118) Su hijo Mostarsched le sucedió. Este restableció la antigua fama militar de los Abasides. Habiéndose rebelado contra él su ermano Abul-Hassan, le venció y le perdonó. Sostuvo una guerra contra Sanjiar, tio del emir Abu'l-Casen y ermano de su padre Mohamed, que mandaba en la parte oriental de Persia, y derrotó á sus lugartenientes. Resuelto á gobernar por sí mismo, quitó el emirato á Massud, ermano y sucesor de Abu'l-Casen, y se dieron una batalla, en la cual habiéndose pasado á Massud un ala entera del ejército de Mostarsched, el califa fué envuelto, hecho prisionero, y asesinado, segun unos, de órden de Massud, segun otros, por los emisarios del viejo de la montaña, ó príncipe de los batanéos y señor del Kuhistan, que era entonces el terror de todos los príncipes. Los atabekes cercanos al reino de Jerusalen tomaron muchas plazas de los latinos en este intervalo: los cruzados se redujeron á la defensiva, y aquel pequeño reino empezó á decaer.

En 1116 empezó á predicar en Africa contra los almoravides el Mahadi, hombre fanático y elocuente, cuya voz arruinó aquella dinastía. Su discípulo Abdelmumen, fundador de la dinastía de los Almohades, consiguió grandes victorias contra ellos, y los obligó á aflojar en la guerra con los cristianos de España: lo que favoreció mucho á los reyes de Aragon, Castilla y Portugal para adelantar sus fronteras hasta el Guadiana, la Sierra Morena y el Ebro. Las conquistas de Tudela, Zaragoza y Tortosa, hechas en estos tiempos, favorecieron las espediciones á Andalucía, cuyos fértiles campos saquearon por la primera vez en este periodo los castellanos y aragoneses.

RASCHED. — (1134) Rasched, hijo y sucesor de Mostarsched, quiso deponer al sultan Massud, confiado en el socorro de Daud, otro Seljiucide que mandaba en el Aderbijan y tenia guerra con Massud; pero este auyentó al ausiliador, tomó á Bagdad y depuso al califa.

MOCTAFI II. — (1135) Massud colocó en el trono á Moctafi Leemrillah, hijo del califa Mostedhader, el cual, por agrade-

cimiento á su bienechor, conservó á los Seljiucides el mando en el Irak durante la vida de aquel sultan; pero apenas falleció, gobernó por sí mismo las únicas provincias que le quedaban, que eran las cercanías de Bagdad y de las ruinas de Babilonia y la Arabia. El grande imperio de los Seljiucides estaba ya en disolucion, y cada una de sus provincias, aun sus ciudades, tenia entonces un sultan particular. Ninguno de ellos es digno de mencion, sino Nurodin, llamado Norandino por los cristianos, sultan de Alepo, que hizo constantemente la guerra con vario suceso, y muchas veces con felicidad, contra los príncipes de Antioquía, los condes de Edesa y los reyes de Jerusalen. Todo el orbe musulman estaba en anarquía: la dinastía de los Gaurides sucedió á las de los Gaznévides en el nordeste de Persia: Abdel-Mumen, príncipe de los almohades, tomó á Marruecos y á Fez, arrojó de Mahedia á los normandos, que despues de conquistar la Sicilia á los sarracenos de Africa, se habian apoderado de aquella plaza, persiguió á los almoravides en España, dió fin á sus imperios y agregó á sus estados la Andalucía, el Algarbe y el reino de Valencia, únicos restos ya de la antigua dominacion de los árabes en la península.

En este califado pasó al Asia la segunda cruzada, mandada por Conrado III, emperador de Alemania, y por Luis el jóven, rey de Francia. Ya vimos en su lugar el poco efecto que produjo por *el justo encono* de los griegos y el valor de los turcos. Los latinos, alentados con el refuerzo recibido, pusieron sitio á *Damasco*: mas tuvieron que retirarse de esta plaza, al saber que Nurodin marchaba á socorrerla al frente de veinte mil turcomanos.

El califa Moctafi, deseoso de tomar parte en los sucesos militares de su tiempo, hizo alianza con los sultanes del Mazanderan y del Aderbijan contra Soliman, otro Seljiucide que aspiraba al trono de Persia, y pelearon con él; pero fueron vencidos junto al rio Arajés, y el califa se retiró á Bagdad, donde murió el año siguiente.

Mostanjed. — (1160) Sucedióle su hijo Mostanjed. En los dieziocho años que reinó conservando en sus estados la paz y la justicia, hubo en el Korassan y la Persia las guerras ordinarias y crueles entre los prín-

cipes Selfiucides, quitándose unos á otros plazas y territorios, y levantándose nuevos régulos con la caida de los anteriores. Esta perpétua lucha y revolucion de dinastías, en las cuales se ve siempre la ambicion que destruye y divide, y nunca el jenio que crea y consolida, no ofreció hechos ni resultados útiles.

Muy de otra manera se presenta en la historia la elevacion de Nurodin, príncipe de Siria. Dueño de Alepo por el derecho de nacimiento, de Mossul, que eredó de su ermano, y de otras muchas plazas importantes de Siria, Diarbekir y Palestina por las conquistas que hizo peleando, ya contra los latinos, ya contra otros pequeños príncipes musulmanes, logró una oportunidad favorable para estender hasta Ejipto el poder de sus armas. Era á la sazon califa de este pais y sucesor de los Fatimitas Aded Lenidillah, ya descaecido el grande imperio que fundaron sus antecesores, por la pérdida de toda el Africa, que habia sido presa, como hemos referido, primero de los almoravides y despues de los almoades. Aded tenia por visir á Zaric; pero Shawer tenia á su favor un partido poderoso, hizo guerra á Zaric, y obligó al califa Aded á conferirle el visiriato. Dargam, otro magnate de Ejipto, se levantó contra él, y le hizo uir á la Siria. Shawer propuso á Nurodin que le ausiliase para recobrar su empleo, ofreciéndole, si lo conseguia, la tercera parte de las rentas de Ejipto. Este fué el primer motivo del príncipe de Alepo para emprender la espedicion de Ejipto: el segundo fué que los latinos, valiéndose de las divisiones de este reino, penetraron en él, y ya amenazaban á Belbeis, la antigua Pelusio.

Nurodin envió, pues, á Ejipto á su lugarteniente Zairacub, que derrotó fácilmente á Dargam, y restituyó su empleo á Shawer; pero este, logrado lo que queria, se negó á cumplir sus promesas. Zairacub, irritado, se apoderó de las plazas de Skarkiah y Belbeis; y aunque los cruzados, cuyo socorro imploró Shawer, sitiaron al jeneral sirio en esta plaza, como al mismo tiempo otro ejército de ellos fué vencido en Siria por Nurodin, que de resultas de su victoria tomó la plaza de Haran, se vieron obligados á hacer un convenio con los sirios, y estos evacuaron por entonces el Ejipto; pero volvieron á él dos años

despues, con el pretesto de que Shawer habia hecho alianza con los cristianos: Zauracub mandó tambien esta segunda espedicion, y llevó á ella en su compañía al célebre Saladino, sobrino suyo, é hijo de Ayub su ermano, que dió en esta guerra pruebas de su firmeza, valor y capacidad.

Las conquistas de Zairacub fueron rápidas, tanto mas cuanto el califa Aded estaba cansado de la tiranía de su visir, y mucho mas de su alianza con los francos. Estos se apoderaron de Belbeis, y marchaban ya ácia el Cairo, cuando tuvieron que evacuar el Ejipto por la llegada de los sirios, y por la precision en que se vió Shawer de darles dinero para que se retirasen; pues de lo contrario tendria á un tiempo contra sí solo las fuerzas de Zairacub, el enojo del califa y el fanatismo de todos los musulmanes. Ocupó, en fin, sin ostáculos el ejército sirio todo el Ejipto; y Zairacub, Saladino y sus tropas fueron recibidas del califa como libertadores. Shawer conservaba aun la dignidad de visir, y temiendo las reclamaciones de Nurodin, por las promesas que no le habia cumplido, formó el designio de apoderarse de todos los jefes sirios en un banquete á que los convidó. Sabida la alevosía, fué preso y muerto de órden del califa. Este visir fué uno de aquellos intrigantes sin moral ni talento, que aparecen en los estados solo para arruinarlos.

El califa Aded nombró por visir á Zairacub, y muerto este á Saladino, el cual al mismo tiempo que ejercia el visiriato, era jeneralísimo de las tropas de Nurodin en Ejipto. Reuniendo, pues, todos los poderes civiles y militares, reinó de hecho en aquel estado, salvas siempre las fórmulas de la reverencia al califa, y la sumision que debia y prestaba á Nurodin, su soberano natural.

Mostadi. — (1170) A Mostanjed sucedió su hijo Mostadí en el califado de Bagdad. Saladino, dueño de Ejipto, estendió sus conquistas por un lado en el Africa hasta Trípoli, y por otro en Arabia hasta el Yemen. Deseando arrojar de Asia á los cristianos, y creyendo muy conducente para lograr este fin terminar el cisma que dividia á los maometanos entre Abasides y Fatimitas, ó sonnitas y shiitas, suprimió el califado de Ejipto, se declaró gobernador de aquella provincia en nombre de Nurodin, é hizo proclamar en to-

das las mezquites por sucesor del profeta á Mostadí, califa de Bagdad. La familia de Aded, último califa Fatimita, acabó oscurecida en las prisiones del serrallo.

Nurodin, ó envidioso ó desconfiado de su lugarteniente, trató en diversas ocasiones de hacerle la guerra: mas siempre le desarmaban las protestas de fidelidad de Saladino y las cuantiosas sumas que le envió de los tesoros del califa depuesto, los cuales repartió entre su soberano y las tropas, sin reservar nada para sí. Contribuyó mucho á conservar la paz entre los dos príncipes Ayub, padre de Saladino, y su ministro y visir, ejemplo sin igual en los anales de la historia. Nurodin falleció en 1172, dejando por eredero de los vastos estados que conquistara con su espada, á Almalec, su hijo, de edad de doce años, y por consiguiente bajo la tutería de sus visires. Estos no se avinieron, y algunos de ellos imploraron el ausilio de Saladino. Pasó el sultan de Ejipto á Siria con poderoso ejército, y despojó de sus estados al hijo de su soberano y bienechor, sin dejarle mas que la ciudad de Alepo, en la cual habia comenzado Nurodin su fortuna.

Dueño Saladino del Ejipto, Siria y Mesopotamia, comenzó la guerra contra los latinos; pero esta primera tentativa no fué dichosa: los cruzados le derrotaron completamente en la batalla de Ascalon, y le obligaron á uir á Ejipto. Es verdad que los vencedores, débiles en número, á pesar de su indomable valor, no pudieron sacar ventajas de su victoria, ni tomar la plaza de Hamab que sitiaron despues de la batalla. A los dos años de esta derrota murió el califa Mostadí, y le sucedió su hijo Nasser.

Nasser. —(1179) Este califado fué el mas largo de todos; pues duró desde 1179 hasta 1225. Nasser fué testigo de grandes acontecimientos: la ruina de la monarquía cristiana de Jerusalen, la conquista del imperio griego por los latinos, la elevacion y decadencia de la dinastía de Saladino, ó de los *ayubitas*, nombre que tomó de Ayub, padre de aquel conquistador, la caida de los Seljiucides, y las conquistas de Jenjis-Kan, que mudaron la faz del Asia y de una parte de Europa. Ni el reinado de Nasser careció de gloria: nombró Emir-al-Omara á Saladino, que ocupado en perpétuas guerras en Siria y Meso-

potamia, no podia formar empresas contra la autoridad del jefe de los musulmanes: disputó las reliquias del imperio de los Seljiucides en Persia á Mohammed, sultan del Kuarasm, muy poderoso en aquel tiempo, y reunió al corto territorio que habia quedado á los califas, la parte meridional de Persia, desmembrada desde la usurpacion de los príncipes Buides.

Saladino, determinado á hacer vigorosamente la guerra contra los cruzados, conoció la necesidad que tenia de dejar aseguradas sus espaldas contra la ambicion de los príncipes de Alepo y Mossul, que temerosos de la suya, solicitaban la alianza de los cristianos. Apoderóse de Alepo por capitulacion, dando en cambio al sultan de esta ciudad algunas plazas insignificantes de Mesopotamia. Tomó á Amida y casi todas las plazas del Diarbekir, escepto á Mossul, de que no pudo hacerse dueño: estendió sus conquistas hasta la Armenia, y concluyó una paz gloriosa con el sultan de Mossul, que le reconoció por soberano.

Asegurado ya en su vasto imperio, que comprendia á Libia, Ejipto, Arabia, Siria, Mesopotamia y Armenia, comenzó su grande empresa contra los cristianos, que aunque en corto número, eran los mas temibles de sus contrarios por su valor y osadia. Reinaldo de Chatillon, príncipe de Carac, plaza situada en la antigua Idumea, al frente de un puñado de valerosos habia hecho incursiones en Ejipto y Arabia, robado las caravanas de la Mecca, tomado el puerto de Atila, en la playa del mar Rojo, é infestado con una escuadra que allí formó, ambas costas del golfo desde el istmo de Suez hasta el estrecho de Babelmandel. Saladino, aun antes de concluir la guerra de Mesopotamia, sitió á Carac en 1184 con todas las fuerzas de Siria y Ejipto; mas hubo de levantar el cerco, llamado á otros puntos, y no esperando tomar la plaza sino con gran pérdida de tiempo y jente, atendida la fortaleza de su situacion y el valor de sus defensores.

Pero en 1187, desembarazado de la guerra con los musulmanes, entró en Palestina con formidable ejército, en el cual habia un cuerpo ausiliar de Mossul, y procuró atraer á los cruzados á una batalla, cosa que siempre habia deseado y que los latinos evitaban, por la inferioridad constante de su número. Saladi-

no, engañado en su esperanza, puso sitio á Tiberiade, plaza colocada en la orilla sudoeste del lago de Jenezaret, tomó la ciudad, trató con la mayor inumanidad á los abitantes, quemó la poblacion, y se preparó á asaltar el castillo. Los latinos, indignados de la matanza y esclavitud de sus ermanos, y convencidos de la importancia de la fortaleza, se decidieron á presentar el combate, y se dió la funesta batalla de Tiberiade, que arruinó para siempre la potencia de los cristianos en Palestina. En aquella infeliz jornada quedaron prisioneros en poder de Saladino, Guido de Lusiñan, rey de Jerusalen, los grandes maestres del Templo y de san Juan, con casi todos los caballeros de estas dos órdenes, otros muchos príncipes, y en fin Reinaldo de Chatillon á quien Saladino, con una ferocidad contraria al carácter que le atribuyen los historiadores, dió la muerte con su propia espada en venganza de los males que habia causado al islamismo. Trofeo de la victoria fué toda Palestina: Berito, Sidon, Ptolemaida, llamada por los cristianos san Juan de Acre, Napluse, Cesárea, Jafa, Ascalon y Jerusalen (que en vano recurrió á los ayunos y á las procesiones), cayeron en poder del sultan ó de sus jenerales. Despues de tomada la capital puso sitio á Tiro; pero su armada fué vencida por la de los cruzados, y hubo de retirarse.

La noticia de la pérdida de Jerusalen produjo en Europa la tercera cruzada, cuyos jefes fueron Federico Barbaroja, emperador de Alemania, Felipe Augusto, rey de Francia, y Ricardo I, rey de Inglaterra. Federico, despues de haber conseguido grandes victorias contra los turcos Seljiucides, que dominaban en la parte oriental del Asia menor, falleció de una calentura orijinada de haberse bañado en el rio Salef, y solo quince mil hombres de su espedicion llegaron á Palestina. Los reyes de Francia é Inglaterrra desembarcaron en 1191 en el famoso campo de Ptolemaida. Esta plaza, una de las primeras conquistas de Saladino despues de la batalla de Tiberiade, estaba entonces sitiada por los cristianos, que retirándose de todos los puntos de Palestina, se habian reunido para tomar aquella ciudad. Saladino los observaba con su ejército; y sin haber batallas campales de poder á poder, todos los dias era la playa de san Juan de Acre teatro de las mas

portentosas azañas entre los mas esforzados guerreros del mundo. Saladino, no pudiendo pelear en campo abierto contra fuerzas tan considerables, se apostó de manera que podia favorecer las salidas de la guarnicion sin esponer su campamento; pero los cruzados estrecharon la plaza de tal manera, que se vió precisada á capitular y rendirse.

La enemistad antigua entre Felipe y Ricardo que se habian hecho guerra en Europa, se ecsasperó con la superioridad que afectaba el rey de Inglaterra en todas las espediciones militares. Felipe, mas político que guerrero, se volvió á Francia. Ricardo hizo sentir á Saladino el ascendiente de su jenio belicoso: le venció en la batalla de Arzof, tomó á Jafa, y obligó al sultan á desmantelar las plazas de Ascalon, Lidda y Ramla, para que no cayesen fortificadas en poder del enemigo. Los cristianos reedificaron las fortificaciones de Ascalon, tomaron á Darún y otros castillos, y vencieron segunda vez á Saladino, que sitiaba á Jafa.

Cansados unos y otros de una guerra que no producia ni podia producir resultados decisivos, convinieron en una tregua de tres años y ocho meses, durante la cual se estipuló que los cristianos podrian hacer sin obstáculo alguno la peregrinacion de Jerusalen. Ricardo volvió á Europa, y Saladino falleció el año siguiente en 1193, de edad de cincuenta y siete años.

Ambicioso, guerrero, infatigable, buen administrador y juez recto, no tuvo mas vicios que los que son inseparables de la ambicion, á saber: la ingratitud y la crueldad á sangre fria, cuando sus proyectos de engrandecimiento lo demandaban. Creó un grande imperio que dividió entre sus hijos, y que se desmoronó en breve. Su ermano Malek Adel pudo reunirlo despojando á sus sobrinos. Este príncipe, informado de que en Europa se preparaba una cuarta cruzada, y que las tropas de ella habian llegado ya á Constantinopla, mandadas por los dos Enriques, duques de Sajonia y Brabante, se apresuró á tomar á Jafa antes que se reuniesen los nuevos cruzados á los que habia en la tierra santa. Reunidos los latinos le vencieron en una gran batalla junto á Sidon, y sitiaron á Jerusalen. Continuamente incomodados por las tropas sarracenas, faltos de las máquinas de guerra necesa-

rias para su empresa, y luchando con los rigores de la estacion y con una guarnicion resuelta á morir antes que rendirse, tuvieron que levantar el sitio y retirarse. Los jefes de la cruzada volvieron á Europa, y Malek Adel recobró á Jafa en 1195.

Ya hemos referido en el último capítulo del tomo XVIII el resultado de la quinta cruzada. Sus jefes antes de pasar al Asia á combatir con los maometanos, se apoderaron de Constantinopla, arrojaron de ella á los príncipes griegos, que retirados á Trebisonda, Nicea y la Acarnania, conservaron en estos puntos un simulacro del imperio, y esperaron la ocasion que se les presentó mas tarde de recobrar la capital.

TARTAROS ó MOGOLES.

JENJIS-KAN.

Una revolucion importante, que se operó en el siglo XIII en la antigua patria de los Hiongnu, mudó la faz del Asia y volcó muchos imperios de Europa.

Jesukai Behadir, kan de los mogoles, que reinaba en las orillas del Selinga, murió dejando un hijo de trece años de edad, llamado Temudshin. Los mogoles no quisieron reconocer á este niño por su jefe: trece tribus solamente le permanecieron fieles. Llegado que hubo á la adolescencia, manifestó el jóven Temudshin un gran talento y una rara intrepidez. Buscaba la guerra y los combates, y de ellos salia siempre victorioso. Mas sediento de gloria que de riquezas, distribuia los despojos de los enemigos vencidos á sus compañeros de armas, á quienes trataba como ermanos, y sabia hacerse amar y respetar de todos los que le rodeaban.

Habíase ya adquirido gran reputacion, cuando los mogoles ácia el año 600 de la Ejira, se reunieron en las orillas del Solinga para elejir un jefe. Enmedio de su asamblea, uno de sus sabios, tan venerable por su edad como por sus virtudes, se levantó y dijo: «Ermanos mios: »el gran Dios del cielo se me ha »aparecido en una vision, sen»tado sobre su trono de fuego, »rodeado de las intelijencias ce»lestes, y juzgando á todas las »naciones de la tierra: yo mis»mo le he oido dar el imperio »del mundo á nuestro príncipe »Temudshin y proclamarlo rey »de los reyes (Dschingis-Khan.)» A estas palabras todos los mogoles levantaron sus manos al cielo, y juraron seguir á Te-

mudshin Dschingis-Khan en todas sus empresas.

Dschingis-Khan ó Jenjis-Kan como es costumbre decir en español, orgulloso con su nuevo título y persuadido de que nadà podria resistirle, formó el proyecto jigantesco de recorrer la tierra como conquistador, y de no conceder la paz sino á los vencidos. Salió de sus desiertos salvajes, cayó sobre la China, destruyó á los príncipes de la dinastía Sum, y se apoderó de su capital Yen-king é igualmente de la península de la Korea. En seguida se dirijió ácia el Occidente, sometió al Thibet, penetró en Kashmiria y amenazó á los estados del poderoso sultan de Khowaresmia, Ala-eddin Mohammed, hijo de Takash, que habia derrumbado el imperio de los gauridas y que dominaba la Persia y gran parte del Indostan. Este príncipe salió al encuentro de Jenjis Kan con cuatrocientos mil hombres, pero fué batido y subyugado su pais. Su valiente hijo Jelaleddin Mankbarn, andubo largo tiempo de aventuras en aventuras, desde la India hasta las riberas del Tigris, y pereció despues de muchas desgracias. Los paises cercanos al mar Caspio fueron invadidos rápidamente por Jenjis-Kan. El czar de Rusia se adelantó al frente de sus guerreros hasta el rio Kalka para detener al temible kan de los mogoles, pero fué puesto en uida.

En en el primer año del siglo XIII mandaba ya en toda la parte setentrional de la Tartaria independiente, conocida entonces con el nombre de Mogolistan; y cuando murió el califa Naser en 1225, habia conquistado por Oriente la Tartaria china y gran parte de este vastísimo imperio: por el Occidente el Kipzak, hoy gobierno de Astracan, y gran parte de la Rusia europea, y por el Mediodia la Bucaria, la India setentrional, el Korassan y las provincias orientales y meridionales de Persia; — de modo que sus inmensos estados confinaban por el Tarsistan con el mezquino territorio de los califas.

Grandes alteraciones hubo en Africa y España en el califado de Nasser. Los almoades, dueños de Africa y Andalucía, amenazaron á los cristianos de España con el mayor peligro que tuvieron despues de conquistada Toledo. Jacob Almanzor, su rey, venció á Alonso VIII de Castilla en la funesta batalla de Alarcos, dada en 1195, y en la

cual pereció la flor de la nobleza española; pero obligado el musulman á volver á Marruecos, su capital, donde murió de allí á poco, tomaron ánimo los cristianos, y en 1212 consiguió el mismo Alonso la señalada victoria de las Navas de Tolosa (llamada por los sarracenos batalla de Albacab), que decidió la suerte de España y de los almoades. Levantóse en Africa la tribu de los benamerines, que acabó con los almoades, y repartió entre sus jefes las provincias de Berbería. Fernando el Santo, nieto de Alfonso VIII, conquistó la Andalucía, y Jaime, su primo, el reino de Valencia, quedando solamente en Granada un rey moro, feudatario de los de Castilla, cuya ruina era fácil de pronosticar en el momento que los príncipes cristianos de España dejasen de hacerse la guerra.

Daher. — (1225) A Nasser, sucedió su hijo Daher, de edad de cincuenta años, por lo cual dijo al instalarse: *mala hora de abrir la tienda es el sol puesto.* Reinó solo un año; en el cual el emperador de los mogoles estaba ocupado con la conquista de la China. Los sultanes Seljiucides del Irak y del Aderbijan, olvidados del formidable Jenjis-Kan se destruian unos á otros, haciéndose guerra por la adquisicion de algunos pequeños territorios, con aquella ceguedad que precede siempre á las grandes catástrofes.

Despues de haber llenado el Asia con el terror y la gloria de su nombre, y de haber dado á los mogoles leyes y reglamentos militares, murió Jenjis-Kan á la edad de sesenta y cuatro años en 1227.

Sus leyes, referidas por Mr. Le Beau, segun el historiador Pachymero, son dignas de semejante príncipe y de semejante nacion. «Pueblos, dice, uid de »las delicias. Contentaos con »las cosas mas comunes. Amaos »unos á otros.»

«No busqueis el interés per»sonal; tened presente solo el »interés público; nada de afec»tacion en las cosas de la vida.»

«Haced uso de cuanto pueda »alimentaros: no hay comidas »impuras. Tomad muchas mu»jeres para multiplicar vuestra »raza; encargadlas de los cui»dados domésticos: vosotros so»lo os ocupareis de vuestras ar»mas y vuestros caballos.»

«No adquirais bienes raices, »ni os detengais á construir edi»ficios; no os arraigueis en la »tierra como los árboles; estad

»libres y dispuestos siempre á »cambiar de morada, segun que »lo creais conveniente y útil. »Lo único que necesitais es el »vestido y la comida.»

«Si faltare á alguno el ali»mento, procúreselo su arco y »sus flechas, y sáquelo de las »venas de su caballo.»

«Si necesitare de una sustan»cia mas fuerte, llene de sangre »el intestino de una oveja, y »hágalo cocer bajo la silla de su »caballo, y en él encontrará un »alimento sólido.»

«Si os encontráreis en el ca»mino algun pedazo de piel ó »tela, atadla á vuestra capa y os »servirá para remendarla cuan»do necesario fuere, y durará »tanto como vosotros.»

A la muerte de Jenjis Kan, Oktaj, Duschi, Tuli y Dshugataj, hijos suyos, lo mismo que sus nietos Gujuck, Batu, Hulaku y Koblaj, siguieron sus huellas y el pensamiento de continuar la conquista de la China. En vano intentaron resistirle los príncipes de la dinastía Sum, el gran duque de Rusia Alejandro Newski, vencedor de la Livonia, y los califas de Bagdad. Todos los pueblos desde el mar que separa el Japon de la China hasta el Oder en Silesia, temblaban delante de las armas de los mogoles.

El sucesor del czar Alejandro Newski, se refujió junto al rey de Polonia, y el trono de Rurik, tan respetado en el Norte en otro tiempo, llegó á depender de tal modo de los mogoles, que los kanes de la Orda de oro ecsijieron un tributo de los czares, y dispusieron de su onor, de sus bienes y de su vida, durante doscientos veinte años.

Vencedor de la Rusia, Batu, hijo de Duschi y nieto de Jenjis-Kan, se dirijió ácia el Poniente á la cabeza de un ejército innumerable: la Europa estaba entonces en un estado tal de fermentacion y anarquía que la dejaba sin defensa. El emperador Federico II se hallaba empeñado en rencillas violentas con los papas; Luis IX que ocupaba el trono de Francia, tenia que luchar contra vasallos inquietos y rebeldes; la silla de Pedro el pescador estaba vacante; el rey de Dinamarca, Erico VI pensaba solo en reparar los males que sus estados habian sufrido bajo el reinado de su padre; Erico XII rey de Suecia, reinaba en un pais despedazado por las facciones; y los duques de Polonia y de Masovia se hacian una guerra encarnizada, á pesar de los lazos de parentesco que los unian. Ninguno de estos princi-

pes intentó oponerse á los estragos de los mogoles que los europeos llamaban tártaros. Unicamente el rey de Ungría Bela IV, hijo de Andrés II, se atrevió á combatirlos, pero fué vencido y se refujió á las islas Liburnianos. Los mogoles inundaron la Ungría y la devastaron; de allí continuaron su marcha destructora ácia el Occidente, redujeron á cenizas la ciudad de Breslau y derramaron el terror hasta Berlin y Meissen.

El emperador y los cardenales, sabedores de la derrota de Bela y de los progresos de los mogoles, ecsortaron á todas las naciones cristianas para que socorriesen á los pequeños soberanos de la Silesia. Gran número de señores y de caballeros se reunieron con sus vasallos á las banderas de Enrique, duque de la Baja-Silesia. El ejército de los occidentales encontró al de los mogoles en Wolstadt, no lejos de Liegnitz; la batalla fué sangrienta y se terminó en ventaja de los bárbaros. Los aldeanos y abitantes de las ciudades, poseidos de terror, se refujiaron en las montañas.

Los mogoles se detuvieron en los confines de la Silesia; las riquezas del Occidente no eran bastante considerables para tentar su codicia; y además temian hallar grandes ostáculos en la alianza de los príncipes del imperio y en las plazas fuertes que defendian las fronteras de Alemania. Koblaj, hijo de Tulí, uno de sus jefes, volvió sus armas á la China é hizo la conquista de este imperio; el Japon se salvó únicamente por la posicion que ocupa.

Mostanser. — A Daher sucedió su hijo Mostanser. Mientras Oktaj, nieto de Jenjis-Kan, hacia la conquista de la China y fundaba en ella la dinastía de los mogoles, llamados *Iben* por los chinos, sus lugartenientes estendian el imperio, invadiendo la Armenia, obligando al sultan Seljiucide de Iconio á reconocer vasallaje á Oktaj, y penetrando en Persia, donde vencieron un ejército del califa, se presentaron en seguida delante de Bagdad, y Mostanser aterrado hizo paces con los mogoles.

En Siria Malek-Adel tomó á Trípoli; pero despues de su muerte, descaeció la potencia de los ayubitas por la division del territorio en un gran número de príncipes. Los cristianos tomaron á Damieta, que era entonces llave del Ejipto; y aunque la perdieron despues, el emperador Federido II, jefe

de la sesta cruzada, obligó á Malek Comal, sultan de Ejipto, á entregarle á Jerusalen y otras plazas de Palestina por el tiempo de una tregua que estipularon; concluida la cual, volvieron aquellas ciudades á poder de los maometanos. Mostanser murió despues de diezisels años de reinado.

Mostasem. — (1242) Mostasem su hijo le sucedió en el trono de Bagdad. Un año antes de la muerte de Mostanser falleció Oktaj-Kan, emperador de los mogoles, y le sucedió Kayuk-Kan su hijo, bajo la rejencia de la emperatriz viuda Toleikana. Mangu-Kan sucedió á Kayuk en 1248.

Mostasem no supo conciliarse el respeto de sus vasallos; vió decaer rápidamente su poder, pero la ciudad de Bagdad, su ordinaria residencia, no habia perdido nada de su antiguo brillo. Las ciencias se cultivaban en ella todavia, y se ilustraron tambien bajo este reinado por los trabajos del célebre astrónomo y jeógrafo Nasir-Eddin. Este sabio, que posteriormente dirijió entre los mogoles los establecimientos de instruccion pública, dedicó una de sus obras al califa Mostasem, el cual enemigo de las letras, trató al autor con desprecio, y en presencia suya rompió su libro. Ofendido su amor propio en aquel momento, buscó Nasir-Eddin todos los medios para perjudicar á Mostasem; despues hablaremos de ellos.

Estamos en el año 1248, célebre por otra cruzada, mandada por Luis IX, rey de Francia, contra los maometanos de Ejipto, y por la conquista de Sevilla que hizo Fernando III, rey de Castilla y de Leon, quebrantando para siempre el poder de los moros en España.

Cruzada de san Luis. — Aun nos restaba que mencionar á las cruzadas. Cuanto mas se habla de ellas, mas de admirar es que semejante manía continuase resistiendo á las fatales lecciones de la esperiencia. Una reina de Ungría se habia cruzado al principio del siglo. Casi noventa mil muchachos (1) se habian cruza-

(1) Era tal el delirio que se habia apoderado de todos los espíritus, dice Muller en su Historia Universal, que al principio del siglo XIII, casi noventa mil muchachos de diversas provincias, se escaparon de sus casas y tomaron el camino de Marsella y Brindis, para dirijirse á la Tierra Santa; — la mayor parte de estos desventurados perecieron de frio, de hambre y de enfermedades.

do con una multitud de frailes, porque Dios, segun la escritura, *ha sacado su gloria de los niños.* Con ocasion de cruzada tan ridícula, habia asegurado Inocencio III que el poder de Mahoma tocaba á su fin, *puesto que*, decia, *es la bestia del Apocalipsi, cuyo número es* 666, *y ya van pasados cerca de* 600. Todo esto debia parecer menos estraño que el que un gran príncipe acometiese empresas siempre funestas á los estados, y nunca útiles á la relijion; pero estaba contajiado de la manía de su tiempo y no era posible libertarse de ella.

Luis IX, que juntaba una sabiduría profunda á un candor estremado, creyó hacer una obra meritoria y dar un ejemplo útil al mundo combatiendo á los infieles. Al mismo tiempo encontraba en esta espedicion la ventaja de dirijir al esterior la inquieta actividad de la nobleza de su reino.

El 25 de agosto embárcase en Aguas-muertas con la reina y dos ermanos suyos, en una flota mandada por jenoveses. Invernó en Limiso, puerto de la isla de Chipre, en donde se debilitó su ejército por los estragos de una enfermedad contajiosa. En seguida va á atacar al Ejipto, en vez de pasar á Palestina. Despues, intimando al soldan tributase omenaje á la cruz, lo que en el fondo no podia ser sino una declaracion de guerra, ejecuta un desembarco cerca de Damieta, en presencia de un ejército enemigo; lo derrota, y se apodera de tan importante plaza, cuyos defensores habian echado á uir; pero desgraciadamente se ve obligado á permanecer en ella contra su propia opinion, por el temor prematuro del desborde del Nilo, y por esperar al conde de Poitiers que conducia refuerzos. El verano de 1249 se pasa en un funesto reposo que trae en pos de sí desórdenes y desgracias. Acia fines de noviembre toman el camino del Cairo. Era preciso pasar un brazo del Nilo, muy bien defendido por los musulmanes. Despues de prolongados é inútiles esfuerzos, descubre un árabe un punto vadeable, y se aprovechan de esta circunstancia. La temeridad del conde de Artois, ermano de san Luis, arrastra el ejército á su perdicion: contra el parecer de los templarios, persigue hasta Mansura algunos fujitivos y toma el fuerte de la plaza; pero los enemigos se reacen, le abruman con su número y le matan. El

rey llega, y á pesar de sus esfuerzos y los de sus caballeros, no puede ganar la batalla, lo cual equivalía á perderla en la crítica posicion en que se hallaba. En vano procuró reparar este revés; la crápula y los vicios habian debilitado sus tropas: las enfermedades y el ambre le redujeron al mayor apuro. Siguió peleando todavía y cayó en manos de los musulmanes con toda su nobleza despues de una resistencia eróica; su ermano desapareció sin que jamás se haya sabido lo que fué de él.

Pedíase por su rescate á Damieta y un millon de pesas de oro, evaluado en cien mil marcos de plata. *Un rey de Francia*, respondió, *no se rescata por dinero*. Convino en dar la ciudad por su rescate, y la suma por el de sus vasallos. Encadenado por la devocion en la Palestina, perdió en ella cuatro años deseando sin fruto la libertad de Jerusalen. Las necesidades de su reino, vivamente representadas, le afectaban menos que este objeto quimérico. ¡Hasta tal punto pueden las ilusiones en materia de devocion, estraviar á las almas mas buenas del camino jeneral de los deberes!

Los MAMELUCOS. — Las condiciones que el sultan Malek-el-Moattan-Turan-Sha le concedió, escitaron la indignacion de los mamelucos bahrites. La palabra *mamluk* significa hombre esclavo. Estos fieros guerreros, que despreciaban á los ejipcios, se ofendieron de ver que se habia concluido un tratado importante sin su participacion. Asesinaron al sultan, y confiaron el poder supremo á su jefe Malek-el-Moezz Azz-eddin Ibek Gaschnekir, con condicion de no tomar resolucion alguna sin consultar á los principales oficiales del ejército. Dueños de Ejipto, ecsijieron de los indijenas un considerable tributo, é hicieron administrar la justicia por un gran cadí y cuatro cadies subalternos, afectos á cada una de las cuatro grandes sectas del islamismo, y nombrados por el sultan.

Los sultanes de los mamelucos reinaron en Ejipto por mas de doscientos cincuenta años. Rara vez pasaba la corona del padre al hijo, y mucho mas amenudo se veia subir al trono un esclavo favorito ó un soldado intrépido. Todas las costumbres de los mamelucos eran militares, é ignoraban las dulzuras de la vida doméstica. Su raza, renovada sin cesar por jóvenes reclutados

de elevada estatura y de ermosa figura que traian del monte Cáucaso, su patria, conservó toda su enerjía á pesar del clima muelle y enervador del Ejipto.

Luis IX, despues de haber recobrado su libertad, se dirijió á Acon, única plaza fuerte que todavía poseian los cristianos en la tierra santa.

Destruccion del califado de Bagdad. — (1258) Llegó en fin el dia señalado en el libro de los destinos umanos para el término del imperio de los árabes. Nasir-Eddin, de quien ya hemos hablado, á fin de vengarse del insulto que le hiciera el califa Mostasem, indujo á Ibn Ac Alkami, visir de este, á que fomentase divisiones en Bagdad, y persuadió á Hulacú, nieto de Jenjis-Kan, con quien gozaba de gran crédito, de que la destruccion del califado seria una empresa digna de él y util á su pueblo.

Hulacú, reuniendo en Tartaria un numeroso ejército, invadió las provincias de Persia, con el pretesto de acabar con los asesinos de Kuhistan. El califa Mostasem queria prepararse contra el riesgo que le amenazaba; pero su visir Movoyadodin, fatimita zeloso, y que habia resuelto esterminar la casta de los Abbasides en venganza de la persecucion que Mostasem habia permitido contra los de su secta, le alucinó, atribuyendo á Hulacú otras intenciones y proyectos, de modo que cuando el jeneral mogol se presentó con todas sus fuerzas delante de Bagdad, ninguna resistencia halló preparada. Un cuerpo de diez mil árabes que salió á pelear contra él, fué esterminado, y la ciudad tomada por asalto. El bárbaro mandó meter al califa en un saco de cuero, cerrado por medio de una costura, y arrastrarle por las calles de Bagdad: el último sucesor del gran profeta, y el último descendiente de los Abbasides, murió pisoteado por los pies de los caballos de los mogoles enmedio de su capital. Verificóse esta revolucion en 1258 de la era cristiana, 650 de la Ejira.

Los vencedores saquearon por espacio de cuarenta dias, la antigua residencia de los Abbasides y asesinaron á doscientos mil abitantes. Despues de esta victoria avanzaron los mogoles ácia las costas del Mediterráneo é hicieron temblar por segunda vez á los cristianos de Europa: las ciudades italianas en particular temieron la interrupcion

de su comercio con los puertos del golfo arábigo. Haleb y Damasco se sometieron, los mogoles penetraron hasta la tierra santa; pero Malek-el-Modaffar Seif-eddin Kothuz, sultan de los mamelucos de Ejipto, derrotó su ejército cerca de la fuente de Goliath. Su sucesor Malek-ed-Daher Abulfath Bibars Bondoktari, les arrebató la Siria.

Cerca de este último príncipe se refujió, en traje de luto Hakem Beamrillah Achmed Mostaser, príncipe de la casa de los Abbasides. El sultan de Ejipto le recibió con respeto, le reconoció lejítimo califa de los musulmanes, y le señaló las rentas necesarias para sostener su dignidad. Los sucesores de Beamrillah vivieron durante doscientos cincuenta años de los beneficios de los mamelucos.

La monarquía de los árabes acabó con Mostasem, pero no la relijion del profeta de la Meca. Destruyóse el poder; pero le sobrevivieron las instituciones morales y relijiosas, últimas que mueren en las naciones, como que son hijas de la conviccion y no de la fuerza.

«(1) Mahoma fundó la monarquía, reuniendo las tribus árabes, é inspirándoles un fanatismo invencible. Las querellas entre los Fatimitas y los Omeyas, que ensangrentaron la Siria, la Arabia y el Ejipto á los cuarenta años de fundado el imperio, en vez de debilitarlo, aumentaron sus fuerzas por la enerjía que comunican siempre á los pueblos no corrompidos las guerras civiles; y así es que cuando se sosegaron, ascendieron los árabes al mayor grado de poder en el califado de Yezid II, de la familia de los Omeyas, á los cien años de la Ejira. La batalla de Poitiers, que quebrantó la potencia de los sarracenos en el continente europeo, y mas aun la guerra civil entre Omeyas y Abbasides, que elevó á estos al califado, pero desmembró de la monarquía la provincia de España, y enseñó á las demás á hacer lo mismo, comenzó la decadencia de la monarquía.»

«Entre los califas Abbasides solo hubo uno digno de reinar, que fué Harun-Al-Raschid: los demás crueles, avaros ó disolutos, ó todo á un mismo tiempo, ni supieron guerrear ni gobernar; y tuvo anchísimo campo

(1) Adicion de Lista á su traduccion de la Historia del conde de Segur.

la ambicion de los gobernadores de provincias para instalarse en ellas como soberanos independientes. La historia árabe es sumamente confusa por el gran número de dinastías efímeras que se presentan y desaparecen como los fuegos fátuos en la oscuridad de la noche; pero el lector debe consolarse con que muy pocas merecen atencion particular, ya por los reyes que produjeron, ya por las circunstancias de su elevacion y ruina.»

«Desmoralizados los árabes, sin mas deseo que la ambicion y la independencia, apenas un caudillo creia tener fuerzas para sublevarse y hacerse independiente en la provincia que mandaba, se hacia soberano de ella, y por lo jeneral la victoria justificaba la usurpacion. En Roma y Constantinopla los rebeldes contra el emperador aspiraban á derribarle y sucederle; y asi, cada sublevacion feliz era una revolucion. Entre los árabes ningun caudillo aspiraba al imperio, sino á la independencia de su gobierno; y así sucedió, que casi sin guerras civiles se halló el califa Radi reducido á la ciudad de Bagdad el año 320 de la Ejira; y aun no hubieran podido sostenerse en ella los califas, á no haber tomado por protectores, con el título de Emir-al-Omara, primero á los Buides, soberanos de Persia, despues á los Seljiucides, que dominaron por un momento toda el Asia, y últimamente á los Ayubitas, señores de Siria y Ejipto.

«Las principales dinastías de los maometanos fueron: primera, los Omeyas ú Omniades, que poseyeron el califado, y despues la soberanía de España: segunda, los Abbasides ó califas de Bagdad: tercera, los Edrises del Almagreb ó Africa occidental: cuarta, los Fatimitas ó califas de Cairvan y de Ejipto: quinta, los Almoravides, que dominaron en Africa y España; su capital fué Marruecos: sesta, los Almoades, que les sucedieron: sétima, los Benimerines, que acabaron con el imperio de los Almoades, y dividieron entre sí las provincias de Berbería: octava, los Buides, señores de Persia y emires de Bagdad: novena, los Gaznavides, señores de la Persia oriental y de la India: décima, los Gaurides, que les sucedieron: undécima, los Seljiucides, dinastía turca, que dominó el Asia, y no tardó en desmembrarse: y duodécima, los Ayubitas, ó dinastía de Saladino, que dominó en Siria y Ejipto.»

«Despues de la ruina del califado no quedó ninguna dinastía árabe que reinase en los dominios maometanos: los reyes de Granada, feudatarios de los de Castilla, eran una subdivision de los Almoades: el Africa estaba en poder de los Benimerines, tribu africana: el Ejipto obedecia á los mamelucos, de orijen turco, y el Asia estaba dividida entre los Selfiucides y los mogoles. Las tribus de Arabia, que habian sido el terror del mundo y conquistado gran parte de él, volvieron á entregarse, en los arenales abrasados de su pais, á las ocupaciones del pastoreo ó del latrocinio, que fueron siempre su profesion desde los tiempos de Ismael. La Meca fué constantemente la ciudad santa de los maometanos, gobernada por un jerife, y las ciudades opulentas del Yemen tuvieron sus reyes propios.»

«No hay duda que Mahoma comunicó un terrible movimiento al mundo político, poniendo en accion masas desconocidas ó inertes hasta su época, difundiendo una nueva relijion y creando un vastísimo imperio; pero tambien es cierto que su creacion fué contraria á los progresos de la civilizacion, esto es, al bien de la umanidad. Sus ideas en política no pasaron mas allá de la monarquía despótica, conocida en Asia desde la mas remota antigüedad, y que sustituyendo al imperio de las leyes los caprichos de un sultan ó de su visir, obedecidos como ley del cielo, rara vez contribuye á la felicidad de las naciones. Lo que hay de bueno en la mitad del Coran, fué tomado de los libros y costumbres de los cristianos; y todo lo que Mahoma añadió de suyo, y la organizacion social que introdujo, es contra la umanidad. Restableció la esclavitud doméstica, que el cristianismo habia desterrado: condenó á la mujer á ser un mero y pasivo instrumento del grosero deleite de los hombres: reprodujo la costumbre de mutilar á los custodios de la mujeres, que siendo esclavas, no podian amar; y de cuyo corazon, para nada consultado, nada podia fiarse: rompió el vínculo de la paz doméstica, permitiendo y aun incitando á la poligamia: dividió la sociedad en conquistadores y conquistados, condenando al ilotismo político y civil á todos los que no abrazasen su relijion: en fin, aogó el jermen de los progresos intelectuales del hombre,

estableciendo la espada por único árbitro de la creencia. Todas estas instituciones fueron muy á propósito para conquistar gran parte del mundo; pero no para hacerla feliz. Asi es que todos los pueblos sometidos al mahometismo, fueron infelices, ignorantes y retrógrados en el órden de la civilizacion. El Africa, tan poblada, tan instruida, tan moral en tiempo de san Agustin, llegó á ser, despues de la conquista de los árabes, lo que es en el dia, el centro de la barbárie en las costumbres, y de la ignorancia en el entendimiento.»

«Una escepcion onrosa para los árabes de esta regla jeneral, fué la cultura de las ciencias y letras en Bagdad, en Córdoba y en Samarcanda; pero esta escepcion prueba, como todas, la regla; pues no empezaron á aplicarse al estudio de la sabiduría sino cuando la primitiva rijidez del islamismo comenzó á debilitarse. La usurpacion de los Abbasides, y el establecimiento de los Omeyas en España habia enflaquecido ya las acerbas instituciones de Mahoma, y la decadencia del imperio fué el principio de la cultura. Sin embargo, el jenio de la invencion no distinguió nunca á los sabios mahometanos, y nada les debe el mundo literario, sino las cifras que facilitan el sistema decimal de la numeracion, las tanjentes trigonométricas muy á propósito para medir el ángulo que forma la direccion del rayo solar con el orizonte, y el romance español de ocho sílabas. El áljebra, descubrimiento prodijioso y casi equivalente al de la escritura, tiene un nombre árabe y se atribuye á este pueblo su invencion; pero es muy probable que no hicieran mas que conservar los signos introducidos por Hipatia, célebre matemático de Alejandría, que floreció en el siglo IV; pues no se hace en los escritores árabes mencion del algoritmo inventado en el siglo XVI por Francisco Viete, y sin el cual la introduccion de los símbolos jenerales no hubiera alcanzado á estender tan maravillosamente el dominio de las ciencias esactas.»

«Los árabes cultivaron la filosofía y la medicina; pero sin adelantar sus límites mas allá de donde los dejaron griegos y latinos. Entre las artes poseyeron admirablemente la agricultura, la poesía y la arquitectura. En esta crearon un jénero llamado arabesco, que no carecia de

cierta gracia y facilidad, aunque muy diferente de los modelos griegos. Su poesía nacional, hija de una lengua abundante, sonora y significativa, y de la ardiente imajinacion de aquel pueblo, tiene un carácter particular de elevacion, aun en los afectos mas dulces, y de fogosidad en la espresion. Los jéneros que cultivaron con preferencia, fueron el lírico, el elejiaco y el didáctico. Estándoles proibida por el islamismo toda representacion de objetos, la dramática, la escultura y la pintura fueron entre ellos artes ó desconocidos ó no cultivados. Nuestro romance de ocho sílabas procede de los versos árabes de dieziseis, sustituyendo al consonante el asonante, mas alagüeño y menos cansado al oido español; y tiene toda la gallardía y soltura que es propia de la lírica árabe. Aun se conservan en mucha parte del Mediodia de España vestijios de su intelijencia en la agricultura, principalmente en los jardines y regadíos.»

«La sabiduría y literatura de los árabes no ha tenido influencia en ninguna nacion, sino en la España. Desde Pelayo hasta san Fernando no hicieron los belicosos abitantes de las montañas de Asturias y de las riberas del Duero y Tajo otra cosa mas que pelear: y si algunas letras habian sobrevivido á la ruina de la monarquía goda, estaban encerradas en los monasterios, adonde no llegaba el estruendo de las armas. San Fernando fué el primero de los reyes castellanos que atendió á la enseñanza de las ciencias y á las mejoras en la administracion, y su hijo Alonso X cojió los frutos de los desvelos de aquel incomparable rey, á quien es preciso citar siempre que se quiera proponer el modelo perfecto de las virtudes que constituyen un escelente monarca, un hombre santo y un verdadero ciudadano. Hizo reunir en el alcázar de Toledo gran copia de libros: llamó á su corte los hombres sábios de los estados maometanos, únicos que cultivaban las ciencias en España; y en los estudios de estos y de los que se fomentaban en la recien nacida universidad de Salamanca, adquirió Alonso aquella copia de conocimientos que tan célebre le hizo en su siglo. Los progresos del idioma castellano, las tablas astronómicas, que de su nombre se llamaron *Alfonsinas*, y el código de las Partidas, admirable para su tiempo, fueron el fruto de los adelantos que entonces

se hicieron en las ciencias, á los cuales no debe negarse que contribuyeron en gran manera los árabes de España, cultivadores de la filosofía, de las matemáticas y de la literatura desde el siglo VIII.»

«A esto se reducen los progresos que debe la civilizacion científica á los árabes: progresos sumamente mezquinos si se comparan con los que se hicieron en los siglos de Leon X y de Luis XIV: progresos que en el cálculo de los bienes y males de la umanidad no pueden entrar nunca en comparacion con la esclavitud doméstica, con la mutilacion, con la privacion de los derechos civiles á los disidentes en materia de relijion, con el sometimiento de los pueblos á la voluntad de un sultan, ó lo que es peor, de un visir; y últimamente, con la guerra civil perpétua que producia el dogma del fatalismo, y el respeto tributado á la fuerza, entre los califas y los gobernadores, entre las diversas familias y dinastías, y en fin, entre los maometanos y todos los demás pueblos del universo. El Coran causó males infinitos á los hombres; y el corto número de bienes que ha dejado el pueblo que lo proclamó, son indiferentes, ó por mejor decir contrarios al espíritu de su doctrina relijiosa. El maometismo está destinado á enflaquecerse y consumirse en razon de los progresos que haga la civilizacion del mundo, de la cual ha sido, es y será el mas capital enemigo.»

«ESTADO DEL ASIA DESPUES DE LA CAIDA DEL IMPERIO ARABE. — Los mogoles, dueños del Asia oriental y central despues de la toma de Bagdad, y en cierto modo de gran parte del Asia menor, por haber reconocido su soberanía los sultanes Seljiucidas de Iconio, hallaron el término de sus conquistas en el Eufrates; pues habiendo pasado este rio é invadido la Siria, fueron derrotados completamente por Kotuz, sultan mameluco de Ejipto (1), que añadió á sus estados aquella fértil provincia. Su sucesor Malek-ed-Daher Abulfath Bibars Bondoktari (como dejamos referido), quitó á los latinos las plazas de Cesárea, Arzuf, Safed y Jafa: Kelun, sucesor de Bibars, se apoderó de Margrat, Tortosa, Laodicea y Trípoli; y en fin, Chail, su hijo, tomó á san Juan de Acre en 1270 y borró el úl-

(1) Véase el verdadero nombre de este sultan algunas pájinas mas atrás, donde referimos esto mismo.

timo vestijio de la dominacion de los cruzados en Palestina. Estos intrépidos guerreros, mal defendidos por la Europa, vendieron cada pulgada de terreno que perdian, á costa de mucha sangre mahometana.»

«Al año siguiente de la toma de Bagdad por los mogoles, es decir en 1259, murió el emperador Mangu Kan, despues de haber añadido á sus vastos estados la conquista del Tibet. Sucedióle su ermano Koblaj que acabó de apoderarse de la China, y fué el primer emperador de la dinastía de los Iben. La conquista de aquel pais, empezada por Jenjis-Kan, no se concluyó hasta 1279 con el esterminio de la dinastía de los Sum, y Koblaj reinó hasta el año 1294.»

«Casi al mismo tiempo que la dinastía de los Sum perecia en el Asia oriental, se levantaba en la occidental la de los otomanos, monarquía célebre que eredó la gloria y el fanatismo de la de los árabes. Otman, jefe de la tribu Oguzia, descendiente de Oguz, antiguo rey de Turquestan, servia, como su padre y abuelo, en los ejércitos de los sultanes Seljiucides de Iconio. Las victorias de Otman contra los griegos y mogoles y los grandes servicios que hizo á Aladin, último sultan Seljiucide, movieron á este á nombrarle su lugarteniente jeneral en todos sus estados, y despues de la muerte de Aladin, dividido su imperio entre siete capitanes turcos, Otman fué el principal de ellos y logró al fin ser su emperador. Estendió sus estados, á costa de los griegos, á casi toda el Asia menor, y fundó la monarquía de los otomanos, que amenazó en breve al Asia y á la Europa. La muerte de Aladin y el principio del reinado de Otman sucedieron en 1300.»

«Tres eran en aquella época las naciones que dominaban el Asia: los mamelucos del Ejipto que se habian apoderado de Siria, los turcos otomanos que poseian el Asia menor, y los mogoles, cuyo imperio cojia lo restante del Asia; pero dividido en cuatro monarquías desde el reinado de Koblaj Kan. La primera comprendia el Tibet, la China y la parte oriental de la Tartaria independiente. La segunda el resto de Tartaria é India hasta el mar de Aral y el rio Oxo: la tercera el Kipzak, que se estendia desde el mar Caspio hasta el Boristenes; y la cuarta la Persia y Mesopotamia. En todas reinaban descendientes de Jenjis Kan.»

«El imperio de China fué poseido por los descendientes de Koblaj Kan hasta el año 1355, en que Chu, fundador de la dinastía de los Ming, los arrojó del trono, y no les dejó mas dominios que los que Jenjis Kan habia poseido en sus principios en la cordillera del Altay. La parte oriental de esta cayó en el siglo XVI en poder de los tártaros mantcheus, cuando conquistaron la China: la parte occidental, que es el pais de los elutes, conserva todavia sus reyes particulares; pero estos pueblos, estrechados en sus límites primitivos, han vuelto á ser lo que fueron desde la mas remota antigüedad, tribus nómades sin civilizacion ni poder.»

«En la Tartaria central, llamada hoy Bukaria, reinó la descendencia de Dshagatej, hijo de Jenis Kan; pero á mediados del siglo XIV, por la debilidad de los sultanes, se apoderaron los emires de todo el poder, dejando un vano nombre al monarca; se desmembró una parte del imperio con el nombre de pequeña Bucaria, y formó un reino particular: los emires se hacian la guerra entre sí, como los señores feudales en Europa, y devastaron los fértiles paises que riega el Oxo, hasta que subió al trono el célebre Timur Bek, llamado por los europeos Tamerlan, en 1369.»

«En el Kipzak reinaron los descendientes de Duschi, hijo tambien de Jenjis Kan. Estuvieron en perpétua guerra con los rusos, que en el siglo XV les acabaron de quitar todas sus posesiones, escepto la pequeña Tartaria y la Crimea. Conserváronlas entonces por la proteccion que les dispensaron los otomanos que acababan de conquistar á Constantinopla; y se sostuvieron tres siglos mas como vasallos de la Puerta, hasta que á fines del siglo XVIII Catalina II, emperatriz de Rusia, destruyó con la conquista de Crimea el imperio de los mogoles del Kipzak.»

«Hulacú, ermano de Mangu-Kan, cuarto emperador de los mogoles, reinó en Persia despues de tomada Bagdad, y transmitió la corona á sus descendientes: el último de ellos, Abusaid Kan, murió en 1331, habiendo sido su reinado muy turbulento por guerras civiles y estranjeras. Los mogoles de Persia no reconocieron, muerto Abusaid, á ningun príncipe de la familia de Jengis Kan: hubo una larga anarquía y guerra civil hasta el advenimiento de Ti-

mur Bek al trono de Bucaria.»

«Timur Bek era hijo del emir Tragai, uno de los emires que en la decadencia del imperio de la gran Bucaria se habian hecho independientes en sus gobiernos. El de Tragai era la ciudad de Kesh, plaza importante del Koressan. Muerto este emir en 1359, su hijo Timur, de edad á la sazon de veinticinco años, le sucedió en aquel pequeño principado. A su advenimiento, la Bucaria y la Persia eran desoladas por guerras civiles. Hussein, emir de Herat, afectaba superioridad sobre los demás príncipes del Koressan: Togluk, rey de la pequeña Bucaria, acometia á la grande con poderoso ejército; y en fin, Haji Berlas, tio de Timur Bek y ermano de su padre, le disputaba la soberanía de Kesh. Las fuerzas del jóven Timur consistian solo en diez mil hombres; pero su valor indomable, su artificiosa política y la confianza que supo inspirar á sus guerreros, le hicieron en breve muy superior á todos los que se disputaban en Bucaria el supremo poder. Variando, segun sus intereses, de banderas y alianza, muchas veces vencedor, algunas vencido, pero hallando siempre despues de la derrota recursos para presentarse mas fuerte y temible, militó primero á las órdenes de Togluk, auxilió á Hussein contra los otros emires y contra el mismo Togluk, á quien derrotó dos veces: declarado despues contra Hussein, le hace la guerra cruel, interrumpida solo por una paz mal segura de ambas partes, le sitia en Balk, le hace prisionero y le manda matar, y es elevado á la dignidad de kan de Bucaria en 1369 por los votos unánimes de todos los emires.»

«Dueño de un imperio tan vasto, estendió sus ambiciosas miras al dominio de toda el Asia, y la victoria coronó sus empresas. La pequeña Bucaria, el Karasm, la Persia, el Kipzak y la India, sufrieron otra vez el yugo y las devastaciones de los mogoles. En la guerra del Kipzak llegó hasta el Borístenes, venció á los rusos y los hizo tributarios, igualmente que á Toktamish, sultan entonces del Kipzak: en la del Indostan llegó victorioso hasta las orillas del Ganjes. En 1387 se apoderó de Armenia y Jeorjia, en 1394 de Mesopotamia. Volvió á Samarcanda, capital de su imperio, despues de conquistada la India en 1400, de donde partió determinado á hacer guerra á Baya-

ceto, sultan de los otomanos, y al sultan mameluco de Ejipto. Concluyó la conquista de Siria, arruinó á Damasco y Bagdad, magníficas capitales en otro tiempo del imperio árabe, penetró en el Asia menor en 1402, y en los campos de Ancira se dió la batalla de poder á poder entre mogoles y otomanos, en la cual vencido y hecho prisionero Bayaceto, estuvo á pique de perecer el naciente imperio de los turcos. Nicomedia y Smirna fueron destruidas: todo el Asia menor asolada: el emperador griego de Constantinopla, y Farrudge, sultan de Ejipto, pagaron tributo á Timur; y este éroe de la barbárie, despues de un largo reinado de treinta y seis años, empleado contínuamente en conquistar y devastar el Asia y en comprimir y castigar rebeliones de los pueblos vencidos, murió en Otrar, ciudad de la Bucaria, el 1.° de abril de 1405, cuando se preparaba á marchar para la conquista de la China.»

«El imperio fundado por Timur Bek se desbarató en menos tiempo que se habia fundado: sus nietos, que eran en gran número, se disputaron primero la corona y despues las provincias. El Kipzak volvió á ser una monarquía independiente bajo los sucesores de Toktamish: cada provincia y aun cada ciudad del imperio mogol tuvo su soberano, en perpétua guerra unos con otros; y mientras los turcos, estendiéndose en Europa y apoderándose de Constantinopla, formaban su poderosa monarquía, amenazando á un mismo tiempo á los cristianos, á los mogoles y á los ejipcios, los descendientes de Timur perdieron todos sus estados á escepcion del Mogol.»

«Ismael Sofí, descendiente del califa Alí, reunió á todos los shiitas que habia en los paises dominados por los mogoles, les quitó á estos las provincias de Persia, y formó de ellas un nuevo reino persiano, sometido á su dinastía. Este imperio empezó en el año de 1500, en que Ismael emprendió la guerra contra los descendientes de Timur, y dura hasta nuestros dias á pesar de las desmembraciones que han causado en él las guerras de los perses con los rusos y los otomanos, y la discordia civil que devastó la Persia durante el siglo XVIII, y que no se terminó sino á principio del XIX.»

«En 1505 los tártaros usbekes, que abitaban en la parte oriental del mar Caspio, invadie-

con la Bucaria, y quitaron á los débiles descendientes de Timur Bek la cuna misma de su imperio. Este pueblo domina actualmente aquellos vastos paises, aunque dividido en pequeños principados, segun la suerte comun de todas las monarquías fundadas por los árabes y los tártaros.»

«Babor, uno de los descendientes de Timur Bek, reinaba en Samarcanda cuando los usbekes acometieron la Bucaria. Vencido por ellos, se refujió en el Indostan con los que quisieron seguir su suerte, se apoderó del pais comprendido entre el Indo y el Ganjes, y fundó en él el vasto imperio conocido de los europeos con el nombre del gran Mogol. Murió en 1526. Sus sucesores estendieron su dominio con las conquistas de los reinos indios de Bengala, Visapur, Guzarate y otros territorios de la provincia occidental del Ganjes. Esta monarquía ha sido la mas duradera de cuantas han formado los mogoles; pero debilitada en el siglo XVIII por la invasion y saqueo del Indostan, que hizo Tamas Kulikan, usurpador de Persia, y desmembrada por los reyes del Candahar y por las conquistas de los ingleses en Bengala, pereció de inanicion á los principios del siglo XIX.»

«Nada queda de los mogoles en toda el Asia que sometieron un tiempo á sus armas. Dos hombres estraordinarios y dotados del jenio de la guerra, que fueron Jenjis-Kan y Timur Bek, conquistaron desde el centro de Polonia hasta el mar que separa la China del Japon, y desde el mar elado hasta el Océano de Indias; pero ni la estension ni la rapidez de sus conquistas pudieron dar duracion á imperios formados sobre ruinas. Los mogoles fueron, como otros pueblos dominantes, grandes destructores de la umanidad; mas nada le dieron en compensacion. Los árabes al fin tuvieron ciencias y artes: aunque nómades en su principio y pastores, se fijaron en los paises conquistados; enseñaron una relijion que á lo menos reconocia el dogma de la unidad de Dios, y condenaba las crueles supersticiones de la idolatría á los pueblos bárbaros de Africa y de la Tartaria: en fin, llegaron á todo aquel grado de civilizacion que permitian les errores de su creencia. Pero los mogoles nada mas hicieron que recorrer el mundo y devastarlo: invencibles en el combate y feroces en la victoria, ni sabian gobernar los pue-

blos ni sujetar su propia ambicion. Así es que despues de la ruina de sus efímeras monarquías, nada de ellos conserva la historia sino el recuerdo de los males que causaron.»

«Los árabes crearon una organizacion social, fundada en su relijion, y que sobrevivió á su imperio: los mogoles tuvieron siempre el modo de ecsistir de los pueblos nómades y guerreros. En las rejiones que conquistaron, y en los gobiernos que establecieron, nada llevaron que fuese suyo. Así es que en la China se sometieron ellos mismos á las leyes, costumbres y creencia de los pueblos vencidos: en Persia y Bucaria fueron maometanos, y en el Mogol conservaron la antiquísima relijion de los bramas y la division de castas, que es el carácter distintivo de la civilizacion índica. Jenjis-Kan y sus guerreros profesaban el deismo puro, mezclado con algunas supersticiones: así fué tan fácil atraerlos al maometismo, que fue la relijion dominante de la mayor parte de los mogoles. Los árabes llevaron á todos los paises sus instituciones buenas y malas, y estendieron su dominio, parte por las armas, parte por la conviccion: los mogoles no conocieron ni emplearon otro principio de conquista que la fuerza y las ruinas.»

FIN DE LA HISTORIA DE LOS CALIFAS.

LIBRO DECIMOSESTO.

CONTINUA EL BAJO IMPERIO.

IMPERIO LATINO.

CAPITULO UNICO.

BALDUINO I. ENRIQUE. PEDRO DE COURTENAI. ROBERTO DE COURTENAI. JUAN DE BRIENNE. BALDUINO II.

Balduino I, emperador. — Conducta de los griegos despues de su derrota. — Conducta de los cruzados despues de su victoria. — Investidura del patriarca en Roma. — Azañas de Láscaris. — Balduino, vencido por los búlgaros y prisionero. — Muerte orrible de Balduino. — Enrique, emperador. — Cuadro del imperio. — Conquista de las islas del Archipiélago por los venecianos. — Victorias de Enrique contra los lombardos y epirotas. — Batalla de Antioquía del Meandro. — Turbulencias en el imperio latino. — Envenenamiento de Enrique. — Pedro de Courtenai, emperador. — Su prision y muerte. — Roberto de Courtenai, emperador. — Muerte del célebre Láscaris. — Cuatro emperadores en Oriente. — Victorias de Teodoro, emperador de Tesalónica. — Fuga y muerte del emperador Roberto. — Juan de Brienne, emperador. — Su coronacion. — Conquistas de Vatacio. — Sitio de Constantinopla por los griegos y búlgaros. — Nueva cruzada. — Balduino II, emperador. — Donativo de la corona de espinas de Cristo al rey de Francia por Balduino II. — Muerte de Irene y del papa Gregorio IX. — Invasion de los tártaros mogoles. — Conquistas de Tesalónica, de Zúrula y de Rodas por Vatacio. — Causa y absolucion de Miguel Paleólogo. — Muerte de Batu Kan, rey mogol del Kipsak. — Victorias de los turcos y griegos contra los mogoles de Persia. — Muerte de Láscaris II. — Revolucion suscitada por Miguel Paleólogo. — Su rejencia. — Toma de Constantinopla por los griegos y ruina del imperio latino en Oriente.

Balduino I, emperador. (1201) —Grande fué la alegria que causó en el Occidente la caida de Constantinopla, y no fué menor en el Oriente la tristeza. Muy desalentados los griegos al prin-

cipio, pasaron del dolor á la ira: el esceso de sus umillaciones despertó su valor, y sus príncipes afeminados abandonaron los vicios, perdidas las riquezas y el lujo. Alejados de la capital, hallaron en los campamentos y tiendas su antiguo vigor. Sus armas no habian podido en otro tiempo defender á Roma; pero su vanidad habia conservado el nombre de romanos; y no se mostraron dignos verdaderamente de él, sino cuando fueron arrojados de la segunda ciudad del imperio: lejos de sancionar con una sumision servil el derecho de conquista, persistiendo en no dar á los guerreros de Occidente, sus vencedores, mas nombre que el de latinos, pelearon con ellos sin intermision. Esta constancia en el infortunio fué gloriosa y coronada por la victoria.

Los mismos griegos, tan débiles poco antes contra los turcos, búlgaros y comanos, repentinamente intrépidos, pertinaces y terribles, combatieron valerosamente contra todos los príncipes de Europa, los arrojaron de Asia y Grecia, y despues de medio siglo de pelea, volvieron á entrar triunfantes en la ciudad de Constantinopla.

Por otra parte, ninguna empresa fué menos racional que la cruzada que habia derribado el imperio griego. De todos los soberanos de Europa solo el papa se opuso á ella, y se mostró animado del verdadero espíritu de la relijion y guiado por una sana política. Cuando todos tomaban la cruz con entusiasmo para arrojar á los infieles de Palestina, la division y guerra entre cristianos destruyó el objeto de la cruzada y afirmó el poder de los musulmanes.

La conducta de los cruzados despues de la victoria fué mas insensata que la conquista misma. En vez de dar á los griegos un príncipe capaz de favorecer francamente los esfuerzos de los cristianos contra el maometismo, solo pensaron en dividir el imperio adquirido en ducados y señoríos, en umillar y despojar á los vencidos, en burlarse de sus usos y costumbres, en mudar sus leyes y violentar sus conciencias.

En vez de ganar al pueblo, se le movió á la sublevacion. Le creian sometido, porque poseian la capital. Los emperadores franceses, aunque rodeados de bárbaros é infieles, confiaron locamente que podrian consolidar su dominacion de un trono usurpado con algunos caballeros dis-

persos en un territorio vastísimo, como si pudiesen resistir á un mismo tiempo á la audacia y número inmenso de sus antiguos enemigos y al odio de sus nuevos súbditos.

Segun las convenciones estipuladas, el patriarca fué á Roma á recibir la investidura de su dignidad: el senado de Venecia le obligó á jurar que todos los arzobispos que nombrase serian venecianos; pero el papa irritado le proibió cumplir el juramento. Este mismo patriarca al volver á Constantinopla, conquistó la ciudad de Ragusa. Los obispos entonces se servian de la espada lo mismo que del báculo; y nunca la iglesia mereció mas el nombre de militante.

Apenas llegó á la capital, Balduino hizo que le coronase segunda vez. La ceremonia fué pomposa: el marqués de Monferrato llevaba delante del emperador el laticlavio, ó *vestidura de oro*, y el conde de San Pol la espada imperial. Balduino repartió definitivamente el imperio entre franceses y venecianos: los primeros poseyeron á Constantinopla, Tracia y el Asia, escepto las ciudades de Calcedonia y Zízico, esto es, todos los peligros, dificultades y gravámenes de la guerra. Los venecianos tomaron posesion de los paises situados entre las Termópilas y el cabo Sunio, de todas las costas é islas del Archipiélago y Adriático. El marqués de Monferrato, rey de Tesalónica, les vendió la isla de Candia.

Pero de todos estos paises, que los dos pueblos repartian, Constantinopla era la única posesion efectiva: lo demás era menester conquistarlo.

Murzulfo estaba á cuatro jornadas de la capital, dueño de la importante plaza de Zúrula que era la llave de la península de Tracia. Los demás grandes y jenerales griegos se fortificaban como hemos dicho en las diferentes ciudades de Asia. El emperador empezó por la subyugacion de Tracia: su ermano Enrique se puso en campaña, y Andrinópoli y las demás plazas de aquella provincia atemorizadas le abrieron las puertas conforme se acercaba á ellas. Murzulfo, no pudiendo defender á Zúrula, buscó un asilo en el campamento del usurpador Alexis su suegro, cuya soberbia no habia domado la desgracia, ni mitigado su ferocidad. Recibió al yerno con fingido afecto, le convidó á su mesa, le mandó sacar los ojos y le desterró. Murzulfo, errante, cayó en ma-

nos de los franceses que le llevaron á Constantinopla, donde Balduino mandó precipitarle de una columna altísima, monumento erijido por Teodosio el grande.

El emperador marchó con su ejército á Filipópolis, cuyo mando confió á Regnier de Trith: ocupó despues á Mosinópolis, y persiguió á Alexis que se escapó á Tesalia.

Los príncipes de Occidente conservaban en su nuevo imperio su carácter altanero y sus costumbres turbulentas. Ni aun la necesidad de unirse en el peligro comun pudo reducir á la obediencia las abitudes feudales. El marqués de Monferrato y Balduino se indispusieron, porque el emperador quería que se reconociese su autoridad en Tesalónica antes de entregarla al rey su vasallo, y el marqués quería aorrar á su nuevo reino esta visita dispendiosa.

Separáronse pues: Balduino llegó con su ejército á Tesalónica y se apoderó de esta plaza. El marqués para vengarse convocó á sus banderas muchos señores, y puso sitio á Andrinópolis. Al fin, Ville-Hardouin y Manasés de Lila, á quienes los contendientes elijieron por árbitros, los reconciliaron, y Balduino restituyó su reino al marqués.

Miguel Anjel Comneno, bisnieto de Alexis Comneno, finjia adesion á este nuevo rey con la esperanza de fomentar la desavenencia entre él y Balduino; pero cuando la vió terminada, se escapó con todos los griegos que le eran adictos, sublevó los abitantes de Durazzo y los pueblos de Epiro, Acarnania, Etolia y una parte de Tesalia, y formó de estos paises, como ya dejamos dicho, un nuevo estado independiente, que él y sus sucesores gobernaron con el título de *déspotas de Epiro.*

Otro griego llamado Leon Sguro se hizo dueño de Argos, Corinto y Tebas. El usurpador Alexis se reunió á él con sus tropas, y esperaron reunidos en las Termópilas al marqués de Monferrato, que les dió batalla cerca de aquel famoso desfiladero. Los franceses triunfaron de los griegos y los pusieron en uida. Oton de la Roche, en consecuencia de esta victoria, fué señor de Tebas y Atica, y el primero de los duques de Atenas. El marqués se apoderó de Corinto, hizo prisionero á Alexis en su fuga, y le encerró en una torre de Tesalónica. Despues marchó contra el déspota de Epiro, le venció y se apoderó

de toda la Morea, escepto la ciudad de Lacedemonia, que defendida por los recuerdos de su historia y por un griego llamado Chamaretes, digno de combatir por Esparta, detuvo los progresos de los vencedores.

Azañas de Lascaris. — Entretanto los griegos mandados por Láscaris defendian gloriosamente su independencia en el Asia menor. Este guerrero valeroso y activo, sosteniendo con sus azañas la corona que se atrevió á ceñir en la brecha de Constantinopla, se apoderó de Nicea, Prusa y casi toda la Bitinia. El sultan Seljiucide de Iconio le socorria en vez de pelear contra él (1). El ermano del emperador Balduino ganó á Láscaris dos batallas: nada resistia entonces al choque impetuoso de la caballería francesa; pero nada podia abatir el denuedo indomable de Láscaris. Siempre hallaba nuevos recursos, y despues de una derrota se presentaba mas activo y temible.

(1) Los sultanes de Iconio disputaban entonces la Armenia, la Mesopotamia setentrional y la Siria de Antioquía contra Malec-Adel, sultan de Ejipto, ermano de Saladino. (Lista.)

No tardó en recobrar con sus rápidos movimientos el terreno perdido en las batallas de Pemanneno y Adramito. Sin embargo, acaso habria sucumbido al vencedor, si el orgullo impolítico de Balduino no hubiese suscitado á los franceses un nuevo enemigo, cuya guerra permitió respirar á los griegos de Asia.

Balduino vencido por los bulgaros y prisionero.—(1205) Joannice ó Joaunicius, rey de los búlgaros, solicitó la alianza del emperador latino. Balduino recibió sus diputados con altanería, y le declaró que «le quitaria el reino si no le tributaba vasallaje.» Joannice acudió á las armas. Los griegos corrieron en gran multitud á sus banderas, degollaron en todas partes á los franceses y venecianos, y le entregaron las ciudades de Filipópolis y Andrinópolis. Al aprocsimarse esta tempestad que amenazaba al nuevo imperio su pronta ruina, el emperador reune sus fuerzas, y marcha á sitiar á Andrinópolis. Joannice, al frente de un numeroso ejército, reforzado por los válacos y comanos, le presentó la batalla junto á los muros de aquella plaza.

Los franceses desbaratan á los bárbaros con la violencia

del primer choque; pero demasiado ardientes en perseguir á los fujitivos, caen en un lazo tendido por Joannice. De las quebradas de los cerros y de la espesura de los bosques salen de improviso una multitud de bárbaros, atacan á los franceses desordenados, y los cercan y ostigan por todas partes: los que habian huido vuelven, y se reunen todos para oprimir á los imperiales. Despues de un combate ostinado, en que los caballeros ilustraron su derrota haciendo prodijios de valor, Balduino vió morir á su lado al conde de Blois, á Montmirail, á Valincourt, á sus mas valerosos guerreros: su ejército fué vencido y destrozado; y él mismo, derribado del caballo y cubierto de eridas, cayó en poder de los búlgaros. El mariscal de Champaña, Lila y Dandolo, el Nestor de los cruzados, reunieron las reliquias del ejército, y peleando siempre llegaron en buen órden á Constantinopla. Pero este desastre infundió tal espanto en la capital, que muchos caballeros, sacrificando el onor á la seguridad, desertaron y se embarcaron para volver ignominiosamente á su patria. A cada instante se temia la llegada de los búlgaros en la ciudad, desierta de defensores. La muerte del célebre Dandolo llevó á su colmo el dolor y el miedo público. Perdiendo á aquel éroe, que casi habia llegado á los cien años, se creian destruidos los cimientos de la monarquía.

Ya los cuchillos de los bárbaros brillaban en las cercanías de la capital: las aldeas abrasadas enviaban á Constantinopla enmedio de la noche un resplandor orrible; pero Enrique, ermano del emperador, atravesó el Bósforo con veinte mil armenios que habia reunido, y suspendió los temores. Se encargó de la rejencia, se puso al frente de los cruzados, reanimó su valor, salió con denuedo á campaña, auyentó á los búlgaros y recobró muchas ciudades. El marqués de Monferrato se le reunió, y sitiaron á Andrinópolis; mas no pudieron tomarla. Despues dieron otra batalla á los búlgaros, y sufrieron otra derrota que les costó un gran número de soldados, y ciento diez caballeros.

Entretanto Joannice, abusando con insolencia de su victoria, trataba como esclavos á los griegos que peleaban bajo sus banderas; eran muchos, y cansados de un yugo tan gravoso, lo quebrantaron y se some-

de toda la Morea, escepto la ciudad de Lacedemonia, que defendida por los recuerdos de su historia y por un griego llamado Chamaretes, digno de combatir por Esparta, detuvo los progresos de los vencedores.

Azañas de Lascaris. — Entretanto los griegos mandados por Láscaris defendian gloriosamente su independencia en el Asia menor. Este guerrero valeroso y activo, sosteniendo con sus azañas la corona que se atrevió á ceñir en la brecha de Constantinopla, se apoderó de Nicea, Prusa y casi toda la Bitinia. El sultan Seljiucide de Iconio le socorria en vez de pelear contra él (1). El ermano del emperador Balduino ganó á Láscaris dos batallas: nada resistia entonces al choque impetuoso de la caballería francesa; pero nada podia abatir el denuedo indomable de Láscaris. Siempre hallaba nuevos recursos, y despues de una derrota se presentaba mas activo y temible.

(1) Los sultanes de Iconio disputaban entonces la Armenia, la Mesopotamia setentrional y la Siria de Antioquía contra Malec-Adel, sultan de Ejipto, ermano de Saladino.

(Lista.)

No tardó en recobrar con sus rápidos movimientos el terreno perdido en las batallas de Pemanneno y Adramito. Sin embargo, acaso habria sucumbido al vencedor, si el orgullo impolítico de Balduino no hubiese suscitado á los franceses un nuevo enemigo, cuya guerra permitió respirar á los griegos de Asia.

Balduino vencido por los bulgaros y prisionero. —(1205) Joannice ó Joannicius, rey de los búlgaros, solicitó la alianza del emperador latino. Balduino recibió sus diputados con altanería, y le declaró que «le quitaria el reino si no le tributaba vasallaje.» Joannice acudió á las armas. Los griegos corrieron en gran multitud á sus banderas, degollaron en todas partes á los franceses y venecianos, y le entregaron las ciudades de Filipópolis y Andrinópolis. Al aprocsimarse esta tempestad que amenazaba al nuevo imperio su pronta ruina, el emperador reune sus fuerzas, y marcha á sitiar á Andrinópolis. Joannice, al frente de un numeroso ejército, reforzado por los válacos y comanos, le presentó la batalla junto á los muros de aquella plaza.

Los franceses desbaratan á los bárbaros con la violencia

-lad, no podia mantener
-nterior ni la seguridad
Sometido á las leyes
-ndes dictaban, no de-
-r ninguna empresa ó
-der ó para acrecentar
sin el consentimien-
-nsejo, compuesto del
-lónica, un pretor ve-
-os principales baro-
-abia asignado como
-una parte de Tracia:
que tenia para sub-
gastos jenerales. Es
en caso de guerra
-dos todos los vasa-
-har con sus tropas á
las banderas impe-
-olamente desde 1.°
-a fin de setiembre;
tener ellos guerras
la mitad de este

-débil ausilio de una
-ulenta, incierta é
-a menester soste-
vacilante contra el
-iegos, el fanatismo
-nanes y el valor
-s búlgaros. Esta
-que ecsistia mu-
-s en Italia, Fran-
. es un cuadro
-os caballeres-
-ocidos y [illegible]
-istoria [illegible]
la [illegible]

con la Bucaria, y quitaron á los débiles descendientes de Timur Bek la cuna misma de su imperio. Este pueblo domina actualmente aquellos vastos paises, aunque dividido en pequeños principados, segun la suerte comun de todas las monarquías fundadas por los árabes y los tártaros.»

«Baber, uno de los descendientes de Timur Bek, reinaba en Samarcanda cuando los usbekes acometieron la Bucaria. Vencido por ellos, se refujió en el Indostan con los que quisieron seguir su suerte, se apoderó del pais comprendido entre el Indo y el Ganjes, y fundó en él el vasto imperio conocido de los europeos con el nombre del gran Mogol. Murió en 1526. Sus sucesores estendieron su dominio con las conquistas de los reinos indios de Bengala, Visapur, Guzarate y otros territorios de la provincia occidental del Ganjes. Esta monarquía ha sido la mas duradera de cuantas han formado los mogoles; pero debilitada en el siglo XVIII por la invasion y saqueo del Indostan, que hizo Tamas Kulikan, usurpador de Persia, y desmembrada por los reyes del Candahar y por las conquistas de los ingleses en Bengala, pereció de inanicion á los principios del siglo XIX.»

«Nada queda de los mogoles en toda el Asia que sometieron un tiempo á sus armas. Dos hombres estraordinarios y dotados del jenio de la guerra, que fueron Jenjis-Kan y Timur Bek, conquistaron desde el centro de Polonia hasta el mar que separa la China del Japon, y desde el mar elado hasta el Océano de Indias; pero ni la estension ni la rapidez de sus conquistas pudieron dar duracion á imperios formados sobre ruinas. Los mogoles fueron, como otros pueblos dominantes, grandes destructores de la umanidad; mas nada le dieron en compensacion. Los árabes al fin tuvieron ciencias y artes: aunque nómades en su principio y pastores, se fijaron en los paises conquistados; enseñaron una relijion que á lo menos reconocia el dogma de la unidad de Dios, y condenaba las crueles supersticiones de la idolatría á los pueblos bárbaros de Africa y de la Tartaria: en fin, llegaron á todo aquel grado de civilizacion que permitian los errores de su creencia. Pero los mogoles nada mas hicieron que recorrer el mundo y devastarlo: invencibles en el combate y feroces en la victoria, ni sabian gobernar los pue-

bios ni sujetar su propia ambicion. Así es que despues de la ruina de sus efímeras monarquías, nada de ellos conserva la historia sino el recuerdo de los males que causaron.»

«Los árabes crearon una organizacion social, fundada en su relijion, y que sobrevivió á su imperio: los mogoles tuvieron siempre el modo de ecsistir de los pueblos nómades y guerreros. En las rejiones que conquistaron, y en los gobiernos que establecieron, nada llevaron que fuese suyo. Así es que en la China se sometieron ellos mismos á las leyes, costumbres y creencia de los pueblos vencidos: en Persia y Bucaria fueron maometanos, y en el Mogol conservaron la antiquísima relijion de los bramas y la division de castas, que es el carácter distintivo de la civilizacion índica. Jenjis-Kan y sus guerreros profesaban el deismo puro, mezclado con algunas supersticiones: así fué tan fácil atraerlos al maometismo, que fue la relijion dominante de la mayor parte de los mogoles. Los árabes llevaron á todos los paises sus instituciones buenas y malas, y estendieron su dominio, parte por las armas, parte por la conviccion: los mogoles no conocieron ni emplearon otro principio de conquista que la fuerza y las ruinas.»

FIN DE LA HISTORIA DE LOS CALIFAS.

LIBRO DECIMOSESTO.

CONTINUA EL BAJO IMPERIO.

IMPERIO LATINO.

CAPITULO UNICO.

BALDUINO I. ENRIQUE. PEDRO DE COURTENAI. ROBERTO DE COURTENAI. JUAN DE BRIENNE. BALDUINO II.

Balduino I, emperador. — Conducta de los griegos despues de su derrota. — Conducta de los cruzados despues de su victoria. — Investidura del patriarca en Roma. — Azañas de Láscaris. — Balduino, vencido por los búlgaros y prisionero. — Muerte orrible de Balduino. — Enrique, emperador. — Cuadro del imperio. — Conquista de las islas del Archipiélago por los venecianos. — Victorias de Enrique contra los lombardos y epirotas. — Batalla de Antioquía del Meandro. — Turbulencias en el imperio latino. — Envenenamiento de Enrique. — Pedro de Courtenai, emperador. — Su prision y muerte. — Roberto de Courtenai, emperador. — Muerte del célebre Láscaris. — Cuatro emperadores en Oriente. — Victorias de Teodoro, emperador de Tesalónica. — Fuga y muerte del emperador Roberto. — Juan de Brienne, emperador. — Su coronacion. — Conquistas de Vatacio. — Sitio de Constantinopla por los griegos y búlgaros. — Nueva cruzada. — Balduino II, emperador. — Donativo de la corona de espinas de Cristo al rey de Francia por Balduino II. — Muerte de Irene y del papa Gregorio IX. — Invasion de los tártaros mogoles. — Conquistas de Tesalónica, de Zúrula y de Rodas por Vatacio. — Causa y absolucion de Miguel Paleólogo. — Muerte de Batu Kan, rey mogol del Kipzak. — Victorias de los turcos y griegos contra los mogoles de Persia. — Muerte de Láscaris II. — Revolucion suscitada por Miguel Paleólogo. — Su rejencia. — Toma de Constantinopla por los griegos y ruina del imperio latino en Oriente.

BALDUINO I, EMPERADOR. (1201) —Grande fué la alegria que causó en el Occidente la caida de Constantinopla, y no fué menor en el Oriente la tristeza. Muy desalentados los griegos al prin-

cipio, pasaron del dolor á la ira: el esceso de sus umillaciones despertó su valor, y sus príncipes afeminados abandonaron los vicios, perdidas las riquezas y el lujo. Alejados de la capital, hallaron en los campamentos y tiendas su antiguo vigor. Sus armas no habian podido en otro tiempo defender á Roma; pero su vanidad habia conservado el nombre de romanos; y no se mostraron dignos verdaderamente de él, sino cuando fueron arrojados de la segunda ciudad del imperio: lejos de sancionar con una sumision servil el derecho de conquista, persistiendo en no dar á los guerreros de Occidente, sus vencedores, mas nombre que el de latinos, pelearon con ellos sin intermision. Esta constancia en el infortunio fué gloriosa y coronada por la victoria.

Los mismos griegos, tan débiles poco antes contra los turcos, búlgaros y comanos, repentinamente intrépidos, pertinaces y terribles, combatieron valerosamente contra todos los príncipes de Europa, los arrojaron de Asia y Grecia, y despues de medio siglo de pelea, volvieron á entrar triunfantes en la ciudad de Constantinopla.

Por otra parte, ninguna empresa fué menos racional que la cruzada que habia derribado el imperio griego. De todos los soberanos de Europa solo el papa se opuso á ella, y se mostró animado del verdadero espíritu de la relijion y guiado por una sana política. Cuando todos tomaban la cruz con entusiasmo para arrojar á los infieles de Palestina, la division y guerra entre cristianos destruyó el objeto de la cruzada y afirmó el poder de los musulmanes.

La conducta de los cruzados despues de la victoria fué mas insensata que la conquista misma. En vez de dar á los griegos un príncipe capaz de favorecer francamente los esfuerzos de los cristianos contra el maometismo, solo pensaron en dividir el imperio adquirido en ducados y señoríos, en umillar y despojar á los vencidos, en burlarse de sus usos y costumbres, en mudar sus leyes y violentar sus conciencias.

En vez de ganar al pueblo, se le movió á la sublevacion. Le creian sometido, porque poseian la capital. Los emperadores franceses, aunque rodeados de bárbaros é infieles, confiaron locamente que podrian consolidar su dominacion de un trono usurpado con algunos caballeros dis-

tieron al rejente. Esta desercion mudó la suerte de la guerra: el ejército francés reforzado tomó la ofensiva; y Joannice, disminuidas sus fuerzas, tuvo que volverse á su pais.

El papa le habia escrito ecsortándole á abstenerse de pelear contra los cristianos y á restituir la libertad á Balduino. El bárbaro le respondió con un respeto irónico: «No he hecho mas, decia, que rechazar una agresion injusta, y Dios ha decidido en mi favor. La espada que llevo es la de san Pedro que la santa sede me concedió.»

Muerte orrible de Balduino. —No se esplicó sobre la suerte del emperador cautivo; mas no tardó en saberse que le habia muerto de una manera orrible. El desgraciado monarca yacia en lo profundo de un calabozo. La reina de los búgaros que le amaba, fué una noche á su prision y le dijo: «Uyamos del tirano que á los dos nos oprime: llévame á Francia, y premia mi cariño con tu mano.» Balduino, noble caballero y cristiano virtuoso, desechó con indignacion aquel amor adúltero. La reina, que habia nacido en Tartaria, conservaba en el trono la ferocidad selvática de su patria. Pasando con violencia del amor al odio, se postra á los pies de su esposo y acusa á Balduino de haber querido seducirla. Joannice furioso hace venir al emperador cargado de cadenas, le llena de injurias, no quiere oirle, y manda que le corten los brazos y piernas. Despues de este suplicio orrendo, el tronco viviente del infeliz monarca fué echado en una grande oya, donde tardó tres dias en morir, comido de los pájaros de presa; y su cráneo, engastado en oro, sirvió de copa al rey de los búlgaros en los convites. Balduino murió á los treinta y cinco años de edad y once meses de reinado. Ninguno de los prisioneros franceses sobrevivió á su príncipe: á todos los inmoló el bárbaro Joannice en venganza de la supuesta injuria.

Enrique, emperador.--(1206) Apenas se supo en Constantinopla la muerte del emperador, elijieron los barones á Enrique su ermano. Este príncipe, dotado de justicia y prudencia, cualidades necesarias para reinar con gloria, y mas en tiempos calamitosos, era grave y benigno, conciliador y firme, activo sin precipitacion y valiente sin temeridad: sostuvo dignamente

la corona, y venció los ostáculos inumerables que le oponian las instituciones viciosas trasplantadas de Europa al nuevo imperio de Oriente.

Cuadro del imperio. — El jefe del estado no podia ya confiar en lejiones organizadas ni en una milicia permanente. El edicto del príncipe ó el decreto del senado no bastaba ya para lograr la pronta obediencia de un estremo á otro del imperio. La aristocracia feudal ataba las manos y esclavizaba al pueblo. El imperio no reconocia un solo dueño, y cada ciudad, cada aldea, despojada de sus franquicias municipales, sufria el yugo de un tirano débil y orgulloso.

Bajo los emperadores romanos y griegos era libre la masa de los ciudadanos, y solo los grandes estaban espuestos á los rayos del trono; y esto es lo que hizo durable y amada y respetada de los pueblos la potencia conquistadora de los romanos. A pesar de la falta de instituciones y garantías, el cetro imperial, temible solamente á los grandes y ambiciosos, era apoyo del pueblo, y arma fuerte contra sus enemigos; pero el feudalismo mudó este órden de cosas.

Enmedio de la anarquía de los feudos, el príncipe, despojado de autoridad, no podia mantener ni la paz interior ni la seguridad esterior. Sometido á las leyes que los grandes dictaban, no debia intentar ninguna empresa ó para defender ó para acrecentar el imperio sin el consentimiento de un consejo, compuesto del rey de Tesalónica, un pretor veneciano y los principales barones. Se le habia asignado como patrimonio una parte de Tracia: único fondo que tenia para subvenir á los gastos jenerales. Es verdad que en caso de guerra estaban obligados todos los vasallos á marchar con sus tropas á su costa bajo las banderas imperiales; pero solamente desde 1.° de junio hasta fin de setiembre; y en caso de tener ellos guerras particulares, la mitad de este tiempo.

Con este débil ausilio de una milicia turbulenta, incierta é irregular, era menester sostener un trono vacilante contra el odio de los griegos, el fanatismo de los musulmanes y el valor selvático de los búlgaros. Este caos político, que ecsistia muchos siglos antes en Italia, Francia y Alemania, es un cuadro fiel de los tiempos caballerescos, tan poco conocidos y tan celebrados: es la historia esacta de la aristocracia de la edad me-

dia, y la ilusion de la moderna.

Enrique, mas feliz que su ermano, sostuvo con vigor y felicidad la guerra emprendida contra Joannice: si no pudo salvar á Didimótica, que fué destruida por el enemigo, la vengó derrotando á los búlgaros y persiguiéndolos hasta sus fronteras. En esta espedicion libertó veinte mil prisioneros. Pero mientras dirijia todas sus fuerzas al norte del imperio, Teodoro Láscaris, rival digno de él, se apoderaba de Bitinia, Lidia y Frijia, y se coronaba en Nicea emperador de Oriente.

Al mismo tiempo escribió al papa para que arreglase los límites entre latinos y griegos, y cesase de este modo la guerra entre cristianos; pero reusando el papa obrar como mediador, mandó al príncipe griego se sometiese al emperador de Constantinopla. Esta conducta, impolítica bajo todos conceptos, prolongó el cisma y la guerra. Nuevos enemigos se levantaron contra venecianos y franceses. Alexis y David Comneno se apoderaron de la costa del Euxino, y fundaron un nuevo imperio, cuya capital fué Trebisonda, ciudad del Ponto. Este tercer imperio subsistió hasta algunos años despues de la toma de Constantinopla por Mahomet II.

Enrique, vencidos los búlgaros, concluyó con Láscaris una tregua que duró poco; porque el príncipe griego y Joannice se ligaron contra él. Su posicion era crítica, ostigado entre estos dos contrarios: la necesidad de dividir sus fuerzas le obligó á observar la defensiva: sin embargo, tan activo como intrépido, libertó á Andrinópoli, acometida de nuevo por los búlgaros, y á Cibito atacada por Láscaris; mas no pudo impedir que este continuase sus conquistas en Asia, y dominase el mar con su escuadra, la cual llegó hasta entrar en el Helesponto.

El emperador habia casado con Inés, hija del marqués de Monferrato. Sabiendo que Joannice invadia los estados de su suegro, hizo tregua con Láscaris, y marchó contra los búlgaros que sitiaban á Tesalónica. La victoria coronó las armas de los franceses; pero perdieron en esta campaña al marqués, que murió asesinado. Este jefe ilustre de la quinta cruzada mereció las lágrimas de sus compañeros de armas y el aprecio de sus enemigos.

CONQUISTA DE LAS ISLAS DEL ARCHIPIELAGO POR LOS VENECIA-

NOS. — (1208) En este mismo tiempo recibió el emperador refuerzos de Occidente, con los cuales pudo rechazar á Joannice y al déspota de Epiro.

Los venecianos tenian muy pocas tropas para apoderarse del gran número de islas y ciudades que les habian tocado en el repartimiento, y que los griegos defendian aun ostinadamente. Para someterlas imajinó el senado de Venecia un arbitrio no empleado hasta entonces. Llamando el interés privado en socorro del público, promulgó un edicto concediendo á los particulares la propiedad de las islas, ciudades ó fortalezas que conquistasen. La ambicion y codicia, escitadas por este decreto, obraron prodijios. Cada noble, cada comerciante alistó tropas y tripuló navios. La escuadra veneciana limpió el mar de piratas griegos, y todo el Archipiélago fué conquistado en un año.

Al mismo tiempo terminó Joannice su carrera, ilustre por sus azañas, pero manchada con crueldades atroces: sucedió Frorilao, su sobrino, igual suyo en el valor, mas no en la abilidad. Hasta entonces los búlgaros, peleando á la manera de los partos, fatigaban á los latinos con sus invasiones inesperadas, sus rápidas fugas y sus contínuas ataques; y habian debido mas bien á la estratajema que á la fuerza los triunfos conseguidos contra el imprudente ardor de los franceses. El nuevo rey, mas temerario, esperó al emperador en la llanura, y peleó con él en batalla campal. Enrique le derrotó completamente, y le quitó ochenta leguas de territorio.

VICTORIAS DE ENRIQUE CONTRA LOS LOMBARDOS Y EPIROTAS. — (1209) Otra guerra llamó su atencion. El marqués de Monferrato al morir habia dejado sus estados de Italia á Guillermo, su hijo mayor, y el reino de Tesalónica á su hijo segundo Demetrio. El conde Blándras, encargado de la tutela y la rejencia, queria que reinase Guillermo con la esperanza de aprovecharse de la debilidad de su carácter para hacerse independiente. El emperador, irritado contra él, le sitió y le hizo prisionero. Blándras continuó sus intrigas aunque cautivo: á su instigacion los italianos, que en aquel tiempo se llamaban todavía lombardos, se rebelaron y se pusieron bajo las banderas del déspota de Epiro: á pesar de la reunion de sus fuerzas, Enri-

que los derrotó y obligó á pedirle la paz.

A esta sazon murió su esposa Inés; y siendo el deseo de conceder alguna tranquilidad á sus vasallos superior á las demás consideraciones, casó con una hija de Joannice; del mismo tirano que habia mutilado y muerto con tanta crueldad á su ermano Balduino. La paz con los búlgaros fué el precio de este sacrificio.

Batalla de Antioquia del Meandro. — (1212) Alexis Anjel, en otro tiempo usurpador del trono griego, habiéndose escapado de la prision de Tesalónica y refujiádose á Epiro, oia con disgusto las conquistas de su yerno Láscaris y las noticias de su coronacion. Envidioso de su gloria, forma el deseo y concibe la esperanza de volver al trono: pasa á Natolia é implora el socorro de Gayateddin, sultan de Iconio, que le promete restituirle el perdido cetro. Reunen un ejército de veinte mil hombres, y marchan contra Nicea. Láscaris, cuyas fuerzas estaban diseminadas en toda el Asia, no podia oponerles por entonces mas que dos mil griegos y ochocientos desertores franceses; pero este guerrero intrépido, ni sabia contar los enemigos, ni uir la cara á los riesgos. Pónese al frente de su escasá tropa, atraviesa con osadía las cumbres del Olimpo, se apodera de Filadelfia, continúa su marcha rápida, y encuentra en las orillas del Meandro, cerca de Antioquía, á Alexis, seguido del sultan y de su numeroso ejército.

Viéndole estos príncipes con tan poca jente, no dudaron de un triunfo pronto y fácil: sin embargo, los ochocientos franceses, con la impetuosidad á la cual han debido en todos tiempos sus victorias y su fama, caen sobre los turcos y los desbaratan; pero envueltos poco despues y oprimidos por la multitud de los enemigos, pierden la esperanza de vencer, y solo conservan la de vender caras sus vidas. Despues de haber hecho prodijios de valor, caen aquellos valientes sobre los montones de maometanos inmolados anticipadamente á sus manos. La mayor parte de los griegos uyen, mas asustados que envidiosos de una muerte tan eróica. Solo Láscaris permaneció inmóvil en el campo de batalla con trescientos valerosos resueltos á perecer ó salvarle. El sultan, indignado de ver que un puñado de hombres se atreviese todavía á resistir á un ejército entero y á intimidar

con su firmeza á quince mil guerreros que los rodean, acomete enfurecido á Láscaris, y le rompe el yelmo de un tajo. El éroe cae, pero se levanta al instante, desjarreta el caballo de Gayateddin, corta la cabeza al sultan y la pone en la punta de su lanza. A este orrible espectáculo, yela el espanto á los turcos, y se dispersan dando terribles gritos: Láscaris vencedor les parece el ánjel de la muerte: la esperanza y la venganza restituyen el valor á los griegos: reúnense, persiguen á los fujijivos, y el emperador entra con ellos triunfante en Antioquía. Alexis fué hecho prisionero en la fuga. Ninguna memoria de consuelo le acompañó en su cautiverio. Asesino de su ermano, tirano de sus súbditos, causa primera de la ruina del imperio, no tardó en sucumbir á los pesares y al remordimiento.

Mientras un éroe resucitaba la gloria de los griegos, Enrique, á pesar de sus virtudes y su valor, no podia restituir el sosiego y la prosperidad al imperio latino. Las pretensiones de los grandes, las disputas de los príncipes, el orgullo y la ignorancia de los barones, la brutalidad de los soldados, los estragos de los enemigos, cubrian de ruinas aquella brillante conquista. Las necesidades del clero añadian tambien nuevas desgracias á estos desórdenes. En lugar de los bienes que le habian invadido los vencedores para pagar los gastos de la conquista, se le habia asignado la décimaquinta parte del valor de los bienes inmuebles y el diezmo de las rentas; — los obispos para hacerse pagar prodigaron como siempre las censuras y las escomuniones.

Estando en esto murió el patriarca; los venecianos y los franceses no pudieron ponerse de acuerdo sobre la eleccion de un sucesor, y acudieron á las armas. La autoridad del papa sacó partido de estas disensiones; nombró al patriarca y envió al Oriente un legado, quien por sus actos brutales y arbitrarios, esacerbó mas y mas el odio de los griegos contra los latinos.

El emperador se dolia de estos abusos sin poder reprimirlos; lo único que le prometian era pelear: despues de haber conquistado algunas fortalezas en Asia, hizo con Láscaris una paz ventajosa, en la cual se le cedió todo el pais situado entre Sardes y Nicea, con las ciudades de Pérgamo y Prusa, y otras muchas plazas.

ENVENENAMIENTO DE ENRIQUE. — Un concilio reunido en la iglesia de san Juan de Letran en Roma, hizo memorable este año: el papa reconoció en el sínodo, que la silla de Constantinopla era la segunda del mundo cristiano (1215).

Enrique no gozó mucho tiempo del sosiego que proporcionó al imperio. Murió envenenado, y se sosperhó de este crímen á su nueva esposa: acusacion quizá injusta, pero acreditada por la memoria de las atrocidades de su padre. Este príncipe no dejó sucesion: su vida fué activa y gloriosa: con su muerte empezó la decadencia del imperio francés de Constantinopla. Reinó diez años.

PEDRO DE COURTENAI, EMPERADOR. — (1216) El trono era electivo, segun las costumbres antiguas. La erencia, única base de la estabilidad de los grandes imperios, empezó muy tarde en todas partes por lo dificil que es obligar las pasiones á que consulten el interés público y escuchen la voz de la razon. Sin embargo, tanto en Oriente como en Occidente, los votos de los electores recaian con frecuencia en un príncipe de la familia reinante. Los barones franceses dieron el cetro á Pedro de Courtenai, conde de Auxerre, nieto de Luis el Gordo, rey de Francia, y marido de Yolanda, ermana del emperador Balduino.

Apenas supo su nombramiento, salió de Francia al frente de cinco mil hombres, atravesó la Italia, llegó á Roma, recibió la corona imperial de manos del papa, y dió al jóven marqués de Monferrato la investidura del reino de Tasalónica. Yolanda y sus hijos partieron sin él á Constantinopla, donde llegaron felizmente; pero el emperador, menos venturoso, halló en el camino el cautiverio y la muerte.

PRISION Y MUERTE DE PEDRO DE COURTENAI. — (1218) Habiendo prometido á los venecianos entregarles á Durazzo, plaza de que se habia apoderado Teodoro, déspota de Epiro, puso sitio á la ciudad: los griegos le atacaron, y le obligaron á retirarse. Penetrando imprudentemente en las montañas de Albania, fué rodeado por el numeroso ejército de los epirotas, que eran dueños de los desfiladeros. En vano opuso el valor al número: sus tropas fueron desbaratadas, y Teodoro, vencedor, le llevó prisionero, como tambien al legado del pa-

pe, al conde de Sancerre y á otros caballeros que escaparon de la matanza.

Cuando se supo en Occidente este desastre, el rey de Ungría, cuñado de Courtenai, hizo activas dilijencias para conseguir del príncipe de Epiro la libertad de los cautivos. El papa dispuso que se predicase en Francia una nueva cruzada, cuyo adalid fué Roberto de Courtenai, ermano del emperador y gran botiller del palacio de París. El déspota de Epiro, despues de vencer á los franceses con las armas, desarmó al papa, manifestando someterse á su autoridad, y dando libertad al legado.

Los venecianos hicieron una tregua de cinco años con los epirotas. Pedro de Courtenai, siempre reclamado y nunca socorrido, murió de pesar en el cautiverio. Yolanda, que fué nombrada rejenta del imperio, no le sobrevivió mas que un año. Tenia cuatro hijos: Felipe, el mayor de ellos, fué proclamado emperador. Los barones confiaron la rejencia á Conon de Bethune; pero Felipe reusó la corona, y prefirió el tranquilo condado de Namur á un imperio tempestuoso. Roberto, su tio, fué elejido en su lugar: estuvo dudando si aceptaria un gravámen tan terrible; pero Luis VIII, rey de Francia, le movió á no renunciarlo.

Roberto de Courtenai, emperador. — (1220) Roberto atravesó por Alemania y Ungría, y los búlgaros no le inquietaron en su marcha, porque estaban entonces en guerra civil: Azan, uno de sus príncipes, habia destronado al rey Frorilao. El emperador recibió la corona en Constantinopla de manos del patriarca: convocó los barones franceses y venecianos, confirmó el tratado de repartimiento firmado por Balduino, y ascentó paces con el emperador Láscaris, para quedar libre contra Teodoro de Epiro, y vengar la muerte de su ermano.

Muerte del celebre Láscaris.—Al mismo tiempo terminaba su carrera el célebre Láscaris: murió de edad de cincuenta años, habiendo reinado gloriosamente diezíocho. Sus ecsequias se hicieron con grande pompa en Nicea. Cuando cayó el imperio, solo este éroe no desesperó de su salvacion, y lo detuvo con manos firmes en el despeñadero. Dejaba cuatro ermanos; pero ninguno de ellos le sucedió: los griegos prefirieron á Juan Vatacio, yerno de Lás-

caris, guerrero feliz, y ábil político. La osadía de Láscaris fundó el imperio de Nicea: la prudencia animosa de Vatacio lo consolidó.

Cuatro emperadores en oriente.—(1223) Teodoro de Epiro, orgulloso con sus victorias y por la conquista que acababa de hacer del reino de Tesalónica, tomó tambien el título de augusto, y se revistió de la púrpura imperial. Así el Oriente desmembrado, contaba entonces sobre sus ruinas cuatro emperadores, Roberto en Constantinopla, Vatacio en Nicea, Teodoro en Tesalónica, y Alexis Comneno en Trebisonda.

Los ermanos de Láscaris hicieron inútiles esfuerzos para apoderarse del trono de Nicéa: la firmeza de Vatacio reprimió sus conatos, y para librarse de su venganza tuvieron que buscar asilo en Constantinopla.

Roberto les confió el mando de su ejército: con él pasaron al Asia, y presentaron la batalla á Vatacio en la llanura de Pemanneno. Los griegos no pudieron resistir el primer choque de los franceses: desbaratados y rotos por todas partes uian ya, cuando Vatacio, al frente de un cuerpo de reserva, restablece el combate, fija la victoria, destruye el ejército imperial, y coje prisioneros á dos de los Láscaris.

Esta derrota de los franceses dió un golpe mortal á su imperio, y reanimó el valor de los griegos. Vatacio, aunque grande hombre, pagó tributo á la atrocidad de su siglo, y mandó sacar los ojos á sus tios. Siguiendo despues el curso de sus victorias, conquistó la Troade y toda la costa de Asia, y su armada se apoderó de Lesbos.

Victorias de Teodoro, emperador de Tesalónica. —(1225) Las armas de Roberto no fueron mas felices en Grecia. Teodoro de Epiro venció su ejército, é hizo prisioneros á sus jenerales. Onisópolis, Didimótica y otras ciudades de Tracia abrieron sus puertas á los vencedores. Los abitantes de Andrinópoli se habian sublevado, arrojado á los franceses, y entregádose á Juan Camiso, enviado por Vatacio; pero los emisarios de Teodoro causaron en la ciudad una nueva revolucion. Camiso fué despedido y la plaza cayó en poder del epirota.

Demetrio de Monferrato solicitó entonces volver á entrar en su reino y conquistar á Tesalónica; pero las tropas de Teodoro le rechazaron.

En este tiempo un célebre impostor alborotó á Flandes. Decia que él era el emperador Balduino I, y que habia logrado escaparse del cautiverio de los búlgaros. Su atrevimiento le ganó muchos partidarios: el duque de Brabante le reconoció, y fué coronado; pero descubierta por un monje su maldad, el rey de Francia le hizo venir á su corte, donde interrogado por el obispo de Beauvais, se contradijo en la declaracion, uyó á Borgoña, fué preso de nuevo y castigado con el último suplicio por órden de la condesa de Flandes.

Fuga y muerte del emperador Roberto.—(1228) El emperador Roberto, desgraciado en todas sus empresas, era despreciado de los griegos. Una pasion loca y un acto de violencia le granjeó el odio de los franceses. Enamorado de la hija de Balduino de Neuville, que estaba desposada con un caballero de Borgoña, hizo robar á la jóven y á su madre, y traerlas á su palacio. El esposo, ardiendo de enojo, reune sus vasallos y amigos: marcha armado al palacio, se apodera de las dos mujeres, aoga á la madre en el mar, y corta á la hija las narices y labios. Las costumbres eran entonces tan bárbaras, que fué menor el error inspirado por esta atrocidad, que la indignacion contra la liviandad del emperador, que puso las armas en las manos de un amante zeloso. El atentado quedó impune.

Despues de tan grave ignominia Roberto, aborrecido, despreciado y amenazado, uyó precipitadamente de su capital, y corrió á Italia á implorar bajamente el socorro de la santa sede contra sus vasallos. El papa le afeó sus violencias y su cobardía, y le ecsortó á que volviese con valor á sus estados. Roberto, incapaz de seguir este consejo, pues tuvo necesidad de oirle, obedeció por temor, se embarcó para Grecia, y murió en el camino de vergüenza, de miedo ó de pesar. Balduino II, su ermano, de edad de once años, fué elejido para sucederle.

Pero este niño necesitaba de un protector, y casi todos los éroes de la cruzada, Conon de Bethune, el marqués de Monferrato, Montmorency, Dandolo, habian muerto ya. Los barones, buscándole un apoyo, propusieron á Azan, rey de los búlgaros, que diese su hija en matrimonio á Balduino, se entregase de su tutela, y le protejiese contra Teodoro de Epiro y contra Va-

tacio. La desaprobacion pública hizo conocer al consejo, aunque tarde, cuán imprudente era esta eleccion: previó que un tutor estranjero podria convertirse en dueño, y se rompió el tratado. Resolvieron escojer un francés para gobernar el imperio, y la eleccion recayó en el famoso Juan de Brienne, conde de la Marca, y esposo de María, eredera del reino de Jerusalen.

Brienne, cubierto de eridas y de una gloria brillante, conservaba á los ochenta años de edad el valor y la fuerza de la juventud. Hallábase á la sazon en Roma. Este anciano activo y belicoso, no reusó una carga tan grande; pero no quiso mandar sin reinar, y por un tratado concluido en Perusa se estipuló que subiria al trono, y que su hija María casaria con Balduino. Así el imperio vacilante de los latinos, rodeado de riesgos y de enemigos formidables, fué confiado por la política móvil de los franceses á un anciano y á un niño.

JUAN DE BRIENNE, EMPERADOR. — (1229) La necesidad de dar al imperio un administrador esperimentado, un apoyo firme y un jefe valiente, habia movido á elejir á Brienne; y aunque su edad no le daba esperanzas de ocupar el trono por mucho tiempo, no se apresuró á tomar posesion de él, y se detuvo dos años en Italia, encargando entretanto la rejencia del imperio á Narjot de Touci.

El estruendo de las armas rodeaba entonces á Constantinopla por todas partes. Los franceses, encerrados en la capital, se consumian en la inaccion, descontentos, divididos ó indiferentes á la pérdida de Iliria, Tesalia, Macedonia, Tracia y Asia, y á las sangrientas guerras que destrozaban el imperio.

La gran fortuna de Teodoro el epirota empezaba á declinar. Escomulgado por el papa, y amenazado por Vatacio, rompió impolíticamente la paz que tenia asentada con Azan, rey de los búlgaros, y entró en sus estados. Azan, para animar sus tropas y escitarlas á la venganza, tomó por estandarte el orijinal del tratado, firmado y violado por Teodoro. Los dos ejércitos se dieron batalla á las orillas del Hebro. Despues de una ostinada pelea quedaron vencedores los búlgaros: Teodoro y sus principales capitanes fueron hechos prisioneros. Azan tomó á Andrinópoli y las demás ciudades de Tracia, conquistó la Tesalia, y saqueó el Epiro. Teodo-

ro, siempre revoltoso, aun en el cautiverio, abusó de la benignidad con que le trataba el vencedor, y conspiró contra su vida. Azan descubrió la conjuracion, y mandó sacarle los ojos. Manuel, su ermano, le sucedió en el señorío de Epiro.

Coronacion de Juan de Brienne. —(1231) Despues de esperarle por mucho tiempo, Juan de Brienne entró en el puerto de Constantinopla con catorce buques venecianos, y fué coronado por el patriarca. Se creia que este príncipe, elevado al trono por su fama militar, se apresuraria á cojer algunos laureles que adornasen su tumba; pero, ó sea que no estaban aun preparadas las fuerzas necesarias para emprender, ó sea que el aire de Constantinopla inspirase el letargo y la molicie, el Nestor de los éroes cristianos permaneció otros dos años en quietud, y solo hizo esfuerzos inútiles para restablecer la paz entre la iglesia latina y griega.

Conquistas de Vatacio. — (1233) Entretanto Vatacio, tan activo como indolentes se mostraban los franceses, afirmaba su poder: sometia á muchos rebeldes: se apoderaba de Rodas, Lesbos, Quio y Samos, y estrechaba cada dia mas los mezquinos límites del imperio francés.

Andrónico Paleólogo, uno de sus lugartenientes, y padre de Miguel Paleólogo, el que volvió á los griegos el cetro de Constantinopla, contribuia entonces eficazmente á [redacted] rapidez de sus victorias con su pericia é intrepidez. Juan de Brienne despertó en fin, volvió á tomar las armas, atravesó el Bósforo, y tomó por asalto una fortaleza en la costa de Asia; pero una tempestad que amenazaba, le obligó á volverse á la capital.

Sitio de Constantinopla por los griegos y búlgaros.—(1235) Vatacio, despues de haber quitado á los venecianos la plaza de Galípoli, y acometido inutilmente á Candía, hizo un tratado de alianza con el rey de los búlgaros, casando á su hijo con una hija de Azan. Sus ejércitos reunidos entraron en el Quersoneso, y pusieron sitio á Constantinopla. Las tropas de los sitiadores ascendian á cien mil hombres, y su escuadra era numerosa. En un peligro tan estremo, Brienne volvió á encontrar el denuedo de su juventud, y arrostró los trabajos y la muerte como un soldado. Su valer reanimó el de los franceses: el enemigo fué rechazado en muchos asaltos, sus máqui-

mas destruidas, sus cuarteles acometidos. Una armada veneciana que llegó en socorro de los franceses, atacó la de Vatacio, y la destruyó casi enteramente: Brienne salió entonces de la ciudad con todos sus caballeros, y obligó á los búlgaros y griegos á retirarse.

Al año siguiente volvieron á parecer con fuerzas mas considerables, y sitiaron de nuevo la ciudad de Constantinopla; pero hallaron la misma resistencia. Los buques jenoveses y venecianos, con seis bajeles que trajo Gofredo de Ville Hardouin, príncipe de Acaya, consiguieron otra victoria completa sobre la escuadra de los sitiadores. Pero este brillante triunfo de los franceses, aumentando su gloria, disminuia poco los peligros: se debilitaban con sus sangrientas victorias, y no recibian refuerzos, cuando el número de sus enemigos crecia diariamente.

El jóven Balduino pasó á Italia y Francia á pedir socorros, y se formó una nueva cruzada para libertar á Constantinopla. El papa concedió los mismos privilejios de que habian gozado los conquistadores de Palestina. San Luis, rey de Francia, prometió socorros á Balduino, y le volvió los bienes que su familia habia poseido en Francia. Los condes de Bretaña, de Bar, de Soissons, de Macon y Nevers, el duque de Borgoña, Anseau de Lila, Imberto de Beaujeu y otros muchos señores tremolaron la cruz, y prometieron el ausilio de sus armas.

Mientras Balduino mendigaba en todas partes dinero y soldados, Juan de Brienne, cercado de enemigos, y siempre peleando, murió con la espada en la mano, oprimido de años y trabajos, y cubierto de gloria á los ochenta y nueve años de edad, y ocho de reinado. Este príncipe, á quien en la niñez destinaron sus padres al estado eclesiástico, y su carácter á los combates, trocó la sotana por la coraza, y el suelo de Francia por el de Palestina. Su valor le granjeó dos coronas, y su nombre sobrevivió á su siglo. Solo, y puesto el pie sobre las ruinas del imperio que se desplomaba, las defendió como éroe; y las azañas de este anciano moribundo fueron los últimos rayos de la gloria de los cruzados en Oriente.

Balduino II, emperador. — (1237) Es tan difícil seguir con órden los acontecimientos de este último reinado del imperio latino en Constantinopla, como encontrar alguna relacion en la

confusion de ideas de un hombre delirante y moribundo. Con el nombre respetable de imperio, no habia quedado mas que una capital magnífica, vasta y populosa, algunas tierras no cultivadas, tesoros sin dinero, soldados sin paga, y una jerarquía fastuosa sin subordinacion. Constantinopla, rodeada de contrarios por todas partes, parecia una cabeza enorme separada de su cuerpo.

El débil Balduino recorria siempre la Europa buscando ausiliares, mientras que Azan y Vatacio reunian poco á poco bajo su poder las reliquias dispersas del antiguo imperio.

Despues de la muerte de Brienne se hubieran apoderado de Constantinopla, á no ser por su division. Envidioso Azan, de la gloria de Vatacio, se enemistó bruscamente con él, é hizo alianza con los franceses. Enamorado de Irene, hija del desgraciado Teodoro, su cautivo, á quien habia privado del imperio de Tesalónica, de la vista y de la libertad, se casó con la hija, y rompió las cadenas del padre. Teodoro, libre ya, camina á Tesalónica, donde entró disfrazado de mendigo, se dá á conocer á algunos amigos, subleva el pueblo, se apodera de la ciudad, recobra el cetro, da el título de rejente á su hijo Juan, destrona á su ermano Manuel, le prende, y le entrega á los turcos, creyendo que le darian la muerte; pero Gayateddin II, sultan de Iconio, ó por jenerosidad ó por política, con el designio de debilitar á los cristianos prolongando sus divisiones, se declaró protector de Manuel, el cual con un cuerpo de turcos y de griegos adictos á él volvió á Tesalia, recobró á Larisa y á Farsalia, y murió cuando tenia ya por seguro ceñirse otra vez la corona de su ermano.

Entretanto los viajes y súplicas de Balduino y las esortaciones del papa habian reunido en Occidente un gran número de cruzados. Bela, rey de Ungría, prometió marchar contra Azan: Juan de Bethune salió de Venecia con poderoso ejército para atravesar por Alemania; pero el emperador Federico II, indispuesto entonces con la santa sede, retardó la marcha de los cruzados. Juan de Bethune fué á verse con él con la esperanza de vencer su oposicion: el emperador le detuvo en reenes: los cruzados, que afluian á Venecia en gran número, sabiendo el cautiverio de su jene-

ral, y poco despues su muerte, se dispersaron. Unos partieron á Palestina, otros se volvieron á su patria, y algunos embarcándose en bajeles venecianos, llegaron á Constantinopla, donde aumentaron la escasez mas bien que las fuerzas.

Anseau de Cayeux, encargado entonces de la rejencia, para subvenir al pago de las tropas y á los gastos del gobierno, no tenia otros fondos que reliquias y monumentos sagrados; y así comenzó á venderlas. Empeñó á los venecianos la reliquia mas famosa, la corona de espinas del Salvador. San Luis, rey de Francia, deseaba poseer este tesoro, y Balduino se la regaló.

La corona de espinas fué llevada en pompa á *París*; y es fama segun las piadosas rapsodias de los historiadores de aquel tiempo, que en todo el camino no dejó de operar portentosos y sorprendentes milagros. En todo tiempo el espíritu umano, que siempre es el mismo, se ha complacido en mezclar lo maravilloso á lo cierto. En ninguna parte se halla la historia libre de la estupidez de los oráculos y de los prodijios.

La Inglaterra despues de haber hecho probar al emperador umillaciones y desaires, le dió una corta limosna; el papa se despilfarró con varias bulas: los venecianos le prestaron sobre prendas dinero y buques; el emperador de Alemania resistió mucho tiempo á sus instancias; y en fin, el valor francés y la lealtad relijiosa de san Luis le dieron verdaderos socorros.

Coronacion de Balduino.—(1239) Atravesó sin ostáculos, al frente de sesenta mil hombres, la Ungría y la Bulgaria. Vatacio, tan prudente como valeroso, se retiró al Asia: Balduino entró en Constantinopla y se coronó. Zúrula le abrió sus puertas, y trece navíos franceses vencieron á treinta griegos.

Los comanos hicieron alianza con el emperador. Los historiadores de aquel tiempo cuentan una ceremonia que muestra la grosería y barbárie de las costumbres. Despues de firmado el tratado, los plenipotenciarios de ambas partes bebieron mútuamente de su sangre: despues hicieron pasar un perro por entre ellos y lo partieron á sablazos, diciendo: «Así perezca la nacion que viole la fé jurada.»

Conquistas de Vatacio en Bulgaria y Macedonia.—(1241) Este año falleció Irene, mujer de Vatacio, cuya virtud era reve-

renciada en Oriente. Tambien murieron Azan el búlgaro, famoso por sus victorias, y el pontífice Gregorio IX, cuya ambicion habia ajitado la Europa. La aparicion de un cometa que precedió á la muerte de estos personajes, dió nuevo alimento á la supersticion de los pueblos.

Un aumento de fuerzas es un embarazo mas en manos de un gobierno débil. Balduino, que sabia pedir socorros mejor que valerse de ellos, no sacó otro partido de las tropas que retardar los ataques de sus enemigos, y teniendo por gran victoria no ser acometido, dejó el campo libre á la actividad de Vatacio. Este le concedió una tregua de dos años, y llevó sus armas á Bulgaria, que muerto Azan, era rejida por las débiles manos de su hijo, niño de diez años. Despues de rápidas victorias, penetró en Macedonia, invitó á Teodoro el ciego á una conferencia, le detuvo como en reenes, y sitió á Tesalónica, defendida valerosamente por el príncipe Juan de Epiro.

La edad y los infortunios habian debilitado el carácter de Teodoro. Cediendo al vencedor y despojándose de la púrpura imperial, se sometió al poder de Vatacio, como tambien Juan su hijo, le reconoció vasallaje, y solo conservó el título de déspota de Epiro. Así el feliz Vatacio llegó á ser dueño de todo el imperio de Oriente, á escepcion de Constantinopla, cuando una nueva tempestad, formada en los yelos del Norte, detuvo sus armas, y derramó en Asia y Europa el mismo terror que causó en otro tiempo la aparicion de Atila.

Invasion de los tartaros mogoles. — (1242) Este azote formidable, aumentado por muchos años en la oscuridad, se estendió en breve desde las estremidades de la China hasta las riberas del Danubio, desde los mares del setentrion hasta las llanuras de Siria. Una nube innumerable de guerreros selváticos, que se hicieron famosos con el nombre de tártaros mogoles, amenazó al mundo civilizado con su completa ruina. El manantial de este torrente devastador, fué una pequeña tribu nómade, del mismo orijen que los hunnos y turcos; tenia por jefe á un pastor y estaba sometida á la de los tártaros niutches, que era mas numerosa. Reconocian la unidad de Dios, pero sin tributarle culto: vivian errantes, y se alimentaban de la carne y de la leche de sus ani-

males. Su kan, llamado Jesukai Behadir, murió en 1163, y dejó el gobierno de su tribu á su hijo Temudshin, de edad de trece años, que despues se llamó Jenjis-Kan. De la invasion de los mogoles, de su jefe, así como de sus grandes conquistas, ya hemos hablado en las pájinas 39 y siguientes de este tomo, y hemos visto cómo un miserable pastor se hizo dueño y lejislador de una gran parte del globo.

Los mogoles siguieron en el reinado de Oktaj, hijo de Jenjis-Kan, la carrera de sus conquistas. Su sobrino Batu Kan, como ya hemos narrado en el lugar arriba citado, se apoderó de Moscou en 1239, y violando la capitulacion, pasó á cuchillo á todos los abitantes. Tres años despues destruyó la ciudad de Kiew, y todas las Rusias, tributarias del desierto, veneraron las tiendas rústicas de un tártaro. Batu, estendiendo el círculo de sus devastaciones, asoló á Polonia, Silesia y Moravia, redujo á cenizas la ciudad de Cracovia, destrozó dos ejércitos polacos y silesianos, y entró en Ungría con quinientos mil hombres. Bela, espantado, uyó á Esclavonia: Caloman, su ermano, mas animoso, dió batalla á los tártaros y la perdió. Los feroces vencedores cubrieron de cadáveres diez leguas de camino, devastaron á Bosnia, Servia y Bulgaria, y volvieron por la laguna Meótides á sus desiertos, que quedaron entonces poblados de una multitud inumerable de rebaños y de cautivos.

Estas terribles devastaciones aterraban á Europa. El miedo ecsajeraba el peligro, aumentaba las fuerzas, y atribuia á los tártaros formas monstruosas y estravagantes: se decia que su estatura era colosal, que tenian cabezas de perro, y que se alimentaban de carne umana. Federico, temblando sobre su trono, imploraba el ausilio de todos los príncipes europeos. Blanca, madre de san Luis, derramaba lágrimas al pie de los altares. Su hijo, valiente y relijioso, confiaba en la justicia del cielo y en la fuerza de sus armas. Otro ejército de mogoles se estendió por el Asia, atacó á Gayateddin II, sultan de Iconio, arruinó la Capadocia y derribó las murallas de Cesárea. El sultan, despues de haber solicitado sucesivamente los socorros de Balduino y de Vatacio, desarmó á los tártaros con la sumision, y se hizo vasallo y tributario del kan. Esta ignominia salvó por

entonces el Asia, y los mogoles se retiraron.

Libre Vatacio de toda inquietud esterior por la retirada de los tártaros, la tregua concluida con los latinos y la sumision de los epirotas, buscó, en un activo reposo, nuevo jénero de gloria. Tan ábil administrador como guerrero feliz, levantó las ruinas del imperio, lo engrandeció con sus conquistas, y la felicidad pública fué la recompensa de sus trabajos.

El Asia, que durante un siglo fué ollada y saqueada por los ejércitos de todas las naciones, solo presentaba el triste espectáculo de familias sin asilo, ciudades sin comercio, campos sin cultivo. El emperador, prodigando sus tesoros, derramó en todas partes el consuelo y la esperanza.

Los vastos dominios del príncipe, cultivados cuidadosamente y administrados con economía, fueron para sus pueblos el granero de la abundancia y un modelo de agricultura, que animaban á todos con útiles ejemplos y con beneficios. Vatacio creó un retiro onroso á los inválidos, un asilo á los ancianos, y ospitales para los enfermos. Las ciudades salieron de sus ruinas: las campiñas se cubrieron de mieses: los impuestos no desalentaban ya la actividad de los agricultores. «Yo me sustento, decia Vatacio, con el fruto de mi trabajo, y no con la sangre y el sudor de mis súbditos. La riqueza del príncipe empobrece los pueblos. No echaré contribuciones sino sobre el lujo: me someto á la naturaleza, y reino sobre los caprichos.»

Los paises dominados por los Seljiucides padecian á la sazon una gran carestía; y todo su dinero pasó á aumentar la opulencia del imperio. La emperatriz se admiraba un dia de una corona de perlas y diamantes que le regaló su marido. «¿Cómo, le dijo, un príncipe tan prudente y económico hace un regalo tan suntuoso?» — «Lo he comprado, le respondió Vatacio sonriéndose, con lo que ha producido la venta de los huevos que han puesto las gallinas de mis cortijos.»

Mientras este gran príncipe, despues de haber llevado sus armas victoriosas á tantos paises, corria sus provincias para hacer que renaciese en ellas la prosperidad, Balduino, consumidos en poco tiempo y sin utilidad los socorros que habia sacado de Europa á tanta costa, no salió de su ociosidad letárjica, sino para

volver á Italia y mendigar de nuevo el ausilio de los príncipes estranjeros.

CONQUISTA DE TESALÓNICA POR VATACIO. — (1216) Solo una debilidad afeó la gloria brillante de Vatacio. Vencedor de sus enemigos, se dejó vencer del amor. Despues de haber llorado muchos años á la virtuosa Irene, resolvió por motivos políticos casar con Ana, hija del emperador Federico. Marcesina, dama de onor de la nueva esposa, era bella é intrigante: sus gracias sedujeron á Vatacio, y sus artificios lo subyugaron. Arrastrado por su pasion, violó las reglas del deber y de la decencia, dió la púrpura á su manceba, y aumentó el oprobio de su culpa colmándola de onores.

Los cortesanos tributaban inciensos al ídolo: el pueblo jemia y callaba. Solo un ermitaño llamado Blémmidas tuvo ánimo para presentar la luz al príncipe ciego. Marcesina, con una comitiva numerosa, fué á su iglesia, y el ermitaño le cerró las puertas. Toda la corte escitaba al emperador á vengar esta ofensa. Vatacio dijo: «No me inciteis contra un hombre justo. El me tendria mas respeto, si yo me respetase á mí mismo.»

No tardó el onor en recobrar sobre él su antiguo ascendiente, y se arrancó del seno de los placeres para tomar de nuevo las armas. La muerte del jóven rey de los búlgaros escitaba turbulencias en Europa. Vatacio pasó á Bulgaria con un ejército, se apoderó de Serres y otras muchas plazas, tomó por asalto á Tesalónica, y dejó en ella por gobernador á Andrónico Paleólogo, su gran doméstico.

Entonces concluia la tregua con los latinos. Vatacio se apoderó de Zúrula, llamada hoy Chiurli, y estrechó mas y mas á Constantinopla. El destino de Vatacio era vencer, así como el de Balduino viajar. En todas partes ecsijia onores y mendigaba socorros. Asistió al concilio de Lyon, tomó su puesto al lado del pontífice, y procuró reanimar el zelo de los franceses, presentándoles el cuadro de la rápida decadencia del imperio. Volvió á Constantinopla con mas promesas que dineros ni soldados. Los franceses se armaron á la verdad; pero san Luis, mas ganoso de pelear con los mahometanos que con los griegos, llevó sus tropas á Ejipto, donde halló el cautiverio juntamente con la gloria debida á su valor y á sus virtudes.

Balduino no tenia fuerzas con

que oponerse á Vatacio, y fué testigo inmóvil de sus espediciones. El emperador griego tomó á Rodas, y venció segunda vez al déspota de Epiro.

CAUSA Y ABSOLUCION DE MIGUEL PALEÓLOGO. — En este tiempo un hombre, á quien la fortuna le guardaba el imperio, hizo conocer por la vez primera su ambicion, su injenio y su atrevimiento. Miguel Paleólogo, jóven aun, habia adquirido por el esplendor de su familia, por su valor y riquezas un gran número de partidarios en el ejército: fué acusado por conspirador: las sospechas y los indicios eran graves; pero no habia pruebas. Los jueces, siguiendo una costumbre tan absurda como antigua, quisieron someterle á la prueba del hierro ardiente. El acusado, para demostrar su inocencia, habia de andar un trecho bastante largo, llevando en la mano sin quemarse una bola candente de aquel metal. El jóven dijo al metropolitano, que era uno de los jueces: «Yo soy un soldado pecador, muy capaz de combatir con mis acusadores; mas no valgo nada para hacer milagros. Pero si tú, cuyo estado es mas propio para la santidad, quieres darme la bola, yo me convengo en recibirla de tu mano.» Vatacio se rió de la respuesta atrevida de Miguel, y sin convencerse de su inocencia, le dió libertad. Este príncipe empleó los últimos años de su vida en negociar con el papa la reunion de ambas iglesias; pero pedia por condicion que Roma abandonase á Balduino, y no tuvo efecto la negociacion.

La salud de Vatacio era cada vez mas débil. Murió en Ninfeo, ciudad de Lidia, á los sesenta y dos años de edad y treinta y tres de reinado. Fué el verdadero restaurador del imperio griego, superior á su siglo, temido de sus enemigos y amado de sus vasallos. Estos onraron su tumba con lágrimas, aquellos con muestras de aprecio y estimacion.

Los griegos levantaron en Nicea sobre el pavés á su hijo Teodoro Láscaris, que tomó el nombre de Láscaris II. Su padre nunca quiso asociarle al imperio, esperando que no estando seguro de conseguir el cetro, se haria mas digno de llevarle.

Láscaris se mostró belicoso como su padre; pero no eredó ni su abilidad ni sus virtudes. Su primer acto fué confirmar el tratado hecho con el sultan de Iconio, que era entonces Azod-

dio. Nombró patriarca al ermitaño Blemmidas; pero este hombre austero se negó á abandonar su soledad, y fué elejido en su lugar Arsenio, monje piadoso y ferviente, pero muy ignorante.

MUERTE DE BATU KAN, REY MOGOL DEL KIPZAK. — (1256) Láscaris hizo guerra á los búlgaros durante tres años. Al principio fué derrotado, reparó esta pérdida, y obligó en fin al enemigo á pedirle la paz. Durante esta lucha, cuando acababa de tomar á Berea, supo que un ejército numeroso de mogoles desembocaba por Capadocia, y amenazaba el Asia menor.

Láscaris atravesó el Helesponto para salirles al encuentro; y quizá le hubiera sido funesta su gloriosa determinacion, á no haber muerto entonces Batu, rey de los tártaros del Kipzak. Su ermano Berke, deseando asegurarse en el trono, volvió con sus tropas á Astracan; y la terrible tempestad que amenazó al Oriente, se disipó con la misma presteza que se habia formado.

Láscaris no tenia actividad sino para la guerra, y él mismo mandaba sus ejércitos; pero dejaba el gobierno interior del imperio en manos de Muselon, su privado, célebre entonces por su fortuna y su talento, y despues por su desgracia. Tuvo los empleos de protovestiario y gran dómestico, y en fin, el de protosebasto. Ministro imperioso, alejó de la corte á los personajes mas ilustres y aun á los parientes del emperador: hizo mutilar á algunos, desterró á otros, y su altanería le granjeó tantos enemigos como partidarios ganaba Miguel Paleólogo con su afabilidad.

El emperador, mas á propósito para mandar un ejército que para gobernar un imperio, estinguia el sentimiento del onor, tratando con desprecio á los empleados de la corte que no eran militares. El logoteto, ó ministro de hacienda, se atrevió un dia á decir á Láscaris que le habian engañado. Láscaris llamó á dos guardias, les mandó que le azotasen con varas, y le obligó despues á asistir al consejo; siendo lo mas estraño de este caso, que lo trasmitió á la posteridad el mismo paciente como un suceso ordinario.

Miguel Paleólogo, valiente, poderoso, ábil, gobernador de Bitinia, estimado de los grandes, amado de la tropa, y adorado del pueblo, no tardó en ser objeto de las sospechas de

Láscaris. Supo que le iban á prender, y buscó un asilo en Iconio. Creyóse al ver su fuga, que ansioso de venganza, volveria al frente de un ejército turco; mas Paleólogo, ó por patriotismo ó por política, no pensó en invadir el imperio á cuyo dominio aspiraba. Al contrario, escribió á todos sus amigos, que abandonasen su causa, sirviesen constantemente á la patria, y se conservasen fieles al soberano.

Los mogoles de Persia se presentaron en las fronteras de Alrum, que así se llamaba el estado del sultan de Iconio. Azoddin dió el mando de su ejército á Paleólogo, que justificó su confianza: dió batalla á los tártaros, mató por su mano al jeneral enemigo, penetró en su centro, y desbarató sus filas; pero la traicion de un oficial turco, envidioso de su mérito y fortuna, le robó la victoria. El pérfido huyó con el ala que mandaba, y esta traicion puso en derrota su ejército. Los tártaros asolaron el pais, segun su costumbre.

VICTORIAS DE LOS TURCOS Y GRIEGOS CONTRA LOS MOGOLES DE PERSIA.—(1258). El sultan de Iconio pidió ausilio á Láscaris, el cual le envió tropas, y volvió á su gracia á Paleólogo. Los griegos y turcos reunidos rechazaron á los tártaros.

Al mismo tiempo murió asesinado el rey de los búlgaros, y muchos usurpadores se apoderaron sucesivamente del trono. Constantino Tech, el último de ellos y el mas feliz, casó con la hija de Láscaris, é hizo alianza con su suegro.

MUERTE DE LÁSCARIS II.—(1259) Balduino II, sin tener parte en ninguno de estos sucesos, continuaba sus viajes por Europa, y los latinos, ociosos durante su larga ausencia, permanecian encerrados en los muros de Constantinopla. El emperador griego, despues de vencer otra vez al déspota de Epiro, tuvo un ataque de epilepsia. Los cortesanos, mas propensos á acusar á un rival que á la naturaleza, persuadieron al príncipe que su enfermedad provenia de algun maleficio. Paleólogo, indiciado, fué preso, encadenado y traido á los pies del emperador; pero en vez de abatirse por la desgracia ó amedrentarse por el peligro, se defendió con tanto brio y elocuencia, que Láscaris enternecido le abrazó, y le dijo: «Si eres inocente, te hago justicia; y si culpado, te perdono.» Po-

cos dias despues murió el emperador. Los soldados le echaron menos, el pueblo le olvidó, y ambas cosas merecia.

Habia casado dos de sus hijas con los caballeros latinos Mateo de Valincourt, y Guillermo, conde de Vintimilla. En el testamento entregó la tutela de su hijo y la rejencia del imperio á Jorje Musalon y al patriarca Arsenio, que gozaba de su favor y confianza. Pero antes de morir llamó á Paleólogo, á quien temia mas que amaba, y le conjuró que velase por la conservacion de su hijo. Paleólogo se lo afirmó con juramento, y ninguno fué violado mas cruelmente.

Musalon, encargado de la rejencia, y privado del apoyo de su difunto señor, temia el odio público que le amenazaba un fin desastrado. Mostrando una modestia tardía y aquella debilidad que aumenta siempre los peligros, convocó á los príncipes y grandes, y les rogó que le libertasen de un cargo demasiado gravoso para él. Paleólogo queria su muerte y no su retiro, y así empleó su crédito para que el consejo reusase la dimision del rejente. Todos elojiaron á porfia al enemigo que iban á inmolar. Nunca habian tomado los cortèsanos un lenguaje mas servil para disfrazar la venganza: el odio se puso la máscara de la lisonja, y Musalon, embriagado con el incienso, no vió el precipicio que se abria bajo sus pies.

[redacted] rejente hizo celebrar con gran pompa las ecsequias del emperador. Enmedio de la ceremonia se subleva un cuerpo de desertores latinos adictos á Paleólogo: á su frente se ponen muchos grandes, despojados en el reinado anterior de sus empleos ó mutilados por órden de Musalon: todos piden á gritos que se les muestre el nuevo emperador, todos finjen temer por su vida amenazada, decian, de un rejente ambicioso. Estos gritos escitan el furor del pueblo, pronto siempre á incensar á sus ídolos y á derribarlos. Corren á la iglesia: rompen las puertas; arrancan del altar á Musalon y á sus ermanos, y los degüellan, como tambien á todos sus amigos, y la tranquilidad no se restablece hasta que se sació la ira.

Delibérase despues acerca de la tutela vacante: pretendiánla los Làscaris, Tornicios, Cantacucenos, Ducas, Comnenos y otros personajes de familias ilustres; pero Paleólogo, cuya casa era muy noble desde el reinado de Romano Diójenes, y que des-

cendia por su madre de Alexio Anjel, la obtuvo á pesar de sus rivales. El temor de los soldados, que aun tenian la cuchilla levantada, le ganó los votos. Este príncipe, tan astuto como atrevido, reusó el onor que se le ofrecia, diciendo que no podia aceptarlo sin el consentimiento del patriarca: deferencia que le hizo amable al clero: el mismo Arsenio, que hasta entonces se habia opuesto á su eleccion, sacrificó su prudencia, su deber y su pupilo. Asegurado con los frívolos juramentos de Paleólogo, dejó de ver en él un enemigo del jóven príncipe, y de comun acuerdo se le confió la rejencia con el título de gran duque. Apenas fué dueño del erario, le prodigó para aumentar el número de sus partidarios. Despues de una finjida resistencia á sus deseos, aceptó la dignidad de déspota: quitóse la máscara cuando se vió en el segundo escalon del trono: desterró á los Láscaris, dió á su ermano el empleo de gran doméstico, y repartió entre sus parientes los primeros cargos del imperio.

Aunque insultaba á los grandes, tuvo miramiento con el pueblo, y le prometió la reforma de los abusos, siempre esperada y pocas veces conseguida. Miguel, ilustrado por su propia esperiencia, proibió por edicto los que se llamaban *juicios de Dios*, á saber: los combates singulares y la prueba del hierro ardiendo.

Era dueño del imperio, y solo le faltaba la corona para satisfacer su ambicion. En 1260, los grandes y el clero le proclamaron augusto y colega de Láscaris III, su pupilo. Los soldados le levantaron sobre el pavés, y el papa le coronó en la iglesia de Nicea: ceremonia que no se hizo con Láscaris; lo que era predecirle su triste suerte. El pueblo murmuró; pero Paleólogo le distrajo y entretuvo con espectáculos y juegos, y se hizo amar disputando en los torneos con feliz suceso los premios de la esgrima y de la carrera.

Toma de Constantinopla por los Griegos, y ruina del imperio latino en Oriente. — (1261) En Nicea recibió una embajada de Balduino, que prometia reconocerle por emperador de Asia, con tal que le cediese algunas plazas y provincias. Miguel, que reconocia su fuerza y la debilidad de su contrario, recibió con desprecio á sus enviados, y no sacaron de él sino respuestas irónicas.

«Esa ciudad, les decia, que me proponeis que os deje, es la patria en que nací, y no puedo cederla. En esotra provincia fuí gobernador por la vez primera. Aquella fué donde encontré asilo en mi destierro: en la otra tuve mi cuna: en ésta empecé la carrera de la milicia.» — «Pero en fin, ¿qué nos dareis?» le preguntaron los diputados. — «Nada, les respondió Paleólogo con altivez: si quereis la paz, pagadme un tributo igual á las rentas de las aduanas de Constantinopla; si no, tendreis la guerra, y no ignorais que sé hacerla.»

Esta respuesta terminó las negociaciones. Paleólogo, antes de atacar á Balduino, envió á Epiro un ejército que halló á los epirotas reforzados con las tropas del rey de Sicilia y del príncipe de Acaya. Dióse la batalla junto á Acrida: la victoria estuvo incierta por mucho tiempo; pero al fin el déspota, vendido por uno de sus hijos que huyó, cedió el campo á las tropas de Miguel: el príncipe de Acaya quedó prisionero, y toda Tesalia se sometió al emperador. Pero al año siguiente resarcieron los epirotas sus reveses, y vencieron á los griegos: Alexis Strategópulo, pariente y favorito del emperador, y condecorado por él con el título de césar, cayó en poder del déspota. Paleólogo, para lograr su canje por el príncipe de Acaya, asentó paces con el señor de Epiro. Libre de este cuidado, dirijió sus armas contra Constantinopla. Balduino, reducido á su capital, tenia bastantes soldados para defenderla, mas no dinero con que pagarlos. En esta estremidad mandó fundir el oro, el plomo y la plata de las iglesias y palacios; abrió un empréstito con los venecianos, y les dió á su hijo en prendas. Paleólogo, no detenido en su marcha por ningun ostáculo, atravesó el Helesponto, tomó á Selimbria, y fué recibido en triunfo por los abitantes de las cercanías de Constantinopla, que le aguardaban como á libertador. Asaltó el arrabal de Gálata, que los latinos defendieron valientemente; y cuando se preparaba á dar el segundo asalto, tuvo que pasar al Asia con motivo de otra invasion de los mogoles de Persia.

Estos feroces guerreros, despues de haber destruido bajo las órdenes de Hulacú, su rey, el imperio de los califas de Bagdad en 1258, avasallaron á los Seljiucides del Alrum. El sultan de Iconio, Azoddin, primero su tri-

butario y despues su esclavo, vino á pedir á Paleólogo un asilo y tropas ausiliares. El emperador le recibió con onor, prometió defenderle, faltó á su promesa, hizo negociaciones secretas con los tártaros y asentó treguas con ellos. Al mismo tiempo para apartar á los venecianos de Grecia, hizo alianza con los jenoveses, sus rivales y enemigos. Encendióse la guerra entre las dos repúblicas, y quedó privado Balduino de todo socorro. Miguel meditaba su ruina: una casualidad la aceleró. Habia enviado al césar Strategópulo con ochocientos jinetes mas allá del Bósforo para observar los movimientos de los búlgaros. Apenas se presentó en Tracia este cuerpo, todos los griegos que veian que era llegado el momento de su libertad, se unieron á él, y le formaron en breve tiempo un ejército de veinte mil hombres. Tuvo aviso de que Balduino, con aquella ceguedad que anuncia siempre la caida de los monarcas, acababa de enviar sus mejores tropas y la mayor parte de sus buques á cuarenta leguas de la capital, á sitiar la fortaleza de Dafnusio, situada en la costa del Ponto Euxino.

Aunque el césar no tuviese órden de emprender nada, esta noticia le inspiró el deseo y le dió la esperanza de inmortalizarse con una grande accion. Cubriendo cuidadosamente su marcha y ocultando su infantería en los bosques, se acercó á la caida de la tarde con poca caballería á las murallas de Constantinopla. Sus partidas le traen un griego anciano: pregúntale cómo pudo salir de la ciudad estando las puertas cerradas, y el griego le confiesa que ha salido por un subterráneo ignorado que servia de comunicacion entre su casa y los campos.

El atrevido césar, sin hacer caso de ningun peligro, entra denodadamente por el subterráneo; y mientras avanza por medio de las tinieblas, sus tropas acometen á las murallas. Los latinos, admirados de este ataque imprevisto, se llenan de espanto al ver á sus espaldas á los enemigos armados dentro de la ciudad. Los gritos *vivan los emperadores Miguel y Juan Láscaris* resuenan, y redoblan su terror. A estos gritos los abitantes griegos de Constantinopla responden con el de ¡LIBERTAD! Se sublevan, se arman atropelladamente, y la larga opresion hizo mas pronta y fiera la venganza.

Por todas partes se arrojan sobre los latinos, los desbaratan y auyentan. Balduino, sin oarar su caida con alguna resistencia, se embarca, abandonando para siempre su capital y su trono. Sin embargo, todo podia repa- rarse: perdido el emperador, aun quedaban recursos para salvar el imperio. En aquel mo- mento entraba victoriosa en el puerto la escuadra de Dafnusio: las tropas desembarcaban y se preparaban [redacted] combate; pero los soldados que uyeron con Bal- duino habian prendido fuego á la ciudad: los franceses, desani- mados con la fuga del monarca, los progresos del incendio, los gritos de los griegos y las impre- caciones del pueblo, vuelven á su escuadra, despliegan las velas y corren á llevar á Europa la noticia de la ruina completa del imperio latino de Oriente.

FIN DEL IMPERIO LATINO.

LIBRO DECIMOSETIMO.

SEGUNDO IMPERIO GRIEGO.

CAPITULO PRIMERO.

MIGUEL PALEÓLOGO Y JUAN LÁSCARIS III. ANDRÓNICO II Y ANDRÓNICO III.

Miguel Paleólogo y Láscaris III, emperadores. — Actos de barbárie de Miguel. — Guerra de Miguel con epirotas, venecianos y aqueos. — Traicion del sultan Azoddin. — Milicia de cristianos, bajo el nombre de mamelucos. — Conquista de Sicilia por Cárlos de Anjou. — Cruzada y muerte de san Luis. — Muerte de Balduino. — Deposicion del patriarca de Constantinopla. — Revoluciones en Bulgaria. — Asa, reconocido rey de Bulgaria por los mogoles del Kipzak. — Vísperas sicilianas. — Muerte de diez mil franceses. — Muerte del emperador. — Andrónico II, emperador. — Prision de Constantino Paleólogo y de Strategópulo el Jóven. — Tiranía eclesiástica de Atanasio. — Decadencia del imperio de los mogoles en Persia. — Principios de la monarquía otomana. — Guerra de Otman contra los griegos. — Victorias de Otman. — Espedicion de los aragoneses y catalanes en Oriente. — Batalla del Pactolo. — Asesinato de Rujiero y venganza de los catalanes. — Division de los catalanes. — Los catalanes dueños de Atenas, y los caballeros de san Juan, de Rodas. — Victoria de Tile contra los turcos. — Andrónico III, coléga de su abuelo. — Andrónico III reina solo. — Toma de Nicea por los otomanos. — Milicia de renegados cristianos, llamados Spahis. — Paz con los turcos. — Guerra con los búlgaros. — Victoria naval de Andrónico contra los turcos. — Muerte del emperador.

MIGUEL PALEÓLOGO Y LASCARIS III, EMPERADORES. — Apenas oyeron los latinos, se apresuraron los vencedores á enviar esta grande noticia á la residencia imperial de Ninfeo. Un griego mas lijero se anticipó á los demás, llega al cuarto de

Eulojia, ermana del emperador, y le cuenta el ataque y toma de Constantinopla y la fuga de Balduino. Eulojia pasa á decírselo á su ermano. Miguel no cree la noticia, ni puede persuadirse á que una ciudad tan fuerte, grande y populosa, defendida por tantos y tan valientes caballeros, haya cedido á tan poca jente, ni que ochocientos hombres enviados por él para un reconocimiento hayan derribado el imperio de los latinos. El correo no tenia cartas de Strategópulo. Miguel manda prenderle, le promete un magnífico premio si ha dicho verdad, y le amenaza con la muerte si su narracion resulta falsa.

Entretanto la noticia se confirma de un momento á otro: un mensajero trae pliegos de oficio, y presenta al emperador la corona, el manto y los ornamentos de Balduino. Entonces sucede á la admiracion una alegría universal: mientras mas inesperado era el triunfo, tanto mayor fué el júbilo de la corte, de los grandes, del pueblo y del ejército.

Enmedio del gozo público, solamente Tornicio, anciano venerable, calla, suspira y llora; y como todos se admirasen de su tristeza: «Yo veo, dijo, en el fausto acontecimiento que os alegra, el término de nuestros afanes; pero tambien el de nuestra gloria. La mansion en la capital, su lujo y sus placeres corromperán al emperador, afeminarán á los guerreros: un reposo vil sucederá á vuestra onrosa actividad: los turcos se apoderarán de las montañas, y yo preveo que al fin han de hacerse dueños de Constantinopla. Tal es la funesta suerte de los imperios: todos los bienes proceden de los campos, que dan á las ciudades riquezas y esplendor; y estas en cambio, no les devuelven sino vicios y calamidades.»

Mal recibidas fueron estas reflecsiones melancólicas de la razon profética por la incrédula vanidad. El tiempo no tardó en justificarlas. Miguel, dueño del imperio por un capricho de la fortuna, entró solemnemente en la capital conquistada, precedido en su marcha por una imajen de la Vírjen, que se decia pintada por san Lucas; y lejos de mostrarse en triunfo, atravesó la ciudad con los pies descalzos y sin ornamentos imperiales.

Los pueblos de Europa eran entonces sencillos y groseros, y no tenian mas diversiones que los banquetes y torneos. Los

griegos, cuando volvieron á sus palacios, los hallaron sucios y medio destruidos por la incuria de los francos durante el tiempo que los habian ocupado.

La fuga de los latinos causó en el imperio una revolucion completa: cada griego recobró las casas, bienes y eredades perdidas. Sin embargo, permanecieron en la ciudad muchos comerciantes de Venecia, Jénova y Pisa: cada nacion estaba protejida por un bailío ó un cónsul; pero se les sometió á una sobre vijilancia severa. Temíase un ataque de los franceses; y así el emperador se apresuró á armar escuadras, á aumentar el ejército y á reparar las fortificaciones de la capital. Inquieto por las murmuraciones del clero, restituyó el patriarcado á Arsenio, al cual habia depuesto, y para recompensar dignamente la feliz temeridad del césar Strategópulo, le permitió llevar una corona de piedras preciosas, y que se hiciese mencion de su nombre, despues del de Miguel, en las oraciones públicas de la Iglesia. El patriarca coronó segunda vez al emperador: mas ya los favores de la fortuna y la copa de la gloria habian embriagado al emperador. Está probado que cuanto mas se elevan los hombres, mas se apartan de la virtud.

Actos de barbarie de Miguel. —Ingrato y bárbaro, hizo quemar los ojos á su jóven colége Láscaris, y encerrarlo en el castillo de Dazibizdo, donde acabó sus dias. Este acto de crueldad indignó al pueblo; pero el dolor quedó enmudecido, porque la menor queja se castigaba como crímen de lesa majestad. El bárbaro Miguel mandó cortar la nariz á un jóven griego, llamado Holobolo, compañero de Láscaris desde su infancia, porque tuvo la imprudencia de manifestar pesadumbre en la ruina de su amigo.

Enmedio del público terror, solo el patriarca Arsenio se atrevió á mostrar valor y firmeza: convocó los obispos y les dijo: «Puesto que los príncipes, majistrados, ciudadanos y soldados reusan cumplir con su obligacion, cumplid la vuestra y vengad al emperador.» Como todos bajasen los ojos y enmudeciesen helados de temor, prosiguió:—«Nadie, pues, se atreve á cumplir el juramento que ha hecho. Mas yo no seré perjuro: yo levantaré sobre la cabeza del omicida la única espada que Jesucristo ha puesto en mi mano para separar lo justo de lo injusto.»

Y pronunció con voz fuerte la sentencia de escomunion contra el emperador.

Vencido ya Miguel, por su conciencia, se somete umildemente al anatema, suplica en vano á Arsenio que le reconcilie con el cielo, y ofrece poner la diadema á sus pies: el patriarca alarga la mano para recibirla. Irritado el emperador se retira y envia embajadores al papa Urbano IV, elijiéndole por árbitro entre él y Balduino, y pidiéndole que terminase el largo cisma de la iglesia oriental.

La conquista de Constantinopla no habia libertado al imperio griego sino de una pequeña parte de los peligros á que estaba espuesto. Los príncipes latinos en el medio siglo de su dominacion, le habian hecho eridas profundísimas é imposibles de sanar. Habia en Asia muchos señores, dueños de sus ciudades y opresores de los pueblos: las costas del Ponto Euxino obedecian al emperador de Trebisonda. El Epiro pertenecia á un déspota poderoso: los príncipes de Acaya y Tesalia, los duques de Atenas y Corinto dominaban en Grecia. El sistema feudal, contajioso para los grandes, habia mudado las costumbres y la suerte del pueblo. El tesoro estaba sin recursos, el ejército se reclutaba difícilmente: el servicio militar no era constante: habíase perdido hasta la memoria de la táctica y disciplina romana: el imperio no era mas que un coloso quebrantado, y solo la desunion de los enemigos retardaba su ruina.

Guerra de Miguel con epirotas, venecianos y aqueos. — (1263) El primer cuidado del emperador fué enviar un ejército á Epiro: Strategópulo, que lo mandaba, fué abandonado de la fortuna, vencido y preso. El déspota le entregó á Manfredo, rey de Sicilia y yerno suyo. Ana, ermana de este monarca, y viuda de Vatacio, era entonces cautiva de Paleólogo, que estaba perdidamente enamorado de ella; y como no sabia poner freno á sus pasiones, queria tomarla por esposa y separarse de su mujer Teodora, aunque tenia de ella siete hijos; pero en esta ocasion halló un ostáculo invencible en la firmeza del patriarca. Arsenio se opuso al divorcio, y Miguel, condenado á ser virtuoso, tuvo que enviar á Ana á Sicilia, recibiendo en canje á Strategópulo.

En este tiempo se sublevaron los abitantes de las montañas de

Nicée; pero un cuerpo de tropas enviado al Asia comprimió y castigó la sedicion. Entretanto Balduino, que sabia pedir mas bien que reinar, corria la Europa implorando la proteccion de los príncipes. Urbano IV los escortaba á una nueva cruzada. San Luis no pudo entonces prometer socorros: los venecianos se mostraban mas ardientes, armaban sus bajeles y embarcaban tropas.

Ville-Hardouin, príncipe de Acaya, cediendo á sus instancias y á las del papa, declaró la guerra á los griegos: Macreno, enviado contra él, le venció en muchos reencuentros; pero no tuvo otro premio de sus servicios que el disfavor de la corte y la pérdida de su empleo de camarero mayor.

Miguel, echado á perder por la fortuna, ecsijia de sus jenerales grandes conquistas, y estimaba derrotas las victorias medianas: sus negociaciones le fueron mas útiles que las armas. Prometió al papa reconocer su autoridad, y Urbano, satisfecho con esta sumision, abandonó la causa desesperada de Balduino, y proibió á los venecianos y al príncipe de Acaya continuar la guerra. Venecia, acostumbrada á la independencia, desobedeció. Jilberto Dandolo con una armada de treinta y dos buques derrotó á cuarenta y dos de que costaban la griega y jenovesa reunidas. Grimaldi, almirante de Jénova, quiso reparar este desastre, y fué vencido de nuevo. En fin, otra victoria decisiva que consiguieron los venecianos de los jenoveses junto á Trapano, los hizo dueños del mar. Paleólogo renunció á la alianza de los vencidos, y asentó con Venecia una tregua de cinco años.

Ville-Hardouin, príncipe de Acaya, perdido el apoyo de los venecianos, vió caer sobre sí todo el peso y todas las calamidades de la guerra. Miguel la venció, le hizo prisionero y le encerró en una torre donde falleció. Su hija casó despues con el hijo segundo de Cárlos de Anjú, rey de Sicilia, el cual logró con este matrimonio pretensiones al principado de Acaya.

El príncipe Juan Paleólogo, ermano del emperador, y guerrero ábil y valiente, devastó el Epiro: el déspota, vencido en dos combates, se sometió, murió á poco tiempo, y antes de espirar envió su hijo en reenes á Constantinopla. El emperador, segun el uso establecido por

los latinos, dió á los hijos de este príncipe títulos y feudos.

La Bulgaria permanecia sometida al usurpador Constantino Tech. El rey Mises, destronado por él, recibió del emperador como resarcimiento el gobierno de Mesembria y la Troade en feudo. Tech, escitado á la guerra por su mujer, ermana del desgraciado Láscaris III, marchó contra Miguel, y se apoderó de Mesembria, que le entregó el ingrato y cobarde Mises.

TRAICION DEL SULTAN AZODDIN. — (1266) Otro traidor, Azoddin, sultan de Iconio, que estaba refujiado en Constantinopla, movió por sus intrigas secretas á los mogoles de Europa á unir sus fuerzas con las del rey de Bulgaria. El emperador, ignorante de la perfidia, y engañado por la finjida amistad del sultan, fué atacado de improviso, derrotado y espuesto á caer prisionero. No habiendo podido llevarse en la retirada su tesoro, le enterró cerca de la costa, y algun tiempo despues volvió su escuadra para sacarlo. Asaltado por tantos enemigos esteriores, tenia además que luchar contra un adversario mas ostinado que todos: este era el indomable Arsenio, que continuaba negándole la absolucion. Cansado de su ostinacion, ganó á algunos obispos, convocó un concilio é hizo deponer al patriarca. La virtud y firmeza de Arsenio le habia adquirido muchos partidarios que le permanecieron fieles: su deposicion produjo un cisma, y los arsenitas fueron por muchos años un partido peligroso en la iglesia y en el estado griego.

El emperador, rodeado de enemigos belicosos, procuraba desunirlos; y para tener un apoyo contra los bárbaros, hizo alianza con Nogaya, jeneral de los mogoles de Europa, y con el sultan de Ejipto. El miedo á los latinos era entonces mas poderoso en los corazones de los griegos que el espíritu de la relijion, y aborrecian mas á los católicos que á los musulmanes. El poder de los sultanes de Ejipto era cada dia mas formidable por la milicia escojida de los mamelucos, ó jóvenes cristianos cautivos que enviaban de todas partes, pero señaladamente de Circasia; la cual adquirió por sus azañas y osadía estraordinaria celebridad.

Cada dia se debilitaba la fuerza de los cristianos en Oriente, y se aumentaba la de los musulmanes. La anarquía

del imperio, el lujo de la capital, la codicia de los grandes y las concusiones de los gobernantes oprimian y desalentaban á los pueblos: al contrario el yugo de los musulmanes les atraia con su dulzura y les tranquilizaba con la fuerza: sometiéndose á él se compraba la tranquilidad por un lijero tributo; y tomando el turbante se gozaban de todas las ventajas de los vencedores. El aumento rápido y prodijioso de las armas sarracenas, turcas y tártaras, era la prueba de los progresos del politeismo: todo prosperaba entre los conquistadores; todo iba en decadencia entre los griegos.

Las provincias imperiales de Asia carecian de abitantes y estaban llenas de ruinas. Los propietarios, oprimidos por impuestos, abandonaban sus propiedades al erario: las necesidades de la capital concentraban y cosumian las riquezas del imperio; y se iban verificando por instantes las predicciones funestas de Tornicio. Sin embargo, no le faltaba actividad á Miguel; pero el jenio mas vasto no hubiera quizá impedido la destruccion de aquel imperio. Nombró por patriarca á Jermano, obispo de Andrinópoli; no tardó en estar descontento de él, y dió el patriarcado á José su confesor, el cual echó al monarca la absolucion pública, y redobló con este acto el odio violento de los partidarios de Arsenio.

Conquista de Sicilia por Cárlos de Anju. —(1268) El fanatismo tramó una conjuracion contra Miguel: el mismo asesino que de órden suya habia muerto á Musalon, atentó contra sus dias. Este delito fué descubierto á tiempo y castigado.

En esta época emprendió la conquista de Sicilia el feroz Cárlos de Anjú, ermano de san Luis. Miguel intervino en esta guerra, y envió tropas á Manfredo, que á pesar de este socorro perdió la corona y la vida.

Muerte de san Luis.—(1270) Esta revolucion amenazaba al Oriente con nuevos peligros. El papa, aliado de los franceses, hizo un repartimiento eventual de los estados de Paleólogo entre Balduino y Cárlos de Anjú. San Luis acababa de desembarcar en Africa al frente de un poderoso ejército. Receloso el emperador que despues de lograda esta espedicion, que se dirijia contra Túnez, emplease el rey de Francia todas sus fuerzas á favor del imperio latino, aumentó su ejér-

cito, multiplicó las contribuciones para llenar su tesoro, y buscó alianzas. Al mismo tiempo envió embajadores al campamento de san Luis para apartar sus armas de los estados griegos; pero cuando llegaron á la playa de Túnez, encontraron al rey de Francia en los brazos ya de la muerte: Cárlos de Anjú tuvo que suspender sus proyectos de ostilidad, y dejó gozar al imperio de algun reposo.

Esta tregua pasajera fué turbada por la sublevacion de un sobrino del emperador, que imploró el ausilio de los tártaros, se unió con ellos á un hijo bastardo del último déspota de Epiro, y sublevaron una parte de Grecia. Juan, ermano del emperador, y su mejor jeneral, marcha al frente de cuarenta mil hombres contra los rebeldes, los derrota en muchos reencuentros, los persigue y dispersa. El bastardo de Epiro, rodeado por sus tropas, se escapa disfrazado de caballerizo, y se refujia en la corte de Juan de la Roche, duque de Atenas, que le da nuevos soldados.

Los imperiales despues de la victoria se entregaban con imprudente seguridad á los desórdenes del saqueo y la disolucion. El bastardo los acomete de improviso con los atenienses, hace en ellos terrible matanza, y los destruye casi enteramente. Juan se embarca con las reliquias de su ejército, y uye. Su derrota anunciaba una revolucion, y ya la consternacion y el terror dominaban en Constantinopla, cuando llegó la noticia de que Juan habia derrotado la escuadra veneciana, desembarcado de nuevo en Grecia, y sorprendido y auyentado á los rebeldes. No tardó en volver á la capital; pero su última victoria no le consoló del terrible desastre causado por su imprudencia. Avergonzado de su derrota, y mas severo con su falta, que agradecido el emperador á sus servicios, se castigó á sí mismo renunciando al título y á los ornamentos de déspota que Miguel le habia dado.

Poco tiempo despues casó el emperador á su hijo mayor Andrónico con la hija de Estevan V, rey de Ungría, le asoció al trono y mandó coronarle. El nuevo emperador se mostró bajamente envidioso de su tio Juan, y manifestó así cuán poco digno era del cetro: insultó y despreció á aquel ilustre guerrero, y todos sus cortesanos hicieron lo mismo, de modo que se podia creer hombre de mérito el que

fuese mal visto de Andrónico y de sus palaciegos.

Miguel, temiendo siempre la venganza de los latinos, creia asegurar su sosiego multiplicando alianzas, que el interés rompe con tanta facilidad como las hace. Casó una de sus hijas con el rey de los búlgaros: solicitó la amistad del krale ó *jefe* de los servios con presentes magníficos. Este príncipe bárbaro, al tiempo de recibirlos, hizo entrar á los embajadores griegos en el aposento de su nuera, que vestida de lana basta estaba ocupada en hilar. «Este es, les dijo, el adorno y diversion de las mujeres servias: los hombres no usan mas galas que las armas, ni tienen mas fiestas que los combates.» El emperador, entreteniendo siempre al papa con la esperanza de la reunion de ambas iglesias, logró que templase con su mediacion el ardor belicoso del rey de Sicilia. Habiendo dividido con sus negociaciones á los enemigos, atacó á los venecianos y jenoveses, y les quitó la isla de Negreponto. En esta época murió el príncipe Juan atormentado de los desaires que contínuamente sufria. En él perdió el imperio su fuerza, y su gloria el emperador.

Muerte de Balduino.—(1274) Los griegos fueron derrotados por el bastardo de Epiro. Balduino terminó su vida, notable solamente por infortunios, fugas y peregrinaciones. Arsenio murió el mismo año; pero su nombre continuó dominando en un partido numeroso, y su sombra aterró mas de una vez al emperador. En fin, este príncipe, no pudiendo vencer por la persuasion el fanatismo de los griegos, le acometió con la autoridad, y á pesar de la oposicion de una gran parte de su clero, envió embajadores al concilio de Lyon, donde en presencia de quinientos obispos, setenta abades y un gran número de sacerdotes y señores, se reunieron los griegos á la iglesia romana, reconocieron la supremacía del papa y repitieron tres veces con los padres del concilio estas palabras, que por tanto tiempo se habia disputado, y que eran un manantial inagotable de disputas: «El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo.»

Deposicion del patriarca de Constantinopla.—(1275) El patriarca José, que habia absuelto al emperador de un omicidio con tanta facilidad, no le perdonó que restituyese la paz á la

iglesia: se declaró contra la union y fué depuesto. Sucedióle Vecco.

REVOLUCIONES EN BULGARIA.—(1277) Una nueva revolucion estalló entonces en Bulgaria: Tech habia muerto, y la reina María adoptó al principio por sucesor á Venceslao, pariente de su esposo; pero descontenta de él, porque queria hacerse independiente, lo mandó asesinar y se apoderó del cetro. Este omicidio escitó una murmuracion jeneral: Lacánas, hombre del pueblo, inflama los ánimos, los incita á la rebelion, se pone al frente de los conjurados, derriba á María del trono, y se ciñe la corona. El emperador Paleólogo envió contra él á su yerno Azan, hijo de Mises, y entrambos rivales, despreciando el uno la proteccion y el otro la ira de Miguel, imploraron el ausilio de Nogaya, jeneral de los mogoles de Europa.

AZAN RECONOCIDO REY DE BULGARIA POR LOS MOGOLES DEL KIPZAK.—(1278) El tártaro los recibe con iguales onores, toma sus regalos, les da un banquete, se embriaga con ellos, se declara juez de su causa, adjudica la corona á Azan, y manda cortar la cabeza á Lacánas.

Azan, pasando súbitamente del terror á la alegría, salió con presteza de los estados de su temible protector, y entró victorioso en Bulgaria; mas no tardó en ser destronado por un rebelde llamado Terter, que se apoderó de la corona y la conservó.

VISPERAS SICILIANAS.—(1282) El papa habia reusado á Cárlos de Anjú el permiso de pelear contra Miguel; pero informado de la resistencia del clero griego á la reunion de las iglesias, se creyó engañado por el emperador, y le escomulgó. Desde entonces fueron inútiles todos los esfuerzos de Paleólogo para conservar la paz. Cárlos de Anjú, reunido con otros ambiciosos y aventureros príncipes latinos, marcha para derribar de nuevo el trono de Oriente, y acometen á Belgrado con poderoso ejército: los griegos acuden en socorro de la ciudad, y vencen y auyentan á los enemigos. Cárlos, que ya se creia dueño de la Grecia, volvió umillado á Sicilia. Desde la reconquista de Constantinopla no habia logrado Miguel un triunfo mas glorioso: algunos reveses, sin embargo, alteraron su júbilo. Andrónico fué vencido por los turcos que se apoderaron de Trálas; pero la fortuna, siempre favorable á

Miguel, le libertó de su mas peligroso enemigo.

Pasemos ya á hablar de las célebres vísperas sicilianas; y como se haya ecsajerado este hecho por los naturales y pintado con diversos colores por los franceses, conveniente nos ha parecido trasladar aquí el relato que hace el caballero Artaud, en su Historia de Italia, que indudablemente es el que creemos acercarse á la verdad, reservándonos despues hacer algunas reflecsiones, y siempre teniendo presente que es francés y que quiere dejar bien puesto el onor de su nacion; dice así:

«Cárlos de Anjú se hallaba pacífico dueño de Nápoles, la Palla y Sicilia, siendo senador de Roma á pesar del papa, gobernador de Bolonia y vicario imperial en Toscana, sin que emperador alguno le hubiese conferido este título, protector de los marqueses de Este, señor de muchas ciudades del Piamonte y soberano de Provenza. Cárlos habia reunido casi todos los dominios de Teodorico, y Roma se hallaba enclavada en su territorio.»

«No pudiendo Cárlos estender mas su imperio en Italia, donde se habia visto detenido por el mismo ostáculo que habia contenido á los lombardos, proyectaba una espedicion contra Constantinopla; pero Juan de Procida, natural de Salerno, al ver á Conradino desde el cadalso arrojar el guante, habia jurado que vengaria la muerte de este príncipe (1). Juan se refu-

(1) Por mas que hagan los escritores franceses para presentar á Cárlos de Anjú como un hombre contra quien no debieron armarse insidias y asechanzas para destronarle y matarle, si hubiera sido posible en la jornada sangrienta de las vísperas sicilianas, es indudable que lo merecia por su ambicion criminal, por sus villanías y por su atroz comportamiento con el jóven Conradino, de la casa de Suabia, y eredero de la corona de Sicilia, que usurpada le tenia Manfredo, su tio y tutor. Conradino tenia dieziseis años: púsose á la cabeza de varios cuerpos que formó, y encontrando cerca de Tagliacozzo á Cárlos, á quien el buen papa Clemente IV habia coronado por rey y á su mujer por reina de Nápoles y Sicilia, le presenta la batalla. Como jóven inesperto carga con precipitacion, cae en una emboscada, y es hecho prisionero y entregado á Cárlos. Veamos lo que dice sobre esto el historiador italiano Juan Villani. "Luego que Cárlos tuvo á Conradino en sus manos, resolvió que debia perecer haciéndole matar, así como á cuantos con él habian sido presos; por consiguiente, Conradino fué decapitado jun-

jió en los dominios de Constanza, hija de Manfredo y reina de Aragon, última sucesora de la casa de Suabia, con motivo de que Federico II en su testamento habia instituido por eredero de todos sus derechos de soberanía, en caso de morir sin hijos lejítimos, á Manfredo, su hijo natural. Procida fué acojido como amigo leal. Pedro III, llamado el Grande, esposo de Constanza, acababa de ser coronado solemnemente como rey de Aragon, y para indemnizar á Juan de sus derechos de señorío en la isla de Procida, en el golfo de Nápoles, trató de crearle baron del reino de Valencia. Procida, hombre dotado de tesen, anduvo buscando con ainco el modo de vengar la muerte de su señor; hizo dos viajes á Constantinopla (1) para inducir á Paleólogo á que ayudase á Pedro de Aragon enviándole sobre todo socorros de dinero; y efectivamente, aquel le envió treinta mil onzas de oro, que debian venir para acelerar los preparativos é invadir la Sicilia. Muchos autores han presentado los sucesos de Palermo como resultados de una violencia cometida por un francés con una jóven desposada, el lunes de Pascua de marzo de 1282: ocurrió en verdad en aquel mismo dia á

to con Federico, duque de Austria, en la plaza de Nápoles, al lado de un arroyo que corre por las inmediaciones de la iglesia del *Carmine*, sin permitir el rey que fuesen sepultados en lugar sagrado, y se les enterró en el mercado por estar escomulgados...... El papa, los cardenales y todos los hombres sábios, se quejaron amargamente de Cárlos, desaprobando aquella sentencia."

Los pormenores que da Ricobaldo de Ferrara acerca de la muerte del jóven Conradino, escitan en gran manera el interés y la compasion, y el odio ácia Carlos. Cuando le notificaron la sentencia, se hallaba en la cárcel jugando al ajedrez, y casi al momento le condujeron al suplicio. Así que se vió en manos del verdugo, se quitó él mismo la capa, y acordándose de la devocion y amor de su madre Isabel, que se oponia á que tan mozo empezase una guerra tan terrible, se arrodilló para orar, y levantándose despues, esclamó: "¡Oh madre mia! cuánto dolor va á causarte la noticia de mi muerte!" Volviendo entonces la vista ácia el jentío que estaba presente, oyó los sollozos del pueblo, y quitándose con arrogancia un guante, lo arrojó enmedio de sus súbditos y presentó la cabeza al verdugo.—El que recojió el guante fué el valiente Juan de Procida.

(1) Vestido de fraile franciscano, y otras veces de mendigo.

la ora de vísperas, una riña entre los franceses y palermitanos; pero esta riña, lo mismo que otras anteriores, no hubieran tenido ulterior resultado, á no haber ecsistido ya de antemano una terrible conspiracion, en la cual tenia parte Pedro de Aragon, muchos señores sicilianos y el emperador de los griegos: siendo cierto además, que el descontento de los sicilianos habia llegado á tal grado, que la menor chispa bastaba para pegar fuego á este incendio.

Sin embargo, este punto histórico no está bastante esclarecido: léase á Juan Villani, y se conocerá que desde mas de dos años se estaba preparando la conjuracion, que Procida debia hacer una señal cuando Pedro de Aragon se presentase en el mar, y hasta el momento en que este se hallaba con su escuadra en las aguas de Africa, no se hizo correr la voz de que una mujer habia sido insultada, por un francés en una fiesta pública, que *le genti erano tenere*, que *el pueblo era juicioso*, que toda la nacion estaba enconada contra los soldados de Cárlos, y que una vez empezada la batalla, continuó el degüello en toda la Sicilia, motivado por aquella conjuracion que se hizo universal.»

«Los italianos sin haber consultado bastante á Juan Villani, el padre de su historia, han dado casi todos á este orroroso acontecimiento la pintura que ha conservado hasta el dia. Me hago cargo de que el orgullo nacional se envanece con este recuerdo, que viene á ser una amenaza eterna contra los estranjeros que quieran invadir esa ermosa comarca, y que provoca estruendosos aplausos en el teatro de la península; pero nunca podré comprender cómo los historiadores estranjeros han tardado en descubrir la verdad que no podia hallarse en noticias sacadas casi todas de las crónicas enemigas. Cárlos cometió un crímen haciendo ajusticiar á Conradino; pero ni el Occidente ni el Oriente habian reparado en ello. Se supo que habia ecsistido un señor, natural de Salerno, que habia sido confidente de Federico II, y criado en aquella corte: que ese confidente de Federico, habia sido el amigo de su hijo Manfredo, príncipe dotado de brillantes prendas, y que este amigo de Manfredo, que habia sido el leal consejero del nieto de Federico, habia jurado vengar la muerte de sus dos últimos señores, muertos ambos por

Cárlos, el uno en el campo de batalla y el otro en el cadalso. Se supo asimismo que en España, ese mismo señor de Salerno, habia dicho á Pedro, rey valiente y ambicioso: «¿Es posible que no halleis arto estrecho ese Aragon, y que no trateis de reunir la Sicilia á vuestros estados?» que en Bizancio habia dicho á Miguel: «Cárlos pretende ser el sesto rey francés en vuestra capital: alargad dinero á Pedro para costear sus armamentos, y no perdereis vuestro reino.» De aquí se orijinó una conjuracion con mil intrincadas ramificaciones, confiada á descontentos gravemente ofendidos, y tramada á la vista de una autoridad crédula, presumida y mal guardada. Miguel derrama el oro, Pedro embarca sus tropas, Procida hace correr la voz de que una mujer ha sido insultada, y hé aquí á cuatro mil franceses (1) degollados desapiadadamente, no con el objeto de que Cárlos sea espulsado de Italia, pues que su hijo y su nieto reinarán todavía en ella, ni de que Conradino quede completamente vengado, sino para que Miguel pueda permanecer quieto en Constantinopla, y sea Pedro coronado rey de Palermo.» Hasta aquí el caballero Artaud, historiador francés arriba mencionado.

Ciertamente que no negamos nosotros que en el terrible acontecimiento de las vísperas sicilianas, no tuviese gran parte la política de Miguel Paleólogo y Pedro de Aragon; pero por mas que hagan los franceses, repetimos que no es posible dejar de culpar á sus paisanos por su conducta tiránica en un pueblo acabado de conquistar con una usurpacion inicua, por mas que ésta estuviese autorizada por el indigno Clemente IV, primero abogado y consejero del rey de Francia, casado, y despues de viudo, ordenado de sacerdote, electo obispo de Puy, arzobispo de Narbona, y promovido por último á la silla pontificia. La usurpacion de Cárlos fué escandalosa y el asesinato jurídico de los últimos reyes de la casa de Suabia, digno del cadalso. Y es bastante estraña la parcialidad de los señores Artaud y conde de Segur, que se olvidan de los derechos que tenia Pedro de Aragon al trono de Sicilia por su mujer Constan-

(1) Es natural que el autor quiera rebajar el número de los franceses muertos en aquella terrible jornada, pero jeneralmente se hacen ascender á unos diez mil en toda Sicilia.

za, hija de Manfredo, y de la parte que tuvo en aquel suceso el carácter violento de Cárlos. La moral se resiste á la conspiracion de Procida; pero si la traicion y el asesinato, dice el timorato traductor del conde de Segur, pudiesen alguna vez ser disculpables, los crímenes políticos de Cárlos, los escesos de los franceses, y la desesperacion de un pueblo, á quien además de su dinastía se le quitaban los bienes y el onor, bastarian á escusarlos; y la historia no debe omitir la narracion de las circunstancias atenuantes.

Veamos cómo se refiere la ejecucion de aquel suceso terrible. Llega el dia tercero de la Pascua: los sicilianos, sumamente irritados con el ultraje cometido en Palermo por los soldados franceses desonrando á una doncella noble, andaban revueltos y desasosegados: da la ora y el valiente Procida hace resonar su grito vengador: la campana que debia tocar á vísperas, toca á rebato: un alarido jeneral de MUERAN LOS TIRANOS!! se levanta por todas partes. Dánse armas al pueblo, y este asesina á todos los provenzales, unos en la iglesias, otros en las puertas, en las plazas, y muchos en sus casas. Aun las mujeres que suponian embarazadas de los franceses, no se libertan de la muerte. Los mismos sacerdotes y los frailes, cometieron barbárie semejante. La supersticion hacia mas atroz el odio nacional, como siempre en semejantes circunstancias acontece. Todos los que habia en la isla perecieron, escepto uno llamado Guillermo Porcelet, gobernador de una pequeña ciudad, en atencion á ser hombre virtuoso y de probidad jeneralmente reconocida. A este le dieron una embarcacion para que se restituyese con su familia á su patria.

Poco tiempo despues los sicilianos elijieron por rey á Pedro de Aragon, pues era el eredero. En vano el papa Martin IV, sucesor de Nicolás III, prelado francés adicto á la casa de Anjú, lanzó sus rayos sobre los pretendidos rebeldes; en vano el rey Cárlos recurrió á las armas: Pedro de Aragon se mantuvo sobre el trono de Sicilia, y los descendientes de la nieta del emperador Federico II, lo conservaron durante muchos siglos. El reino de Nápoles, la Romaña y la Marca de Ancona, quedaron á la casa de Anjú.

Muerte de Miguel Paleólogo. — En este mismo año, Juan Comneno, emperador de Trebisonda, abandonó la púrpura, y fué á someterse á Paleólogo. Libre este ya de la mayor parte de sus rivales, se dirijió á combatir al príncipe de Tesalia, acompañado de un numeroso refuerzo de tártaros que le envió el kañ Nogayo con la esperanza de botin, y que le causaba mas temor que confianza. Al llegar á los confines de Tracia, cayó enfermo y se retardó la marcha: los tártaros, impacientes de peles, y mas que todo deseosos de saquear, creyeron que la enfermedad de Miguel era un pretesto inventado por el temor. El príncipe, ya moribundo, tuvo que dejarse ver de ellos, y refutar la injusticia de quejas tan insolentes con el espectáculo de su agonía. Despues de este acto de debilidad espiró.

Miguel Paleólogo, elevado á la clase de grande hombre por sus azañas, y al poder supremo por sus crímenes, fué siempre valiente en la guerra, disimulado en la corte, pérfido en las alianzas, implacable en las enemistades. Sus vicios afearon sus grandes cualidades: la caida de la dinastía latina hizo célebre su nombre: levantó el trono de los griegos, mas no pudo levantar el imperio. La pobreza del tesoro le hizo cometer una de aquellas faltas irreparables que aceleran la ruina de los estados. Hasta su reinado estuvieron esentos de contribuciones los abitantes de los paises montuosos de Asia; y en recompensa de esta esencion, formaban una milicia temible, armada siempre, y encargada de defender su frontera. [redacted] emperador les quitó sus privilejios; y aquel ostáculo inespugnable que por tantos siglos detuvo la marcha de los persas, árabes, turcos y mogoles, desapareció. Allanado, por decirlo así, el monte Olimpo, se esparcieron como un torrente por el imperio los escuadrones otomanos, y lo destruyeron en breve. La reunion de las iglesias griega y latina no duró mas que la vida de Paleólogo. Apenas murió, Constantinopla volvió al cisma, y aun se dice que el odio contra Miguel llegó al punto de negar á su cadáver, no solo los onores debidos á los monarcas, sino tambien los que tributa la piedad al cristiano de mas abatida estraccion.

Andrónico II, emperador. — (1283) Andrónico, cuya ciencia y abilidad celebran los escritores eclesiásticos de Grecia, por-

que favoreció el cisma contra los católicos, era un príncipe débil, sin esperiencia y supersticioso. Asustado de los peligros que le rodeaban, y contra los cuales no habia mas remedio que la firmeza y el valor, era incapaz de formar y seguir grandes designios. En su reinado se undió el imperio por todas partes, como un bajel combatido de la tempestad sin piloto, cediendo á todos los vientos, y estrellándose contra todos los escollos.

Su primer cuidado fué alejar del imperio á los tártaros. Hizo la paz con Juan Ducas Comneno, príncipe de Tesalia, contra el cual deseaban pelear los bárbaros: cuya codicia satisfizo, enviándolos con una parte de sus tropas á la Servia para que la devastasen; teniéndose por feliz en alejar de su lado las armas que su timidez le impedia rechazar. Volvió á Constantinopla, cedió á las instancias de Eulojia, ermana de su padre, á la supersticion del pueblo y á las amenazas del clero: depuso al patriarca Vecco, restituyó á José, renovó el cisma y rompió la union con Roma. Terter, usurpador de la corona de Bulgaria, le amenazó con guerra: Andrónico hizo alianza con él bajo las condiciones que dictó el búlgaro.

El déspota de Epiro volvió á tomar las armas: la fortuna favoreció las de Andrónico: sus jenerales sorprendieron al déspota que se habia adelantado imprudentemente á reconocer el campamento imperial, le hicieron prisionero, y le llevaron á Constantinopla. Este príncipe, prefiriendo la muerte al cautiverio, puso fuego al palacio donde estaba preso, y pereció entre las llamas.

Murió el patriarca José, y le sucedió Jorje el cipriota. Entonces fué completo el triunfo de los arsenitas, é hicieron trasportar con gran solemnidad á Constantinopla el cadáver de Arsenio, que fué recibido por el pueblo con una veneracion que casi tocaba en idolatría.

El emperador casó en aquel mismo año con Irene, hija del marqués de Monferrato. Mientras que la corte se entretenia en fiestas y ceremonias, los tártaros amenazaron de nuevo á Tracia y Macedonia, y se presentaron en gran número en el monte Hemo. No hallando ningun ejército que les resistiese, la misma imprevision del emperador les inspiró una seguri-

dad funesta, y se espaciaron desordenadamente por la llanura. El gobernador de Mesembría, al frente de su numerosa guarnicion, salió una noche de la ciudad, cayó sobre ellos de improviso, y los destrozó.

PRISION DE CONSTANTINO PALEÓLOGO Y DE STRATEGÓPULO EL JÓVEN. —(1292) Libertado momentáneamente de todos sus enemigos, Andrónico recorrió las provincias del imperio, dando á sus ruinas el triste espectáculo del lujo y despotismo de su corte. Estando en Ninfeo, la viuda del césar Strategópulo faltó el respeto á la mujer de Constantino Porfirojénito, ermano del emperador, y este príncipe orgulloso la mandó erir con varas. El jóven Strategópulo, su hijo, queria vengarla. Andrónico, irritado por las murmuraciones de la corte, y al mismo tiempo asustado de la osadía de los dos príncipes, convocó el senado, acusó á su ermano de conspirador, y á Strategópulo del crímen de lesa majestad, y fueron condenados por un decreto á prision y á confiscacion de bienes.

Bajo los gobiernos débiles estalla la violencia de los partidos. Al patriarca Jorje sucedió Atanasio, sacerdote fanático, é implacable contra los católicos: gobernó la iglesia griega como un tirano, persiguió á todos los que habian favorecido la reunion ó sometídose á ella; y en todas partes, como en tiempo de las primeras persecuciones, se veian delatores, víctimas y suplicios.

El débil Andrónico autorizaba estas violencias; pero su mismo esceso les puso fin: la indignacion pública obligó al fogoso Atanasio á hacer dimision de su dignidad. El emperador, desengañado tarde, cayó en otro esceso, y fué aborrecer sin escepcion á todo el clero cismático. Decia: «Juzgo de todos por algunos, así como se juzga de la amargura del mar por la de una gota.»

Nada era constante en este príncipe móvil, sino el miedo. Pero siéndole preciso nombrar un patriarca, recayó su eleccion en Juan, hombre anciano, moderado y benéfico, que por algun tiempo puso fin á las disensiones. El emperador, con el designio de asegurar su tranquilidad, mandó coronar á Miguel, el mayor de sus hijos, y dió el título de déspota á Juan, que era el segundo. Su imajinacion tímida, anticipándose á los peligros, los aceleraba. Queria

que el patriarca escomulgase á los que no reconociesen al nuevo emperador: el sacerdote, mas prudente que el monarca, se negó á obedecerle.

Solamente la division de los enemigos del imperio retardaba su caida: este árbol sin raices solo esperaba un viento que le derribase. Nogaya, príncipe mogol, enviado por el kan del Kipzak á la orilla meridional del Danubio, se habia hecho independiente en los paises conquistados; pero Toctagu Kan, emperador de los mogoles del Kipzak, le hizo guerra, le venció y le dió muerte. Zacas, hijo de Nogaya, se escapó á Bulgaria con las reliquias del ejército vencido; y reuniéndose allí á un partido de descontentos, que obedecian á Venceslao, sublevó á los búlgaros, y logró la corona. Venceslao lo asesinó y pidió socorro á Andrónico, que envió á Azan con algunas tropas. Este arrojó del pais á los mogoles; y Venceslao, despues de haberse valido de su ausilio, peleó contra él, le venció y se apoderó del trono.

La autoridad imperial era despreciada aun en Constantinopla. Las escuadras venecianas y jenovesas se dieron combates en el mismo puerto; y el emperador, demasiado débil para reprimir esta osadía en que ambas repúblicas ultrajaban su dignidad, unió sus armas á los jenoveses: los venecianos fueron derrotados, y se vengaron poniendo fuego á la ciudad.

En esta época nació en las montañas de Bitinia una potencia formidable, que terminando las divisiones de los maometanos, conquistó el Asia menor, la Tracia, la Grecia, y destruyó en pocos años el imperio de Oriente.

Decadencia del imperio de los mogoles en Persia.—(1291) Los emperadores mogoles de Persia, cuya dinastía tuvo por jefe al célebre Hulacú Kan, el conquistador de Bagdad, estaba ya en su declinacion despues de tres reinados. Ganjatu Kan, su nieto, fué asesinado por los grandes de la monarquía que se hicieron dueños del poder, crearon y depusieron reyes á su arbitrio, dividieron la Persia en pequeñas soberanías, y estuvieron constantemente en guerra civil durante un siglo, hasta la conquista de este vasto pais por Timur Bek. Gazan, uno de estos efímeros monarcas, invadió á Siria al frente de un cuerpo de turcomanos ó carismios, que incorporados ya con los mo-

goles, talaron toda esta provincia, y saquearon á Jerusalen.

Al mismo tiempo estaba prócsimo á su ruina el imperio de los Seljiucides en el Alrum ó Asia menor. Gayateddin IV, por otro nombre Masud, hijo de Azoddin, sultan de Iconio, hizo el último esfuerzo para restablecer su monarquía subyugada por los mogoles de Persia. Reunió cuantas tropas le fué posible, atacó á Argun, rey de dichos mogoles, fué derrotado junto al Ponto Euxino, y voló con las reliquias de su ejército vencido á vengar su rabia contra Amur, ó Amerkhan, jefe Seljiucide, que se habia hecho independiente en el pequeño pais de Marmara, cercano á la Propóntide: derrotó á este príncipe, le degolló igualmente que á sus hijos, escepto á uno llamado Alí, que pudo escapar de la matanza. Este juró vengar á su familia, reunió bajo sus banderas un gran número de turcos, persiguió á Masud, le venció y dió muerte. En Masud acabó, propiamente hablando, la dinastía de los Seljiucides del Alrum; pues Kaicobad Aladdin fué mas bien que rey un fantasma, puesto por Gazan, rey de los mogoles de Persia, para tener sumisos á los turcos.

Principios de la monarquia otomana. — (1295) En el desórden y confusion que se hallaba el imperio de los Seljiucides, se hicieron independientes los jefes de las tribus turcas, y ocuparon las montañas del Asia menor, no defendidas ya desde el reinado de Miguel Paleólogo por las milicias griegas. Despues de largos combates entre todos los emires, dueños del monte Olimpo, y por consiguiente asegurados en la posesion del Alrum, repartieron entre sí las provincias y aun las conquistas que meditaban hacer. La Paflagonia tocó á Alí, hijo de Amur: Iconio á Ghermian: Castamon á Soliman bajá y á su hijo Ibrahim: la Misia á Calam: Magnesia á Sarcan: la Frijia á Caraman, que dió su nombre á la Caramania; y en fin, la Bitinia á Otman, el cual en poco tiempo fué el mas poderoso de los emires, usurpó sus posesiones, y muerto Kaicobad á manos de los mogoles, de cuyo dominio queria sustraerse, fundó la célebre dinastía de los otomanos que conquistaron á Constantinopla, y que reinan en ella todavía. Al fin del siglo XIII, en 1296, aprovechándose Otman de la afeminacion de los griegos, bajó del monte Olimpo con la furia

del rayo, y desplegó en Bitinia sus temibles banderas. Este torrente debió detenerse con el valor, y se le opuso no mas que la traicion.

Guerra de Otman contra los griegos. — (1298) El jeneral griego que mandaba en aquellos paises, convida al banquete de una boda á los oficiales turcos mas distinguidos con intencion de degollarlos, y principalmente con la esperanza de hacer prisionero á Otman: este descubre la traicion, disimula su enojo, acepta el convite, oculta cien guerreros en un bosque, y va á la boda acompañado de cuarenta soldados jóvenes disfrazados de mujeres. Enmedio de la fiesta, anticipándose al golpe que le preparaban, da la señal, acomete á los griegos, los mata y roba la novia, que fué despues mujer de su hijo Orcan y madre del famoso sultan Amurates. Desde este dia juró Otman aborrecimiento y guerra eterna á los griegos.

Sin embargo, la enerjia que los griegos habian mostrado durante el reinado de los latinos para recobrar su independencia, no estaba apagada enteramente en los ánimos, y otro príncipe que no fuese Andrónico, la hubiera empleado con mucha utilidad. Alexis Filantropeno detuvo los progresos de Otman, al frente de un pequeño ejército. Su actividad, denuedo y victorias le hicieron el terror de los turcos; pero los monarcas tímidos, rodeados de cortesanos envidian la gloria que no pueden adquirir, y temen mas á sus defensores que á sus enemigos. Por lo tanto desfavoreció á Alexis, y este que no pudo disimular su descontento, pidió su retiro. Atribuyóse á delito su dimision: acusósele de conspiracion: la injusticia produjo el peligro que afectaba temer, y el ejército indignado proclamó emperador á su jeneral.

Alexis, despues de resistir algun tiempo á los deseos de los rebeldes, aceptó el poder supremo, pero rehusó el título: este partido medio le fué peligrosísimo, como lo es siempre en semejantes circunstancias. Los cretenses, que servian en su ejército, creyeron que su oposicion encerraba el designio secreto de vender las tropas, y separarse de ellas cuando se le presentase la ocasion, y juraron su perdicion. Libadero, enviado por el emperador contra él, se adelanta para pelear: los cretenses prenden á Filantropeno

y le entregan á sus enemigos, que le privan de la vista.

Victorias de otman.—(1301) El mando de las tropas de Oriente fué confiado á Juan Tarcaniotes. Este jeneral reformó el lujo, restableció la disciplina en el ejército, y se mostró capaz por su valor y firmeza de defender el imperio; pero como era católico, fué mandado asesinar por el obispo cismático de Filadelfia. Así el fanatismo, la envidia, la debilidad y la traicion derribaban sucesivamente todos los diques que podian oponerse todavía á los progresos de la potencia otomana.

Andrónico esperaba mas de las alianzas que de las armas. Buscando protectores en todas partes, quiso dar á su ermana por esposa al kralo de Servia: la princesa, mas altiva que él, reusó la mano de un jefe bárbaro. El emperador le envió su propia hija, á pesar de la oposicion del patriarca Juan, que sin respeto á la dignidad de su soberano le censuró públicamente. Insultado por los sacerdotes, dominado por los cortesanos, y poco respetado de su familia, vió muy luego cismas en la iglesia, intrigas en la corte, murmuraciones en la capital, y desaliento en el ejército. Validos los turcos de estos desórdenes, corrian y talaban sin ostáculo las provincias mas opulentas del imperio. En esta calamidad ofrecieron sus armas al emperador dieziseis mil alanos; aceptó este socorro peligroso, y los bárbaros, mas atentos al botin que á las batallas, robaron indiferentemente á sus amigos y enemigos. Todos uian de los turcos, al mismo tiempo que una escuadra veneciana insultaba impunemente á Constantinopla. El amor de la patria y de la gloria habian perdido su imperio, la supersticion conservaba siempre el suyo: Miguel, hijo de Andrónico, cayendo gravemente enfermo, vió en sueños á la Virjen, que le indicó un fraile destinado por el cielo á salvarle la vida. Llamado el fraile á la corte, dió al príncipe un aceite con el cual se dice que curó; pero este aceite no fué remedio bastante para salvar el imperio.

Espedicion de los aragoneses y catalanes en oriente.—(1303) La suerte árbitra casi siempre de las cosas umanas, lé presentó un célebre guerrero que retardó su ruina. Rujero (1) de Flor, aventurero feliz, soldado intrépido, ambicio-

(1) Rojerio ó Rajiero.

so y lleno de audacia; fué al principio de su carrera templario, en seguida apóstata, luego jeneral distinguido en las tropas del emperador Federico II; y la guerra de los aragoneses contra los anjevinos en Sicilia acrecentó su fama y su fortuna. En aquel siglo de feudalismo, supersticion y caballería, ninguna potencia se gobernaba por principios fijos, ni se sostenia con ejércitos regulares: la guerra se reducia á invasiones, y á treguas los tratados. A pesar de algunos monarcas, tales como san Luis, la fuerza era el derecho, los pueblos nada, y el valor se estimaba en mas que las virtudes.

Mil ejemplos, antes y despues de las cruzadas, habian probado que solo la espada es la reguladora del destino de los imperios. Los reinos, principados y señoríos conquistados por los lombardos y normandos en Italia, por los peregrinos en Palestina y Siria, por los latinos en Grecia y el Archipiélago, presentaban un campo vastísimo á la osadía y á la ambicion. No habia novela eróica que no estuviese acreditada por la historia: cualquier jóven guerrero podia tener, sin parecer loco, esperanza de hallar en las espediciones militares mucha gloria y fortuna, y quizá un trono. En tiempo de paz solo algunos soberanos licenciaban sus tropas; pero en todas partes, y principalmente en Italia, habia una multitud de aventureros siempre armados, que ofrecian su sangre y su valor á los príncipes y á las repúblicas que querian servirse de sus espadas. Tal vez, cuando no estaban á sueldo de ningun estado, hacian la guerra por su cuenta.

Rujero de Flor, el mas atrevido de estos capitanes, reunió en Sicilia ocho mil entre aragoneses y catalanes, que ya eran gravosos al rey de aquella isla Fadrique de Aragon, hecha la paz con el rey anjevino de Nápoles, y pasó á socorrer á los griegos contra los turcos. Andrónico le recibió con los brazos abiertos, le concedió la dignidad de megaduque (gran duque), y le dió en matrimonio una de sus sobrinas. Estos favores escitaban la envidia de los cortesanos; pero el temor los reducia al silencio. Rujero justificó con brillantes victorias la confianza del emperador.

Batalla del Pactolo.—(1305) El emir Caramen tenia sitiada á Filadelfia: los catalanes le dieron batalla junto al Páctolo,

consiguieron la victoria y libertaron la ciudad. Rujero atravesó el Asia menor, arrollando á los turcos, y los venció en otra batalla dada en los desfiladeros del monte Tauro, que separan á Cilicia de Armenia. Su tropa, compuesta de hombres escojidos y probados en mil combates, sembraba el terror en los enemigos. Nada igualaba á la fuerza y ajilidad de los almugabares, nombre que se daba á la infantería aragonesa: cuando sacaban las espadas para entrar en batalla, golpeaban con ellas la tierra, y decian: *despierta hierro*; y este grito terrible anunciaba casi siempre la victoria. En poco tiempo estos ocho mil valerosos rechazaron á los otomanos, aseguraron las fronteras del imperio, y le dieron una sombra de tranquilidad.

La guerra habia probado cuán útiles eran los servicios de soldados tan valientes: en la paz solo se conoció su importunidad. Acuartelados en Gallípoli pidieron sus pagas: el emperador los llamó codiciosos: ellos con mas razon le llamaron ingrato: un pronto rompimiento fué el resultado de estas contestaciones; pero apenas los catalanes amenazaron, cedió Andrónico.

Asesinato de Rujero, y venganza de los catalanes.—(1306) Reconciliado Rujero con Andrónico, obtuvo el título de césar, y dióse el de megaduquo á Berenguer de Entenza, su lugarteniente, que acababa de llegar de Sicilia con un refuerzo. El jóven emperador Miguel, que envidiaba su gloria, marchó contra los búlgaros, y fué vencido. En el mismo año murió su ermano Constantino Porfirojénito, sin dejar recuerdos ni lágrimas. Los turcos volvieron á tomar las armas, y se apoderaron de Quio. Previendo Miguel que Rujero, objeto de su odio, hallaria en esta nueva guerra un aumento de elevacion y de fama, resolvió arruinarle, ocultó su infame proyecto bajo el velo de la amistad, le convidó á un banquete en la ciudad de Andrinópoli, y en él le dió de puñaladas. Los alanos, de órden suya, degollaron á los oficiales de su comitiva. Al mismo tiempo el pueblo de Constantinopla, sublevado por los ajentes de Miguel, y por sacerdotes fanáticos, mató á cuantos catalanes encontraba en las calles. El príncipe, temiendo con razon la venganza del ejército catalan, marchó á Gallípoli para atacarlo.

Aquellos valientes, aunque debilitados por tantos combates y matanzas, habian perdido su jefe mas no su osadía. «Compañeros, les dijo Berenguer: no os »asuste ni vuestro corto número »ni la gran multitud de los ene»migos. Los hemos salvado y »quieren destruirnos. No con»teis sus espadas sino sus mal»dades: acordaos de su timidez »y de nuestro valor: los ingra»tos son siempre cobardes. Su »imperio caía y lo hemos levan»tado. Libertamos el Asia y ven»cimos á los turcos; y ¿temere»mos á esas lejiones que uian »medrosas de ellos? Se lisonjean »de asustarnos: creen que al es»truendo de sus armas abando»naremos la playa y nos refujia»remos en nuestros navíos. En»gañemos su esperanza, conser»vemos á Gallípoli; y si al fin »nos resolvemos á partir, no sea »por lo menos sin haber tomado »de ellos terrible y merecida »venganza.»

El escuadron de éroes aplaudió este discurso, y enviaron á Constantinopla veinticinco diputados con el encargo de llevar un cartel de desafío á Miguel y á Andrónico. Fieles á las costumbres de su patria y á los usos de los caballeros, les propusieron un combate de diez contra diez, ó de ciento contra ciento, á su eleccion. Miguel respondió que él no peleaba sino al frente de un ejército. El débil Andrónico se disculpó acusando á su hijo de los omicidios cometidos, y representando umildemente que no habiendo tenido parte en el crímen, no debia tenerla en el castigo. Los griegos, lentos en el combate y prontos para el asesinato, dieron muerte á los diputados catalanes.

La venganza fué tan terrible como infame el delito. Berenguer entregó á las llamas toda la Propóntide: el príncipe Juan, hijo del emperador, marchó contra él, y fué vencido y destrozado su ejército. Otros enemigos, envidiosos de las riquezas conquistadas por los catalanes, se unieron para arruinarlos con los griegos. Doria, almirante de los jenoveses, imitando la perfidia de Miguel, dió un convite á Entenza en su navío y le retuvo prisionero. Los catalanes elijieron para sucederle en el mando á Rocafort: dió batalla á los griegos y jenoveses y les mató veinte mil soldados de infantería y seis mil de caballería. Miguel quiso reparar esta afrenta; pero su ejército uyó ápenas se vió delante de los in-

trépidos catalanes. El príncipe quedó solo con pocos valientes, y procuró cubrir de algunas ojas de laurel las manchas de su onor. Arrojóse enmedio de los enemigos, abrió paso con la espada y pudo llegar á la ciudad de Aspra, donde se encerró. Su derrota costó al imperio diez mil hombres de caballería y quince mil de infantería. La corte imperial castigada y vencida, pidiò la paz y no pudo conseguirla. Rocafort taló las cercanías de la capital, tomó el castillo de san Telmo, arruinó muchos fuertes, marchó contra los alanos, vengó en su sangre la muerte de Rujero y acometió á Andrinópoli; pero la fortaleza de la ciudad y su numerosa guarnicion hicieron inútiles los asaltos.

División de los catalanes.—(1308) Los jenoveses dieron otra batalla ausiliados por un cuerpo de turcos: Rocafort los venció y libertó á Entenza. Estos dos jefes, semejantes en el valor á los éroes de Homero, los imitaron tambien en sus disensiones. El ejército se dividió entre ellos; pero aunque separados por la emulacion de la gloria, el interés comun los unia. Convinieron en mandar ambos, y tomaron por colega á Fernando Jimenez de Arenos, que les trajo un refuerzo de tropas. Rocafort marchó de nuevo contra Constantinopla: Miguel, no atreviéndose á pelear con él, se retiró y se encerró en la fortaleza de Didimótica. La fama de los catalanes, sus espediciones contra los turcos, su querella con los griegos, fijaban la atencion de Europa y despertaban la ambicion de algunos príncipes. El infante Fernando, hijo del rey de Mallorca, y lugarteniente del de Sicilia, llegó á Gallípoli y solicitó el onor de mandarlos. Rocafort consintió en ello, á condicion de que se declarase independiente el rey de Sicilia.

Habia sucedido ya lo que no previó la envidia infame de los griegos. Mientras que deslumbrados por el odio agotaban en vano sus fuerzas para destruir á los catalanes, que hubieran sido apoyo firme del imperio, Otman estendia su dominacion en el Asia, tomaba á Efeso, y llevaba sus armas desde los muros de Nicea hasta las playas de la Propóntide. El ambicioso Miguel aceleraba la ruina del imperio, y su padre, encerrado en el palacio, solo trataba de sosegar las disensiones relijiosas, encendidas de nuevo por el patriarca Atanasio, restituido á

su silla, porque el emperador no pudo resistir á los gritos de sus partidarios. Tracia, devastada por los catalanes era un desierto: salieron de él; pero su partida fué tan funesta como su presencia. Antes de alejarse, desmantelaron todas las plazas, y destruyeron así las únicas barreras que podian contener á los turcos por aquel lado. Entraron despues en Macedonia: la discordia de los jefes se renovó, y las armas la decidieron: en la revuelta pereció Berenguer de Entenza. Este combate, donde mostraron todos su intrepidez y ostinacion ordinaria, enflaqueció sus fuerzas: el infante y Jimenez, cansados de las reyertas, se retiraron. Jimenez pasó á la corte del emperador, que le hizo megaduque y le dió en matrimonio una de sus sobrinas. El infante, menos feliz, fué preso en Negroponto por los franceses que sitiaban la capital de aquella isla. Rocafort, aborrecido de una parte de sus tropas, buscó un apoyo en Cárlos de Valois, señor de Negroponto y de otras tierras del imperio griego; estados que se formaron despues de la conquista de los latinos. Rocafort le juró vasallaje, y esta resolucion fué su ruina. Los catalanes, irritados, le prendieron y quitaron el mando, y así terminó la carrera de su eroísmo. Volvióse á Italia y murió en Nápoles.

LOS CATALANES DUEÑOS DE ATENAS, Y LOS CABALLEROS DE SAN JUAN, DE RODAS.—(1310) Los catalanes sitiaron á Tesalónica, y no pudieron tomarla. Carecian de jefes y de sueldo; y así ofrecieron sus servicios á Gautier de Brienne, duque de Atenas, que los aceptó y no tardó en arrepentirse de ello. Imitando la conducta de Miguel, despues que le sirvieron para recobrar algunos castillos que le tenian usurpados sus vecinos, quiso desacerse de su nueva tropa; pero la antigua que tenia, se pasó casi toda á los catalanes; el duque uyó y fué muerto en la fuga; los catalanes se apoderaron de sus estados, y se mantuvieron en ellos. Poco despues fueron reunidos al reino de Sicilia con el título de ducado de Atenas y Neopatria.

Al mismo tiempo llegaron al imperio otros guerreros no menos famosos, que defendieron algun tiempo sus ruinas. Despues de perdida la plaza de san Juan de Acre, los caballeros de san Juan, retirados á Chipre y mandados por Villaret, habiendo recibido socorros pecunia-

rios del papa, y algunos refuerzos de los cruzados franceses, se embarcaron, echando la voz de que iban á reconquistar á Palestina: dirijiéronse á la isla de Rodas, se apoderaron de ella y vencieron las tropas de Andrónico, que acudieron á quitársela. El terrible Otman los sitió; pero sus armas nada pudieron contra esta milicia relijiosa y guerrera. Rodas, ilustrada por su valor, fué durante muchos años el baluarte de la cristiandad.

VICTORIA DE FILE CONTRA LOS TURCOS. — (1317) Miguel emulaba en vano la gloria de los catalanes. Tenia mas ardor que talento: los turcos le vencieron de nuevo, y le obligaron á retirarse á Andrinópoli; pero un jeneral llamado File, mas dichoso que él, le vengó, y destruyó casi enteramente el ejército musulman que habia vencido al emperador.

La emperatriz Irene murió el mismo año: esta princesa codiciosa, altanera y vengativa, habia atormentado á su débil esposo, protejido á los intrigantes y dividido al clero: su muerte pareció un alivio de las calamidades públicas.

El pesar causado por una série continuada de infortunios, y el arrepentimiento tardío de las pérdidas que habia causado al imperio, terminaron la vida de Miguel á la edad de cuarenta y tres años. Su hijo Andrónico no mostraba todavia en su juventud las grandes cualidades que desplegó sobre el trono. Rodeado de cortesanos voluptuosos, estraviado por los aduladores, se entregaba desenfrenadamente á los esceses mas criminales. Zeloso de una cortesana, á quien amaba perdidamente, y sabiendo que un rival entraba de noche en su casa, encargó á tres flecheros cretenses que le diesen muerte. Su órden se ejecutó con arta prontitud; pero la casualidad entregó á las flechas de los asesinos una víctima que él no esperaba. Viendo aquellos acercarse un hombre ácia el lugar en que estaban apostados enmedio de la oscuridad de la noche, le dispararon las saetas. El infeliz cayó, los omicidas acudieron á despojarle, le reconocieron y vieron que habian dado muerte á Manuel, ermano del príncipe.

Irritado el emperador contra su nieto Andrónico, designó por sucesor al imperio á Miguel Cátaro, hijo natural de Constantino, el segundo de sus hijos, y proibió por un decreto á sus va-

sellos nombrar á Andrónico en los juramentos y oraciones públicos: al mismo tiempo puso al lado de su nieto un espía llamado Sirjiano, encargado de observar su conducta.

El infortunio, que es el mejor maestro de los hombres, abrió los ojos y mejoró el carácter del príncipe. Viéndose perseguido, se avergonzó de que se le antepusiese un bastardo: el onor despertó sus brios, renunció á los vicios y á la molicie, dejó el sosiego por el trabajo, y los placeres por la gloria, abandonó sus frívolos compañeros de disolucion, buscó un amigo digno de su aprecio y capaz de dirijirle, y depositó su confianza en Cantacuzeno, que á la sazon era gran doméstico de Oriente, y en quien admiraban todos la instruccion, los conocimientos militares y la onradez.

Esta eleccion y la severidad de su abuelo le ganaron muchos partidarios, á los que se reunió en secreto el mismo Sirjiano. Apoyado por ellos, se negó públicamente á reconocer al bastardo que le privaba de su erencia, y el kralo de Servia le ofreció socorros.

La debilidad del anciano emperador, y su sumision á los ministros, tan ambiciosos como ineptos, hacian temer la ruina prócsima del imperio: todos los amigos del príncipe querian que se privase de la libertad ó de la vida á aquel monarca sin carácter. «Jamás, dijo el príncipe, »autorizaré semejante crímen. »Víctima de una injusticia, sos»tendré mis derechos, pero sin »atentar contra la vida de mi »abuelo. Si levantase su espada »contra mí, uiré sin presentarle »la mia; y si me alcanza, sufri»ré sus golpes sin erirle. Ya sé »por esperiencia que la muer»te es preferible al remordi»miento.»

El emperador acusó á su nieto ante el senado por impío, ambicioso y dilapidador. Andrónico se defendió con una altivez modesta que confundió á sus acusadores. El emperador, admirado de su elocuencia, y vencido por su valor, bajó del trono, le abrazó y le prometió reconciliarse con él, si le entregaba los cómplices que le habian estraviado con sus consejos.

Andrónico se negó á hacerles traicion; y sabiendo que se trataba de prenderle, uyó con ellos á Andrinópoli, donde se aumentó con rapidez su partido. Los griegos tomaban las armas en todas las provincias, y se le reunian. No pudo contener su ar-

dor, y á pesar de su ostinada resistencia le obligaron á marchar á Constantinopla; pero siempre fiel á su deber, advirtió secretamente á su abuelo la violencia que le hacian, y la imposibilidad en que se hallaba de detener la rebelion.

El anciano Andrónico, temblando á la procsimidad del peligro, quiso abdicar, y prometió meterse fraile: el jóven príncipe le suplicó que conservase la corona, y no pidió para sí mas que una provincia. Un procedimiento tan jeneroso pudo terminar la disputa; pero el egoismo y la ceguedad de los ministros la prolongaron. Lograron calmar los temores del emperador, despertaron su ira, reunieron tropas, é hicieron condenar al príncipe.

Obligado Andrónico por este acto á elejir entre la muerte y el trono, cedió á los ruegos de sus amigos, sitió á Heraclea, la tomó por asalto, hizo prisionero á uno de sus tios, y derrotó las tropas de su abuelo, como tambien á un cuerpo ausiliar turco, cuyo socorro pidieron impudentemente los cobardes ministros.

El anciano emperador, umilde despues de la derrota, pidió la paz y una conferencia: esperaba ser tratado con rigor: el príncipe se presentó á él, se arrojó á sus plantas, y se sometió sin condiciones. El emperador le restableció en sus derechos, y le concedió una provincia, á la cual se retiró prontamente, no confiando mucho en las promesas que el miedo arrancaba á la debilidad.

No tardó en ser acometido en Didimótica, adonde se habia retirado, por un ejército numeroso de búlgaros. En vano llamó los griegos á las armas: afeminados y enemigos del peligro, lo aumentaron con su cobardía. Indignado de este abandono, y deseando morir ó vencer como caballero, pues no podia pelear como monarca, envió un cartel de desafío á Miguel, rey de los búlgaros. El bárbaro respondió: «Muy necio »seria el errero que tomase el »hierro encendido con la mano, »habiendo tenazas; y mas necio »seria yo, si me espusiese á las »casualidades dudosas de un »combate, cuando te tengo indefenso y rodeado de mis numerosos batallones. Mi razon »me obliga á no aceptar el desafío que tu cólera me ofrece.»

La situacion deplorable del eredero del trono era una cruel injuria para el imperio, y al

mismo tiempo un peligro inminente. El viejo Andrónico, á pesar de su flaqueza, lo conoció, é hizo vanos esfuerzos para que los grandes contribuyesen, haciendo algunos sacrificios de su lujo, al alistamiento de las tropas, y á los gastos de la guerra. Aquellos cortesanos corrompidos, que habian devorado las riquezas de la monarquía, fueron sordos á sus súplicas, y rebeldes á sus mandatos; y fué preciso comprar la paz de los búlgaros con un tributo ignominioso.

Los tártaros de Europa, animados por una debilidad que daba á todos los enemigos del imperio esperanza de conquistar sin ostáculo, y saquear sin peligro, invadieron á Tracia: sus talas despertaron en fin á los griegos, y el miedo les hizo tomar las armas. El jóven Andrónico se puso á su frente, y favorecido por el intrépido Cantacuzeno, marchó contra los tártaros, les dió batalla, los venció y auyentó, é hizo en ellos tan espantosa carnicería, que de ciento veinte mil que eran, solo veintiocho mil pudieron salvarse, atravesando á nado el Hebro: — los demás perecieron por la espada, ó aogados en el rio.

Este brillante triunfo impuso respeto al odio, y silencio á la envidia: el emperador, cediendo al voto público, asoció el vencedor al imperio. El nuevo augusto habia perdido su primera mujer, hija del duque de Brunswik, y casó en segundas nupcias con *Juana*, ermana del conde de Saboya, á la cual se dió el nombre de Ana en su coronacion.

ANDRÓNICO III, COLEGA DE SU ABUELO. — (1324) Mucho tiempo antes de esta época se manifestó entre los griegos el síntoma precursor de la ruina de los estados y de la disolucion de los pueblos. El egoismo político habia remplazado el amor de la patria: el interés privado triunfaba del bien público en esta nacion corrompida; y cuando el imperio, acometido por todas partes, caia bajo el poder de los turcos, y resistia apenas á los ataques de los búlgaros, á las invasiones de los tártaros, y á los insultos de las escuadrillas jenovesas y venecianas, los indignos sucesores de los romanos, lejos de reunirse todos para defender las ruinas de la patria, solo pensaban en disputar sus restos destrozados.

En el senado solo se notaba servidumbre, silencio ó adula-

cion; intrigas en la corte, en el clero discordias, conspiraciones en los grandes, en el ejército anarquía y sedicion, y odio y envidia en la familia real.

El viejo Andrónico, orgulloso, tímido, irascible y dominado, era menos capaz que otros emperadores de reunir y sostener en sus débiles manos el haz público quebrantado. Bajo su imperio todo amedrentaba á la virtud, todo daba esperanzas á la rebelion. Su sobrino Juan se sublevó, y obtuvo el título de césar: felizmente murió de allí á poco, y el estado se libertó de una nueva causa de turbulencias.

El jóven Andrónico y su amigo Cantacuzeno fueron los únicos que entonces se mostraron dignos de llevar el cetro y la espada. Cerca de Didimótica vencieron á un cuerpo de tropas otomanas: Andrónico, que cumplia igualmente las obligaciones de soldado y las de jeneral, tiñó con su sangre el laurel de esta victoria. Pero mientras defendia intrépidamente las fronteras del Norte, las del Mediodia quedaban espuestas á las armas de los turcos, y Otman estendia en Asia sus conquistas. Los jenerales y gobernadores de las provincias, en vez de pelear unian de su espada, y aun muchos tomaron el turbante: el pueblo imitaba esta cobardía y los vencidos aumentaban las fuerzas y las tropas de los vencedores.

Orcan, sultan de los otomanos.—(1327) La última espedicion del reinado de Otman fué la toma de Prusa, conquistada por su hijo Orcan. Otman murió en Jenizari. Zeloso por su relijion, tolerante de los demás cultos, caritativo con los pobres, terrible á sus enemigos, clemente con los vencidos y rijido observador de las leyes, llevó al sepulcro el amor de sus pueblos, y su memoria es tan venerada entre los turcos, que cuando un nuevo sultan sube al trono, le desean sus súbditos las virtudes y la justicia de Otman.

El aumento del poder otomano daba recelos á la Europa; pero la division de los príncipes impedia hacer esfuerzos eficaces para contener el torrente. Un veneciano llamado Zanuto, propuso en vano una nueva cruzada, dirijida á sostener y restablecer el imperio griego y no á desmembrarle: este proyecto no se puso en ejecucion: los monarcas de la cristiandad se contentaron con vanas amenazas y estériles demostraciones de dolor.

Miguel Plameringo, griego candiota, digno de mejor suerte, hizo un esfuerzo jeneroso para libertar su patria del yugo de los venecianos. Pero despues de un combate sangriento, en que fué vencido y abandonado, dijo á uno de sus sirvientes: «Córtame la cabeza y llévala al jeneral enemigo: me ahorrarás la »vergüenza de ser prisionero de »nuestros tiranos, y gozarás con »ellos del fruto de mi muerte.» El criado obedeció.

Así desaparecian los pocos hombres dignos de tener patria y de defenderla. El jóven Andrónico, aunque coronado, era siempre objeto del odio de los ministros de su abuelo, que envidiaban su gloria, y temian la capacidad que mostraba para reinar por sí mismo, y no dejarse gobernar de ellos. El gran logoteto y el protovestiario resolvieron derribar aquella barrera que se oponia á su ambicion. Dominaban al emperador anciano, y le movieron á desterrar al jóven, renovando contra él las antiguas acusaciones; y cuando quiso justificarse, recibió órden de no venir á la capital.

El gran doméstico Cantacuzeno escribió inútilmente al emperador, «que si se le oyese, »destruiria la calumnia con la »misma facilidad que se derri»ba la tela del insecto vil, »tejida en la oscuridad.» Las pasiones son sordas á la razon: nombráronse comisarios para juzgar á Andrónico. Acusábanle de haber obligado con amenazas al tesorero de la corona á darle cuatro mil monedas de oro. Andrónico probó que se le debian trescientas cincuenta mil: el patriarca defendió al acusado: su inocencia era evidente, y la comision no teniendo pretesto para condenarle, se vió obligada á absolverle. El odio impotente se convierte en furor: los ministros fomentaron la ira del príncipe: en vano Andrónico procuró aplacarle: se le privó de la corona, y se le confiscaron los bienes.

Obligado á defender sus derechos, su libertad y su vida, reunió tropas y declaró la guerra. Tesalónica fué su primer conquista: allí recibió una erida en el asalto, y sanó, dicen, milagrosamente, yendo en peregrinacion al sepulcro de san Demetrio; porque los pueblos creen siempre que los objetos de su afecto están protejidos por el cielo.

Despues se apoderó de Edesa: el kralo de los servios no quiso

declararse contra él. El ejército del emperador, mandado por Constantino Azan, le presentó la batalla que fué ostinada y sangrienta: al fin las tropas de los ministros fueron desbaratadas y puestas en uida. Andrónico lloró su victoria. «Las guerras civiles, decia, hacen las naciones semejantes á los frenéticos, que se muerden á sí mismos.»

Sin embargo, deseoso de poner fin á la calamidad pública, se aprovechó del terror que inspiraba, y se aprocsimó á la capital. Un ejército búlgaro marchaba en contra suya: escribió á su abuelo que se guardase de su pérfido aliado, que venia á quitarle el imperio y no á defenderle; y al mismo tiempo envió á decir al búlgaro que marchaba á vencerle y á devastar su reino. El bárbaro, asombrado de la osadía de Andrónico y de la prontitud de sus movimientos, hizo la paz, y se retiró.

El jóven vencedor no tardó en presentarse á las puertas de Constantinopla: prodigáronsele los insultos desde las murallas: un oficial, llamado Cabalario, le dijo las palabras mas injuriosas. Andrónico, despreciando esas armas de la debilidad, manda dar el asalto: sus tropas escalan los muros: toda la milicia de la ciudad se declara en su favor: la capital está ya en su poder, y la corte lo ignoraba. Llevan la noticia á Metocrito, que era el primer ministro: no quiere creerla, y no se desengaña hasta que el vencedor entró en palacio.

El emperador, que en su vejez no sabia hacer respetable ni su edad ni su desgracia, se postra á los pies de su nieto, y le pide la vida. «Respeta, le decia »llorando, estas manos que han »mecido tu cuna: esta boca que »te dió el primer ósculo: per»dona la sangre que fué orijen »de la tuya, y no rompas la ca»ña cascada por la tempestad. »Desconfia de la fortuna, cuya »inconstancia ves en mi ejem»plo: despues de una larga vida, »una misma noche me ve em»perador y vasallo.»

Andrónico, lejos de abusar de su victoria, se avergonzó de la umillacion de su abuelo, abrazó sus rodillas, y proibió á sus fogosos partidarios, sopena de muerte, atentar contra la vida del anciano ni faltarle al respeto. El primer ministro, animado por su moderacion, le hizo un largo discurso para justificarse. Andrónico le oyó sin impaciencia, pero con despre-

cio. El primer acto de su poder fué el restablecimiento del patriarca Isaias, que le habia defendido en su desgracia: el segundo una amnistía jeneral. Ninguno de sus enemigos probó su venganza.

Cabalario, que le insultó, se escondió en un subterráneo. Llamado á su presencia, cáyó convulso, y enajenado de terror dió golpes con la cabeza en el suelo. Andrónico mandó que le levantasen, y le dijo: «El espanto que te causa el suplicio que aguardas, me prueba que te haces justicia á tí mismo: conoces la ofensa, sabes la pena que mereces; mas no quiero darte otro castigo que el miedo. Sé en lo sucesivo mas prudente y respetuoso: yo te recibo bajo mi salvaguardia.»

El pueblo, que esperaba el suplicio del delincuente, supo con sorpresa su perdon; y un grito de admiracion premió la clemencia. Andrónico no finjia las virtudes: estaban en su ánimo, y guiado por ellas queria volver la corona á su abuelo; pero vencido por los consejos de Cantacuzeno, le dejó solamente los onores del trono, una pension considerable y un palacio magnífico. Si se ha de creer la narracion de Cantacuzeno, nunca fué permitido á un griego acercarse al emperador Andrónico II sin prosternarse. El historiador Nicéforo dice, que despues de su abdicacion sufrió muchas y frecuentes umillaciones. Estas dos relaciones opuestas pueden conciliarse diciendo que la bajeza ejecutó mal las órdenes de la virtud; y sin duda el anciano Andrónico halló mas ingratos entre sus antiguos aduladores.

Andrónico III reina solo. — (1328) A ser posible la salvacion del imperio, Andrónico III la hubiera conseguido; pero la actividad de un jóven no bastaba ya para restituir el vigor á un cuerpo decrépito y consumido: un buen príncipe no podia dar á los males del estado sino un alivio pasajero, semejante al que producen los cordiales en los moribundos.

A escepcion de Cantacuzeno y de un corto número de estranjeros, Andrónico era casi el único hombre de probidad en el palacio, y de valor en el ejército. No obstante, con tan mezquinos recursos despertó algunas centellas del antiguo brio con su ejemplo, y logró algunas victorias con su abilidad. Venció á los búlgaros, recobró muchas plazas, y los obligó á pedir la paz.

Su fama se habia estendido por Europa. Italia, destrozada por las querellas tenaces de los papas, de los emperadores de Alemania, de güelfos y jibelinos, de las casas de Aragon y Anjú, de las repúblicas de Jénova y Venecia, solicitaba unas veces su apoyo, otras su mediacion; pero el peligro que le amenazaba siempre de parte de los temibles otomanos, le impidió intervenir en estas contestaciones, ajenas ya del imperio griego. Además, si estas discordias le privaban de socorro, tambien le libertaban de temer nuevas invasiones de los príncipes latinos.

TOMA DE NICEA POR LOS OTOMANOS. — (1329) Orcan, sultan de los turcos, reunió todas sus fuerzas, y vino á sitiar á Nicea, que despues de perdida Antioquía, era la segunda capital del imperio. Andrónico pasó al Asia á defender esta ciudad. Cuando los ejércitos se avistaron, antes de dar la señal del combate, el emperador, siguiendo la antigua costumbre, hizo á las tropas este discurso: «Soldados, no olvideis la fama de los romanos, »señores en otro tiempo de la »tierra. Conservais todavia su »nombre: sostened su gloria. »Los triunfos que la fortuna ha »concedido á los bárbaros estos »últimos años, son castigo del »cielo, que debe servir para enmendar vuestras costumbres »y no para desanimarnos. Los »turcos se ocultan cuidadosamente en las montañas, cuando nosotros nos presentamos »con osadía en la llanura pidiendo el combate. Si son mas numerosos que nuestros soldados, »los superais en valor. La justicia de vuestra causa debe aumentar vuestra confianza: no »peleamos para conquistar, sino »en defensa de nuestro culto, »patria y libertad. Los enemigos »temen que nos aprocsimemos, »porque solo son formidables »desde lejos. Evitad sus saetas, »acometiéndolos rápidamente. »Lo que principalmente os encargo es, que en desbaratándolos, os detengais á mi voz. Ya »sabeis que el desórden os ha »quitado muchas veces el fruto »de la victoria.»

Los griegos respondieron con vivas y aclamaciones, y arremetieron impetuosamente. Los musulmanes cejaron al primer choque; pero los imperiales, indóciles á la voz de su príncipe, persiguieron sin prudencia á los enemigos y se dispersaron. Los turcos vuelven en masa, acometen por el flanco, y ponen en

uida á los griegos. El emperador, despues de muchos esfuerzos y azañas, vuelve á vencer y queda dueño del campo de batalla. Habia recibido muchas eridas, que le impedian mostrarse á los soldados. Cunde la falsa noticia de su muerte: un terror pánico y repentino se apodera del ejército, y como si la victoria dependiese de un solo hombre, se creen todos perdidos. En vano Cantacuzeno procura desengañarlos, detenerlos y reunirlos; se desmandan y dispersan. Los turcos ya vencidos, viendo que eran vencedores sin combatir, acuden en gran número, entran sin ostáculo en los reales abandonados, se apoderan del tesoro y de los equipajes y marchan á Nicea: el terror les abre las puertas, y la noticia de esta conquista anuncia al mundo la caida del imperio.

Los otomanos no eran entonces lo que fueron despues: dueños del Oriente, casi lo han convertido en un desierto. La barbárie, bajo el yugo de la ignorancia y del fatalismo, ha remplazado allí á la antigua civilizacion. Aora puede decirse que solo reinan sobre ruinas; pero cuando hicieron la conquista, sus primeros emperadores manifestaron mas abilidad y aun virtud que la mayor parte de los emperadores cristianos que cedian á sus armas.

Milicia de renegados cristianos llamados spahis. — Orcan aumentó el esplendor de su victoria con la prudencia ó sabiduría de su gobierno: dejó á los cristianos su culto, leyes y costumbres: ecsijió de ellos un pequeño tributo: nombró bajáes para gobernar las provincias y cadíes para sentenciar los pleitos. Aumentó sus fuerzas y los medios de vencer, creando un cuerpo de caballería escojida, compuesto de jóvenes cristianos, cautivos en su niñez, y de renegados: se les dió el nombre de spahis. Orcan tomó el título de sultan, y fijó en Prusa la silla de su imperio: la adornó con monumentos, y fundó ospitales en ella. Andrónico, desfavorecido por la fortuna, buscó una gloria menos dependiente de sus caprichos que la de las armas. Entregándose á los cuidados del gobierno, corrijió las leyes, reformó los abusos, disminuyó las contribuciones é hizo florecer la justicia. No pudiendo dar la victoria á su nacion, procuró al menos darle la felicidad.

Cantacuzeno, su ministro y

amigo, le ilustraba con sus consejos, y participaba de sus trabajos como habia participado de sus peligros. El emperador queria asociarle al trono; pero el ministro reusó un onor que sin aumentar su poder, aumentaría el número de los envidiosos de su mérito y su favor.

Los príncipes de Oriente parecian condenados á no gozar un instante de sosiego. Los jenoveses quitaron á los venecianos la isla de Quio, y Andrónico se la quitó á ellos: recobró á Focéa, hizo alianza con algunos emires, enemigos de Orcan, y destruyó casi enteramente un ejército otomano que habia desembarcado en Tracia.

Una enfermedad aguda interrumpió el curso de sus victorias. El emperador, viéndose al borde del sepulcro, reprendió á Cantacuzeno, porque su modestia dejaba el imperio sin jefe; y llamando cerca de su lecho á la emperatriz y á los grandes, les habló de este modo: «Tenia esperanza de fallecer con las armas en la mano: no es así la voluntad de Dios, que quiere presentar en mí un ejemplo notable de la instabilidad de las cosas umanas. Cantacuzeno es digno de mandaros: yo le dejo la autoridad suprema, y deseo que vuestros votos confirmen el mio.»

Tomando entonces la mano de la emperatriz, la puso en la de su amigo diciendo: «Mi esposa lleva un hijo en su seno: te confio la madre y la prole: su suerte y el imperio dependerán de tí desde hoy.»

Uno de los asistentes aconsejaba al emperador que dejase alguna parte de autoridad á la emperatriz su madre. Andrónico respondió: «Si es difícil que dos mujeres vivan en paz en una misma casa, ¿cuánto mas lo será que gobiernen juntas?»

Cantacuzeno recibió los juramentos de los grandes y del pueblo. Los cortesanos, casi siempre culpables de las arbitrariedades que aconsejan, y de las cuales son con frecuencia víctimas ellos mismos, pedian infamemente bajo pretesto de asegurar la tranquilidad pública, que se diese muerte ó se mutilase á Constantino, tio de Andrónico, preso á la sazon en Didimótica. Cantacuzeno, mas interesado que ellos en su ruina, determinó salvarle; y como temia que cometiesen alguna violencia, echó la voz de su muerte y le dió lugar para escaparse.

Andrónico, renunciando al

mundo, queria, segun la costumbre, dejar la púrpura antes de morir y tomar el ábito de fraile. La enfermedad hacia rápidos progresos: la palidez de la muerte cubria su elado rostro: no daba señales de vida, y ya se preparaban los funerales, cuando de repente, segun la narracion de Cantacuzeno, sale de su letargo, pide agua de una fuente consagrada á la Virjen, la bebe, recobra sus fuerzas, y sana completamente. Este esfuerzo de [illegible] naturaleza y la prontitud de la curacion parecieron milagrosos, asombrando á los ánimos de un pueblo dispuesto siempre, como todos, á creer en las fábulas y en los prodijios.

Paz con los turcos.— (1332) Restablecido Andrónico, volvió á tomar las armas, venció de nuevo á los turcos en Tracia, donde querian fijarse: se ligó con los búlgaros contra el kralo de Servia; pero sacó poco fruto de esta alianza, porque el rey de Bulgaria, cayendo en una celada que le pusieron los enemigos, fué vencido y muerto.

El sultan, cuyos ejércitos amenazaban al imperio por todas partes, sitiaba entonces á Nicomedia: Andrónico acudió á defender la plaza, y presentó [illegible] batalla á Orcan: este no tuvo por conveniente aceptarla, hizo la paz, y se retiró.

Este mismo año murió el anciano Andrónico II en un monasterio adonde se habia retirado. Este príncipe, que no tenia mas abilidad que la de arengar con elegancia, dejó una memoria vergonzosa. En su reinado se alteró la moneda, se aniquiló la disciplina, se abandonó la marina, crecieron en el palacio las intrigas, en las provincias las concusiones, y las fronteras quedaron en poder de los bárbaros.

Guerra con los búlgaros. — (1333) La emperatriz Ana dió á luz un hijo que se llamó Juan Paleólogo. El emperador, muy poco semejante á sus predecesores, dejó al pueblo que celebrase este fausto acontecimiento, y abandonó el circo por los campos de batalla. Receloso de los preparativos militares del nuevo rey de los búlgaros, marchó contra él, y pelearon: la victoria se disputó por mucho tiempo, hasta que los griegos, á pesar de los esfuerzos de Andrónico, se cansaron de combatir. Todo lo que pudo recabar de ellos el emperador fué que se retirasen en buena órden, que el rey, aunque vencedor, temiendo el tras-

ce de una nueva batalla, pidió la paz, y casó su hijo con una hija de Andrónico. Este año murieron la emperatriz madre, viuda de Miguel, y Felipe de Tarento, á quien Cárlos de Valois habia cedido sus pretensiones al imperio de Oriente.

Los progresos del poder otomano causaban justos temores á Europa. Andrónico, con el designio de interesar los cristianos en su causa, prometió la reunion de la iglesia griega. El papa Benito XII predicó una cruzada, cuyo jefe debia ser Felipe de Valois, rey de Francia. Todos los príncipes latinos ofrecieron servir en ella. Andrónico se cruzó el primero, alistó un ejército numeroso, aprestó una escuadra, y esperó con impaciencia los socorros del Occidente. Pero su confianza fué vana: las guerras de Venecia contra Jénova, y de Inglaterra contra Francia, rompieron la confederacion, y disiparon la última esperanza de los griegos. El emperador marchó á Albania que se habia sublevado, castigó á los rebeldes, y les quitó un gran número de bueyes, caballos y corderos. Al mismo tiempo sacudió Acarnania el yugo de los Commenos de Epiro, y se puso bajo la obediencia del emperador.

VICTORIA NAVAL DE ANDRÓNICO CONTRA LOS TURCOS. — (1338) La constante actividad del emperador parecia haber triunfado en fin de la inconstancia de la fortuna. Orcan, al frente de una escuadra numerosa, emprendió desembarcar cerca de Constantinopla: Andrónico le venció y destrozó su ejército y armada. Este fué su último combate. Vencedor de sus enemigos, se halló rodeado en sus últimos dias de intrigas cortesanas. Apocauco, uno de sus ministros, útil por su talento, y peligroso por sus vicios, procuró por medio de la calumnia arruinar el fiel Cantacuzeno: sus ajentes pasaron adelante, y formaron una conspiracion contra la vida del emperador: Andrónico descubrió la trama, supo quiénes eran los conspiradores, y los perdonó. La debilidad de sus fuerzas le anunciaba su prócsimo fin, y persuadió de nuevo á Cantacuzeno á que ciñese la diadema: el ministro desobedeció á sus últimas órdenes, obedeció las de la emperatriz, y dobló la guardia del eredero del trono.

Andrónico dejaba tres hijos y tres hijas. Una muerte tranquila terminó su brillante carrera. Su constitucion era débil, y su cuerpo delicado: nada era fuer-

te en él sino el ánimo. Fué valiente soldado, jeneral ábil, príncipe clemente, económico, enemigo de la etiqueta, y dueño de sus pasiones. En su juventud se entregó demasiado á los placeres: mas tarde solicitó la gloria; y en su edad madura se dedicó á cimentar la felicidad pública sobre la observancia de las leyes, y el mantenimiento de la justicia.

Digno de mejor siglo, fué como un noble monumento que recordaba la antigua gloria del imperio, y que aun brillaba entre sus ruinas.

Antes de reinar, lamentando la pérdida de tantas provincias conquistadas por los bárbaros, esclamaba muchas veces: «¡Cuán diverso es mi destino del de Alejandro! El hijo de Filipo lloraba porque creia que su padre no le dejaría nada que conquistar: yo tengo mas motivos de llorar, porque mi abuelo no me dejará nada que perder.»

CAPITULO II.

JUAN PALEOLOGO I Y CANTACUZENO.

Rejencia del ministro Cantacuzeno. — Sus victorias. — Alianza de Cantacuzeno y Orcan. — Entrada de Cantacuzeno en Constantinopla. — Guerra con los servios. — Guerra con los turcos. — Guerra con los jenoveses. — Abdicacion de Cantacuzeno. — Juan Paleólogo reina solo. — Conquistas de Amurates I en Tracia. — Creacion de los jenízaros. — Batalla de Andrinópoli. — Conquistas de Amurates en Acaya y Peloponeso. — Juan Paleólogo, vasallo de Amurates. — Conquista de Tesalónica por los turcos. — Rebelion de los hijos del emperador y del sultan. — Conspiracion de Andrónico. — Juan vuelve al trono. — Batalla de Casovia. — Azañas de Bayaseto, hijo del sultan. — Muerte del emperador.

Rejencia del ministro Cantacuzeno. — (1341) Pocas mujeres son capaces de gobernar, pero todas lo quieren. La emperatriz Ana unia la debilidad de su secso al orgullo de su rango, y veia con disgusto el poder en manos de Cantacuzeno por la última voluntad de su marido. El ministro Apocauco, que tenia el empleo de protovestiario, y el patriarca, entrambos enemigos del rejente, fomentaban contra él la envidia de Ana. Las pasiones bajas de los grandes de la corte no les permitian atender al bien del imperio. El palacio se convirtió en un teatro de intrigas que dejeneraron, por utilidad de los otomanos, primero en querellas escandalosas, y despues en guerras civiles: todos combatian con sus rivales de ambicion, y nadie se acordaba de los enemigos del estado. El patriarca queria el primer lugar en el consejo, porque, segun decia, «la iglesia debe gobernar en el imperio como el alma en el cuerpo.» Cantacuzeno, sobradamente político para ser cortesano, aumentaba con su firmeza todos los odios. Destruyó

la esperanza de los ambiciosos, confirmando en sus destinos á todos los funcionarios públicos nombrados por Andrónico; de modo, que á pesar de la costumbre, una mudanza de reinado no alteró los destinos.

La justicia irritaba á los viciosos, sus reformas á los interesados en los abusos, su severidad á los soldados enmuellecidos é incapaces de sufrir el yugo de la disciplina. Los estranjeros aumentaron estas disensiones para aprovecharse de ellas. El rey de Bulgaria ecsijió que se le entregase un príncipe de su misma nacion que se habia refujiado en Constantinopla. El consejo de la emperatriz, dirijido por la cobardía, tan comun en la decadencia de los imperios, no atreviéndose á negar, eludia la peticion, y queria ocultar al príncipe en una iglesia para oponer á las reclamaciones del búlgaro la inviolabilidad del asilo.

«¿Creeis, dijo entonces Cantacuzeno, que un rey, para quien no hay mas justicia que la fuerza, respetará vuestro derecho desagrado? Si lo creeis, encerrad tambien en santa Sofía vuestros rebaños, vuestros caudales y todas las riquezas del imperio. Si persistis en una política falsa y cobarde que solo escita el desprecio, renuncio desde aora á todos mis empleos. Ni puedo ni quiero mandar á hombres que no saben ni defender á sus amigos, ni pelear contra sus enemigos.

La emperatriz le rogó que conservase la autoridad, y le prometió una confianza sin límites. «Mejor harías, le respondió, en dejarme gozar del »sosiego que apetezco: si me lo »niegas, voy á decirte lo que »sucederá infaliblemente. La »justicia de mi gobierno me »granjeará muchos enemigos: »tú les darás oidos: me espondrás á su furor; y para no ser »su víctima, tendré que defenderme con las armas, conmover el imperio y cubrir mi »cabeza con la diadema que he »reusado dos veces.»

Asustada la emperatriz de los peligros que la amenazaban, procuró disipar sus sospechas con protestas de afecto, impuso silencio á sus rivales, y le confió de nuevo un poder absoluto. Cantacuzeno, obligado sin ser convencido, obedeció y conservó las riendas del gobierno. Respondió con altivez á los embajadores búlgaros, y reusó entregarles el príncipe Sisman. Declaróse la guerra: el rejente

queria que se coronase al niño emperador: la emperatriz se opuso á ello, dando por pretesto que la solemnidad de la coronacion y las fiestas públicas que la acompañaban, no convenian á la tristeza de una viuda; pero la oposicion fué dictada por los enemigos de Cantacuzeno, temerosos de que esta nueva prueba de lealtad, dada por el rejente al príncipe, reconciliase con el pueblo al enemigo que deseaban arruinar.

Cantacuzeno marchó al frente de un ejército contra los búlgaros, y los obligó á pedir la paz: revolvió despues contra los turcos y los venció: hizo alianza con los servios, y meditaba la conquista de Atica y Peloponeso; pero el odio activo de sus rivales suspendió tan grandes designios. Habian formado una conjuracion para apoderarse de la persona del emperador y del gobierno: el jefe de ella era Apocauco. Fué descubierta, y con jenerosidad mas noble que política perdonó el rejente á los culpables. Lejos de agradecer esta clemencia, redoblaron sus esfuerzos para perderle. Azan Andrónico, su suegro, se reunió á ellos con casi todos los príncipes y grandes: continuamente rodeaban á la emperatriz y calumniaban á Cantacuzeno, diciendo que queria apoderarse del trono, y desterrar á ella y á sus hijos á un claustro.

Ana era débil, y aunque al principio despreció estas calumnias, poco á poco les fué dando crédito: el miedo la hacia crédula: cediendo á los finjidos temores de sus cortesanos, aumentó su guardia y confió á Apocauco el gobierno de la capital. Este, en lugar de conservar el órden, esparció con falsas alarmas la turbacion y el terror: la plebe, amotinada por sus emisarios, robó la casa del rejente. Cantacuzeno, acusado públicamente, pedia que se le juzgase, mas no se le concedió: un decreto imperial le desterró, le privó de sus dignidades, y proibió á todas las ciudades del imperio darle acojida; —de este modo el apoyo mas firme del estado fué declarado enemigo público.

Sale de la capital, reune sus partidarios, y les recuerda su fidelidad probada por sus servicios, y su desinterés demostrado por haber reusado dos veces el cetro y por el sacrificio de sus bienes en las urjencias del estado. A nadie habia quitado la vida ni la libertad: ninguna violencia suya habia escitado la in-

justicia que le perseguia. El furor mismo de sus contrarios no le daba deseos de otra cosa sino del descanso; pero antes de entregarse á él, queria que su justificacion lo hiciese onorífico. «¿Qué ceguedad es la tuya? esclamaron entonces sus amigos: »pides jueces, y no hallarás sino verdugos. Nosotros abandonados por ti pereceremos á »manos de Apocauco; ó lo que »es peor, seremos sus esclavos. »Solo la corona puede libertar »tu cabeza y las nuestras. Andrónico te la ofrecia: obedece su voluntad, y tómala.»

Cantacuzeno, hombre militar, cuya vida, libertad y onor estaban amenazados, se defendió mal contra estos consejos, y pareció ceder á ellos, cuando quizá solo cedia á su resentimiento. «Lo ecsijís, les respondió: yo me »rindo. Pero no olvideis que la »victoria está en la union. El »piloto es inútil, si los marineros se dividen, y en el naufragio todos perecen.»

Un obispo coronó á él y á su esposa Irene en la ciudad de Didimótica. Su proclama demostró que no era su designio, al tomar el cetro, privar de él al hijo de su bienechor; porque en este acto tuvo cuidado de insertar los nombres de Ana y de Juan antes del suyo. Algunas personas tímidas y el mismo obispo que le habia coronado, le aconsejaron que obrase con mucha prudencia, ecsajerando las fuerzas y la abilidad de Apocauco. «¿Qué puede un huevo contra una piedra?» respondió Cantacuzeno. — «Tus palabras me prueban, dijo el prelado, cuán dificilmente se libra la virtud del orgullo.» — «¿Y acusaréis de orgullo á un leon, replicó el príncipe, porque se crea mas fuerte que un ciervo?»

Siempre fiel á la memoria de Andrónico, en la ceremonia de su coronacion no tomó la púrpura, sino se presentó con vestido blanco que era el color de luto entre los griegos. Su primer cuidado fué el de organizar con prontitud un buen ejército. Antes de pelear pidió la paz: sus enviados recibieron todo jénero de injurias, se les cortó el cabello, fueron encadenados, paseados en asnos y azotados. Ana desaprobaba estas violencias: conocia, aunque tarde, que la habian engañado, y llegó á decir, que «el único remedio de los males públicos era conceder á Cantacuzeno el título de emperador; pues habia ejercido tantos años el poder supremo sin abusar de él.» Pero los

enemigos de Cantacuzeno la espantaron para dominarla, y la amenazaron que entregarian la capital á los búlgaros y á los venecianos, si los abandonaba. Ana tembló, enmudeció, y dejó comenzar la guerra civil.

El patriarca coronó al nuevo emperador Juan. Apocauco logró el título de gran duque, y la madre de Cantacuzeno fué encerrada en una prision donde murió. Andrinópoli se declaró contra él, y su suegro tomó las armas en Tracia á favor de los enemigos; pero el kralo de Servia le ausilió con el designio de prolongar las turbulencias del imperio.

Victorias de Cantacuzeno. — (1342) Apocauco atacó á su enemigo con un ejército, del cual uyó una mitad, y la otra fué vencida. Cantacuzeno, vencedor, se apoderó de Tesalia; pero estando alejado de Didimótica, su mujer Irene, que habia quedado en esta ciudad, supo que un cuerpo numeroso de tártaros inundaba á Tracia; y deslumbrada por el miedo, cometió la imprudencia de llamar en su socorro á los búlgaros, los cuales acudieron mas bien con la intencion de arruinar el imperio que de socorrerla.

Una nueva guerra que los jenoveses declararon á los tártaros del Kipzak, que les habian quitado la plaza de Cafa en Crimea, cedida á la república por los emperadores de Oriente, hizo que los mogoles evacuasen á Tracia, y al mismo tiempo, por una feliz casualidad, los búlgaros, poseidos de un terror pánico sin peligro que los amenazase, se retiraron á su pais.

Cantacuzeno tomó á Berea. Apocauco, que sabia mejor el uso del puñal que el de la espada, proyectó librarse de Cantacuzeno con un omicidio, y pagó un asesino, el cual, habiendo perdido tres veces la ocasion de dar el golpe, creyó que su víctima era protejida por el cielo, se postró á sus pies, y le rebeló las órdenes que habia recibido.

Amir, jefe otomano que se habia hecho independiente en Smirna, y amigo de Cantacuzeno, le trajo tropas ausiliares. Reunidos sus ejércitos, pasaron la gran muralla de Cristópolis, y ofrecieron la paz á la emperatriz, que la negó por debilidad, aunque convencida de la necesidad de aceptarla.

Por esta época era tambien teatro de revoluciones el imperio de Trebisonda. Basilio Comneno, su jefe, no habia dejado

al morir sino hijos naturales. Su viuda los desterró, y llamó al trono á Andrónico el jóven, de la misma familia, y que habia pasado muchos años en el destierro. Estaba entonces en el ejército de Cantacuzeno, que le dió licencia para partir. Subió al trono, cayó, volvió á subir, y quedó en fin dueño absoluto de aquella endeble monarquía. No descuidaba Cantacuzeno por su causa personal la defensa de la patria. Peleó con buen écsito contra las tropas de Orcan: en otra batalla se escapó de entre mil turcos que le rodeaban, haciendo prodijios de valor; marchó despues contra el rey de los búlgaros, lo venció y le concedió la paz. Sus victorias y los reveses de Apocauco comenzaban á producir en la capital una viva impresion sobre los ánimos de los grandes, que finjen con arta frecuencia ver la justicia en el partido que favorece la fortuna.

Muchos de ellos formaban ya votos por la paz; pero el ostinado Apocauco incitaba la muchedumbre y obligaba la corte medrosa á continuar la guerra. Entonces escribió Cantacuzeno á este ministro insolente algunas cartas que prueban que los griegos de este tiempo no conservaban de los éroes de Homero mas cualidad que la grosería. «En tu juventud, dice en »una de ellas, eras cobarde co»mo una liebre. Aora que eres »viejo, aparentas ser fogoso co»mo un jabalí; pero aunque »siempre eres pérfido y embus»tero, se te ha escapado una »verdad. Dices que te conozco »muy bien, y tienes razon. Te »saqué de la nada y te elevé: »desarmé veinte veces el enojo »de Andrónico que queria darte »castigos merecidos. Despreciando tus injurias, me he servido »mucho tiempo de tu capacidad »para el trabajo, como se hace »uso de una bestia de carga. »Te debo sin embargo un cono»cimiento que me faltaba; pues »me has hecho saber hasta qué »grado de bajeza y de ingratitud »puede envilecerse un hom»bre.»

Alianza de Cantacuzeno y Orcan. — (1345) Una de las mayores desgracias de las discordias civiles, es degradar á veces los caractéres mas nobles, y esto lo prueba tristemente la carta anterior y algunas de las acciones de Cantacuzeno. Asoló sin piedad las cercanías de Constantinopla, perdonando solamente á los prisioneros, que trató con umanidad. Orcan, atento á las

discordias del imperio, era dueño pacífico de Bitinia y Paflagonia, y ofreció á Cantacuzeno su peligroso ausilio. [redacted] nuevo emperador, antes de dar oidos á su propuesta, envió diputados á sus enemigos, prometiendo renunciar al trono y conciliar la paz; pero fueron desechados con desprecio. Acabada la paciencia de Cantacuzeno con este ultraje, cometió el yerro criminal de sacrificar su patria á su partido y su onor á su interés. Cediendo á los consejos de Amir, aceptó la alianza de Orcan, admitió las tropas otomanas en su campamento, y dió al emperador turco su hija Teodora por esposa. Esta proteccion estranjera aseguró su fortuna á costa de su gloria: la alianza con el temible enemigo del imperio que lo desmembraba en Asia y lo acometia en Europa, escitó contra Cantacuzeno un odio justo; y desde entonces se formaron muchas conspiraciones contra su vida. Cantacuzeno habia sido coronado, pero solamente por un obispo. El patriarca de Jerusalen vino á Andrinópoli con permiso de Orcan, á repetir esta ceremonia. Apocauco, desesperando de la salvacion de su causa, siguió el sendero de los tiranos: el miedo le hizo cruel, se rodeó de delatores, multiplicó las cárceles y las llenó de víctimas. Pero en el mismo orror de los calabozos se armó la venganza, y un dia que fué á visitar los presos, se sublevaron y lo mataron á hachazos.

Entrada de Cantacuzeno en Constantinopla. — (1347) Privado el patriarca de su protector, fué acusado y depuesto en un concilio. Mientras que la discordia reinaba en la ciudad, los amigos de Cantacuzeno le abrieron las puertas, y la corte supo á un mismo tiempo que entraba en Constantinopla y que todas las tropas se declaraban en su favor. La emperatriz estaba tan lejos de aguardar este suceso, que al principio no creyó la noticia, y aun se negó á recibir un oficial encargado de proposiciones pacíficas. Pero el terror sucedió pronto á la incredulidad: el palacio se llena de jente armada, los cortesanos uyen, y la emperatriz tiembla y se cree perdida. Cantacuzeno se presenta, disipa sus temores, manda á todos sus oficiales postrarse á sus plantas, y jurarle fidelidad á ella y á su hijo. Proclámase una amnistía jeneral: celébrase un tratado en que se estipula que ambos emperadores reinen juntos, se confirma la deposicion

del patriarca, y le sucedió Isidoro: la paz se restablece, y los dos emperadores se coronan en santa Sofía.

Irene vino á participar del triunfo de su esposo, y fué recibida con los onores debidos á su dignidad. La emperatriz Ana, para dar una nueva prenda á la tranquilidad pública, casó al jóven emperador su hijo con Elena, hija de Cantacuzeno. Esta solemnidad, en que brillaban tantas persónas coronadas, ofrecia un còntraste ridículo y doloroso á un mismo tiempo, de orgullo y de miseria, imájen fiel del imperio. La celebridad, ecsijia mucho fausto; pero la guerra civil y la pérdida de muchas provincias habian agotado el tesoro y arruinado la corte. La vanidad hizo esfuerzos inútiles para encubrir la pobreza. El esplendor de la ceremonia fué engañoso: no se veian sino falsos diamantes, cueros dorados, vasos de barro pintados, y vajillas de estaño y cobre. Despues de muchos dias gastados en fiestas y banquetes, Orcan vino á Scútari á dar la enorabuena al emperador por una paz, cuya prontitud le habia quizá admirado mas que complacido.

Guerra con los servios.—(1350) Cantacuzeno volvió á tomar las armas, peleó con los servios, y los obligó á encerrarse en sus límites. Queriendo en seguida restablecer la hacienda, ecsortó á las personas mas opulentas de la corte á contribuir con sacrificios jenerosos. Todos le aprobaron y nadie le obedeció. Este egoismo, síntoma seguro de la ruina de los estados, no le permitió emprender la reconquista de las provincias perdidas. El imperio estaba destruido; pero los grandes eran ricos. Todo el caudal público se hallaba concentrado en pocas manos; y el hombre que era el único entonces en manifestar moderacion y patriotismo poseia bienes inmensos. Cantacuzeno publicó voluntariamente el estado de sus riquezas, las cuales habia disminuido con sacrificios, y no aumentó nunca con depredaciones. Despues de haber dado al tesoro público doscientos vasos de plata, y sufrido una confiscacion, cuyo producto bastó para tripular una escuadra de setenta galeras, le quedaron todavía sesenta mil yugadas, dos mil pares de bueyes que las labraban, dos mil quinientas yeguas, doscientos camellos, trescientos mulos, quinientos asnos, cinco mil animales de asta, cincuenta

mil de cerda y setenta mil corderos. Aquel imperio, donde en medio de la miseria pública se hacian caudales tan inmensos, debió ofrecer á sus enemigos una presa fácil é imposible de defender.

Guerra con los turcos.—(1352) El papa reprendió ágriamente á Cantacuzeno por su intimidad con los infieles. Para justificarse declaró la guerra á los turcos, y la hizo con felicidad. Las frecuentes usurpaciones de los otomanos le sirvieron de pretesto.

Guerra con los jenoveses.—(1354) Nuevas turbulencias detuvieron los progresos de sus armas. Los jenoveses establecidos en Gálata se sublevaron, destruyeron la escuadra griega y asaltaron á Constantinopla. Fueron rechazados: los emperadores volvieron á defender la capital, y tripularon una nueva armada, que fué tambien vencida por los jenoveses; pero el senado de esta república, previendo las consecuencias de una guerra superior á sus fuerzas y que le hubiera granjeado muchos enemigos, desaprobó la conducta de sus almirantes, hizo la paz, y aun concedió indemnizaciones á los griegos.

Aunque las contribuciones del imperio solo producian doce millones, y la penuria del erario no permitia armar regularmente mas que tres mil hombres de caballería y treinta galeras, la actividad de Cantacuzeno suplia la falta de recursos. Se puso de nuevo en campaña, venció otra vez á los servios, y recobró á Edesa, Berea y Tesalónica.

Por este tiempo murió el patriarca Teodoro: sucediòle Calisto, y en su pontificado agravó el fanatismo las desgracias del imperio con las discordias relijiosas y las persecuciones. Habia algunos años que una nueva supersticion dió orijen á un nuevo cisma, inflamó la movil fantasía de los griegos y dividió su iglesia. El pueblo, frio por la verdad y entusiasta siempre por las fábulas, escuchaba con ardor los ensueños de algunos iluminados contemplativos, cuyo jefe era en 1351 un sacerdote llamado Palámas. En sus éstasis delirantes creian ver salir de la parte superior de su vientre la misma luz que rodeó al Salvador en el monte Tabor: luz, segun ellos, milagrosa é increada. Este error era ya conocido en el siglo XI: propagado en los monasterios del monte Atos, habia hecho pocos pro-

gresos; pero la autoridad se mezcló en él, le dió importancia, se estendió y fué peligroso.

El imperio se hallaba espuesto á la discordia civil y á la invasion estranjera. Los venecianos solicitaron la alianza del emperador, sitiaron á los jenoveses en Gálata, y abandonaron despues á los griegos. Los jenoveses se apoderaron de Heraclea. Martin de Moro, uno de sus jenerales, queria poner sitio á Constantinopla: el almirante Dória se opuso á ello; pero corrió y devastó las playas del Euxino.

Una escuadra de Alfonso, rey de Aragon, conquistador de Nápoles, se reunió á la de los griegos y venecianos, y dió batalla á los jenoveses, que ganaron la victoria por la uida vergonzosa de los imperiales. Formaron despues alianza con Orcan: los aragoneses y venecianos se retiraron, é hicieron la guerra en Italia, donde los jenoveses sufrieron algunas derrotas, compensadas con las victorias de su aliado Visconti, que derrotó á los venecianos é hizo prisionero á Pisani, su jeneral.

Abdicacion de Cantacuzeno. — (1355) La concordia establecida entre los emperadores, y que tantos peligros deberian afirmar, no fué de larga duracion: los enemigos de Cantacuzeno, despues de muchas conspiraciones malogradas, consiguieron escitar la envidia del jóven emperador contra su coléga y contra su hijo Mateo. No tardaron en venir á un rompimiento declarado, y Cantacuzeno arrojó de Andrinópoli á Juan Paleólogo. Los servios, venecianos y búlgaros abrazaron la causa de Juan: el sultan se declaró en pro de Cantacuzeno y le envió diez mil turcos, con cuyo socorro venció á los servios y búlgaros, é hizo coronar á su hijo Mateo; y como el patriarca Calisto se negase á consagrarle, se le arrojó de su silla, y se nombró por sucesor suyo á Filoteo.

Los turcos, aprovechándose de esta discordia, se hicieron fuertes en algunos puntos de Tracia. El pueblo era jeneralmente del partido de Juan: un jenovés rico levantó á su costa, á favor suyo, un cuerpo numeroso de tropas griegas y latinas. Cantacuzeno, para poner fin á estas desavenencias que iban á destruir la patria, ofreció abdicar: Juan, movido de este sacrificio, se reconcilió con su suegro. Reunidos entrambos, formaron el proyecto de hacer el

último esfuerzo para restablecer el imperio, y arrojar de él á sus enemigos. Toda la juventud griega, enfurecida de ver taladas las provincias, perdida el Asia, los turcos en Tracia, amenazada la Grecia, y un gran número de ciudades en poder de los búlgaros y servios, pedia á gritos la guerra. En vano Cantacuzeno oponia consejos sábios á este ardor imprudente. «Antes de pelear, decia, es menester asegurar el órden interior, pagar los impuestos, llenar el tesoro, alistar tropas é instruirlas, tripular armadas, y restituir en su vigor la antigua disciplina.» No le oian: todos querian volar á las armas, y ninguno pagar ni obedecer.

Cantacuzeno tuvo entonces por infalible la caida del imperio; pues era incurable la indocilidad de los griegos. Cansado de tempestades, y convencido de que una nacion presuntuosa, corrompida, destrozada por guerras civiles, defendida por un corto número de tropas indisciplinadas, y atacada por una multitud de bárbaros, mas instruidos que ella en el arte militar, no podia evitar su ruina, determinó abandonarla á su triste suerte: bajó del trono, tomó el ábito de fraile y se encerró en un convento, donde todavia vivió veinte años. Su mujer Irene, imitando su ejemplo, entró monja. Esta abdicacion no terminó las discordias. Mateo, hijo de Cantacuzeno, queria reinar: Juan le hizo guerra, y al mismo tiempo pidió al papa el socorro de los príncipes latinos contra los infieles. Inocencio, que ocupaba entonces la silla pontifical, hizo vanos esfuerzos para reanimar el zelo de los monarcas de Europa. Atentos á sus guerras de ambicion, no quisieron armarse para defender un imperio, cuando con una estrepitosa locura se habian armado para la conquista de un sepulcro.

Los servios hicieron prisionero á Mateo, y lo entregaron á Paleólogo. Cantacuzeno solicitó desde el monasterio la libertad de su hijo y la consiguió. Mateo abdicó y se retiró á Morea con su ermano Manuel, que gobernaba aquella provincia con el título de déspota.

Cantacuzeno era digno por sus cualidades y virtudes de vivir en otra época y de ocupar un trono mas sólido. Sostuvo, aunque mal ausiliado, el onor de las armas griegas. La injusticia le obligó á reinar. En un siglo de afeminacion, inquietud,

ignorancia, vileza y tiranía, se mostró firme, justo, jeneroso, activo, valiente é instruido.

Fué una luz que brillaba enmedio de las tinieblas: estudió los escritores antiguos, aprendió muchas lenguas, y escribió el reinado de Andrónico, su amigo y predecesor. Compuso un comentario sobre la moral de Aristóteles, y una refutacion del Coran. Su estilo era noble y elegante; pero amplificador. El valor le elevó al trono, la abilidad le mantuvo en él, y la prudencia le mandó dejarlo.

JUAN PALEÓLOGO REINA SOLO. — (1355) Un príncipe dotado del jenio mas vasto, habria quizá detenido la rápida decadencia del imperio; pero Juan Paleólogo no tenia mas prendas que la ermosura y la bondad, por las cuales mereció el nombre de CALOJUAN.

Orcan, yerno de Cantacuzeno, habia enfrenado su ambicion por respeto á su suegro. Pero nada le detuvo cuando se vió libre de este deber. Soliman, uno de sus hijos, que habia sostenido muchas veces con las armas la causa de Cantacuzeno, recobró las plazas que le habia cedido, y entre otras á Gallípoli: tomó despues á Andrinópoli, y de allí á poco murió.

CONQUISTAS DE AMURATES I EN TRACIA. — (1358) Amurates, otro hijo de Orcan, destinado á dar un grande esplendor al imperio turco, conquistó la importante fortaleza de Chiurli, situada entre Andrinópoli y la capital. Ninguna accion eróica ilustró el infortunio de los griegos: uian sin combatir, y á veces su venalidad salia á recibir el yugo otomano. Didimótica se entregó á los turcos por traicion. Cantacuzeno, que habia abandonado el trono, pero no la patria, lamentando su ruina, imploró la jenerosidad de Orcan, y consiguió que aquella plaza se restituyese al imperio.

Este acto de deferencia fué el último de la vida de Orcan. Terminó tranquilamente su gloriosa carrera, y recomendó al morir á su hijo Amurates que fundase su poder en la justicia. El jóven príncipe, jeneroso y valiente, parecia dispuesto á seguir un consejo tan sabio. Era amigo del estudio, y se dice que tomó á Ciro por modelo; pero imitó mas bien su denuedo que sus virtudes. Venció á los demás, y no pudo vencerse á sí mismo. La lectura de Jenofonte no podia correjir á un déspota, alimentado con los preceptos del Coran, y con la doc-

trina del fatalismo: sin embargo, quizá debió al estudio del autor de la Ciropedia algunas de las cualidades que le adquirieron el sobrenombre de ilustre.

En el primer año de su reinado concluyó la conquista del Asia menor. Como estaba entonces en el fervor de su entusiasmo por Ciro, trató á los vencidos con umanidad, y supo hacer que la ciudades griegas se aficionasen á su nuevo señor; pero los imanes, que son los doctores de la ley entre los maometanos, se apoderaron de su ánimo, olvidó á Jenofonte, y fué ambicioso, conquistador y perseguidor.

Prometió á los ministros del Coran la quinta parte del botin que hiciese á los cristianos: entonces no cesaron de escitarle á saquear el Archipiélago, é invadir á Grecia. El emperador Juan no le oponia ostáculos: solo le detuvo momentáneamente un veneciano llamado Lorenzo Celsi, que venció su armada, y recibió la dignidad de dogo en premio de sus azañas: Juan Paleólogo, que no se atrevia á pelear con Amurates, solo se empleaba en disminuir por medio de tratados el número de sus enemigos. Era mas á propósito para las negociaciones que para las batallas; y asi se reconcilió con el kralo de Servia, y compró la paz del rey de los búlgaros.

Creacion de los jenizaros. — (1361) Amurates dió en este tiempo un golpe mortal al imperio, iriéndole con sus mismas armas. Destinó la quinta parte de los niños griegos hechos prisioneros en la guerra á formar una infantería escojida con el nombre de jenizaros, voz que significa *nuevos soldados*. Su intelijencia y valor nativo, y el fanatismo inspirado por el nuevo culto en que los educaron, los hicieron famosos en breve tiempo; y asi la Grecia fué conquistada por sus mismos hijos.

Estas nuevas guardias pretorianas, apoyo de los sultanes capaces de mandarlas y contenerlas, fueron despues, bajo príncipes débiles, tan formidables á sus señores, como á sus enemigos. Tambien aumentó Amurates y organizó con mas regularidad los spahis, instituidos por su padre. Un gran número de señores servios y búlgaros, á ejemplo de los caballeros franceses, italianos y flamencos, habian usurpado la mayor parte de los dominios imperiales y de las tierras del pueblo en Tracia y Grecia: Amurates se las quitó.

Batalla de Andrinópoli. — (1363) Juntó un ejército de sesenta mil hombres, y declaró el designio, y concibió la esperanza de subyugar todo el imperio. Los reyes de Ungría y Bulgaria, y los príncipes de Servia y Valaquia, alarmados con sus progresos, se reunieron, marcharon con todas sus fuerzas contra él, y le dieron batalla cerca de Andrinópoli.

Los turcos, acostumbrados á vencer sin peligro á los griegos, hallaron entonces enemigos tan bárbaros y feroces como ellos: la victoria se disputó muchas oras; pero quedó por los otomanos, que hicieron cruel carnicería en los vencidos.

Conquistas de Amurates en Acaya y Peloponeso. — (1365) El vencedor llevó su ejército á Beocia, se apoderó de Tebas y conquistó muchas ciudades del Peloponeso. La fama de sus triunfos resonó en Occidente. Europa, amenazada nuevamente por el alfanje de Mahoma, se conmovió y pareció dispuesta á levantarse toda entera. Juan, rey de Francia, se declaró jefe de una cruzada contra los musulmanes: los reyes de Dinamarca y Chipre, y los venecianos, se obligaron á ausiliarle: el papa Urbano nombró por legado al cardenal de Talleyrand-Perigord. Se despreciaba tanto al emperador de los griegos, que los príncipes latinos no se dignaron darle aviso de la empresa que meditaban para libertarle. Pero la guerra entre franceses é ingleses malogró este proyecto. Solo Lusiñan con los cipriotas y venecianos atacó á los turcos, desembarcó en Ejipto, y se apoderó de Alejandría; pero un terror pánico que sobrevino en su ejército, le obligó á evacuar esta plaza: los caballeros de Rodas y los venecianos volvieron de esta espedicion cargados de botin.

Juan Paleólogo, semejante al último emperador latino que su ascendiente Miguel Paleólogo habia destronado, no hallando recursos en su valor, dejó su capital y viajó por Occidente mendigando socorros. En Roma abjuró la relijion griega, y pidió dinero al papa; pero solo le dieron festines. Queria pasar á Francia; pero supo que Cárlos V, ocupado entonces en reconquistar su propio reino, no podia ofrecer tropas para libertar el ajeno. Pasó á Venecia, donde fué preso por deudas: su hijo mayor Andrónico no quiso pagarlas; pero Manuel, su hijo segundo, sacrificó sus bienes por

la libertad de su padre. Volvióse, pues, á Constantinopla sin mas socorro que un corsario famoso y valiente, llamado Dagnt, capaz de restablecer, segun decia él mismo, la marina del imperio.

Juan Paleólogo vasallo de Amurates. — (1371) Pedro de Lusiñan, rey de Chipre, cuyo valor y osadía daban alguna esperanza á los griegos, fué muerto en una sedicion escitada por algunos cipriotas, cuyas hijas habia desonrado. Los venecianos y jenoveses, que habian vuelto á tener guerra unos con otros, reusaron toda asistencia al emperador. Este infeliz principe, sin fuerza, dinero ni aliados, tomó el partido vergonzoso de entregarse á Amurates á discrecion, y se hizo vasallo y tributario suyo, con tal que se le permitiese reinar sobre los últimos restos de su imperio.

Conquista de Tesalónica por los turcos. — (1373) Gregorio XI, que acababa de ascender al pontificado, hizo vanos esfuerzos para armar contra Amurates los príncipes de la cristiandad. Solamente los caballeros de Rodas oyeron su voz, y defendieron á Smirna contra los otomanos. Manuel, hijo de Paleólogo, indignado del envilecimiento de su patria, tomó las armas, y quitó á los turcos la ciudad de Feras. La venganza de Amurates fué pronta: se apoderó de Tesalónica: y Manuel, abandonado, tuvo que implorar la clemencia del vencedor.

La ambicion del sultan no conocia ya límites. Meditaba la conquista de Ungría, y para lograrla hizo alianza con los tártaros del Borístenes; pero la sublevacion de algunos emires en Asia suspendió su designio. Marchó contra los rebeldes, y mandó á su vasallo Juan que le siguiese á esta campaña.

Rebelion de los hijos del emperador y del sultan. —(1375) Amurates habia confiado el mando de la tropa de Tracia á Contus, su hijo: Andrónico, hijo mayor de Juan, estaba en la misma provincia. Contus, cansado de obedecer, tenia deseos de reinar: Andrónico alimentaba en su corazon un odio profundo contra su padre, que para castigarle de la ingratitud con que le habia dejado en la prision de Venecia, le privó del derecho de primojenitura, y asoció al trono á Manuel, su ermano menor. Los dos príncipes, unidos por los mismos vicios y la misma ambicion, conspiraron contra sus padres, y ganaron y suble-

varon las tropas. Amurates, apenas lo supo, volvió á Europa, trayendo consigo al desgraciado Juan, de quien sospechaba que tenia intelijencia con los rebeldes. El emperador, aterrado de sus reprensiones y amenazas, logró desarmar el enojo de su soberano con la sumision mas baja y las protestaciones mas serviles.

Luego que Amurates se presentó, se sometió una parte de las tropas: las demás se encerraron con los príncipes en Didimótica. El sultan cercó esta plaza, que al principio se resistió ostinadamente; pero al fin los abitantes, con la esperanza de conservar las vidas y los bienes, capitularon. El terrible Amurates, olvidado de Ciro y de Jenofonte, mandó sacar los ojos á su hijo y aogar en el rio á toda la guarnicion: los principales jefes de los rebeldes tuvieron órden de servir de verdugos á sus hijos, y la ejecutaron. Juan, obligado á mostrarse cruel, inflijió á Andrónico el mismo suplicio que Amurates á Contus; pero el verdugo, mas umano, le quemó un ojo solamente.

Constantinopla era entonces el teatro de algunos combates; pero el motivo no era defender el imperio. Mientras que los griegos sufrian en silencio el yugo otomano, las armadas de Jénova y Venecia se daban batallas en el puerto mismo de la capital.

Conspiracion de Andrónico. —(1376) Juan favorecia secretamente á los venecianos. Entretanto el sultan, saciada su venganza, dió libertad á Andrónico. Este príncipe, aumentando su resentimiento con el suplicio, se sirvió del oro y de la asistencia de los jenoveses para formar una nueva conspiracion. En aquella ciudad corrompida era mas fácil hallar conjurados que guerreros. Al frente de una tropa de rebeldes forzó por la noche las puertas del palacio imperial, prendió á su padre y á sus dos ermanos, y se apoderó del trono.

Un rico veneciano, llamado Cárlos Zeno, y que se jactaba de descender del emperador Zenon, fué el único que mostró jenerosa piedad á un emperador oprimido por su hijo y abandonado de sus vasallos. Prodigó sus bienes para libertale, ganó al alcaide de la prision, llegó hasta su aposento, y le exortó á que se libertase de la tiranía uyendo con él. Juan, mal príncipe, pero buen padre, reusó la libertad. «Si no puedes,

le decia, libertar tambien mis hijos, el bárbaro Andrónico se vengará en ellos de mi fuga. Quiero mejor permanecer en la prision que ser causa de su muerte.» Inútilmente le representó Zeno, que el mejor medio para salvar sus hijos era recobrar su poder: la resistencia de Juan fué invencible.

JUAN VUELVE AL TRONO.—(1377) Zeno se retiró descontento de haber comprometido en vano su fortuna y su vida. Juan encontró en la prision á Petronila, antigua querida suya, y mujer del alcaide. Continuó favoreciendo á su antiguo amante y señor: los venecianos domiciliados en Constantinopla procuraron formar un partido á favor suyo. Andrónico, informado de estos movimientos, los amenazó con su venganza; mas ellos recurrieron al sultan, en el cual hallaron proteccion. Juan, para recobrar su trono, socavó los cimientos del imperio: sacrificando su pais á su interés, vendió sus estados pedazo á pedazo, como dicen los historiadores. Dió á los venecianos las islas de Ténedos y Lesbos, prometió al sultan un tributo de treinta mil escudos de oro, ofreció mantener doce mil hombres al servicio de los turcos, y mandó á la ciudad de Filadelfia de Lidia, que aun se defendia contra los musulmanes, que se sometiese á Amurates.

El sultan mandó, y todos obedecieron. Juan subió al trono y perdonó á Andrónico, y sin embargo, entrambos eran indignos, el uno de reinar y el otro de vivir. En todas partes esperimentaban los griegos los ultrajes que teme, atrae y merece la debilidad. Habiéndose negado el emperador de Trebisonda á hacer justicia á un jenovés llamado Megollo, á quien habian robado, este feroz republicano arma dos galeras, devasta la playa, coje un gran número de griegos, les corta las narices y orejas, las sala, y envia con insolencia un barril de ellas al emperador.

BATALLA DE CASOVIA.—(1389) Amurates continuaba sus conquistas sin ostáculos, y casi sin gloria. Apoderóse del principado de Acaya: Patrás le abrió sus puertas: la mayor parte de las ciudades de Macedonia se le rindieron; y Belgrado, capital de Servia, se sometió á sus leyes. Al mismo tiempo concurrian todos al desmembramiento del imperio: los venecianos se hicieron señores de Corfú. El rey de Ungría, el kralo de Servia,

los dálmatas y válacos, viéndose ya sin barreras contra los otomanos, reunieron sus fuerzas y vinieron á atacar á Amurates junto á Casovia. De entrambas partes se peleó con el mismo valor y ostinacion; pero los turcos, muy inferiores hoy en el arte de la guerra á todos los pueblos de Europa, los escedian entonces en táctica y disciplina; y así lograron la victoria.

AZAÑAS DE BAYAZETO, HIJO DEL SULTAN. — Bayazeto, hijo del sultan, escitaba con su valor y su fuerza el ardor de los suyos, y derramaba el terror y la muerte en las filas enemigas. «Bajo la clava de hierro de Bayazeto, dice un historiador árabe, los petos de hierro y los yelmos de bronce se ablandaban como cera.»

Esta batalla fué el último triunfo de Amurates: en ella encontró una muerte digna de su vida. Persiguiendo á los vencidos, notó que todos los muertos que encontraba eran jóvenes búlgaros y servios que apenas llegaban á la edad viril. Uno de los oficiales que le acompañaban, le dijo: «No te admires: ningun hombre capaz de razon se atreverá á pelear contra el invencible Amurates.» Mientras el sultan recibia con orgullo este incienso de la lisonja, un soldado veterano, que estaba erido y derribado entre los muertos, lo ve, se levanta, y le unde su puñal en el seno. El conquistador, al dar el último suspiro, oyó su oracion fúnebre en los gritos de triunfo de su ejército victorioso.

Bayazeto, su eredero, hizo notable su advenimiento al trono por un acto de ferocidad, imitado por sus sucesores con arto frecuencia; y fué mandar que se quebrase la nuca á su ermano. Despues entró en Moldavia y fué rechazado. La sublevacion de algunos emires le obligó á pasar el Bósforo. Despojó de sus estados al príncipe de Frijia, su suegro; ecsijió del emperador cuantioso tributo; hizo que Manuel le siguiese al ejército y le detuvo en reenes. Juan, no pudiendo ya dudar de la caida prócsima del imperio, reedificó las fortificaciones de Constantinopla: Bayazeto le amenazó que mandaria sacar los ojos á su hijo, si no demolia prontamente las obras comenzadas: el emperador jimió y obedeció. La vergüenza y el pesar terminaron la triste vida de este príncipe, á quien el esceso de la umillacion no pudo nunca mover á solicitar una muerte gloriosa. Falleció, á los sesenta y un años de edad y cincuenta de reinado.

CAPITULO III.

MANUEL PALEOLOGO, EMPERADOR.

(Año 1391.)

Severidad y venganza de Bayazeto. — Nueva cruzada contra los turcos. — Sumision de Manuel á Bayazeto. — Batalla de Nicópolis. — Entera derrota de los cruzados. — Constantinopla amenazada por los turcos. — Nueva cruzada, mandada por Boucicaut. — Viaje de Manuel á Francia. — Guerra entre Bayazeto y Timur Bek: batalla de Ancira. — Derrota y cautiverio de Bayazeto. — Magnanimidad de Timur. — Muerte de Bayazeto. — Muerte de Timur Bek. — Guerra civil entre los hijos de Bayazeto. — Mahomet I, sultan de los otomanos. — Guerra de Mahomet contra los venecianos. — Falso Isa entre los otomanos. — Amurates II, sultan de los otomanos. — Sitio de Constantinopla por Amurates. — Muerte de Manuel.

Manuel paleólogo, emperador. — (1391) El trono iba á recibir un príncipe digno de ocuparlo y de defenderlo, y aun capaz de consolidarlo, si sus cimientos todos no estuviesen ya removidos. Manuel era valiente y jeneroso: tenia alma noble y grande, injenio delicado, y la primera de todas las cualidades reales y que realza todas las demás, que es el amor de la patria.

Cuando murió su padre, era custodiado cuidadosamente en la corte de Bayazeto, como reen y prenda involuntaria de la esclavitud de los griegos. Asociado solo de nombre al imperio dieziocho años antes, habia lamentado la debilidad de su padre y soberano, á quien veia esclavo de sus enemigos. Cuando supo su muerte, indignado de la cadena que lo retenia, arrostró la muerte, engañó á su guardia, se escapó á Prusa y llegó á su capital.

Severidad y venganza de Bayazeto. — Bayazeto hizo tem-

biar con sus furores y amenazas á los oficiales que persiguieron á Manuel y no pudieron alcanzarle. Mandó al nuevo emperador que le prestase juramento como vasallo, que le pagase tributo y admitiese en Constantinopla un cadí otomano para que los musulmanes que residian en aquella ciudad, no recibiesen la injuria de que se les administrase justicia como á perros infieles: en fin, declarando propiedad maometana las cercanías de la capital, proibió á los griegos salir de ella sin su permiso. Manuel, prefiriendo una muerte onrada á un abatimiento vergonzoso, reusó someterse; y sin embargo se valió para ello de pretestos plausibles, espuestos en términos nobles pero moderados.

Enfurecido Bayazeto puso en campaña contra él tres ejércitos: uno que mandaba él mismo en persona, asoló á Tracia: otro, á las órdenes de Turacan, destruyó las costas del Ponto Euxino: y otro mandado por Abranelzes invadió la Acaya y el Peloponeso.

Desde la muerte de los nietos de Cantacuzeno estos paises eran gobernados por Teodoro, ermano de Manuel y déspota de Lacedemonia. Bajo la administracion de este príncipe activo, justo y valeroso, parecia haber resucitado aquella ermosa parte de Grecia. Habíanse levantado los muros de las ciudades: los campos se volvian á cultivar: un gran número de ilirios que llamó para poblar el pais, le enriquecian con sus trabajos y le defendian con sus armas. La hija del duque de Atenas casó con Teodoro y le trajo en dote la ciudad de Corinto.

El príncipe griego opuso gran resistencia á los musulmanes. Entretanto Manuel, encerrado en su capital, privado de recursos para alistar y pagar tropas, escribió á todos los príncipes cristianos, declarándoles que si su imprevision dejaba caer en poder de los turcos las reliquias de Grecia y los últimos laureles del imperio, no tardarian en estenderse por todo el Occidente, en renovar las calamidades que Attila derramó sobre Europa, y en abatir la cruz.

Nueva cruzada contra los turcos. — Sijismundo, rey de Ungría, como mas espuesto á esta inundacion de los bárbaros, se armó el primero para detener sus progresos. Antes de pelear quiso entrar en negociaciones, y mandó á su embajador que preguntase á Bayazeto

con qué derecho acometia á Bulgária. El sultan, habiéndole escuchado con silencio, le llevó á un vasto almacen de armas, donde las habia de toda especie, y le dijo: «Cristiano, hé aqui »mis derechos: aora te voy á »decir cuáles son mis designios. »Subyugaré la Ungría, conquis»taré la Alemania, llevaré es»clavo en mi comitiva al empe»rador de los griegos. Entraré »en Roma, depositaré en el ca»pitolio las coronas que haya »conquistado, y daré heno á mi »caballo en el altar de san Pe»dro.»

Sijismundo hizo saber á los franceses esta insolente arrogancia, que inflamó en ira á los caballeros. Casi todos corrieron á las armas para vengar el onor de Europa y defender su relijion. Mostrábanse impacientes de socorrer á Ungria y libertar á Grecia. Entonces reinaba en Francia Cárlos VI, gobernado por su tio el duque de Borgoña, el cual cediendo á las instancias del conde de Nevers su hijo, permitió á toda aquella valiente juventud pasar á mostrar sus brios en Oriente. Eran mil caballeros, seguidos de un gran número de flecheros y escuderos armados. Iban muchos príncipes de la familia real, el conde de Eu, los duques de Bar, y varios de los guerreros mas célebres de la nacion francesa, como Coucy, La Tremouille, Chateaumorand, y el famoso mariscal de Boucicaut, que despues defendió á Constantinopla, venció á los turcos en Asia, fué gobernador de Jénova, obligó al rey de Chipre á hacer la paz, venció á los venecianos, hizo dos desembarcos, uno en Ejipto y otro en Túnez, y halló en fin la muerte en los campos funestos de Azincourt.

Este ejército de éroes, mas brillante todavia por los nombres ilustres de sus guerreros y por el ardor de sus brios, que por el oro y plata que cubrian sus caballos y armas, atravesó rápidamente la Alemania y llevó la esperanza al ejército de Sijismundo.

El conde de Nevers mandaba este cuerpo escojido. Los príncipes y barones mas ricos fueron los que pagaron los gastos de esta espedicion, y mantuvieron con esplendidéz á los caballeros que militaban en sus banderas. Imitaron este ejemplo muchos ilustres aventureros de todos los paises de Europa, y las fuerzas del rey de Ungría se aumentaron de modo que pudo marchar contra los otomanos al

frente de cien mil hombres.

SUMISION DE MANUEL A BAYAZETO. — (1395) Mientras se preparaba esta grande espedicion contra el sultan, este, que se hallaba en Feras con todas sus tropas, mandó á Teodoro, al emperador Manuel y á su primo Juan Paleólogo, hijo de Andrónico, que viniesen á su campamento. Era imposible resistir, y le obedecieron. Apenas Bayazeto los vió, mandó á los oficiales que los rodeaban, que les cortasen la cabeza. El gran visir se atrevió á resistir á este órden bárbaro, y su osadía sorprendió á su amo. En fin, se calmó el enojo del sultan; pero su clemencia fué la de un bárbaro y la de un tirano: no permitió á los príncipes salir del campo de los turcos, ni volver á sus ogares, hasta que en su presencia se cortaron las manos y sacaron los ojos á los principales oficiales griegos que los acompañaban.

Manuel, libre del suplicio y restituido á su palacio, casó con Elena, hija de Constantino Dragóses, príncipe de Macedonia. Esperaba tristemente en su capital, que era su prision, la sentencia que la fortuna iba á pronunciar en las llanuras de Tracia ó de Ungría. Teodoro no habia conseguido la libertad como su ermano, y quedó en rehenes en el campamento turco; poco despues logró escaparse cuando le amenazaba con la muerte el enojo de Bayazeto. Los franceses apenas llegaron se mostraron deseosos de combatir, é instaron al rey á que entrase en campaña. Los úngaros, incitados por ellos, se apoderaron de Rodin, ciudad de Romanía, tomaron otras muchas plazas, y pusieron sitio á Nicópolis. Los caballeros franceses, siempre los primeros en la brecha, y los mas adelantados en la pelea, habian inspirado tanto ánimo á los úngaros, que como decia Boucicaut en el lenguaje candoroso de aquella edad, «á todo se atrevian; y á no haberles sido contraria la fortuna, bendecirian el dia y la ora en que llegaron los franceses; pero la fortuna, enemiga de los buenos y valientes, pareció tener envidia de su denuedo.»

BATALLA DE NICÓPOLIS. (1396) — Nicópolis era la plaza mas fuerte de Romanía. Mientras los sitiadores construian atrincheramientos, y cavaban minas, Bayazeto, al frente de cuarenta mil jenízaros, de diez mil spahis, y un gran número de tropas ausiliares, acudió á socorrer la plaza. Su marcha fué tan rápida, y tanta la negligencia de los

puestos avanzados de los cristianos, que llegó cerca de sus reales sin que lo supiesen. Apenas tuvo tiempo Sijismundo para poner á los úngaros en órden de batalla; y aun se olvidó, con la precipitacion de las órdenes, de avisar á los franceses; de modo, que el conde de Nevers se habia ya sentado á la mesa, cuando supo que los turcos estaban á la vista.

Todos los caballeros montaron, tomaron las armas, fueron adonde estaba el rey, y vieron á poca distancia las banderas de los enemigos. Bayazeto habia colocado delante de su infantería gran cantidad de estacas agudas, cercanas y cruzadas entre sí. Su numerosa caballería las ocultaba á la vista de los cristianos, y cubria toda su línea. Dada la señal del combate, empieza su marcha en buen órden el ejército de Sijismundo: al acercarse, se abre la caballería musulmana, y se retira con celeridad á las dos alas de la infantería, que al abrigo de las estacadas disparaba á los cristianos una nube de flechas. Los úngaros eran mas á propósito para las escaramuzas que para las batallas: semejantes á los partos, sabian mejor huir y perseguir que pelear: detiénense al ver las empalizadas, se desbandan y dispersan. Solamente un cuerpo, mandado por el conde de Ungría, se conservó en línea junto á los franceses.

Indignado Boucicaut de aquella retirada, clama: «Señores, ¿qué hacemos aquí? ¿nos dejaremos matar cobardemente? Volemos al enemigo, y así evitaremos sus flechas.»

A estas palabras, y á la órden del conde de Nevers, se arrojan los franceses á la empalizada: en vano las puntas de las estacas se clavan en los costados de los caballos: en vano las lanzas y cimitarras de los otomanos hieren los petos y yelmos de los caballeros: semejantes al jabalí, mas furioso cuando es erido, se empeñan en la lid, no oyen las voces de sus compañeros moribundos sino para vengarlos, arrancan y destruyen las estacas, desbaratan á los jenízaros, y sin conocer que nadie los sigue, continuan su victoria, y se arrojan enmedio de la inumerable multitud de los otomanos, que miraban espantados tanto valor.

En este punto de su narracion esclama Boucicaut: «¡Oh noble Francia! no [illegible] de aora que tus campeones se muestren esforzados entre todas las naciones del mundo. Díganlo sus batallas an-

tiguas con los romanos; dígalo el ver que nunca fueron vencidos sino por la traicion ó por la falta de sus capitanes; y que cuando no se emplean en la guerra, no es con gusto suyo, sino por culpa de los que los mandan. Si tuviesen caudillos correspondientes á su valor, harian cosas maravillosas.»

El conde de Ungría se mostraba con su corto escuadron digno émulo de los franceses. Quince mil turcos habian perecido ya: el sultan estaba erido; pero á este triunfo iba á suceder un duelo funesto: ¿qué podia un pequeño número de guerreros contra un ejército inmenso, en medio del cual los habia precipitado su eróica fogosidad? La multitud de los musulmanes les quitaba toda esperanza de retirada: la fuga del rey de Ungría toda esperanza de socorro.

Despues de algunos momentos de inaccion, producidos por el terror y la admiracion, avergonzados los otomanos de retirarse de tan pocos guerreros, los cuentan, recobran ánimo, se reunen, se escitan mútuamente, y caen en masa por todas partes sobre aquellos éroes abandonados, fatigados ya, cubiertos de eridas y desmontados. Asaltados desde todos los puntos, vendieron todavía muy caro su vencimiento; principalmente Boucicaut, cuya fuerza se aumentó con la desesperacion: aterraba tanto su espada á los musulmanes, que por mucho tiempo hicieron alrededor de él un círculo que el miedo ensanchaba: evitando su temible acero, le lanzaban desde lejos no solo dardos sino escudos y clavas, hasta que fué abrumado por el peso de tanto hierro. Una parte de los éroes pereció: otros mas infelices fueron encadenados y conducidos á los pies del sultan.

Bayazeto se mostró indigno de su victoria, haciendo cortar la cabeza á aquellos nobles prisioneros, sin perdonar mas que á los príncipes, de los cuales esperaba gran rescate. El respeto con que estos ilustres caballeros trataban al valiente Boucicaut, hizo conocer á los bárbaros que la vida de un éroe era de tan gran precio como las de los parientes de un rey. Esta consideracion detuvo la cuchilla, alzada ya sobre la cabeza del mariscal, y se le puso en la misma prision del conde de Nevers.

Cárlos VI, queriendo rescatar á los ilustres cautivos, envió al sultan presentes magníficos para aquel siglo, muchas aves en-

señadas para la cetrería, paños de color de escarlata de las fábricas de Reims, y tapices de las de Arras. Cuando recobraron su libertad, el conde de Nevers, segun la estipulacion del tratado, ofreció con sus compañeros jurar que no militarian nunca contra Bayazeto. «Ese juramento es inútil, dijo el orgulloso sultan: ni os temo á vosotros, ni á todos los guerreros de vuestra tierra. Ve, flaco enemigo, á llevarles la noticia de tu derrota: escita su valor, reúnelos á todos, y si tienes deseo de volver con ellos á pedirme satisfaccion, me hallarás pronto á dártela.

Constantinopla amenazada por los turcos.—(1397) Las consecuencias de este desastre fueron tristes para el imperio. Los turcos vencedores hallaron en los reales de los cristianos un inmenso botin: deslumbróles el lujo que brillaba en las tiendas de los franceses. Casi todas, como si fuesen de un rey, tenian muebles de seda y vajillas riquísimas.

Bayazeto persiguió con ardor á los úngaros, les cortó la retirada, y los desbarató. Sijismundo, perseguido vivamente, no pudo volver á sus estados: solo se escapó del cautiverio uyendo con suma prontitud á Constantinopla. El sultan intimó á Manuel que le entregase su capital: Manuel prefirió la muerte á tanta infamia, y se negó á ello. Bayazeto, irritado, parecia resuelto á poner sitio á Constantinopla; pero su gran visir le apartó de este designio, haciéndole temer que la caida de tan gran ciudad sublevase y armase contra los turcos toda la cristiandad.

Las barreras de la ciudad de Constantino eran ya los límites del imperio, y aun en situacion tan deplorable, los príncipes griegos disputaban un nombre vano. El esplendor engañoso de un pedazo de cetro fascinaba sus ojos todavía, y Juan Paleólogo, sobrino de Manuel, procuraba, á pesar de tan grandes peligros, no defender la corona, sino apoderarse de ella, reclamando contra Manuel los derechos que pretendia tener de Andrónico, su padre.

Nueva cruzada mandada por Boucicaut. — (1399) Bayazeto fomentó estas disensiones, apoyando la pretension de Juan, para aprovecharse de ellas y acelerar la ruina del imperio. Manuel, que no podia resistir á estos dos enemigos reunidos, cediendo prudentemente á las cir-

constancias, dividió la corona con su sobrino. Fundaba su última esperanza, y no fué engañada, en el onor francés ofendido. Boucicaut volvió pronto á socorrerle con una armada y dieziseis mil soldados valerosos.

La aparicion de estos caballeros causó tanta alegría á los griegos como terror á los otomanos. Los franceses forzaron el paso del Bósforo, libertaron á Constantinopla del azote del ambre, vencieron en muchos reencuentros á los musulmanes, los obligaron á retirarse, desembarcaron en Asia, tomaron muchas plazas, pusieron sitio á Nicomedia, la entraron por asalto, y pasaron á cuchillo la guarnicion.

Por el espacio de un año el infatigable Boucicaut maltrató á los turcos, preservó de sus incursiones las avenidas de la capital, y con prodijios de valor, casi fabulosos, inmortalizó su memoria. Estos felices esfuerzos de diezíseis mil franceses debieron probar á los griegos que sus calamidades procedian solamente del egoismo y la pusilanimidad. Manuel, acompañado de un corto número de valientes, se mostró siempre digno de su defensor, participando de sus fatigas, peligros y laureles. Pero los franceses perdian continuamente soldados, sin que se reemplazasen con nuevas tropas: el tesoro vacío no alcanzaba á satisfacer sus necesidades: los griegos los admiraban, y no los imitaban; y aunque sus espadas disminuian las filas de los enemigos, la masa enorme de los bárbaros se renovaba sin cesar. Despues de un año de combates, Boucicaut declaró al emperador que le era forzoso volver á Francia, y le aconsejó que le siguiese para alentar con su presencia el zelo de los cristianos.

VIAJE DE MANUEL A FRANCIA. — (1400) Manuel consintió en ello, y antes de partir confió á su sobrino las riendas del gobierno y la defensa de la ciudad. Pasó primero á Italia: Venecia, Florencia y Jénova lamentaron sus infortunios, mas no le dieron ningun ausilio. Visconti, duque de Milan, fué mas jeneroso, y le socorrió con dinero. Llegó en fin á Francia, y recibió en ella los omenajes que la jenerosidad francesa tributaba siempre á la desgracia ilustrada por el valor.

El emperador hizo su entrada en París el 3 de junio de 1400. Dos mil vecinos armados le esperaban en Charenton: el can-

ciller, tres cardenales y el parlamento le recibieron en las barreras. El rey y los príncipes de su familia salieron á saludarle; atravesó la ciudad con ellos en un soberbio caballo; llevaba los ornamentos imperiales, cubierto de un vestido de seda blanco, emblema entre los griegos del luto y la tristeza. Todos admiraban la noble fisonomía de aquel emperador guerrero: sus canas y su continente grave, recordando sus numerosos combates y contínuas desgracias, le hacian venerable. Cárlos VI le dió alojamiento en el Louvre; y en todos los banquetes y fiestas ocupó Manuel el asiento principal. El rey, los príncipes y caballeros le prometieron el socorro de sus armas. Pasó tambien á Inglaterra; pero Enrique IV, mal afirmado en el trono todavía, no pudo darle mas que esperanzas. Volvió á París, y fué testigo de una desdicha, cuyas consecuencias fueron funestísimas á Francia. Cárlos VI cayó en demencia: la ambicion de los príncipes despedazó el reino, conmovió el trono, llamó los enemigos naturales al centro del pais, y privó al desgraciado Manuel del único apoyo en que confiaba.

Guerra entre Bayazeto y Timur Bek: batalla de Ancira. — (1402) Renunciando á toda esperanza, volvió este príncipe á pasar los Alpes, se embarcó para Grecia, y se restituyó á su patria, que no habria hallado libre, si solo la hubiese defendido el débil Juan Paleólogo; pero Chateaumorand, guerrero francés, que habia quedado en Constantinopla por órden de Boucicaut con quinientos valerosos, habia resistido, durante los dos últimos años, á la debilidad de la corte, á los terrores de los griegos y á los ataques de los otomanos.

Bayazeto, libre del temor de los franceses por las turbulencias interiores que habia en Francia, renovaba las intimaciones y amenazas, y se preparaba á consumar la ruina del imperio griego, cuando del centro del Asia salió un conquistador mas terrible que el famoso Jenjis, del cual descendia. Manuel, creyéndose perdido, solo pensaba ya en sepultarse bajo las ruinas de su capital, cuando de improviso se disipó el peligro, y su fortuna se mejoró por las armas y victorias de Tamerlan. Timur, á quien los tártaros llamaron Tamerlan á causa de una erida que le habia puesto cojo, aumentó la lista fatal de

los Alejandros y Attilas, de los destructores del mundo, de los fenómenos infaustos, cuya presencia escitaba á un mismo tiempo terror y admiracion. Fué uno de los hombres destinados á correr y asombrar la tierra, á domarla, oprimirla y despoblarla.

La envidia, que engrandece siempre la gloria solicitando disminuirla, le echó en cara neciamente su onrosa enfermedad, le supuso un nacimiento oscuro, y finjió que habia subido desde el arado al trono; sin embargo, casi todos los historiadores musulmanes y griegos aseguran que descendia de Jenjis, á lo menos por las mujeres: su quinto abuelo habia sido visir de Zagatay, rey de la gran Bucaria. Sus antepasados gobernaban el principado de Kash ó Kest, como jefes ereditarios.

Timur nació en la aldea de Sabzar, á trece leguas de Samarcanda. Su grande alma brilló en las turbulencias que se siguieron á la estincion de [redacted] familia de Zagatay (llamado por otros Jagatay): la anarquía rodeó la cuna de Timur; y todos los príncipes del pais aspiraban á la autoridad. El kan de Kashgard, ausiliado de un cuerpo numeroso de calmucos y jetas (estos últimos eran los abitadores de la pequeña Bucaria), queria apoderarse del imperio: todos los emires defendian contra él su independencia: Timur, teniendo doce años de edad, sacó su alfanje por la primera vez, y se distinguió entre los mas valientes. Pero á pesar de la resistencia de los emires, la gran Bucaria fué subyugada. Timur á los veinticinco años de edad formó el proyecto de derribar al usurpador. No tenia entonces mas fuerzas que [redacted] opinion: su nombre, ilustre ya por sus numerosas azañas, hizo que se le reuniesen los emires principales y que jurasen favorecerle. Siete dias los esperó inútilmente en las montañas de Samarcanda: el kan de Kasgard habia descubierto y minado la conjuracion: sus tropas persiguieron á Timur, que se retiró á un desierto con sesenta tártaros.

Allí le acometieron mil jetas, los rechazó, y mató un gran número de ellos; pero la muerte de casi todos sus compañeros fué el precio de esta victoria, y no le quedaron mas que siete. Perseguido de nuevo, fué alcanzado, preso y encerrado en un castillo con su mujer. Timur rompe las puertas de su prision; y pelea solo contra los soldados

que le guardan. Su intrepidez escita la admiracion del jefe de esta tropa. Aprovéchase de su sorpresa ó de su jenerosidad, se escapa, atraviesa el Oxo, y durante muchos meses arrastra en los desiertos el peso de la ecsistencia errante de un proscrito.

Estendióse la noticia de su muerte, que se creyó por muchos dias. El vencedor de Bucaria gobernaba este pais con tiranía: algunos emires, cansados de la opresion, toman las armas, tres de ellos reunen algunas tropas: al llegar cerca de las fronteras en un canton que no conocian, piden guias. Un mogol se les presenta: este era Timur, y la aparicion del éroe, que creian muerto, es un presajio seguro de la victoria. Tamerlan, que imitó á César en la rapidez de sus conquistas, y en escribir las memorias de sus guerras, cuenta de este modo cómo volvió enmedio de sus antiguos compañeros. «Al verme hacen estremos de alegría: apéanse de los caballos, se arrojan á mis pies, besan mis estribos. Yo, no menos enternecido que ellos, bajo de mi caballo, los estrecho entre mis brazos, pongo mi turbante en la frente de uno de ellos, echo mi banda al cuello de otro, doy mi vestido al que le seguia, é invocamos todos juntos al señor del cielo. Despues los llevé á mi asilo, y celebramos la reunion con un alegre banquete: la esperanza y la libertad embellecian á nuestros ojos el desierto.»

No tardó en aumentarse el número de estos valientes, y acudieron muchas tribus á sus banderas. Timur, al frente de un ejército crecido, entra en su patria: vence y dispersa las tropas del usurpador: Bucaria es libertada por su valor, y sus iguales le elijen por jefe. Al principio le dieron por coléga á Hussein, ermano de su mujer; pero la division del poder produjo las acostumbradas desavenencias, que entre los tártaros casi siempre se terminan con la cimitarra. Hussein pereció; y las tribus reunidas en un curaltay, ó *dieta*, proclamaron emperador á Tamerlan. Tenia entonces treinta y cinco años. Aunque dueño del supremo poder, tributó omenaje á la memoria de Jenjis, dando el titulo de kan á un oficial de su ejército que descendia de aquel conquistador. Este fué el principio de la vida militar y política del famoso Timur Bek; que en pocos años llenó la tierra de su fama, y añadió veintiseis coronas

á la de Zagatay. Este nombre dieron los mogoles á la gran Bucaria, en memoria de Zagatay, primer emperador mogol de aquel pais.

Karasm y Candahar fueron sus primeras conquistas: despues emprendió la de Persia. Ibrahim, príncipe de Schirvan, destruidos sus ejércitos, tuvo que postrarse en las gradas del trono de Tamerlan. Habia prometido al vencedor un tributo de nueve esclavos, y no le presentó mas que ocho; y como el emperador le advirtiese la falta, «yo soy el noveno,» dijo el adulador coronado. Su bajeza recibió por premio la sonrisa del desprecio.

Toda Persia cayó bajo el dominio de Timur; pero la batalla que consumó la conquista, faltó poco para que diese fin á sus espediciones. Mansut, príncipe perse, el menos poderoso, pero el mas valiente de sus enemigos, se arroja con cuatro mil jinetes entre las filas del ejército mogol, lo atraviesa, derriba á todos los que le resisten, llega hasta donde estaba el emperador, y no murió sino despues de haber destrozado con su cimitarra el yelmo de Timur.

Este se apoderó de Ormuz, Bagdad y Edesa, y penetró en las tierras de los turcos para vengarse del socorro que Bayazeto habia dado á los jetas. La narracion de estas conquistas forma una grande historia: como un torrente se aumenta con las aguas de todos los terrenos que devasta, así el éroe tártaro, aumentando contínuamente sus fuerzas, se hizo dueño en poco tiempo de todos los paises que ciñen el mar Caspio. Entró en Rusia, y Moscou le vió delante de sus murallas: esta ciudad iba ya á caer en su poder, cuando atenciones de mayor consideracion le hicieron volver á las provincias meridionales de su imperio; pero los supersticiosos moscovitas creyeron milagrosa su libertad, y la atribuyeron á una imájen de la Vírjen que miraban como su paladion.

Entregó á las llamas la ciudad de Astracan que se habia rebelado: propuso á su ejército la conquista de la India: los tártaros murmuraron, como los macedonios, de una espedicion tan lejana; pero Timur venció su resistencia, haciendo que un fanático, á quien los mogoles creian inspirado, les anunciase conquistas fáciles y un inmenso botin. La supersticion superó al temor.

Timur siguió al principio las

huellas de Alejandro y atravesó el Indo; pero pasando mas allá de los límites donde se detuvo el éroe macedon, siguió su marcha victoriosa hasta Deli, destruyó el ejército inumerable del sultan Mamud, le obligó á uir, entregó sus estados al saqueo, pasó el Ganjes, costeó el Imalaya, atravesó el Tibet, y volvió á Samarcanda, su capital, cargado con todas las riquezas del Oriente.

Habia llegado á los sesenta y tres años de edad, sin que la vejez hubiese resfriado su ardor. La fama de las conquistas de Bayazeto llegó hasta él cuando se hallaba en las riberas del Ganjes. La gloria de este rival era el torcedor de su orgullo: apenas permite á sus guerreros tomar un breve descanso en Samarcanda. El Oriente sometido no basta á su ambicion, y emprende la conquista del Asia occidental. Su proclama anuncia á los tártaros que han de pelear todavia siete años lejos de sus ogares. Al frente de su numeroso ejército entra en Jeorjia y la somete, desapareciendo así el intervalo que separaba á los mogoles de los otomanos. Estos dos pueblos eran ya vecinos, rivales y enemigos. El Eufrates les partia límites, pero inciertos, motivo perpétuo de rencillas y combates.

Otro pretesto especioso de querella eran los ausilios que daba cada uno á los rebeldes y descontentos del otro; pero la verdadera causa de la enemistad era que Timur no podia sufrir á un igual, ni Bayazeto á un superior. Una correspondencia epistolar de injurias fué el preludio de la guerra. «Sabes, decia Timur á Bayazeto, que las armas me han hecho señor de Asia. Los monarcas de estos paises están respetuosamente ó esperando á mis puertas en fila, ó postrados ante mi trono. La fortuna misma, vencida por mí, no tiene ya que hacer sino velar por mi prosperidad. Tú, engañado por el prestijio de una falsa grandeza, te crees éroe, porque has logrado algunos triunfos oscuros de los miserables búlgaros, de los úngaros desconocidos en todo el mundo, y de los griegos afeminados. Solo el favor del profeta te ha dado la victoria de esos miserables cristianos. Tu zelo por nuestra relijion y tu obediencia al Coran me inspiran algun miramiento para contigo, suspenden mi acero levantado ya para erirte, y me impiden, destruyendo tu pais, derribar ese baluarte de

los musulmanes. Te aconsejo que uses de mi piedad: abre los ojos: desarma con tu sumision y arrepentimiento el rayo que te amenaza. Piensa que ante mí no eres mas que un insecto: si irritas á mis elefantes, te aplastarán con sus pies.»

Bayazeto respondió á estas injurias con amenazas no menos arrogantes, y con una relacion pomposa de sus victorias. «Las debo, decia, á solo mi valor: tú no has conseguido las tuyas sino por la traicion ó por la cobardía de tus enemigos. Sé que traes contigo un ejército innumerable; pero ¿qué pueden las frájiles saetas de tus tártaros, siempre dispuestos á uir, contra las cimitarras de mis invencibles jenízaros? En vano te quejas de la proteccion que concedo á los desgraciados príncipes que quieren sustraerse á tu tiranía. ¿Te atreverás á venir á buscarlos en mis tiendas? Arrostrar mi enojo es correr á la muerte. Aléjate de Erzerun y de las riberas del Eufrates: estos paises son mios. Si te pagan los tributos que me deben, iré á recobrarlos á las murallas de Tauris y de Samarcanda. Tus amenazas no escitan en mí sino el mas profundo desprecio. Te desafío al combate: si me ves uir de tí, consiento en que me roben tres veces todas mis mujeres. Si no tienes valor para esperarme en la llanura, condénate á que tus esposas no vuelvan á tu lecho, sino despues de haber entrado tres veces en el de un estranjero.» A estos groseros carteles se siguió en breve una guerra furiosa.

Timur, despues de muchos asaltos inútiles, se apoderó de la plaza de Sivas. Indignado de la pertinaz resistencia que habian hecho cuatro mil armenios de la guarnicion, mandó enterrar vivos á estos infelices, cuyo único delito era el valor y la fidelidad. Antes de marchar contra Bayazeto, conquistó á Fenicia y Palestina, invadió el Ejipto, venció á los mamelucos, entró vencedor en Menfis, y volvió despues á Siria. Tomó á Alepo, y sabiendo que los musulmanes celosos se indignaban de ver á los discípulos de Mahoma destrozarse unos á otros en vez de unir sus armas contra los cristianos, y que le acusaban de impiedad, preguntó á un doctor sirio, cuáles eran los verdaderos mártires, los turcos ó los mogoles, en aquella guerra de maometanos.—El doctor respondió: «Solo la intencion con que pelean puede decirlo.» Timur, no contento con una respuesta

tan sutil le replicó: «El cielo ha quitado la duda. No hago mas que obedecer sus órdenes. Un viejo, cojo y decrépito como yo, ¿podria conquistar la tierra si no fuese instrumento del Altísimo?»

Los hombres que mas ultrajan la justicia con sus acciones, se creen sin embargo obligados á tributarle omenaje con sus palabras. Timur al mismo tiempo que asolaba el mundo, esaltaba siempre su moderacion y la ambicion de sus enemigos que le obligaba á guerrear: se jactaba de ser umano, cuando la sangre corria, por órden suya, en las ciudades que conquistaba. Un numeroso ejército ejipcio vino en socorro de Siria: los mogoles lo dispersaron, y entregaron á las llamas á Alepo y Damasco.

Tamerlan, despues de haber subyugado muchas provincias, penetró con ochocientos mil hombres en Natolia, ocupó á Cesárea, y acometió á Ancira, llamada Anguri por los turcos. En las llanuras de esta ciudad se presentó Bayazeto al frente de cuatrocientos mil otomanos, á dar una batalla decisiva á su formidable rival. Aquel campo famoso parecia destinado á umillar y ensalzar la gloria de grandes éroes: en el venció Pompeyoá Mitrídates. La fuerza y valor de los jenízaros, y la impetuosidad de los spahis habian bastado hasta entonces á Bayazeto para hacerle vencedor de los griegos, búlgaros y úngaros. Aora tenia que pelear con un enemigo que le presentaba tropas disciplinadas, una caballería diestra en las evoluciones, y una táctica ábil, aprendida en treinta años de esperiencia.

Tamerlan fué de todos los conquistadores bárbaros el único que hizo la guerra con arte. Su ejército estaba dispuesto metódicamente en muchas líneas que se apoyaban unas á otras. En todas las batallas que dió, dirijia casi siempre sus ataques por escalones contra el centro enemigo. Dado el primer choque, el cuerpo de batalla renovaba este ataque, y despues de un largo combate se valia de una fuerte reserva, para reparar el desórden ó completar la victoria.

Jamás tuvo una lucha mas terrible que en esta jornada: habia de ambas partes igual valor y fanatismo, igual sumision á los decretos de la suerte, igual confianza en la fuerza de sus armas. Entrambos ejércitos se creian igualmente famosos por sus triunfos anteriores; pero el

tártaro llevaba hasta el entusiasmo la admiracion y la lealtad á su jefe: el de Bayazeto, al contrario, estaba propenso á la sedicion.

En vano el sultan redobló sus esfuerzos para animar á los suyos con el ejemplo: en vano cumplió en este trance todas las obligaciones de soldado y de jeneral. Al primer choque se halló debilitado su ejército por la culpable defeccion de su hijo Soliman, que se alejó del campo de batalla con el cuerpo que estaba á sus órdenes. Los tártaros ausiliares que servian en sus banderas, secretamente sobornados por los emisarios de Tamerlan, desertaron y se pasaron al enemigo: las tropas levantadas en Natolia imitaron su ejemplo. Bayazeto, escediéndose á sí mismo, reparó algun tiempo estas pérdidas con prodijios de valor: los coraceros griegos ausiliaron su denuedo, y rompieron las primeras líneas del enemigo; pero la fuga simulada de los mogoles engañó su fogosidad, los persiguieron con demasiado ardor, se desbandaron, se hallaron sin retirada, y oprimidos por el número, perecieron todos gloriosamente.

Ya no le quedaban á Bayazeto mas tropas que sus valerosos jenízaros rodeados de un ejército inmenso. Opusiéronle una resistencia digna de su fama: semejantes á una muralla fortísima, fueron necesarios repetidos asaltos para derribarlos, y el gran número de los muertos ilustró su derrota. Bayazeto habia procurado mil veces morir entre ellos; mas cuando los vió perdidos uyó. El kan de Zagatay salió tras él, le alcanzó, y lo hizo prisionero. Esta gran victoria entregó á Tamerlan toda el Asia menor. Bursa y Nicea le abrieron las puertas: Smirna, que se defendió fué tomada por asalto.

Magnanimidad de Timur.— Bayazeto, vencido, fué llevado á la presencia de Timur. El emperador tártaro salió á recibirle, le dió la mano, y le hizo sentar á su lado. «Tú mismo, le dijo, has dictado y sufrido la sentencia de la fortuna. Tu desgracia es obra tuya: te han picado las espinas del arbol que plantaste. Estimando tu eroismo y tu celo por la relijion, deseaba, no solo no hacerte daño, sino tambien ausiliarte, y unir mis armas con las tuyas contra los cristianos. Has protejido á mis enemigos, violado mis derechos, burlado mis amenazas y despreciado mi amistad: por

tu culpa me he visto obligado á levantar la espada contra tí, y á entregar tu imperio á mis invencibles soldados. Me has mostrado con bastante claridad cuál hubiera sido mi suerte y la de los mios en el caso de ser tú el vencedor. Pero nada es mas despreciable á mis ojos que la venganza: no temas, tu vida está segura; y ¡ojalá esta clemencia pudiese ser paga de los beneficios que debo al Altisimo!»

Dicho esto, entregó al sultan su mujer Espina, su hijo Musa, y su hija: Bayazeto los abrazó, derramando lágrimas amargas, y guardó delante de su vencedor un silencio triste y feroz. Timur mandó que se tributasen á estos príncipes desgraciados los onores debidos á su dignidad. Cuando llegó á Bursa celebró su victoria con magníficas fiestas. Enmedio de estas solemnidades llamó ante sí á su ilustre cautivo, le dió un cetro, le puso la corona en la cabeza, y le prometió restituirle el trono; pero Bayazeto, aunque derribado desde la gloria mas sublime en el cautiverio, desechó como un don odioso la corona envilecida y el cetro tributario que se le dejaba. Su enojo era mas difícil de domar que su ejército. El vencedor no pudo mitigarlo: el orgulloso sultan miraba como un nuevo insulto los beneficios de su enemigo, y no correspondió á ellos sino con injurias. Tamerlan le envió algunos dias despues alcones y un equipaje de cetrería: Bayazeto, irritado por el infortunio, creyó que este regalo era un ultraje hecho para recordarle la ociosidad á que ya estaba condenado, y asi dijo al oficial que se lo presentaba: «Dí á ese tártaro, tu amo, que acepto su regalo. La caza en efecto es una diversion de reyes, y me conviene mucho mejor que á un bandido como él.»

La altivez insultante y la violencia ostinada de Bayazeto acabaron con la paciencia de Timur Bek. Dejó de ser jeneroso, y se mostró feroz, si es cierto lo que cuentan, á saber: que encerró á Bayazeto en una caja de hierro, la cual iba siempre en su comitiva; y que muchas veces mandaba sacarle de ella para ultrajarle, sirviéndose de su cuerpo como de escabel para montar á caballo; y que, por colmo de ignominia, hacia que la sultana y su hija le sirviesen en los banquetes medio desnudas.

Muerte de Bayazeto.—(1403) Estas atrocidades, que degradan mas al tirano que á la víctima,

han parecido fábulas á Voltaire y á otros escritores modernos que las atribuyen al odio de los historiadores turcos y griegos. Cantemir nada dice de ellas, y muchos autores hablan solamente del recibimiento onroso que hizo el vencedor á su cautivo. Lo cierto es que la vergüenza y el pesar terminaron los dias de Bayazeto en la provincia de Pisidia, nueve meses despues de su derrota.

Tamerlan onró su tumba con algunas lágrimas, le celebró magníficas ecsequias en la ciudad de Bursa, hizo grandes regalos á su hijo Musa, y le dió el trono de Natolia.

La caida de Bayazeto libertó á Constantinopla de un gran peligro, y causó el mayor júbilo á los griegos y á los francos. Manuel envió embajadores á Timur, y este le prometió su proteccion. Los descendientes de Constantino habian llegado á tal abatimiento, que la palabra proteccion no era un insulto para ellos. Sin embargo, hubieran sentido el peso de esta peligrosa amistad, si Termelan hubiese podido venir á Constantinopla, como era su intencion; pero no tenia armada, y el Bósforo detuvo su marcha. Soliman, que estaba en Tracia, imploró su clemencia, y recibió de él la investidura de Romanía.

Los emperadores Manuel y Juan le reconocieron por soberano, y le juraron obediencia. El imperio de este dichoso conquistador se estendió desde el Irtish hasta el golfo Pérsico, y desde el Ganjes hasta el Archipiélago. Posesiones tan vastas eran sin embargo demasiado estrechas para su ambicion ilimitada. Estando en sus reales en el Asia menor, concibió el proyecto jigantesco de conquistar la China y la Europa, y derribar, segun decia, los ídolos de la primera y la cruz de Roma.

MUERTE DE TIMUR BEK.—(1405) Dejando la ejecucion de este designio para el año siguiente, volvió á Tartaria, concluyó la conquista de Jeorjia, apaciguó las turbulencias de Persia que se habia rebelado, y entró triunfante en Samarcanda. Allí recibió los embajadores de Ejipto, Arabia, India, Grecia, Rusia y España. Celebró con mucha solemnidad los matrimonios de de seis nietos suyos. Las fiestas fueron tan espléndidas como brillantes habian sido sus conquistas. Ninguna festividad, ni aun en Roma, estuvo adornada de mas trofeos. Timur fué grande en sus diversiones como en

sus empresas. Tuvo por convidados en el banquete nupcial á todo el pueblo y todo el ejército mogol. Una amnistía sin escepcion hizo jeneral en todo el imperio la alegría de las bodas. Timur, infatigable en las marchas mas penosas, se cansaba pronto del sosiego. Tomando de nuevo las armas, se puso en marcha al frente de su ejército para invadir la China; pero estando yo á cien leguas de su capital, desvaneció la muerte los nuevos sueños de su ambicion, y encerró en breve sepulcro aquel coloso, á quien venia estrecho el mundo entero. Falleció á los setenta años de edad y treinta y cinco de reinado.

Su nombre, que resonó con tanta gloria en Oriente y Occidente, espanta todavía la imajinacion de los hombres. Sus pueblos, conducidos por él á la victoria en el intervalo de treinta años, ilustrados por sus azañas, y enriquecidos por sus conquistas, le admiraron sobradamente para juzgarle con imparcialidad. Por otra parte, el terror que inspiraba á sus enemigos hizo que le tuviesen por un mónstruo. La posteridad, mas imparcial, rindiendo omenaje á su vastísimo jenio, y á su amor á las ciencias, artes y letras, desconocidas hasta entonces en Tartaria, le concede un lugar eminente entre los grandes capitanes y los monarcas ábiles; pero tambien colocará siempre en la primer clase de los azotes del mundo al guerrero feroz que hizo levantar en Bagdad una columna compuesta de ochenta mil cráneos umanos: con este monumento atroz se consagró Timur á sí mismo á la ecsecracion de los siglos.

Guerra civil entre los hijos de Bayazeto. — (1408) Libres los príncipes otomanos, de la presencia y del yugo de los mogoles, disputaron con las armas la sucesion de su padre Bayazeto. Estas disensiones entre Isa, Soliman, Musa y Mahomet, ofrecieron al emperador Manuel una ocasion favorable para recobrar la independencia y gloria de su trono; y como era ábil y valiente, se aprovechó de ella.

Isa, el mayor de los hijos de Bayazeto, se apoderó de algunas provincias. Soliman, temiendo y envidiando sus progresos, imploró la asistencia de los griegos, y la compró cediendo, ó mas bien restituyendo al imperio las provincias de Tracia, Tesalia y Morea. Estraña vicisitud de las cosas umanas! Ma-

nuel, que poco antes vasallo, tributario y reen, era llevado como cautivo en los ejércitos de los orgullosos musulmanes, vió á sus pies, á un sultan solicitando su alianza.

Soliman, con el ausilio de los griegos, marcha contra Isa, le vence, y le da muerte; mas no gozó en paz mucho tiempo de este triunfo cruel. Musa, socorrido por los búlgaros y servios, declaró la guerra á él y á los griegos, les quitó á estos la Tracia, y se apoderó de Andrinópoli. Este peligro comun estrechó la alianza entre el emperador y el sultan. Soliman casó con una sobrina de Manuel, y entrambos reunidos vencieron á Musa. [illegible] premio de este triunfo los griegos volvieron á ser señores de Jonia y de otras muchas ciudades de Asia. La felicidad de Manuel fué turbada entonces por la muerte de Teodoro, su ermano, á quien los lacedemonios querian mucho por su valor y sus virtudes: el emperador pronunció su oracion fúnebre. Manuel mostró siempre el injenio de un griego y la intrepidez de un romano.

El imperio recobraba muchas provincias; pero pobres y desiertas. Para socorrer la penuria del tesoro fué preciso vender la ciudad de Patras á los venecianos. Manuel no olvidaba en su prosperidad el acojimiento y socorro que halló en Francia cuando era desgraciado. No pudiendo manifestar su gratitud á los franceses con regalos magníficos, les ofreció curiosos y útiles, y envió á los benedictinos de san Dionisio las obras de Dionisio el areopajita.

La tranquilidad de que gozaba el imperio no fué de larga duracion. Durmióse Soliman en el seno de la victoria; y mientras, olvidado de la guerra, se entregaba á la disolucion en su harem, Musa, con el ausilio de los válacos, le atacó de nuevo, y derrotó y dispersó su ejército. En este peligro, Soliman, fundando su esperanza en los consejos y actividad de Manuel, partió á Constantinopla para buscar en su corte socorros ó asilo; pero en el camino fué asesinado por unos traidores, que llevaron su cabeza á su ermano.

Musa por este omicidio se vió emperador de los otomanos: hizo guerra á los griegos, tomó á Tesalónica, y marchó para sitiar á Contantinopla con todas sus fuerzas. Un nuevo incidente alejó de la capital el peligro que le amenazaba. Mahomet, el me-

nor de los hijos de Bayazeto, arboló en Amasia el estandarte de la rebelion. El activo Manuel, que habia resistido valerosamente á los asaltos de Musa, al mismo tiempo que Juan Paleólogo derrotaba con su escuadra la de los otomanos, se aprovechó de esta nueva insurreccion para enflaquecer á sus enemigos dividiéndolos: prome[illegible] su apoyo al príncipe rebelde, va á recibirle á Scútari, y le lleva á Constantinopla; la suerte les fué contraria, y perdieron una batalla que dieron á Musa. Pero habiendo recibido refuerzos, atacaron las ciudades que estaban por Musa en la playa del Ponto Euxino; Musa marchó á su encuentro, y el puñal de un asesino terminó su reinado y su vida.

Mahomet I, sultan de los otomanos. — (1413) Ya sin rivales, subió Mahomet al trono, y reunió pacíficamente bajo su señorío todas las provincias y fuerzas del imperio otomano. Sincero en su gratitud, envió embajadores á Manuel para asegurarle que debiéndole la corona, no olvidaria nunca sus beneficios: y que mientras viviese, tendria por obligacion manifestarle la obediencia de un hijo á su padre.

Esta feliz revolucion mudó la fortuna del imperio. Manuel aprovechó la ocasion, restableció el órden en las provincias, juntó los restos esparcidos de su poder, y obtuvo de su aliado nuevas restituciones. La justicia recobró su vigor, la agricultura su actividad, y el comercio su libertad; pero esta ventura fué muy efímera. Un hombre de jenio podia entonces, favorecido de la suerte, estender y levantar el imperio, mas no volverle su vigor. Las costumbres estaban destruidas, afeminadas las almas, y no habia virtudes públicas, que son el espíritu de la vida para los estados.

Guerra de Mahomet contra los venecianos. — (1416) Lejos Mahomet de imitar á sus crueles y belicosos predecesores, mostró á los otomanos el raro fenómeno de un sultan pacífico y tolerante. Sus enviados anunciaron á los caballeros de Rodas, que Mahomet recibia bajo su proteccion á todos los cristianos. Solamente los venecianos fueron objeto de su odio: le habian ultrajado antes de que ascendiese al trono, y les hizo una guerra implacable.

Falso Isa entre los otomanos. — (1419) La suavidad de su gobierno no le libertó entera-

mente de turbulencias: un impostor, finjiendo ser Isa, hijo mayor de Bayazeto, se sublevó, tuvo partidarios, reunió tropas, fué vencido, y se refujió á Tesalónica: Manuel rensó entregarle al vencedor; mas no por eso se alteró la amistad que el sultan le tenia, antes bien de allí á poco tiempo vino Mahomet á Constantinopla á hacer una visita al emperador. Los cortesanos griegos, que confundian la perfidia con la política, aconsejaban á Manuel que le prendiese para obligarle á ceder algunas provincias: Manuel despreció sus consejos, y recibió á Mahomet como si fuese un ermano.

AMURATES II, SULTAN DE LOS OTOMANOS. — (1421) Solo la muerte rompió la union de estos dos príncipes. La fortuna no tardó en destruir la paz efímera de que gozó el Oriente por su amistad recíproca. Mahomet murió súbitamente de un ataque de aplopejía. Sus visires ocultaron su muerte hasta que llegó á Prusa Amurates, su hijo mayor, y fué proclamado sultan.

Manuel pretendia, que segun las intenciones de su amigo Mahomet, se le confiase la tutela de los ermanos menores de Amurates. Era fácil prever que este no vendria en ello: el emperador recibió una respuesta insultante, como esperaba, y le sirvió de pretesto para introducir un nuevo fermento de discordia entre los turcos.

SITIO DE CONSTANTINOPLA POR AMURATES. — (1423) Los jóvenes príncipes otomanos estaban á la sazon en Constantinopla. El emperador proclamó sultan á Mustafá, que era uno de ellos, y le dió tropas. Una parte del ejército turco se declaró en favor suyo: Mustafá, ausiliado por los griegos, se apoderó de muchas provincias, y tomó á Gallípoli. Pero deslumbrado con el orgullo del primer triunfo, miró como una servidumbre los socorros de Manuel: fué ingrato apenas adquirió fuerzas, se indispuso con el emperador, y despidió á los griegos. Pronto recibió el castigo de su imprudencia: sus mismos oficiales le entregaron á Amurates.

DESCUBRIMIENTO DE LA PÓLVORA. — El sultan, libre de esta guerra intestina, revolvió con todas sus fuerzas contra Manuel, y sitió á Constantinopla, prometiendo á sus tropas el saqueo de esta ciudad, y el señorío de ella al primer guerrero que subiese á la muralla. Habíase visto poco antes en Europa un descubrimiento grande y

fatal, que mudó en breve el arte de la guerra, el destino de los monarcas y el de los pueblos. Un fraile franciscano, segun la opinion vulgar, mezclando azufre y salitre para hacer esperiencias físicas, habia forjado el rayo de la guerra, mas temible y omicida que el del cielo (1). En la época del sitio de Constantinopla por Amurates, se oyó en Oriente el estampido formidable del primer cañon.

Un jenovés, llamado Adorno, enseñó á los musulmanes á usar de esta arma nueva contra los muros de Constantino: el estruendo asustó á los griegos, mas no abatió la firmeza de Manuel. Su actividad y ejemplo resucitaron el antiguo valor: hombres, viejos, mujeres, hasta los niños se armaron. Los griegos cansaron con sus frecuentes salidas la constancia de los sitiadores, y Amurates levantó el cerco. La industria del emperador no contribuyó á este triunfo menos que sus armas. Habia enviado al Asia á Mustafópulo, ermano menor de Mustafá: este príncipe, escitado por él, reunió muchos partidarios, sublevó algunas provincias, y hasta las ciudades de Bursa y Nicea se declararon en su favor. Amurates volvió á Natolia, le dió batalla, le venció, y lo mandó aorcar.

Muerte de Manuel. —(1425) Fatigado Amurates de tantas guerras y sublevaciones, y deseoso de sosiego, hizo la paz con Manuel. El emperador casi solo

(1) Dícese que el infernal secreto de la pólvora, fué encontrado por Bertoldo Schwartz, franciscano químico, natural de Friburgo, llamado el *Monje negro*. Asegúrase al menos, que fué el primero que enseñó el uso de la *pólvora* á los venecianos en 1380, durante la guerra que tuvieron con los jenoveses.

Pero lo que se atribuye á un franciscano del siglo XIV, puede con igual verosimilitud convenir á Rojerio Bacon, franciscano, que vivia en el siglo precedente. Este ábil relijioso, en su tratado *De nullitate magiæ*, publicado en Oxford en 1216, habla efectivamente de la esplosion de salitre encerrado en un globo, como una esperiencia familiar. De esta esperiencia á la de aumentar la actividad del salitre, uniéndole una materia combustible, no habia mas que un paso.

El mismo Bacon habla de fuegos artificiales, cuya impetuosidad imitaba los efectos de la *pólvora*. Este secreto era conocido desde mucho tiempo entre los chinos y orientales, y fué traido á Europa, segun la opinion de algunos, en tiempo de las cruzadas.

(Dictionnaire des Origines.)

habia salvado el imperio; pero conocia toda su flaqueza. Convencido de que el socorro de los príncipes latinos era el único medio de impedir su ruina inminente, envió embajadores á Roma para solicitar la reunion de las iglesias. Pero una terrible apoplejía terminó la carrera de su gloriosa vida, á los setenta y siete años de edad y treinta y cuatro de reinado. Valeroso, ábil, elocuente, fecundo en recursos, moderado en la fortuna, firme en el infortunio, Manuel probó que un hombre solo, dotado de gran carácter, puede sostener un imperio que se desploma.

FIN DEL TOMO DÉCIMONONO.

INDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO DECIMOQUINTO.

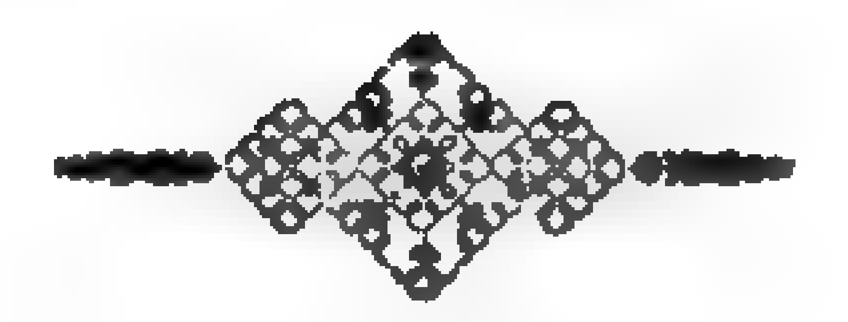
LIBRO DECIMOSESTO.

CONTINUA EL BAJO IMPERIO.

IMPERIO LATINO.

LIBRO DECIMOSETIMO.

SEGUNDO IMPERIO GRIEGO.

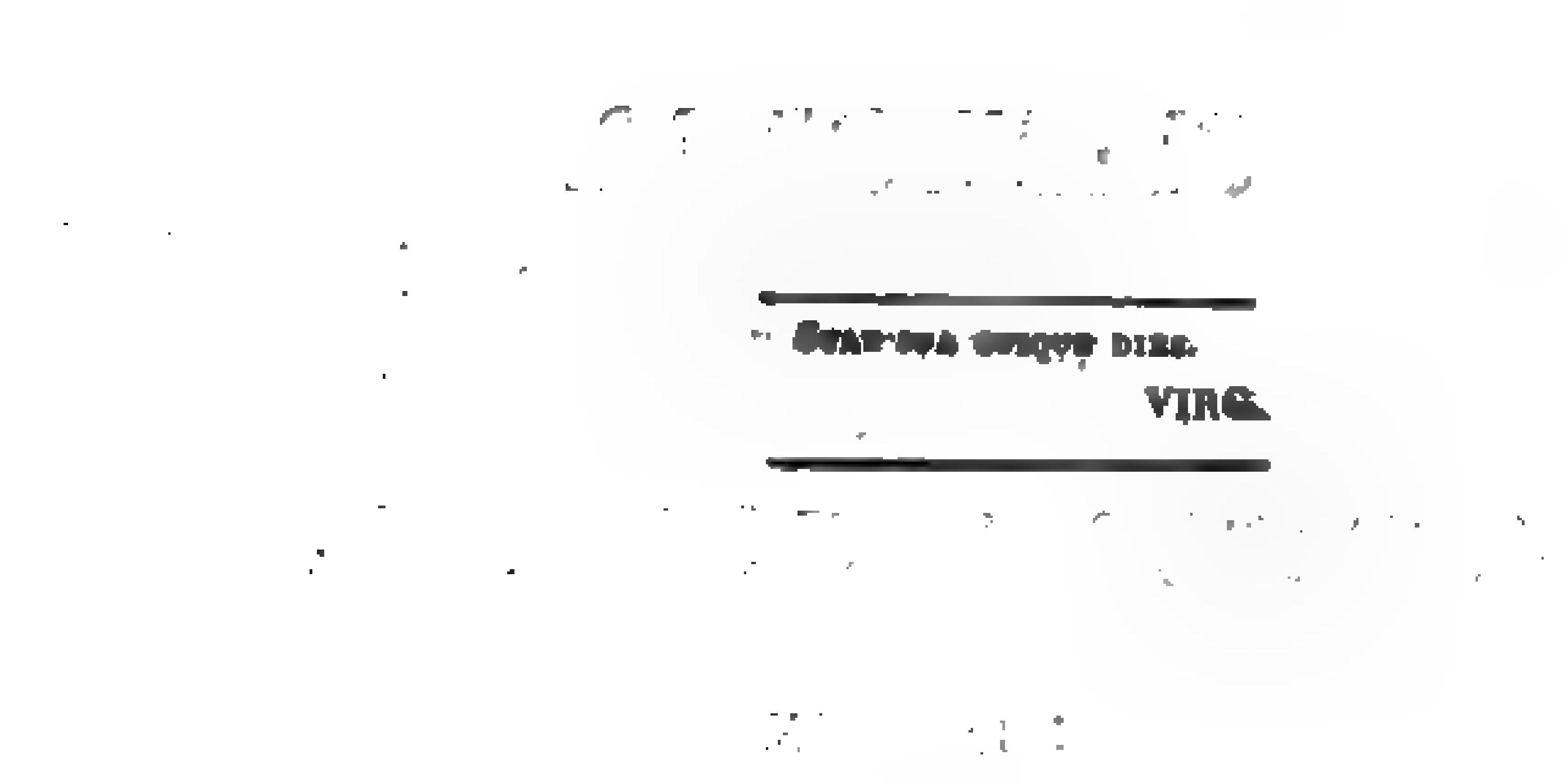


HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO XX.



Stat sua cuique dies.

VIRG.

HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIÓGRAFA,

BAJO LA DIRECCION DE

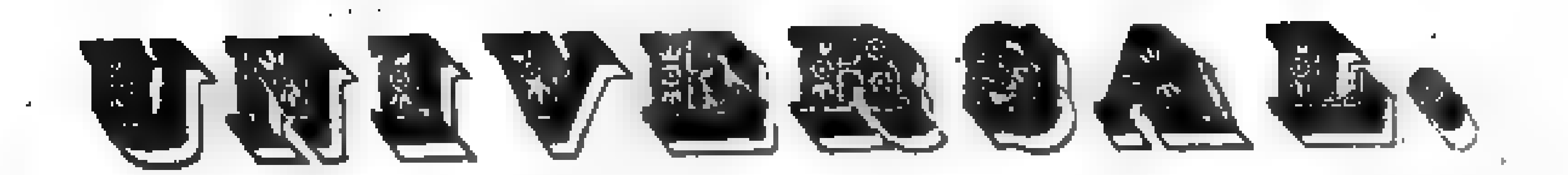
A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS, NACIONALES Y ESTRANGERAS.

MADRID:
1844.

Oficina del Establecimiento Central, calle de Atocha, núm. 65, cuarto principal.

HISTORIA



CONTINUA EL LIBRO DECÍMOSETIMO.

CAPITULO IV.

JUAN PALEÓLOGO II. CONSTANTINO PALEÓLOGO. TOMA DE CONSTANTINOPLA POR MAHOMET II. FIN DEL IMPERIO DE ORIENTE.

Débil reinado de Juan Paleólogo. — Su marcha al concilio de Ferrara. — Su vuelta á Constantinopla. — Guerra entre Amurates y Jagellon, rey de Ungría. — Azañas de Juan Corvino. — Azañas y perfidias de Scanderbec. — Tratado de paz entre Ladislao y Amurates. — Derrota y muerte de Ladislao. — Rejencia de Huniades en Ungría. — Guerra entre Constantino Dragóses y Amurates. — Muerte de Juan Paleólogo. — Constantino Paleólogo Dragoses. — Estado del imperio. — Muerte de Amurates, remplazado por Mahomet II. — Retrato de Mahomet. — Su acto de crueldad á su advenimiento. — Su respuesta insolente al emperador. — Tumulto entre los griegos á la llegada de un legado del papa. — Respuesta del sultan á los embajadores de Constantino. — Cerco de Constantinopla por los turcos. — Revolucion en la ciudad ocasionada por un fraile. — Preparativos ofensivos de Mahomet. — Invencion de un cañon estraordinario. — Combates subterráneos. — Triunfo de los sitiados. — Consternacion de Mahomet. — Su terrible juramento. — Empresa estraordinaria de Mahomet. — Discurso de Constantino. — Asalto jeneral. — Valor de Constantino. — Valerosa muerte de Constantino. — Toma de Constantinopla. — Fin del segundo imperio griego.

Débil reinado de Juan Paleólogo. — (1426) Pacíficamente heredó Juan la corona de su padre que lo habia asociado al trono poco despues de la batalla de Angurí (Ancira). Manuel habia

tenido de Irene otros hijos, á saber: Teodoro Paleólogo, príncipe de Selimbria, y déspota de Lacedemonia despues de la muerte de su tio: Andrónico Paleólogo, príncipe de Tesalónica: Constantino Dragoses, destinado por su desgracia á suceder á su ermano y á perecer con el imperio: Demetrio Porfirojénito, envidioso de sus ermanos, y una de las causas de la ruina de su familia; y en fin el príncipe Tomas, cuyos esfuerzos constantes se dirijieron siempre á restablecer y conservar la union en la familia imperial.

El primer acto del reinado de Juan probó su flaqueza, y presajió las calamidades que le son consiguientes. Compró una paz pasajera y la proteccion de Amurates, pagándole un tributo de trescientos mil espros, y cediéndole muchas plazas de las costas del Ponto Euxino. El ejemplo de sus predecesores, obligados por las circunstancias á umillaciones semejantes, no podia justificarle; pues su propia timidez le hizo adelantarse á recibir el yugo que Manuel sacudió tan gloriosamente.

Poco tiempo despues de su advenimiento al trono, la emperatriz Sofía Paleojina, su esposa, princesa de Monferrato, cansada de la aversion que su marido le mostraba, se embarcó secretamente para Italia (1427): los jenoveses favorecieron la evasion, y Juan se les manifestó mas agradecido que indignado. Sofía recibió en Venecia todos los onores debidos á su clase; pero en breve se desnudó de la púrpura, y se sepultó en un claustro, donde murió. María, hija del emperador de Trebisonda, le sucedió en el trono de Constantinopla, y supo inspirar á su esposo una pasion que duró hasta el fin de sus dias.

El príncipe Teodoro, impelido por su carácter inconstante ya al amor de las grandezas, ya al del retiro, formó el proyecto de ceder sus estados á los venecianos, y entrar en la órden de los caballeros de Rodas. Juan, para impedir este designio, partió á Morea con su ermano Constantino, á quien deseaba hacer dueño de aquella provincia; pero cuando llegó estaba ya resuelto Teodoro á conservar su principado, y Constantino solo pudo lograr que se le diese á Corinto con algunas otras ciudades del Peloponeso.

Este príncipe, buscando otro pábulo á su ambicion, se acercó á Patrás con algunas tropas, asaltó la ciudad, y fué derrotado,

abandonado de los suyos y erido; y quizá habría perecido en el combate, á no ser por el valor y fidelidad de Franzes, guerrero intrépido, ministro sábio y ábil negociador, cuya pluma nos ha trasmitido muy particularizada la historia de aquellos tiempos desgraciados.

Constantino, apenas sanó de sus eridas, reunió nuevas fuerzas y se apoderó de Patras (1429).

Esta miserable conquista irritó al sultan Amurates, y su venganza cayó sobre Tesalónica (1431). Andrónico Paleólogo, señor de este ciudad, acababa de cederla á los venecianos. El sultan la sitió y tomó por asalto; y despues se estendieron sus armas rápidamente por el Epiro, Etolia y Acarnania.

La Albania, defendida por sus montañas y sus valerosos abitantes, le detuvo en su marcha, y rechazó sus tropas. Venecia armó una escuadra contra los otomanos. Andres Mocénigo, que la mandaba, dió batalla á la de los turcos en el Helesponto, la desbarató al principio, la desordenó, y la hubiera destruido si le hubiesen obedecido mejor; pero en el momento que la victoria parecia segura, uyeron los venecianos poseidos de un terror pánico (1431). El valiente Mocénigo, abandonado, peleó solo algun tiempo contra muchos bajeles turcos que le rodeaban y cañoneaban con furor. En fin, viendo roto uno de sus mástiles, se retiró, intimidando de tal manera á los enemigos con el fuego sostenido que los hacia, que no se atrevieron á perseguirle; y así pudo decirse, que si la armada veneciana fué vencida, su almirante quedó vencedor.

El monarca de los musulmenes tenia aquella grandeza de alma que funda y eleva los estados, y mostró en el trono todas las virtudes que puede conservar un déspota y un conquistador. Sin creer los elojios esajerados que le prodigaron el entusiasmo de sus tropas y la adulacion de sus esclavos, es indudable que mereció gran parte de ellos. Cantemir y muchos historiadores del imperio de Oriente aseguran que siempre fué justo, relijioso y fiel á sus promesas. Los mismos vencidos, lamentando las violencias que ejercian los musulmanes contra los cristianos, justificaban al sultan, y las atribuian, no tanto á él, como á las costumbres del siglo y á la bárbarie de su pueblo.

Irritado de los reveses que

sus tropas habian sufrido en Albania, no tardó en vengarlos. Al frente de un poderoso ejército forzó los pasos de las montañas, se hizo dueño del pais, y obligó al rey Castrioto á reconocerle (1431) por soberano, á pagarle un tributo, y á darle en rehenes sus cuatro hijos, el último de los cuales llamado Scanderbec, fué en lo sucesivo el apoyo y vengador de su patria, y el último éroe cuya gloria haya ilustrado la Grecia.

Despues de esta conquista, Amurates, en vez de licenciar su ejército, lo acrecentó con nuevas tropas. Estos preparativos causaron á los griegos mucha inquietud, porque suponian que la intencion del sultan era cercar á Constantinopla; pero otra era entonces su solicitud (1435). Ibrahim, su cuñado, emir de Caramánia, buscaba el ausilio de los príncipes cristianos para conservar su independencia. Amurates invadió sus estados, y no le devolvió una parte de ellos sino cuando le hubo obligado á reconocer su autoridad.

Los servios, úngaros y búlgaros, enemigos ostinados del imperio durante muchos siglos, habian conocido tarde sus intereses, y procuraban entonces formar una liga poderosa para detener los rápidos progresos de la potencia otomana (1436). Deseoso Amurates de impedir esta reunion, acometió primero á los servios: el kralo Jorje no pudiendo resistir al torrente, cedió, abandonó al sultan la mitad de sus estados, y le dió por mujer á su ermana, esperando que la ermosura de esta princesa ganaria y suavizaria el corazon de Amurates. Las bodas se hicieron; pero con todos estos sacrificios solo pudo lograr una corta tregua de dos años.

Habiendo sabido el sultan que el kralo continuaba la negociacion con el rey de Ungría, marchó contra su cuñado, le venció, y segun el uso bárbaro de Oriente, mandó sacar los ojos á sus hijos. El infatigable sultan invadió despues á Ungría (1437); pero estraviado por un guia infiel, entró en unos desfiladeros donde los úngaros atacaron con ventaja, derrotaron su ejército, y le obligaron á retirarse.

Inmóvil el emperador de los griegos, pero no tranquilo en medio de estos sucesos, no se atrevia á tomar parte en ellos, previendo que los turcos, que por todas partes ceñian sus estados, rotas las barreras del Norte, caerian sobre su capital, y

no hallaba otro medio de salvacion sino la concordia de la iglesia griega con la latina, proyectada mucho tiempo antes, objeto recientemente de las negociaciones de Manuel, y único medio para incitar los príncipes católicos de Europa á armarse en favor del imperio. Sosteníase esta esperanza por las cartas del papa, y el ardiente deseo que mostraba de la reunion; y quizá se habria realizado, si los griegos, sin esperar estos ausilios lejanos, hubiesen buscado desde luego sus primeros recursos en sus armas y en su valor. La firmeza cuando es desgraciada, escita el interés; el temor atrae solo la compasion. La política de los príncipes rara vez es jenerosa; pues á menudo ausilia á la fuerza y abandona á la debilidad.

Además, el tiempo de la pasion ó de la locura de las cruzadas, habia pasado ya: todos los príncipes de Europa miraban con frialdad el santo sepulcro bajo la dominacion de los infieles; la corta duracion del imperio latino en Oriente les habia convencido que Constantinopla, como habia sucedido con Jerusalen, no podria defenderse; y su atencion entonces era á Polonia y á Ungría como las últimas barreras de Europa contra los otomanos.

Otras circunstancias concurrian tambien á inutilizar los deseos del emperador: la iglesia católica, á la que queria unirse, estaba ella misma despedazada con tenaces disensiones: el concilio de Basilea queria restrinjir la autoridad del papa, y aun llegó al punto de amenazar que le escomulgaria: muchos soberanos apoyaban al concilio, y Eujenio IV en vez de reinar en Roma pacíficamente, veia su pueblo sublevado. Los rebeldes, á instigacion del duque de Milan, le obligaron á uir del Vaticano. En fin, solo la corte de Oriente y un corto número de obispos consentian por política en la union: el resto del clero y todo el pueblo aborrecian á los latinos, detestaban al papa y miraban con orror un concilio que los sacerdotes fanáticos trataban de sacrilejio, de erejía y de impiedad.

Ni estas consideraciones ni los consejos prudentes de Sijismundo, aliado del emperador, pudieron disuadir á este príncipe de su viaje á Italia: el mismo Amurates le advirtió en vano los peligros que podia producir su ausencia. Dejando sin piloto el bajel del estado enme-

dio de las tempestades que le amenazaban, se embarcó para Italia con su ermano Demetrio, el patriarca José, los diputados de los patriarcas de Antioquía, Jerusalen y Alejandría, y otros muchos obispos.

Los padres del concilio de Basilea le instaron á que se declarase en su favor: desechó sus ofertas y convino con Eujenio que la reunion de las iglesias se tratase en otro concilio convocado en Ferrara.

El emperador desembarcó en Venecia, donde se le recibió con magnificencia. Aunque el imperio habia perdido en Oriente su grandeza y poder, siempre inspiraba cierta especie de respeto en el occidente europeo. En Grecia, vasallos los emperadores y tributarios de los sultanes, seguian su comitiva como esclavos: en Italia, al contrario, no se atendia en ellos sino á sus antepasados, á la dignidad de su clase y al esplendor de su corte. Al verlos se recordaban los nombres respetables de los Constantinos, Justinianos y Heráclios. Los títulos de césar y augusto habian perdido su poder, mas no su majestad. Semejantes á los monumentos de Cartago y Roma, sus ruinas inspiraban todavía veneracion.

El dogo y los senadores salieron á recibir al emperador de los griegos en un navío magnificamente adornado, llamado el *Bucentauro*. Brillaban en él por todas partes la seda, la plata y la púrpura, y los marineros estaban vestidos de brocado de oro. Despues de muchos dias consumidos inútilmente en banquetes y fiestas, pasó Juan á Ferrara con su comitiva. La astucia italiana y la vanidad griega disputaron mucho tiempo sobre el ceremonial. Roma triunfó; el papa esperó al emperador en la ciudad, y no se dirijió á él sino á la mitad de su abitacion. El emperador quiso arrodillarse ante aquel á quien sus predecesores nombraban, confirmaban, aprisionaban y deponian otras veces. Decidióse que en la iglesia estarian en dos tronos iguales. Hubo tambien grande desunion acerca de las ceremonias con que debia recibirse al patriarca. Este decia: «Yo trataré al obispo de Roma como á mi padre, si es mas anciano que yo: como á mi ermano, si es de mi edad: como á hijo mio, si es mas jóven.» Dióssele un asiento inferior al del papa y al del emperador, pero superior al de los demás padres del concilio.

Este sínodo fué menos numeroso de lo que se esperaba. El concilio de Basilea se negó á disolverse: ningun príncipe de Europa concurrió á Ferrara sino por medio de sus embajadores. Muchos de estos soberanos sostenian al concilio de Basilea contra el papa: otros estaban impedidos en sus estados con las guerras de sus vecinos. Nunca fueron las circunstancias menos favorables para mover la Europa en favor del imperio de Oriente y ceder á las órdenes del papa. Enrique VI, rey de Inglaterra, vacilaba sobre su trono, del cual fué derribado poco despues. Cárlos VII, rey de Francia, acababa de entrar en París, y solo entendia en arrojar de su reino á los ingleses, que lo habian ocupado y despues lo perdieron. El clero francés publicaba en Bourjes la pragmática sancion, conforme á los principios del concilio de Basilea, y totalmente contraria á las mácsimas ultramontanas.

En fin, este mismo concilio acababa de lanzar sentencia de deposicion contra Eujenio IV, y de elejir en lugar suyo á Amadeo, antes duque de Saboya: este antipapa tomó el nombre de Féliz V.

Juan, engañado en sus esperanzas sobre el objeto principal de su viaje, solicitó sin embargo la reunion de las dos iglesias. Los obispos griegos, que solo se prestaban por obediencia á la reconciliacion, prolongaron mucho tiempo las disputas con vanas cavilaciones.

Union de las iglesias griega y latina. — (1439) El emperador Juan, para mostrar su erudicion se mezcló muchas veces en disputas teolójicas. Las conferencias se interrumpieron por una peste que se declaró en Ferrara, y el concilio se trasladó á Florencia, donde duraron las sesiones hasta el año de 1442. La supremacía del papa fué reconocida. Los latinos probaron á los griegos con manuscritos que decian orijinales y con la autoridad de Basilio, que la iglesia de Oriente profesó en la antigüedad la misma doctrina que la de Roma, acerca de la procesion del Espíritu Santo. Los griegos, despues de haber procurado por algun tiempo eludir la cuestion diciendo «que el Espíritu Santo procedia del padre por el hijo, en vez de decir, como sus contrarios, del padre y del hijo,» se sometieron á la fórmula recibida en Occidente. Tampoco pusieron grandes dificultades en las cuestiones rela-

tivas al purgatorio; pero sin que se pueda comprender el motivo, se mostraron muy tenaces en la cuestion de los ázimos, la cual no pertenece al dogma sino á la disciplina. Al fin cedieron, la reunion se proclamó solemnemente, y el patriarca de Constantinopla, que falleció entonces, murió en la comunion romana.

Este triunfo poco durable y esta sumision, poco sincera, de los orientales, consoló á Eujenio de las rencillas que su propia iglesia le suscitaba. Para probar su reconocimiento á Paleólogo le dió socorros pecuniarios, le prometió una armada, y le aseguró que no cesaria de repetir sus ecsortaciones á los príncipes cristianos para que defendiesen el Oriente y la Ungría.

Despues de una ausencia de dos años, Paleólogo, cargado de induljencias, de bendiciones y de huesos santificados, pero desprovisto completamente de ausilios pecuniarios, se embarcó y y volvió á Constantinopla (1439). Al llegar encontró al pueblo y al clero sublevados contra él. Los obispos que le habian acompañado se vieron injuriados y amenazados por una multitud furibunda. Un grito jeneral se levantaba por todas partes gritando: «Córtense la mano que »ha firmado y la lengua que ha »proclamado esa reunion tan u»millante como impía.»

Un cambio cualquiera de relijion no es justificable sino por una íntima conviccion; los obispos del concilio aun no supieron conservar este mérito: intimidados por el descontento público, se confesaban bajamente culpables; y cuando se les preguntaban los motivos de lo que ridículamente llamaban apostasía, respondian: «¡Qué quereis! el miedo y la necesidad han dictado nuestras palabras. Hemos vendido cobardemente nuestra fé.»

En vano el emperador empleó la poca autoridad que le quedaba en imponer silencio á los descontentos. Marco, obispo de Efeso, los animaba, queriendo espiar con la ecsajeracion de su arrepentimiento su cooperacion á los actos del concilio. Muchos prelados, siguiendo su ejemplo, prolongaron los alborotos y el cisma, y se entregaron con mas ardor que nunca á su fanatismo por la pretendida lumbre del monte Tabor, que acababa de apagar la de su razon. Estas miserables querellas aflijieron la capital de Oriente hasta su último dia; y cuando el cañon

de los otomanos derribó sus murallas pocos años despues, el fuego de esta estraña discordia ajitaba los ánimos todavia entre los terrores de la ciudad arruinada.

Si en otros paises la iglesia cristiana ilustró á los hombres, suavizó las costumbres y civilizó á los bárbaros, en el Oriente produjo un efecto contrario. Los sacerdotes, ignorantes y supersticiosos, sumieron la antigua patria de las artes y de las armas en la anarquía de las sectas, en la esclavitud del poder absoluto, en las tinieblas de la barbárie. Interin en Oriente se derribaba de este modo el frájil edificio levantado por el concilio de Florencia, Eujenio IV erijia un monumento para eternizar la memoria de aquel: un bajo relieve, colocado por órden suya sobre una puerta de bronce, representaba la última sesion en que se habia proclamado el fin del cisma.

La política no trataba mejor al emperador que á la relijion, y mientras que el terrible Amurates afirmaba cada dia su poder, estalló una guerra civil en el seno del imperio. Demetrio, ermano del emperador, se habia casado en secreto con la hija del príncipe de Lésbos. Juan no quiso reconocer por válido este matrimonio, y Demetrio irritado se hizo del partido de los cismáticos, aumentó el número de los descontentos, les dió armas y marchó á su frente contra la capital. Amurates, dispuesto á fomentar todas las disensiones que podian acelerar la ruina de los griegos, dió socorros al príncipe rebelde; pero á pesar de ello, no pudo Demetrio penetrar en Constantinopla, y se redujo á talar las cercanías; hasta que en fin, la desercion de una parte de sus tropas le obligó á someterse y reconciliarse con su ermano.

Una familia dividida, un emperador sin fuerza y sin talento, un pueblo afeminado, sometido á un gran número de señores, y destrozado por disputas relijiosas, ofrecian una presa fácil al sultan de los turcos; y no se le habria escapado, á no haber alejado sus armas del Bósforo por largo tiempo una alianza formidable, y el valor de dos guerreros célebres. El kralo de Servia, resuelto á vengarse de la crueldad que privó de la vista á sus hijos, y del saqueo de sus estados, se puso bajo la proteccion del valiente Ladislao Jajellon, rey de Polonia y Ungría. Este monarca que buscó la gloria co-

mo un éroe, y que halló la muerte queriendo ser el antemural de Europa contra los otomanos, envió á los servios veinticinco mil hombres al mando del célebre Juan Corvino, por sobre nombre *Huniades*.

Este guerrero, cuyas azañas ilustraron su oscuro nacimiento, se habia hecho famoso en la guerra de Italia por las proezas que hizo bajo el título de EL CABALLERO BLANCO. Pasando despues al servicio de Ladislao, contribuyó eficazmente á sus primeras victorias, por las cuales consiguió reunir á la corona de Polonia la de Ungría.

Huniades, cayendo sobre los turcos con impetuosidad, los venció en muchos encuentros, los arrojó de Servia, y restituyó sus estados al kralo Jorje. Impaciente Amurates por vengar este revés, envió cuatro ejércitos, uno despues de otro, contra los úngaros: el terrible Huniades los esterminó á todos cuatro. Sin embargo, no siendo tan ábil capitan como soldado valeroso, debió sus victorias mas bien á su denuedo é impetuosidad que á sus movimientos militares. Su ardiente brio inflamaba el de sus tropas, y nada resistia á sus golpes. Persiguiendo á los turcos sin intermision, hizo en ellos tan espantosa carnicería, que mucho despues de su muerte, las madres otomanas amedrentaban á sus hijos con su nombre desfigurado, y todos uian en las aldeas al oir gritar: «Ahí viene Juan Lain» (*ó el Diablo*).

Reunido Ladislao á este valeroso capitan, entró en Bulgaria al frente de cien mil hombres, y llegó hasta Sofía, donde encontró al ejército turco, mas numeroso que el suyo. Muchos caballeros alemanes y franceses servian bajo las banderas de Jajellon. Huniades acometió á los musulmanes con su intrepidez ordinaria: el valor de los jenízaros le oponia una resistencia pertinaz; pero un suceso imprevisto decidió la suerte de la batalla.

El mas jóven de los hijos de Castrioto, rey de Albania, que estaba como reen en el palacio de Amurates, se habia criado en la relijion de Mahoma, y ganado el favor del sultan por su injenio y destreza, y sobre todo por su intrepidez. Desde su juventud se distinguió en los combates, y los turcos admiraron de tal modo su osadía y la fuerza estraordinaria de su brazo, que le llamaban Scanderbec, esto es, *el señor Alejandro.*

Engañado Amurates por la aparente fidelidad con que el jóven príncipe ocultaba sus proyectos de venganza, le confió empleos militares de suma entidad. En la batalla de Sofía mandaba Scanderbec un cuerpo de cinco mil jinetes que le eran adictos. En el momento que los dos ejércitos iban á decidir en el último choque la suerte de aquella jornada, Scanderbec pasa rápidamente con su tropa al ejército cristiano, y acomete por el flanco á los musulmanes. Esta defeccion y ataque repentino consternan y asustan á los otomanos: Ladislao y Huniades se aprovechan del desórden, desbaratan á los infieles y los persiguen hasta el monte Hemo que protejió su retirada. El rey de Ungría volvió triunfante á Buda, llevando consigo doce bajaes, cuatro mil prisioneros y nueve banderas. Un cuadro que mandó pintar, conservó el recuerdo de esta gran victoria y de las azañas de Huniades que se veia en la primer fila, con el traje de un éroe antiguo. Scanderbec, despues de la batalla, habiendo encontrado entre los cautivos á un secretario de Amurates, le obligó á escribir, firmar y sellar con el gran sello del sultan una patente que mandaba á la guarnicion de Croya, capital de Albania, entregarle esta plaza. Dueño del escrito, mandó dar de puñaladas al secretario y á los que le acompañaban. Así la traicion, el asesinato y la apostasía, fueron los primeros escalones que sirvieron á este éroe para subir al trono. La lejitimidad de la venganza y treinta años de gloria pudieron disculpar, pero no borrar estas maldades.

Sin perder tiempo, voló Scanderbec con los suyos á Croya: la guarnicion engañada le abrió las puertas: todos sus vasallos acudieron á ponerse á sus órdenes, y los estados de Epiro le reconocieron por jefe suyo. La fama de su nombre atrajo á sus banderas los aventureros mas intrépidos de Europa; y al frente de un ejército escojido que nunca pasó de ocho mil soldados de infantería y siete mil de caballería, aprovechándose ábilmente del valor de sus tropas y de la aspereza del país, resistió á las fuerzas inmensas de Amurates y Mahomet II, sorprendiendo sus destacamentos, cojió sus convoyes, derrotó sus ejércitos, evitó con diestras maniobras el choque de las masas, asombró á los otomanos tanto por la celeridad de sus

ataques, como por la abilidad de sus retiradas, luchó contra su poder, se mantuvo á pesar de ellos en posesion de Epiro, Macedonia y Albania, y adquirió tanta gloria en aquellos paises, poco célebres entonces, que la admiracion ecsajerada le comparó á Pirro y á Alejandro.

Sus cortos estados, defendidos por sus armas, sobrevivieron algunos años al imperio griego; pero en fin, obligado en su ancianidad á ceder á la fortuna del invencible Mahomet, buscó un asilo en Italia, y terminó sus dias en Liso, pueblo cercano á Venecia.

Cuéntase que Mahomet, en el intervalo de una tregua, le rogó que le enviase su terrible alfanje, creyendo que esta arma que habia dado muerte á dos mil musulmanes y cortaba de un tajo la cabeza á un toro, haria los mismos prodijios en otra mano. El ensayo que hizo, probó que aquel alfanje no se distinguia de los demás; creyó que el rey le habia engañado y se quejó. «Es que envié el alfanje, »respondió el albanés, pero no »el brazo.»

La victoria de Ladislao y Huniades resonó en toda Europa, despertó el valor y la emulacion de sus guerreros, hizo renacer la esperanza entre los griegos, y dió un golpe terrible al poder de Amurates. El papa Eujenio se aprovechó de estas disposiciones favorables para ecsortar á muchos principes cristianos á formar una nueva cruzada contra los musulmanes, mejor combinada que las primeras. Ibrahim, príncipe de Caramania, prometia favorecer las armas de los cruzados: todos los emires de Natolia se mostraban resueltos á sacudir el yugo del sultan; y mientras esta guerra interior hiciese pasar al Asia los ejércitos turcos de Grecia, Tracia y Bulgaria, entonces Ladislao, Huniades y Scanderbec, con el ausilio de los griegos, echarian á los otomanos de todos los paises que ocupaban aquende del Bósforo. Al mismo tiempo los bajeles y tropas de Rodas, Chipre, Jénova, Venecia y del duque de Borgoña, recorrerian el Archipiélago, recobrarian las islas conquistadas por los infieles, y libertarian las ciudades marítimas de Asia de su larga y odiosa esclavitud.

Consternado Amurates por su derrota en Sofía, por los movimientos que anunciaban una rebelion en Oriente, y por los preparativos que se hacian en Europa contra él, sometió pru-

dentemente su orgullo á la fortuna y propuso la paz á Ladislao.

En vano Huniades y Scanderbec se indignaron de un tratado que encadenaba su valor: en vano Juliano Cesarini, legado del papa, se oponia, en nombre de la relijion, á esta paz con los infieles: en la dieta de Sejedin se concluyó una tregua por diez años. Para obtenerla cedió Amurates á Epiro y Macedonia, y no conservó de sus conquistas recientes mas que una parte de Bulgaria. Para hacer mas inviolable la tregua, juraron su observancia los cristianos sobre los evanjelios y los turcos sobre el Coran.

Apenas se acababa de firmar el tratado, cuando antes de disolver la dieta recibió Ladislao pliegos del cardenal de Florencia, sobrino del papa, en que le decia que Amurates acababa de pasar al Asia para reprimir los alborotos de sus estados: que la escuadra de los cruzados estaba ya en el Ejeo, é iba á ocupar el estrecho de Gallípoli para impedir que el sultan volviese á Europa, y que tanto el rey como sus aliados tenian en las manos la ocasion de inmortalizar sus nombres, libertando la Grecia y la relijion de sus implacables enemigos.

Al mismo tiempo llegó una carta de Juan Paleólogo en que felicitaba á Ladislao por sus triunfos, le anunciaba que estaba con su ejército en Lacedemonia, y que toda Grecia tomaba las armas; y en fin le invitaba á manifestarle su plan de operaciones para concurrir á la ejecucion con todas sus fuerzas, y participar de los laureles comunes.

Estas noticias inesperadas esparcen la ajitacion y la turbulencia en la asamblea móvil y ardiente de los úngaros: por una parte el respeto debido á los tratados, por otra el odio á los otomanos, el deseo de la gloria y la esperanza de un triunfo fácil, conmueven los ánimos: unos quieren que se respete el juramento y se observe la tregua: otros piden á gritos el combate. Enmedio de este tumulto toma la palabra el cardenal Cesarini y esclamo: «¿Engañareis, »así, tan cobardemente nuestras »esperanzas, y sereis sordos á »la voz de la fortuna que os »llama? Mientras escuchais los »consejos tímidos y los cálculos »de una falsa política, vuestra »relijion está ultrajada, y la »Grecia asolada y cautiva. Los »turcos en aquel desgraciado »pais aogan ó envenenan las je-

»neraciones que nacen, temiendo que se levante de ellas una »jeneracion vengadora. Los niños son los objetos de su rabia: »unos perdiendo la vida antes »de conocerla, sonrien inocentemente al ver la espada que »los hiere: otros, mas desgraciados, se reservan para la esclavitud y la apostasía. Las ciudades caen en ruinas, los campos son abrasados: se venden »los cristianos en los mercados »como si fuesen bestias de carga. La hija es arrancada á su »madre, la mujer á su esposo. »Las vírjenes santas yacen abandonadas á la violencia de »los bárbaros. Chipre y Rodas, »baluartes de la cristiandad, serán acometidos; y cuando volemos á socorrerlos, os negais »á tomar las armas en nuestro »favor, y nos objetais la fe del »juramento, como si no fuese »primero el que habeis hecho á »Dios, á los cristianos, á vuestros ermanos. Este empeño sagrado anula un juramento sacrílego hecho á los enemigos »de J. C., cuyo lugarteniente en »el mundo es el papa, sin cuyo »permiso no habeis podido contratar con los infieles. Yo os »ablo en su nombre: en nombre »suyo santifico vuestras armas, »os desato vuestros juramentos, »y os absuelvo del perjurio. Seguid sin titubear la senda de »la salvacion y de la gloria á »que mi voz os guia; y si algun »escrúpulo vano os detiene todavía, si os parece un crimen »el rompimiento del tratado, »llamo sobre mí solo el castigo.»

El fanatismo que dictaba estas palabras y el carácter sagrado del orador que las pronuncia, cambian, engañan, estravian y arrastran á aquella reunion piadosa y guerrera, y la paz se rompe en el mismo recinto en que se acababa de firmar.

Vanamente algunos hombres sábios quieren hacer oir la voz de la prudencia y la razon; sus débiles acentos se apagan por el grito de las pasiones, por el ruido de las armas, y la guerra queda declarada.

Pronto sucedió á la locura el arrepentimiento: los caballeros alemanes y franceses abandonaron el ejército por no faltar á su juramento: muchos polacos reusaron las fatigas de una espedicion tan lejana: muchos palatinos de Ungría se retiraron á sus castillos, y las fuerzas de Ladislao se redujeron á veinte mil hombres. Scanderbec, cuyo nombre equivalia á un ejército

ño pudo reunirse con el rey, porque el déspota de Servia, envidioso de él, le negó el paso por sus estados.

Entretanto Ladislao, arrastrado á su perdicion por la inesperiencia y por los funestos consejos del legado que le prometió los ausilios del cielo, pasó el Danubio, costeó el mar Negro, atravesó la Bulgaria, que sus tropas indisciplinadas saquearon, y se acampó en las cercanías de Varna (1444). Allí supo que el Asia estaba ya pacífica, que la escuadra de los cruzados habia abandonado el apostadero del Helesponto, que los griegos se habian retirado sin combatir, y que Amurates venia en busca suya desde Andrinópoli al frente de sesenta mil hombres.

No tardaron en avistarse los dos ejércitos. Apenas se dió la señal del combate, el intrépido Huniades y el déspota de Servia atacaron furiosamente las alas del ejército otomano, y las rompieron y auyentaron. Amurates se creyó entonces vencido, y quiso retirarse; pero un jenízaro veterano detuvo la brida de su caballo, le recordó su obligacion y le esortó á vencer ó morir. El sultan en vez de castigar su osadía, le alaba y premia, recobra su altivez, y hace poner en la punta de una lanza el tratado que Ladislao violó. «Profeta de los cristianos, esclamó: »si tú eres como dicen un *Dios »de verdad*, venga tú mismo tu »relijion, y castiga á los perjuros.»

Estas palabras reaniman la ira y la esperanza de los musulmanes: Amurates avanza al frente de los suyos y restablece la pelea. Huniades, persiguiendo con sobrada fogosidad á la caballería turca, habia dejado indefensos los flancos del ejército cristiano: oprimidos los úngaros por el número, comienzan á cejar. Ladislao no puede reparar el desórden: enfurecido al ver que se le escapa de las manos la victoria, que creia segura, se lanza como un leon entre los enemigos, derriba á todos los que le resisten, abre un camino sangriento entre las densas falanjes de los jenízaros, llega adonde está Amurates y levanta el sable para erirle. Pero el sultan atravesó con su lanza el caballo del rey: Ladislao cae: un soldado turco le corta la cabeza, la pone en la punta de una lanza, y la muestra á los cristianos.

Al ver este orrible trofeo, los úngaros consternados se detienen, cejan y uyen: los turcos ha-

ataques, como por la abilidad de sus retiradas, luchó contra su poder, se mantuvo á pesar de ellos en posesion de Epiro, Macedonia y Albania, y adquirió tanta gloria en aquellos paises, poco célebres entonces, que la admiracion ecsajerada le comparó á Pirro y á Alejandro.

Sus cortos estados, defendidos por sus armas, sobrevivieron algunos años al imperio griego; pero en fin, obligado en su ancianidad á ceder á la fortuna del invencible Mahomet, buscó un asilo en Italia, y terminó sus dias en Liso, pueblo cercano á Venecia.

Cuéntase que Mahomet, en el intervalo de una tregua, le rogó que le enviase su terrible alfanje, creyendo que esta arma que habia dado muerte á dos mil musulmanes y cortaba de un tajo la cabeza á un toro, haria los mismos prodijios en otra mano. El ensayo que hizo, probó que aquel alfanje no se distinguia de los demás; creyó que el rey le habia engañado y se quejó. «Es que envié el alfanje, »respondió el albanés, pero no »el brazo.»

La victoria de Ladislao y Huniades resonó en toda Europa, despertó el valor y la emulacion de sus guerreros, hizo renacer la esperanza entre los griegos, y dió un golpe terrible al poder de Amurates. El papa Enjenio se aprovechó de estas disposiciones favorables para ecsortar á muchos príncipes cristianos á formar una nueva cruzada contra los musulmanes, mejor combinada que las primeras. Ibrahim, príncipe de Caramania, prometia favorecer las armas de los cruzados: todos los emires de Natolia se mostraban resueltos á sacudir el yugo del sultan; y mientras esta guerra interior hiciese pasar al Asia los ejércitos turcos de Grecia, Tracia y Bulgaria, entonces Ladislao, Huniades y Scanderbec, con el ausilio de los griegos, echarian á los otomanos de todos los paises que ocupaban aquende del Bósforo. Al mismo tiempo los bajeles y tropas de Rodas, Chipre, Jénova, Venecia y del duque de Borgoña, recorrerian el Archipiélago, recobrarian las islas conquistadas por los infieles, y libertarian las ciudades marítimas de Asia de su larga y odiosa esclavitud.

Consternado Amurates por su derrota en Sofía, por los movimientos que anunciaban una rebelion en Oriente, y por los preparativos que se hacian en Europa contra él, sometió pru-

dentemente su orgullo á la fortuna y propuso la paz á Ladislao.

En vano Huniades y Scanderbec se indignaron de un tratado que encadenaba su valor: en vano Juliano Cesarini, legado del papa, se oponia, en nombre de la relijion, á esta paz con los infieles: en la dieta de Sejedin se concluyó una tregua por diez años. Para obtenerla cedió Amurates á Epiro y Macedonia, y no conservó de sus conquistas recientes mas que una parte de Bulgaria. Para hacer mas inviolable la tregua, juraron su observancia los cristianos sobre los evanjelios y los turcos sobre el Coran.

Apenas se acababa de firmar el tratado, cuando antes de disolver la dieta recibió Ladislao pliegos del cardenal de Florencia, sobrino del papa, en que le decia que Amurates acababa de pasar al Asia para reprimir los alborotos de sus estados: que la escuadra de los cruzados estaba ya en el Ejeo, é iba á ocupar el estrecho de Gallípoli para impedir que el sultan volviese á Europa, y que tanto el rey como sus aliados tenian en las manos la ocasion de inmortalizar sus nombres, libertando la Grecia y la relijion de sus implacables enemigos.

Al mismo tiempo llegó una carta de Juan Paleólogo en que felicitaba á Ladislao por sus triunfos, le anunciaba que estaba con su ejército en Lacedemonia, y que toda Grecia tomaba las armas; y en fin le invitaba á manifestarle su plan de operaciones para concurrir á la ejecucion con todas sus fuerzas, y participar de los laureles comunes.

Estas noticias inesperadas esparcen la ajitacion y la turbulencia en la asamblea móvil y ardiente de los húngaros: por una parte el respeto debido á los tratados, por otra el odio á los otomanos, el deseo de la gloria y la esperanza de un triunfo fácil, conmueven los ánimos: unos quieren que se respete el juramento y se observe la tregua: otros piden á gritos el combate. Enmedio de este tumulto toma la palabra el cardenal Cesarini y esclama: «¿Engañareis, »así, tan cobardemente nuestras »esperanzas, y sereis sordos á »la voz de la fortuna que os »llama? Mientras escuchais los »consejos tímidos y los cálculos »de una falsa política, vuestra »relijion está ultrajada, y la »Grecia asolada y cautiva. Los »turcos en aquel desgraciado »pais aogan ó envenenan las je-

»neraciones que nacen, temiendo que se levante de ellas una »jeneracion vengadora. Los niños son los objetos de su rabia: »unos perdiendo la vida antes »de conocerla, sonrien inocen»temente al ver la espada que »los hiere: otros, mas desgra»ciados, se reservan para la es»clavitud y la apostasía. Las ciu»dades caen en ruinas, los cam»pos son abrasados: se venden »los cristianos en los mercados »como si fuesen bestias de car»ga. La hija es arrancada á su »madre, la mujer á su esposo. »Las vírjenes santas yacen a»bandonadas á la violencia de »los bárbaros. Chipre y Rodas, »baluartes de la cristiandad, se»rán acometidos; y cuando vola»mos á socorrerlos, os negais »á tomar las armas en nuestro »favor, y nos objetais la fe del »juramento, como si no fuese »primero el que habeis hecho á »Dios, á los cristianos, á vues»tros ermanos. Este empeño sa»grado anula un juramento sa»crílego hecho á los enemigos »de J. C., cuyo lugarteniente en »el mundo es el papa, sin cuyo »permiso no habeis podido con»tratar con los infieles. Yo os »ablo en su nombre: en nombre »suyo santifico vuestras armas, »os desato vuestros juramentos, »y os absuelvo del perjurio. Se»guid sin titubear la senda de »la salvacion y de la gloria á »que mi voz os guia; y si algun »escrúpulo vano os detiene to»davia, si os parece un crimen »el rompimiento del tratado, »llamo sobre mí solo el casti»go.»

El fanatismo que dictaba estas palabras y el carácter sagrado del orador que las pronuncia, cambian, engañan, estravian y arrastran á aquella reunion piadosa y guerrera, y la paz se rompe en el mismo recinto en que se acababa de firmar.

Vanamente algunos hombres sábios quieren hacer oir la voz de la prudencia y la razon; sus débiles acentos se apagan por el grito de las pasiones, por el ruido de las armas, y la guerra queda declarada.

Pronto sucedió á la locura el arrepentimiento: los caballeros alemanes y franceses abandonaron el ejército por no faltar á su juramento: muchos polacos reusaron las fatigas de una espedicion tan lejana: muchos palatinos de Ungría se retiraron á sus castillos, y las fuerzas de Ladislao se redujeron á veinte mil hombres. Scanderbec, cuyo nombre equivalia á un ejército

ño pudo reunirse con el rey, porque el déspota de Servia, envidioso de él, le negó el paso por sus estados.

Entretanto Ladislao, arrastrado á su perdicion por la inesperiencia y por los funestos consejos del legado que le prometió los ausilios del cielo, pasó el Danubio, costeó el mar Negro, atravesó la Bulgaria, que sus tropas indisciplinadas saquearon, y se acampó en las cercanías de Varna (1444). Allí supo que el Asia estaba ya pacífica, que la escuadra de los cruzados habia abandonado el apostadero del Helesponto, que los griegos se habian retirado sin combatir, y que Amurates venia en busca suya desde Andrinópoli al frente de sesenta mil hombres.

No tardaron en avistarse los dos ejércitos. Apenas se dió la señal del combate, el intrépido Huniades y el déspota de Servia atacaron furiosamente las alas del ejército otomano, y las rompieron y auyentaron. Amurates se creyó entonces vencido, y quiso retirarse; pero un jenízaro veterano detuvo la brida de su caballo, le recordó su obligacion y le ecsortó á vencer ó morir. El sultan en vez de castigar su osadía, le alaba y premia, recobra su altivez, y hace poner en la punta de una lanza el tratado que Ladislao violó. «Profeta de los cristianos, esclamó: »si tú eres como dicen un *Dios »de verdad*, venga tú mismo tu »relijion, y castiga á los perjuros.»

Estas palabras reaniman la ira y la esperanza de los musulmanes: Amurates avanza al frente de los suyos y restablece la pelea. Huniades, persiguiendo con sobrada fogosidad á la caballería turca, habia dejado indefensos los flancos del ejército cristiano: oprimidos los úngaros por el número, comienzan á cejar. Ladislao no puede reparar el desórden: enfurecido al ver que se le escapa de las manos la victoria, que creia segura, se lanza como un leon entre los enemigos, derriba á todos los que le resisten, abre un camino sangriento entre las densas falanjes de los jenízaros, llega adonde está Amurates y levanta el sable para erirle. Pero el sultan atravesó con su lanza el caballo del rey: Ladislao cae: un soldado turco le corta la cabeza, la pone en la punta de una lanza, y la muestra á los cristianos.

Al ver este orrible trofeo, los úngaros consternados se detienen, cejan y uyen: los turcos ba-

ceo en ellos espantosa carnicería. El cardenal Juliano cargado de oro pereció á manos de los spahis y pagó con su vida sus desastrosos consejos.

Huniades llegó demasiado tarde para defender al rey; pero consiguió, haciendo prodijios de valor, salvar los restos del ejército. Su gloria sobrevivió á este revés. Encargado de la rejencia en la menor edad de Ladislao de Austria, gobernó con prudencia á Ungría y la defendió valerosamente contra los otomanos.

Diez mil cristianos perecieron en la jornada de Verna; pero vendieron su vida á mucho precio. La pérdida de los musulmanes fué tan grande, que Amurates al recibir la enorabuena de su triunfo, esclamó: »A dos victorias como esta es »perdido el imperio otomano.»

La sumision de los emires de Asia, la derrota de los úngaros y la retirada de los cruzados dejaron indefenso al emperador Paleólogo contra el resentimiento del vencedor. Privado Juan de todo ausilio y esperanza, imploró la clemencia del sultan. Amurates le despreciaba demasiado para temerle: le perdonó, le proibió tener relaciones con los príncipes cristianos, y con esta condicion le permitió vivir pacíficamente en su capital. El sultan, menos jeneroso con un enemigo mas valiente, prolongó con crueldad despues de la victoria su orrible venganza sobre el cadáver de Ladislao. Mandó quemar la diestra de este príncipe que firmó y quebrantó la paz: su cabeza, conservada en un tarro de miel, fué llevada á Bursa para mostrarla á los musulmanes como un trofeo, y á los cristianos como un objeto de terror.

Guerra de Constantino Dragoses contra Amurates.—(1447) Enmedio de tantos desastres, oprobios y umillaciones, brillaban todavia entre las reliquias de Grecia algunos destellos de valor. Labadario, almirante griego, venció una escuadra jenovesa. Constantino Dragoses, ermano del emperador, era déspota del Peloponeso por la abdicacion reciente de Teodoro. Digno de reinar en Esparta, concibió la esperanza de resucitar el imperio; y cuando todos se rendian á las armas de Amurates, se atrevió á pelear contra él por algun tiempo, sin mas ausilio que su valor. Indignado de la esclavitud de su patria, aprovechó la ocasion de haberse vuelto Amurates á Asia; reunió algu-

nos valientes, llamó á sus banderas los pueblos de las montañas, les dió armas, arrojó á los turcos de Tebas, se apoderó de la cordillera del Pindo, sublevó en Tesalia algunos vasallos de Amurates, libertó el Peloponeso del yugo de los musulmanes, y para defender el istmo de Corinto, reedificó la famosa muralla, llamada antiguamente el Ecsámilo: tenia cinco codos de espesor, y estaba defendida por muchos fuertes y un foso anchísimo, que servia de canal entre el mar de Jonia y el Ejeo.

Despues de haber sujetado Amurates algunos rebeldes de Asia, volvió con todas sus fuerzas contra Constantino, que le opuso una ostinada resistencia; pero la numerosa artillería del sultan hizo una brecha considerable en los atrincheramientos del príncipe griego, y cayeron en poder de los turcos. Los últimos defensores de Esparta prefirieron la muerte á la fuga, y fueron pasados á cuchillo. Turkan, lugarteniente de Amurates, asoló el Peloponeso, sacó de él un inmenso botin, y se llevó en cautiverio un gran número de abitantes. Constantino, aunque vencido, mereció la estimacion del vencedor; Amurates le concedió la paz, y le restituyó sus estados.

Encerrado el emperador Juan en Constantinopla, no pudo ejercer su autoridad ni aun en aquellos límites mezquinos: sus últimos dias se consumieron en inútiles esfuerzos para acallar las discordias de los ortodocsos y de los cismáticos. El encarnizamiento escandaloso en sus disputas, el espectáculo de la ruina del imperio, la nueva derrota de Huniades, vencido por Amurates en la batalla de Casovia, la destruccion de sus esperanzas, y la umillacion de su debilidad, aceleraron el fin de sus dias. Murió á los cincuenta y ocho años de edad y veintitres de reinado.

CONSTANTINO DRAGOSES EMPERADOR. — (1449) Montesquieu pinta en pocas palabras la miseria á que habia llegado el trono de los césares en la última época de su decadencia. «Este imperio, dice, limitado á los arrabales de Constantinopla, acabó como el Rhin, que es un arroyuelo cuando se pierde en el Océano.»

Además de la capital, los sucesores de Constantino poseian algunos otros señoríos. Dragoses era déspota de Corinto, Lacedemonia y otros puntos de Morea.

El príncipe Tomás Paleólogo era señor de Patras y del resto de aquella península.

Otro Paleólogo reinaba en Lesbos: los Comnenos en Trebisonda y algunas ciudades marítimas del Ponto Euxino.

Demetrio era príncipe de Selimbria. Los Melisenos, Cantacuzenos, Nótaras y otros señores griegos ó venecianos conservaban feudos en el Archipiélago y en Acaya; y ecsistia aun el ducado de Atenas, erijido por los catalanes.

Scanderbec, mas independiente que ellos, era rey de Castoria, Albania, Epiro y Macedonia; pero estos reinos, separados de la capitol, estaban divididos y cortados por los turcos, dueños de Bulgaria, Tracia y Tesalia, de una parte del Archipiélago, de las costas de Asia y Europa: de modo que los otomanos rodeaban las provincias cristianas, las atravesaban cuando querian, y tenian siempre levantado el alfanje sobre ellas. Los latinos, desmembrando el imperio, y llevando á él el disolvente del réjimen feudal, habian abierto la brecha por donde entraron los otomanos.

Ningun lazo unia ya sus miembros esparcidos: el trono, puesto en la pendiente del abismo que iba á tragarlo, asombraba á los ambiciosos en lugar de incitarlos; sin embargo, cuando murió Juan Paleólogo, los príncipes de la familia imperial disputaron los pedazos del cetro.

Demetrio se hallaba á las puertas de la capital al frente de los cismáticos, y alegaba que habiendo nacido despues del advenimiento de su padre al trono, era superior su derecho y el de Porfirojénito al de los ermanos mayores. El príncipe Tomás, que llegó en este momento de Morea, defendió la causa de Constantino Dragoses, segundo hijo de Manuel, y déspota de Lacedemonia. El pueblo, el senado, el clero y el ejército se declararon en favor de Constantino, y fué proclamado emperador. Así prevaleció hasta el último dia el derecho de eleccion en aquel imperio absoluto, cuyos señores hicieron siempre vanos esfuerzos para convertirlo en ereditario. Este débil rayo de la antigua libertad de Roma y Bizancio, iluminó sus ruinas.

El historiador Franzes, protovestiario y amigo de Constantino, llevó á este príncipe la noticia de su eleccion. El emperador, digno por su grande alma de mandar á otros hom-

bres y de vivir en otro siglo, se vió obligado á recibir la ley de la imperiosa necesidad, y á comenzar su reinado por un acto de servidumbre.

Apenas llegó de Esparta á la capital, envió á Frânzes al sultan Amurates para suplicarle que confirmase su eleccion: lo que era lejitimar anticipadamente su ruina. Amurates, que mostró al mundo el fenómeno de un musulman tolerante, de un conquistador moderado, y de un déspota filósofo, estaba arto de grandezas y gloria. Dos veces habia abdicado, dos veces habia cedido el trono á su hijo Mahomet, y dos veces al grito de la guerra de Ladislao, Scanderbec y Huniades, le habian obligado los jenízaros á volver á tomar el cetro y la espada. Felicitó á Constantino por su advenimiento, aprobó su elevacion, y le prometió no turbar la paz de su reinado.

El emperador fué coronado en santa Sofía: la corte y el pueblo, libres por un momento de todo peligro, se abandonaron sin temor á su aficion al fausto, ceremonias, espectáculos y carreras del circo. Celebráronse estas solemnidades con mas esplendor que nunca: los acentos de alegría de aquel pueblo infeliz, eran el canto del cisne que va á fallecer; y Constantino, enmedio de su última pompa, era una víctima que se adorna para sacrificarla.

Llegó un embajador del papa Nicolás V para instarle á que confirmase y pusiese en ejecucion el decreto de union de las dos iglesias. Constantino, que no ignoraba la ira del pueblo contra aquel decreto, el odio que tenia á los latinos y el orgullo del clero griego, temiendo por otra parte irritar al papa y privarse de los ausilios de los príncipes de Occidente, evitó, dando respuestas evasivas, comprometer su autoridad con actos imprudentes, ó la salvacion del imperio con un rompimiento impolítico.

MAHOMET II, SULTAN DE LOS OTOMANOS. — (1450) Un suceso funesto inutilizó todas las medidas de su prudencia. Amurates murió, y le sucedió Mahomet II. La vicisitud de victorias y reveses habian contribuido tanto como la edad á disminuir el ardor belicoso de Amurates: disgustado de los bienes del mundo, queria terminar en el retiro y el descanso su gloriosa vida: Mahomet II, al contrario, de edad de veintidos años, dominado por su carácter impe-

tuoso, y por una pasion insaciable de dominio y de celebridad, tenia todas las prendas y defectos que forman los éroes, que producen revoluciones, y que componen los meteoros brillantes de la historia, tan funestos á la umanidad.

Su injenio era penetrante, su cuerpo infatigable: tan disimulado como atrevido, tal vez fué clemente por política, y siempre feroz por carácter. Ambicioso de toda especie de gloria, se habia dedicado al estudio, y hablaba con igual facilidad el árabe, el griego, el latin, el hebreo y el persa. Alejandro, Augusto, Trajano, Constantino y Teodosio fueron los éroes que tomó por modelos; pero imitó mejor sus azañas que sus virtudes.

Indiferente á todas las creencias, no era musulman sino en público: en sus conversaciones particulares hablaba con igual desprecio de todas las relijiones. Favorecido de la fortuna conquistó dos imperios, doce reinos y doscientas ciudades. Puso los límites de sus estados en el Eufrates y en el mar Adriático; sin embargo, era mas soldado que jeneral, y no debió quizá el renombre de gran capitan sino al capricho de la suerte, al favor de las circunstancias, y á la debilidad de sus adversarios. Faltaron á su gloria enemigos ábiles, y cuando los encontró se eclipsó ante ellos. La misma cimitarra que derribó el flaco imperio de los césares, se abatió sin fuerza á la vista de Huniades y de Scanderbec, cedió á los golpes del rey de Persia, y se rompió contra el escollo de Rodas.

Luego que supo Mahomet la muerte de su padre, pasó de Magnesia, donde se hallaba, á Andrinópoli; celebró las esequias de Amurates, envió su cadáver á Bursa al panteon de los príncipes otomanos, y dicen que señaló su advenimiento al trono por un acto de crueldad que manifestaba la ferocidad de su carácter, haciendo aogar á su ermano menor, que apenas habia salido de la cuna. El nuevo señor del Oriente vió llegar á sus plantas los embajadores aterrados de las cortes de Constantinopla y Trebisonda, y los enviados de los déspotas Tomas y Demetrio, ermanos de Constantino.

Aunque resuelto á destruirlos, les prometió su proteccion y disfrazó sus designios ostiles con palabras pacíficas. Pasó rápidamente al Asia, llevó sus ar-

mas á los estados del emir de Caramania, y le obligó á renunciar á toda alianza con los cristianos.

Amurates habia desterrado á Constantinopla á Orcan Celebi, príncipe de la familia otomana. Constantino, viendo que no se le pagaba la pension debida á este príncipe, se quejó al sultan y le declaró por medio de su embajador, que en caso de no pagársele pondria á Orcan en libertad. «Imbéciles romanos, »dijo Mahomet al embajador: »penetro vuestros designios; pe»ro vosotros no conoceis el ries»go en que os hallais. Murió »el pacífico Amurates, y le ha »sucedido un príncipe jóven y »belicoso. Dad gracias á Dios »que me infunde todavía algu»na compasion de vosotros, y »que me mueve á diferir vues»tro castigo. Desprecio vuestras »quejas, y me rio de vuestras »amenazas. Dad libertad, si que»reis, á Orcan; proclamadle sul»tan de Romanía; llamad los ún»garos para que os socorran; ar»mad todo el Occidente contra »mi: asi vuestra ruina será mas »pronta é inevitable.»

Constantino rujió de ira por esta injuria que la falta absoluta de todo medio de venganza le obligaba á sufrir. Las palabras amenazadoras del sultan anunciaban una tempestad prócsima: sin fuerzas en su infortunio, enmedio de un pueblo mas aflijido que indignado, se apresuró á pedir al papa consejos y socorros. El pontífice no le dió mas que esperanzas, y le envió por legado al cardenal Isidoro, encargado de reanimar la confianza de los griegos, alentar el zelo de los cristianos, inflamar el valor de los soldados, y consolidar la union de las iglesias. Pero su presencia irritó los males que iba á sanar, y redobló el fuego de la discordia que deseaba estinguir. Apenas le vieron en la iglesia celebrar en latin el oficio divino, estalla el furor de los disidentes. Una multitud de hombres y de mujeres, ajitados de rabia, se derraman por las calles, plazas y tabernas. Embriagados á un mismo tiempo con la ira, el vino y el fanatismo, unos toman armas, otros palos y piedras, y escalan entre oraciones á la Vírjen, multitud de imprecaciones contra Mahomet y contra el papa.

En su delirio amenazan, insultan, persiguen, hieren á los sacerdotes católicos: desprecian la autoridad de los majistrados y resisten á la guardia del príncipe, la cual no pudo disipar los

corrillos sino á costa de muchos esfuerzos.

La mayor parte del clero griego fomentaba estos alborotos. Demetrio apoyaba á los descontentos; y Constantinopla, semejante á Jerusalen en los dias de su ruina, se veia amenazada de sus implacables enemigos, y destrozada por sus mismos hijos.

Sin embargo, la corte instaba á Constantino para que diese un sucesor á aquel trono que iba á ser derribado tan pronto. El emperador queria casarse con una hija del dogo de Venecia: este enlace era conveniente en política; pero la vanidad de los grandes creyó desigual el matrimonio, y se opuso á él. Se decidieron entonces por María, princesa de Servia, y viuda del sultan Amurates, la cual desdeñó este imeneo. Ultimamente recayó la eleccion de Constantino en una princesa de Jeorjia. El protovestiario (1) Fránzes se embarcó para ir á pedirla, seguido de una gran comitiva de nobles, guardias, músicos y frailes: el orgullo se esforzaba en manifestar suntuosidad, á pesar de los infortunios públicos. El contrato se firmó; pero antes que llegase la princesa á la capital, se desplomó el imperio en medio de los preparativos de la boda.

(1) Jefe del guarda ropa, ó gentil-hombre de cámara.

Guerra entre Constantino y Mahomet. — (1452) Informado Mahomet de las disensiones relijiosas que dividian y debilitaban á los griegos, se aceleró á aprovecharse de ellas. Por su órden cinco mil obreros, protejidos con un ejército numeroso, construyeron en pocos dias una ciudadela en la ribera europea del Bósforo, á dos leguas de Constantinopla: el designio del sultan era cerrar el estrecho á los socorros del Occidente. Esta infraccion de la paz no dejaba ya duda sobre las intenciones siniestras de Mahomet. En vano Constantino procuró inclinarle á los sentimientos de moderacion y justicia: sus embajadores fueron tratados con indignidad. «Vuestras murallas, »les dijo el sultan en tono ame»nazador, son las fronteras de »vuestro imperio. Conozco la »flaqueza y la malevolencia de »los griegos. Os he visto en otro »tiempo, despues de la batalla »de Sofía, insultarnos en nues»tro infortunio. Quisísteis, por »odio, cerrar el Bósforo á mi »padre, y le abrísteis por co»bardía. Despues que Amurates »venció á los úngaros en Var-

»na, hizo voto, para inutilizar »vuestras ostilidades, de construir un castillo en las orillas »del estrecho que asegurase la »comunicacion entre nuestros »estados de Europa y Asia: yo »he cumplido este voto. ¿Con »qué derecho me impedireis fortificar nuestro territorio? Decid á vuestro príncipe que mis »designios son mas vastos, y »mis fuerzas mas formidables »que las de mis predecesores. »Ellos se dejaron desarmar por »vuestra bajeza, ó engañar por »vuestra perfidia: yo estoy dispuesto á concederos la vida; »pero los que vuelvan con mensajes de esta especie, serán desollados vivos para que su castigo reprima vuestra insolencia.»

Entonces Constantino, no dando oidos sino á su desesperacion, quiso salir al frente de sus guardias, acometer á los trabajadores, y derribar las obras. Pero en aquella ciudad, donde en el cerco que le puso Amurates, se armaron á porfia hombres, mujeres, viejos y niños para defender su patria, su culto, y rechazar gloriosamente á los musulmanes, no dominaba ya otro sentimiento que el terror. En aquella inmensa capital solo el emperador se mostró cristiano, relijioso y soldado. El pueblo, en lugar de seguirle á las batallas, se postraba á sus pies rogándole que aplacase al sultan irritado. El clero que debia bendecir sus armas, solo se ocupaba en detenerlas. No pudiendo pelear él solo, cedió, y se contentó con pedir al sultan que concediese salvaguardia á los segadores griegos para libertarlos del latrocinio de los turcos. Mahomet la prometió, y al mismo tiempo dió órden á sus tropas de robar las mieses, y matar á los trabajadores del campo.

Entonces Constantino perdió la paciencia, y mandó poner en prisiones todos los turcos que habia en Constantinopla, aunque algunos dias despues, vencido de sus ruegos, les volvió la libertad. No por eso dejó Mahomet de continuar sus insultos. El emperador, renunciando á la esperanza de restablecer la paz rompida, escribió á su feroz enemigo en estos términos: «Los »tratados, tus juramentos y mi »resignacion no han bastado á »darme la paz. Pongo pues mi »confianza solamente en Dios, »que mudará tu corazon ó te »entragará á Constantinopla. Me »someteré á él sin murmurar; »pero mientras no pronuncie su

»sentencia, cumpliré mi obligacion, defenderé mi pueblo, y »venceré ó moriré con él.»

El cañon de Mahomet fué la respuesta. Un buque veneciano entró entonces en el canal, y se negó á pagar el derecho arbitrario que acababan de imponer los turcos: las baterías del castillo lo echaron á pique, el capitan fué empalado, y toda la tripulacion pasada á cuchillo. Aquella fortaleza amenazadora, que dominaba ya á Constantinopla antes de rendirla, era un monumento de la voluntad indomable y del poder activo de Mahomet. La ejecucion de sus órdenes habia sido tan rápida como su pensamiento: en pocas semanas los cinco mil obreros, obligados á hacer cada uno dos codos de obra por dia, habian levantado un castillo triangular de piedra. El grueso de su muro era de treinta y dos pies: cuatrocientos hombres lo defendian, y los cañones que coronaban sus almenas, anunciaban al Bósforo y á la capital de Oriente su nuevo señor. Esta fortaleza, llamada entonces Lemocopia, se llamó despues el Castillo viejo.

Cerco de Constantinopla por los turcos. — (1453) Sonó en fin la ora fatal. Constantinopla fué rodeada por el ejército de Mahomet, que era, segun unos, de trescientos mil hombres; segun otros, de ciento cincuenta mil. Al mismo tiempo envió tropas el sultan á Morea y Tesalia para contener á los déspotas Demetrio y Tomás. Caratzi, bajá, con otro cuerpo se apoderó de Mesembria, Anquialo y Bizon. Así, aislada la capital, privada de todo medio de comunicacion, y rodeada de enemigos feroces, se halló separada del resto del mundo.

La grandeza y majestad de aquella poblacion, sus gloriosas memorias, sus fuertes muros, sus torres amenazadoras, sus profundos fosos, los dos mares que le servian de defensa, y que se unian por ella, y los castillos que cubrian el lado del continente la hacian formidable. Treinta veces habia sido cercada en vano: treinta veces desde sus altas murallas habia auyentado inumerables ejércitos de musulmanes y bárbaros, é incendiado sus escuadras. Si cayó en manos de los latinos fué solamente por la discordia. Pero todo estaba mudado, á escepcion de su aspecto interior. Aquel coloso carecia ya de alma: sus muros escelsos no tenian brazos que los defendiesen: los que habia, en vez de volverse contra

el enemigo, se elevaban implorando piedad al cielo y á la tierra.

La aparicion de un cometa aterró los ánimos ya abatidos: una supuesta profecía de Leon el filósofo les amenazaba que iban á caer bajo el yugo estranjero. Otras predicciones les prometian un milagro. Algunos visionarios les mostraban un decreto bajado del cielo, decian, segun el cual, los turcos llegarian hasta la columna de Justiniano, donde un ánjel, armado de una espada de fuego, los esterminaria. Así, una supersticion funesta y pueril desarmaba el valor y justificaba la cobardía. Aquel pueblo caduco se pareció á los que empiezan su vida, y apoyó su debilidad en fabulas y prestijios. Pero Constantino, despreciando las predicciones de los frailes fanáticos, las murmuraciones de la tímida soldadesca y los gritos de un populacho sedicioso, llenaba activamente de dia y de noche todas las obligaciones de ciudadano, guerrero, capitan y príncipe.

Mandó reparar las murallas de los dos recintos: guarneció las fortificaciones de piezas de artilleria, de máquinas que lanzaban el fuego greguisco, de catapultas y balistas: tendió desde la torre de la ciudad hasta la de Gálata una gruesa cadena de hierro, detrás de la cual habia un gran número de galeras griegas y jenovesas, y seis navíos venecianos, para defender la entrada del puerto.

Todos los materiales de la guerra se preparaban con grande actividad; pero era menester hombres para usar de ellos, y la Grecia no los producia ya. El censo que mandó hacer el emperador, demostraba que en la ciudad habia doscientos mil abitantes; pero cuando fué preciso contar los guerreros, solo se hallaron cuatro mil novecientos setenta soldados, dignos de llevar todavia, como ellos decian, el nombre de romanos: dos mil estranjeros juntaron sus armas á este corto número de valientes. Así el eredero de los césares, para defender el imperio, no pudo reunir sino un simulacro de ejército, y una tropa apenas igual en número á la que seguia á Scanderbec en las montañas de Albania.

Los jenerales que ausiliaron á Constantino en este gran desastre, eran el logoteto Lucas Notáras, Demetrio Cantacuzeno, Nicéforo y Teófilo, entrambos de la familia de los Paleólo-

gos, y Teodoro Caristinio, anciano de gran valor y de una fuerza estraordinaria.

Entre los estranjeros que en aquellos dias de luto y de ruina arrostaron la muerte y hallaron la gloria, se contaban los venecianos Contarini, Loderano, Gabrilli, Trevisano, Bautista Gritti, el bailío ó cónsul de su nacion Jerónimo Mignoto, el cónsul de los catalanes Pedro Juliano, y el príncipe maometano Orcan Celebi, cuyo valor estaba animado por el odio personal á Mahomet.

Jorje Doria mandaba la armada bajo los órdenes del gran duque, y el emperador nombró jeneral de todas las tropas á un jenovés ilustre, llamado Juan Giustiniani. Repartieron entre sí los diferentes puestos: el cardenal Isidoro con los soldados italianos mostraba la mitra sacerdotal entre los yelmos de los valientes. Largo tiempo hacia que los sacerdotes católicos habian contraido, ya por el recuerdo de los éroes de Roma, su capital, ya por el antiguo espíritu caballeresco de la Europa, y ya por la locura militar y relijiosa de las cruzadas, la costumbre poco evanjélica de derramr sin escrúpulo la sangre de los infieles, y de sostener la causa del cielo con las armas de la tierra. En el momento que este corto número de valerosos se sacrificaba á la salvacion del imperio, estalló nuevamente el furor del populacho. Corrió la muchedumbre á consultar á Jennadio, monje cismático, á quien todos los de su partido miraban como un oráculo. Sumerjido en sus éstasis, no permite que nadie entre en su celda; pero semejante á la antigua Sibila, escribe su respuesta en ojas que pasan rápidamente de mano en mano. «Miserables, decia, uís de la verdad por seguir el error. Incrédulos romanos, cerrais vuestras puertas, cuando un decreto del cielo os manda abrirlas. En lugar de esperar las armas divinas del ánjel, que ha de protejeros, poneis vuestra confianza en la flaca defensa de los hombres: aun haceis mas: aceptais el socorro de los pérfidos latinos, y os unís á una iglesia idólatra! Os declaro que perdereis vuestra patria perdiendo vuestra fé. Señor, compadécete de mí! Protesto en tu presencia que no tengo parte en este crímen. Miserables romanos, deteneos y arrepentíos: volved á la fé de vuestros padres! La alianza con la impiedad

es el decreto que os condena al yugo de una estranjera servidumbre.»

Inflamado el pueblo con estas palabras, se subleva: unos llenan de injurias al monarca; otros maldicen al papa y á sus sacerdotes: todos reusan sus brazos y su dinero á la defensa comun. Muchos ricos y nobles, cubriendo su avaricia y cobardía con el velo de la relijion, abandonan la ciudad y llevan consigo los tesoros que habrian podido salvar la patria. Este ciego frenesí penetra en los tranquilos monasterios: las vírjenes, abjurando su modestia y escuchando únicamente las inspiraciones de Jennadio se sublevan y rompen toda comunicacion con los sacerdotes sometidos á los latinos.

Por todas partes no se oyen mas que gritos atroces contra el papa, contra la guerra, y contra el culto de los azimitas. Este funesto delirio ajitó los ánimos hasta el fin del sitio; y solo la voz de los maometanos vencedores, hizo suceder al tumulto de la sedicion el silencio del terror.

Preparativos ofensivos de Mahomet. — Al contrario, en los reales de los turcos todos obedecian á la misma ley, al mismo jefe, y al entusiasmo que presajia y da la victoria. Mahomet con sus intrépidos jenízaros habia puesto su tienda enfrente de la puerta de san Roman, y su línea se estendia hasta la puerta Dorada. Zagan, pariente del sultan, rodeaba la ciudad por el lado opuesto con otro cuerpo de ejército, y velaba sobre los jenoveses de Gálata, que habian prometido infamemente permanecer neutrales, y cuya fé era sospechosa. Catorce baterías turcas disparaban contra las murallas con mas ruido que efecto. El arte terrible del ataque de plazas estaba todavia en su infancia. Urbano, injeniero dinamarqués, mal pagado por los griegos, se habia pasado á los turcos, y les habia fundido un cañon enorme, que lanzaba balas del peso de seiscientas libras: era necesario para moverlo setenta yuntas de bueyes. Esta máquina infernal, mas aterradora á primera vista, pero menos funesta que la de Troya, reventó la primera vez que se hizo uso de ella, y su inventor fué su única víctima.

Siete mil guerreros, dignos de ver sus nombres junto á los de aquellos que defendieron las Termópilas, sostenian con intrepidez contra trescientos mil oto-

manos una ciudad de cinco leguas de circuito. Los primeros dias, en vez de encerrarse tímidamente al abrigo de las murallas, salieron con osadía, atacaron á los sitiadores, destruyeron sus trabajos, y sembraron el terror en el campamento enemigo; pero Constantino no tardó en conocer que semejantes victorias, conseguidas á costa de mucha sangre, aumentaban el peligro en vez de alejarlo, y que la muerte de veinte mil musulmanes no podia compensar la pérdida de un solo valiente de su corta guarnicion.

Los turcos, no interrumpidos ya sus trabajos, fortificaron sus líneas, derribaron muchas torres, conmovieron las murallas del primer recinto, y trataron de escalarlo, al mismo tiempo que sus minadores procuraban abrir un paso secreto debajo de tierra. Además, cien galeras otomanas y otros doscientos buques se dirijian á romper la cadena y forzar la entrada del puerto. Los sitiados por su parte lanzaban á los sitiadores una nube de dardos, balas y bombas, rocas enormes y piedras de molino. El fuego greciano consumia las torres de madera que Mahomet habia mandado poner contra las murallas. Las picas y lanzas de los cristianos derribaban al foso muchos turcos intrépidos, que arrostrando todos los peligros, llegaban hasta las almenas.

Combates subterráneos. — Mientras este combate ostinado se prolongaba con furia igual de ambas partes, una columna turca penetró detrás de los minadores por un camino subterráneo, ardiendo por llegar al centro de la plaza; pero un injeniero cristiano, llamado Legrand, siente sus pasos y oye sus golpes: abre una contramina, marcha contra ellos, los cubre de fuego y umo, y los obliga á uir. La escuadra otomana halla en la cadena que se le opone un ostáculo inespugnable: á su abrigo las galeras griegas disparan contra las enemigas y las dispersan. Millares de mahometanos llenan los fosos que no pueden pasar: sus cadáveres amontonados yelan el valor de sus compañeros. De improviso brilla en los aires un meteoro luminoso: los musulmanes consternados le miran como una señal infausta, los griegos como un presajio de salvacion y de victoria. En fin, la fortuna se declara por los cristianos: los turcos fatigados vuelven á sus líneas, y Constantinopla moribunda goza de un dia de triunfo.

Al dia siguiente quieren los sitiadores volver al asalto; pero al rayar el alba vió Mahomet con sorpresa que el infatigable Constantino, en vez de dedicar la noche al descanso, la ha empleado en trabajar; y que escitando por sus órdenes una actividad sin ejemplo, ha cerrado todas las brechas, reparado las murallas y reedificado las torres.

Al mismo tiempo un buque veneciano y tres galeras griegas que venian de Quio con víveres y un refuerzo de veteranos endurecidos en los combates, se presentan, entran en el canal, arrostran las baterías del fuerte, y atacan osadamente la armada otomana. Nada resiste al fuego bien dirijido de sus artilleros: desbaratan, queman, sumerjen las galeras turcas, les matan doce mil hombres, y entran victoriosos en el puerto. Mahomet, testigo de este combate, ve con indignacion los prodijios que hacia un corto número de hombres, y la matanza de los suyos. Enfurecido se arroja á su grande almirante, le hiere con una vara de oro que tenia en la mano, y manda á sus esclavos que le azoten. A esta ira sucede una triste consternacion. Vuelve á su tienda, reune su consejo: el valor de Constantino abate su ánimo, vacila y duda si proseguirá la empresa ó la abandonará.

Chalil bajá, su gran visir, á quien la edad y una larga esperiencia inspiraban dictámenes moderados, le aconseja la paz, haciéndole ver la fuerza de la plaza, el valor de los griegos doblado por la desesperacion, la sangre que ha de costar la toma de Constantinopla, el oprobio de una derrota probable; y en fin, el peligro de armar contra los turcos las potencias de Occidente, que emplearian sin duda mas fuerzas para libertar á la segunda Roma que para conquistar un sepulcro.

Zaganes, segundo visir, jóven, ardiente y belicoso, se indigna de este consejo tímido, manifiesta que la Europa dividida ve con indiferencia los sucesos de Oriente, que el imperio está desmembrado, y los griegos enflaquecidos y divididos con disensiones relijiosas: que Constantino sin mas fuerzas que seis mil hombres, sin poder contener un pueblo sedicioso é inconstante, es pronto en hablar y lento en las obras: en fin, pinta con palabras fogosas la gloria de la empresa, la facilidad de la victoria, y la ignominia de la retirada.

Mahomet adopta este dictámen tan conforme con sus deseos; pero antes de pelear entabla negociaciones, y sus enviados propusieron á Constantino la posesion tranquila de Grecia y Morea si entregaba á Constantinopla. «Yo salvaré mi capital, respondió el emperador, ó espiraré entre sus ruinas. Un tributo es el único sacrificio que puedo prometer.»

Cuando el sultan supo esta respuesta, esclamó: «Juro por el profeta que Constantinopla será mi trono ó mi sepulcro.»

Despues de estas palabras escorta á sus jenízaros al combate, les anuncia el asalto jeneral, y señala para darlo el 29 de mayo (1453). Para tener al cielo propicio manda consagrar la víspera de este dia decisivo á ayunos y abluciones: á la caida de la tarde hizo iluminar sus tiendas y campamentos: los derviches visitan los reales convertidos ya en mezquitas: los imanes inflaman con sus oraciones el fanatismo de los soldados, y muestran el cielo abierto á los vencedores de la cruz. «Yo os abandono, les dice Mahomet, los hombres, mujeres y riquezas de esa ciudad profana: solo reservo para mí su trono y sus edificios. Los que suban primero á la muralla serán colmados de onores y dignidades.»

Estas promesas, el ardor de la gloria, la sed de los placeres y del saqueo, escitan el zelo fanático y guerrero de los turcos. El aire resuena con este grito prolongado: *No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.*

En este tiempo Constantino formaba el proyecto de asegurarsu libertad destruyendo la armada otomana. El buen écsito de su plan atrevido, pero bien concertado, parecia seguro. Cuarenta jóvenes griegos, consagrados jenerosamente á perecer por la salvacion de su patria, se habian embarcado en un navío lleno de materias combustibles; y mientras que la escuadra veneciana, saliendo del puerto, atacase la de los turcos, estos nuevos Decios, finjiendo desertarse, debian pasar por medio de los buques otomanos é incendiarlos. Pero los turcos tuvieron aviso del proyecto, y apenas se presentó el brulote, lo echaron á pique, cojieron á los jóvenes griegos y los degollaron. La escuadra veneciana fué asaltada, rodeada y casi destruida por los enemigos.

Constantino hizo colgar de las

almenas, por represalias, doscientos sesenta turcos prisioneros. Los venecianos acusaron á los jenoveses de haberlos vendido: el almirante Nótaras se quejó de Giustiniani, y el emperador vió hasta el último momento reinar la intriga en la corte; la sedicion en el pueblo y la envidia en sus jenerales.

Mahomet ejecutó poco despues una empresa, cuya audacia espanta la imajinacion; y si el suceso no constase de todos los escritores de aquel tiempo, la historia no se atreveria á referirlo. Indignado del ostáculo que le impedia la entrada del puerto, hizo sacar sus navíos á la ribera. Un camino desigual, montuoso y erizado de espinos, fué allanado en el espacio de dos leguas, y cubierto de maderos y tablas untadas de sebo. La escuadra, conducida por aquel camino resbaladizo, da la vuelta á Gálata, y entra en el puerto interior. Este trabajo prodijioso se hizo en una sola noche, y concurrió á él casi todo el ejército. Al rayar el dia, vieron los griegos consternados su último asilo que era el puerto, lleno de las naves de los maometanos.

Un triste estupor reina en aquella gran ciudad viendo nacer el dia de su ruina. La plebe aflijida llena los templos, se prosterna al pie de los altares, inunda los pórticos con sus lágrimas é implora la clemencia del Señor. Las vírjenes y sacerdotes atraviesan en procesion por las calles. Sus ayes y jemidos dan á aquella melancólica solemnidad el aspecto del último duelo; y á pesar de esto, en el mismo instante de perecer, el espíritu de secta y el odio de los cismáticos contra los católicos se manifestaba todavía. En el márjen del abismo que iba á tragarlos, los maldicen. «¡Insensatos! esclama con este motivo el historiador Ducas: aun cuando el ánjel que esperábais, se hubiese aparecido, habríais reusado su socorro, si hubiese propuesto la reunion de ambas iglesias como condicion de vuestra salud.»

Discurso de Constantino. — En esta estremidad, el emperador, conservando su valor indomable, reune los guerreros, convoca los grandes y senadores, y les dice: «Compañeros: »llegó el momento de nues»tro triunfo ó de nuestra úl»tima ora. El peligro es gran»de; pero no hay ninguno que »no pueda vencer la intrepidez. »Vuestros antepasados domaron »el mundo armado contra ellos. »Durante muchos siglos resis-

»timos á los contínuos ataques
»de los persas, sarracenos, sci-
»tas, búlgaros, hunnos y otra
»muchedumbre inumerable de
»bárbaros. Estos mismos turcos
»que nos atacan, han úido de
»nosotros muchas veces: no han
»debido su aparente superiori-
»dad sino á nuestras disensio-
»nes. Unámonos, y no podrán
»resistirnos. Veinte veces se
»han roto sus armas contra
»nuestras murallas: no há mu-
»cho que rechazamos á Amura-
»tes: pocos dias há que vuestro
»valor triunfó de los soldados
»de Mahomet: nuestros fosos y
»campos, hasta nuestros atrin-
»cheramientos están sembrados
»de sus muertos y eridos. El
»nuevo asalto que prepara el
»sultan, no es mas que el últi-
»mo esfuerzo de la desespera-
»cion. La Europa se arma en
»favor nuestro: Huniades y sus
»úngaros se acercan: una escua-
»dra veneciana corta los mares
»para socorrernos: un dia mas
»de valor, y salvamos el impe-
»rio. Defendemos lo que es mas
»sagrado entre los hombres: la
»relijion, la patria y la liber-
»tad. Merezcamos en una causa
»tan santa la proteccion divina,
»confesando nuestras culpas y
»arrepintiéndonos de ellas. Yo
»daré el ejemplo: si hay algu-
»no de vosotros, á quien haya
»ofendido como príncipe, como
»hombre ó como cristiano, le
»pido que me perdone. La glo-
»ria nos espera, la patria nos
»llama, los manes de nuestros
»éroes nos contemplan: mar-
»chemos. Yo participaré con
»vosotros de todos los peligros
»del combate, como tambien de
»todos los frutos de la victoria;
»pero si Constantinopla cae, si
»mis valientes compañeros pe-
»recen, os aseguro que no les
»sobreviviré.»

A esta oracion fúnebre del imperio, no se dió otra respuesta que lágrimas y sollozos. Todos juran vencer ó morir.

El cañon de los turcos suena: dáse la señal de la pelea. Constantino entra en la mansion imperial, abraza á su familia, se viste de sus armas, y sale del palacio de los césares para no volver á él. Diríjese al puesto de san Roman, contra el cual habia dispuesto Mahomet su principal ataque. El comandante jeneral Giustiniani, con un cuerpo escojido de griegos y jenoveses, defendia la puerta Dorada y la Fuente: á lo largo del puerto, cerca de la torre del Hipódromo, hacia frente á los enemigos Juliano con un cuerpo de catalanes y castellanos: el

cardenal legado, con una tropa de italianos, peleaba en la punta de san Demetrio: los candiotas guardaban la puerta Horea: la defensa de la parte de la ciudad que miraba al puerto, se confió al gran duque Nótaras y á la jente de mar. Minotto, bailío de Venecia, custodiaba el palacio. Cantacuzeno y Nicéforo Paleólogo, estaban encargados de contener al pueblo, apaciguar los alborotos, é impedir las traiciones.

Un gran número de sacerdotes y los monjes de san Basilio, bajaron del santuario y corrieron á la brecha. El emperador visitaba todos los puestos, su ardor animaba á los valientes y su firmeza aseguraba á los tímidos.

Asalto jeneral. — Al rayar el dia dieron los otomanos el asalto jeneral por mar y tierra: toda la artillería del sultan se acercó á las murallas: las proas de las galeras y sus escalas amenazan las murallas de la rada: los márjenes de los fosos se llenan de fajinas: las líneas musulmanas avanzan tan estrechas y contínuas, que un historiador las comparaba á una larga cuerda, trenzada y retorcida. Los muros, reparados con precipitacion, ceden á los cañonazos: fórmanse brechas amplísimas: los musulmanes se arrojan á ellas, ardiendo en deseo de conseguir la palma de la victoria ó la del martirio. Los intrépidos compañeros de Constantino, mas difíciles de derribar que las murallas, rechazan, matan y arrojan al foso á los del primer asalto. En esta última lucha de la antigua civilizacion contra la barbárie moderna, las armas de Roma y las de nuestros tiempos, se reunieron para atacar y defender la ciudad de los césares. El aire, oscurecido con nubes de dardos y saetas, resonaba al mismo tiempo con el ruido sordo de los vastos peñascos lanzados por las catapultas, con el silvido de las balas y con el estruendo orrible del cañon.

La oscuridad que esparcia alrededor de los combatientes, el polvo y el umo, se disipaba á intervalos por el relámpago de la pólvora y la llama del fuego greguisco. En todas partes se oia una mezcla espantosa de imprecaciones, súplicas, campanas que incitaban al combate, truenos del bronce fulminante, fragor de las armas, gritos del odio y de la venganza, sonidos agudos de los clarines, cantos de guerra y clamores de los moribundos.

Mahomet adopta este dictámen tan conforme con sus deseos; pero antes de pelear entabla negociaciones, y sus enviados propusieron á Constantino la posesion tranquila de Grecia y Morea si entregaba á Constantinopla. «Yo salvaré mi capital, respondió el emperador, ó espiraré entre sus ruinas. Un tributo es el único sacrificio que puedo prometer.»

Cuando el sultan supo esta respuesta, esclamó: «Juro por el profeta que Constantinopla será mi trono ó mi sepulcro.»

Despues de estas palabras escorta á sus jenízaros al combate, les anuncia el asalto jeneral, y señala para darlo el 29 de mayo (1453). Para tener al cielo propicio manda consagrar la víspera de este dia decisivo á ayunos y abluciones: á la caida de la tarde hizo iluminar sus tiendas y campamentos: los derviches visitan los reales convertidos ya en mezquitas: los imanes inflaman con sus oraciones el fanatismo de los soldados, y muestran el cielo abierto á los vencedores de la cruz. «Yo os abandono, les dice Mahomet, los hombres, mujeres y riquezas de esa ciudad profana: solo reservo para mí su trono y sus edificios. Los que suban primero á la muralla serán colmados de onores y dignidades.»

Estas promesas, el ardor de la gloria, la sed de los placeres y del saqueo, escitan el zelo fanático y guerrero de los turcos. El aire resuena con este grito prolongado: *No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.*

En este tiempo Constantino formaba el proyecto de asegurarsu libertad destruyendo la armada otomana. El buen écsito de su plan atrevido, pero bien concertado, parecia seguro. Cuarenta jóvenes griegos, consagrados jenerosamente á perecer por la salvacion de su patria, se habian embarcado en un navío lleno de materias combustibles; y mientras que la escuadra veneciana, saliendo del puerto, atacase la de los turcos, estos nuevos Decios, finjiendo desertarse, debian pasar por medio de los buques otomanos é incendiarlos. Pero los turcos tuvieron aviso del proyecto, y apenas se presentó el brulote, lo echaron á pique, cojieron á los jóvenes griegos y los degollaron. La escuadra veneciana fué asaltada, rodeada y casi destruida por los enemigos.

Constantino hizo colgar de las

almenas, por represalias, doscientos sesenta turcos prisioneros. Los venecianos acusaron á los jenoveses de haberlos vendido: el almirante Nótaras se quejó de Giustiniani, y el emperador vió hasta el último momento reinar la intriga en la corte; la sedicion en el pueblo y la envidia en sus jenerales.

Mahomet ejecutó poco despues una empresa, cuya audacia espanta la imajinacion; y si el suceso no constase de todos los escritores de aquel tiempo, la historia no se atreveria á referirlo. Indignado del ostáculo que le impedia la entrada del puerto, hizo sacar sus navíos á la ribera. Un camino desigual, montuoso y erizado de espinos, fué allanado en el espacio de dos leguas, y cubierto de maderos y tablas untadas de sebo. La escuadra, conducida por aquel camino resbaladizo, da la vuelta á Gálata, y entra en el puerto interior. Este trabajo prodijioso se hizo en una sola noche, y concurrió á él casi todo el ejército. Al rayar el dia, vieron los griegos consternados su último asilo que era el puerto, lleno de las naves de los mahometanos.

Un triste estupor reina en aquella gran ciudad viendo nacer el dia de su ruina. La plebe aflijida llena los templos, se prosterna al pie de los altares, inunda los pórticos con sus lágrimas é implora la clemencia del Señor. Las vírjenes y sacerdotes atraviesan en procesion por las calles. Sus ayes y jemidos dan á aquella melancólica solemnidad el aspecto del último duelo; y á pesar de esto, en el mismo instante de perecer, el espíritu de secta y el odio de los cismáticos contra los católicos se manifestaba todavía. En el márjen del abismo que iba á tragarlos, los maldicen. «¡Insensatos! esclama con este motivo el historiador Ducas: aun cuando el ánjel que esperábais, se hubiese aparecido, habríais reusado su socorro, si hubiese propuesto la reunion de ambas iglesias como condicion de vuestra salud.»

Discurso de Constantino. — En esta estremidad, el emperador, conservando su valor indomable, reune los guerreros, convoca los grandes y senadores, y les dice: «Compañeros: »llegó el momento de nuestro triunfo ó de nuestra última ora. El peligro es grande; pero no hay ninguno que »no pueda vencer la intrepidez. »Vuestros antepasados domaron »el mundo armado contra ellos. »Durante muchos siglos resis-

»timos á los contínuos ataques »de los persas, sarracenos, sci»tas, búlgaros, hunnos y otra »muchedumbre inumerable de »bárbaros. Estos mismos turcos »que nos atacan, han úido de »nosotros muchas veces: no han »debido su aparente superiori»dad sino á nuestras disensio»nes. Unámonos, y no podrán »resistirnos. Veinte veces se »han roto sus armas contra »nuestras murallas: no há mu»cho que rechazamos á Amura»tes: pocos dias há que vuestro »valor triunfó de los soldados »de Mahomet: nuestros fosos y »campos, hasta nuestros atrin»cheramientos están sembrados »de sus muertos y eridos. El »nuevo asalto que prepara el »sultan, no es mas que el últi»mo esfuerzo de la desespera»cion. La Europa se arma en »favor nuestro: Huniades y sus »úngaros se acercan: una escua»dra veneciana corta los mares »para socorrernos: un dia mas »de valor, y salvamos el impe»rio. Defendemos lo que es mas »sagrado entre los hombres: la »relijion, la patria y la liber»tad. Merezcamos en una causa »tan santa la proteccion divina, »confesando nuestras culpas y »arrepintiéndonos de ellas. Yo »daré el ejemplo: si hay algu»no de vosotros, á quien haya »ofendido como príncipe, como »hombre ó como cristiano, le »pido que me perdone. La glo»ria nos espera, la patria nos »llama, los manes de nuestros »éroes nos contemplan: mar»chemos. Yo participaré con »vosotros de todos los peligros »del combate, como tambien de »todos los frutos de la victoria; »pero si Constantinopla cae, si »mis valientes compañeros pe»recen, os aseguro que no les »sobreviviré.»

A esta oracion fúnebre del imperio, no se dió otra respuesta que lágrimas y sollozos. Todos juran vencer ó morir.

El cañon de los turcos suena: dáse la señal de la pelea. Constantino entra en la mansion imperial, abraza á su familia, se viste de sus armas, y sale del palacio de los césares para no volver á él. Dirijese al puesto de san Roman, contra el cual habia dispuesto Mahomet su principal ataque. El comandante jeneral Giustiniani, con un cuerpo escojido de griegos y jenoveses, defendia la puerta Dorada y la Fuente: á lo largo del puerto, cerca de la torre del Hipódromo, hacia frente á los enemigos Juliano con un cuerpo de catalanes y castellanos: el

cardenal legado, con una tropa de italianos, peleaba en la punta de san Demetrio: los candiotas guardaban la puerta Horea: la defensa de la parte de la ciudad que miraba al puerto, se confió al gran duque Nótaras y á la jente de mar. Minotto, bailío de Venecia, custodiaba el palacio. Cantacuzeno y Nicéforo Paleólogo, estaban encargados de contener al pueblo, apaciguar los alborotos, é impedir las traiciones.

Un gran número de sacerdotes y los monjes de san Basilio, bajaron del santuario y corrieron á la brecha. El emperador visitaba todos los puestos, su ardor animaba á los valientes y su firmeza aseguraba á los tímidos.

Asalto jeneral. — Al rayar el dia dieron los otomanos el asalto jeneral por mar y tierra: toda la artillería del sultan se acercó á las murallas: las proas de las galeras y sus escalas amenazan las murallas de la rada: los márjenes de los fosos se llenan de fajinas: las líneas musulmanas avanzan tan estrechas y contínuas, que un historiador las comparaba á una larga cuerda, trenzada y retorcida. Los muros, reparados con precipitacion, ceden á los cañonazos: fórmanse brechas amplísimas: los musulmanes se arrojan á ellas, ardiendo en deseo de conseguir la palma de la victoria ó la del martirio. Los intrépidos compañeros de Constantino, mas difíciles de derribar que las murallas, rechazan, matan y arrojan al foso á los del primer asalto. En esta última lucha de la antigua civilizacion contra la barbárie moderna, las armas de Roma y las de nuestros tiempos, se reunieron para atacar y defender la ciudad de los césares. El aire, oscurecido con nubes de dardos y saetas, resonaba al mismo tiempo con el ruido sordo de los vastos peñascos lanzados por las catapultas, con el silvido de las balas y con el estruendo orrible del cañon.

La oscuridad que esparcia alrededor de los combatientes, el polvo y el umo, se disipaba á intervalos por el relámpago de la pólvora y la llama del fuego greguisco. En todas partes se oia una mezcla espantosa de imprecaciones, súplicas, campanas que incitaban al combate, truenos del bronce fulminante, fragor de las armas, gritos del odio y de la venganza, sonidos agudos de los clarines, cantos de guerra y clamores de los moribundos.

Mahomet alienta el valor de sus tropas vencidas: renueva con otras el ataque. Los griegos y romanos, nacidos en las provincias que habian conquistado los musulmanes, y que habian mudado de culto y de nombre, en vez de defender su patria, se arrojan con el turbante en la cabeza y la cimitarra en la mano á consumar la ruina de Constantinopla. Las lejiones de Natolia y Romanía, mandadas por sus bajaes, acometen las murallas de aquella ciudad, que sus antecesores habian enriquecido con los despojos de los pueblos bárbaros.

El Coran los arma contra el Evanjelio. Mahomet se pone á su frente, escita con voz espantosa su ciego fanatismo, y detras de ellos coloca verdugos que no les dejan mas eleccion que la de morir en la brecha ó en la fuga.

Valor de Constantino. — Sus coortes atacan sucesivamente á los cristianos que se les oponen. Los fosos, ciegos ya con millares de cadáveres amontonados, sirven de puente á las tropas; pero Constantino, escitando á los griegos á hacer el último esfuerzo por salvar la relijion, su príncipe y su patria, se arroja fuera de la brecha, desbarata, dispersa y estermina á los que la asaltaban, y los obliga á dejar un grande intervalo entre la ciudad y su ejército.

Tantos triunfos contra una masa de enemigos constantemente reforzados, habian agotado la fuerza y la sangre de los éroes cristianos. Entonces los jenízaros que Mahomet tenia en reserva, y que aun no habian peleado, se mueven, marchan, avanzan, precédelos el sultan, armado de una clava y rodeado de una guardia escojida: instalos á que apresuren su marcha con la voz y el ademan. Una montaña de cadáveres le sirve para ponerse al nivel de la muralla: una música guerrera, impidiendo que se oyesen las murmuraciones de los medrosos y los gritos de los eridos, anima el valor de los asaltadores.

Los griegos reunidos emplean todas sus fuerzas para rechazar este último peligro. Por todas partes los rayos del cañon y el choquè de las espadas y cimitarras resuenan con espantoso estruendo. Hazan, jenízaro de una fuerza prodijiosa, se lanza el primero á las almenas: erido de muchas espadas, atravesado de muchas lanzas, cae, vuelve á levantarse, pasa la muralla,

y vuelve á caer moribundo y vencedor.

Una multitud de vengadores le siguen: el valor cede al número, y los musulmanes fuerzan el primer recinto. En fin, un suceso funesto decide la suerte de la jornada: Giustiniani es erido, y no puede sostener el peso de las armas: en vano Paleólogo le representa la inminencia del peligro: el jenovés se separa del combate, entra en una barca, y uyendo de la muerte y del onor, da la vela para el Archipiélago. Su retirada desanima las tropas: en vano Constantino procura reunirlas y llevarlas en órden al segundo recinto: ya no le escuchan, y arrastrados por el terror, se precipitan en un paso estrecho, y lo ostruyen con su muchedumbre. Los jenízaros se arrojan furiosos sobre ellos: el combate se vuelve carnicería, y todos aquellos griegos perecen bajo el alfanje musulman.

Muerte valerosa de Constantino. — Constantino desesperado esclama: «¿No habrá alguna espada cristiana que me dé la muerte, ó me libre del cautiverio, ó del infortunio de morir á manos de un infiel?» Ninguno le responde: indignado de sobrevivir un momento al imperio, se arroja enmedio de las filas enemigas, inmola á su venganza muchas víctimas, y atravesado de mil aceros desaparece entre la multitud de los cadáveres.

Cuando se unde la capital de un imperio no hay sitio mas digno para el príncipe que la brecha; esta debe ser su trono ó su sepulcro.

Constantino Dragoses pereció en ella con una muerte gloriosa, y el último señor del imperio se mostró merecedor de llevar el nombre del Gran Constantino fundador de su monarquía.

Toma de Constantinopla. — El ejército musulman victorioso entra en la ciudad y se derrama por ella como un torrente. Un sitio de cincuenta y siete dias undió quince siglos de gloria. La víspera, depósito todavía Constantinopla de los triunfos, trofeos y riquezas del universo, presentaba la imájen viviente de Roma y Grecia: habia césares, augustos, patricios, senado, lictores, hazes, tribuna, circos, comicios, liceos, academias, teatros. El hierro de Mahomet lo destruyó todo en un momento, y los vestijios del mundo antiguo desaparecieron.

La soldadesca enfurecida se

entrega sin freno á la orrible licencia de la victoria: se apodera del palacio, comete los mas vergonzosos ultrajes contra la familia imperial, degüella al cónsul de Venecia, inunda las calles con sangre de cuarenta mil ciudadanos; otros sesenta mil, mas desgraciados, son reducidos á cautiverio. La multitud inmensa del pueblo llenaba la iglesia de santa Sofía y el recinto del circo, esperando la aparicion del ánjel anunciado por los frailes impostores. El rayo les hace abrir los ojos: sus bárbaros vencedores acuden y se arrojan sobre ellos: apodéranse de las vírjenes y dispútanlas enfurecidos: sus cabellos esparcidos, sus lágrimas, sus brazos levantados al cielo parece que aumentan su ermosura é inflaman la lubricidad de los feroces turcos. Clases, dignidades, virtudes, fuerza, debilidad, opulencia, pobreza, todo se confunde en el jeneral infortunio: el patricio, el artesano, el sacerdote, el guerrero, el príncipe, el mendigo, el viejo, el niño, la aflijida madre de familia, la cortesana amedrentada, fueron encadenados dos á dos indistintamente, y entregados á los caprichos de sus bárbaros dueños: la devastacion se esparce igualmente por los palacios, tugurios y monasterios, y consume los tesoros de muchos siglos.

Aquella escena de desolacion y saqueo duró dos dias: al fin los vencedores, artos de sangre y oro, acometian ya delirantes á los edificios públicos; pero Mahomet se presentó: su voz temible produjo el silencio y restableció el órden. Concedió la vida y la libertad á todos los cristianos que escaparon de las calamidades de aquellos dias sangrientos. La seguridad volvió á entrar en las casas: los vencidos obtuvieron la libertad de culto, y un tributo fué el precio de su descanso, si puede llamarse así una ignominiosa sumision.

Mahomet quiso que la magnífica iglesia de santa Sofía, llamada por los griegos *el segundo cielo*, fuese la principal mezquita de los musulmanes, despues de haber quemado en ella muchos perfumes; costumbre de los maometanos para purificar sus templos. Al mismo tiempo para satisfacer la piedad de los griegos, les permitió nombrar un patriarca: él mismo le dió la investidura de su dignidad, y le concedió los privilejios de que habian gozado sus antecesores

bajo el dominio de los césares. La eleccion recayó en Jennadio, aquel monje fanático, antorcha constante de discordia entre los griegos y latinos.

Ignorábase aun la suerte del emperador: su calzado de púrpura hizo que se reconociesen sus restos desfigurados entre un monton de cadáveres. Mahomet hizo poner en lo alto de la columna de Justiniano la cabeza de aquel infeliz príncipe, orrible trofeo de la victoria; y mandó enviar su cuerpo embalsamado á todos los príncipes de Asia. En vano los autores mahometanos, y Voltaire engañado por ellos, pretenden atenuar los orrores cometidos por los turcos y permitidos por Mahomet en el saco de Constantinopla. Sin adoptar las fábulas que inventó el odio de los griegos, como la de Irene, amada, segun dicen, de Mahomet, y decapitada por él mismo, para apaciguar las murmuraciones de los jenízaros y probarles que estaba dispuesto á hacerles los mayores sacrificios: sin dar crédito al cuento absurdo de los catorce pajes, abiertos por medio para descubrir cuál de ellos habia comido un melon, ¿ otras acciones, de que no puede dudarse, dan á conocer la ferocidad de Mahomet, los vicios que afeaban sus grandes cualidades y las desgracias que hizo sufrir al imperio. Un hecho evidente refuta las apolojías que el temor y la lisonja dictaron mucho tiempo despues á Cantemir; y es que la ciudad de Constantino se halló tan despoblada despues del sitio, que el sultan obligó á Mesembria y á otras muchas ciudades de Romanía á enviar cada una cinco mil habitantes para volver á poblar la capital; y las ciudades griegas que conquistó despues, fueron sometidas á la misma obligacion.

Mahomet II embelleció á Constantinopla, y se rodeó de una corte brillante y numerosa. Los escritores de su siglo aseguran que se complacia en la lectura de las traducciones de los antiguos, en particular de los historiadores de Alejandro. Hizo escribir su propia historia á Anjiolello de Vicenza, esclavo de su hijo Mustafá.

En pocos años las armas de Mahomet subyugaron el resto del imperio. Este sultan disimulado dió al principio seguridad á los déspotas tributarios, con protestaciones pacíficas que desmintió en breve. El logoteto ó gran duque Lucas Nótaras Paleólogo logró la libertad y con-

servó las inmensas riquezas que Mahomet le reprendia no haber sacrificado por la salvacion de su patria. Algun tiempo despues le roberon á su hija y la llevaron al serrallo: su hijo, amenazado de un ultraje infame, prefirió la muerte á la ignominia, y fué degollado con su padre. Los hijos de Fránzes tuvieron la misma suerte. Los Comnenos, tratados momentáneamente como vasallos, aun reinaban en Trebisonda; pero Mahomet II sometió por último á esta ciudad y al pais circunvecino (1461). David, último emperador de Trebisonda, fué conducido á Constantinopla y condenado á muerte. Demetrio y Tomás, ermanos de Constantino, reinaron algun tiempo en el Peloponeso; pero animados del espíritu de discordia, causa fatal de la ruina de los griegos, disputaron con las armas en la mano los últimos despojos de su familia. El sultan fomentó sus disensiones: Tomás, obligado á ceder, buscó un asilo en Italia, donde acabó sus dias. Demetrio, con el pretesto de un matrimonio que solo era un ultraje disfrazado, tuvo que entregar su hija al sultan, y por dote á Atenas, Corinto y Morea.

Los vaivodas de la Moldavia pelearon con tanto valor contra los turcos, que Mahomet se contentó con una sumision aparente por parte de ellos. La suerte libró á Mahomet de Huniades, el salvador de Ungría: cuando el sultan supo su muerte, se quejó con orgullo de que ya no tenía enemigos dignos de su valor. Sin embargo, aun ecsistia Scanderbec, único monumento que quedaba de la antigua gloria de Grecia. Sus armas rechazaron constantemente los esfuerzos redoblados de los turcos. El mismo Mahomet, al frente de sus terribles jenízaros, fué vencido por aquel intrépido guerrero. Pero Scanderbec, previendo que no podria resistir por mucho tiempo á todo el Oriente armado contra él, pasó á Italia á solicitar socorros de los príncipes cristianos, y murió en los estados de Venecia. La gloria de este éroe fué coronada por la escesiva alegría que manifestó el conquistador de Grecia al tener noticia de su muerte. Los príncipes de Italia temblaron. Nicolás V apremió á todos los cristianos de Occidente para que volasen al socorro de sus ermanos oprimidos; su sucesor Pio II (Æneas Sylvius) resolvió mandar en persona esta nueva cruzada; pero la muerte vi-

mo á derribar su proyecto (1).

Fin del segundo imperio griego. — Así se consumó en pocos años la revolucion que derribó el imperio de Oriente. Así es como concluyó el imperio de los romanos quinientos años despues de la batalla de Farsalia. Los grandes, los ambiciosos, los ricos, y aun muchos príncipes de la familia imperial de los Paleólogos, abrazaron la relijion del vencedor: una parte de la poblacion los imitó: otra quedó tributaria y oprimida. El despotismo y la ignorancia sumerjieron en las tinieblas aquellos ermosos paises: la civilizacion, vencida por la barbárie, desapareció del Asia y de la Grecia, que fueron su primera cuna.

Las musas aflijidas se refujiaron en Italia, y hallaron asilo en el Vaticano. En fin, el jenio de la literatura y de las artes, despues de haber perecido entre las llamas de Constantinopla, renació como el fénix de sus cenizas para brillar en Europa con esplendor mas ermoso y duradero.

(1) No falta historiador que recuerde que este papa escribió mucho antes una carta (núm. 396) en que ofrecia á Mahomet el imperio griego si queria hacerse cristiano y socorrer á la iglesia; es decir, si quería sostener la tiranía pontificia contra los príncipes de Europa, y ayudarle á despedazar los restos de los desgraciados cristianos que con abominables guerras no habia cesado de tiranizar.

FIN DE LA HISTORIA DEL BAJO IMPERIO.

HISTORIA DE TURQUIA.

INTRODUCCION.

Hemos concluido la historia jeneral del bajo imperio, y asistido á la caida del segundo imperio griego dominado por el terrible alfanje de Mahomet II, y antes de pasar á hablar de otras naciones cuyos anales se colocan en la historia moderna, conveniente nos ha parecido tratar de la Turquía y de los otomanos, trazando un cuadro aunque sucinto de esa colosal dominacion, que tan grande papel ha representado en el mundo subiendo al apojeo, hasta que abatido su poder marítimo en la memorable batalla de Lepanto por Juan de Austria, y su poder terrestre por Juan de Sobieski, que desde los muros de Viena le gritó: «De aquí no pasarás,» ha llegado al estado de nulidad política y de decadencia en que se halla.

Sin embargo, llegada la ora de los desastres, dicen los historiadores de Turquía Jouannin y Van Gaver, y desvanecido el prestijio de su fuerza, fué preciso acatar, aun enmedio de sus reveses mas crueles, aquella apariencia de grandeza y dignidad pintadas en su actitud de resignacion á la poderosa voluntad de Dios.

Fenómeno notable y muy grande en las monarquías musulmanas, ofrece este imperio, dice Lista, cual es la unidad del poder, y creemos que es una observacion muy apreciable. Háse notado en la historia de los árabes, la facilidad con que se desmembraba el imperio de los califas y los reinos formados de él, incluso el de los turcos seljiucides, de cuyas ruinas se levantó la dinastía otomana; cuando en el de los sultanes de Constantinopla se nota siempre una sola familia reinante, sin ninguna de las rebeliones de

bajaes, tan comunes en aquel imperio que ha llegado á producir un principado independiente. Las causas de esta especie de contradiccion en dos naciones de creencia comun, merecen ser indagadas; y deducidas de la historia de la nacion se pueden asignar varias, como opina acertadamente el referido Sr. Lista. Tales son: 1.ª el escarmiento en la dinastía de los seljiucides que pereció por su division: 2.ª el relijioso respeto de los turcos á la familia otomana: 3.ª la total separacion del poder sacerdotal del civil; porque los árabes aun sustrayéndose al dominio de los califas, les prestaban la obediencia relijiosa; pero los turcos, si se rebelasen contra el sultan, le renegarian absolutamente, lo que para ellos seria un sacrilejio: 4.ª el principio de la monarquía otomana, que consiste en la reunion sucesiva de los siete emiratos de Natolia en un solo dominio; y esta tendencia á la concentracion que fué el espíritu del gobierno otomano en su infancia, llegó á hacerse una mácsima abitual de la nacion: 5.ª y la que parece mas verdadera, ó al menos la mas fuerte, fué la institucion de los jenízaros, que constituian la fuerza militar del imperio; y que no teniendo, por su orijen, mas apoyo ni ecsistencia que las que el trono les daba, estaban siempre interesados en sostenerle, y en no permitir la desmembracion del imperio, ni la ruina de la familia otomana, á la cual debia su esplendor, gloria y conveniencias.

Tal es seguramente la causa de ese poder compacto y terrible que ha llegado hasta nuestros dias, y cuya historia vamos á trazar aunque con alguna brevedad, si bien tengamos que repetir algunos de los hechos ya narrados hasta llegar á la toma de Constantinopla.

HISTORIA DE TURQUIA.

LIBRO UNICO.

CAPITULO PRIMERO.

Orijen de los turcos. — Orijen de los otomanos ó osmanlis. — Ghazi-Sultan-Osman. — Orcan. — El turbante turco. — Caridad de los musulmanes. — Amurates I — Creacion de los jenizaros. — Bayaceto I. — Interregno de once años. — Mahomet I. — Amurates II. — Mahomet II el conquistador.

Orijen de los turcos. — Opinion admitida entre los turcos es el creerse descendientes del hijo mayor de Jafet, llamado Turk, ó como dicen los orientales *Jafet Oglan* (1). La cuna de este pueblo fueron las orillas orientales del mar Caspio, llamado el Turkistan (ó Turquestan.) Los orientales se sirven de la terminacion *istan*, adoptada por los jeógrafos modernos, y

(1) Los historiadores orientales suponen que los turcos estuvieron en perpétua guerra con los asirios, medos y persas, lo cual se justifica con las batallas continuas que los sucesores de Ciro sostuvieron contra los scitas del Oxo y Jajartes, que eran los turcos (*). La mayor parte de los historiadores concuerdan en hacer á los turcos de orijen scita, y en ello conviene Juan Cuspiniano, autor de un libro latino, titulado De Turcorum Origine, impreso en 1541, quien además de indicar sobre la materia las opiniones de Pomponio Mela, de Plinio, Ptolemeo, Zonoras, Pio Seneuse, Euboico, Sabelico, Dandolo, Veneto y otros muchos, opina que los turcos vienen de los scitas, diciendo lo siguiente: "*Non defuerunt preterea, qui*

(*) Olivier. *Voyage dans l' empire othoman, l' Egipte et la Perse. Tom. V*, pag. 251.

que unen al nombre de un pueblo para designar un conjunto de paises que las mas veces son independientes entre sí, y cuyos abitantes no pueden confundirse con los de un pueblo cuya fama ha absorvido la de sus vecinos. Asi es que el *Indostan* abraza todos las rejiones al E. del Indo; el *Frenquistan* tan famoso en Asia por los cruzadas franceses ó francas, comprende la parte europea del antiguo mundo donde reina el cristianismo. De la misma manera el nombre Turkistan (la Scitia de los griegos y el Turan de los antiguos persas) se aplica á las vastas rejiones del Asia que tienen por límites la China, la cordillera del soberbio Imalaya, la del Tauro de donde salen el Djeihum, el mar Caspio, el Volga y las estepas del Kipzak que se estienden hasta el pie del Cáucaso, al mar de Azow y al Tanais.

Este Turkistan abraza los paises ocupados por los tártaros, el Karasm (Kharezm), la Bucaria el Turkistan propiamente dicho, la Mongolia, el Tibet, é infinito número de subdivisiones inciertas, como la vida nómade de sus vagabundas poblaciones.

Sin ascender á los scitas, dice el ya citado Van Gaver, á los alanos y á otros bárbaros que derribaron el imperio romano de Occidente, veremos salir con el nacimiento del islamismo, de esta verdadera OFICINA GENTIUM, los tártaros mogoles, turcomanos y otras muchas ordas que uian despavoridas ante un enemigo mas poderoso, ó abandonaban sus desiertos para seguir á un Attila ó un Jenjis-Kan. Semejantes á un torrente impetuoso, brotaban jentes por todas partes para ir en busca de climas mas apacibles y fecundos, para saciar su salvaje avaricia y el afan de someterlo todo á su yugo.

Turcos ex Arabia quique ex Syria ortos arbitrarentur. Verum quæcumque illis origo est, ex Scythia utique est: & ut quidam adiiciunt, ex Europeis Scythis, qui præ cæteris ad Orientem vergunt, sedesque circa Tanaim habent. Cuius caussa inde profecti sint, non facile apud autores invenitur. Hoc satis constat, paruam fuisse ab initio manum ac turbam pastoralem, quæ alia atque alia appetendo, in Persas & Medos processerit: adeò interim obscura fama, ut eo bello, quod Heraclius Princeps in Cosdroem Parthorum Regem gessit, quum Hierosolymam (quæ semper hactenus sub Romano Imperio fuerat) caperet, vix sit eorum nomen auditum."

Los historiadores orientales dan el nombre de turcos á algunos de las tribus nómades que despues de la invasion de Atila en el Occidente, se establecieron en las fronteras setentrionales de Persia, y pelearon muchas veces con los reyes de este país que sucedieron á los partos; pero este nombre no se halla consignado en la historia del imperio hasta el reinado de Justino II que formó alianza con los turcos contra los persas. Motassem, octavo califa de la raza de los abasides, fué el que hizo conocer esta nacion á los árabes; porque compró un gran número de esclavos turcos, los hizo educar en las armas, y de ellos compuso una milicia por los años de 848, que se hizo tan insolente por el favor del califa, que los abitantes de Bagdad no pudiendo sufrirla, representaron á Motassem, quien resolvió abandonar la ciudad y trasladar la silla de su dominacion á Samara ó Sarmenrai en la Caldea.

Esta nacion fué causa de la ruina casi total de la casa de los abasides y del califado; porque habiendo subido gradualmente los turcos á los primeros cargos del estado, se apoderaron poco á poco del gobierno, y por último se hicieron dueños de él enteramente despues de la muerte de Motawakkel décimo califa de los abasides. Durante el espacio de noventa años estuvieron dando y quitando esta dignidad á su antojo, y eran como los pretórianos en Roma señores del imperio. Despues que el califa Radhi creó el emirato de Bagdad en 935, los jefes de la milicia turca obtuvieron muchas veces esta dignidad, hasta que los príncipes persas de la dinastía de Buiah, sultan de los dilemitas ó del pais de Dilem, se apoderaron de ella y la trasmitieron á sus descendientes.

Preséntanse por último los turcos en el mundo civilizado como nacion conquistadora. A la toma del Korassan por los gaznavides en 1004, y arrojados de esta provincia los samanides sus anteriores poseedores, gran número de turcos se establecieron en ella favorecidos por la comunidad del orijen, pues Mahmud, conquistador del Korassan, era hijo de un guerrero turco. Seljiuk era el jefe de esta tribu que vagaba en las comarcas situadas al Este del mar Caspio, perteneciente á los estados de Mahmud. Su hijo Alp-Arslan penetró en el Aderbijan

y quitó á los dilemitas sus poseedores, muchas ciudades. Togral-Bek y Jafer-Bek, nietos de Seljiuk, pasaron el Oxo en 1034 y se establecieron con permiso de Masud, hijo y sucesor de Mahmud, en los distritos de Nesa, y Abiwerd, pertenecientes al Korassan; y en breve se vió aumentada su tribu con la contínua emigracion de los turcos que á unírsele venian.

Reinaba á la sazon en Bagdad el califa Caiem-Bemrillah, sometido á los buides que eran señores de Persia, y que ejercian el emirato. El imperio árabe estaba desmembrado del todo; dueños los califas en otro tiempo de un imperio estensísimo, se hallaban reducidos al ejercicio del sacerdocio, y solo se les respetaba como sucesores relijiosos del profeta.

En este tiempo Togral-Bek el seljiucide, concibió y cumplió el proyecto atrevido de formar una sola monarquía de toda el Asia central (448 de la Ejira). Quitó á los gaznavides lo que poseian escepto la Bucaria y la India, venció á los príncipes buides, acabó con su dinastía, que habia durado hasta entonces ciento veintisiete años, logró la dignidad de Emir-al-Omara, casándose con una hija del califa, y fundó la monarquía de los seljiucides que se estendia desde la Siria hasta el Indo, y desde el Oxo hasta el golfo pérsico y el Océano Eritreo.

Murió Togral-Bek el año 455 de la Ejira y dejó á Alp-Arslan, su sobrino, todos sus estados, aumentándolos con las conquistas de la Armenia, la Iberia y gran parte del Asia menor, pais que los árabes nunca pudieron dominar completamente. Los seljiucides hubieran acabado con el imperio griego, á no haber aprendido de los árabes el espíritu de desmembracion. Este espíritu tuvo tanta fuerza sobre la monarquía fundada por Togrul, que al penetrar en Asia los primeros cruzados en el reinado de Barkiarok, cuarto sultan de la casa de los Seljiucides, á poco mas de medio siglo de la fundacion de la monarquía (498), Nicea, Iconio, Antioquía, Erzerum, Siria, Mesopotamia y el Irak, tenian sultanes particulares.

En 1193 quedó la Persia dividida entre sus diferentes gobernadores, y acabó en ella la familia de Seljiuk; pero se conservó en el Asia menor, llamada por los turcos el Atrum, ó tierra de los romanos. Iconio fué la si-

lla del imperio Seljiucide en este pais, despues de tomada Nicea por los primeros cruzados. Este resto del anterior poder de los turcos en Asia, duró hasta fines del siglo XIII, en lucha contínua tanto con las cruzadas como con los sultanes ayubitas y mamelucos de Ejipto y Siria, y con los mogoles que se apoderaron de Persia y de Bagdad en 1258 bajo las órdenes de Hulacú-Kan, y fundaron el imperio mogol de Persia.

ORIJEN DE LOS OTOMANOS.—Ablemos aora de los otomanos ú osmanlis. Parece fuera de duda que los otomanos vienen del primer sultan Otman, pero llamar turco á un osmanli es injuriarle groseramente, porque se jacta de atento, culto y cortesano, cuando la voz *turco* lleva consigo una idea contradictoria: es lo mismo que llamar bárbaro á un europeo. Los sultanes que son de orijen turco y lo conocen, se califican sin embargo con el título de *emperadores de la raza ó del pueblo de Otman*. Otman descendia de una familia ilustre entre los turcos, y en vano es meterse en el laberinto jenealójico con que muchos escritores tratan de persuadirnos que llegan hasta principios del mundo, llamándose, como hemos dicho ya, hijos de Turk, que lo era de Jafet.

Soliman, jefe de los turcos seljiucides, se puso á la cabeza de cincuenta mil hombres de su tribu y de la de los oghuses, á fin de escapar del yugo de los mogoles: abandonó las orillas del Gihon, patria de sus antepasados, atravesó la Media y llegó hasta las fronteras de la Siria en donde halló la muerte. Parte de su orda procuró ganar las estepas del Norte; la otra se dirijió ácia el Asia menor, bajo el mando de Ertogrul, hijo de Soliman, y fué recibido con los brazos abiertos por el sultan de Iconio, Ala-ed-din Kai Kobad, que esperaba robustecerse con ellos para hacer frente á los mogoles. El sucesor de este príncipe Gajat-ed-din (ó Gayateddin) Kai Khosru, no pudiendo resistir á los muchos ejércitos de sus enemigos, se uyó, y su imperio, debilitado por la falta de intelijencia que habia entre sus dos hijos Rokn-ed-din Kilig Arslan y Azz-ed-din Kais Kaws, se undió enteramente bajo Masud II, hijo de Azz-ed-din. Los turcos que habian seguido á Ertogrul se dispersaron en las montañas del Asia menor y en los valles del monte Tauro. Estaban dispuestos á servir á los príncipes,

que ocupaban el trono de Constantinopla; pero el emperador Miguel Paleólogo y su hijo y sucesor Andrónico, dominados igualmente por el espíritu de parsimonia, descuidaron aprovecharse de ellos.

GHAZI-SULTAN-OSMAN. (1300) — Ertogrul echó los primeros cimientos del imperio otomano. El mayor de sus tres hijos, que era Osman, eredó el prestijio de su padre. Nacido este príncipe en 657 (1259), era ya conocido en la corte de Ala-ed-din con el nombre de Mandjik, ó pequeño Osman. El sultan de Iconio, en atencion á los servicios de su padre, le dió el mando en jefe del ejército, enviándole las insignias, que eran el *tabl* ó tambor, y el *além*, estandarte (1). Además de estos onores le concedió el *sikkè* ó permiso de acuñar moneda, y el *khontbè* ó derecho de hacer proclamar su nombre en las oraciones públicas del viernes. Osman, en agradecimiento á los favores recibidos, contribuyó con sus azañas á estender y asegurar los dominios de su bienechor, quien le dió el gobierno de Eski-Chehir, ó la ciudad vieja.

La envidia escitó enemigos contra Osman en los señores vecinos. Convidado á las bodas de una hija del gobernador de Yar-Hysar, fué advertido por un amigo de que se trataba de darle muerte en el convite. Osman acepta, y añade al traidor que le permitiese llevar consigo su harem y tesoros para libertarlos de una sorpresa durante su ausencia. La peticion se acoje con entusiasmo. Osman disfraza de mujer á cuarenta jóvenes guerreros, les hace servir de comitiva á los carruajes donde suponia que iban sus riquezas, se apodera del castillo donde estaban los criminales, mata por su mano al gobernador, y roba la novia Nilufer, y la guarda para esposa de su hijo Orkhan (Orcan), que apenas tendria doce años.

Los grandes del reino odiaban á Ala-ed-din, y aprove-

(1) Las dos palabras tabl além, designan los atributos de la dignidad de los jefes de ejército y mandos superiores. Así es que un visir ó bajá de tres colas, habia de tener á su alrededor nueve tambores (tablzen), otros tantos pitos (zurnador), siete trompetas (borazen), cuatro timbaleros (zilzen), tres portadores de *thongh* (colas de caballos trenzadas), un portador de sanjacato, ó estandarte verde, y dos *bairakdares* portadores del *bairak*, bandera mas ancha que el sanjacato. (Van Gaver. Hist. de Turq.)

chándose de una invasion de tártaros y azanianos, sublevároase, y tuvo el sultan que refujiarse al lado del emperador griego Miguel Paleólogo, donde halló el cautiverio y la muerte en vez de la jenerosa ospitalidad que imploraba.

Osman, cuyo valor le habia dado el nombre de Ghazi ó victorioso, se veia en las gradas del trono. Su reputacion y sus riquezas ganaron á todos. Osman casó con Malhun-Katun, hija de un jeque anciano, y de su matrimonio nació Orcan. Sobre este casamiento y la futura grandeza de Osman, contábanse varios agüeros. Fué declarado sultan en 699 (1300). Osman supo inspirar á sus guerreros el entusiasmo del valor y de la relijion; les prometia los despojos del enemigo y la entrada del paraiso; y merced á este doble cebo reunió ejércitos valientes. Hacíase acompañar por santos derviches, hombres de espíritu varonil y guerrero, cuya austeridad esterior recordaba los anacoretas del siglo IV: el uso del opio les procuraba visiones, que lejos de disponerlos á la vida contemplativa, los incitaba á ejecutar acciones atrevidas.

Ocupóse Osman en varias conquistas, y entretanto cuidaba de la tranquilidad, que solo puede venir de la observancia de las leyes. Asentado el poder de Osman sobre base sólida, se preparó á nuevas espediciones, no queriendo que sus soldados permanecieran ociosos. Los gobernadores de las provincias griegas se unen secretamente contra Osman; pero noticioso de esto, cae de repente sobre sus tropas y las derrota. Dueño Osman de casi todas las ciudades de Bitinia, moderó su ambicion á fin de consolidar sus victorias; pero los soldados, acostumbrados á las batallas, pedian salir de su inaccion. Osman accede á sus deseos; pero les manifiesta que el Coran manda trabajar para la propagacion del islamismo. «Es un deber, dice, preferible á todas las riquezas del mundo: brindemos primero á los príncipes cristianos á que abracen la relijion del profeta; pero si se resisten á la ley divina, castiguen el hierro y el fuego su criminal ostinacion.» Por lo tanto mandó comisionados á todos los príncipes del Asia menor, con el encargo de darles á escojer entre el islamismo, el tributo de la sumision ó la guerra. Varios se sometieron y otros uyeron ó cayeron en manos del conquistador.

Entretanto una orda de tártaros hace una irrupcion en sus estados; pero Orcan su hijo los encuentra, pasa gran porcion á cuchillo y obliga á los demás á abrazar el maometismo. Pero Osman no creia tener bastante afianzado su poder mientras Bursa (ó Brusa), capital de Bitinia, no estuviese en su poder; por lo cual envió á Orcan un poderoso ejército para rendir dicha plaza, que diez años antes habian intentado sin conseguirlo. Mandó construir dos fuertes delante de la ciudad para mantener un bloqueo contínuo. Esta hubiera podido defenderse por su numerosa guarnicion; pero Andrónico Paleólogo dió órden de que capitulase, cayendo en poder de Orcan el año 726 de la Ejira (1326). Los abitantes salieron sanos y salvos mediante una suma de treinta mil piezas de oro.

Apenas habia gozado Orcan del placer del triunfo, recibe un mensaje de su padre moribundo que apresuradamente le llama. Acude y con el llanto en los ojos y la amargura en el corazon se acerca al lecho de la muerte y dice á su padre: «Osman, emperador de los emperadores y de los señores del mundo: ¡eres tú á quien veo en tan triste estado, tú que has sometido tantas naciones!—No te lamentes, hijo mio, mi consuelo; le responde el sultan con ahogada voz: todos debemos resignarnos á la voluntad del cielo, pues tal es el destino de los hombres. El viento de la muerte sopla igualmente sobre los reyes y los súbditos. Muero tranquilo, pues dejo un sucesor digno de mi poder. En cuanto á tí, hijo mio, coronado de felicidades, reina por la clemencia y la justicia; que sus rayos resplandezcan alrededor de tu trono y aclaren el orizonte todo. Lejos de tí la injusticia y la tiranía; sé el defensor del Coran, la columna de la fé, el protector de las ciencias y el bienechor de los ulemas. Considera nuestra relijion como el baluarte de la grandeza y la majestad, y nuestras sagradas leyes como la base de la autoridad y del poder supremo. Nunca pierdas de vista las vias misteriosas del Eterno; solo eres sultan para protejer al islamismo, apreciar á tus súbditos, y hacer gustar á todos los suaves efectos de la justicia, de la jenerosidad y la clemencia, únicos medios de atraer sobre tí las bendiciones de Alá y su profeta.» Despues de estas palabras espiró el 10 de ramazan de 726

(10 de agosto de 1326), á la edad de sesenta y nueve años y veintiseis de reinado. Los restos mortales fueron llevados á una capilla de Bursa. Al principio del siglo XIX se veia aun el rosario de Osman y el tambor que le regaló Ala-ed-din. Estas dos reliquias, objeto de respeto para los musulmanes, fueron despues presa de las llamas. Dícese que en el tesoro del imperio se conservan el sable y la bandera del conquistador.

Osman al morir no dejó ni oro, ni plata, ni joyas; todo lo habia agotado en recompensas militares. Su hijo no halló en el palacio mas que un kaftan bordado, un turbante, algunos ceñidores de muselina encarnada, una cuchara y un salero; pero le quedaba un grande imperio.

Tenia Osman un esterior imponente; su barba, cabellos y cejas negras, le dieron el epiteto de *Karo* (el negro), que entre los turcos es el mayor elojio de la belleza masculina. Sus brazos le llegaban á las rodillas, lo cual se consideraba como de feliz agüero entre los príncipes de Oriente, donde la tradicion ha conservado la memoria del célebre Artajerjes Lonjimano. El traje de Osman era muy sencillo. Un solo acto de crueldad se le echa en cara y fué á su advenimiento. Su tio Dundar, venerable octojenario, se atrevió á hacerle algunas observaciones acerca de sus proyectos de conquista, é irritado Osman traspasó al anciano de un flechazo. Fuera de esto, su memoria es venerada entre los otomanos. Las provincias del Ponto y Bitinia llevan hoy todavia su nombre, pues se llaman Osmandjik Vilaieti (estados del pequeño Osman).

Orcan. — (1326) Ala-ed-din, hijo mayor de Osman, á quien el difunto emperador habia puesto el nombre de su bienechor el sultan de Iconio, era el eredero del imperio; pero Osman le escluyó del trono en atencion á su gusto pronunciado por las ciencias especulativas. Orcan quedó declarado eredero, y Ala-ed-din respetó la voluntad de su padre y pidió se le permitiese retirarse á una aldea. Orcan pidió á su ermano que tuviese á bien no abandonarle y aceptar el cargo de visir; y este penetrado de tanta confianza lo verificó. Orcan por su parte ensanchaba los límites de la erencia que su padre le habia dejado y Ala-ed-din afianzaba sabiamente la base con leyes útiles é instituciones durables.

Aplicóse á la administracion. Este estudio, dice un historiador de Turquía, de los primeros ensayos tanteados con el fin de consolidar un imperio naciente, es mas curioso é instructivo que la relacion de las brillantes victorias que le han dado un lugar distinguido entre las demás naciones; porque el conquistador que se abre paso por entre los pueblos con su cetro de hierro, no posee igualmente la mano recta y moderada que hace menos pesado el yugo á los vencidos, y los une á su nuevo dominador con los lazos del interés y del afecto; las conquistas del rayo de la guerra no serán mas que unos destellos de gloria que se estinguirán con su vida, y aun algunas veces antes de su muerte, y de los cuales apenas quedará jeneralmente mas que un vano recuerdo. — La fuerza funda los imperios; la sabiduria los conserva.

Ya en otro lugar hemos ablado del orijen de la lejislacion musulmana. Además de esta, las primeras otras leyes que ocuparon la atencion de Ala-eddin fueron relativas á las monedas. En 729 (1328) hizo el visir acuñar moneda de oro y plata con la cifra del príncipe y un versículo del Coran. La moneda otomana no lleva como las de Occidente, el busto del príncipe, sino su nombre ó cifra, grabado, con el año de su advenimiento, y con un número que indica el año de su acuñacion.

El turbante turco.—El traje nacional fué otro objeto de la atencion del visir. Pensó desde luego en el turbante como signo distintivo de los Orientales. Dícese que Mahomet cuidaba mucho del arreglo del suyo, que segun él, era imitacion del de los ánjeles, distinguiéndose por dos tiras de muselina cayendo sobre la frente y otra sobre la espalda. Los sombreros primeros de los musulmanes son unas gorras de tela amarilla, encarnada ó negra, llamados Kulah. Las gorras de tela blanca de figura de un palmito eran para los soldados y oficiales del servicio. El blanco, símbolo de la felicidad, se adoptó como presajio de la futura felicidad de la monarquía. Los cortesanos conservaron únicamente el turbante blanco hasta el cuarto sultan. Los funcionarios públicos y oficiales tomaron el encarnado. Los monarcas usaron varios con bordados de oro, garzotas ó plumeros blancos. El *Ketché* era el turbante de los jeniza-

ros (1), distinguido por un largo pedazo de fieltro por detrás. Las demás piezas del vestido turco fueron señaladas mas tarde por leyes especiales. La creacion de varios cuerpos del ejército fueron tambien objeto de suma atencion para Ala-ed-din, y todo revelaba en él un espíritu de órden y un talento sobresaliente para el gobierno.

Orcan fijó su residencia en Bursa y se dedicó á nuevas conquistas. La caida de Nicea (Iznik) considerada como la segunda ciudad del imperio griego, destruyó la última barrera en Asia que se oponia al poder otomano: esta ciudad sufrió un sitio de dos años (1329) con todos los errores del ambre y de la peste, y al fin hubieron de rendirse á discrecion. Orcan fué umano con sus abitantes, les dejó sus riquezas, protejió á las viudas infelices de los valientes muertos en defensa de la ciudad, y por su dulzura se captó la voluntad de los vencidos. Nicea se pobló y floreció mas que nunca. El sitio donde se celebraron los dos concilios ecuménicos, se convirtió en mezquita, y en sus paredes se leia el símbolo del islamismo: *No hay mas divinidad que Dios y Mahoma es su profeta*. Dedicóse en seguida Orcan á la creacion de varios establecimientos útiles y piadosos. Cerca de la mezquita imperial estableció una especie de seminario en donde se estudiase la teolojía y el derecho: estos edificios tienen sus celdas para los alumnos; las materias que se enseñan son varias y á cargo de *muderris*, profesores.

Caridad de los musulmanes. —Fundó igualmente Orcan el primer *imaret* ú ospicio de pobres, donde se distribuia diariamente á los mendigos pan, comida caliente y alguna corta limosna en dinero. El mismo sultan lo hacia por su mano, y su caridad se halla elojiada sobremanera por los escritores Orientales. Este ejemplo fué seguramente imitado por sus sucesores, pues la caridad con el po-

(1) No faltan autores que atribuyan á Orcan la creacion de los jenizaros, y hablen de ellos en la época de su reinado; pero nosotros, adoptando la opinion de los escritores orientales de mas crítica, la referimos á Amurates I, como ya dejamos dicho en la pájina 160 del tomo XIX de esta historia, y habremos de recordar muy largo al volver á hablar de Amurates.

bre es una de las virtudes que mas distinguen á los musulmanes; y hay que hacerlos justicia diciendo que la cumplen mejor que los cristianos, y que en esto son superiores á naciones que se jactan de ilustracion y umanidad, y que sin embargo, en sus florecientes capitales se caen muertos los hombres de ambre por las calles y las plazas públicas. Esta caridad está recomendada por ese libro tan escarnecido por los fátuos de todas las sectas; en el Coran se lee: «¡O creyentes! haced oracion y dad limosna: todo el bien que hagais Dios os lo recompensará, porque está viendo vuestras acciones. El que ama á Dios debe tambien amar á su prójimo. Está obligado á socorrer á sus parientes, á los huérfanos, viudas, pobres, caminantes, estranjeros, cautivos y cuantos imploren su caridad. Dad limosna de dia, de noche, en secreto, en público; vosotros recibireis el premio del Eterno.» Las personas ricas se creen obligadas á contribuir con el diezmo de sus rentas para el sostenimiento de los establecimientos piadosos. La caridad musulmana llega hasta los animales: no se puede maltratar á uno, y la policia se opone á que á un camello se le eche mas carga de lo que baste á sus fuerzas. Los perros, considerados como impuros y que no se crian en las casas, son alimentados por las calles por los vecinos, y su número en Turquía es bastante grande é incómodo, particularmente en Constantinopla. A los ojos de un musulman es una inumanidad matar un animal ó tenerlo encerrado, por lo cual dice Jouannin tienen los turcos aversion á la caza; y con frecuencia compran pájaros para despues echarlos á volar. No negamos nosotros que estos son sentimientos de caridad: y si bien muchos de sus escesos son cometidos por el fanatismo, momentos hay, sin embargo, en que se echa de menos en ellos la práctica del cristianismo.

Volvamos á nuestra narracion. Dueño ya Orcan de las principales ciudades de Bitinia, Nicomedia, Nicea, Bursa, y de Pérgamo, capital de la Misia, se aplicó á la recta administracion de sus estados por las instituciones de Ala-ed-din. Fundó mezquitas, edificios, escuelas y mausoleos. En el intervalo de paz con los griegos, se ocupó en despojar ó hacer tributarios suyos á algunos príncipes turcos independientes, que eran dueños de varios territorios de Mi-

sia, Frijia y Galazia. En 1341 volvió á encenderse la guerra con el imperio, y la primera escuadra otomana, de que habla la historia, compuesta de treinta y seis buques, fué echada á pique por los griegos. Cuando Juan Cantacuzeno, rejente del imperio por muerte de Andrónico III, en la menor edad de Juan Paleólogo, trabó guerra civil con los ministros de este, Orcan favoreció al rejente y contribuyó á su elevacion al trono en 1347. Agradecido Cantacuzeno, le dió en matrimonio á su hija Teodora y asentó paces con él. Pero en las desavenencias ocurridas entre el emperador y los jenoveses en 1354, el sultan dió socorros á entrambas partes, y los turcos ausiliares de Cantacuzeno tomaron algunas ciudades de Tracia, entre ellas á Gallípoli, cuyos muros, parte derribados por un espantoso terremoto, dieron fácil entrada á los musulmanes sirviéndoles de punto de apoyo para su dominacion en Europa, que entonces dió principio. En aquel mismo año Soliman, su hijo mayor (ó Suleiman-Bajá), se apoderó de Kunur, del fuerte de Bulair, Melgara, Ipsala y Rodosto. El emperador Cantacuzeno se quejó de esta violacion de la paz, pero Orcan respondió que las armas no habian abierto las puertas del imperio griego, sino la voluntad divina derribando las murallas de Gallípoli.

Soliman murió en 135: de la caida de un caballo, cuando tenia sitiada la fortaleza de Chiurli. Su padre le erijió un sepulcro magnífico junto al Helesponto. Afectado por su muerte le sobrevivió un año solamente, muriendo en 1360 (761 de la Ejira) á los setenta y cinco años de edad y treinta y cinco de reinado. Temible en la guerra, clemente en la paz, liberal con los pobres, ábil lejislador y amigo de las letras, merece Orcan los elojios que le tributan los escritores musulmanes. Su esterior era noble, majestuosa su estatura, y sus músculos fuertes y vigorosos. Tenia el cabello rubio, azules los ojos, ermosa barba y bigotes espesos.

Amurates I. — (1360) La catástrofe acontecida á Soliman enmedio de su carrera brillante, facilitó la senda del trono á su ermano menor Amurates, primer sultan de este nombre. Dueño ya de las riendas del gobierno, onra el año primero de su reinado con la toma de Anguri ó Angora (la antigua Ancira), de la cual se habian apode-

rado algunos señores insurreccionados. En seguida manda á su visir se apodere de Andrinópoli, lo cual se verifica al primer asalto, y asienta en ella por entonces la silla del imperio turco en Europa. A esta conquista siguió muy luego la de todas las plazas de la Romanía. Era á la sazon emperador de Oriente el meticuloso Juan Paleólogo, que vió reducido el imperio de Constantino al territorio de la capital.

CREACION DE LOS JENIZAROS. — Despues de la conquista de Andrinópoli, Amurates se ocupó de la administracion de su imperio; pero su creacion mas importante fué la de una nueva milicia compuesta de jóvenes esclavos cristianos, hijos de tributo ó prisioneros de guerra, á quienes se instruia en la relijion del islamismo. Este cuerpo que despues fué tan temible á sus dueños, superó á las esperanzas de Orcan, quien conforme al principio político adoptado por todos los fundadores de imperios y sus primeros sucesores, quiso dar á esta institucion un carácter relijioso. Hadji-Bektasch, jeque venerable muy estimado bendijo la tropa, poniendo en la cabeza de los oficiales la manga de su vestido. En memoria de esta bendicion llevaban los jenízaros en el turbante un pedazo de fieltro colgando por detrás, que representa la manga del derviche.

Los jenízaros aumentaron la rapidez de las conquistas y estendieron los límites del imperio otomano; y el espíritu y las armas de este cuerpo conservaron la unidad de poder, impidiendo las desmembraciones de las monarquías de los califas; pero desde la época de su creacion hasta su estincion por Mahamud II, fueron los árbitros para quitar y poner emperadores.

Amurates, que reunia al jenio de la guerra el de la política, trató por medio del casamiento de su hijo Bayazeto con la hija de Kermian Oglu, príncipe ó emir de la gran Frijia, de hacerse un aliado entre aquellos pequeños príncipes del Asia menor, para que no estorvasen sus planes. La demanda de la mano, se hizo con mucha ostentacion; tres mil hombres á cuya cabeza iba el juez de Bursa y otros personajes, componian la diputacion. Las bodas se hicieron con ostentacion oriental. Los grandes presentaron magníficos regalos y Kermian dió por dote á su hija tres ciudades las mas

florecientes por su comercio y por los productos de su industria como fueron Egriguenz, Tauchanli, y Kutaiie.

En el tomo anterior de esta obra, pájina 160 y siguientes, hemos narrado, como ha visto el lector, los acontecimientos de Amurates hasta su muerte en la batalla de Casovia el 791 de la Ejira, ó 1389 de la era cristiana.

Amurates I fué uno de los príncipes mas esclarecidos de la raza de Osman. Enemigo del lujo, imitó la sencillez de Mahoma, y solo usó vestidos de lana como los ministros de la relijion, á quienes está proibido el uso de la seda. Su cuerpo fué trasportado á la tienda real, embalsamado y conducido á Bursa para colocarle en el sepulcro de Tchekirqué.

Bayazeto i. — (1389) Bayazeto I, á quien los turcos dieron el sobrenombre de ildirim ó el rayo, por su actividad en las batallas y por su valor indomable, encontrándose al frente del ejército vencedor despues de la muerte de su padre Amurates, fué proclamado sultan. Su ermano mayor Yakub quiso sublevar el ejército, pero Bayazeto se aseguró de la posesion del trono mandándole aogar con la cuerda de arco, jénero de suplicio el mas onroso entre los turcos, reservado á los grandes del imperio; pues la decolacion lleva una idea de infamia y desonor, y el cúmulo de la ignominia es ser aorcado ó empelado (1).

Queriendo Bayazeto disminuir el orror del fratricidio, invocó ipócritamente una nécsi-

(1) Von Gaver, en su historia de Turquía, da la noticia siguiente acerca de las ejecuciones turcas. «Cuando las personas agregadas al servicio del sultan han merecido la muerte, la reciben siempre segun su rango. El hombre del pueblo es aorcado: el militar y el ulema dado garrote: los oficiales civiles y militares decapitados, y sus cabezas durante tres dias quedan espuestas al pueblo con un rótulo que indica su crimen. En Constantinopla la cabeza de un visir ó de un bajá de tres colas se coloca en un plato de plata, sobre una columna de mármol, cerca de la segunda puerta del serrallo: la de un bajá de dos colas, la de un jeneral y la de un ministro, no tienen mas que el onor de un plato de madera, bajo la bóveda de la primera puerta. Las cabezas de los oficiales subalternos son arrojadas al suelo sin mas ceremonia delante de aquella puerta. Cuando la decolacion se ha verificado en una provincia, las cabezas se salan y se envian á la capital.»

ma del Coran, que dice: *La sublevacion es peor que las ejecusiones.*

Despues de haber participado Bayazeto su advenimiento á los príncipes del Asia, continuó la guerra comenzada por Amurates contra la Servia. Sus lugartenientes entraron en la Bosnia, y avanzaron hasta las cercanías de Widin. El mismo en persona se apoderó de la ciudad de Scopi y de las minas de plata de Karatova. Estevan, déspota de Servia é hijo de Lazar, se somete en fin, promete su ermana para casarse con el sulton, que D'Herbelot dice era su sobrina, y se obligó á suministrarle un contingente de tropas y á pagarle un tributo anual.

Entretanto los Paleólogos no cesaban de disputarse el imperio griego, ya reducido á una provincia sola. El hijo y el nieto del emperador Juan, desde el fondo del calabozo en que yacian por la conspiracion de Saodji, imploraron el socorro de Bayazeto, quien se aprovechó con alegría de este pretesto; pues tal era la ambicion que le devoraba. Dirijese á Constantinopla, liberta á Andrónico y á su hijo, y encierra en su lugar en la torre de Anemas á Juan y á Manuel. El nuevo emperador, en reconocimiento, se obligó á pagar á Bayazeto anualmente muchos quintales de oro y plata; pero los cautivos logran escaparse y se van cerca de su vencedor. El emperador Juan se reconoce por su vasallo, y promete suministrarle además de la cantidad de oro y plata contenida por su hijo, un cuerpo de doce mil hombres. Bayazeto entonces, guiado por su interés, repuso á Juan y á Manuel en el trono, y en vez de aprisionar á Andrónico, le formó una especie de reino, compuesto de varias ciudades.

Sigue Bayazeto sus conquistas: todo en el Asia cede á su presencia: pasa el Bósforo, y reclama del emperador griego el contingente de tropas ofrecido, y Manuel se apresura á reunirse como vasallo á su señor feudal con alguna fuerza. Con sesenta bravos otomanos es asolada la isla de Quio, é igualmente la Eubea y parte de la Atica. Sale de su apatía el emperador: fortifica á Constantinopla, pero Bayazeto le manda arrasar las nuevas murallas, amenazándole en caso contrario con sacar los ojos á su hijo Manuel. El anciano se somete y muere á poco. Sabedor Manuel de la muerte de su padre, burla la vijilancia

de los emisarios de Bayazeto y vuelve á Constantinopla; pero muy luego se halla bloqueado por una porcion del ejército del sultan: el de sus tropas invade la Bulgaria y Valaquia, que se someten al vencedor; pero Bosnia y Ungría rechazan las tropas otomanas. El emir de Caramania, que creia esta ocasion favorable para destruir la superioridad de los otomanos y sucederles en el poder, enarbola el estandarte de la rebelion contra los estados de Bayazeto. Ya habia avanzado hasta Bursa y Angora, y hecho prisionero al beilerbei Timurtach, cuando Bayazeto, pronto como un rayo atraviesa el Helesponto, y con su ejército cae sobre Ala-eddin. Este, espantado con tan repentina llegada, manda al sultan una embajada pidiéndole la paz; pero Bayazeto le contesta: «La espada solamente decidirá »entre nosotros.» Ataca á su enemigo y le vence, le coje prisionero y con él á dos hijos suyos, que fueron reducidos á prision perpétua en Bursa. El padre, puesto bajo la custodia de Timurtach, su enemigo personal, fué muerto por éste, sin autorizacion de Bayazeto. — Con esta victoria se reunieron al imperio las ciudades de Ak Serai, Larenda, Konia y toda la Caramania.

En Europa conquistó Bayazeto á Nicópolis y Silistria, y en Asia despojó de sus estados al sultan ó emir de Amasia y Sivas, y fijó los límites del imperio en el Eufrates.

La embriaguez de la gloria y las pérfidas insinuaciones del gran visir Alí Bajá, hicieron sumerjir á Bayazeto en los desórdenes. Para distraer á su amo de los negocios, le procuró toda suerte de placeres, y le repetia aquella mácsima tan puesta en uso por los aduladores palaciegos, de que todo era permitido al soberano; que la penitencia purgaba todos los crímenes, y mas cuando habia en el Coran un versículo que dice que *Dios perdona todos los pecados*. Dióse por consiguiente al uso del vino, proibido por el profeta, y se abandonó al vicio de Sodoma y Gomorra. Estas manchas ennegrecieron siempre las pájinas de la vida de Bayazeto. No faltó quien se atreviese á afearle su conducta y á hacerle volver en sí, manifestándole el rápido progreso de la corrupcion de las costumbres, que por su causa cundia en el imperio.

Entretanto, gran tempestad rujia en Europa contra él. Sijis-

mundo, rey de Ungría, alarmado con las conquistas del otomano, le envió embajadores para preguntarle el derecho con que se apoderaba de la Bulgaria. El orgulloso sultan, respondió á los enviados enseñándoles los arcos y flechas arrebatados á los vencidos. Aquella fué la señal de la guerra. Visto esto por Sijismundo, imploró el ausilio de la Francia y del papa. El vaivoda de Valaquia se alió con él: el rey de Francia Cárlos VI, le envió un cuerpo ausiliar mandado por el jóven conde de Nevers, hijo del duque de Borgoña, que mas tarde vino á ser tan célebre bajo el nombre de *Juan sin miedo*. Su lugarteniente era el mariscal Boucicaut uno de los primeros capitanes de su siglo. Bayazeto pasa á Europa y se da la batalla en las llanuras de Nicópolis, de la cual hemos hablado estensamente en el tomo anterior de esta historia, pájina 169 y siguientes.

Bayazeto, despues de la rota de los cristianos sobre los muros de Nicópolis, hace una irrupcion en Stiria y Ungría, se apodera de algunas plazas fuertes, somete á los válacos y obliga al emperador Juan Paleólogo á pagar un tributo anual de diez mil escudos de oro, y á dejar construir en la capital un *djami* y un *mekemé* ó tribunal de justicia, á los que se agregarian un iman ó cura, y un cadí ó juez.

Interin la batalla de Nicópolis encumbraba el poder de los osmanlis, una revolucion se operaba en Europa y amenazaba derribar el trono de Bayazeto. El imperio de Balk al E. del mar Caspio, contiene paises que pueden rivalizar en belleza con las fértiles tierras de Andalucía y de Damasco: su capital la antigua Samarcanda, está situada en un largo valle de unas ocho ó nueve jornadas, y regado por muchos rios. Al norte de esta ciudad se encuentran los montes Fergana, ricos en minas de oro, plata, cobre y piedras preciosas. Allí vivia, bajo la direccion de jefes valientes un pueblo pastor de orijen turco. Timur ó Tamerlan residia en Kesch, no lejos de Samarcanda, y gobernaba muchas provincias fértiles y populosas, en nombre del kan Dschagataj, descendiente de Jenjis-Kan. Este príncipe, sepultado en una indolencia apática, no conservaba sino el nombre de señor; Tamerlan, que reunia el valor al talento, y que gozaba de una autoridad casi absoluta, le empeñó á que le nombrase su *nowiam* ó primer ministro.

Sopretesto de reducir á la obediencia á los gubernadores rebeldes, emprendió Timur el restablecimiento del imperio de los mogoles. Sometió facilmente la Persia; en seguida sembró la discordia entre los tártaros de la orda de oro que poseia Kassan, Astracan y la Crimea, y que dominaba sobre los rusos. Ningun enemigo resistió al terror que esparcia la artilleria de Timur. Interin su nieto Pir Mohammed Dschean Ghir atacaba el Indostan, Timur se adelantaba ácia el Occidente y prometia su proteccion á todos los príncipes del Asia menor que tenian quejas del sultan Bayazeto. Relaciones orribles circulaban en el ejército otomano sobre la crueldad de Timur: segun voz pública habia hecho levantar en Sebzewar, torres vivientes con los cuerpos de los abitantes sublevados: dos mil hombres colocados unos encima de otros á manera de sillares, habian sido cimentados con arcilla y cal. En Siwans, los caballeros armenios habian sido arrojados de diez en diez con la cabeza atada entre las piernas, en anchos fosos, que tapaban con una tabla cubierta de tierra. Los ancianos, las mujeres y hasta los niños no se habian libertado; y á Ertogrul, hijo de Bayazeto, le habia cortado la cabeza despues de haber sido arrastrado ignominiosamente durante muchos dias detras del inumano vencedor. Con tales precedentes se entabló la guerra entre Timur y Bayazeto, cuyo pretesto fué la posesion de la Armenia, y su verdadera causa la comezon de dominio, que devoraba á entrambos conquistadores.

Timur penetró en Natolia en 1401 y se apoderó de Siwas. Bayazeto, que deseaba vengar la muerte de su hijo, sale al encuentro á Timur y le alcanza en la llanura bañada por el rio Tchibuk-Abad, cerca de Ancira. Cuatro hijos del soberano tártaro y cinco del otomano tenian mando en los ejércitos de sus padres. El combate entre los dos conquistadores mas grandes de la época, principió á las seis de la mañana y duró hasta la noche. Bayazeto hizo prodijios de valor: el esforzado sultan á la cabeza de sus diez mil jenízaros, rechazó todo el dia al enemigo, y solo cuando sus valientes guerreros cayeron casi todos de cansancio, ó bajo el hierro de los tártaros, se resolvió á uir. Pero detenido en su carrera por la caida de su caballo, fué hecho prisionero el 19 zilhidje 804,

ó sea 20 de julio de 1402. De cinco hijos del sultan presentes en la batalla, Musa partió la cautividad de su padre; Soliman, Mohammed é Isa lograron escaparse, y Mustafá que era el mayor, desapareció durante el combate, sin que nunca se supiese de él.

Conducido Bayazeto ante el vencedor, fué acojido con miramiento y atencion; y es una fábula inverosímil el suponer que le encerró en una jaula de hierro, pues lo equivocan con haber sido conducido en una litera cuyas ventanas estaban enrejadas y que se llamaba *Kafess*; palabra que significando *jaula* en el Oriente, ha dado ocasion al cuento de la susodicha jaula de hierro.

Obligado Bayazeto á seguir á su vencedor en el curso de sus conquistas, fué atacado de una profunda melancolía, y murió el 14 chaaban de 805, ó sea 9 de marzo de 1403, un año despues de la batalla de Ancira. Timur permitió á Musa trasladar el cuerpo de su padre á Burse, donde fué enterrado cerca de Amurates I.

Interregno de once años.— De los hijos de Bayazeto, Soliman despues de la batalla de Ancira, uyó á Nicea con Alí bajá, visir de su padre, y de allí á Andrianópoli donde fué proclamado sultan por todas las tropas de Europa y reconocido por Manuel, mediante la cesion de algunas plazas. Entretanto Mahommed, Musa é Isa se disputaban las provincias asiáticas: aquellas disputas duraron once años: los historiadores turcos no les dan el título de sultanes, y miran aquel periodo como un *interregno* por no haber ninguno de los contendientes reunido á un mismo tiempo todos los poderes del estado.

Necesitando Timur de todas sus fuerzas para la conquista de la China, y deseando conservar la Natolia bajo su dependencia, trató de debilitarla, saqueándola primero y dividiéndola despues del siguiente modo. Proclamó sultan á Musa para oponerle á Soliman su ermano; pero solo le dejó la Bitinia, Misia, Paflagonia y Frijia, repartiendo el resto del Asia menor entre los sucesores de los emires despojados por Amurates y Bayazeto. Vendió á Musa estas disposiciones de su política como una merced jenerosa, diciéndole: «Toma la erencia de tu padre: un alma verdaderamente real sabe conquistar y dar los reinos. Esta es la única gloria á que aspiro.»

Luego que Timur partió á Samarcanda, empezó la guerra entre los dos hijos de Bayazeto y entre los emires agraciados y sus vasallos. Soliman pasó al Asia: Musa vendido por los servios se ve obligado á retroceder ante la fortuna de su ermano que toma de nuevo posesion de Andrinópolis.

Dotado Soliman de las principales cualidades que constituyen á los famosos hombres de la historia, se señala sobre ellos por los escesos vergonzosos á que sin cesar se entregaba. Asi es que despues de la uida de Musa, se dió á los placeres mas groseros, acabando de perder en ellos su enerjía, interin su contrario, activo y vijilante, reorganizaba su ejército, y sin saber cómo se presentaba delante de los muros de Andrinópoli. De nada sirve que sus fieles servidores le adviertan el peligro que corre: búrlase de sus consejos y aun hace cortar la barba con su sable al agá de los jenízaros. Aquella afrenta la mas grande para un musulman le perdió. Abandónanle casi todos sus emires y se pasan al ejército de Musa. Uyese Soliman, persíguenle, y le matan en una aldea donde le sorprendieron bañándose los arqueros de su ermano.

Musa. — (1406) Muerto Soliman, quedó Musa reconocido dueño absoluto por los otomanos de Europa. Encamínase á devastar los estados del kralo de Servia, cuya traicion no habia olvidado, pasa á cuchillo las guarniciones de tres fortalezas, y sobre un monton de cadáveres manda que pongan tablas, y da un banquete á sus oficiales.

A Mahomet, último hijo de Bayazeto, no le habia cabido parte alguna en la division que hizo Tamerlan de la Natolia; pero despues de la marcha del conquistador y mientras la guerra civil entre Musa y Soliman, valido de un capitan llamado Temirte, atacó al emir de Galacia, se apoderó de esta provincia y fijó su residencia en la ciudad de Amasia. En ella se conservó durante el reinado de Soliman, que era ermano suyo de padre y madre. Resuelto á vengar su muerte y á sucederle, marcha con sus fuerzas á Bursa y es proclamado emperador; pero antes de establecer guerra contra su ermano apacigua el estado del Asia. Persigue ostinadamente á los tártaros que habia en Natolia, á otros bandidos que ecsistian á consecuencia de las guerras, y á los débiles príncipes á quienes Tamerlan habia distribuido el

Asia menor. Una campaña le bastó para ello: en seguida se preparó á contender con su ermano.

Odiaba Musa la guerra civil, y por esto propuso á Mahomet se contentase con el Asia y le dejase en Europa batallando con los cristianos. A fin de probarle la sinceridad de sus palabras, hizo en 1411 una invasion en la Morea. Tomó algunas plazas, y de vuelta de la espedicion marchó contra Sijismundo, rey de Ungría, y le derrotó completamente junto á Semendria, plaza situada á orrillas del Danubio. No obstante la gloria adquirida en estas espediciones, le atacó Mahomet: pasó el Helesponto por Gallipolí: Muluk y Ormuf-Bek, jenerales de Musa, que debian disputarle el paso, fueron traidores y se lo dejaron franco. Musa uyó, pero ausiliado despues por su amigo el príncipe de Servia, recobró sus estados. Estando en Andrinópoli se presentaron á los dos jenerales trai dores, y él los perdonó jenerosamente. Pero únense á Mahomet varios príncipes á fin de concluir sus eternas disputas. Abandonado Musa sucesivamente por sus jenerales, se refujia á una montaña con siete mil jenízaros que le quedaban, y cuya fidelidad habia comprado á fuerza de oro. Síguele Mahomet y coloca su ejército en batalla. Entonces Hazan, agá de los jenízaros y uno de los que le habian hecho traicion, sale de entre las filas, y estimula á sus compañeros á que se pasen á las filas de Mahomet. Musa enfurecido, se arroja sobre Hazan y le hiere mortalmente; y al ir á secundarle, pára un oficial el golpe con su sable y corta la mano al sultan. A la vista de este suceso, se aterran los soldados de Musa, se desbandan, y él mismo, viéndose abandonado uyó, cayó en un lodazal, fué hecho prisionero y conducido á la presencia de Mahomet, quien le hizo aogar al punto. Esto sucedió en 816 (1413);—Musa habia reinado tres años y meses.

Mahomet i. — Con la muerte de Musa se terminó la guerra civil, y Mahomet á su advenimiento al trono se encontró dueño de la monarquía otomana, tal como la habia poseido Bayazeto. Mahomet fué saludado y aclamado emperador. Los embajadores del imperio griego y varios otros príncipes fueron á felicitarle. El los acojió con benevolencia, los colmó de presentes, los admitió á su mesa, y al despedirlos, les dijo es-

tas palabras: «Repetid bien á vuestros amos que á todos les doy la paz y que yo la acepto de todos ellos. ¡Que el Dios de paz inspire á aquellos que intentaren violarla.» Despues dirijiéndose á los mensajeros de Manuel Paleólogo, añadió: «Decid á *mi padre* que, gracias á su socorro, he entrado en las posesiones de mis antepasados, y que en recuerdo de este servicio le seré siempre adicto como un hijo á su padre y buscaré todas las ocasiones de servirle.» Uniendo los hechos á las promesas, Mahomet restituyó á los griegos cuanto les habian arrebatado injustamente los anteriores sultanes, y fué durante su vida, tanto por onor como por política, su aliado fiel.

Durante la guerra de Mahomet y Musa, el emir de Caramania intentó sacudir el yugo otomano; el rebelde invadió la Bitinia y sitió á Bursa, sin poder apoderarse de ella. Mahomet pasó rápidamente á Natolia, y espantado el emir con la prontitud de su llegada, vino á echársele á sus pies, ceñida la frente con una banda en señal de sumision, y obtuvo su gracia (1). Juró respetar las posesiones del sultan, pero á poco se sublevó de nuevo. Mahomet corre á él, le sitia en Konia y en su inagotable clemencia vuelve á perdonar al culpable diciéndole estas ermosas palabras: «Marchitaria mi gloria si castigase á un infame como tú. Si tu alma pérfida te ha inducido á hacer traicion á tus juramentos, la mia me inspira sentimientos mas dignos de la majestad de mi nombre: tú vivirás!» Esto dicho, le devolvió sus posesiones, pero no sin poner guarnicion otomana en los principales plazas fuertes que al emir y á sus confederados pertenecian.

Un rompimiento con los venecianos ocasionado por un yerro involuntario, obligó á Mahomet á volver á Europa. Despues de un combate naval dado delante de Gallípoli en 29 de mayo de 1416, y en que la escuadra otomana á las órdenes del almirante Giali-Bek fué com-

(1) Dícese en el Coran: «No se corte una cabeza que se cubre con una banda" (es decir que pide gracia). Esta sentencia no admite escepcion sino en el caso de que haya peligro en dejar con vida á los prisioneros, ó bien imposibilidad de conservarlos. En este caso, su muerte se considera lejítima, por disminuirse con ella el número de los enemigos del profeta. (*Van Gaver y Jouannin.*)

pletamente derrotada por la veneciana, pereciendo toda la tripulacion de la capitana con dicho almirante, y quedando apresadas veintisiete galeras turcas, se concluyó un nuevo tratado. El embajador que envió el sultan al siguiente año á Venecia, fué mantenido en ella, como igualmente toda su comitiva, á espensas de la república; pues los venecianos, musulmanes y griegos habian eredado esta costumbre de los romanos antiguos, que concedian á los embajadores el alojamiento, la comida y los vestidos, *locum, lautia et vestimenta* (Tit. Liv.) que en turco se llama: *Konak, taiin y Kaftan*.

Acia el año 1419 estalló en el imperio otomano una conspiracion de los derviches que puso en el mayor peligro la absoluta soberanía del sultan. Despues de la muerte de Musa su protector Bedredin, sabio derviche que fué juez del ejército, habia sido desterrado á Nicea. Escapóse de la prision y se puso á predicar la doctrina de la comunidad de bienes escepto las mujeres, y no faltaron entusiastas, como es de suponerse, que adoptasen ávidos sus opiniones. A fin de estender sus doctrinas los partidarios nuevos declararon que adoraban al Dios del Evanjelio, y no faltaron cristianos que las acojieron reuniéndose á ellos. Aumentóse el número y llegaron á formar un ejército y dieron batallas con ventaja. Proclaman reformas opuestas á los preceptos del Coran, y sus ideas se van acercando al cristianismo; pero conociendo Mahomet ser un asunto demasiado serio, se propuso castigar á los rebeldes. Reune sus fuerzas y en las cercanías de Smirna les da una batalla y los destroza. Mustafá, su jefe, es hecho prisionero y algunos de sus oficiales escapados de la matanza. Pónenlo en el tormento y los dolores mas atroces no bastan á hacerle volver al islamismo. Renuncian los verdugos á vencer su ostinacion y le clavan las manos y pies separados en una tabla grande, la cual colocan sobre un burro, y así lo pasearon por las calles de la ciudad de Efeso. Sus discípulos mas ostinados fueron muertos delante de él. Aquellos fanáticos escaltados por el ejemplo de su jefe, en vez de temer la muerte se arrojaban sobre los puñales gritando al espirar. «Dede Sultan, recíbenos en tu reino.» A poco cojieron á Bedredin, primer motor de la insurreccion, y á otro judio renegado ar-

diente partidario de ella, y fueron aorcados; con lo cual se estinguió la secta naciente.

A poco volvió á encontrarse Mahomet en nuevo y mas iminente peligro. Los pocos sectarios que se libraron, estienden la noticia de que su ermano Mustafá Nobedid (el perdido) (1) que habia desaparecido durante la batalla de Ancira, se hallaba retirado en Samos, y queriendo salir de su oscuridad y vida contemplativa, reclamaba el trono como lejítimo eredero. La verdad de este acontecimiento no puede encontrarse entre los pareceres diversos de los historiadores. Sea como quiera, el pretendiente, sostenido por el príncipe de Valaquia y otros, invadió la Tesalia. Batido cerca de Tesalónica se refujió en ella: el comandante griego reusa entregarlo al sultan, y esta conducta la aprueba el emperador Manuel, quien responde á su aliado que un soberano no puede sin afrenta entregar el fujitivo que llega á buscar un asilo al pie del trono: que se empeñaba en no dar libertad al pretendiente al menos mientras viviese el sultan. Mahomet al ver tan jenerosa conducta no quiso ser menos, y asignó una pension anual á Mustafá, en quien parecia reconocer tácitamente la cualidad de ermano.

Al año siguiente de 1421 volvió Mahomet á Andrinópolis, pero apenas llegó le acometió una apoplejía. Vuelto en sí y conociendo su prócsima muerte, recomendó á la fidelidad del gran visir al eredero del trono su hijo Amurates, que se hallaba en Amasia. Murió Mahomet, y por

(1) En la pájina 186 del tomo anterior, por seguir la opinion del conde de Segur, hemos cometido un yerro involuntario y de bastante bulto, que nos apresuramos á desacer en este lugar. Hemos dicho al hablar del sultan Mahomet, que se levantó un impostor finjiendo ser Isa, hijo mayor de Bayazeto; que se sublevó, reunió tropas, fué vencido y que se refujió en Tesalónica. Por lo narrado respecto á Bayazeto, sabe el lector que Soliman, Mahomet é Isa se escaparon de la batalla en que quedó prisionero su padre, y que Mustafá desapareció durante el combate. Despues en el interregno de los once años hemos visto disputarse las provincias asiáticas á dichos tres ermanos, y de consiguiente no habia para que ningun impostor finjiese ser Isa (á quien ya dejamos muerto por Soliman su ermano), sino Mustafá el perdido. Esta equivocacion nada tiene de estraño por cuanto vemos la diverjencia que sobre la historia de Turquía hay entre los escritores; y se necesesita de suma crítica para acercarse á la verdad.

espacio de cuarenta dias se ocultó su fallecimiento hasta la venida de su hijo. Entretanto las tropas que debian ir á una campaña del Asia no querian marchar sin ver á su monarca enfermo. Convenia tener oculta su muerte y así idearon colocar el cadáver sentado en el Kiosco del serrallo de Andrinópolis. Los soldados al pasar por delante de los balcones del palacio arrojaban grandes gritos de alegria á la vista de su amo que distinguian por entre las vidrieras, sentado sobre su trono y saludándoles con la mano. La distancia no les permitia distinguir que no veian mas que un cadáver, cuyos brazos hacia mover un paje, oculto detrás del cuerpo, y metidas las manos en las mangas de la pelliza imperial. Entanto llega Amurates á Bursa; toma posesion de la corona y el cuerpo de su padre es conducido por el ejército mismo al magnífico sepulcro de Yechil-Imaret, fundado por [redacted] y para él solo. Este edificio es uno de los mas sobresalientes en la arquitectura oriental, y en él, como en otros muchos tambien de su fundacion, se nota el amor de Mahomet á las artes y su gusto delicado. Fué aficionado á la literatura y protejió á los sabios; umano con los pobres, jeneroso, constante en la amistad, ha merecido ocupar el rango de los mejores soberanos de su raza.

Amurates II. — Apenas tenia este diezíocho años cuando fué aclamado sultan. Dedicóse á consolidar el poder de su familia: concluyó un tratado de paz con el príncipe de Caramania y una tregua de cinco años con Sijismundo. Solo Manuel Paleólogo, olvidando sus intereses y los males causados á su país por los otomanos, se atrevió á intimar á Amurates le entregase sus dos ermanos en reenes interin se ejecutaba una cláusula del testamento de Mahomet. El visir se negó á ello, y Manuel le amenazó con dar libertad á Mustafá, supuesto ó verdadero hijo de Bayazeto, que tenia en su poder, y hacerle reconocer por las provincias europeas interin las del Asia se sometian. Cumplió Manuel su amenaza, con la condicion de que el pretendiente devolviese Gallípoli y gran número de ciudades al imperio griego. Diez galeras á las órdenes de Demetrio Láscaris desembarcan á Mustafá y su comitiva delante de Gallípoli, cuyos abitantes se someten, escepto la guarnicion

de la fortaleza. Mustafá corre engrosando sus tropas, y avanza ácia las de Amurates, y les ordena atrevidamente deponer las armas. La órden produce un efecto májico: obedecen los soldados. A esta noticia capitula la fortaleza de Gallípoli: Demetrio Láscaris quiere poner en ella guarnicion griega, y Mustafá le contesta, que no hace la guerra por cuenta del emperador. Manuel, que ve desvanecidas sus esperanzas, aun se atreve á pedir al sultan le entregase sus dos ermanos en reenes. El sultan, luego que supo la defeccion del ejército de Bayezid Bajá, y el triste fin de aquel visir que fué condenado á muerte por Mustafá, reunió otro y se atrincheró detrás del rio Ulubad. Mustafá, que avanzaba á presentarle la batalla, se ve acometido de repente de una emorrajia violenta en la nariz que le duró tres dias, precisándole á suspender el combate. Un prisionero del sultan puesto en libertad, se dirije al campo enemigo, ecsorta á sus amigos y compañeros á que se pasen, y Mustafá se ve forzado á uir solo con algunos pocos, y á refujiarse en Gallípoli. Oblíganle á salir de allí, y al encaminarse á la Valaquia le cojen y muere en el suplicio de los malechores.

Entonces conoció el emperador lo mal que habia obrado con Amurates, y le envió embajadores con protestas de amistad; pero el sultan, por única respuesta, se acercó á Constantinopla con veinte mil hombres y la puso cerco. Publica en su ejército que todas las riquezas serian abandonadas á los musulmanes. Esta promesa aumenta el número del ejército con multitud de vagos que vienen esperanzados en el botin. Los derviches numerosos que fueron con Amurates, reclamaban como parte del botin que deberia caberles, las monjas encerradas en los conventos de Constantinopla. Al frente de los derviches estaba el gran jeque Bokhari, muy respetado y venerado de los otomanos, el cual profetiza con libros cabalísticos hasta la ora en que los hijos del profeta entrarán en la ciudad de Constantino. Entretanto los derviches, que nunca faltan truanes vocingleros que embauquen al pueblo, daban gritos desaforados insultando á los soldados griegos que se asomaban á las murallas, diciéndoles: «¿Qué habeis hecho de vuestro Dios? ¿dónde está vuestro Cristo?..... Mañana caerán vuestras murallas, quedarán

reducidas á la esclavitud vuestras mujeres y vuestras hijas; vuestras ñoñas (monjas) caerán en poder nuestro, porque tal es la voluntad de nuestro profeta.»

Anúnciase la batalla para el 21 de agosto de 1423, é indudablemente las armas de los griegos iban á ser vencidas. El emperador, como hemos dicho en la pájina 188 del tomo anterior de esta historia, recurrió á un espediente que le produjo buen resultado, cual fué enviar al Asia á Mustafópulo, ermano menor de Amurates, quien amenazaba á los abitantes de Bursa para que se rindiesen. A esta noticia se debe el haber levantado el sultan el sitio, y no á la vaciedad que cuentan algunos historiadores, diciendo que á la caida de la tarde y estando el sol para ponerse, apareció á los ojos de los sitiadores una Virjen, adornada con un vestido de color de violeta, esparciendo á su alrededor un resplandor muy grande que los llenó de terror y los hizo uir.

Amurates se dirije sobre Mustafópulo; cae este en su poder, y le manda ejecutar al momento, diciendo unas palabras del profeta: «Cuando hubiese dos »califas á quienes se rinda omenaje, es menester matar á uno »de ellos.»

Ya hemos visto al principio de este volúmen varias de las mas importantes acciones y batallas de Amurates. En 1429 recobró á Tesalónica, que se habia cedido al imperio durante la guerra civil de los hijos de Bayazeto. En 1434 sometió á Demetrio, ermano del emperador de Constantinopla y déspota de la Morea. El mismo año empezó la guerra entre turcos y úngaros, mandados por el célebre Juan Huniadas, conocido entre los musulmanes bajo el nombre de *Yanko*. Amurates se apoderó de Servia, y penetró en Ungría. Rechazado por Huniades y vencido despues en 1439, restituyó la Servia al kralo y se mostró dispuesto á hacer la paz con los úngaros. Ya hemos visto en la pájina 16 cómo se firmó una tregua de diez años en Sejedin (ó Szegedin), el 12 de julio de 1444. Para asegurar mejor la ejecucion y solidez, las condiciones fueron solemnemente juradas sobre el Evanjelio y el Coran. Acabado de firmar el tratado, supo la muerte de su hijo Ala-ed-din, y lleno de pesar renunció su dignidad en favor de su hijo Mahomet II, entonces de catorce años,

y se retiró á Magnesia despues de haberle dejado rodeado de ministros ábiles y esperimentados. Los enemigos del imperio otomano luego que vieron la abdicacion de Amurates creyeron favorable la ocasion para vengarse de las afrentas de los musulmanes, y sin considerar la santidad del juramento sobre los evanjelios, aun no habian trans currido diez dias cuando el príncipe cristiano rompió villanamente aquella paz que debió durar diez años. No es esta la sola vez que cumplen tan mal con sus juramentos los sectarios del Evanjelio. En tan inminente peligro como venia sobre los turcos por acercarse Ladislao con un ejército, que aunque no muy crecido bastaba para dar un atrevido golpe de mano, suplican á Amurates los ministros de su hijo tome las riendas del imperio y del ejército. Sale el antiguo sultan de su retiro, pasa á Europa, se pone al frente de las tropas, y vence y mata á Ladislao en la sangrienta batalla de Varna; catástrofe que ya hemos referido. Ladislao, el cardenal de Florencia, sobrino del papa, y cuantos tuvieron parte en tan infame rompimiento y murieron en la batalla, recibieron el premio de su mala accion.

Luego que Amurates hubo salvado el imperio de su hijo, volvióse á los placeres y jardines de Magnesia; pero aun no habia principiado á gustar de aquella vida voluptuosa, cuando recibió la noticia de haberse sublevado los jenízaros y ser necesaria otra vez su presencia en el ejército. Acudió, redujo al órden á los sediciosos, y aunque á su pesar, continuó con la autoridad soberana.

Por entonces principió á figurar en Albania un guerrero, célebre por sus talentos militares y su odio contra los otomanos, nombrado Iskender-Bey que los historiadores cristianos han cambiado en Scanderbec, cuyas principales azañas dejamos referidas. La batalla de Varna dejó á los úngaros inutilizados para muchos años, y entregó á los griegos, sin esperanza de socorro, en poder de los turcos. Ciertamente que Scanderbec en Albania y Constantino Dragoses, ermano del emperador, en Morea, entretuvieron á las fuerzas otomanas y consiguieron algunos triunfos, capaces de inmortalizarlos; pero no bastaron á salvar el imperio.

A principios de 1451, y despues del casamiento de Mahomet con una hija de Soliman

Bey, príncipe otomano, atacó al sultan Amurates una apoplejía en medio de un festin, y espiró en febrero, (855 de la Ejira) en una isla cercana á Andrinópolis, donde acudia á distraerse de los cuidados del gobierno.

Amurates era de gran capacidad, de carácter justo y recto: su imperio lo gobernó con gloria, y fué piadoso y caritativo como casi todos los príncipes de Osman. Edificó muchos monumentos y mezquitas, y bajo su reinado principió la poesía á progresar mas que en tiempo de sus predecesores.

MAHOMET II EL CONQUISTADOR. —(1451) Seis dias despues de la muerte de Amurates tomó posesion su hijo Mahomet, que encontrándose en Magnesia acudió con sus parciales y tributó los onores fúnebres al cadáver. La conquista de Constantinopla, que fué el acontecimiento mas memorable del siglo XV; la caida de la antigua Bizancio, y la destruccion del imperio romano griego, despues de mil y cien años de duracion, eran hechos sobrado grandes para no poder menos de dejar recuerdos profundos entre los pueblos cristianos. Por eso el sultan que se apoderó de la ciudad de Constantino, ha conservado cierta celebridad popular de que no participan los demás príncipes otomanos. Ya hemos visto que su idea dominante despues de sentado en el trono, fué la posesion de Constantinopla; y á fin de conseguirlo asentó paces con el príncipe de Caramania que habia hecho algunas irrupciones en los estados otomanos, mantuvo la que su padre Amurates habia entablado con los úngaros y servios despues de la batalla de Casovia, y reunió todas sus fuerzas para atacar la capital del imperio griego.

Ya hemos visto, al narrar la estrepitosa caida del imperio, los insultos y provocaciones de Mahomet á Constantino, la construccion de catorce baterías en donde colocó un cañon colosal fundido en Andrinópolis, que lanzaba á una milla de distancia una bala de piedra de doce palmos de circunferencia y del peso de seiscientas libras: la construccion de un castillo otomano en la ribera del Bósforo para impedir que entrasen socorros á la plaza por el mar; los grandes preparativos militares del sultan, el sitio de Constantinopla, la gloriosa defensa del emperador, la portentosa traslacion de la escuadra turca

desde el Bósforo al puerto de Constantinopla; y en fin, el asalto jeneral dado á la plaza, la muerte de Constantino defendiendo la brecha, la victoria de los turcos, el saqueo y pillaje de las tropas vencedoras, la fatuidad de la luz del Tabor y de la venida de un ánjel, y la caida de un imperio envuelto entre la palabreria siempre incomprensible y siempre vana de los teólogos.

Luego que Mahomet llegó al palacio imperial, se halló sorprendido al ver la melancólica soledad y el vacío de aquellos salones antes tan brillantes y animados, y recitó un dístico persa cuya traduccion dice así: «La araña ha ilado su tela en el palacio de los césares: el mochuelo hace resonar la bóveda de Efrasiab con su canto nocturno.» Aquella reflecsion filosófica sobre la instabilidad de las grandezas umanas, no impidió á Mahomet abandonarse á la embriaguez del triunfo y los placeres.

Tal fué el memorable sitio que puso á Constantinopla en manos de los turcos el 29 de mayo de 1453 (20 djumadi I, 857 de la Ejira), 1125 años despues de su reedificacion por Constantino el Grande. Sitiada veintinueve veces desde su fundacion, tomada otras siete, su última ocupacion la incorporó al imperio otomano, y destruyó la nacionalidad de un pueblo que varias veces, aunque sin fruto, intentó sacudir el yugo de sus vencedores, hasta que por último en 1821 se insurreccionó y logró reconstruirse despues de cuatro siglos.

Ya veremos cómo la emancipacion griega fué el resultado de la proteccion de tres grandes potencias europeas, impulsadas por diferentes miras políticas, aunque al parecer estaban animadas en su filantrópico lenguaje de los mismos sentimientos de jenerosidad, desinterés y civilizacion.

Refiramos algunas noticias y detalles topográficos sobre Constantinopla. Situada en la orilla europea del Bósforo, está la antigua Bizancio, edificada como Roma sobre siete colinas. Al elejirla Constantino en 330 para residencia suya, mudó su nombre primero en el de Constantinópolis (ciudad de Constantino). Los griegos la designaban en su lengua por *Polis* (la ciudad), á la manera de los romanos que solo llamaban *Urbs* á Roma; y por una lijera alteracion de las palabras griegas *is*

ten polin, han dicho los musulmanes *Istanbol* ó *Stanbul*. Dánla tambien el nombre de *Oummuddunia*, madre del mundo. Es de forma triangular: la base del triángulo toca al continente europeo por el Poniente; hállase defendida por un doble foso y doble línea de fortificaciones. Los otros dos lados lindan al Sud con la Propóntide, y al Nordeste con un puerto de cerca de tres millas italianas de largo, y cerca de una de ancho, que con justa razon lo llamaban antiguamente *el cuerno de oro*; es uno de los puertos mas seguros y ermosos. Una simple muralla defiende la ciudad. En el sitio por Mahomet se construia un fuerte á cada punta del triángulo; la Acrópolis, colocada en el promontorio, llamado hoy *Punta del serrallo*, llevaba el nombre de san Demetrio; el segundo fuerte, construido á la estremidad de la muralla occidental, que se estiende hasta la orilla de la Propóntide, se llama *Pentapyrgion*, cinco torres: es el fuerte que se ha hecho tan famoso despues, bajo el nombre del castillo de las Siete Torres. Por último, en el fondo del puerto estaba colocado el Cynegion; hoy *Haiwan-serai*, especie de anfiteatro destinado para los combates de animales feroces; y mas lejos el palacio de los *Blachernos*, morada favorita de los últimos emperadores griegos. Entre la Acrópolis y el Pentapyrgion, habian escavado dos conchas, el puerto de Teodosio y el de Juliano, en el dia cegados con montones de arena. Allí ecsistian los palacios de aquellos dos emperadores. Sobre la plaza misma que ocupa en parte el serrallo actual, estaba construido el gran palacio imperial; y últimamente, entre el *Pentapyrgion* y el puerto de Teodosio, estaba el palacio *Psamatia*, cerca de la puerta de este nombre.

Interin no fueron los turcos dueños de Constantinopla, su imperio, estendido desde el Adriático hasta el Eufrates, y desde el Danubio hasta el Mediterráneo, se hallaba interrumpido por tres mares, y sin otra comunicacion que la del Helesponto por Gallipoli. Poco faltó en las guerras civiles que se hicieron los hijos de Bayazeto para que el imperio turco quedase desmembrado; pero la actividad de Amurates II, unió los intereses de las provincias de entrambas orillas del estrecho. La posesion de Constantinopla y su posicion dominando tres golfos

y dos partes del mundo, proporcionando una capital á la potencia otomana, le prestó al mismo tiempo la fuerza que resulta de la unidad. Constantinopla, ciudad mas importante que las demás por su comercio, riqueza é industria, y que todas las provincias que habian conquistado los otomanos, quedó desde entonces señalada por la corte y residencia de los monarcas, y fué el punto desde donde salieron para hacer conquistas fáciles por Asia y Europa.

Dueño ya de Constantinopla y despues de haber procurado atraerse el afecto de sus nuevos súbditos, tolerando y protejiendo su culto y sus costumbres, volvió Mahomet á Andrianópolis, é hizo decapitar al gran visir por sospechas de intelijencia con los griegos; envió en seguida cartas al sultan de Ejipto, al schak de Persia y al jerife de la Meca, para noticiarles su nueva conquista. Dedicóse despues á la conquista de la Servia (1455) adonde fué con poderoso ejército, pero no encontró á quien batir por haberse retirado á Ungría el príncipe de los servios. Hubiera querido penetrar en aquel reino y seguirle, pero no pudo apoderarse de Sendrew, castillo que defendia el paso del Danubio, y solo se echó sobre *Navoserda ó Novobredo* y de algunas otras ciudades sobre el Sinitza, bombardeando á la primera con morteros inventados segun se dice por él mismo, y llevándose los cautivos para poblar á la desabitada Constantinopla. El príncipe de Servia hizo la paz con Mahomet, y se obligó á pagarle un tributo de cuarenta mil ducados. En seguida se acercó al Archipiélago, donde cruzaba la escuadra otomana á las órdenes de Hamza. Los caballeros de Rodas se habian negado á pagar tributo, y el sultan acababa de declararles guerra. El almirante otomano se dirijió primero á Lesbos, donde mandaba el duque Domingo Gatelucio, quien envió á Hamza presentes y refrescos para sus bastimentos. Despues pasó á Quio y recibiéndole de una manera ostil, se presentó delante de Rodas, cuyas fortificaciones imposibilitaron todo ataque. Entonces Hamza se dirijió ácia Cos, sitió durante veintidos dias la fortaleza de Raqueia, y se vió precisado á retirarse con pérdida de alguna jente. El sultan, irritado por estos desastres, depuso á Hamza y nombró en su lugar á Yunis, jóven guerrero que se apoderó de la nueva Focea, desde donde

envió al sultan cien jóvenes de ambos secsos.

Ufano Mahomet con la toma de Constantinopla, creyó que nada podria resistirle. No renunciaba á la idea de apoderarse de Ungría, y se dirijió sobre Belgrado con su ejército. Púsole sitio y consiguió derribar gran parte de las murallas, y dominar el curso del Danubio con sesenta embarcaciones. Un cuerpo de turcos penetró en la plaza y saqueó uno de sus arrabales; pero llegando á la sazon el valiente Huniades con una flotilla de doscientos bergantines, hizo un desembarco, los atacó y los persiguió hasta sus campamentos. Mahomet combatió con furor hasta el último estremo. Retiróse llevando consigo cien carros de eridos, erido él mismo en un muslo, y dejando en el campo de batalla veinticuatro mil hombres y trescientos cañones.

Juan Huniades gozó poco tiempo de su triunfo, pues murió veinte dias despues de la uida de Mahomet, á consecuencia de una erida que recibió durante el sitio de Belgrado.

Al mismo tiempo enviaba el otomano una escuadra que taló la Cólquida, perteneciente á los emperadores de Trebisonda, de cuyos estados queria apoderarse; y otra contra Lesbos, cuyo príncipe Gatelucio, le tenia irritado á consecuencia del gran número de buques cristianos de guerra de las naciones occidentales que arribaban á su puerto, y hacian presas de las embarcaciones otomanas de comercio. El almirante turco Ismael, asaltó á la capital de la isla, pero fué rechazado con gran pérdida de su jente.

Dividida y destrozada estaba la Morea por las contiendas de sus dos poseedores Demetrio y Tomas, ermanos del último Constantino, que se hacian la guerra á pesar de ser feudatarios del sultan; pero se unia al espíritu de division que reinaba entre los griegos, otro motivo todavia mas poderoso. Referida queda en la historia del imperio de Oriente la invasion hecha por los esclavones en el siglo IX, y la manera como ocuparon parte de Iliria y Albania y pasaron á Livedia y al Peloponeso. Dióseles en este pais el nombre de albaneses, sin duda por la última provincia de donde salieron para ocupar la Morea. Eran cristianos como los griegos, y habiendo adquirido tierras, se sometieron á los emperadores de Oriente; pe-

ro en vez de abitar en las ciudades, gustaban recorrer los campos viviendo del pastoreo, del merodeo y latrocinio.

Despues de subyugada Constantinopla por los turcos, los esclavones ó albaneses de la Morea, valientes y feroces como todas las naciones del mismo orijen, se sublevaron contra la dominacion turca, inspirando su espíritu independiente á muchos griegos, y ocupando varias plazas pertenecientes á los déspotas. Atemorizados estos tanto por parte del poder del sultan, cuanto por la turbulencia del pueblo, ora se mostraban sumisos á Mahomet, ora peleaban contra sus lugartenientes, sin dejar por eso de batallar entre sí y con los esclavones. Mahomet creyó serle ventajosa esta anarquía. Entró con un ejército en la Morea, apoderóse de Corinto despues de un corto sitio, se internó en el pais, batió las tropas griegas junto á Megalópolis, y fué conquistando sucesivamente las demás plazas de la península. El príncipe Tomas se refujió en Italia. Demetrio se sometió y perdió sus estados de Morea, pero se le indemnizó con la ciudad de Enos en Tracia y las rentas de las salinas adyacentes. Al pasar Mahomet por Atenas de vuelta de esta espedicion, se la quitó al duque reinante, dándole en cambio á Tebas, que en adelante le quitó con el falso ó verdadero pretesto de que intentaba sublevarse. Tal fué el modo como cayó en poder de los otomanos el continente de la Grecia antigua, escepto algunas plazas marítimas que á la república veneciana pertenecian.

Mahomet, que meditaba la servidumbre de Trebisonda donde reinaba el emperador David Comneno, quiso antes quitarle el apoyo de su cuñado Uzun-Hazan, régulo el mas notable á la sazon en el Oriente por su valor y sus conquistas, sultan de Armenia y émulo del mismo Mahomet. Adelantóse este ácia Erzerum, y atemorizado Uzun-Hazan, le envia á su madre Sarah y á dos personajes con ricos presentes, y proposiciones de paz. Cede á ellas y en seguida se encamina á Trebisonda. Llegado que hubo delante de esta ciudad, intimó á David Comneno la rendicion de ella, prometiéndole con la vida la libertad de llevarse sus tesoros, y en caso de no rendirla, amenazándole con toda su cólera. Sea por miedo ó por las promesas, entregó David las llaves de Trebi-

sonda, y se embarcó para Constantinopla; pero Mahomet, que procuraba la estincion de los Comnenos, se valió de una supuesta superchería y mandó prender á David y á todos los suyos prescribiéndoles la muerte ó el islamismo. El último de los ocho hijos de David abjuró; los demás perecieron cruelmente.

Estinguida de este modo la raza imperial de Bizancio, y decidido Mahomet á concluir con las últimas reliquias de la independencia griega, que se conservaba en el Archipiélago, envió á Lesbos (1462) poderosa escuadra á las órdenes de su visir Mahmud. Reinaba en la isla con el título de príncipe Nicolás Gatelucio, que le habia usurpado á su ermano Domingo. Emprendió Mahmud el sitio de Mitilene, y lo empezó con tal vigor, que en pocos dias derribó gran parte de las murallas y muchas torres. Nicolás se vió obligado á los veintisiete dias de sitio á entregar la plaza, bajo las mismas condiciones que David Comneno á Trebisonda, y tuvo la misma suerte, pues fué arrojado en un encierro y aogado con su sobrino Lucio, señor de Enos. Pocos dias despues de haber llegado á Constantinopla le cortaron la cabeza; sin que para escapar de la muerte le valiése el haber renegado de nuestra relijion.

Continuado hubiera Mahomet la conquista del Archipiélago, á no haberle llamado la atencion Wlad, vaivoda ó príncipe de la Valaquia, quien se negaba á pagarle un tributo y omenaje pactado. Era Wlad ó Ulade un hombre tan feroz, que sus súbditos le apellidaban *Drakul*, el diablo, *Tchepelpuck*, el verdugo, y los musulmanes le llamaban *Kazikli-Woda*, el vaivoda empalador. Este nombre último le merecia demasiado por sus crueldades, pues se complacia en hacer sus comidas enmedio de un círculo de musulmanes espirando en los orrorosos tormentos del palo. Un dia encontró á un fraile montado en su burro, y se divirtió en ver empalar al jinete y la cabalgadura. Entre otras crueldades se cuenta que habiéndose negado unos enviados del sultan á descubrirse la cabeza segun la costumbre, Wlad les hizo clavar el turbante en el cráneo, diciendo que queria de aquel modo dispensarles para siempre de un ceremonial que les disgustaba. Así por sus crueldades como por la antedicha causa de no querer pagar tributo y omenaje á Mahomet, entró este enfurecido en

Valaquia al frente de ciento cincuenta mil soldados. Los válacos se habian retirado á las montañas, pero sin dejar con frecuentes y repentinas salidas de incomodar á las tropas del sultan. En uno de estos bruscos ataques entró el vaivoda de noche en el campemento de Mahomet, é hizo tal carnicería, que no bastó á compensarla la destruccion de uno de sus cuerpos que en la retirada alcanzaron los turcos. Otro cuerpo válaco, destinado á sorprender á uno de los bajáes que sitiaba á Kilia, fué vencido con perdida de dos mil hombres. Este revés imposibilitó á Wlad para mantenerse en la campaña. Mahomet dió la investidura del principado de Valaquia á Radul, su favorito y ermano de Wlad, bien quisto aquel por su dulzura como odioso este por su ferocidad. Ausiliado con un cuerpo de tropas otomanas que le dejó el sultan, se sostuvo en Valaquia. Wlad, abandonado de los suyos, se refujió á Ungría, donde el rey Matías Corvino le hizo prender: formóle causa por sus crueldades y asesinatos, y le condenó á prision, en la que estuvo diez años. Despues de la muerte de su ermano, se escapó de la prision, volvió á tomar la autoridad, y pereció á los dos años bajo el puñal de uno de sus esclavos.

Al siguiente 1463, atacó Mahomet á los bosnianos (llamados ilirios por los historiadores griegos), cuyo príncipe reusaba pagarle el tributo que le debia. Comenzó por apoderarse de la fortaleza de Babicza-Oczak, y envió á Mahmud-Bajá en persecucion del rey, quien pasando precipitadamente por Yaitcha, (Gaitia), su capital, se refujió en la plaza fuerte de Kliuca. Interin el visir la ponia sitio, concediendo bajo capitulacion la vida al rey y á la guarnicion, Yaitcha y otras ciudades entregaban las llaves al sultan, quien descontento de lo concedido por Mahmud, buscaba pretesto para eludir la promesa. Halló ó inventó uno, y el rey de Bosnia fué arrojado en una mazmorra, cortándosele en seguida la cabeza.

Casi en la época de la campaña contra la Bosnia, principió tambien la guerra con Venecia. Habíase fugado un esclavo del bajá de Atenas, y no queriendo entregarle los de Coron, adonde habia ido á refujiarse, sirvió esto de pretesto para quebrantar la paz. Iza, gobernador del Peloponeso, se apoderó de

Argos; Omar sometió el territorio veneciano de las cercanías de Lepanto (*Naupactus*), y la comarca de Modon fué devastada por un tercer cuerpo otomano. Los venecianos enviaron á las aguas de Negroponto una escuadra de cuarenta bajeles y al Peloponeso un cuerpo de seis mil hombres que insurreccionó el pais, prometiendo el ausilio de los cruzados. Argos fué tomada y saqueada. Treinta mil operarios levantaron en quince dias de un estremo á otro del istmo del *Hexamilon*, una muralla de doce pies de altura, guarnecida con ciento treinta y seis torres, y defendida por dos fosos. En seguida los venecianos atacaron á Corinto; pero pronto hubieron de levantar el sitio y aun abandonar la recien te muralla del *Hexamilon*, refujiándose en Nauplia de Romanía por la llegada de Mahomet. Corinto y Argos volvieron á caer en poder de los musulmanes: las cercanías de Modon fueron saqueadas: dícese que el sultan hizo aserrar por medio á quinientos prisioneros provenientes de aquellas espediciones; pero todos sus esfuerzos no bastaron á domar el valor activo de los abitantes de Esparta, quienes se retiraron á los montes Pentadactylon (Taijetes), y escaparon del dominio de los vencedores. Bajo el nombre de mainotas, y cerca de las ruinas de la antigua Esparta, han luchado los descendientes de aquellos esforzados griegos durante muchos siglos, sin que el poderío otomano les haya hecho doblar á su yugo la cabeza.

Libres quedaron los musulmanes de los venecianos, y tranquilos posesdores de sus nuevas conquistas, mucho mas con la muerte de Pio II en agosto de 1464, quien habia apelado á los príncipes cristianos para formar una sesta cruzada que acabase con los partidarios del Coran.

Murió entretanto Ibrahim Beg, emir de Caramania, y el mas inveterado enemigo de la raza de Osman, y no desaprovechó Mahomet esta ocasion para apoderarse de sus estados. Ishak, hijo de una esclava y de Ibrahim, tuvo la preferencia sobre seis hijos lejítimos, Pir-Ahmed, Karaman, Kacim, Ala-ed din, Soliman y Nur Sofí, quienes se sublevaron contra el primero; pero Ishak les echó de sus estados y hubieron de refujiarse á Constantinopla. El sultan conquistó despues el pais y puso en el go-

bierno á Mustafá, su hijo tercero.

Penetró por último en Albania con un ejército poderoso, se apoderó de toda la provincia y puso sitio á Croya. Scanderbec, que se hallaba esausto de fuerzas, pasó á Alesio (la antigua Lyssus) ciudad de la Albania, perteneciente á los venecianos, para conferenciar acerca de las operaciones militares con los embajadores de las potencias cristianas. Allí murió el 14 de enero de 1467, á la edad de sesenta y tres años, aquel éroe terror de los infieles, y estimado de ellos hasta tal punto, que cuando los turcos tomáron á Liso algunos años despues, desenterraron sus huesos con mucho respeto, y se los llevaron como reliquias engarzados en oro y plata, creyendo que su posesion los haria tan felices en la guerra como lo fué aquel gran guerrero. Despues de su muerte quedó todo el país en poder del sultan, y formó un sandjakato, que tomó el nombre de *Hersek*.

La isla de Negroponto estaba en poder de los venecianos desde la toma de Constantinopla por los latinos en 1204. Su posicion, importantísima como punto militar y mercantil, la hacia una conquista deseable para Mahomet. Reunió contra ella una escuadra de trescientos navíos y galeras montadas por setenta mil combatientes, mandados por Mahmud Bajá. Un ejército igual en número avanzó por tierra á las órdenes del sultan. La escuadra fué á anclar en el estrecho, hizo el desembarco de sus tropas y sitió á la capital de la isla. Despues de cinco asaltos furiosos desde el 25 de junio al 12 de julio, en que los sitiadores perdieron veinte mil hombres y treinta galeras echadas á pique por la artillería de los sitiados, capituló la ciudad; pero el monarca otomano sacrificando su onor á su venganza, hizo perecer la guarnicion en suplicios orribles.

No confiando los venecianos en los socorros de los príncipes europeos, quienes ya con la funesta esperiencia habian perdido su fanatismo por las guerras de Oriente, hicieron alianza con Uzun-Hazan, á quien dieron artillería, no conocida aun entre los persas. Uzun penetró en la Natolia, y peleó tres veces con Mahomet: la última batalla dada sobre las alturas de Otluk-Beli fué favorable á los turcos, y Uzun tuvo que retirarse á sus estados de donde no volvió

á salir, porque las intrigas del sultan le suscitaron turbulencias interiores, que concluyeron en guerra civil.

Vencedor de Uzun-Hazan, dejó Mahomet á su hijo Mustafá, gobernador de Caramania, el cuidado de concluir la guerra sobre las costas del Asia menor. Sitió la fortaleza de Deweli-Kara-Hysar y la rindió; pero á poco tiempo murió de una enfermedad grave. Entonces dieron el gobierno de Caramania á su ermano Djem, conocido entre nosotros con el nombre de Zizim (ó Zizimo). Este príncipe, que solo contaba dieziocho años, reunia en sí todo lo que mas agradaba al pueblo belicoso que iba á mandar. Dotado de una maña y de una fuerza sorprendente, mereció el título de primer pehliwan (luchador) de su época. A las ventajas físicas reunia Zizim un talento cultivado: gustaba de las letras y era poeta. Bajo su gobierno pareciendo haber olvidado los abitantes de Caramania sus frecuentes turbulencias, sufrieron sin murmurar el yugo del vencedor.

Durante la campaña de Mahomet contra Uzun Hazan, se habia formado una alianza triple entre el papa, Venecia y Nápoles para socorrer al príncipe persa. Pietro Mocénigo con gran armada naval compuesta de fuerzas de las potencias dichas, devastaba á Delos y Metelin é incendiaba á Smirna.

Libre Mahomet de todo cuidado por la parte del Asia, atacó las plazas que poseian los venecianos en Albania. En el mes de mayo de 1474 (879) Soliman Bajá, beilerbei de Romelia, sitió á Scútari. A la intimacion del bajá, Antonio Loredano, gobernador de la ciudad, respondió noblemente: «Soy veneciano, y de una familia donde no se conoce lo que significa *rendirse*: conservaré á Scútari ó pereceré en él.» La eróica enerjía del valiente jefe se comunica á su guarnicion: los musulmanes despues de haber hecho sufrir á los sitiados la ambre y la sed, se vieron precisados á levantar el sitio. Una derrota que Estevan, príncipe de la Moldavia, dió á Soliman Bajá junto al lago Krakowitz, obligó á Mahomet á llevar sus fuerzas ácia el Danubio, y á abandonar el sitio de Scútari.

El mismo año conquistó Ahmed Bajá la ciudad de Cafa y la península de Crimea, quitándola á los jenoveses, á quienes la habian dado los emperadores

griegos de Constantinopla. Mahomed la cedió á Menjeli Gieray, kan de la pequeña Tartaria, á cuyo pobre territorio se hallaba reducido el vasto imperio de Kipzak, fundado por Batu Kan, nieto de Jenjis. Los rusos al principio tributarios de los mogoles, se habian hecho superiores á ellos, y no les habian dejado mas pais que los desiertos que se estienden entre las desembocaduras del Don y del Dnieper. Desde esta época fueron los sultanes otomanos protectores y soberanos de los kanes tártaros.

Mahomet entabló paces con el rey de Ungría: la muerte de Uzun-Hazan le libertó de guerras en Asia, y se halló en estado de disponer de todas sus fuerzas para arrojar á los venecianos de los puntos que conservaban en el imperio. Pero conoció muy pronto que era difícil lograr su empeño mientras el valiente defensor de Scútari, jeneralísimo de la república, mandase las fuerzas de esta en Oriente. Este infatigable guerrero hizo levantar los sitios que los turcos pusieron á Lepanto y á Croya, bloqueada esta última por espacio de un año, que fué el de 1476. Este año fué notable por la invasion del bajá de Bosnia en el Friul; la cual, á pesar de ser rechazados los turcos, dejó en el territorio de la república el jérmen de una peste, que hizo espantosos estragos.

Al siguiente año, despues de varias contestaciones entre la república y el sultan, volvió este á penetrar en la Albania, resuelto á lanzar de ella á los venecianos. Loredano le disputó el terreno palmo á palmo. Croya, sitiada de nuevo por mas de un año, se hallaba reducida al último estremo por el hambre; los abitantes capitularon despues de un asalto de dos dias y una noche, bajo la condicion de salvarles la vida; pero Mahomet, nada escrupuloso en los medios de lograr su objeto, despues de haberse reservado algunos prisioneros de los que esperaba sacar rescate crecido, hizo cortar la cabeza á los demás. Los turcos se vengaron cometiendo orribles crueldades en las plazas de Drivasto, Sebenigo y Alesio que cayeron en su poder.

Luego que Croya hubo sucumbido, fué acometido Scútari segunda vez por el ejército turco. Once cañones monstruosos fueron colocados en batería contra la ciudad, y durante un mes lanzaron á ella dos mil ciento treinta y cuatro bombas del peso de tres á once quintales,

los que habiendo abierto en las murallas grandes boquerones, se decidió Mahomet á probar un asalto, que fué infructuoso, pues tuvo que retirarse con pérdida de doce mil hombres. Dejó á la vista de la ciudad parte del ejército que continuase el bloqueo para privar de todo recurso á los sitiados; pero por último un tratado concluido entre Venecia y Mahomet, hizo á este dueño de Scútari. Los intrépidos abitantes de esta ciudad al salir de ella consistian en cuatrocientos cincuenta hombres y ciento cincuenta mujeres. La república cedió ademas las islas de Negroponto, Lemnos y el castillo de Ténaro en la Morea. Impúsoseles un tributo de cien mil ducados por la libertad de comerciar en los estados del gran señor, que así comenzaba á titularse el sultan. Bayazeto II los dispensó tres años despues de este tributo.

Ya en paz con Venecia, volvieron los otomanos sobre Ungría. Por octubre de 1479, cuarenta mil hombres mandados por doce bajáes invadieron la Transilvania, pero la desunion introducida entre los jefes turcos salvó al pais. Su vaivoda, Estevan Bathori, y el conde de Temeswar, jenerales de Matias Corvino, se reunieron y batieron á los musulmanes en Kenger-Mezoe. Los vencedores se portaron en la victoria como caníbales: colocaron mesas sobre los cadáveres de los vencidos; el vino corria mezclado con la sangre de los muertos. Concluido el orrible festin, bailaron los convidados sobre los cuerpos de sus enemigos: el conde Kinis de Temeswar, completamente beodo, cojió con los dientes un cadáver y bailó de aquel modo cierta danza guerrera. Estevan Bathori y ocho mil úngaros perecieron en aquella sangrienta jornada.

Diversas ostilidades y treguas alternativas habia habido entre el sultan y los caballeros de san Juan de Jerusalen, desde la toma de Constantinopla, y las guerras que Mahomet tuvo que sostener, libertaron por mucho tiempo á Rodas de los ambiciosos proyectos de este monarca; pero concluida la paz con Venecia, el gran maestre Pedro de Aubuson, conoció que debia prepararse para un ataque del sultan y llamó á Rodas á todos los individuos de la órden, que se apresuraron á defender al que llamarse podia baluarte de la cristiandad.

En abril de 1480 salió de los

Dardanelos una escuadra otomana de ciento sesenta buques, y el 28 de mayo siguiente ya estaba á la vista de Rodas. Mesih-Bajá desembarcó su ejército al pie del monte san Estevan, una legua al O. de la ciudad. Tres cañones enormes se dirijieron contra el fuerte de san Nicolás. Intentóse un asalto por este punto: tres mil y quinientas balas de cañon abrieron anchas brechas en él. Los sitiados opusieron á aquella batería una máquina, llamada por mofa *tributo*, la cual volvia á enviar á los turcos las grandes balas de piedra con que cargaban sus cañones y los fragmentos de peñascos con los que intentaban cegar los fosos que los rodios, escondidos bajo galerías cubiertas, desocupaban contínuamente.

Rechazado el bajá en sus ataques y desechadas las negociaciones que proponia, se resolvió á dar el último ataque y prometió el saqueo á sus tropas. El 28 de julio de 1480, á la salida del sol, se dió el primer cañonazo: los otomanos, esperanzados en el botin, peleaban desesperadamente; pero cuando iban ya á penetrar en la ciudad, hizo publicar el bajá que estaba proibido el saqueo porque los tesoros de Rodas pertenecian al sultan. Apenas se pronunciaron estas palabras se estinguió el entusiasmo, cejaron los asaltadores, y los caballeros recobraron las posiciones perdidas. Rodas se salvó de este modo: sin embargo, algunos rodios visionarios lo atribuyeron á un milagro. Decian haber visto por encima de la plaza donde ondeaba el triple estandarte de Jesus, de la Vírjen y de san Juan, una cruz de oro, una Vírjen rodeada de una aureola resplandeciente, y un guerrero celeste, armado de punta en blanco.

Mesih-Bajá ordenó el embarque de las tropas otomanas, habiendo perdido en el sitio mas de nueve mil hombres y teniendo cerca de quince mil eridos; —con el resto del ejército se marchó á Constantinopla.

Otra de las últimas espediciones del reinado de Mahomet fué el desembarco hecho en Italia, aunque inutilmente. Ahmed-Bajá, el conquistador de la Crimea, que mandaba la espedicion, desembarcó en la Pulla, provincia del reino de Nápoles, y se apoderó de Otranto, llave de la Italia por la frontera del mar Jónio; pero la muerte de Mahomet y los disturbios que con ella ocurrieron en el imperio otomano, impidieron que la guarnicion

turca de esta plaza recibiese ausilios. Sitiada por el duque de Calabria, hijo de Fernando rey de Nápoles, tuvo que capitular á los cinco meses de cerco, saliendo libres las tropas de la guarnicion.

El sultan Mahomet, queriendo borrar la vergüenza de la rota sufrida en Rodas, decia que sus tropas no eran invencibles sino cuando él las mandaba en el combate. Proyecta una nueva empresa que nadie llegó á conocer, porque murió de repente el 3 de mayo de 1481 (4 rebiulewel de 886), á su llegada á Khunkiar-Tchairé, cerca de Mal-Tepe, enfrente de la grande isla de los Príncipes. Tenia cincuenta y dos años y habia reinado treinta, sin contar los cinco que ocupó el trono en vida de su padre Amuratos II.

El nombre de Mahomet II pasará con su historia á las jeneraciones venideras, mereciendo incontestablemente el título de el *Fatih*, el conquistador. Como todos los hombres estraordinarios, el vencedor de Constantinopla ha encontrado panejiristas esajerados y detractores injustos: entre los primeros estan los escritores orientales; entre los segundos los cristianos ecsasperados con los triunfos del conquistador. El jenio de Mahomet II brilla con demasiado resplandor para que pueda oscurecerse. El que redujo la antigua Bizancio á ser la capital de un imperio tan vasto ya, aunque tan cerca de su cuna; el que ensanchó sus límites con tantas conquistas, que fundó escuelas, ospitales, soberbias mezquitas, protejió las ciencias y las artes, cultivó personalmente la poesía y las letras, y reformó la administracion civil y militar de sus estados, no puede menos de ocupar un lugar preferente en la historia, por mas que el odio de secta se empeñe en deprimirlo. Pero sus títulos á nuestra admiracion no pueden hacernos olvidar el fratricidio con que principió su reinado, su crueldad á sangre fria, y su poco escrúpulo en violar su palabra, dejenerando á veces en sofistería, como se verá por el siguiente hecho. Paulo Erizo, guerrero veneciano que defendió valerosamente la fortaleza de Negroponto, obtuvo en su capitulacion la cláusula de *respetar su cabeza*; y cuando el sultan le tuvo en su poder mandó partirle por medio del cuerpo.

Mahomet añadió al imperio turco las islas de Lesbos, Lemnos y Negroponto en el Ejeo,

de Cefalonia en el Jonio, las provincias de Morea, Albania, Bosnia, Servia, Valaquia, Moldavia y Crimea en Europa, y las del Ponto, Cólquida y Caramania en Asia. El nombre de *Sublime Puerta*, que se dió al gobierno de Mahomet y continúa dándose hasta aora al de Turquía, no parece ecsajeracion oriental, sino un hecho sobrado funesto para los cristianos. Los orientales daban el nombre de *Puerta* á la autoridad suprema, por la antiquísima costumbre de administrar justicia, que es la primera atribucion de la soberanía, á las puertas de las ciudades. Es máesima relijiosa y política entre los musulmanes de que la voluntad del emperador es un decreto del cielo. Algunos aduladores cristianos de Occidente han pretendido muchas veces sostener esto mismo respecto á sus reyezuelos, con grave perjuicio y quebranto del pueblo.

Mahomet mandó edificar entre otras una soberbia mezquita que lleva su nombre, de cuyas bellezas se ocupan muchos escritores de viajes; y para recompensar al artista, que fué el griego Critodulos, le cedió la propiedad de una calle de la ciudad; —cesion que fué reconocida valedera en sus descendientes tres siglos despues por Ahmed III.

Mahomet tenia la nariz muy aguileña y de tal modo encorvada sobre el labio superior, que apenas se le veia la boca: los historiadores le comparan *al pico del papagayo descansando sobre cerezas*. Su figura era gruesa, su barba espesa y de color de oro, y su soltura le daba un aire noble y gallardo montado á caballo.

CAPITULO II.

Bayazeto II. — Djem ó Zizim su ermano le disputa el cetro. — Nueva tentativa de Zizim. — Llegada de Zizim á Rodas. — Cautividad de Zizim. — Alejandro VI. — Su perfidia respecto á Zizim. — Zizim muere envenenado por Alejandro VI. — Fundacion de la dinastía de los sofíes de Persia. — Violento terremoto en Constantinopla. — Sublevacion de Selim, hijo de Bayazeto II. — Selim I el feroz. — Famosa batalla de Tchaldirán. — Conquista de Tebriz. — Batalla de Dabik: conquista de Siria. — Batalla de Ridania. — Sumision del Ejipto. — Soli-man II el lejislador. — Conquista de Rodas. — Batalla de Mohacz. — Primer sitio de Viena. — Aradin ó Khair-uddin Barbarroja. — Conquista de Tunez por Cárlos V. — Guerra contra Venecia. — Espedicion de los turcos á Indias. — Guerra con los persas. — Paz con Persia. — Sitio de Malta por los turcos.

Bayazeto II. — (1481) Queda narrado ya en el anterior capítulo que Mahomet habia confiado el gobierno de Caramania por muerte de su hijo Mustafá al príncipe Zizim ó Djem. Bayazeto, hijo mayor del sultan, era el eredero presuntivo del trono; pero el gran visir Mohammed-Karamani protejia á Zizim por sus cualidades brillantes. Asi es que intentó arrebatar el trono al sucesor directo para colocar en él á su segundo ermano. Para el mejor resultado de su empresa, ocultó la muerte de Mahomet é hizo conducir su cadáver en un coche custodiado por sus guardias, estendiendo la voz de que el sultan iba á tomar baños á Constantinopla para restablecerse. Al mismo tiempo envió secreto aviso á Zizim y procuró faciliterle el camino del trono. Pero el pueblo se apercibe de la muerte del sultan y estalla una sublevacion entre los jenízaros, asesinan al gran visir y saquean las casas de los turcos mas ricos. El consejo nombra nuevo visir á Ischah-Bajá, y este restablece el órden. Dos jóvenes príncipes, Korkud, hijo de Bayazeto, y Oghuz-Khan, hijo de Zi-

zim, vivían en el serrallo, reunidos por la política de Mahomet á quien dichos reenes respondian de la fidelidad de sus padres: Korkud fué proclamado lugarteniente del imperio, mientras llegaba su padre. Comunícase la noticia á Bayazeto que estaba en Amasia á cien leguas de distancia; y poniéndose en camino acompañado de cuatro mil hombres de caballería, llega en nueve dias á Scútari. Los grandes y señores del imperio le aguardaban embarcados en el canal del Bósforo. Al dia siguiente entró en la capital y mandó hacer los funerales á su padre asistiendo él mismo. Quitóse despues las vestiduras negras, vistió el traje de gala y recibió los omenajes de emperador.

ZIZIM DISPUTA EL CETRO A BAYAZETO.—Apenas supo Zizim la muerte trájica del visir Mohammed su protector, y el advenimiento de su ermano Bayazeto, intentó disputar á este el cetro, fundándose especiosamente en que habiendo nacido Bayazeto antes que Mahomet fuese emperador, no debia ser mirado sino como hijo de un simple particular; falsa suposicion, pues que Bayazeto habia nacido en 851 entre la deposicion y el segundo advenimiento de su padre. Para sostener la que creia su razon, reunió algunas tropas y marchó sobre Bursa. Bayazeto le opuso un cuerpo de jenízaros; pero Zizim los derrotó, entró en Bursa y tomando el título de sultan ejerció los derechos de *silkke* y de *Kutbe*. Bayazeto, á los diez y ocho dias, avanza ácia él con poderoso ejército, y antes de empeñarse ninguna accion le propuso Zizim el repartimiento del imperio. Bayazeto desechó la proposicion, le atacó, le venció, y derrotado tuvo que uirse al Cairo, cuyo sultan le dió ospitalidad.

Algunos de los que fueron en persecucion del fujitivo, presentaron por mérito á Bayazeto para que se les libertase de todo impuesto, el que habian procurado maltratar y robar á su ermano. El sultan aparentó acceder y les dijo que se presentasen en la Puerta para recibir la recompensa. Cuantos cometieron la imprudencia de presentarse fueron crucificados.

Cuatro meses despues de estar Zizim en el Cairo, se resolvió á hacer el viaje á la Meca, y en 20 de diciembre de 1481 partió para este punto dirijiéndose desde allí á Medina. En toda la familia imperial de Turquía solo Zizim y una sultana, hija de Maho-

met II y viuda de Mahmud Tchelebi, hicieron el viaje á la Mecca.

NUEVA TENTATIVA DE ZIZIM. —Vuelto de su romería y cediendo á las instancias de algunos príncipes tributarios de la Puerta, se decidió á tentar de nuevo la suerte de las armas; pero fué tan feliz como la vez primera. Su ejército es derrotado en Angora por el gobernador de Amasia. Zizim, que llegó dos dias despues de la derrota, sobre el campo de batalla se ve abandonado por el resto de sus tropas á la sola noticia de la aproccsimacion del sultan.

LLEGADA DE ZIZIM A RODAS.— Fúgase el príncipe á la Cilicia Petrea, pero siguiendo el consejo del rey de Angora pensó refujiarse en Europa. A este fin envió á un confidente suyo cerca del gran maestre de Rodas, quien fué admitido á la audiencia solemne del capítulo de los caballeros; obtuvo un salvo conducto para Zizim, y este príncipe se embarca en una galera de la órden. Vamos á estendernos sobre Zizim algo mas de lo que debiéramos, porque este punto histórico es mirado jeneralmente con mucho interés por los historiadores.

En tres dias llegó Zizim á Rodas, y en ella se le recibió con la mayor ostentacion. Su entrada fué brillante: desde la ribera al costado del buque, se habia colocado un puente para que el príncipe pudiese saltar á caballo. Numerosa comitiva así de los servidores de Zizim como de los caballeros, le acompañó con una música guerrera al frente, hasta el palacio preparado para su alojamiento. El jentío ostruia el tránsito; las ventanas, balcones y azoteas ormigueaban de espectadores: las calles estaban adornadas con tapices y guirnaldas: y por espacio de muchos dias hubo funciones públicas en obsequio del ilustre fujitivo. Apenas lo supo Bayazeto, envió embajadores al gran maestre, ofreciéndole la paz con tal de entregar á Zizim y pagar un tributo; pero habiéndose desechado su proposicion, recurrió nuevamente, obligándose en secreto á pagar á los caballeros la suma de cinco mil ducados para que retuviesen prisionero á su ermano. Zizim se embarcó en una galera de la órden con direccion á Francia, en donde los caballeros tenian muchas encomiendas. El buque abordó á Niza; y queriendo el príncipe continuar su viaje, ignorando las rastreras intenciones de los ca-

balleros, le contestaron estos que no podia ser sin conocimiento del rey. En vista de esto mandó á París un comisionado, quien no respondia despues de cuatro meses; pues á su llegada fué arrestado y custodiado con centinelas de vista. Despues de mucho esperar, enviaron á Zizim al Rosellon, en donde habia una posesion de la órden. Muere en tanto Luis XI, y se aprovechan de esta coyuntura los caballeros para separar á Zizim de su acompañamiento, pretestando que estaria mejor con una guardia de seguridad. Vanas fueron todas las reclamaciones del príncipe: sus servidores fueron trasportados á Rodas; pidió ver al embajador del sultan, que á la sazon se dirijia á Francia, y no se le consintió; y arrastrado por espacio de seis años de castillo en castillo, fué el infeliz Zizim encerrado por último en la torre de Burgneuf, pequeña ciudad de la Marca, hoy departamento del Creuse. Desde allí fué presentado en Roma al pontífice, en 13 de marzo de 1489: el musulman, conociendo su dignidad como hombre y como príncipe, no quiso ni doblar la rodilla ante otro hombre ni quitarse el turbante. Inocencio escuchó sus desgracias, y por todo consuelo le propuso que se hiciera cristiano. El altivo Zizim respondió al sucesor del Pescador, que nada habia en el mundo capaz de hacerle abjurar de su fé.

Cautividad de Zizim. — Dos años pasó Zizim en Roma penando, en cuyo tiempo no dejó su ermano de enviar emisarios para que lo asesinasen; pero no lo consiguió. Muerto Inocencio VIII, fué Zizim custodiado en el castillo de san Anjelo, pero volvió al Vaticano despues de la eleccion del nuevo papa.

Alejandro VI. — Aunque parezca no ser de este lugar el dar á conocer á este pontífice y á muchas de las acciones de su vida; como á él se le deba la muerte del príncipe Zizim, y esté ligado con acontecimientos de esta época, hemos creido conducente presentar algunas noticias de las que contienen casi todos los escritores imparciales. Alejandro VI, llamado primeramente Rodrigo, dice el Panvinio, continuador de Platina, nació en España en la ciudad de Valencia, de la noble familia de los Lenzoli. Fué su padre un caballero muy rico llamado Gofredo, y su madre una ermana de Calisto III; pero él retuvo el apellido Borjia que era el mater-

no. Siendo muchacho todavia, le elijió su tio arzobispo de Valencia, y en 1456 cardenal. Veamos como este tigre pagó á los cardenales que en 11 de agosto de 1492 lo elijieron pontífice. Es indudable que la ambicion y avaricia de algunos que se dejaron sobornar, dieron el papado á Alejandro, pero sus mercenarios electores recibieron el pago: muchos sufrieron diversas calamidades, varios el destierro, otros una cruel prision y muchos fueron condenados á muerte violenta. Julian, obispo de Ostia, y el cardenal Rafael Riario, se desterraron voluntariamente por espacio de diez años, solamente por sospechosos al papa. Aquellos barones romanos que mientras fué cardenal le favorecieron, fueron por varios pretestos desterrados. Juan Michele, obispo de Porto, fué envenenado secretamente.

Todos convienen en que Alejandro tenia un alma sumamente depravada. La perfidia, la impudencia, la insaciable codicia, una ambicion, un orgullo insensato y una crueldad mas que bárbara, eran las cualidades y virtudes que resplandecian en el vicario de Cristo, Alejandro. Nada omitió para ensalzar y colmar de riquezas y onores á sus bastardos hijos que eran muchos, y sobre todo á César Borjia, tan esecrable como su padre. Sin vergüenza ni escrúpulo, los presentaba á todo el mundo, y no se desdeñaba de ocultar su infamia.

Pero entretanto un grande acontecimiento viene á turbar su reposo. Cárlos VIII, rey de Francia, se dispone á invadir el reino de Nápoles con poderoso ejército. El papa forma una liga contra él con Alfonso de Aragon, rey de Nápoles, eredero de este reino por la muerte de su padre. Convinieron en que recibiria la investidura del reino con las mismas condiciones que su padre; que Alejandro enviaria un legado para coronarle y haria cardenal á Ludovico, hijo de Enrique, ermano bastardo de Alfonso; y por una convencion recíproca, que Alfonso le pagaria treinta mil ducados, daria al duque de Candia su hijo mayor, doce mil ducados de renta anual y el primero de los siete cargos principales que vacase, y que le tendria á su sueldo con trescientos soldados; y por último, que se obligase á dar igualmente á César Borjia, otro hijo suyo á quien acababa de hacer cardenal, varios beneficios en su reino hasta una suma estipu-

lada. Con testigos falsos habia hecho afirmar Alejandro que César Borjia era hijo lejítimo de un particular, pues de otro modo no hubiera podido darle el capelo.

Perfidia de Alejandro VI. — Cárlos VIII, á pesar de los anatemas, se dispone á pasar á Italia, y en tal circunstancia Alfonso y el papa, recurrieron á Bayazeto II emperador de Constantinopla. Enlazemos aora la historia. Alejandro envió embajadores á Bayazeto implorando su ausilio y ofreciéndole prolongar la cautividad de su ermano Zizim, mediante cuarenta mil ducados anuales, ó bien su muerte, si le daba por una sola vez trescientos mil ducados. Añadíale el papa que luego que Cárlos hubiese subyugado á Nápoles y Sicilia, caeria sobre la Grecia. Bayazeto, que por otro conducto habia recibido otras noticias, recibió á los embajadores con atencion, y los envió á Italia con una carta para el papa, escrita en griego, por la cual le decia artificiosamente, segun refiere Jove, que si le libertaba de su ermano Zizim por medio de un veneno ú de otro cualquier modo, le pagaria á fé de musulman doscientos mil ducados.

Durante esta orrible negociacion, penetraba en Italia Cárlos VIII, y el 31 de diciembre de 1494 hacia su entrada en Roma. Alejandro se refujió en el castillo de san Anjelo con su desventurado prisionero. Muchas personas notables ruegan á Cárlos liberte á Roma de la orrenda tiranía del valenciano papa; pero este, sobrado diestro, paró el golpe, y ganó con oro á los que mas influencia tenian en el ánimo del hijo del escecrable Luis XI. Firmóse entre ellos un tratado mediante el cual los castillos de Civita-Vecchia, de Terracina y de Spoleto serian puestos en poder de Cárlos, hasta que hubiese conquistado el reino de Nápoles; que recibiria la investidura por el papa, y que pondria en sus manos á Zizim, para facilitar la empresa contra los turcos, declarándolo despues emperador de Constantinopla. Zizim á los tres dias siguió al ejército francés.

Zizim muere envenenado. — Veamos aora la atroz conducta del sucesor de los apóstoles. Apenas se acaba de firmar el contrato, llega á Ancona un enviado con el importe de dos años de pension que el sultan, el cual segun espresion de Guicciardini, *se habia servido por mucho tiempo de la avara codicia de los pon-*

ficios, remitia á Borjia. Pero acontece que el enviado de Bayazeto cae en manos de los partidarios del cardenal Juliano, enemigo del abominable pontífice, quien divulgó este secreto odioso. Borjia, que se veia sin el prisionero y sin la cantidad sobre que contaba, quiso indemnizarse, y se obligó por fin á desembarazar de su ermano á Bayazeto. Un veneno lento, dice Guicciardini, condujo al sepulcro al desgraciado Zizim, y por precio de aquel crímen recibió una fuerte suma. Los historiadores italianos y musulmanes (1), acordes en este punto, solo difieren en las circunstancias del envenenamiento: los primeros dicen que se verificó por medio de unos polvos blancos que mezclaba con azucar, de los que frecuentemente se servia el príncipe; los segundos aseguran que un tal Mustafá, renegado griego y barbero de Zizim, le inoculó el veneno, sirviéndose de una navaja preparada con sustancias venenosas.

Por último, al llegar á Terracina el 24 de febrero de 1495, murió Zizim, asegurando á Bayazeto la posesion pacífica del trono. Este reclamó el cadáver y le hizo depositar en el sepulcro de Amurates II.

Permítasenos concluir la reseña de la vida del asesino de Zizim, aunque sea narrando acontecimientos que á otro lugar pertenecen.

Dueño ya de Nápoles el rey Cárlos, se prepara para tornar á Francia. El papa entabla una liga con el emperador Macsimiliano, el rey de España, los venecianos y Ludovico Sforza, para esterminarle en Italia; pero Cárlos atraviesa con su corto ejército por entre cuarenta mil hombres, y se ve libre. Quiere volver sobre Italia y muere en abril de 1497.

Libre de este temor, se dedica Alejandro completamente al engrandecimiento de su familia, no sin esperimentar, dice Guic-

(1) Nada de estraño tiene el que el *presbítero* Lista diga al hablar en su continuacion á Segur, que los apuntes que toma sobre Zizim, son de los historiadores musulmanes; ni es chocante abandone por favorecer al papa la opinion jeneral de los autores cristianos, que tratan á Alejandro con la verdad que la historia ecsije. Sin embargo, no es cierto que los historiadores turcos ofrezcan todos materiales que rebajen el crímen contra Zizim, pues tenemos á la vista escritos que no podrá nadie desechar. — Léase tambien en la *Bibliotheque orientale* de D'Herbelot, el artículo Gem.

ciardini, desgracias domésticas, ni sin ejemplos trájicos de una disolucion desenfrenada y de una crueldad orrible, desconocida á los mismos bárbaros.

Colocando todo su afecto en el duque de Candia, escitaba la indignacion de César Borjia, cardenal, y su hijo segundo. Este miraba igualmente con mal ojo la preferencia concedida á Lucrecia, su ermana comun y su incestuosa querida. Una noche estando cenando juntos, él, su madre Vannocia, dama romana (1), su ermana y su ermano el duque de Candia, el indigno cardenal, para reunir toda suerte de crímenes, hace que á su ermano le den de puñaladas en presencia de ellos, y manda despues arrojarle al Tiber. Grande fué el pesar de Alejandro (2), pero se debilitó luego que supo era el asesino César Borjia.

Este pontífice rompió el primer casamiento de su hija Lucrecia; lo mismo hizo con el segundo, presentando testigos falsos que declarasen impotente á Juan Sforza, y no pudiendo, como dice Guicciardini, sufrir ningun rival. El epitafio hecho por Pontanus, confirma semejante orror.

Hoc jacet in tumulo Lucretia nomine, sed re Thais. Alexandri filia, sponsa, nurus.

El asesino César hace presente á su padre, que le fastidia la vida de cardenal, que quiere militar, y abandonar la estola por el sable. Alejandro lo consiente: pasa el hijo á Francia;

(1) Panvinio, continuador de la vida de Platina, se espresa de este modo, respecto á la manceba de Alejandro: «Vannocia Romana fù quella, ch'egli più che altra ne amasse. Onde e per la bellezza, e per i lascivi, e piacevoli costumi di lei, e per essere mirabilmente feconda, l'hebbe, essendo egli in privata fortuna, quasi in luogo di legitima moglie.»

(2) Oigamos como se espresa un antiguo autor italiano: "..... & nel medesimo tempo s'era udito come il Duca di Candia, figliuolo medesimamente del papa, era stato una notte ammazzato, & gettato nel Teuere. Et quindi a duoi giorni essendone stata fatta gran ricercha esser stato ritrouato & ripescato, & l' autore di quello homicidio si credeva, & diceva essere stato l' altro figliuolo cardinale, chiamato Cesare. Dequali duoi accidenti si disse il papa hauer preso grandisimo dolore, & trauaglio d' animo & di corpo. Si che si dubbitò, che gli hauesse a morire per dolor del figliuolo morto.

(*Le historie della Città di Firenze di* M. IACOPO NARDI, *cittadino fiorentino.* LIONE MDLXXXII, *pág.* 39.)

se casa con Carlota de Albret, hija del rey de Navarra, por interposicion de Luis XII su primo, que queria catequizar á Alejandro á fin de tenerle propicio para la conquista de Milan, y poder romper ilejítimamente su matrimonio con Juana de Francia. Luis le hace duque de Valentinois, le concede una compañía de cien lanzas, una pension de veinte mil libras, y treinta mil ducados para su padre. Verificado todo esto vuelve Borjia á Italia, y con la autoridad del papa emprende la ruina de todos los gobernadores de las ciudades de la Romaña. A fin de conseguirlo no hay crueldades, perfidias ni orrores que no emplee. Uno es asesinado, envenenado otro y muchos aorcados. En tanto su padre le superaba en crímenes. Los hombres onrados y cristianos, estaban escandalizados de las demasías de este papa, de sus concusiones, de sus dilapidaciones, de los empleos que creó de ochenta abreviadores, de treinta y seis cardenales, todos á precio de oro, y de otras venalidades y simonías repugnantes.

Y como si tanta iniquidad no bastase, multitud de espías, de delatores, de asesinos, recurso único de los tiranos y de los reyes perversos, asolaban á Roma y á la Italia. Una palabra, una queja se castigaba con el asesinato. Roma se habia convertido en una caverna de bandidos, en un público matadero, pues ni de dia ni de noche habia seguridad, permitiéndose todos los crímenes á los esbirros del indigno sacerdote. «Razon por la cual, »esclama el historiador Iacopo »Nardi ya citado, en todas par»tes y principalmente en Roma »habia tanto desconcierto y per»turbacion de ánimo, como si »Dios hubiese elejido á este »príncipe por su singular ins»trumento para causar algun »grande efecto en su Iglesia; »siendo grande y universal la »espectacion de todos por el es»tado poco laudable en que la »Iglesia de Cristo se encontra»ba bajo el pontificado del papa »Alejandro VI (1).»

(1) Per la qual cagione in tutti i luoghi, & nella corte della chiesa Romana massimamente era nato gran trauaglio, & perturbatione, come se Iddio hauesse eletto questo Principe per suo singulare instrumento à causare qualche rileuato effetto nella sua chiesa, tanto grande era la espettatione che vniuersalmente pareua che gl' huomini hauessero conceputo, per lo stato poco lodeuole, nel quale si trouaua in quel tempo la chiesa di

Enmedio de estos abominables escesos, y lleno de regocijo por la noticia de haber sido quemados en Florencia el 23 de mayo de 1498 fray Jerónimo Savonarola, dominicano, y sus dos discípulos fray Silvestre Maruffi y fray Domingo de Pescia, que tronaban en sus sermones contra la prostitucion de la santa sede, celebró un jubileo y concedió en nombre del cielo induljencias y remision de los pecados. ¡Que escándalo!!...

Despues de haber hecho perecer por el veneno á muchos cardenales y prelados, y no bastando sus rentas, impuestos y vejaciones de que habia llenado la Italia toda, á los gastos enormes de él y su hijo, resolvió enriquecer su tesoro y saciar su insaciable sed de oro con el caudal de los grandes y ricos de su corte. A fin de conseguirlo resolvió envenenarlos, los citó, como tambien á gran parte de los cardenales á un convite cerca de la fuente del Belveder, y hubiera conseguido su intento, dicen muchos historiadores y entre ellos Guicciardini y el ya citado Panvinio continuador del Platina, sin una feliz equivocacion, acaso conducida por la Providencia para purgar á la tierra de un mónstruo. Antes del convite habia Alejandro hecho preparar el vino envenenándolo. Dióse este á guardar á un criado, pero equivocando los frascos, sirvió de vino bueno á los demás y de la ponzoña al papa y á su hijo. Alejandro murió el 18 de agosto de 1503, entre atroces dolores, consiguientes á la vida que habia llevado. Su detestable hijo, como jóven y en la robustez de la edad, escapó por entonces, pero al fin murió tambien envenenado; — que tal es el anatema santo de que *el que á hierro mata á hierro muere.*

Continuemos nuestra historia. Bayazeto, que ya habia quedado libre de las pretensiones de Zizim, se dedicó á las guerras y conquistas que habia interrumpido desde la muerte de su padre. Fué en 1483 á Filibé (Filipópolis) y empleó su ejército en reparar los fuertes sobre el Morawa; entró al año siguiente y se apoderó de las fortalezas de Kilia y de Ak-Kerman, que colocadas en las desembocaduras del Danubio y del Dniester, quitaban á los moldavos la comunicacion con el mar, y haciandueños á los turcos de todo el Norte del Ponto-Euxino. Ha-

Christo sotto il pontificato di Papa Alessandro sesto.

bíanse tomado algunos castillos en las cercanías de Tarso y Adana; pero Uzbei, jeneral ejipcio, sorprendió despues á las guarniciones turcas. Bayazeto envió al gran visir Dacio-Bajá para que marchase con cuatro mil jenízaros y otras tropas, y atrajo á la obediencia las tribus de Caramania, Warsak y Torghud que se habian sublevado.

En aquella época (1487) Bayazeto recibió en Constantinopla al embajador del último rey moro de Granada, Abu-Abdullach, cuyo nombre han desfigurado los historiadores occidentales, llamándole BOABDIL. Este príncipe imploró el ausilio del sultan contra Fernando V é Isabel de Castilla, reyes de España, cuyas armas victoriosas rechazaban á los musulmanes de la Andalucía. Entonces empezó una guerra de tres siglos entre españoles y otomanos, porque Bayazeto, cuyas miras se estendian ya á la conquista de Africa, envió una escuadra á las órdenes de uno de sus antiguos pajes, á quien llamaban *Kemal* por su perfecta ermosura.

De esperar era un rompimiento entre los sultanes de Constantinopla y el Cairo. Bayazeto, con el objeto de quitar á los mamelucos los paises de donde sacaban sus terribles guerreros, invadió la Circasia, despobló esta provincia trayéndose inmenso número de cautivos, construyó fortalezas en las montañas y desfiladeros, se apoderó de parte de la Armenia, y dejó la otra á su yerno Ahmed nieto de Uzum-Hazan, que puso su corte en Tebriz.

En 1488, Alí-Bajá, despues de algunas ventajas contra los mamelucos, se hallaba batido por el ejército ejipcio á las órdenes de Uzbei. La guerra de Ejipto fué cada dia mas funesta para las armas otomanas; y se concluyó al cabo de cinco años en 1491, por un tratado de paz que estipulaba el abandono de los derechos del sultan sobre las tres fortalezas que habian conquistado los ejipcios en la llanura de Tchokur-Ova.

Muerto Matias Corvino en 1492, se encendió en Ungría la guerra civil, y Bayazeto creyó ser favorable ocasion para apoderarse de Belgrado; alistó una escuadra poderosa, se dirijió sobre dicha plaza, pero se malogró el proyecto y los musulmanes fueron derrotados completamente. Entonces se encaminó el sultan á la Albania y entró en ella por el camino de Monastir. Pasando por una senda estrecha,

un asesino, disfrazado de *kalender*, especie de derviche vagabundo, se acercó y quiso darle de puñaladas; pero no lo consiguió, y quedó hecho pedazos en el momento. Despues de este acontecimiento, cuantas personas eran presentadas al sultan, debian despojarse de sus armas y ser acompañadas por los chambelanes que les tenian los brazos, cojiéndolos por debajo del sobaco. Esta costumbre, que se ha conservado hasta nuestros dias, se convirtió en un ceremonial al que estaban sujetos los mismos embajadores.

Durante la permanencia del sultan en la Albania, los jenízaros asolaron el pais é hicieron gran carnicería en sus abitantes: la Carniola, la Carintia y la Stiria fueron teatro de todo jénero de atrocidades. Cuentan los historiadores de aquel tiempo, que no se veian mas que niños empalados ó estrellados contra las paredes, y mujeres y jóvenes doncellas saciando la brutal lubricidad de los vencedores. Filas de lanzas coronadas con cabezas, formaban el recinto donde tenian sus banquetes; los caminos que recorrian aquellas ordas, estaban sembrados de cadáveres mutilados y miembros esparcidos. Un ejército enviado por el emperador Macsimiliano, les salió al encuentro y los derrotaron completamente. El bárbaro Kinis, jeneral victorioso, superó en atrocidad á los vencidos: hizo coser en sacos y arrojar al agua una parte de los prisioneros; los otros fueron desollados, molidos bajo ruedas, asados, ó devorados vivos por puercos ambrientos. Ali-Baja-Mikhal-Oghlu, fué preso y fusilado sobre el campo de batalla. El mismo año, otro gobernador de Semendria, fué rechazado de Transilvania por Estevan Thelegd con pérdida de quince mil hombres.

Tantos descalabros aguijaban la venganza del sultan, quien envió á Yakub-Bajá á la Croacia y la sometió. Despues de muchos reveses y ventajas, se concluyó una tregua de tres años en 1495 entre la Ungría y la Puerta. En los dos años siguientes se apoderaron los otomanos de varias fortalezas de la Bosnia, entraron en Dalmacia y adelantaron sus correrías hasta el Friul.

En 1498 enviaron los venecianos un embajador á Constantinopla para renovar la paz. Hízose el tratado en lengua latina, lo cual, segun Bayazeto, le permitia violar el contenido en ca-

so de convenirlo. Instigado secretamente por los ajentes de Nápoles, Florencia y Milan, se declaró la guerra tomando por pretesto una etiqueta marítima. Un buque turco no devolvió el saludo á una escuadra veneciana, y fué echado á pique. Inmediatamente aprestó Bayazeto su escuadra y envistió á Lepanto por mar y tierra; plaza importantísima á la entrada del golfo del mismo nombre, que se interna entre las tierras de Livadia y Peloponeso. Las escuadras enemigas se dieron un combate cerca de la isla de Sapienza al S. O. de la Morea, que terminó en ventaja de la musulmana. El comandante de la ciudad sitiada, viendo alejarse los navíos venecianos, se rindió.

Tambien los turcos pusieron sitio á Modon. Trevisani, nuevo almirante de la escuadra veneciana, envió cuatro galeras con jente para reforzar la guarnicion, que atravesaron toda la escuadra turca, y llegaron á la entrada del puerto. Estaba este cerrado con una cadena para impedir que se acercasen los buques otomanos. Acudieron á quitarla para que entrase el socorro, pero en aquel momento dan los turcos el asalto jeneral; se hacen dueños de la plaza y pasan á cuchillo la mitad de los abitantes. Navarino ó Zonquio (Pylós en otro tiempo) y Coron, plazas venecianas, aterradas con la catástrofe de Modon, capitularon con los otomanos; pero Nauplia de Malvasia, defendida por Pablo Contarini, resistió al poder de Bayazeto.

Imposible era para Venecia detener por sí sola las fuerzas del sultan, y se vió obligada á recurrir á las potencias cristianas. Una liga ofensiva y defensiva se formó entre la república, el papa, la Ungría, la Francia y España; pero esta fué la que prestó el socorro mas útil y efectivo. El rey católico dió órden al celebérrimo Gonzalo Fernandez de Córdoba, llamado por sus azañas *el gran capitan*, que acorriese con poderosa escuadra al desaliento de los venecianos. El refuerzo llegó despues de rendida Modon. Gonzalo queria se reconquistase la plaza: los caudillos venecianos creyeron mas conveniente atacar á la isla de Cefalonia (1500). Pusieron sitio á San Jorje, capital de la isla, y la tomaron despues de dos asaltos, siendo el primero que entró en la plaza el capitan español Martin Gomez, que á pesar de estar erido peleó con valor, y arrolló á los turcos de

una puerta que defendian. El almirante Benito Pésaro, sorprendió á la escuadra otomana cerca de Voisa, apresó once galeras y quemó otra: y mientras que Gonzalo de Córdoba asolaba las costas del Asia menor, los navíos del papa devastaban las posesiones otomanas del Archipiélago; y Ravestein, almirante francés, naufragaba con su escuadra á la altura de Cérigo por un violento uracan.

En 1502, la escuadra veneciana, veinte navíos del papa y una nueva escuadra francesa, atacaron á Santa Mauricia (ó Maurá), é hicieron rendir á los jenízaros que la guarnecian. La guerra con Venecia y Ungría se iba haciendo cada dia mas peligrosa para los turcos, quienes tenien además que defenderse contra las incursiones de los persas, que ya principiaban á atacar las fronteras orientales. Por lo tanto Bayazeto concluyó un tratado de paz con Venecia, mediante el cual la república continuaba en la posesion de Cefalonia, cediendo á Santa Mauricia, Modon, Coron y Lepanto. Juróse una tregua de siete años con la Ungría.

FUNDACION DE LA DINASTIA DE LOS SOFIES [redacted] PERSIA (1). — (1501) Los descendientes de Tamerlan ó Timur-Bek en Persia y en Bucaria, no supieron conservar unidas sus monarquías. La de Persia, continuamente desmembrándose desde 1405 hasta 1505, fué teatro de contínuas guerras y usurpaciones. En 1501, el jóven príncipe persa Chah-Ismail-Sefí, se presentó como lejislador relijioso y como conquistador. Venció y dió muerte á Elwend-Mirza, último bástago de la familia del Carnero-Blanco ó Timur Bek, que reinaba en Persia, estableció su poderío en Tebriz (Tauriz), y echó los fundamentos de una nueva dinastía, reuniendo todas las provincias desde el Eufrates hasta el Indo, y transmitiendo á sus descendientes un imperio que ha llegado hasta nuestros dias.

Ismail, deseoso de conciliarse la amistad del sultan, le envió

(1) El ya mencionado Van Gaver, en su historia de Turquía, de la cual nos serviremos con frecuencia, dice que esta dinastía, cuyos príncipes son conocidos en Europa bajo el nombre de *Sofies*, y que debe su nombre verdadero de *Sefí* al jeque Sefí, abuelo de Chah-Ismail, ha ocupado el trono desde 1501 hasta 1722, ó sea desde 907 á 1134 de la Ejira.

diversos embajadores que le asegurasen sus buenas intenciones; pero Bayazeto correspondió mandándole un embajador grosero que él toleró, pues deseaba continuar en buena armonía.

VIOLENTO TERREMOTO EN CONSTANTINOPLA. — El 14 de setiembre de 1509, sufrió Constantinopla un terremoto tan violento, cual no habia recuerdo en la historia. Mil y sesenta casas, nueve mezquitas, y gran parte de las tapias del serrallo y de las murallas de la ciudad, quedaron arruinadas. Las cúpulas de muchos edificios públicos se desplomaron, las columnas vacilaron y se rompieron, los acueductos se arruinaron, el mar con bramidos espantosos salió de su centro, y sus olas treparon por encima de las murallas y recorrieron furiosas muchas calles de la ciudad y del arrabal. Por espacio de cuarenta y cinco dias, contínuos sacudimientos llenaron de terror la capital del imperio, y hasta las provincias del Asia y varias de Europa. Gallipoli, Didimótica y la mayor parte de Tchorum, ofrecian solamente un monton de ruinas. Bayazeto, no queriendo ser enterrado bajo las paredes y techumbre de su palacio, ocupó por espacio de diez dias una tienda, colocada enmedio de los jardines del serrallo. En seguida se fué á Andrinópolis; pero esta ciudad no fué mas dichosa que la capital: al terremoto se agregó una erribie tempestad: las aguas del Tundja subieron por encima de los derruidos edificios.

Calmados ya los elementos, procedió Bayazeto á la reparacion del desastre, para lo cual se emplearon multiud de obreros, que en dos meses volvieron á dejarlo todo mejor que antes.

SUBLEVACION DE SELIM.—Despues de veinte años de guerras continuas, y de hecha la paz con Venecia, quiso Bayazeto dar algun descanso á sus ejércitos; pero la inaccion le fué funesta, como siempre lo será á todo ejército conquistador. Los jenízaros no querian el sosiego, y entablaron relaciones con Selim, hijo del sultan, pues á pesar de pertenecer el trono á Korkud, aquella milicia turbulenta le consideraba incapaz de reinar á causa de su amor por las artes, y querian al que presentaba disposiciones mas belicosas. Bayazeto habia dado los sanjacatos del Asia menor, á Korkud el de Efeso, á Ahmed el de Caramania, á Mahomet el

de Magnesia y á Selim el de Trebisonda. Parece que estaba dispuesto á renunciar el trono en favor de Ahmed. Selim, que lo supo, juntó una escuadra y un ejército en Boli adonde su hijo Soliman mandaba por concesion de Bayazeto; atravesó el mar Negro, desembarcó en las costas de Romania y marchó á Constantinopla, donde sabia que los jenízaros le esperaban. Sin embargo, antes de que esta milicia se declarase, le salió al encuentro Bayazeto, le venció y le obligó á uir á la Crimea, en casa de su suegro el kan de los tártaros que le prometió nuevas tropas.

Convencido Ahmed entretanto de la oposicion que le tenian los jenízaros, reusa la corona: los grandes del imperio se la ofrecieron al príncipe emigrado. Este se negó, pretestando el respeto que debia á su padre, pero al mismo tiempo se acercó á Constantinopla, segun decia, para besar la mano á Bayazeto, y se alojó en unos jardines cerca de la capital. Habiendo ido á verle el gran visir de parte del sultan con el designio de penetrar sus intenciones, le habló Selim del siguiente modo: «Ve y di á mi padre, que nunca saldré de su obediencia, pero que le suplico disipe mis dudas acerca del actual gobierno. Ismail-Sofí, cuyo nacimiento nada tiene de ilustre, se ha levantado en Oriente, ha invadido nuestro territorio y ha llegado hasta Cesárea; interin vosotros estais sosegados y mirais sus victorias con indiferencia. Un circasio oscuro y de la ínfima plebe posee el Ejipto y usurpa la Siria, en otro tiempo provincia de los turcos: ¡á tal desprecio ha llegado el nombre otomano por la afeminacion y la ociosidad! ¿Dónde está el celo antiguo por el islamismo? ¿dónde la antigua disciplina, que va á desaparecer en medio de los goces de la paz?»

Esto narró el visir al sultan de parte de su hijo, y el sultan esclamó: «Selim quiere reinar.» Despues se presentaron los jenízaros á Bayazeto, y este les preguntó qué querian: «Nuestro padischah está viejo y enfermo, dijeron ellos; queremos en su lugar á Selim. — Yo le cedo el imperio, respondió Bayazeto. ¡Dios bendiga su reinado!»

A esta respuesta el grito de Allah-Kerim (¡Dios es grande!) hizo resonar las bóvedas del serrallo. Selim fué presentado á su padre, cuya mano besó con respeto, recibió las insignias impe-

riales, y se despidió para Didimótica. Selim le instó á que permaneciese en su palacio de Constantinopla; y Bayazeto respondió: «No caben dos espadas en una vaina.» Tres dias despues ya no ecsistia Bayazeto. Su muerte, que tan de cerca siguió á su abdicacion, fué fruto de un crímen segun la opinion de muchos escritores. Dícese que murió envenenado por órden de su hijo, temiendo que por veleidad ó por amor á otro de sus ermanos desease recobrar el imperio. Otros suponen que su muerte fué simplemente el término de sus largos sufrimientos y de su avanzada edad.

Bayazeto tenia treinta y cinco años al subir al trono y murió en 1512 (918 de la Ejira), despues de un reinado de treinta y dos años lunares. Hasta su advenimiento habia pasado sus dias en los placeres tranquilos del estudio. Dotado de un carácter dulce, sencillo en sus costumbres, ansiando el reposo, la vida contemplativa, las ciencias y la poesía, no hizo la guerra sino cuando se vió obligado por las circunstancias. Era relijioso y celoso observador de su ley. Tenia como su padre la nariz muy aguileña, cabellos y barba negros. Su fisonomía llevaba á la vez la estampa de la melancolía, del misticismo y de su ostinacion, pero no tenia nada de cruel ni temible. Aunque se le acusa de haber hecho envenenar á su ermano Zizim, este hecho no puede servir de base á una acusacion de crímen abitual; porque el fratricidio habia sido comprendido por Mahomet II en el número de las leyes del estado, con arreglo á las ideas políticas admitidas entre los orientales, que equivalian al acsioma romano de *Salus populi, suprema lex esto*. Lo único que con justicia se le puede censurar, es su demasiada aficion á las mujeres, cuyo abuso aceleró su vejez.

Selim I el feroz. — (1512) Apenas se hubo sentado Selim en el trono tan indignamente arrebatado á su padre, su pernicioso ejemplo tuvo imitadores. Su carácter feroz encendió la guerra civil entre sus parientes. Su sobrino Ala-ed-din, hijo de su ermano Ahmed, gobernador de Amasia, se apoderó de Bursa y la impuso una contribucion enorme. Selim envió un ejército contra él. A su aprocsimacion abandona Ahmed la ciudad mientras dos de sus hijos habian ido á implorar la proteccion del rey de Persia Chah-Ismail. Nom-

bra el sultan nuevo gobernador para Amasia, y se va á Bursa. Ahmed se aprovecha de la ausencia de su ermano, vuelve á marchas forzadas y toma á Amasia por sorpresa.

Entretanto el feroz sultan sacrificó á su seguridad cinco sobrinos. El mas jóven de aquellos infelices, no tenia mas que catorce años: arrojóse á sus rodillas pidiendo gracia; Osman, uno de sus ermanos, de veintidos años de edad, se defendió como un éroe, rompió un brazo á uno de sus asesinos é irió mortalmente á otro; pero todos sucumbieron aogados.

El asesinato de Korkud ermano de Selim, siguió al de los cinco príncipes. Lanzado de Magnesia por las tropas de Selim, Korkud acompañado de un jinete, se quedó escondido en una cueva durante veinte dias; en seguida se escapó á la provincia de Tekie, donde fué descubierto y hecho prisionero por el gobernador de aquel sanjacato, el cual avisó al sultan de aquella importante captura. Selim lo mandó matar.

En seguida se dirijió á Amasia con veinte mil hombres, donde estaba su ermano Ahmed: dióse una batalla entre ambos que quedó por este último; pero cometió la falta de dejarle tomar aliento y refuerzos. Verificóse nuevo ataque el 24 de abril de 1513: Ahmed quedó batido y derrotado completamente. Echó á uir; pero detenido en su carrera por la caida de su caballo, fué hecho prisionero y condenado á muerte.

Seguro ya Selim por la muerte de sus competidores, las potencias estranjeras le enviaban embajadores. Muchas renovaban sus antiguos tratados. Kanu Ghowri, sultan mameluco de Ejipto, envió á Selim ricos presentes. Chah-Ismail, partidario declarado de Ahmed, fué el único que no felicitó á Selim, y este se resintió por ello, despertando tal desprecio el jérmen de antiguas animosidades. Chah-Ismail habia recibido en su corte á los príncipes rivales de Selim, y enviado á Ejipto diputados con el encargo de formar una liga contra el monarca otomano. A estos motivos de enemistad se agregaba el odio relijioso. La querella de los chiis ó chiitas y de los sunnis ó sonnitas, dividia hacia mucho tiempo á los musulmanes y particularmente á turcos y persas. La doctrina de los chiitas, predicada por Chah-Ismail y adoptada por todos sus súbditos, habia

penetrado aun á los paises sometidos al imperio otomano. Selim, que era sonnita fanático, se le opuso con una medida terrible, ordenando la muerte de cuantos profesasen aquella doctrina relijiosa: cuarenta mil sectarios fueron degollados ó arrojados en las mazmorras (1). A aquella noticia avanza Chah-Ismail con formidable ejército. Hubo entre los dos monarcas contestaciones, que por parte de Selim fueron insultantes, y moderadas por Ismail. Los jeques y derviches decian que era una obra meritoria á un sectario del Coran, matar mas bien á una persa chiita que á setenta cristianos. El sultan se acerca á Tchemen con un ejército de ciento cuarenta mil soldados, cinco mil vivanderos y setenta mil camellos, y otro cuerpo de reserva de cuarenta mil hombres. Ejército tan numeroso necesitaba de enorme cantidad de municiones, y los persas se habian retirado arrasando todo el pais. Los jenízaros murmuraban porque en vez de combatir con un enemigo, tenian que pelear con otro mas grande que era el ambre. Sin embargo, avanzaba el ejército internándose en aquellos desiertos abrasados por la mano del hombre.

FAMOSA BATALLA DE TCHALDIRAN. — El sultan escribió varias cartas insultantes al schah; pero este no respondió. Los jenízaros estallaron nuevamente: puesto Selim delante de ellos blandiendo su cimitarra y hablándoles con elocuencia guerrera, consiguió hacer avanzar al ejército ácia Tebriz (Tauriz). Súpose en fin que Chah-Ismail se aprocsimaba á la cabeza de los suyos, y que esperaba al sultan en las llanuras de Tchaldiran. Era el 23 de agosto de 1514. Empeñóse al dia siguiente la batalla, y despues de varias alternativas pronuncióse la victoria por el sultan. Chah-Ismail, erido en el brazo y en un pie, cayó del caballo, y hubiera perecido á manos de un soldado turco si su confidente Mirza-Alí no se hubiese sacrificado por salvarle la vida, gritando delante del guerrero: ¡Yo soy el schah! Al punto fué rodeado y hecho prisionero; ínterin Ismail volvió á

(1) Cerca de medio siglo despues, por motivos parecidos, se provocaba en medio del cristianismo y en el pais mas culto del mundo, el orroroso asesinato de la san Bartolomé, á cuyo frente se veian ministros del santuario. No nos cansaremos por lo tanto de repetir el verso de Lucrecio: *¡Tantum relligio potuit suadere malorum!*

montar á caballo y uyendo se encaminó á Dergbezin.

CONQUISTA DE TEBRIZ. — Aquella batalla ganada á costa de treinta mil hombres muertos, tres bajaes y siete sanjacs ó portaestandartes, hizo caer en manos de Selim el campamento enemigo, el harem y los tesoros del schah: todos los prisioneros perecieron menos las mujeres y los niños. A los tres dias se dirijió á Tebriz donde encontró varias riquezas del schah. Fortificó y guarneció la plaza, y como se aprocsimaba el invierno, volvió con sus tropas á Natolia, no sin que los montañeses de la pequeña Armenia le disputasen el paso del Eufrates y del Antitauro, y le matasen mucha jente.

Llegada la primavera (1515), salió Selim de Amasia y llegó al mes delante de las murallas de la fortaleza de Kumakh que tomó por asalto. Determinado á vengarse del anciano príncipe de Kul-Kadriie, Alá-ed-dewlet, que le habia inquietado en su marcha á Kaizariie, y no habia querido unírsele, avanzó contra él en persona. Alá-ed-dewlet, atrincherado al pie de Turnadaghí (montaña de las grullas), aceptó la batalla, su ejército fué derrotado, él cojido prisionero y su cabeza enviada al sultan de Ejipto como un presajio siniestro de la suerte que le esperaba.

Antes de la famosa batalla de Tchaldiran habia intentado Selim sublevar el Kurdistan contra el schah de Persia. Los abitantes del Diarbekir (la antigua Mesopotamia) habian ofrecido reconocer la autoridad de Selim. Veinticinco beyes del Kurdistan habian seguido aquel ejemplo, de modo que todo el pais estaba ya en poder de los turcos. Chah-Ismail, despues de marcharse el sultan habia vuelto á Tebriz. Dió encargo á su teniente Kara-Kan, hombre cruel y odioso, que hiciese entrar bajo su obediencia al Diarbekir; pero Selim envió tropas para sostener aquella ciudad. Un año duró la resistencia has[illegible] que por último fué libertado el pais por nuevos socorros que vinieron á Selim. Kara-Kan fué vencido y muerto y Biiykli-Mohammed, gobernador de Erzindjan, se apoderó de la capital del Diarbekir *Kara Amid* (Amid la negra) asi llamada por el esterior lúgubre que presenta la ciudad construida toda con lava negruzca.

Igualmente cayeron en poder de Selim las importantes plazas de Merdin (la antigua *Marde* ó

Mérida). Este mismo año (1515) Yunis-Bajá reconquistó la Bosnia, hizo levantar el sitio de Semendria á los úngaros, únicos enemigos cristianos que entonces tenian los turcos, y les quitó algunas plazas fuertes.

BATALLA DE DABIK: CONQUISTA DE SIRIA. —(1516) Al año siguiente resolvió Selim hacer la guerra á Kansu-Ghawri, sultan de los mamelucos de Ejipto, proponiéndose arruinar su imperio para evitar que algun día formasen alianza con los persas, la cual podria poner en peligro las provincias orientales otomanas. El sultan de Ejipto envió á Selim un embajador, que se presentó vestido de magníficas armas y rodeado de brillante comitiva. El bárbaro Selim sin respetar el derecho de jentes y su carácter de embajador, mandó cortarle la cabeza así como á los demás de su séquito; lo cual se hubiera verificado á no interponerse Yunis-Bajá. Pero mandó Selim cortarle la barba y el pelo, y cubierto con un gorro fué enviado el embajador á su amo sobre un asno cojo y sarnoso. Kansu-Ghawri irritado con aquella villania, salió del Cairo y fué delante de los otomanos. Encontrólos en el prado de Dabik, donde creen los musulmanes que está enterrado el rey David. Dióse la batalla que no estuvo muy indecisa, porque la artillería de los turcos les aseguró el triunfo como habia sucedido en Tchaldiran. Los mamelucos se dispersaron. Kansu-Ghawri, de edad de veinte años, arrastrado por la derrota de su ejército, murió de una caida del caballo, ó segun otros, de accidente apoplético. Un oficial le cortó la cabeza y se la presentó al sultan, quien irritado por aquella adulacion cobarde, quiso darle la muerte; pero á ruegos de los visires le destituyó.

La victoria de Selim le produjo la conquista de Alepo y toda la Siria. Halláronse en la tienda de Ghawri y en Alepo inmensos tesoros y tres mil vestidos de ricas telas guarnecidas. En seguida entró Selim en Damasco y en Jerusalem. Por todas partes procuró ganarse el afecto de los vencidos con su buenas disposiciones y su zelo por el islamismo. Selim visitó el sepulcro de Muza, conquistador de España, que tenian en gran veneracion los musulmanes. En Jerusalem se detuvo tres días empleándolos en piadosos ejercicios.

Durante su permanencia en

Damasco, los mamelucos habian elejido á Tuman-Baí nuevo soberano. Selim le envió embajadores con proposiciones de paz si se reconocia feudatario de la Puerta. El príncipe ejipcio los recibió con cortesía y amistad, pero al salir de su audiencia fueron muertos por un cortesano llamado Alan-Baí, indignado, segun decia, por las proposiciones de que eran portadores. Con semejante violacion del derecho de jentes fué inevitable la guerra. Djanberdi-Ghazali, jeneral de los mamelucos, encontró cerca de Gaza en la frontera de Siria la vanguardia de los turcos al mando de Sinan-Bajá. Dióse una batalla encarnizada y quedó el campo por los turcos, á causa de la superioridad de su artillería, y entraron vencedores en Gaza.

Despues de esta batalla se dispuso Selim á atravesar el desierto; Huzein-Bajá se atrevió á hacerle presente el peligro de la empresa, y el sultan mandó cortarle la cabeza, poniéndose despues en marcha.

Batalla de Ridania. — Recibió Selim el juramento de fidelidad de los jeques de las numerosas tribus árabes, y en diez dias, á favor de una lluvia que facilitó el camino, atravesó su ejército el desierto de Katiie. El 22 de enero de 1517, presentó el combate á Tuman-Baí, que habia reconcentrado sus fuerzas en las cercanías del Cairo, y se atrincheró y fortificó en Ridania, pueblo cercano á Matarea. Trabóse una lid de las mas sangrientas que refiere la historia. Apenas se habia empeñado la accion, cuando un trozo de caballería, cubiertos de acero los soldados, se arrojan sobre el estandarte de Selim. El mismo Tuman-Baí mandaba aquel pelon escojido, acompañado de sus dos jenerales, Kurt-Baí y Alan-Baí. Estos tres guerreros habian formado el proyecto atrevido de apoderarse de Selim, y afortunadamente para él lo equivocaron con Sinan-Bajá, que fué muerto de una lanzada. Los dos jenerales ejipcios atacaron á Mahmud-Bei y á Alí el Khazuedar, y sufrieron la misma suerte que Sinan. Selim, al saber la muerte de este célebre visir, esclamó: «Hemos »conquistado el Ejipto, pero he»mos perdido á José;» que esto significa Sinan. A pesar de aquellas azañas, no pudieron los mamelucos luchar contra la poderosa artillería turca, y dejaron veinticinco mil muertos en las llanuras de Ridania.

Despues de tan señalada victoria, envió Selim al Cairo una guarnicion; pero Tuman-Bai volvió en secreto una noche y la degolló toda entera. Selim sitió de nuevo la ciudad, y la tomó despues de un combate encarnizado de tres dias y tres noches.

Refujiado Tuman-Baí en la orilla oriental del Nilo, reunió las reliquias de su ejército y á seis mil árabes hawares, y con este ejército pequeño resistió por algun tiempo á Selim, y aun alcanzó sobre él una victoria que le obligó á retirarse al Cairo con pérdida de seis mil turcos. Cansado Selim de tanta lucha, propone la paz á Tuman-Bai con la condicion de reconocerse vasallo de la Puerta. El enviado con estas proposiciones, es muerto por los mamelucos é igualmente su comitiva, y ya entonces no hubo miramiento para Selim. Terribles represalias señalaron su venganza: cuatro mil mamelucos y sesenta beyes recibieron la muerte. Tuman-Baí uye al Delta, y de nuevo vuelve Selim á hacerle proposiciones de paz que fueron desechadas. Entonces marcha Selim en persona con cuarenta mil hombres. Suscitándose una disputa entre árabes y mamelucos, vinieron á las manos: los primeros fueron rechazados y se escaparon ácia el campo otomano. Selim dirijió contra ellos su artillería, que lanzó sus balas sin distincion contra vencedores y vencidos. Bátense de nuevo mamelucos y otomanos; precipítanse de repente los árabes de Ghazali sobre los mamelucos; Djanberdi-Ghazali, disfrazado de árabe, reta á Tumun-Bai á duelo singular: este acepta, derriba á su contrario, y ya se preparaba á pasarlo con la lanza, cuando Ghazali esclama: «¡Gracia, en nombre del Profeta y por el ministerio del jeque Abu-Seud-ul-Djahiri!» A estas palabras, especie de invocacion masónica, cuyo sentido nadie ha podido descifrar todavía, retira Tumun-Bai su lanza, y deja la vida al vencido.

Sumision del Ejipto. — Imposibilitado Tumun-Bai de resistir á las fuerzas de los otomanos, se retiró cerca del árabe Hazan-Meri, á quien habia libertado á su advenimiento al trono, de la prision donde [illegible] encerrára Kansu-Ghawri con todos los suyos. Obligado á ocultarse con sus beyes en una caverna que le habia ofrecido su huésped, violó este villano los derechos de la ospitalidad y entregó á Tu-

montar á caballo y huyendo se encaminó á Derghezin.

CONQUISTA DE TEBRIZ. — Aquella batalla ganada á costa de treinta mil hombres muertos, tres bajaes y siete sanjacs ó portaestandartes, hizo caer en manos de Selim el campamento enemigo, el harem y los tesoros del schah: todos los prisioneros perecieron menos las mujeres y los niños. A los tres dias se dirijió á Tebriz donde encontró varias riquezas del schah. Fortificó y guarneció la plaza, y como se aprocsimaba el invierno, volvió con sus tropas á Natolia, no sin que los montañeses de la pequeña Armenia le disputasen el paso del Eufrates y del Antitauro, y le matasen mucha jente.

Llegada la primavera (1515), salió Selim de Amasia y llegó al mes delante de las murallas de la fortaleza de Kumakh que tomó por asalto. Determinado á vengarse del anciano príncipe de Kul-Kadriie, Alá-ed-dewlet, que le habia inquietado en su marcha á Kaizariie, y no habia querido unírsele, avanzó contra él en persona. Alá-ed-dewlet, atrincherado al pie de Turnadaghi (montaña de las grullas), aceptó la batalla, su ejército fué derrotado, él cojido prisionero y su cabeza enviada al sultan de Ejipto como un presajio siniestro de la suerte que le esperaba.

Antes de la famosa batalla de Tchaldiran habia intentado Selim sublevar el Kurdistan contra el schah de Persia. Los abitantes del Diarbekir (la antigua Mesopotamia) habian ofrecido reconocer la autoridad de Selim. Veinticinco beyes del Kurdistan habian seguido aquel ejemplo, de modo que todo el pais estaba ya en poder de los turcos. Chah-Ismail, despues de marcharse el sultan habia vuelto á Tebriz. Dió encargo á su teniente Kara-Kan, hombre cruel y odioso, que hiciese entrar bajo su obediencia al Diarbekir; pero Selim envió tropas para sostener aquella ciudad. Un año duró la resistencia hasta que por último fué libertado el pais por nuevos socorros que vinieron á Selim. Kara-Kan fué vencido y muerto y Biiykli-Mohammed, gobernador de Erzindjan, se apoderó de la capital del Diarbekir *Kara Amid* (Amid la negra) asi llamada por el esterior lúgubre que presenta la ciudad construida toda con lava negruzca.

Igualmente cayeron en poder de Selim las importantes plazas de Merdin (la antigua *Marde* ó

Mérida). Este mismo año (1515) Yunis-Bajá reconquistó la Bosnia, hizo levantar el sitio de Semendria á los úngaros, únicos enemigos cristianos que entonces tenian los turcos, y les quitó algunas plazas fuertes.

Batalla de Dabik: conquista de Siria. — (1516) Al año siguiente resolvió Selim hacer la guerra á Kansu-Ghawri, sultan de los mamelucos de Ejipto, proponiéndose arruinar su imperio para evitar que algun dia formasen alianza con los persas, la cual podria poner en peligro las provincias orientales otomanas. El sultan de Ejipto envió á Selim un embajador, que se presentó vestido de magníficas armas y rodeado de brillante comitiva. El bárbaro Selim sin respetar el derecho de jentes y su carácter de embajador, mandó cortarle la cabeza así como á los demás de su séquito; lo cual se hubiera verificado á no interponerse Yunis-Bajá. Pero mandó Selim cortarle la barba y el pelo, y cubierto con un gorro fué enviado el embajador á su amo sobre un asno cojo y sarnoso. Kansu-Ghawri irritado con aquella villania, salió del Cairo y fué delante de los otomanos. Encontróles en el prado de Dabik, donde creen los musulmanes que está enterrado el rey David. Dióse la batalla que no estuvo muy indecisa, porque la artillería de los turcos les aseguró el triunfo como habia sucedido en Tchaldiran. Los mamelucos se dispersaron. Kansu-Ghawri, de edad de veinte años, arrastrado por la derrota de su ejército, murió de una caida del caballo, ó segun otros, de accidente apoplético. Un oficial le cortó la cabeza y se la presentó al sultan, quien irritado por aquella adulacion cobarde, quiso darle la muerte; pero á ruegos de los visires le destituyó.

La victoria de Selim le produjo la conquista de Alepo y toda la Siria. Halláronse en la tienda de Ghawri y en Alepo inmensos tesoros y tres mil vestidos de ricas telas guarnecidos. En seguida entró Selim en Damasco y en Jerusalem. Por todas partes procuró ganarse el afecto de los vencidos con sus buenas disposiciones y su zelo por el islamismo. Selim visitó el sepulcro de Muza, conquistador de España, que tenian en gran veneracion los musulmanes. En Jerusalem se detuvo tres dias empleándolos en piadosos ejercicios.

Durante su permanencia en

Damasco, los mamelucos habian elejido á Tuman-Baí nuevo soberano. Selim le envió embajadores con proposiciones de paz si se reconocia feudatario de la Puerta. El príncipe ejipcio los recibió con cortesía y amistad, pero al salir de su audiencia fueron muertos por un cortesano llamado Alan-Baí, indignado, segun decia, por las proposiciones de que eran portadores. Con semejante violacion del derecho de jentes fué inevitable la guerra. Djanberdi-Ghazali, jeneral de los mamelucos, encontró cerca de Gaza en la frontera de Siria la vanguardia de los turcos al mando de Sinan-Bajá. Dióse una batalla encarnizada y quedó el campo por los turcos, á causa de la superioridad de su artillería, y entraron vencedores en Gaza.

Despues de esta batalla se dispuso Selim á atravesar el desierto; Huzein-Bajá se atrevió á hacerle presente el peligro de la empresa, y el sultan mandó cortarle la cabeza, poniéndose despues en marcha.

Batalla de Ridania. — Recibió Selim el juramento de fidelidad de los jeques de las numerosas tribus árabes, y en diez dias, á favor de una lluvia que facilitó el camino, atravesó su ejército el desierto de Kaliie. El 22 de enero de 1517, presentó el combate á Tuman-Baí, que habia reconcentrado sus fuerzas en las cercanías del Cairo, y se atrincheró y fortificó en Ridania, pueblo cercano á Matarea. Trabóse una lid de las mas sangrientas que refiere la historia. Apenas se habia empeñado la accion, cuando un trozo de caballería, cubiertos de acero los soldados, se arrojan sobre el estandarte de Selim. El mismo Tuman-Baí mandaba aquel pelon escojido, acompañado de sus dos jenerales, Kurt-Baí y Alan-Baí. Estos tres guerreros habian formado el proyecto atrevido de apoderarse de Selim, y afortunadamente para él lo equivocaron con Sinan-Bajá, que fué muerto de una lanzada. Los dos jenerales ejipcios atacaron á Mahmud-Bei y á Alí el Khazuedar, y sufrieron la misma suerte que Sinan. Selim, al saber la muerte de este célebre visir, esclamó: «Hemos »conquistado el Ejipto, pero hemos perdido á José;» que esto significa Sinan. A pesar de aquellas azañas, no pudieron los mamelucos luchar contra la poderosa artillería turca, y dejaron veinticinco mil muertos en las llanuras de Ridania.

Despues de tan señalada victoria, envió Selim al Cairo una guarnicion; pero Tuman-Bai volvió en secreto una noche y la degolló toda entera. Selim sitió de nuevo la ciudad, y la tomó despues de un combate encarnizado de tres dias y tres noches.

Refujiado Tuman-Bai en la orilla oriental del Nilo, reunió las reliquias de su ejército y á seis mil árabes hawares, y con este ejército pequeño resistió por algun tiempo á Selim, y aun alcanzó sobre él una victoria que le obligó á retirarse al Cairo con pérdida de seis mil turcos. Cansado Selim de tanta lucha, propone la paz á Tuman-Bai con la condicion de reconocerse vasallo de la Puerta. El enviado con estas proposiciones, es muerto por los mamelucos é igualmente su comitiva, y ya entonces no hubo miramiento para Selim. Terribles represalias señalaron su venganza: cuatro mil mamelucos y sesenta beyes recibieron la muerte. Tuman-Bai uye al Delta, y de nuevo vuelve Selim á hacerle proposiciones de paz que fueron desechadas. Entonces marcha Selim en persona con cuarenta mil hombres. Suscitándose una disputa entre árabes y mamelucos, vinieron á las manos: los primeros fueron rechazados y se escaparon ácia el campo otomano. Selim dirijió contra ellos su artillería, que lanzó sus balas sin distincion contra vencedores y vencidos. Bátense de nuevo mamelucos y otomanos; precipítanse de repente los árabes de Ghazali sobre los mamelucos; Djanberdi-Ghazali, disfrazado de árabe, reta á Tumun-Bai á duelo singular: este acepta, derriba á su contrario, y ya se preparaba á pasarlo con la lanza, cuando Ghazali esclama: «¡Gracia, en nombre del Profeta y por el ministerio del jeque Abu-Soud-ul-Djahiri!» A estas palabras, especie de invocacion masónica, cuyo sentido nadie ha podido descifrar todavía, retira Tumun-Bai su lanza, y deja la vida al vencido.

Sumision del Ejipto. — Imposibilitado Tumun-Bai de resistir á las fuerzas de los otomanos, se retiró cerca del árabe Hazan-Meri, á quien habia libertado á su advenimiento al trono, de la prision donde le encerrára Kansu-Ghawri con todos los suyos. Obligado á ocultarse con sus beyes en una caverna que le habia ofrecido su huésped, violó este villano los derechos de la ospitalidad y entregó á Tu-

mun-Bei en poder de Selim. Admirando este el buen carácter y las prendas de su prisionero, le hizo tratar con todo miramiento; pero la envidia de los traidores, Kair-Bai y Ghazali, hizo despertar sospechas en el ánimo del sultan, y ordenó el suplicio del ilustre prisionero. Fué aorcado el valiente Tumun-Bai el 13 de abril de 1517. Selim le hizo tributar los últimos onores, á los que asistió en persona, mandando colocar su cuerpo en un mausoleo construido por Kansu-Gawri, y distribuyendo por espacio de tres dias algunas bolsas de oro á los pobres.

De este modo acabó la dinastía de los mamelucos, que reinó en Ejipto y Siria con mucho esplendor cerca de tres siglos. Todo el Ejipto se sometió á Selim: Alejandría, segunda capital del reino, le abrió sus puertas: sometiósele la escuadra que el soldan tenia preparada en el mar Rojo para atacar á los portugueses, que con su poder en las Indias orientales mataban el comercio de Ejipto, escala desde la antigüedad mas remota entre aquel pais y la Europa. La Mecca, encadenada á la suerte del Ejipto, pasó con aquella estensa comarca bajo la dominacion de Selim. El jerife Muhammed-Abul-Berekiat, le hizo presentar por su hijo las llaves de la Kaaba en una bandeja de plata. El sultan, declarado *protector* y *servidor* de la Mecca y de Medina, envió á las dos *ciudades santas* la suma de veintiocho mil ducados, y otros doscientos mil que deberian emplearse en arroz y trigo para distribuirlos entre los jerifes, jeques y pobres de aquellas ciudades.

Al salir del desierto de Kaitiie, dijo el sultan á Yunis-Bajá: «Ya está el Ejipto detrás de nosotros, y mañana llegaremos á Gaza. — ¿Y cuál es el fruto, replicó el imprudente visir, de tantas fatigas? la mitad del ejército ha perecido en los combates ó en los arenales, y el Ejipto está gobernado hoy por traidores.» Selim castigó con la muerte la observacion de su bajá.

Durante dos años descansó su tropa y su tesoro, y cuando le obligaban sus visires á que conquistase á Rodas, respondió Selim que el viaje que tenia que hacer no era á aquella isla sino al otro mundo. Y así fué; porque habiendo querido montar á caballo á pesar de los sufrimientos que le ocasionaba un tumor que tenia en una ingle, le acol-

metieron tan fuertes dolores, que se vió obligado á detenerse, y murió el 22 de setiembre de 1520, á los cincuenta y cuatro años de edad y nueve de reinado. Su muerte se tuvo oculta hasta la llegada del príncipe Soliman.

Era Selim alto de estatura, el tronco muy largo y cortas las piernas: tenia la cara abultada y encendida, los ojos grandes y centelleantes, y las cejas muy espesas: los bigotes largos le daban un aspecto duro. Fué el único que se afeitó la barba, contra el precepto del Coran, diciendo algunas veces en broma, que lo hacia para que sus ministros no tuviesen un pelo donde agarrarse.

Siendo Selim de un espíritu emprendedor, de una actividad devoradora, de un natural iracundo y despótico, y entregado enteramente á los negocios de su imperio, tenia poco gusto por los placeres del harem y de la mesa; pero en cambio amaba la caza y los ejercicios violentos. Dormia poco, y pasaba mucha parte de la noche en leer ó componer: poeta distinguido, ha dejado una coleccion de odas persas, turcas y árabes. Protector de los sabios y literatos, les concedia los empleos mas altos cuando los creia aptos para su desempeño.

Zeloso en demasía por el sosten del órden, tenia Selim la costumbre de disfrazarse por entre el pueblo para ver por sí si se observaban las leyes. Mantenia además muchos espías que le noticiaban cuanto veian, y castigaba á los culpables con tanta mayor severidad cuanto que la fiereza de su carácter le inclinaba á ello. Bañóse en la sangre de sus ermanos y sobrinos y quizá de su padre Bayazeto II: mandó matar por sospechas á varios de sus mas fieles guerreros.

Despues de la toma de Damasco, Hinsan-Bajá cometió la indiscrecion de decirle: «Señor, ¿cuándo entraremos en el Cairo?» Ofendido Selim de esta familiaridad, le respondió: «Yo entraré cuando Dios quiera; pero es mi voluntad que quedes aquí;» y al punto mandó cortarle el cuello. Un dia ordenó al gran visir enarbolar, en señal de guerra las colas de caballo: el visir le preguntó dónde queria que se tremolasen; Selim le mandó matar. El mismo trato esperimentó el sucesor de aquel ministro por haberle hecho la misma pregunta. El tercero no preguntó nada queriendo evi-

tarse la suerte de sus antecesores: mandó enarbolar las colas ácia los cuatro puntos cardinales del mundo y fué á decir al sultan que estaba su órden satisfecha. «¿Y ácia dónde las has enarbolado? preguntó Selim. — Acio cualquier parte que quiera vuestra alteza dirijir sus ejércitos.» El feroz sultan respondió: «La muerte de dos visires ha salvado la vida de un tercero, y me ha procurado un ministro tal como necesito.»

Soliman II el lejislador. — Vamos á ablar de uno de los sultanes que con mas razon elojian los historiadores asi turcos como cristianos, adquiriéndose entre los primeros además del sombrenombre de *Kanuni*, el lejislador, el de *Sahyb Kyran*, dominador de su siglo; y entre los segundos el de *Grande* y Magnífico. Y en verdad que mereció tan onrosos epítetos el príncipe que elevó el imperio al grado mas alto de poder, que hizo en persona trece campañas, que tomó á Rodas á los caballeros de Jerusalen, conquistó á Belgrado, sometió el Chirvan, la Jeorjia, echó los fundamentos de una marina imperial; y coronó todas sus brillantes espediciones con la promulgacion de un código que ha rejido durante tanto tiempo á los otomanos, y con la construccion de monumentos arquitectónicos admirados por su grande mérito.

Los primeros actos del nuevo sultan fueron de clemencia y de justicia: seiscientos prisioneros ejipcios recibieron su libertad, y varios negociantes de sedas cuyos jéneros habian sido embargados por órden de Selim, fueron indemnizados en un millon de aspros. Los jerifes y demás gobernadores dependientes del imperio, prestaron omenaje á Selim escepto Djanberdi-Ghazali que mandaba en Siria. El antiguo emir mameluco, despues de haber vencido al penúltimo monarca ejipcio Kansu-Ghawri, habia recibido del sultan el gobierno de la Siria, y pareciéndole ocasion favorable para sacudir el yugo otomano la muerte de aquel príncipe, trató de sublevar á los drusos, á los árabes y al gobernador de Ejipto. El sultan avanza con su ejército, y el 27 de enero de 1521 le ataca y le vence en Mustabe, pagando con la cabeza su desobediencia. Despues de la rendicion de Ghazali empezó Soliman su porfiada guerra con los úngaros, sitiando á Belgrado con poderoso ejército y una escuadra de buques pequeños que

interceptaba las comunicaciones del Danubio. La guarnicion tuvo que rendirse el 29 de agosto de 1521 por no ser socorrida, á pesar de su valerosa resistencia, un mes de bloqueo y mas de veinte asaltos;—de este modo cayó en poder de los turcos este grande baluarte de la Ungría, dejándoles espedito el camino para Buda, capital del reino.

Al dia siguiente de la toma de Belgrado fué Soliman á la catedral y la convirtió en mezquita, haciendo en ella la oracion del viernes. Proveyó á la defensa de la plaza y la artilló con doscientos cañones.

Conquista de Rodas. — Despues de haber pasado el invierno en fortificar las fronteras de Ungría y en crear una marina, conoció Soliman podia poner en ejecucion la idea que tiempo hacia meditaba, como era la conquista de Rodas, que tantos daños causaba al comercio y marina turca, por el valor de los caballeros de San Juan, cuyos votos eran hacer guerra eterna á los turcos. Por otra parte halagábale la idea de triunfar en donde su abuelo Mahomet habia visto eclipsarse su estrella de conquistador; y de poder sacar á muchos musulmanes de las cadenas en que los tenian los cristianos.

Nunca se le hubiera podido presentar coyuntura mas favorable para su atrevida empresa: la situacion de la Europa era muy á propósito para llevarla á cabo; los dos príncipes mas grandes, Cárlos, rey de España y emperador de Alemania, y Francisco I, rey de Francia, mantenian una querella interminable y debilitaban con ella sus fuerzas: el papa Leon X, ostinado enemigo del nombre musulman, se hallaba muy embarazado en la lucha que le hacia el sabio Lutero con su doctrina; y por último, el cetro de la Ungría se hallaba entre las inespertas manos del niño Luis XII.

Soliman envió á Rodas una intimacion en que juraba por Mahoma, por los ciento veinticuatro mil profetas y por los cuatro libros santos enviados del cielo (el Penteteuco, los Salmos, el Evanjelio y el Coran) que respetaria la libertad y los bienes de los caballeros, si se entregaban voluntariamente. Cumplida aquella formalidad, que ordena el Coran, púsose en camino el 16 de junio de 1522 con un ejército de cien mil hombres. Alistó en Constan-

tinopla una escuadra de trescientas embarcaciones que conducian diez mil soldados á las órdenes del serasquier Mustafá-Bajá. La escuadra llegó delante de Rodas el dia de san Juan, y tardó un mes en desembarcar en Parambolin, pueblo á seis millas de la capital, las tropas y el material, mientras llegaba Soliman que fué el 28 de julio. Todo el mes de agosto se empleó en minas y contraminas y en combates parciales. Los rodios quemaron sus arrabales y quintas, dando el gran maestre el ejemplo, y el pueblo se encerró en la ciudad con todas las provisiones que pudieron recojerse. Aunque el maestre imploró socorros de toda Europa, no se le reunieron sino el valiente Prejan, gobernador de la isla de Cos, y Gabriel Martinengo, ábil injeniero de Candía; por cuya abilidad se contraminaron, durante el sitio, cincuenta y cinco minas de los turcos. El 4 de setiembre recorren los jeques el campamento otomano, y los derviches repetian: «Mañana se dará el asalto; la piedra y el territorio pertenecen al padichah, la sangre y los bienes de los abitantes son propiedad de los vencedores.» Al amanecer del dia siguiente principió el ataque. Despues de una lucha terrible, en la que hasta las mujeres rodias desplegaron un valor inaudito, fueron rechazados los otomanos de los baluartes, inglés, español é italiano, con pérdida de quince mil hombres.

Soliman estaba desesperado con las continuas pérdidas que sufria en sus asaltos repetidos, y se resolvió á dar uno jeneral: perdió en él mucha jente pero los injenieros turcos adelantaban sus trincheras peleando siempre con los sitiados. Estos derribaron muchas casas para construir nuevas fortificaciones, pero su recinto disminuia, y á pesar de disputar el terreno á palmos, la superioridad del número debia triunfar.

Seguro Soliman de tomar la plaza, quiso no obstante evitar mas sangre, y ofreció á los caballeros una capitulacion onrosa que desecharon, y continuó el sitio. En fin, el 21 de diciembre, el gran maestre Villiers l'isle Adam, reducido al último estremo, se decidió á rendirse. Concluyóse un tratado, en cuya virtud se obligaba el sultan á retirar su ejército delante de Rodas, á respetar las iglesias, y á suministrar á los caballeros buques para evacuar la ciudad en el término de doce dias. La

indisciplina de los jenízaros, impidió á Soliman cumplir la palabra; pues forzaron una puerta de la ciudad, saquearon muchas casas y profanaron iglesias. Verificóse la toma de Rodas el dia de la Natividad, despues de un sitio de cinco meses, durante el cual dispararon los cristianos cuatro mil cuatrocientos dieziseis cañonazos.

Una entrevista entre el sultan y el maestre, dió ocasion al primero para manifestar los sentimientos elevados que le distinguian. Recibióle con mucho agrado, y le llamó *Padre* por el respeto que los orientales profesan á la vejez: le hizo revestir un Kaftan de onor y le prometió la libertad; y cuando algunos dias despues vino el maestre, antes de ausentarse de Rodas, á besar la mano del sultan y á ofrecerle cuatro vasos de oro, enternecido Soliman, dijo á los suyos: «Cáusame pesadumbre echar á este cristiano de su casa á la edad que tiene.»

De este modo cayó Rodas en poder de los turcos, y pudieron con mas libertad estender su comercio en el Mediterráneo. Los caballeros de San Juan encontraron una nueva patria y baluarte nuevo para la cristiandad, que defender con la cesion que de Malta y Trípoli de Bervería les hizo Cárlos V; posesiones pertenecientes en aquella época á la monarquía española.

El sultan, despues de haber hecho oracion pública el viernes en la iglesia de San Juan, se embarcó para Constantinopla, á la que llegó un mes despues.

Ya libre de tan peligrosos enemigos, y despues de sosegadas varias sublevaciones en Ejipto y en Constantinopla, donde algunos jefes pagaron con su cabeza, se entregó Soliman durante el invierno á preparativos de guerra. Francisco I habia escrito al sultan, instándole que se apresurase á conquistar la Ungría, á fin de llamar por aquel lado la atencion de Cárlos V. Reune Soliman su ejército de doscientos mil hombres, y una artillería que los historiadores hacen subir á trescientos cañones, y sale de Constantinopla el 23 de abril de 1526.

Batalla de Mohacz. — Pasa el Savo sobre un puente volante: se apodera de Essek, lo saquea y lo quema. Luis XII, rey de Ungría, le sale al encuentro con veinticinco mil hombres, sin querer esperar al vaivoda de Transilvania, Juan Zapolya que venia con refuerzo considerable. Encuéntranse en la llanura

de Mohacz, cerca de la aldea de este nombre. Trábase la batalla: el rey Luis y los suyos pelean con furor, y lo mismo hacen los turcos, guiados por Soliman en persona. Avanza un cuerpo formidable de úngaros á tiempo que el sultan se hallaba de cerca algo apurado, y en tan inminente peligro manda descubrir la formidable artillería, que reservada estaba para un lance crítico, hace esta una orrible descarga á quema ropa, y se introduce un desórden espantoso en los cristianos, que azorados uyen en todas direcciones. El rey Luis se aogó con parte de los suyos en los vastos pantanos que se estienden por debajo de la aldea de Mohacz. Aquella batalla sangrienta no habia durado dos oras, y en ella puede decirse que feneció la antigua monarquia úngara. Veinticinco mil cadáveres quedaron en el campo, y delante de la tienda del sultan se levantó una pirámide de dos mil cabezas. Durante los dos siglos siguientes fué aquel desventurado pais teatro de guerras contínuas entre úngaros y austriacos, ostinados los primeros en defender su antiguo derecho de elejir sus reyes, y los segundos en sostener los de Fernando de Austria ermano de Cárlos V, y marido de Ana, ermana del aogado Luis XII.

Despues de haber quemado la aldea de Mohacz y matado á todos los prisioneros, escepto las mujeres, marchó á Buda con su ejército, adonde llegó el 10 de setiembre de 1526. Una diputacion de los vecinos fué hasta Foldwar para ofrecer al sultan las llaves de la ciudad. En seguida pasó el Danubio, y se apoderó de Pesth. Cien mil esclavos, el tesoro real, y la ermosa biblioteca de Matias Corvino, fueron los frutos de aquella espedicion, además del inmenso botin que hicieron los vencedores. En seguida pasó á Bay, Sejedin y Titel, y sometió al pais comprendido entre aquel rio y el Tésis. Valúase en cerca de doscientos mil el número de úngaros que perecieron en aquella campaña.

En 1527 estalló en la Caramania una sublevacion bastante seria: un gran número de derviches y kalenders ó fraites turcos, sublevaron al pueblo, pero Ibrahim derrotó á la faccion que levantaron, y con las cabezas de sus autores redujo á la obediencia á los andrajosos derviches. A estas turbulencias que tenian un objeto político, sucedieron otras con carácter relijioso, causadas

por los públicos sermones de un ulema, llamado Kabiz, que sostenia la superioridad del Evanjelio sobre el Coran. Apoderáronse del perturbador, lo llevaron ante el cuerpo de los ulemas, y prefirió la muerte á la retraccion de sus principios. En mayo de 1528, el mollá y el cadí de Alepo, fueron asesinados en una mezquita durante la oracion, por una sublevacion popular. A la noticia de este crímen mandó el sultan degollar á todos los abitantes; pero Ibraim consiguió rebozar tan cruel sentencia, castigándose únicamente á los jefes del motin. El año en que vamos fué señalado por la conquista de varias fortalezas de la Esclavonia, de la Bosnia y Croacia, y por las embajadas de Juan Zapolya, (el que no pudo llegar á tiempo con sus fuerzas á la batalla de Mohacz), y de Fernando, ermano del emperador Cárlos V, que le habia cedido la soberanía de la Ungría y del Austria. Zapolya consiguió que los úngaros le elijiesen por rey; pero Fernando entró en Ungría, recobró á Buda, venció al transilvano en la llanura de Tokay, y le obligó á uir á Polonia con su suegro Sijismundo. En tal estado recurre á Soliman y consigue formar un tratado de alianza entre la Ungría y la Puerta. Fernando, que sabe los pasos de su rival, acude tambien al sultan; pero este irritado de las contínuas reclamaciones del de Austria, detuvo presos nueve meses á los embajadores, soltándolos despues y diciéndoles con ironía que fuesen á decir á su amo, que puesto que nunca habian tenido relaciones, que se preparaba con todas sus fuerzas para hacerle una visita y concederle su peticion.

El 10 de mayo de 1529 salió el sultan de Constantinopla con un ejército de doscientos cincuenta mil hombres y trescientos cañones. Despues de algunos contratiempos y una marcha muy penosa, llegó á Mohacz, donde vino Zapolya á prestarle omenaje. Recibióle Soliman con la mayor solemnidad: sentado en su trono, se levantó al presentarse el rey de Ungría, dió tres pasos, le alargó la mano, la besó el príncipe y le hizo sentar á la derecha del trono. Al despedirse Zapolya recibió del sultan ricos presentes.

Buda, que habia vuelvo á caer en poder de Fernando, fué sitiada y tomada por el sultan al cabo de seis dias, despues de cuya rendicion fué puesto Zapol-

ya en posesion del trono de Ungría. Estando Soliman delante del campamento de Buda, recibió una embajada del príncipe Boghdan, quien ofrecia al sultan el dominio de la Moldavia alta y baja. Soliman acojió con agraño al embajador, le otorgó condiciones onrosas y firmó el tratado con su propia mano. De una y otra parte se hicieron magníficos regalos.

Primer sitio de Viena. — Como á fines de 1529 llegaron las avanzadas turcas bajo las murallas de Viena. El ejército sitiador constaba de ciento veinte mil hombres, cuatrocientos cañones y veinte mil camellos de bagajes. Sobre el Danubio habia apostada una flotilla de ochocientos bajeles de pequeño bordo á las órdenes del vaivoda Kazim. La fuerza de los sitiados consistia en dieziseis mil hombres, setenta y dos cañones, y murallas de seis pies de espesor desguarnecidas de artillería. El conde Palatino del Rin mandaba en la ciudad, y con su ejemplo la corta guarnicion hacia prodijios de valor. La escuadra turca que subia por el Danubio, iba incendiando las orillas: la artillería gruesa que traian para batir la ciudad no pudo operar, porque los buques en que venia fueron echados á pique por el valiente Volfango Oder, que hizo una vigorosa salida, causando en otras, pérdidas considerables, al enemigo. Hubo varios asaltos sangrientos: el sultan recurrió á las minas, pero todas fueron contraminadas con muerte de ocho mil turcos, escepto una que derribó gran parte de la muralla junto á la puerta Carintia y un convento. Abrieron grandes brechas, pero se les opuso una resistencia invencible. Otros dos asaltos que dieron sin mas resultado que pérdidas de hombres, el desaliento en que se hallaba el ejército y el temor de que se le echasen encima las aguas del Otoño, decidieron á Soliman á levantar el sitio el 14 de octubre de 1529. Los jenízaros al retirarse quemaron ó degollaron todos sus prisioneros, dejando solamente la vida á los jóvenes mas bellos.

Soliman, que no queria manifestar debilidad, ni que se tuviese por tal el que era un verdadero descalabro, celebró un gran divan á corta distancia de Viena y mandó dar á los soldados y jefes recompensas pecuniarias como si hubiesen vencido. Cerca de Buda recibió el sultan las felicitaciones de Juan Zapol-

ya. Continuando con él su camino llegó á Belgrado, y allí hizo darle la corona real de Ungría, escribiendo despues á Venecia el advenimiento del nuevo rey su protejido.

Vuelto el sultan á Constantinopla, mandó hacer los preparativos para la ceremonia de la circuncision de tres hijos suyos, á la que fueron convidados los grandes del imperio y el dux de Venecia que lo hizo por medio del embajador Mocénigo. Magníficas y espléndidas fueron las funciones con que celebró aquel acto: hubo toda suerte de diversiones para el pueblo por espacio de tres semanas, y se cuenta por un autor musulman, que en la plaza pública se levantaron pirámides de carne que se entregaron á discrecion del público. Refiérese que allí se veian hasta bueyes enteros, y que «cuando el pueblo se precipitó sobre estos animales, salió de sus hijares una nube de cuervos y aves de rapiña, perros, gatos, liebres, zorras, lobos y hasta chacales que se lanzaron sobre el jentío con grande regocijo y aplauso de los espectadores.»

A los pocos meses de tan celebrada ceremonia se presentaron en Constantinopla dos enviados de Fernando, quienes entregaron á Soliman una peticion escrita en latin, que traducida por un dragoman, se halló pedia el de Austria al gran señor la Ungría, que ya quedaba bajo el poder de Zapolya. El sultan respondió por medio de su intérprete que nunca entregaría la Ungría que habia solamente conquistado á instancias del rey de Francia Francisco I, con quien habia formado alianza (1).

Durante estas infructuosas negociaciones, Hoberdansky, primer embajador de Fernando de Austria en la corte otomana, se introdujo en Buda con objeto de asesinar á Zapolya; pero descubierto antes de ejecutar su crímen, fué cosido en un saco y arrojado al Danubio.

El 25 de abril de 1532 salió Soliman de Constantinopla para ponerse en campaña con un e-

(1) [illegible] referido Van Gaver, historiador de Turquía, al hablar de este suceso copia dos cartas de Soliman, que ecsisten en la biblioteca del rey de Francia en Paris. Por la primera [illegible] ve que el prisionero de Pavía, el rey Francisco I, pedia desde su prision en Madrid, socorros al sultan. No hemos querido dejar de apuntar en esta nota este hecho histórico que referiremos en otro lugar, por redundar en onor de las armas españolas.

jército de quinientos mil hombres. Atravesó el Savo, ocupó mucha parte de la Esclavonia, y penetró en el círculo de Austria. Todo lo pasó á sangre y fuego. Detenido en Pottenstein por los imperiales, hizo degollar cuatro mil prisioneros que embarazaban su marcha: dividió su ejército en dos cuerpos, de los cuales uno llegó á la Stiria: pero el segundo fué derrotado por el palatino Federico, quien ofreció á Cárlos V como trofeo de esta victoria, el magnífico casco embutido en oro y adornado con plumas de buitre, que llevaba Kozim-Bey, que lo mandaba y que pereció en aquel encuentro.

De vuelta el sultan á Constantinopla con el resto de su ejército, permitió el sultan á Juan Zapolya asentar paces con Fernando de Austria, que ya estaba jurado rey de romanos, y poseia gran número de plazas y territorios en Ungría. Hízose la paz, cediendo Juan la Ungría al austriaco y á sus erederos, á condicion de conservar él, durante su vida, la parte que ocupaba.

Interin el sultan estaba con su espedicion en las orillas del Dravo, el célebre jenovés Andres Doria, almirante de Cárlos V, sitiaba con ciento setenta y cuatro cañones, treinta y cinco navíos y cuarenta y ocho galeras, las plazas de Coron y Patrás en la Morea: apoderóse de ellas en un solo dia, y con igual presteza fueron tomados los dos fuertes construidos por Bayazeto II á la entrada de los Dardanelos de Lepanto. Al retirarse Doria, devastó las costas de Sycione y de Corinto, y no pudo apoderarse de Andrusa, plaza perteneciente á los turcos, por hallarse sin víveres.

Conquista de Bagdad. — Soliman, que meditaba la conquista de Bagdad, salió de Scútari el 13 de junio de 1534, dirijiéndose á las fronteras de la Persia. Atravesó con rapidez á Nicea, Kutahiie, Erzerum y Ardjich, y el 20 de setiembre entró en Tebriz. A la mañana siguiente se reunió con el ejército de su gran visir, y por último llegó á Bagdad venciendo numerosos ostáculos por lo impracticable de los caminos. El gobernador de Bagdad, á la aprocsimacion de Soliman, le envió una carta de rendicion y se marchó con sus tropas. El visir Ibrahim-Bajá entró en esta célebre ciudad el 31 de diciembre, cuyas llaves entregó al sultan.

En enero de 1536, entró So-

liman en Constantinopla. Entonces concluyó con el embajador francés un tratado de comercio, en que se estipuló la libertad recíproca de la navegacion y otros puntos interesantes. Este acto fué ejecutado bajo la administracion del gran visir, el poderoso y soberbio Ibrahim-Bajá; — pero fué el último. Alagado este por las atenciones del sultan y encumbrado al mas alto puesto, llegó su vanidad hasta el punto de titularse en una órden *Serasquier-Sultan*. Esta osadía escitó sospechas en el sultan, de que acaso su favorito querria algun dia usurparle su poder. Soliman, que algunas noches atrás habia tenido un sueño funesto en que se le presajiaba un fin desastroso, lo consideró como un aviso del cielo para que estuviese prevenido contra las asechanzas de un favorito que se habia atrevido á arrogarse un título que solo á su persona y dignidad pertenecia. El 5 de marzo habia ido el gran visir al serrallo como de costumbre, y á la mañana siguiente le encontraron ahorcado. A mediados del siglo XVII, se enseñaban todavia las manchas de la sangre del orgulloso favorito en las paredes del harem. Así pereció un hombre elevado desde la condicion mas umilde al apojeo de las grandezas: ningun ministro gozó al lado de un soberano mas influjo. Tenia la misma edad que el sultan. Con su talento músico y con su conversacion, divertia al sultan, quien no podia pasarse sin él. Eran tan íntimos amigos, que comian juntos, y para no separarse mandaban hacer sus camas una al lado de otra. Muchas prendas tenia Ibrahim y mucho dominaba en el alma de Soliman; pero una imprudencia le perdió.

ARADIN Ó KHAIR-UDDIN BARBAROJA. — Era Aradin hijo de un spahi de Romelía, llamado Yakub de Yenid-Jewardar (1). Famoso corsario ó pirata en su juventud, fué rey despues y terror del Mediterráneo, conociéndosele por el sobrenombre de *Barbaroja*. Este caudillo, célebre entre los turcos por su valor como por su ferocidad, aconsejó á Soliman la conquista de Berbería despues que hubo vuelto de su espedicion á Persia. Lanzados los moros de España por las armas unidas de

(1) Otros le nombran Shereddin Barbaroja, y dicen que era hijo de un alfarero de Lesbos, y no falta quien diga que de un renegado griego...

Fernando é Isabel, continuaron nuestros buques su persecucion y se les conquistaron muchas plazas de la costa de Berbería. Esta guerra se habia continuado en los principios del reinado de Cárlos V con bastante ardor; pero varios acontecimientos, y principalmente el descubrimiento de la América, hizo que se descuidase. Muy al principio del siglo XVI, se sublevó contra el califa benimerin de Marruecos, Hacen el jerife, que se llamaba así por jactarse de descender de Mahoma. Horruc, ermano mayor de Aradin y su maestro en la piratería, le habia llevado consigo en sus escursiones contra las costas de Italia, España y Marruecos. Selim, rey de Arjel, admitió á su servicio á entrambos piratas, y los empleó contra su ermano Mahomet que le disputaba el trono. Horruc venció al pretendiente, adquirió mucho favor y crédito entre los arjelinos, asesinó á Selim y se hizo rey. A poco murió en una batalla contra el rey de Tremezen, á quien hacia la guerra, y su ermano Aradin le sucedió en el trono. Este, que queria conservar sus dominios y además conquistar á Túnez, conoció que no tenia fuerzas para ello y recurrió al apoyo de Soliman. El sultan aceptó sus servicios y omenaje en atencion á los servicios importantes que de él podia esperar, mucho mas estando establecido en la costa del Mediterráneo, desde donde tanta guerra podia hacer á sus contrarios los cristianos. Creóle kapudanbajá de las fuerzas navales otomanas, y en seguida Barbaroja sitió la plaza de Coron, que el almirante Doria habia tomado á los musulmanes en 1533: los sitiados sufrieron con el bloqueo los orrores del ambre, y Cárlos V tuvo que restituir al sultan esta plaza.

Como hemos dicho, Barbaroja queria acometer á Túnez y para ello se valió del siguiente pretesto. Antes de morir el último rey de esta ciudad y territorio, habia designado por su sucesor á Muley Hacen, el tercero de sus hijos: este al subir al trono, temiendo las pretensiones de sus ermanos, los mandó degollar á todos; órden que se ejecutó escepto en Rashid, el mayor de ellos, que logrando escaparse fué á los estados de Barbaroja; y entonces este se aprovechó de la ocasion para la conquista de Túnez, cuyo rey en vez de fortificar sus murallas y organizar su ejército para su defensa, se ocupaba en poblar únicamente su harem.

Sale Barbaroja de Constantinopla con ochenta galeras y otros buques; dirijese á las costas de Nápoles y saquea muchas ciudades marítimas de este reino y de los estados del papa; en seguida toma á Biserta, y presentándose delante de la Goleta, castillo muy fuerte que dominaba el puerto de Túnez, intima la rendicion al gobernador, quien le responde se someteria al que mandase en la capital del reino. Los tunezinos que detestaban á Muley Hacen, se sublevaron: Muley uyó, y Barbaroja entró en la ciudad con cinco mil turcos. El pueblo no queria á estos, y viendo que entre ellos no venia Rashid, llaman á Muley; Barbaroja le vence en una accion; y teniendo que uir segunda vez y no sabiéndose mas el paradero de Rashid, se apoderó Barbaroja del reino que fué á ofrecer á Soliman.

CONQUISTA DE TUNEZ POR CARLOS V. (1536) No fué empero de larga duracion el dominio de Aradin en Túnez. Cárlos V, que se veia venir encima la formidable potencia otomana, y que con la conquista última ostilizaria mas facilmente las posesiones y dominios españoles en el Mediterráneo, resolvió pasar á Africa con poderoso ejército en una armada no menos fuerte, mandada por el célebre almirante Doria, en union con las escuadras de Flandes, Portugal, Roma y Malta. Verifícase el desembarco junto á las ruinas de Cartago: sítiase y se toma en seguida el fuerte de la Goleta y caen sobre las fuerzas navales de Barbaroja que quedan en poder de los cristianos. Marchan estos al punto contra Túnez, y despues de vencer á los moros en dos combates, y á Barbaroja y á sus turcos en otro, le obligan á encerrarse en la plaza. Los cautivos cristianos que allí habia, libres de sus cadenas por un judio, caen sobre los turcos y ponen en huida á Barbaroja. Los abitantes de la ciudad salen y presentan las llaves al emperador, quien las devuelve con el reino á Muley Hacen á condicion de vasallaje y tributo, y de mantener a mil españoles en el fuerte de la Goleta que reservaba para sí.

Cárlos V, despues de arrasar el castillo de Túnez y las fortificaciones de Biserta, y recojidos los grandes tesoros de Barbaroja, volvió triunfante á Italia.

GUERRA CONTRA VENECIA. — (1537) Las relaciones de amistad entre la Puerta y los venecianos, parecian ser de larga

duracion; pero Barbaroja supo influir en el ánimo del sultan para verificar un rompimiento, y al almirante Doria no le placia la tranquila neutralidad de los venecianos. Causas tambien mas poderosas habia sin embargo para entablar la guerra que nos ocupa. El rey de Francia, Francisco I, prisionero de Cárlos V, que contra este príncipe favorecia en Alemania á los protestantes, instaba al sultan á que le acometiese, porque no de otro modo podia poner un estáculo á la ambicion insaciable de tan osado rival. Soliman, por otra parte, deseaba vengarse de la pérdida de Túnez, y viéndose umillado, escuchó con placer las peticiones del prisionero de Pavia. Juntó un ejército formidable, y una armada de cien galeras para iavadir la Italia. En mayo de 1537 salió él de Constantinopla y se dirijió á Valona para emprender la marcha con sus fuerzas, en tanto que Aradin se hacia á la vela para el Adriático. La escuadra otomana asoló las costas de la Pulla y se apoderó de Castro; redujo á esclavitud á mas de diez mil abitantes. La guerra aun no se habia declarado á la república de Venecia; pero una imprudencia vastó para verificarlo. Un intérprete de Soliman atravesó con dos galeras por medio de la escuadra veneciana, que estaba en las aguas de Corfú, sin saludar al buque del almirante. Los venecianos en castigo de su descortesío, dan tras ellas y estas tienen que abordar á la costa en donde las apresan los montañeses de Quimera. Al mismo tiempo el almirante Doria, que cruzaba en el mar Jonio con treinta galeras, aunque guardándose de las fuerzas superiores de Barbaroja, apresó doce galeras turcas.

En vista de estas pérdidas, renuncia el sultan á la espedicion de Italia y declara guerra á Venecia. En el mes de agosto el kapudan-bajá Aradin, por órden de Soliman se hizo á la vela para Corfú, en donde verificó un desembarco de veinticinco mil hombres y treinta cañones. Pocos dias despues abordó en la isla el gran visir con igual fuerza de ejército y la saquearon. El 1.° de setiembre se formalizó el sitio de la capital; y despues de ocho dias en que los turcos arrojaban balas de cincuenta libras de peso, en que la artillería veneciana por su parte echaba á pique galeras y mataba musulmanes, y que cuatro asaltos dados contra el fuer-

te de san Anjelo todos habian sido infructuosos, tuvo el sitiador que desistir de su empresa, y disgustado dió órden de marchar, no sin haberse desquitado apoderándose de Paxo y poniendo fuego á Butrinto. El 1.° de noviembre entraba en Constantinopla.

Poco antes del sitio de Corfú el veivoda de Verbozen y el gobernador de la Bosnia se habian apoderado de varios castillos de la Dalmacia; y á pesar de la paz firmada con la Puerta, la Ungría se vió acometida y devastada. Fernando les presentó un ejército de veinticuatro mil hombres, pero sin resultado alguno. Entretanto se verificaban estas incursiones, Barbaroja recorria el Archipiélago y se apoderaba de diez islas pertenecientes á los venecianos. Kazim-Bajá puso sitio á Nauplia de Romanía y hubo de renunciar á rendirla por su posicion inespugnable.

Veintidos años habia que la Moldavia estaba bajo la proteccion de la Puerta mediante un tributo anual, y esta relacion se rompió por un motivo de queja que Raresch, reyezuelo de aquel pais, dió al sultan Soliman. Este resolvió vengarse, se dirijió á Jasy y la entregó á las llamas. Raresch se uyó á Transilvania, y Estevan su ermano fué colocado en su trono por Soliman, quien le dió la investidura del principado de Moldavia.

La república de Venecia, que se hallaba ostigada por los turcos, formó alianzas con el emperador Cárlos V y el papa Paulo III, de odiosa memoria, estableciéndose que se habian de entregar á los venecianos las conquistas que se hiciesen. La escuadra cristiana se componia de ciento sesenta y seis galeras: treinta y seis eran del papa, cincuenta españolas y ochenta y una venecianas. Mandábanla el célebre Andrea Doria, el almirante veneciano Capello, y Grimani, patriarca de Aquileya. El valiente Barbaroja con ciento treinta y ocho galeras salió para batir á la escuadra cristiana: presentóle el combate á la salida del golfo de Lepanto, y la venció.

Espedicion de los turcos a Indias. — Mientras que Aradin batia tan victoriosamente la escuadra cristiana, el bajá de Ejipto, Kadim-Soliman, que veia perecer su comercio por las conquistas de los portugueses en Indias, pidió socorros al sultan, y este le envió un ejército de

cien mil hombres. Salió la escuadra de Suéz al mando del mismo bajá, recorrió el mar Rojo, se apoderó de Aden, ciudad del Yemen, situada en el estrecho de Babel-Mandel, dió muerte al rey de aquella ciudad y se hizo á la vela para las playas de India. Los príncipes maometanos de Gudjerat (Guzarate), y de Camboya ponian sitio á Diu, ciudad que los portugueses habian arrebatado al primero; y á pesar del refuerzo de los turcos no la pudieron vencer. Soliman se vió obligado despues de alguna pérdida á dirijirse á las costas de Arabia desquitándose de su descalabro con la toma de la plaza de Zabid, á cuyo rey mandó degollar.

La guerra que hacia tres años duraba entre Venecia y la Puerta otomana, era una alternativa de reveses y triunfos recíprocos. La última conquista de los venecianos habia sido Castellonuovo, plaza fuerte de Dalmacia, entre Ragusa y Cátaro, en donde quedaron de guarnicion cuatro mil españoles. Aradin la recobró algunos meses despues; y la guerra se terminó con un tratado ventajoso y onorífico para los turcos, pues Venecia además de los islotes del Archipiélago que habia conquistado Aradin, cedió las plazas de Naupila (ó Napoli), de Romanía, de Malvasia, los castillos de Urana y de Nadin en la Dalmacia, y pagó una indemnizacion de trescientos mil ducados.

Fernando de Austria que veia con esta paz la vuelta de las armas turcas á Ungría, envió un embajador con instrucciones suficientes para inclinar á su favor el ánimo de los ministros del sultan. Juan Zapolya muere en 1540 y deja á la reina viuda Isabel su hijo Sijismundo de muy pocos meses. El sultan manda un encargado que va cerca de la reina viuda y jura en nombre de Soliman que luego que el niño fuese mayor de edad reinaria en Ungría. Entretanto Leonardo Fels, jeneral del ejército de Fernando, ponia cerco á Budo. La viuda de Zapolya acude al sultan por medio de embajadores, y Soliman entregándoles un diploma que confirmaba al recien nacido Zapolya en la dignidad, sale de Constantinopla el 28 de junio para abrir en persona la campaña en Ungría.

En agosto de 1541 presentaron al sultan el niño Sijismundo Zapolya, que apenas tenia un año de edad. En el mes de setiembre apodérase Soliman de Buda y la hace ciudad otomana;

pero para cohonestar su usurpacion, pone en manos de la reina viuda un diploma por el que se obliga con juramento á entregar la ciudad al jóven rey apenas fuese mayor de edad; y mientras llegaba este momento le nombraba sanjakbey de Transilvania. La reina se marchó á Lipa llevándose las insignias reales.

En 1543, convencido Soliman por el embajador francés de la conveniencia en continuar la guerra contra Cárlos V, mandó á Aradin hacerse á la vela con una flota de ciento cincuenta galeras; en seguida se presentó delante de Mesina y se apoderó de su castillo. Siguiendo luego la costa de Italia, fué á fondear á Marsella en donde hicieron á Barbaroja los mayores honores; y acompañado de la escuadra francesa, se dirijió á Niza que tomó en 20 de agosto. Su castillo se resistió; y Aradin tuvo que retirarse por la aprocsimacion de grandes socorros para los sitiados. Igualmente se apoderó Aradin de Reggio en la Calabria, y saqueó las islas de Elba y de Lipari, y se retiró á Constantinopla.

Estamos en abril de 1543 y Soliman se dispone para abrir nueva campaña contra Ungría. La fuerza de su ejército y la magnificencia desplegada por el sultan merece que nos detengamos copiando algunas líneas de un historiador oriental. Abrian la marcha los *sakka*, aguadores, con pellejos vacíos, y tras ellos los bagajes del sultan y del tesoro, llevados por unos dos mil mulos; en seguida iban novecientas bestias de carga y cinco á seis mil camellos con municiones: mil armeros, quinientos minadores, ochocientos artilleros; cuatrocientos soldados de tren precedian á los dignatarios del serrallo, el gran sumiller, el gran tesorero y el gobernador de la corte. Al lado derecho marchaban dos mil spahis, quinientos estranjeros, y novecientos de tropas pagadas; en el ala izquierda igual número de estranjeros y tropas pagadas y dos mil hombres de armas. Detrás de estas tropas seguian los miembros del divan, el secretario de estado ó *nichandjibachi*, *los defterdas* ó tesoreros principales de rentas, los jueces del ejército, y los cuatro visires precedidos de cuatro colas de caballo y rodeados de sus oficiales y esclavos. A estos seguian los guardias de los jerifaltes, los alconeros, los guardias de los buitres, los de los

gabilanes, los de los galgos y los de los alanos; los aposentadores, los ujieres de vianda y todos los empleados de las caballerizas imperiales, conduciendo caballos de varios países, griegos, árabes, persas etc., lujosamente enjaezados; y trescientos como jentiles hombres de cámara á caballo precedian á doce mil jenízaros con banderas encarnadas. Cien trompeteros, que tenian los instrumentos colgados con una cadena de oro, unian sus tocatas al redoble de cien tambores. Siete estandartes con rayas de oro y siete colas de caballo, anunciaban la aproximacion del sultan, montado en un magnífico caballo de batalla. Estaba rodeado de sesenta *peiks* ó guardias de corps á pie, ricamente vestidos con cascos de bronce dorado, adornados de un plumero negro y de alabardas doradas; alrededor de los peiks formaban un segundo círculo, cuatrocientos *solaks*, otra clase de guardias de la persona, cuyas gorras de fieltro estaban adornadas con un penacho de plumas de garza real y las aljabas embutidas en oro; ceñian su cintura una banda de seda. Alrededor de este círculo iban ciento cincuenta *tchauchs* ó ujieres, mandados por el gran mariscal de la corte otomana, quienes movian sus bastones de plata, adornados con pequeñas cadenillas del mismo metal, y á cada instante gritaban: *Tchokyacha!* ¡que viva muchos años!

La muerte de Aradin Barbaroja, acontecida en 4 de julio de 1546, fué una pérdida suma para Soliman, pues no era muy fácil hallar quien con tanta gloria mandase las fuerzas navales turcas. Fué el azote de los cristianos y el enemigo personal del almirante Doria. Su sepulcro está situado en las orillas del Bósforo, cerca de un colejio fundado por él en Bechitach.

En junio de 1547 se concluyó la guerra con una tregua de cinco años pactada entre el sultan, Cárlos V y Francisco I. En este tratado se impuso al Austria un pago anual de treinta mil ducados, que fué una manifiesta confesion de su debilidad.

Guerra con los persas. — El príncipe persa Elkazib-Mirza que se habia sublevado contra su padre el Schah-Tahmasp, fué á ponerse bajo la proteccion de Soliman, quien le recibió con mucha atencion, no desperdiciando la ocasion que se le presentaba de hacer la guerra á los

persas. Dispúsose á ella, y en la primavera de 1548 abrió la campaña en persona. Apodérase de una parte del Kurdistan, y de la ciudad de Tebriz que se rindió sin defenderse. Sitió en seguida á Wan y la tomó al cabo de nueve dias. El Schah-Tahmasp se aprovechó del invierno para alcanzar alguna ventaja ; pero Osman-Bajá, que mandaba la vanguardia otomana, se valió de una estratajema injeniosa que introdujo la confusion en los contrarios; mandó soltar durante la noche al campamento persa gran número de caballos que llevaban en las colas atados cuervos y grajos, y los persas sobrecojidos de terror al oir los graznidos, se precipitaron unos sobre otros y se degollaron mutuamente.

El príncipe Elkazib-Mirza con algunas tropas se adelantó hasta Ispahan é hizo un gran botin del cual envió al sultan los objetos mas preciosos.

En julio de 1549 se adelantó Soliman hasta Elmali, y mandó presentarse á Mirza; pero este no lo hizo temiendo algunas intenciones siniestras por parte de aquel.

Esta campaña se terminó con la conquista de veinte castillos de la Jeorjia, y en diciembre volvió el sultan á entrar en Constantinopla.

En 1552 los imperiales á las órdenes del jeneral Castaldo, sorprendieron á Sejedin, y entregaron la ciudad al saqueo; refujióse el gobernador en la ciudadela, y por medio de palomos correos, pidió ausilio al gobernador de Buda: este corrió á marchas forzadas, sorprendió á su vez á los vencedores, los derrotó enteramente y libertó la ciudad; — en señal de su victoria envió al sultan cuarenta banderas y cinco mil narices.

Los jenerales otomanos que habian conseguido grandes ventajas contra los austriacos, quisieron apoderarse de las fortalezas de Szolnok y de Erlau: la primera capituló; pero no la segunda, cuya resistencia contada por los historiadores escede á todo eroismo, pues hasta las mujeres se hicieron dignas del onor tributado á los valientes.

Las fuerzas navales turcas se sostenian en el mar contra el emperador. Rustan-Bajá pasó al mar Tirreno con su escuadra, con el objeto de sorprender á Nápoles por medio de una traicion ; esta fué descubierta, y malogrado el golpe, tuvo Rustan que volverse á Constantinopla, despues de vencer á Doria en

un combate junto á la isla de Ponza, en el que le quitó siete galeras.

Soliman resolvió seguir con vigor la guerra de Persia, y por su avanzada edad confió el mando de la espedicion al gran visir; pero no gozó del sosiego que apetecia por la supuesta trama de su hijo Mustafá. Rustam-Bajá, escribió una carta á Soliman diciéndole que su hijo mostraba disposiciones á la rebelion y escuchaba gustoso las proposiciones de los jenízaros. Soliman se dirijió á Scútari el 28 de agosto de 1553 y se puso al frente del ejército. Luego que este llegó cerca de Eregli, Mustafá fué conducido con gran pompa á la audiencía de su padre: al entrar en la tienda imperial fué recibido por siete mudos del serrallo armados del cordon fatal, y Mustafá espiró llamando en vano á su padre, quien escondido detrás de una cortina de seda, asistia á esta escena orrible. Todas las pruebas están á favor de la inocencia del príncipe. La sultana Rojelana, su madrastra, le aborrecia mortalmente y deseaba que el imperio recayese en uno de sus hijos, y el gran visir Rustam, acusador de Mustafá, era yerno de aquella princesa. Estas circunstancias y la rápida formacion del juicio, prueban la inocencia de Mustafá.

El príncipe Djihanghir, muy querido de su ermano Mustafá, murió de pesar y de melancolía, y sus cuerpos reunidos fueron encerrados en un mismo sepulcro.

Paz con Persia.—Soliman pasó en abril de 1554 á Persia y saqueó y quemó á Erivan, residencia entonces de los sofíes y ornamento del Asia. El schah de Persia no pudiendo resistir á las fuerzas turcas, pidió y consiguió la paz en mayo de 1555. Hizo tambien guerra á los portugueses establecidos en el golfo pérsico y en la costa de Arabia, pero su escuadra fué capturada por los enemigos que se apoderaron del botin que conducian.

Rustam-Bajá, que habia caido de su destino de gran visir, volvió á subir á él. En setiembre de 1555 fué aorcado el gran visir Ahmed-Bajá al llegar á la audiencia de Soliman. La sultana Khurren, que dominaba en el ánimo de Soliman, queria volver á ver á su yerno Rustam manejar los negocios, y esto bastó para decidir la caida del desgraciado Ahmed. La sultana no sobrevivió mucho tiempo á la reposicion de su yerno; murió, y

su cadáver se depositó en un soberbio mausoleo. Aquella mujer notable habia sido elevada del rango de una simple esclava al de esposa favorita del sultan; causó la muerte del príncipe Mustafá, de los visires Ibrahim y Ahmed, y muchas veces abusó del ascendiente que habia adquirido durante su juventud con sus seducciones y belleza; ascendiente que supo conservar en su edad avanzada por medio de la superioridad de su intelijencia.

Rustam-Bajá murió en 1561 de una idropesía, y fué uno de los hombres notables del reinado de Soliman. Tenia un esterior áspero, un carácter sombrío, y jamás se sonrió. Durante los quince años de su administracion, enriqueció el tesoro del sultan, y aumentó el suyo con la venta de los empleos, á pesar de tasarlos á un precio moderado. Su ejemplo fué seguido por sus sucesores, pero se echó de menos la modicidad de Rustam. Dejó este una gran fortuna consistente en dos millones de ducados, muchas barras de oro y plata, y treinta y dos piedras preciosas valuadas en once millones, doscientos mil aspros, cinco mil kaftanes ricamente bordados, mil y cien gorras de tela de oro, dos mil novecientas cotas de malla, dos mil corazas, mil y cien sillas embutidas de piedras preciosas, oro y plata, mas de mil cascos de plata sobredorada ó de oro macizo, ciento treinta pares de estribos de oro, setecientos sesenta sables guarnecidos de piedras preciosas, mil lanzas guarnecidas de plata, ochocientos Coranes entre los que habia ciento treinta adornados de diamantes, y cinco mil manuscritos. Tenia además ochocientas quince aciendas en la Anatolia y la Romelía, cuatrocientos setenta y seis molinos de agua, mil setecientos esclavos de ambos secsos, dos mil novecientos caballos y mil y cien camellos.

En setiembre de 1553, estando cazando Soliman en un valle, sobrevino una tempestad terrible en que cayeron muchos rayos y quedaron destruidos en veinticuatro oras setenta y cuatro edificios. Dos riachuelos enchidos con la lluvia inundaron las cercanías de Constantinopla. Soliman, que se habia refujiado en una casa de campo, se vió rodeado por las aguas que inundaron las piezas inferiores, y hubiera perecido á no ser por un sirviente que le cojió al ombro y lo llevó á lo mas alto del edi-

ficio. La inundacion hizo una porcion de destrozos, y el sultan dió medio millon de ducados para repararlos.

En 1560, tres años antes de este acontecimiento, el almirante turco Pialí, que habia salido de los Dardanelos con poderosa escuadra, batió á la cristiana en las aguas de Djerbe ó Gerbi en la costa de Africa, y despues de un sitio de tres meses se apoderó de ella y de su gobernador que fué conducido á Constantinopla para adornar la entrada del triunfador.

Sitio de Malta por los turcos.—El rey de España ansiaba vengarse de la toma de Djerbe, y en 1564, don Garcia de Toledo, marqués de Villafranca, hijo del virey de Sicilia, puso cerco al Peñon de Velez, fortaleza edificada por el injeniero Pedro Navarro, y que habia caido en poder de los moros;—igualmente se apoderaron los españoles de la Gomera. Irritado Soliman con esta doble pérdida y con los daños que hacian los caballeros de Malta á la marina otomana, se determinó á probar la conquista de aquella isla, que á conseguirla le haria señor de los mares de Italia. El 1.° de abril de 1565 salió de Constantinopla el almirante Pialí con una escuadra compuesta de ciento cuarenta y dos galeras, doce galeotas, veintidos barcos de trasporte y otros buques menores. El ejército de desembarco era de treinta mil soldados de las mejores tropas del sultan, al mando de Mustafá-Bajá, que iba en calidad de serasquier. La isla, llena de castillos bien fortificados, tenia de guarnicion unos ocho mil hombres, además de diez mil marineros de las galeras de la órden. Era gran maestre Juan de Lavalette, que envió á pedir socorro al virey de Sicilia, apenas vió desembarcar veinte mil turcos en Marza Sirocco, y llegar algunos dias despues á Dragut, beilerbey ó gobernador de Trípoli, con trece galeras, y diez galeotas y cerca de dos mil hombres. Los turcos atacaron el castillo de san Telmo, tomaron un rebellin, desde el cual dominaban el puerto, abrieron brecha, y dieron cuatro asaltos infructuosos en que perdieron mucha jente, y murió Dragut erido de un balazo. Al fin, en la noche del 13 de julio lo asaltaron con todas sus fuerzas, despues de morir cuatrocientos de los defensores, que vendieron muy caras sus vidas.

Exasperado Mustafá-Bajá con

la gran pérdida que habia tenido, y para vengarse de la resistencia de la guarnicion, hizo descuartizar al resto que cojió prisionero, clavó sus miembros sobre tablas, y los arrojó al mar al pie de las murallas de la ciudad. El gran maestre Lavalette, superando en barbárie á su contrario, mandó degollar á los prisioneros turcos, y cargando los cañones con sus cabezas, las enviaba de este modo á los sitiadores. Mustafá escribió al sultan que la plaza era mas fuerte de lo que se habia creido, y le pidió refuerzos. Entonces llegó el rey de Arjel con dos mil hombres y nueve galeras, atacó el castillo de San Miguel, creyéndose seguro de buen écsito por haber hecho pasar por tierra diez bajeles pequeños, desde el puerto de Marza Mushet hasta el de Acua Marcia; pero Lavalette hizo tender una cadena desde el castillo de San Anjelo hasta el puente donde Kossum, el rey de Arjel, pensaba desembarcar, inutilizando de este modo la jente que en aquellos buques venia. Kossum, sin embargo, probó varios asaltos y siempre infructuosos. Mustafá, á pesar de conocer su impotencia, asaltó muchas veces los castillos sin hacer mas que perder jente. El asalto del dia 18 de agosto duró cinco oras, en que por ambas partes se hicieron prodijios de valor. El 20 atacó Mustafá con tanto vigor, que por las brechas entraron algunas compañías turcas llegando hasta la plaza; pero fueron arrejados con mucha pérdida. La escuadra siciliana llegó el 7 de setiembre, y los turcos tuvieron que embarcarse, no sin haber hecho otra tentativa en que perdieron mil ochocientos hombres. Como nunca faltan cristianos que vean en el aire cosas estupendas, dícese que en este último ataque intervino una aparicion celeste que decidió la victoria en favor de los sitiados.

Este célebre sitio duró cinco meses, perdiendo los turcos en él veinticuatro mil hombres y veinticuatro cañones: la pérdida de los cristianos debió ser orrible, y no puede creerse que sea como algunos apuntan la de cuatro á cinco mil hombres.

Queriendo Soliman borrar la afrenta sufrida en Malta, y teniendo otro motivo de incomodidad con la Ungría, pues no le habia pagado el tributo últimamente convenido, determinó declararle guerra conduciendo en persona el ejército en mayo de 1566. El 20 de junio llegó á

Belgrado, y tuvo que detenerse á la orilla del Danubio interin se echaba un puente para que pasase el ejército. Allí por invitacion suya, llegó el jóven Sijismundo Zapolya, y le renovó la oferta de su proteccion, cediéndole el territorio situado entre el Theiss y la frontera de Transilvania.

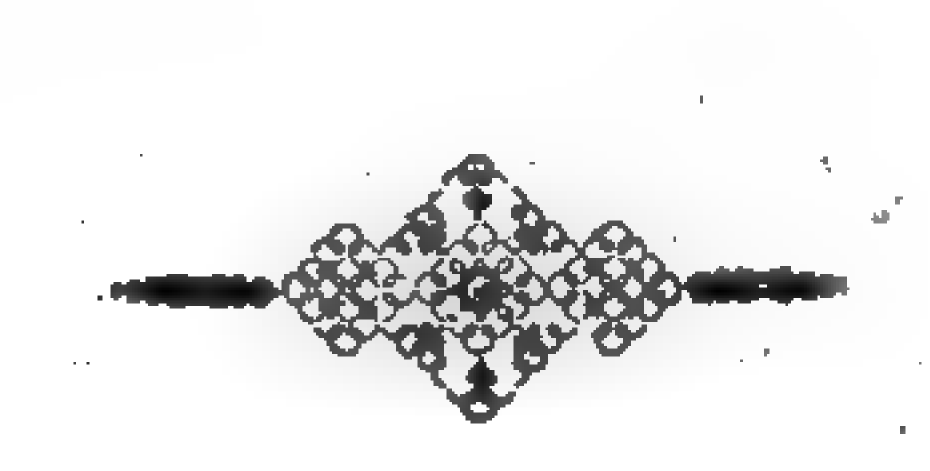
No pudiendo el ejército dirijirse contra Buda por la muerte de Muhammed, gobernador de Tirbala, cuyo campamento habia sorprendido el conde Nicolás Zrini, quiso Soliman vengarse del úngaro quitándole á Szigeth, plaza fuerte é importante, y se encaminó á ella llegando el 5 de abril. Estableció el cerco inmediatamente: el valiente Zrini que estaba dentro, sufrió tres sangrientos asaltos: los turcos, siempre rechazados, esperaron la esplosion de una mina que habian practicado debajo del baluarte. Esta mina estalló, y abrió una gran brecha en las murallas, por donde acometieron los sitiadores.

La noche siguiente á este suceso, murió Soliman de repente: unos dicen que á consecuencia de las fatigas de la campaña, demasiado activa para un anciano; otros que de un ataque apoplético, y otros en fin á consecuencia de una disentería. El gran visir, queriendo evitar el desaliento que en el ejército causaria la noticia de la muerte del monarca, la ocultó y mandó continuar el sitio. El 8 de setiembre ya no quedaba á los sitiados mas que una torre grande; y viéndose Zrini en tan desesperada situacion, se decidió á morir. Vístese lujosamente, toma las llaves de la fortaleza, y armado de un sable, baja al patio, hace una corta arenga á los soldados que quedaban, da órden de pegar fuego á un mortero cargado de metralla, y lanzándose al través del umo y del desórden, cae sobre los enemigos. Cojido vivo, lo echan sobre un cañon y le cortan la cabeza; y despues de clavada en una lanza y paseada por el campamento, la envia el sultan al conde de Salin, comandante del ejército austriaco, con una carta que decia: «Envíote en prenda de »mi amistad, la cabeza de uno »de los mas valientes é intrépi»dos guerreros, amigo tuyo. He »hecho sepultar su cadáver de »una manera onrosa y digna de »él. Szigeth se despide para siem»pre de tí.»

Apenas los turcos se precipitaron en la torre, cuando

esparce la alarma de que iba á volar: los jefes, atemorizados, mandan retirarse á la tropa, pero no tan pronto, que verificándose una esplosion espantosa dejasen de morir bajo las ruinas unos tres mil hombres.

Soliman murió á los setenta y cuatro años de edad y cuarenta y ocho de reinado. Era de tez morena, de aspecto severo, de frente ancha que ocultaba enteramente con un turbante que le bajaba hasta los ojos. Fué uno de los soberanos mas distinguidos; pues además de su gloria militar, adquirida en trece campañas mandadas en persona, mereció el renombre de *lejislador*. Los ermosos monumentos que levantó y los hombres célebres que vivieron en su reinado, aumentan el brillo de su época. Soliman tiene sobre si la muerte de su hijo, pero acaso la ejecutó engañado. Hay quien diga que Soliman fué el que produjo los jérmenes de la posterior decadencia del imperio, por la costumbre asiática, contraida en sus últimos dias, de no presidir el divan con el objeto de rodear de un prestijio sagrado la persona del soberano, ocultándola á todos, por la promocion de sus favoritos á las primeras dignidades del estado, ejemplo peligroso para la intriga; y en fin, además de otras causas, por el influjo del harem en los negocios públicos.



CAPITULO III.

Selim II *el beodo*. — Tregua con el imperio. — Paz con Polonia. — Espedicion de Chipre. — Toma de Famagusta y de Túnez. — Memorable batalla naval de Lepanto. — Reconquista de Túnez por los españoles. — Conquista de Túnez por los turcos. — Amurates III. — Guerra con Persia. — Guerra con Austria. — Mahomet III. — Conquista de Erlau. — Toma de Raab por los cristianos: canto del gallo de hierro. — Muerte de Mahmud, hijo de Mahomet. — Mahomet muere víctima de su supersticion. — El imperio principia á decaer; causas de su decadencia. — Ahmed I. — Treguas con el emperador. — Mustafá I y Osman II. — Su muerte. — Reposicion de Mustafá. — Amurates IV el conquistador. — Rendicion de Abaza-Bajá. — Primer sitio de Bagdad por los turcos. — Los jesuitas son arrojados por sediciosos de Constantinopla. — Segundo sitio de Bagdad. — Motin del ejército. — Nuevos tumultos. — Guerra contra los drusos. — Muerte del famoso Abaza-Bajá. — Conquista de Erivan. — Miserables rencillas de dos embajadores por unos frailes. — Muerte del patriarca griego Cirilo, enemigo de los jesuitas. — Toma de Bagdad por Amurates.

Selim II el beodo. — El 24 de setiembre de 1566 supo Selim la muerte de su padre que el gran visir habia podido ocultar hasta entonces; y publicada, fué su hijo reconocido por emperador de los turcos. Llevó el cadáver á Constantinopla, hízole esequias magníficas, y con grandes funciones solemnizó los triunfos de Soliman.

Los jenízaros que vieron no se gratificaba al ejército segun costumbre al advenimiento de los sultanes, se sublevaron pidiendo tres mil aspros cada uno, y gritaron enfurecidos al mismo Selim: «¡Confórmate con la costumbre antigua!» Selim no pudo negarse y tuvo que gratificar á los sublevados.

Tregua con el imperio. — Despues de la toma de Szighet y de la muerte de Soliman, continuaban las ostilidades entre el imperio y la Turquia, si bien Macsimiliano II, emperador de Alemania, hijo y sucesor de Fernando I, estaba cansado de una lucha, hasta entonces tan infeliz

para las armas austriacas. En fin, en febrero de 1568 se firmó en Andrinópolis un tratado por ocho años: las condiciones fueron que cada uno conservase lo que poseia: que Macsimiliano pagase treinta mil ducados de tributo anual por la parte que conservaba de Ungría, y que el vaivoda de Transilvania fuese comprendido en la tregua.

Sabida en Arabia la muerte de Soliman, Ulian-Oghli, jefe de la tribu nómade de Beni-Omer, junto á Bagdad, se sublevó con la esperanza de sacudir el yugo otomano, é hizo grandes destrozos en las orillas del Tigris; pero abandonado por los persas con cuyo ausilio contaba, fué derrotado por los gobernadores de Chehrezur y Basora. A principios de 1569 marchó el almirante turco con quince galeras para sujetar á la guarnicion de Trípoli que habia degollado á su gobernador, y otros diez buques se dirijieron á la Morea á fin de reprimir las tentativas de sublevacion de los mainotas, y levantar allí una fortaleza que los contuviese. En dicho año hizo la Francia con la Turquía un tratado de comercio ventajosísimo para la primera; pues entre otras muchas cosas le concedia el derecho de establecer consulados en Levante, los cuales pudiesen juzgar á sus compatriotas: que los franceses dispusiesen de sus bienes, y si morian abintestato los recojiesen sus cónsules para enviarlos á sus lejítimos erederos, y que los embajadores y cónsules franceses tuviesen el derecho de reclamar á los cautivos de su nacion.

Por este tiempo aconteció en Constantinopla uno de los incendios muy frecuentes en ella, pero que fué tal su violencia, que á pesar de todos los medios empleados para cortarlo, duró siete dias, y abrasó gran parte de las casas.

Selim proyectaba hacer la guerra á los persas; pero como las fronteras de este pais eran montañas de difícil paso para las tropas, ideó poner en ejecucion el proyecto jigantesco, concebido por el defterdar Kasim-Bei, de abrir un nuevo camino por el mar negro y el Caspio, uniéndoles con un canal entre el Don y el Volga, en la parte que mas se acercan estos rios. Pero esta empresa se frustró, porque necesitándose bloquear á Astracan para poder escavar el canal, rechazados los turcos por los rusos tuvieron que abandonar el sitio y los trabajos principia-

dos. A esto se une el que el kan de Crimea, temeroso de que el écsito de esta empresa contrariase sus intereses, supo escitar la preocupacion de los musulmanes, que les hacia considerar los paises del Norte vedados á los sectarios de Mahoma: hízoles presente que en aquellos climas no durando la noche mas que cuatro oras, se verian precisados á interrumpir su sueño para hacer la oracion de la noche dos oras despues de puesto el sol, y la oracion de la mañana desde la primera luz del dia, ó bien quebrantar los preceptos del Coran. Estas insinuaciones y los reveses sufridos, hicieron gran efecto, y abandonaron la empresa. La única ventaja que de este proyecto se sacó, fué la de haberse sometido al imperio turco, desertando de los rusos, treinta mil tártaros nogayas, restos del antiguo imperio del Kipzak, á quienes Selim dió tierras en Crimea y Besarabia.

Por entonces llegó á Constantinopla un enviado de la Persia pidiendo la paz, que le fué concedida. Este año de 1569, se rebelaron los árabes del Yemen, gobernados por Muthahher, príncipe musulman ciamático: sorprendieron á Amurates-Bajá, le dieron muerte y destrozaron su ejército. Pero el albano Sinan-Bajá, gobernador de Ejipto, se dirijió á Saana, capital del Yemen, se apoderó de ella en julio, puso sitio á la fortaleza de Kewkeban, la rindió despues de nueve meses, el 18 de mayo de 1570, y obligó á Muthahher á reconocerse vasallo feudatario de la Puerta. — En este año recibió el sultan embajadores de los moriscos de las Alpujarras de Granada, que se habian rebelado contra el rey de España, y le pedian ausilios.

Espedicion de Chipre. — Antes de su advenimiento al trono, habia concebido Selim el proyecto de conquistar á Chipre, sujerido por un judío portugués, que llegando á ser su favorito supo adularle y alagar su pasion al vino. Chipre lo producia esquisito, y esto fué un aguijon para el sultan que se habia hecho acreedor al apodo de *Mest*, beodo. El judío portugués que continuamente estaba ponderando á Selim la facilidad de la conquista, consiguió que su señor en un momento de entusiasmo ó tal vez de borrachera, se decidiese por ello y le prometiese hacerle rey de la isla. A estas sujestiones del favorito se unieron las del visir Pialí y

del antiguo almirante Lala-Mustafá, deseosos de volver á entrar en la gracia del sultan, perdida por anteriores reveses. Por último consiguieron convencer á Selim de la urjencia de la guerra con Venecia, y que podia quebrantarse todo tratado sin faltar á la fé pública, cuando de ella resultaba una conquista. Por lo tanto envióse á la república un embajador con el mensaje de ceder á Chipre ó aprestarse á la guerra. El senado repelió indignado tal proposicion y se decidió por el segundo estremo. El gran visir Muhammed Sokolli, enemigo secreto del judio portugués José Nasy, favorito del sultan, no consiguió apartar á Selim de la empresa, por mas que le hizo presente la necesidad de socorrer á los moriscos de las Alpujarras. Despidiólos con ricos presentes y las ofertas de ausiliarlos luego de concluida la guerra con Venecia.

La isla de Chipre, quitada á los griegos sus poseedores por Ricardo corazon de Leon en la tercera cruzada, y cedida despues á Guido de Lusiñan, fué dominada por príncipes latinos descendientes suyos. El último fué un tal Jacobo que casó con una noble veneciana llamada Catalina Cornaro: muerto su marido y un hijo que le dejó, cedió la isla en 1470 á la república veneciana, única potencia entre los cristianos que entonces podia defenderla de los ataques otomanos, y por esta causa el reino de Chipre estaba en poder de Venecia.

La espedicion se hace: Lala-Mustafá y Pialí fueron los jefes: el primero con el título de serasquier mandaba el ejército de tierra; y el segundo, como almirante, la escuadra compuesta de trescientas sesenta velas entre buques de guerra y de trasporte. Pialí hizo un desembarco en la isla de Tiné que pensó tomar por sorpresa; pero tuvo que retirarse por la valentía de su gobernador. Despues se dirijió con su escuadra al golfo de Jenika, y en agosto de 1570 dió fondo en Limasu, apoderándose de la fortaleza de Leftarí sin tirar un tiro, por haberse sus abitantes rendido á la primera intimacion. Los venecianos sorprendieron la plaza una noche y degollaron á toda la guarnicion.

A mediados de agosto del año en que vamos, verificóse el desembarco de tropas y artillería y se puso cerco á Nicosia (la antigua *Limosia)* la capital, situada sobre un collado en el centro

de la isla. Fuerte era su posicion, y hubiera sido inespugnable á no ser por la grande estension de sus murallas, que presentaban muchos puntos de ataque. La ciudad era toda una fortaleza, y la guarnecian unos dos mil hombres. Verificáronse tres asaltos que inutilizó el valor de los sitiados; pero reforzado el ejército sitiador con veinte mil soldados á las órdenes del almirante, se rindió Nicosia á viva fuerza el 9 de setiembre de 1570, quedando por espacio de ocho dias entregada á todos los orrores del saqueo y asesinato. Despues de haber degollado á catorce mil personas, entre ellas al proveedor Dandolo y al obispo, habian cargado muchos barcos con el botin, en el que se hallaban comprendidos dos mil jóvenes de ambos secsos; pero una veneciana consiguió incendiar los barcos, y los vencedores no pudieron llevarse el fruto de la conquista.

Despues de Nicosia cayeron en poder de los turcos las plazas de Baffa *(Pafos)*, Limasol (*Amathonte*), Larcana y Cerycyna (en lo antiguo *Karkynia*). La cabeza de Dandolo fué llevada al gobernador de Famagusta, con la intimacion de rendirse; pero la procsimidad del invierno y la fortaleza de la plaza, obligaron á Mustafá á levantar el sitio, dejando su conquista para la siguiente primavera.

Sitiada estaba Nicosia mientras una escuadra de venecianos, romanos y españoles que se reunió en un puerto de la isla de Candía, y que estaba compuesta de ciento noventa y dos galeras, doce galeazas y otros buques de *trasporte*, se dabo á la vela para acudir en su socorro; pero sabida en el camino su rendicion, Doria, almirante de Felipe II, y Marco Antonio Colonna, comandante de las galeras del papa, convinieron en que era inútil andar mas y se volvieron á Mesina, y á Corfú los venecianos. El senado dió el mando de sus doce galeras á Marco Antonio Zulrini. Este se apoderó del castillo de Quimera, situado en los montes Acroceraunios, dió la vela para Chipre, y á pesar de las fuerzas turcas, echó á pique algunos de sus buques, introdujo en Famagusta un refuerzo de mil hombres y muchas provisiones.

Toma de Famagusta y de Túnez. — El papa Pio V y Felipe II que conocieron se habia frustrado la empresa y perdido Nicosia por falta de union en las operaciones, y que temian que

los venecianos cansándose de una guerra estéril tratarian paces con el otomano, formaron una liga con la república en público consistorio el 20 de mayo de 1571 (1), estipulando la reunion de una escuadra de doscientas galeras y cien bajeles: un ejército de cincuenta mil infantes y cuatro mil quinientos jinetes: que Felipe II pagaria las tres sestas partes de los gastos de la guerra, Venecia la tercera y cuarta parte, y Pio V la sesta: que don Juan de Austria, ermano natural de Felipe, seria jeneralísimo de todas las fuerzas, y en su defecto Colonna, jeneral del Papa: que las conquistas de Túnez, Trípoli y Arjel serian para España, y las demás se repartirian entre los confederados. Los venecianos, con el fin de llamar la atencion de los turcos por otra parte, enviaron á Persia un comisionado que inclinase á Tamas ó Thahmasp á una declaracion de guerra á Selim; pero el persa respondió que esperaba para decidirse el resultado de la liga contra su vecino; indecision que despues hubo de costarle cara.

Temeroso Mustafá de la tempestad que á los turcos amenazaba, se dió prisa á sitiar á Famagusta, y en la primavera de 1571 volvió á presentarse con su escuadra delante de Chipre. Volvieron á principiar los trabajos del sitio de Famagusta. Hízose alrededor de la plaza un foso de tres millas de largo y tan profundo que podia ir un hombre á caballo sin ser visto de afuera. Determinados los sitiados á defenderse hasta lo último, hicieron salir de la ciudad á unos ocho mil abitantes inútiles que los turcos dejaron pasar sin hacerles nada. La guarnicion constaba de cinco mil doscientos hombres; pero el intrépido Bragadino, comandante de la plaza, tomó todas las medidas que le sujeria su jenio activo, fortificó los puntos principales, inspiró osadia á la guarnicion y se preparó á vender cara su vida. Abierta brecha, dieron los turcos varios asaltos en el espacio de dos meses y medio, que todos fueron sin fruto, perdiendo además treinta mil hombres. Mustafá puso fuego á la puerta Limosina y se apoderó de ella despues de haber peleado durante un dia. En fin, despues de destruidas las fortificaciones y de acabada la pólvora y los co-

(1) *Annotationi del Panvinio alle vite de Pontefici di B.* PLATINA.— *Vita di Pio V.*

mestibles, el 1.° de agosto se resignó la guarnicion á capitular bajo onoríficas condiciones aceptadas por Mustafá con mucha benevolencia; pero habiendo este ecsijido, contra lo convenido en el tratado, se le entregase en reenes el jóven Antonio Quirini, Bragadino se indignó sobremanera; Mustafá enfurecido lo mandó agarrotar y con él á otros tres jefes superiores: estos fueron degollados á la presencia de Bragadino, á quien cortaron la nariz y las orejas, reservándolo todavía para tormentos mayores. A los tres dias le ataron á un cabo de la punta de una verga, le izaban hasta lo alto y lo arriaban en banda, cayendo en el agua por varias veces: le obligaron á llevar espuertas de tierra para la reconstruccion de las fortificaciones, y por fin le desollaron vivo. En medio de estos tormentos dolorosos, el desdichado Bragadino espiró recitando MISERE!!.. MISERERE!!

Despues de muerto le descuartizaron y pusieron sus restos sobre las baterías; su piel llena de paja fué paseada por el campamento y la ciudad, colgada en seguida de una verga y enviada con su cabeza y las de los tres jefes á Constantinopla, donde fué espuesta en el baño. Despues entregaron los pedazos de Bragadino á los venecianos, quienes les dieron onrosa sepultura. Un eunuco del bajá tuvo compasion de otro veneciano llamado Martinengo, á quien Mustafá reservaba la suerte de Bragadino.

Con la tòma de Famagosta entró toda la isla de Chipre al dominio de Selim. Durante el sitio de aquella ciudad Kilii Alí, rey de Arjel, conquistó á Túnez y la sometió al imperio turco; Deulet Gieray, kan de los tártaros de Crimea, acometió á las provincias meridionales de los rusos, y llevó hasta Tula el incendio y el saqueo.

En 1571 murió Zapolya, vaivoda de Transilvania, y Bathory que le sucedió, tuvo buen cuidado de pagar el tributo anual, pidiendo proteccion. Selim se la concedió mandándole el diploma de la investidura, una maza y una bandera.

Alí-Bajá, almirante de la escuadra turca, reunido con el de Arjel, desembarcaron en Candía el 13 de junio doce mil jenízaros; pero Giustiniani, gobernador de la isla, los obligó á reembarcarse, matándoles muchos. La escuadra se dirijió á las islas de Cérigo, Navarino,

Zante y Cefalonia, donde cojieron cautivos á seis mil personas. Despues pasaron á la costa de Dalmacia, y tomaron las plazas venecianas de Ulgum (*Dulcigno*), de Bar (*Antivari*) y de Budna; pero fueron rechazados de Cátaro con pérdida de mucha jente. La escuadra pasó en seguida á Avilona (*la Valona*), y de allí se dirijió al golfo de Lepanto.

Batalla naval de Lepanto. —El gran visir Sokolli, á pesar del triunfo de Nicosia, se inclinaba á entablar la paz con Venecia, y con este fin le envió un embajador; pero la república habia ya entrado en la triple liga que dejamos mencionada. En setiembre de 1571 salió de Mesina la escuadra combinada, que constaba de ochenta y una galeras de España y Malta, á las órdenes de Doria; ciento ocho galeras, seis galeazas, dos navios y muchas galeotas venecianas, mandadas por el almirante Vanieri, y doce galeras pontificias, á las órdenes de Marco Antonio Colonna. Don Juan de Austria era el jeneralísimo de todas las fuerzas, y Requesens, comendador mayor de Castilla, hacia las funciones de mayor jeneral. El ejército de tierra constaba de veinte mil hombres, entre ellos muchos voluntarios de esclarecido nombre, como Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, que fué despues uno de los jenerales mas célebres de Europa. En este memorable combate se halló el inmortal Cervantes, que quedó manco y estropeado de la mano izquierda. Tambien mandó una division de socorro don Alvaro de Bazan, el primero de los jenerales de marina de aquel siglo.

La escuadra turca se componia de mas de trescientas velas: el kapudam-bajá ó almirante Muezzim Zadé-Alí-Bajá, tenia á sus órdenes á Uludj-Alí, dey de Arjel, á Hassan-Bajá, hijo de Aradin Barbaroja y á dieziseis sandjak-beyes mas. Estas fuerzas estaban, como hemos dicho, en el golfo de Lepanto. El 7 de octubre de 1571 á eso del mediodia se avistaron las dos escuadras. Pusiéronse en órden de batalla y se estuvieron observando en silencio mucho rato, hasta que un cañonazo del buque del almirante turco dió la señal del combate.

Una ora duraba este de la manera mas encarnizada sin que pareciese inclinarse á ningun lado la victoria, cuando cayó erido de un balazo el almirante Alí-Bajá. Su muerte fué la señal

del triunfo, pues los españoles acometieron al abordaje, cortaron la cabeza al almirante y la presentaron á don Juan de Austria, que rechazó orrorizado aquel testimonio sangriento de su victoria. Don Alvaro Bazan hizo prodijios de valor con las treinta galeras que mandaba, acudiendo al socorro de los venecianos que se veian agobiados por el denuedo de los turcos.

La pérdida de los turcos fué de mas de treinta mil muertos y siete mil novecientos veinte prisioneros: trece mil cautivos cristianos que bogaban en los buques otomanos, recobraron su libertad; y doscientas veinticuatro naves apresadas, entre ellas la capitana de Alí-Bajá, y cuarenta buques abrasados, echados á pique ó estrellados contra la costa, completaron tan señalado triunfo marítimo. Cojiéronse mas de cuatrocientos cañones, los pabellones dorados y las colas de caballos del serasquier. Uludj-Alí, dey de Arjel, que combatia valerosamente en la derecha contra Doria, viéndose casi solo consiguió alejarse con veinticinco galeras y diez galeotas, únicos restos de la formidable escuadra otomana.

Los cristianos tuvieron mas de siete mil muertos y otros tantos eridos. La sensacion que este triunfo produjo entre los católicos fué muy grande: Colonna subió al capitolio como los antiguos triunfadores romanos, y puso sobre el altar de la Vírjen una columna de plata aludiendo á su nombre: el senado le decretó una estátua, y Pio V le regaló sesenta mil ducados. En memoria de la victoria de Lepanto instituyó Venecia una fiesta relijiosa y nacional el 7 de octubre; y en Toledo se celebraba, ó se celebra una fiesta el mismo dia y por la misma conmemoracion.

Refieren los historiadores otomanos que al saber Selim II este desastre, se mantuvo tres dias sin tomar alimento con el rostro en tierra; despues leyó un versículo del Coran y esclamó: «No se gloriarán en lo sucesivo los cristianos de otra victoria.»

A los pocos dias de tan memorable combate presentóse con mucha pompa un embajador veneciano al gran visir, como si quisiese umillarlo por su triunfo; pero Muhammed-Sokolli, conociendo la intencion, le dijo: «Tú crees que estamos abatidos por nuestra derrota y que vienes á mortificarnos con tu presencia: pues sabe que la pérdi-

da de Selim es como la barba afeitada que vuelve á crecer; pero la que habeis sufrido en Chipre es como un brazo cortado que nunca retoña.»

Las fuerzas navales estaban ya reparadas al mes de junio siguiente por la actividad del gran visir, y mas que todo por los elementos de riqueza y poderío del imperio; pues Sokolli decia en una ocasion, que si necesario era, se harian las anclas de plata, los cables de seda y las velas de raso. Uludj-Alí, que habia salvado parte de la escuadra, fué elevado al grado de grande almirante.

Al año siguiente la escuadra otomana compuesta de doscientas cincuenta velas, se hizo á la mar y encontró en las aguas del Peloponeso á la cristiana; hubo una corta escaramuza delante de Cérigo, pasó el almirante á Moron y á Navarino, y entró en Constantinopla con sola la pérdida de algunas galeras. Durante esta corta campaña, se introdujo la desunion entre los aliados cristianos: don Juan de Austria tuvo órden de volver á los mares de Italia; y los venecianos, faltos de apoyo, hicieron proposiciones de paz á Selim.

En este año de 1572, la aparicion de un cometa atemorizó mucho á Selim, que era muy supersticioso. La ignorancia de los pueblos ha mirado este suceso natural como el presajio de inevitables desgracias; creencia despreciable, pero los vaticinios se cumplieron entonces: cuarenta dias despues, recias y contínuas lluvias inundaron las provincias de Asia y Europa: las aguas destruyeron á Magnesia, Kutaiie y Andrínopolis: faltó poco para que arrastrasen trás de sí [illegible] santa casa de la Caaba en la Meca, y destruyó los puentes y los caminos: un temblor de tierra derribó parte de Constantinopla: estalló un incendio en las cocinas del serrallo que hizo mucho estrago; y por último murió el célebre mufti Ebu-So'ud, muy querido y venerado del sultan, arrojándole dicha muerte en una invencible melancolía.

El 7 de marzo de 1573 se firmó un tratado favorable á la Puerta, resultando perdido todo el fruto que los cristianos habian sacado de la batalla de Lepanto. Acaso si no se hubiese desecho esta liga por varias circunstancias, los turcos hubieran perdido muchas de sus conquistas en Africa y en el golfo de Venecia.

Reconquista de Tunez por los españoles. — Interin el señorío

de Venecia asentaba paces con el sultan, España meditaba la conquista de Túnez que habian tomado los turcos durante el sitio de Nicosia, aunque el fuerte de la Goleta habia quedado en nuestro poder. El 7 de octubre de 1572, primer aniversario de la batalla de Lepanto, salió de Sicilia don Juan de Austria con noventa buques y se dirijió á Túnez. A su llegada, los turcos que servian la artillería, abandonaron la ciudad atemorizados á solo su nombre. Apoderóse de ella don Juan é igualmente de Biserta, y colocaron en el trono de aquel reino á Mahomet, nieto de Muley-Hacen, el protejido por Cárlos V. Despues se construyó entre Túnez y la Goleta, la fortaleza de Cerbellon con seis baluartes, dejando en ella cuatro mil hombres de guarnicion; y acabado todo esto volvió la escuadra á Sicilia.

Juan Iwonia, aventurero, que se decia hijo natural de Estevan el Grande, príncipe de Moldavia, habia pasado muchos años en Constantinopla, y abrazando el islamismo, consiguió por la intriga que Selim destituyese á Bogdan, entonces vaivoda de Valaquia, y le confiriese la investidura de aquel principado con el ausilio de veinte mil hombres. No bien se encontró colocado en el puesto que deseaba, renegó de la nueva creencia, aumentó su ejército y entabló relaciones estrechas con los cosacos de Polonia. Selim, que observa la conducta de su protejido, principia á recelar una defeccion: ve por otra parte la tiranía con que gobierna, y negándose Iwonia á pagar el tributo anual que tenia impuesto de ciento veinte mil ducados, le intima el pago y que deje la Moldavia á Pedro, ermano del vaivoda de Valaquia. Niégase á obedecer, y se prepara á la guerra. Pedro, con un ejército de turcos, úngaros y válacos, le acomete: pasa el Moldaw y confiando en sus grandes fuerzas, fué sorprendido por Iwonia y Sujercewe, su aliado, jefe de los cosacos, quedando tan mal parado, que él solo y su ermano escaparon de la batalla; atravesaron nadando el Danubio, y se encerraron en Brahilow. Iwonia los sitió, asaltó y tomó la plaza, pasó á cuchillo á los abitantes, y la demolió hasta los cimientos. Una fuerza de catorce mil turcos que acudian al socorro de Brahilow, fué degollada por los cosacos.

Sérias y peligrosas en verdad

parecian á Selim las acciones del moldavo, y resolvió enviar contra él poderoso ejército á las órdenes del kapudji bachi Djighala-Zadé: Jeremias Czarniewit, jeneral de la caballería moldava, deja traidoramente libre á los turcos el paso del Danubio, y avisa al vaivoda que carece de suficientes fuerzas para hacerles frente; pero añade que el número de los contrarios es pequeño, y que un golpe decisivo y pronto acabaria con ellos. Juan Iwonia, conoce que ha sido engañado cuando se acerca á los turcos y ecsamina sus fuerzas; Jeremias le asegura de su lealtad, diciendo que ya le veria pelear en su favor; pero dada la señal de acometer, se le ve correr ácia los turcos con trece mil hombres de las mejores tropas, que llevando las gorras en las puntas de los sables, manifiestan ir pasados. Los turcos, sin embargo, no se fian; recíbenlos con las lanzas y los obligan á pelear en primera fila, y lanzean á cuantos no querian hacerlo. De este modo los traidores perecieron: unos á manos de sus compatriotas y otros á la de los turcos. Iwonia peleó desesperadamente y solo le venció el número. Retiróse á una fortaleza y capituló con Djighala-Zadé, quien, en una conversacion que tuvo con su prisionero, se enfadó con él y le dió dos sablazos; entonces los jenízaros, se echaron sobre Iwonia y le cortaron la cabeza, que fué enviada á Jassi y clavada en la puerta de su palacio. La Moldavia, pues, quedó en poder de los turcos y estos se encontraron en contacto con la Polonia.

Conquista de Tunez por los turcos. — El reino de Túnez volvió á poder de los turcos. Sinan-Bajá, Piali y el dey de Arjel con una escuadra y cuarenta mil hombres, atacaron la capital, defendida por una corta guarnicion, que despues de causar grande pérdida á los contrarios hubieron al fin de hacer una salida para unirse al fuerte de la Goleta. Sinan lo batió al mismo tiempo que al de Cerbellon y los rindió á entrambos, no sin haber recibido considerable daño. Don Juan de Zanoguera que se habia defendido con valentía en un pequeño fuerte, capituló salir libre con cincuenta hombres que mandaba, y los turcos lo concedieron y cumplieron. En la pérdida de la Goleta quedó cautivo el esclarecido autor del DON QUIJOTE.

Poco tiempo despues de estos

acontecimientos fué Selim á visitar una magnífica sala de baños que habia mandado construir con piedra de silleria, dividida en cuarenta aposentos revestidos de mármoles. La umedad de la reciente obra afertó algo al principe; pidió de beber para entrar en calor; diéronle un frasco de vino de Chipre que tanto le gustaba, subiéronsele al punto los vapores á la cabeza, tembló y cayó sobre las losas resbaladizas. Cojiéronle y le condujeron inmediatamente á su lecho con una violenta fiebre; y once dias despues, el 12 de diciembre de 1574, espiró á los cincuenta y dos años de edad y ocho y medio de reinado.

Selim mostró desde su juventud una inclinacion decidida por el vino, la disoluccion y los placeres. Su serrallo estaba lleno de músicos, bufones y cantores. Apenas subió al trono revocó el edicto de Soliman contra el vino. Los acontecimientos mas notables de su reinado como la conquista de Chipre, del Yemen, algunas otras felices espediciones, la conclusion del puente de Tchekmedjé y otras, fueron mas bien obra del gran visir Muhammed-Sokolli que fruto de las meditaciones de su amo. Selim fué el primer sultan que se entregó á los escesos de la vida afeminada del serrallo, y dejó de presentarse en la guerra al frente de sus ejércitos. Encomendando este encargo á sus bajáes, é imitándole sus sucesores, principióse á debilitar el espíritu guerrero de una nacion en otro tiempo tan belicosa, y por consiguiente á perder su poder.

Amurates III. — El 21 de diciembre de 1574, nueve dias despues de la muerte de Selim, vino de Magnesia su hijo mayor Amurates, y la noche misma de su entrada en el serrallo hizo aorcar á sus cinco ermanos. Este acto no fué tanto por crueldad como por seguir la bárbara política establecida en el palacio de Constantinopla, de asegurar la tranquilidad pública con la ruina de los que pudieran alterarla creyéndose con derecho á disputar el tronó. El cadáver de Selim II fué sepultado en santa Sofia, y ocho dias despues depositaron á sus pies sus cinco hijos. El sultan que los habia hecho matar, distribuyó limosnas, mandó hacer preces por sus almas, y dió libertad á cuatrocientos cautivos cristianos.

Apenas se sientó en el trono espide un firman contra el uso

del vino, á consecuencia de haberle un dia insultado con un apodo grosero unos jenízaros borrachos pasando por delante de la taberna en que bebian. Acostumbrados en el reinado anterior al uso y abuso de aquella bebida, se sublevaron contra el decreto, y Amurates tuvo que revocarlo recomendando que no turbasen las tropas la tranquilidad pública.

Este sultan tuvo solamente dos guerras y ambas continentales; una en Asia con los persas y otra en Europa con los austriacos. Tanta era entonces la influencia de Turquía, que directamente protejió á Estevan Bathory, vaivoda de Transilvania, autorizando el cambio de su ducado con el trono de Polonia: concluyóse el tratado con el nuevo rey el 14 de diciembre de 1576, sin que sirviesen de nada las reclamaciones de los competidores de Bathory, como eran el emperador Macsimiliano y el gran duque de Moscovia. Hecha la alianza y no teniendo nada qué temer de Europa, se preparó Amurates á nuevas conquistas en Asia.

En 1578 el jerife de Fez, Muley-Abdul-Melik, sostenido por una escuadra y un ejército turco ganó en Wadi-as-Seil una victoria completa sobre Muhammed-Al-Mustanser y sobre los portugueses sus aliados, mandados por el rey don Sebastian, que pereció en aquella batalla como tambien Al-Mustanser. Muley-Abdul-Melik murió de la alegría de la noticia, y le sucedió su hijo Muley-Ahmed, que envió al sultan magníficos regalos. En este año murió asesinado por un infame el gran visir Sokolli, y fué la mayor desgracia que pudo acontecer al imperio turco, pues habia sido el sosten del trono durante los reinados de Soliman y de su hijo Selim. Era gran protector de los literatos y los sabios, quienes le dedicaron sus obras mejores.

GUERRA CON LA PERSIA. — Muerto envenenado el célebre rey de Persia Thahmasp ó Tumas en 1576, se suscitaron alborotos y sangrientas rivalidades: su quinto hijo Haider, reinó algunas oras y cayó bajo el puñal de los esclavos del príncipe Chemkhal; Chah-Ismail, que le sucedió, fué aogado despues de un reinado tiránico de diez y ocho meses. En tal situacion aconsejaron á Amurates la guerra contra Persia; pues creyeron no presentarse ocasion mas favorable para apoderarse de a-

quel pais. En julio de 1578, Mustafá-Bajá, jeneral el mas valiente del imperio turco, ganó delante del castillejo de Tchildir una completa victoria á los persas; en seguida pasó á Tiflis, capital de la Jeorjia; de allí al rio Kanak, donde obtiene segunda victoria. Azorados los persas, diríjense de tropel al puente de Kanak, y este se unde con todos los que habia encima, que mueren aogados. En seguida se rinde la plaza de Cheki: la Jeorjia fué conquistada y repartida en cuatro provincias. Cuatro ejércitos persas marchan para reconquistar los paises que habian caido en poder de los turcos. Despues de un combate de tres dias, Osman-Bajá que servia á las órdenes de Mustafá, obtuvo una señalada victoria sobre el antiguo gobernador de Chamakhi, que fué hecho prisionero. Tambien batió Osman al príncipe persa Hamzé-Mirza; pero el rigor del invierno hizo que los turcos abandonasen á Chirvan y tomasen cuarteles en Derbent.

Mustafá-Bajá, que despues de la muerte de Sokolli esperaba ver cumplidos sus antiguos deseos de ser gran visir, vió despechado dar (1580) este alto destino á su rival Sinan-Bajá, con mas el mando del ejército y la direccion de la guerra de Persia; y no pudiendo sufrir tal umillacion se envenenó. En 1582 dió Amurates el destino de gran visir á Siawuch-Bajá: Sinan fué desterrado á Didimótica; y por último recayó el visiriato en Ferhad-Bajá, quien salió para Persia con fuerzas considerables, y diez mil operarios que levantaron las fortificaciones medio arruinadas de Erivan. Su inaccion durante la campaña le valió caer de su puesto.

En abril de 1583, los turcos, mandados por Osman-Bajá, y los persas por Isman-Kuli-Khan, vinieron á las manos en las orillas del Samur: el combate fué tan encarnizado, que durando hasta la noche, encendieron hachas para poder pelear hasta la mañana siguiente; por eso se llamó aquella batalla *de las hachas*. Por espacio de cuatro dias estuvieron los dos ejércitos en maniobras, hasta que rodeados los turcos se abrieron paso y pusieron en derrota á sus contrarios. Tres mil prisioneros y una pirámide de cabezas fué el triunfo de los vencedores. Osman se retiró despues, y aunque inquietado en su marcha por los rusos y molestado por el frio y el ambre, consiguió llegar á

Kaffa al través de las llanuras del Kuban.

Durante la espedicion á Persia, se habia Osman quejado de la mala fé del kan de Crimea, quien á pesar de sus protestas de amistad no le habia socorrido. Amurates mandó deponerlo y colocar en lugar suyo á su ermano Islam-Gherai; pero el kan depuesto se colocó á la cabeza de cuarenta mil hombres y atacó á Osman, que hubo de retirarse por no poder presentarle la batalla. Llega el nuevo kan Islam á Crimea y los amigos de su ermano se le unen; de modo que este tuvo que uir con una pequeña fuerza, y alcanzándole otro ermano suyo Alp-Gherai, lo hizo matar.

Libre ya de este peligro, vuelve Osman á Constantinopla, donde le recibe el sultan con las mayores distinciones, le manda hacer la relacion de sus triunfos, le hace magníficos regalos, le entrega el sello del imperio, y reune al de ministro y sus otros títulos, el de jeneralísimo del ejército, destinado á invadir el Azerbaidjan.

Antes de verificarse esta invasion, daremos cuenta de algunos otros acontecimientos. Llegada la época de la circuncision de Muhammed, hijo de Amurates, la notificó este á los príncipes de Europa, Asia y Africa, y á los gobernadores de su imperio, convidándoles á las fiestas, cuyos preparativos se estaban haciendo durante un año, bajo la direccion y encargo de muchos grandes del imperio.

En la plaza del Hipodrómo, señalada para esta celebridad, se estableció una gran cocina: habia kioscos y tiendas cubiertas destinadas para el sultan, sus mujeres y su hijo Muhammed. En un edificio de madera de tres pisos, se pusieron los embajadores estranjeros y á los grandes dignatarios turcos. El almirante y demás oficiales superiores de la marina se colocaron en una larga galeria contigua á este edificio. Delante habia una gran tienda en donde se preparaban los refrescos. En el centro de la plaza estaba clavado un palo que sostenia un gran círculo adornado con muchos faroles para alumbrar el sitio de noche: y el órden se hallaba mantenido por quinientos hombres vestidos de cuero y con pellejos llenos de viento. El jefe de esta ridícula patrulla iba montado en un borrico y divertia al pueblo con sus bufonadas.

El 1.° de junio de 1582 fué

el sultan desde el serrallo al palacio de Ibrahim-Bajá, escoltado de varios personajes y oficiales del ejército lujosamente vestidos. Su hijo Muhammed le seguia con un traje de raso de color de escarlata recamado de oro: llevaba en el turbante dos plumas negras de garza real, de la oreja derecha le colgaba un rubí muy grande, y además de un sable guarnecido de piedras preciosas que pendia en la cintura, brillaba en su mano una maza de armas de acero bruñido, con el mango de cristal dorado. Llegado que hubo el príncipe al palacio besó la mano á su padre, y una música estrepitosa terminó la ceremonia de aquel dia. Pasados otros tres se dirijió el sultan y la misma comitiva al Hipodrómo, seguidos de varios prisioneros úngaros y bosniacos que á la manera romana ofrecian al pueblo el espectáculo de juegos sangrientos en que muchos perdieron la vida. Despues marchaban quince caballos con mantas de damasco encarnado, recamadas de plata, cargados de figuras de dulce que semejaban elefantes, leones, leopardos, jirafas y otros muchos animales. Seguian varias palmas nupciales que en tales casos figuran, como sucede en el casamiento de una jóven virjen; iguales palmas iban delante del sultan. Este aparato necesitaba mas estension de la que tenian algunas calles, y se mandó derribar algunas casas. Dos castillejos practicados delante de la tienda del sultan, uno con el estandarte del profeta y otro con la cruz, remedaban un combate en que como era natural quedaron vencidos los cristianos; y cuando se desplomaron las murallas en que estos estaban, salieron de sus ruinas cuatro cerdos aludiendo á los embajadores de las potencias cristianas que estaban presentes. Durante veintiun dias desfilaron por delante del sultan varios gremios de artesanos: el de los zapateros llevaba un enorme zapato de tafilete bordado de oro, en el cual iba un niño vestido de tela tambien de oro: los fabricantes de productos de algodon llevaban hechas de esta materia grandes figuras de mónstruos marinos y leones. Los traficantes en espejos iban cubiertos con pedazos de estos deslumbrando á la multitud: veíanse los tapiceros con vestidos de tela de oro y sentados en cojines de lo mismo; los papeleros iban con vestidos de papel y banderolas de colores diversos, y en fin no habia in-

dustria que no presentase sus productos.

En el espacio de cincuenta y cinco dias que duraron aquellas funciones, se dieron cada noche al pueblo veinte bueyes asados enteros, mas de mil platos de arroz cocido con carne y manteca, y todo el pan necesario. El pueblo estaba entretenido con toda suerte de juegos, danzas, pantomimas y fuegos artificiales. Los derviches unian á estos pasatiempos sus acostumbrados ejercicios: quién de ellos daba vueltas con rapidez increible; quién tragaba cuchillos hasta el mango ó tenia entre sus dientes un hierro ardiendo, ó saltaba encima de sables clavados en el suelo; y quiénes otros se sentaban descuidados en toneles llenos de serpientes. Por último, enmedio del jentío inmenso soltáronse multitud de osos, zorras, perros y otros animales que llevaban hachas encendidas y petardos en las colas, lo cual dió sumo contento y diversion al sultan y á los grandes, y no poco susto á los descuidados espectadores.

El 7 de julio se verificó por último la ceremonia de la circuncision de Muhammed, que tenia dieziseis años de edad. Varios enviados de algunas potencias estranjeras convidados á la ceremonia, ofrecieron al sultan regalos de sus soberanos. Despues de la operacion marchó el príncipe para Magnesia en clase de gobernador.

El embajador francés Germiny obtuvo la renovacion de las capitulaciones y tratado de comercio para su nacion: y con sus intrigas sostuvo al vaivoda de Valaquia Pedro Tchertchel. El fué quien en 1586 consiguió introducir á los turbulentos hijos de Loyola en los principados del lado allá del Danubio.

Venecia se vió obligada á dar á la Puerta una satisfaccion muy cumplida á causa de las crueldades y violencias cometidas por el almirante de la república con la viuda del bajá de Trípoli, que iba á Constantinopla con sus tesoros y cuarenta jóvenes doncellas de su comitiva: la tripulacion *cristiana* de los buques venecianos, tuvo la infame barbárie de desonrarlas, mutilarlas y arrojarlas despues al mar.

En 1585 dirijióse Osman con su ejército hácia Tebriz al frente de ciento sesenta mil hombres, y al cabo de un mes la tomó por asalto. En setiembre de dicho año, el príncipe persa Hamzé-Mirza, derrotó el cuerpo de ejército que mandaba Djigha-

quel pais. En julio de 1578, Mustafá-Bajá, jeneral el mas valiente del imperio turco, ganó delante del castillejo de Tchildir una completa victoria á los persas: en seguida pasó á Tiflis, capital de la Jeorjia; de allí al rio Kanak, donde obtiene segundo victoria. Azorados los persas, dirijense de tropel al puente de Kanak, y este se unde con todos los que habia encima, que mueren aogados. En seguida se rinde la plaza de Cheki: la Jeorjia fué conquistada y repartida en cuatro provincias. Cuatro ejércitos perses marchan para reconquistar los paises que habian caido en poder de los turcos. Despues de un combate de tres dias, Osmen-Bajá que servia á las órdenes de Mustafá, obtuvo una señalada victoria sobre el antiguo gobernador de Chamakhi, que fué hecho prisionero. Tambien batió Osman al príncipe persa Hamzé-Mirza; pero el rigor del invierno hizo que los turcos abandonasen á Chirvan y tomasen cuarteles en Derbent.

Mustafá-Bajá, que despues de la muerte de Sokolli esperaba ver cumplidos sus antiguos deseos de ser gran visir, vio despechado dar (1580) este alto destino á su rival Sinan-Bajá, con mas el mando del ejército y la direccion de la guerra de Persia; y no pudiendo sufrir tal umillacion se envenenó. En 1582 dió Amurates el destino de gran visir á Siawuch-Bajá: Sinan fué desterrado á Didimótica; y por último recayó el visiriato en Ferhad-Bajá, quien salió para Persia con fuerzas considerables, y diez mil operarios que levantaron las fortificaciones medio arruinadas de Erivan. Su inaccion durante la campaña le valió caer de su puesto.

En abril de 1583, los turcos, mandados por Osman-Bajá, y los persas por Isman-Kuli-Khan, vinieron á las manos en las orillas del Samur: el combate fué tan encarnizado, que durando hasta la noche, encendieron hachas para poder pelear hasta la mañana siguiente; por eso se llamó aquella batalla *de las hachas*. Por espacio de cuatro dias estuvieron los dos ejércitos en maniobras, hasta que rodeados los turcos se abrieron paso y pusieron en derrota á sus contrarios. Tres mil prisioneros y una pirámide de cabezas fué el triunfo de los vencedores. Osman se retiró despues, y aunque inquietado en su marcha por los rusos y molestado por el frio y el hambre, consiguió llegar á

Kaffa al través de las llanuras del Kuban.

Durante la espedicion á Persia, se habia Osman quejado de la mala fé del kan de Crimea, quien á pesar de sus protestas de amistad no le habia socorrido. Amurates mandó deponerlo y colocar en lugar suyo á su ermano Islam-Gherai; pero el kan depuesto se colocó á la cabeza de cuarenta mil hombres y atacó á Osman, que hubo de retirarse por no poder presentarle la batalla. Llega el nuevo kan Islam á Crimea y los amigos de su ermano se le unen; de modo que este tuvo que huir con una pequeña fuerza, y alcanzándole otro ermano suyo Alp-Gherai, le hizo matar.

Libre ya de este peligro, vuelve Osman á Constantinopla, donde le recibe el sultan con las mayores distinciones, le manda hacer la relacion de sus triunfos, le hace magníficos regalos, le entrega el sello del imperio, y reúne al de ministro y sus otros títulos, el de jeneralísimo del ejército, destinado á invadir el Azerbeidjan.

Antes de verificarse esta invasion, daremos cuenta de algunos otros acontecimientos. Llegada la época de la circuncision de Muhammed, hijo de Amurates, la notificó este á los príncipes de Europa, Asia y Africa, y á los gobernadores de su imperio, convidándoles á las fiestas, cuyos preparativos se estaban haciendo durante un año, bajo la direccion y encargo de muchos grandes del imperio.

En la plaza del Hipodrómo, señalada para esta celebridad, se estableció una gran cocina: habia kioscos y tiendas cubiertas destinadas para el sultan, sus mujeres y su hijo Muhammed. En un edificio de madera de tres pisos, se pusieron los embajadores estranjeros y á los grandes dignatarios turcos. El almirante y demás oficiales superiores de la marina se colocaron en una larga galeria contigua á este edificio. Delante habia una gran tienda en donde se preparaban los refrescos. En el centro de la plaza estaba clavado un palo que sostenia un gran círculo adornado con muchos faroles para alumbrar el sitio de noche: y el órden se hallaba mantenido por quinientos hombres vestidos de cuero y con pellejos llenos de viento. El jefe de esta ridícula patrulla iba montado en un borrico y divertia al pueblo con sus bufonadas.

El 1.° de junio de 1582 fué

el sultan desde el serrallo al palacio de Ibrahim-Bajá, escoltado de varios personajes y oficiales del ejército lujosamente vestidos. Su hijo Muhammed le seguia con un traje de raso de color de escarlata recamado de oro: llevaba en el turbante dos plumas negras de garza real, de la oreja derecha le colgaba un rubí muy grande, y además de un sable guarnecido de piedras preciosas que pendia en la cintura, brillaba en su mano una maza de armas de acero bruñido, con el mango de cristal dorado. Llegado que hubo el príncipe al palacio besó la mano á su padre, y una música estrepitosa terminó la ceremonia de aquel dia. Pasados otros tres se dirijió el sultan y la misma comitiva al Hipodrómo, seguidos de varios prisioneros úngaros y bosniacos que á la manera romana ofrecian al pueblo el espectáculo de juegos sangrientos en que muchos perdieron la vida. Despues marchaban quince caballos con mantas de damasco encarnado, recamadas de plata, cargados de figuras de dulce que semejaban elefantes, leones, leopardos, jirafas y otros muchos animales. Seguian varias palmas nupciales que en tales casos figuran, como sucede en el casamiento de una jóven vírjen; iguales palmas iban delante del sultan. Este aparato necesitaba mas estension de la que tenian algunas calles, y se mandó derribar algunas casas. Dos castillejos practicados delante de la tienda del sultan, uno con el estandarte del profeta y otro con la cruz, remedaban un combate, en que como era natural quedaron vencidos los cristianos; y cuando se desplomaron las murallas en que estos estaban, salieron de sus ruinas cuatro cerdos aludiendo á los embajadores de las potencias cristianas que estaban presentes. Durante veintiun dias desfilaron por delante del sultan varios gremios de artesanos: el de los zapateros llevaba un enorme zapato de tafilete bordado de oro, en el cual iba un niño vestido de tela tambien de oro: los fabricantes de productos de algodon llevaban hechas de esta materia grandes figuras de mónstruos marinos y leones. Los traficantes en espejos iban cubiertos con pedazos de estos deslumbrando á la multitud: veíanse los tapiceros con vestidos de tela de oro y sentados en cojines de lo mismo; los papeleros iban con vestidos de papel y banderolas de colores diversos, y en fin no habia in-

dustria que no presentase sus productos.

En el espacio de cincuenta y cinco dias que duraron aquellas funciones, se dieron cada noche al pueblo veinte bueyes asados enteros, mas de mil platos de arroz cocido con carne y manteca, y todo el pan necesario. El pueblo estaba entretenido con toda suerte de juegos, danzas, pantomimas y fuegos artificiales. Los derviches unian á estos pasatiempos sus acostumbrados ejercicios: quién de ellos daba vueltas con rapidez increible; quién tragaba cuchillos hasta el mango ó tenia entre sus dientes un hierro ardiendo, ó saltaba encima de sables clavados en el suelo; y quiénes otros se sentaban descuidados en toneles llenos de serpientes. Por último, enmedio del jentío inmenso soltáronse multitud de osos, zorras, perros y otros animales que llevaban hachas encendidas y petardos en las colas, lo cual dió sumo contento y diversion al sultan y á los grandes, y no poco susto á los descuidados espectadores.

El 7 de julio se verificó por último la ceremonia de la circuncision de Muhammed, que tenia diezisais años de edad. Varios enviados de algunas potencias estranjeras convidados á la ceremonia, ofrecieron al sultan regalos de sus soberanos. Despues de la operacion marchó el príncipe para Magnesia en clase de gobernador.

El embajador francés Germiny obtuvo la renovacion de las capitulaciones y tratado de comercio para su nacion: y con sus intrigas sostuvo el vaivoda de Valaquia Pedro Tchertchel. El fué quien en 1586 consiguió introducir á los turbulentos hijos de Loyola en los principados del lado allá del Danubio.

Venecia se vió obligada á dar á la Puerta una satisfaccion muy cumplida á causa de las crueldades y violencias cometidas por el almirante de la república con la viuda del bajá de Trípoli, que iba á Constantinopla con sus tesoros y cuarenta jóvenes doncellas de su comitiva: la tripulacion *cristiana* de los buques venecianos, tuvo la infame barbárie de deshonrarlas, mutilarlas y arrojarlas despues al mar.

En 1585 dirijióse Osman con su ejército hácia Tebriz al frente de ciento sesenta mil hombres, y al cabo de un mes la tomó por asalto. En setiembre de dicho año, el príncipe persa Hamzé-Mirza, derrotó el cuerpo de ejército que mandaba Djigha-

la, renegado italiano, cuyo verdadero nombre era *Cicala*. Muhammed-Bajá, gobernador del Diarbekir, pereció en esta batalla que costó á los turcos veinte mil hombres. Un mes despues, Hamzé-Mirza, atacó á Osman, y este, que estaba enfermo, espiró en el momento de poner en retirada á sus contrarios. Un hijo de Djighala onró las armas otomanas atacando al príncipe persa, y ganándole una gran batalla.

Ferad-Bajá le sucedió en el mando del ejército y consiguió libertar á Tiflis y á Tebriz (ó Tauris) sitiada otra vez por los persas. Al fin de aquella campaña, pereció el valiente Hamzé-Mirza, digno rival de Osman, bajo el puñal de un asesino pagado por Esma-Khan, jefe de la tribu de los *chamlis*. Su sucesor Mehemet-Kan en el mando del ejército, presentó batalla en una llanura, cerca de Bagdad á Ferad-Bajá, y fué tan completamente derrotado, que el rey de Persia se vió obligado á entablar la paz. El sultan Amurates hizo á Ferad un magnífico regalo de dos kaftanes, y una cimitarra guarnecida de piedras preciosas: recibió á Haider-Mirza, hijo de Hamzé, y firmó con él el 21 de marzo de 1590 un tratado de paz, que aseguraba á los otomanos el Luristan, el Chehrzur, el Gurdjistan (Jeorjia), el Ghiwan, Tebriz y una parte del Azerbaidjan.

Al año siguiente, estalló una insurreccion entre los jenízaros, producida por la alteracion de la moneda en que se les pagaban sus sueldos. Los rebeldes cercaron el palacio imperial, y pedian á grandes voces la cabeza del *deftedar* ó tesorero mayor. Amurates se negó á ello, y los jenízaros le amenazaron con la muerte. Entonces el sultan, aunque nunca habia manifestado valor, se irrita sobremanera, arma á toda la servidumbre de su palacio, abre las puertas, y se arroja con los suyos sobre los desprevenidos jenízaros; mata gran número de ellos, dispersa los demás, y los perdona, contentándose con arrojar al mar á los jefes sediciosos.

Guerra con Austria. — Queriendo Amurates destruir el espíritu de insubordinacion de los jenízaros, vió que no habia mas sino emplearlos en la guerra; y no pudiendo hacerla por mar á las potencias cristianas, porque su armada habia quedado muy disminuida en Lepanto, determinó dirijir sus ostilidades con-

tra la Ungría, cuyos jenerales austriacos que la mandaban, habian hecho algunas correrías en el territorio de los turcos. Además los uscoques, pueblos casi bárbaros, abitantes en la playa del mar entre los estados venecianos y úngaros, y que estaban sometidos al emperador, habian infestado con sus piraterías las costas otomanas del Adriático. Dos ejércitos turcos, uno á las órdenes del gran visir Sinan-Bajá, otro á las de Hazan-Bajá, gobernador de Bosnia, penetraron en la Ungría austriaca, y el segundo en Croacia en la primavera de 1592. Sinan fué repelido de Tokai y del pequeño Cómora, y se contentó con merodear por el territorio; pero Hazan tomó á Bihitz y sorprendió al fuerte de san Jorje y á su guarnicion austriaca de siete mil hombres; pero semejante sorpresa le costó cara; pues murieron en el combate cerca de doce mil turcos.

Continuando Hazan sus conquistas, puso sitio á Sissek (1593). Los imperiales corrieron á socorrer la plaza; pero los turcos les salieron al encuentro. Ya casi iban vencidos los cristianos, cuando entró en accion el gobernador de Carlstad y derrotó á los turcos tan completamente, que cortando la retirada á los fujitivos, que eran como unos dieziocho mil hombres, perecieron á manos de los austriacos ó se aogaron en la confluencia de los rios Kulp y Oder. Hazan se aogó tambien; y cuando la noticia llegó á Constantinopla, el pueblo se irritó pidiendo venganza. El embajador austriaco y toda su comitiva, fueron encarcelados. El beilerbey de Grecia vengó la derrota de Hazan tomando á Sissek, y pasando á cuchillo á todos sus abitantes.

Sinan salió para la Ungría alta, se apoderó de Wesprim y del pequeño fuerte de Palota, y pasó el invierno en Belgrado, mientras por otro lado era vencido el bajá de Buda, cerca de Stulhweissenburg con muerte de ocho mil turcos. Los austriacos se apoderaron de Szabandne, Divia y nueve ciudades ó castillos mas.

En la campaña siguiente de 1594 se aumentaron las fuerzas austriacas con la alianza de los rascios, pueblo pobre pero valiente que abitaba las orillas del Danubio entre Buda y Belgrado, y que soportaba paciente el yugo turco; y con la defeccion de Bathory, príncipe de Transilvania y vasallo de la Puerta. El divan, sospechando su infideli-

dad, envió emisarios secretos para que lo asesinasen; pero el diestro vaivoda lo descubrió, mandó aorcar á los asesinos, se alió con el emperador Rodulfo, persuadió á hacer lo mismo á los vaivodas válaco y moldavo, Miguel y Aaron, y fué el alma de la terrible tempestad que amenazaba por la frontera del Norte al imperio otomano.

Sin embargo, antes de que estallase, Sinan-Bajá tomó la importante plaza de Raab, desde la cual amenazaba al Austria, despues de haber vencido al archiduque Matias, que acudió en su ausilio. La pérdida de un punto tan ventajoso no la pudieron resarcir los cristianos con sus conquistas.

Como á fines de noviembre de 1594, esperando Amurates reanimar el valor de sus tropas, hizo llevar al teatro de la guerra el estandarte sagrado que se dice haber pertenecido al profeta, y estaba conservado en Damasco relijiosamente; pero no pudo remediar con la presencia de la enseña, la desorganizacion que principiaba á notarse en el ejército. Poco tiempo despues de este acto, el 16 de enero de 1595, murió Amurates á los cincuenta años de edad y veintiuno de reinado. Era de estatura mediana, de barba roja y poco poblada. En su marchito semblante y mirar amortiguado se veian manifiestos los resultados del abuso de los placeres del harem. Su pasion por las mujeres era tan desmesurada, que llegó á tener hasta quinientas esclavas y cuarenta odaliscas, de de las que tuvo ciento treinta hijos. Sus favoritas le dominaron tambien durante su vida, en particular su primera esposa *Safie la Casta*, de orijen veneciano, pues pertenecia á la noble familia de los Baffo. En su tiempo principiaron á presentarse dos síntomas muy peligrosos en el gobierno turco: las traiciones y perfidias contra los hombres de mérito, y las insolentes sediciones de los jenízaros, no solo contra los bajaes sino contra el mismo sultan. Este aunque de carácter supersticioso, débil é irascible, no tiene sobre sí actos de crueldad. Gustaba del baile, de la música, de enanos y bufones, y se entretenia á veces en perseguir sobre un caballo lijero á los mudos de palacio que iban en mulas y pesadas caballerias, azotando con un látigo á ellas y á los jinetes.

Mahomet III. — De los numerosos hijos de Amurates, que-

daban todavía veintisiete hijas y veinte varones; y siguiendo la bárbara política adoptada por sus antecesores, hizo Mahomet, luego que subió al trono, aogar á sus diezinueve ermanos, cuyos féretos fueron conducidos con gran pompa al lado del de su padre. Los jenízaros se insubordinaron porque el regalo de costumbre al advenimiento de un soberano habia consistido entonces en 136 bolsas, y hubo necesidad de mayores sacrificios para conseguir tranquilizarlos. El gran visir Sinan-Bajá fué separado de su destino y remplazado por Ferad-Bajá; pero el primero supo hacer á su rival el blanco de los insultos de las tropas, y el sultan lo destituyó á poco, lo mandó encerrar en el castillo de las Siete Torres, y por último lo condenó á muerte. Sinan volvió á tomar el sello imperial y salió con el ejército en agosto de 1595. Encontrólo el de Miguel, príncipe de Valaquia, y le hizo sufrir una pérdida considerable donde estuvo á pique de perecer el mismo Sinan, si no le hubiese salvado un soldado. Sinan, sin embargo, marchó ácia Bucarest y se apoderó de ella como tambien de Tergovischt. En octubre sitió Miguel á esta última plaza, la rindió y mandó empalar á la guarnicion turca y quemar á fuego lento á Ali-Bajá y á Kodji-Bey que la mandaban. Sinan, retirado á Bucarest, la abandonó tan precipitadamente que su retirada fué una verdadera derrota. El paso del Danubio fué fatal á los turcos, pues cortado el puente por los válacos, quedaron destrozados completamente en una jornada. El príncipe Miguel tomó en seguida á Djurdjeve (*Giurgew*), la incendió y degolló á toda la guarnicion.

La plaza de Gran hacia un mes que estaba sitiada por los imperiales: un hijo de Sinan salió de Buda para atacar á los sitiadores y fué batido, dejando su tren, banderas y bagajes en poder de los vencedores. Los reveses de los turcos se multiplicaron tanto, que el monarca se estremeció en tal calamidad, y viendo que Bucarest y otras doce ciudades habian caido en poder de los cristianos, mandó hacer rogativas públicas para atraer la bendicion de Allah sobre su pueblo. A los pocos dias un temblor de tierra que asoló muchas ciudades del Asia menor, y que se sintió en Constantinopla, vino á aumentar los males de la guerra. Muere en seguida Sinan y se decide Ma-

homet á ponerse al frente de sus tropas como lo habian hecho sus antecesores.

Conquista de Erlau. — Salió el sultan de Constantinopla en junio de 1596, y en setiembre estaba acampado enfrente de Erlau, resuelto á atacarle: púsole sitio y lo hizo capitular á los siete dias. Cuando el sultan se volvia á Constantinopla á causa del invierno, segun costumbre turca, encontró en la llanura de Keresztes al ejército cristiano que habia llegado tarde para socorrer á Erlau. Trabóse la batalla y la iban perdiendo los turcos: su artillería estaba en poder del enemigo, las tiendas del sultan saqueadas, y sus jentes no oponian á la codicia cristiana mas que una resistencia inútil, cuando una carga dada de repente por el visir Djighala que estaba emboscado, introdujo el desórden en los contrarios y arrancó á la avaricia una victoria ya ganada. Cincuenta mil alemanes perecieron á los golpes de los alfanjes y en los pantanos inmediatos. Los turcos no perdieron tanta jente. Djighala, á quien se debia el ésito de esta jornada, fué nombrado gran visir; pero las intrigas de la sultana Validé, le hicieron desterrar, si bien sus medidas gubernativas en tan corto tiempo fueron intempestivas y peligrosas.

El sultan hizo su entrada en Constantinopla con la mayor pompa: las calles estaban colgadas y cubiertas de alfombras; el incienso humeaba á su tránsito y los cánticos de un pueblo alborozado, le hicieron conocer que valian mas los placeres tranquilos del harem, que los peligros corridos en los campamentos. Por esto la campaña de 1597 fué poco fecunda en sucesos.

Toma de Raab por los cristianos. — En marzo de 1598, los úngaros y los alemanes, á las órdenes de Schwartzenberg y de Paly, se apoderaron por astucia de la plaza de Raab: unos úsares que hablaban el turco, entablando conversacion con los jenízaros que custodiaban la puerta de la ciudad, les hicieron creer que les llevaban provisiones, y dieron de este modo tiempo á los soldados que les seguian para colocar un petardo en la puerta, que la hizo pedazos y abrió una gran brecha.

Canto del gallo de hierro. — Una estraña tradicion popular, conservada hasta nuestros dias, cuenta que al ir á entrar las tropas imperiales por la brecha, cantó el gallo de hierro, colocado sobre la torre, y las

campanas se volearon por sí solas. El vaivoda de Transilvania, atemorizado con la defeccion de los moldavos y válacos, que volvieron á la obediencia turca, hacedié sus estados á Mahomet, quien le dió en trueque los territorios de Ratibor y Opelen en Silesia. Frustráronse dos tentativas, una de Ibrahim contra Waradin, y otra del conde de Palfi contra Buda, y se concluyó aquella campaña.

La siguiente (1599) fué mas notable por la superioridad de los alemanes. Los turcos no se atrevieron á salir de sus fortalezas. Buda fué amenazada nuevamente, é Ibrahim tuvo que acudir con un ejército bien disciplinado de ciento treinta mil hombres. Hizo proposiciones de paz; pero eran tan ecsajeradas las condiciones de los cristianos, que las desechó. El vaivoda de Transilvania, acaso arrepentido del cambio, rompió el tratado hecho con el emperador de Alemania, y cedió la vaivodía á un pariente suyo que debia poseerla bajo la proteccion de los turcos. Un ejército turco [illegible] dió en efecto la posesion de Transilvania; pero el príncipe de Valaquia entró en aquella provincia con tropas, arrojó de ella á los otomanos, y mató al nuevo vaivoda.

Por esta época (1601) estallaron algunas sublevaciones particulares; pero la mas séria y peligrosa fué en Asia: las tropas á sueldo que en Kereztes no habian obedecido al toque de llamada, y á las que el gran visir Djighala imprudentemente habia tratado de cobardes, se habian retirado al Asia, capitaneadas por un tal Kara-Yazidji Abdul-Halim. Este se hizo pasar por un príncipe de la antigua raza de Benu-Chedad, y esparció la especie de que el Profeta se le habia aparecido en sueños, vaticinándole que, en vista de su orijen noble, y en recompensa de sus buenas costumbres y mucha relijion, estaba destinado para gobernar la Anatolia. Los crédulos y los aventureros, asombrados con esta narracion, se le unen, forman un cuerpo de ejército, y apodéranse de Roha (Edesa); pero faltos de víveres, tienen que capitular, aunque bajo condiciones ventajosas, pues Kara-Yazidji consigue el gobierno de Amasia. Sin embargo, en vez de marchar á él, continúa la sublevacion; reúnese con su ermano, que era gobernador de Bagdad, y baten completamente al ejército turco. Kara-Yazidji, enorgullecido con esta victoria, se abrogó, con-

el título de schah, todos los derechos de soberano, creó ministros, oficiales, etc., y espidió decretos con su *Tughra* ó sello, en el que habia esta leyenda: *Halim-Schah siempre victorioso*. Por espacio de treinta años fué esta séria insurreccion un foco perenne de discordias intestinas, y faltó poco para no sustraer el Asia á la dominacion turca.

Kara-Yazidji, que continuaba en Asia con la sublevacion y batia á las tropas turcas, fué batido á su vez, y tuvo que refugiarse á orillas del mar Negro, en las montañas de Djansk, donde murió. Sucedióle su ermano Deli-Huzein. Otros tres jefes rebeldes saquearon el territorio de Tokat y el famoso jardin del visir Sokolli, denominado el *paraiso;* pues estaba adornado con flores artificiales de oro y diamantes. Sokolli murió asesinado en él, y la poblacion se entregó á los insurjentes.

En el año en que vamos, asoló Djighala las costas italianas, ínterin algunas galeras cristianas sorprendian á Neocastron, y otras naves florentinas asolaban la isla de Stanco (*Cos*).

Al año siguiente de 1602, se apoderaron los malteses de Maham-Medile, en la costa de Africa, y el gran visir Hasam, al entrar en Transilvania, supo que los imperiales habian conquistado á Pest, degollando la guarnicion, y que pasando el Danubio ostilizaban á Buda. Acude Hazam-Bajá, é impide su rendicion.

Muerte de Mahmud, hijo del sultan. — El año de 1603 fué notable por la muerte del príncipe Mahmud, hijo de Mahomet. Un jeque, entregado á la ciencia cabalística, persuadió al príncipe que debia cuanto antes ocupar el trono de su padre, si no queria ser víctima de un destino funesto. Mahmud consintió en que el impostor usára de maleficios para abreviar la vida del sultan; pero descubriéndose la odiosa trama por una carta cojida á un eunuco y presentada al sultan, este, arrebatado de cólera, decretó la muerte de su hijo, y mandó arrojar al Bósforo á la sultana, al jeque y á cincuenta oficiales complicados en la conjuracion.

Fatigado Mahomet con multitud de guerras en distintos puntos, y en las que no hacia mas que apurar el tesoro, entabló negociaciones de paz: reuniéronse en Buda los plenipotenciarios, pero apenas habian principiado las conferencias, falleció el sultan, víctima de su su-

persticion. Cuéntase que cincuenta y seis dias antes, habia encontrado al entrar en el serrallo, un derviche, cuya estupidez le hacia pasar por santo, el cual esclamó al ver á Mahomet: «Monarca augusto, no te duermas. Anúnciote una triste muerte para dentro de cincuenta dias!» Estas palabras alarmaron al sultan, cayó enfermo, y dícese que en efecto murió á la época prefijada.

El imperio principia a decaer. — El imperio otomano, que habia principiado á dar señales de desorganizacion en el reinado de Amurates III, caminó rápidamente á su decadencia bajo el de Mahomet III. Atribúyese ciertamente la causa al espíritu de insubordinacion que cundia en el ejército, y á la violacion de las leyes sábias, creadas por los antecesores de este príncipe. En la administracion se habian introducido graves corruptelas y cometido muchos desaciertos: vendíanse los campos, se alteraba la moneda, se aumentaban progresivamente los impuestos, y con otras muchas disposiciones funestas se aceleraba la ruina del estado. Hay quien diga, sin embargo, que no fué todo culpa del sultan, sino de sus malos ministros. Es verdad que se entregó demasiado á los deleites del serrallo, olvidando con ellos los cuidados del gobierno, y permitiendo en este la influencia siempre funesta de las mujeres. Fué tambien coberde en la guerra, y tenia para ello un motivo, cual era ser muy dado á las letras. Mahomet murió á los cuarenta y cuatro años de edad: reinó nueve años lunares y dos meses tambien lunares. Las débiles conquistas que se hicieron en su tiempo, no supusieron nada en comparacion de las conmociones contínuas que ajitaron su imperio, y lo hicieron uno de los mas desastrosos para la nacion turca.

Ahmed i. — Reunidos estaban todos los miembros del divan, segun costumbre, para tratar de los asuntos del gobierno, el 22 de diciembre de 1603, cuando se presentó en el consejo un chambelan, y dió á Kazim-Bajá, gran visir, un escrito algo ilejible que no pudo descifrar: entrególo al reis-efendi, y este consiguió leer: «Kazim-Bajá: sabe que muerto mi padre he subido al trono por la voluntad de Allah: conserva la tranquilidad de la capital, pues al menor desórden te mando cortar la cabeza.» Kazim-Bajá pidió una es-

plicacion de este contenido, y por toda respuesta le introdujeron en una abitacion del harem, donde vió muchos oficiales de palacio que rodeaban el trono imperial, en el que estaba sentado un jovencito de catorce años; — este era el sultan Ahmed I, hijo y sucesor del difunto Mahomet.

Ahmed tenia un ermano menor, llamado Mustafá, de doce años de edad, á quien no quitó la vida contentándose con encerrarlo en el serrallo; pero este acto de umanidad, contrario á la práctica orrenda establecida por sus predecesores, de matar á los que pudiesen disputar el trono, debe atribuirse mas bien á la política, pues que Ahmed era un niño sin hijos y no habia mas eredero que su ermano. Esto se comprueba en que posteriormente en 1611, dió por dos veces órden de matar á su ermano, que no murió por efecto del terror supersticioso de Ahmed, producido por un uracan en el momento de ir los mudos á ejecutar la sentencia fatal.

Ahmed se manifestó mas digno de reinar que su padre: quitó á su abuela, la sultana Safiié, la influencia en los negocios y el valimiento que habia tenido durante los dos reinados anteriores. Un mes despues de su advenimiento, fué Ahmed al palacio del gran visir donde se hizo la ceremonia de la circuncision, siendo esta la vez primera desde la fundacion del imperio, que un sultan fuese circuncidado despues de subir al trono.

Siguió Ahmed la guerra muy activa contra los rebeldes de Natolia, y los obligó á refujiarse en Persia: rompió las negociaciones entabladas con los alemanes, no queriendo hacer la paz hasta que sus armas fuesen mas felices en *Ungría*: sostuvo á un tiempo mismo las guerras contra Austria y Persia; sosegó con dignidad las frecuentes sublevaciones de los ecsijentes jenízaros: venció y castigó al bajá de Alepo rebelado contra él, y solo dejó las armas cuando pudo hacer la paz con algunas ventajas.

En tanto la infeliz Ungría, padecia calamidades muy grandes. Devastada por una guerra desoladora de trece años sin resultados ventajosos; pasando alternativamente al poder de los alemanes, úngaros, turcos, tártaros, moldavos y válacos; espuesta á las contínuas defecciones de los vaivodas de Valaquia, Moldavia y Transilvania, que siempre se iban con el que mas

podia, esperaba algun alivio de las últimas victorias conseguidas por los austríacos. Pero el advenimiento de Ahmed y las discordias relijiosas de los úngaros, destruyeron tan alagüeñas esperanzas. La relijion reformada, habia traido consigo un principio siempre en fermentacion: muchos nobles y pecheros se habian aderido al culto nuevo: la dieta del clero, reunida en Presburgo, dió un decreto consiguiente á su intolerancia, desterrando de Ungría bajo pena de muerte, á cuantos profesasen la relijion nueva — ¡que nunca tienen los sacerdotes mas razones que la cuchilla, para defender sus doctrinas! — y como era consiguiente, formóse al momento un grueso partido de los perseguidos y descontentos, los cuales elijieron por rey á un tal Bocskai, capitan úngaro, de valor y esperiencia, y á quien dieron el encargo de implorar la proteccion del sultan contra sus encarnizados opresores. Ahmed protejió y confirmó en su dignidad á Bocskai, dándole los títulos de rey de Ungría y señor de Transilvania, obligándole á presentarse en Belgrado para recibir la corona, el estandarte, la maza de armas y la cimitarra, insignia del poder supremo.

Entretanto en Transilvania, á los disturbios relijiosos, se unian los de los pretendientes al principado. El archiduque Matías lo solicitaba en virtud de la cesion hecha por Sijismundo: Gabriel Bathory, como pariente de este príncipe; y el célebre Betlen Gabor, caudillo de los montañeses del Carpacio oriental, que eran los mas valientes de los transilvanos, peleaba contra todos por hacerse dueño de la provincia. En este estado de cosas, el gran visir Lala-Muhammed, escribe á Bocskai, instándole para que ponga sitio á Neuhæusel. Marcha en persona á Gan, y logra reconquistarle, portándose entonces los turcos con la guarnicion, del modo mas umano. Apodéranse en seguida de Wissegrad y otros puntos; y Bocskai toma á Neuhæusel. Al concluir tan afortunada campaña, fué este príncipe reconocido solemnemente rey de Ungría: el gran visir le dió á besar su mano, le puso en la cabeza una corona de oro y diamantes, le ciñó un sable enriquecido con pedrerías, y le anunció que el gran sultan le ecsimia de todo tributo por diez años, reduciendo despues de este término todas sus obligaciones á una suma anual de diez mil ducados. En correspon-

dencia á esta merced, prometió Bocskai poner en poder del bajá de Temeswar las fortalezas de Lippa y de Yenœ.

No produjo tan buen resultado la espedicion del serasquier Djighala en Persia, pues fueron batidos cerca del lago de Chabi; y no pudiendo sobrevivir á la vergüenza de su derrota, murió de pesar en diciembre de 1685.

Deli-Hazam, antiguo jefe de los rebeldes de Asia, habia obtenido con el perdon de su sublevacion, el bajalato de Temeswar; pero las intrigas del gran visir apoyadas en la promesa que Deli habia hecho al papa de venderle por cien mil ducados un castillo de Dalmacia, [illegible] atrajeron la muerte. Sin embargo, los rebeldes del Asia capitaneados por Khalil, alcanzaron en Dinias una victoria sobre las tropas del sultan.

Paz con el emperador. — En 11 de noviembre de 1606 ajustóse en Cómora una tregua de veinte años con el emperador Rodolfo. En virtud de este tratado se suprimió el tributo de treinta mil ducados que el Austria pagaba á la Puerta, obligándose solo por una vez á dar á esta doscientas mil piastras: debia reinar entre ambos monarcas una igualdad perfecta: su mútua correspondencia epistolar deberia ser atenta, afectuosa y llena de protestas de amistad y se enviarian regalos estraordinarios. El sultan debia dar en lo sucesivo, al emperador de Alemania el título de *Roma-Tchasari*, César de Roma, en lugar del de *Kral*, palabra slava que significa rey; y se abstendrian de toda ostilidad: que el que quebrantase el tratado, quedaba obligado á indemnizar al otro. Por este tratado se estipulaba tambien la inviolable libertad de conciencia en Ungría: la Ungría superior y la Transilvania quedaban cedidas á Bocskai; y despues de su muerte, si no dejaba sucesor, al archiduque Matias: se cedia al Austria la plaza de Vacia, pero los turcos conservaban la importante fortaleza de Gran. Estipulóse igualmente que el Kan de Tartaria y el rey de España fuesen comprendidos en la paz si querian.

Bocskai, incendio de su patria, murió poco despues; pero los turcos, en desprecio del tratado, dieron el principado de Transilvania á Gabriel Bathory, que se sostuvo en él ausiliado por Ahmed contra las fuerzas del archiduque. Gabriel se hizo odioso por sus crueldades, fué asesinado por sus sol-

dados, y el sultan nombró en lugar suyo á Betlen Gabor, que era el jefe mas poderoso del pais.

Ahmed conoció la necesidad de oponerse á los progresos de los rebeldes de Asia, cuya insurreccion se estendia desde las fronteras de Persia y de la Siria, hasta las orillas del Bósforo: sus antiguos jefes habian perecido, pero les sucedieron otros no menos valientes. El ejército turco derrotó en los campos de Urudj-Owazi al caudillo rebelde Djam-Pulad, y fué tan grande el número de prisioneros que hicieron los turcos, que veinte verdugos no tenian tiempo para cortar cabezas, con las que se construyeron pirámides delante de la tienda del gran visir. Otro de los jefes y mas temible que ninguno, llamado Kalender-Oghlu, acompañado de Kara-Said, tambien insurjente osado, atacaron á las tropas turcas en un desfiladero: la batalla fué por largo tiempo sangrienta y dudosa; pero la decidieron en su favor los jenizaros, que hasta entonces habian permanecido ocultos.

En diciembre de 1608, entraron las tropas turcas triunfantes en Constantinopla con cuatrocientas banderas, en las que se leian los nombres de los jefes insurjentes vencidos.

En 1609, cinco jesuitas de los instalados en la iglesia de san Benito de Gálata desde agosto de 1584, catequizaron en Constantinopla algunos niños judíos y griegos cismáticos. Estos frailes, sospechosos ya al sultan, por su espíritu intrigante y sus hipócritas manejos, fueron citados ante el divan; pero el embajador francés, aficionado á los secuaces de Loyola, reclamó y obtuvo su libertad por ser individuos de su nacion.

COMBATE DEL INFIERNO NEGRO.—El almirante Khalil trabó un combate con diez galeras maltesas, en las aguas de Chipre, cerca de *Baffa*, en el cual quedaron destrozados los cristianos. El buque en que iba el comandante Fressinet, fué apresado y conducido á Constantinopla. Dicho navío, llamado por los cristianos el *galeon encarnado*, y por los turcos *Kara djehennen*, el infierno negro, dió su nombre á aquella batalla.

En 1610 cuatro navíos florentinos combatieron durante seis oras entre Chipre y las costas de Caramania con una escuadra turca de cuarenta galeras, mandadas por el griego renegado Mustafá, el cual se salvó en el

puerto de Famagusta, despues de haber visto irse á pique cinco bajeles suyos. Eukuz-Muhammed-Bajá que conducia con una flotilla á Constantinopla el tributo de Ejipto, y que supo escaparse de la caza que le daban los navíos florentinos, fué elevado en recompensa de su destreza á la dignidad de almirante, y desposado con una hija de Ahmed que solo tenia tres años.

Por esta época fué devastada la isla de Stanco (Cos) por el marqués de Santa Cruz, y el bailio Venonge que mandaba las galeras napolitanas y maltesas. Al volver de aquella espedicion, quisieron estos dos jefes hacer un desembarco en la Albania, donde tenian intelijencias; pero fueron descubiertos y muertos sus fautores. Un cura que se hallaba complicado en la trama, fué desollado vivo, y su pellejo rellenado de paja, fué enviado á Constantinopla.

Aunque Ahmed, por hallarse libre de la guerra de Ungría, volvió con sus fuerzas á Persia, fué desgraciado en esta guerra. Recobró á Bagdad de que se habian apoderado los persas, pero no pudo hacer lo mismo con la Armenia oriental, y tuvo al fin que cederla al rey de Persia, quien en indemnizacion se obligó á que su hijo mayor la gobernase con el nombre de bajá de Tebriz, pagando un tributo anual de doscientas cargas de seda.

Estevan, vaivoda de Moldavia, protejido por Ahmed, ejercia atroces crueldades con los boyardos: estos se sublevaron y ausiliados por los polacos pusieron en el trono á Alejandro, hijo de Jeremías. La Puerta envió á Moldavia á Skinder, bajá que fué derrotado por Alejandro, con pérdida de doce mil hombres; pero habiendo recibido nuevos refuerzos, y descontentos los polacos de Alejandro porque no permitia á sus aliados ser dueños del pais, venció á las tropas moldavas y las ausiliares, puso un nuevo vaivoda, y obligó á Alejandro á profesar el islamismo si queria conservar la vida. Estevan tuvo que hacer lo mismo: el sultan le acusaba de las crueldades que habia cometido y que fueron causa de la guerra.

En junio de 1616 el baron Hermann de Czernin, embajador de Austria, hizo su entrada en Constantinopla con banderas desplegadas y música á la cabeza. Esta innovacion alarmó á los musulmanes, entre quienes

corria una profecia de que luego que la cruz se pasease por la capital, estaba el imperio próximo á su ruina. Siniestros rumores corrieron por Constantinopla; el sultan, cediendo á los terrores pánicos de su pueblo, recorria en persona las calles durante la noche. Suponíase que habia armas encerradas en las casas de los nazarenos y que estos fraguaban una revolucion: hizo una severa pesquisa, y el resultado fué empalar á unos jesuitas, y tirar al mar al vicario principal de los capuchinos.

En noviembre del siguiente año 1617 murió Ahmed, á los veintinueve de edad y catorce de reinado. Este sultan no merece los elojios que le dan los historiadores turcos, pues prefirió el placer del harem á los peligros de la guerra. Cuéntase que la sultana, llevada de de los zelos, hizo aogar á una esclava negra á quien el sultan amaba mucho, y que sucesivamente habia matado otras esclavas vistiéndolas con el mismo traje de aquella víctima. Descubierto el crímen por Ahmed, se enfureció contra su esposa de tal modo, que la dió una paliza, la pisoteó y la desfiguró haciéndole incisiones en el rostro con un puñal.

La decadencia del imperio continuó en el reinado de Ahmed; los persas recobraron muchas posesiones. Este sultan enriqueció mucho á la Mecca y á la santa casa de la Kaaba, é hizo construir la mejor fuente que hay en Constantinopla.

En tiempo de este sultan se introdujo en Turquía por la vez primera el uso del tabaco: unos holandeses hicieron conocer en 1605 este nuevo goce á los musulmanes, los cuales se aficionaron en poco tiempo á él, y tanto que el muftí lo proibió: pero el pueblo se sublevó y tuvo que revocar la órden, para restablecer la tranquilidad.

Por entonces sucedió en Constantinopla un caso que corrobora lo dicho en la pájina 36 de este tomo, sobre la caridad musulmana hasta con los animales. Habiéndose declarado la peste en la capital, dijeron los médicos que ante todo debia procederse á la destruccion de los infinitos perros que por las calles pasean. El muftí defendió de tal modo á los canes proscritos, que la sentencia de muerte fué conmutada en destierro, y así se verificó trasportando en buques á los protejidos del gran sacerdote del islamismo, y llevándolos á una pequeña isla vecina.

Mustafa i.—Antes de espirar Ahmed, mandó llamar al gran visir y al muftí y les hizo presentar que puesto que sus hijos eran muy niños para el gobierno supremo, lo legaba á su ermano Mustafá, protejido indudablemente por Dios, á causa de haber escapado dos veces de la sentencia de muerte dada contra él.

Muerto Ahmed, sacaron al punto de su retiro á Mustafá, presentándose en el Hipódromo á recibir el juramento del ejército y á pagarle el tributo de costumbre. La larga reclusion de catorce años en el interior del harem, habian debilitado la intelijencia del príncipe, cuyos primeros y únicos actos fueron algunos nombramientos de funcionarios. Incapaz de gobernar, se entretenia en mil puerilidades. Su esterior correspondia á su pobre espíritu: era de flaco y descolorido rostro, de barba muy escasa; y por sus grandes ojos escondidos en sus órbitas y sin espresion, se asomaba la mas crasa estupidez. Los jeques ó sacerdotes turcos, confiando apoderarse de la autoridad á la sombra de aquel espantajo de soberanía, intentaron hacer pasar su imbecilidad por santidad verdadera, conceptuándolo abismado en la contemplacion de las cosas del cielo; pero apenas volvió del Asia el gran visir, donde estaba mandando el ejército, de acuerdo con los grandes del imperio, le depuso á los tres meses y cuatro dias, lo encerró en el castillo de las Siete Torres, y colocó en el trono á su sobrino Osman, quien sin embargo de ser un niño de ocho años, ciñó la cimitarra entre las aclamaciones del ejército: pues siempre el advenimiento de un nuevo soberano, era para él causa de regalos nuevos.

Osman u otman ii, que de ambos modos lo escriben los historiadores, estaba ya sentado en el trono; —nos encontramos en setiembre de 1618. El gran visir Khalil-Bajá, volvió al Asia, venció á los persas y los obligó á firmar un tratado de paz, bajo condiciones muy onoríficas para la Puerta. El ejército otomano carecia de víveres, y este respiro le fué muy conveniente.

Caida de enormes aerolitos. — En noviembre de 1620, se alarmó Constantinopla con la aparicion de un cometa, que se estuvo viendo por espacio de un mes y despues de puesto el sol: su cabellera semejaba una larga cimitarra. Los astrólogos interpretaban aquel fenómeno,

como una señal de victoria y engrandecimiento del imperio turco. El bajá de Buda habia anunciado el año anterior un fenómeno muy raro, cual fué la caida de enormes aerólitos, de color negro, y algunos, segun un historiador, pesaban hasta tres quintales.

Otman proyectaba reunir la Polonia á su imperio, para oponer una barrera á los rusos; pero antes de emprender la campaña se manchó con un crímen, que creyó necesario para asegurar su poder, y fué al contrario, pues causó su ruina. En enero de 1621, fué aorcado el príncipe Muhammed, ermano del sultan. Al verse el infeliz entre las manos de sus verdugos, pronunció esta maldicion: «Otman, Allah destruya tu imperio, y ¡ojalá te arranquen la vida, como tú lo haces conmigo!» Los jenízaros no perdonaron este asesinato, ofendidos como estaban con su escesivo rigor contra los que bebian vino.

Elamiento del Bósforo. — A poco del fin trájico de Muhammed hizo un frio tan fuerte, que el Bósforo se eló enteramente, pudiéndose pasar á pié enjuto desde Constantinopla á Scútari. La historia no recuerda sino un solo ejemplo de este fenómeno, acontecido en tiempo de Leon el Isáurico. Interrumpida la navegacion, fué consiguiente la penuria; insubordináronse los spahis, y fué menester apaciguarlos con parte de sus pagas atrasadas.

Guerra con Polonia. — Betlen Gabor, aprovechándose de la guerra que los protestantes de Boemia hacian al emperador de Alemania, se pone al frente de los de Ungría, toma el título de rey, hace alianza con los rebeldes, se une con Karakach Muhammed Bajá, gobernador de Buda, hacen la conquista de Waitzen, é implora los ausilios de la Puerta, que los prometió siempre que de ellos hubiese necesidad.

Entretanto amenazaba la guerra por la frontera de Polonia; y esta entraba tanto en las miras del jóven sultan, inclinado por su carácter guerrero á las armas, que no podia sufrir contradiccion sobre este punto; pues habiendo una agá jenízaro propuesto en el divan un consejo pacífico, sacó su puñal el impetuoso Otman y estuvo ya para undirle en el pecho del consejero.

El austriaco Gratz, proclamado vaivoda de los moldavos por la Puerta, incurrió en la des-

gracia del divan y ofreció hacerse vasallo de la república de Polonia, y reunir sus fuerzas á las de los polacos. Sijismudo III, rey de Polonia, aceptó su oferta y sus ejércitos, á pesar de los buenos consejos de Zolkiewski, el mejor de los jenerales de su siglo, palatino de Wilna y gran canciller de la corona. El ejército turco se pone en marcha, y despues de penosas jornadas llegó á Isbatchi: allí recibieron los jenízaros el regalo de costumbre por la primer campaña de todo sultan. Dieziocho dias emplean en echar un puente sobre el Danubio. Entretanto Betlen Gabor envió al sultan cabezas y banderas, trofeos de algunos encuentros con los cristianos. Varios beyes se incorporan con el ejército. Estevan Thomza, enemigo declarado de Sijismundo, es nombrado por segunda vez vaivoda de Valaquia.

Entrambos ejércitos turco y polaco se encuentran á fines de agosto. El último, inferior en fuerzas, habia procurado adquirir buenas posiciones; mandábalo Zolkiewski: el príncipe eredero Ladislao, de trece años de edad, habia sido enviado al ejército á fin de entusiasmarlo. Otman cumplia entonces diezi-seis años, y por una circunstancia singular, íbase á empeñar una lucha entre dos príncipes, que apenas salian de la infancia, pero que el último ya presentaba los arranques de los antiguos Amurates.

Manda el sultan á su ejército que ataque: Zolkiewski le sale al encuentro, y en un combate que se empeña junto á Cécora, pueblo cercano al Pruth, sale vencedor; pero perdió otra batalla jeneral, no tanto por las grandes fuerzas del enemigo como por la discordia de sus oficiales. Perdida la batalla, pudo apenas reunir unos cuatro mil hombres. Resuelto á morir ó á salvarlos, formó con el gran número de carros que seguian á su ejército, un cuadrilongo, colocó la artillería al frente y á retaguardia de este campamento atrincherado y movible, y emprendió la retirada á Polonia.

[redacted] enemigo, sorprendido de tanta osadía, le sigue aunque dificultosamente. Llega Zolkiewski, despues de andar sin descanso seis dias con sus noches, á Colbita, poblacion á dos leguas del Dniester, y cercana á las fronteras de su patria. Los criados del ejército, que con su codicia y turbulencia habian cau-

sado la pérdida de la batalla, temiendo ser castigados en Polonia, abandonan el campamento, llevándose los caballos, y uyen dejando á sus dueños entregados al alfanje turco, que fácilmente concluyó entonces con todos. Zolkiewski pereció despues de haber dado muerte á un caballo que le presentaron para que uyese. Cuarenta y tres años despues, su nieto Juan Sobieski le vengó junto á los muros de Viena.

Estimulado con este triunfo, vuelve Otman en persona al año siguiente con un ejército de trescientos mil hombres á pelear con los polacos. Kotkiewicz, sucesor de Zolkiewski, le salió al encuentro con sesenta mil hombres, y se apostó cerca del castillo de Khotchim ó Chozim, formando un campamento atrincherado que el mismo terreno protejia. Tres avances dieron los turcos y en ellos fueron rechazados. Entretanto los comisarios de la república, escaseando de recursos para el ejército, proponen la paz á los turcos, quienes la aceptan, mucho mas viendo que en ella se les entregaba la fortaleza de Khotchim, llave de la Polonia por la frontera del Dniester, y cuya posesion les hubiera costado mucha sangre.

Apenas se principiaba á disfrutar de la paz, corre la voz de que el sultan armaba nuevas tropas en Asia para someter al emir Fakhr-ud-din, príncipe de los drusos, rebelde ya hacia algunos años. Los jenízaros suponen alarmados que aquella reunion de tropas tiene por objeto la destruccion de su cuerpo, que Otman aborrecia por sedicioso. Los grandes del imperio, aterrados por la ajitacion jeneral, procuran disuadir al sultan; pero este en vez de ceder, mandó preparar una escuadra para hacerse á la vela en la primavera, y anuncia él mismo que va á emprender su peregrinacion á la Mecca.

Sueño de Otman. — Acaso se hubiera podido obtener abandonase el sultan esta idea, si un sueño no lo hubiera impedido. Soñó una noche que estaba sentado leyendo el Coran, cuando se le apareció el profeta, le arrancó el libro de las manos con aire amenazador, le arrojó al suelo y le abofeteó sin que le fuese posible levantarse y besar las rodillas de Mahoma. Consultando sobre aquel sueño alarmante á su preceptor, le respondió este que estaba manifiesta la cólera del profeta por dilatar

la visita de las dos ciudades santas: un jeque muy venerado le dijo tambien que era un aviso celeste, y ya no fué posible detenerlo. Cuanto mas se escaltan los ánimos mas se abandona el sultan á su ostinacion, y da por fin órden de que todo se aliste para el viaje. Amotínanse los jenízaros y los spahis, algunos jefes quieren arengarlos y son apedreados; el ejército que estaba ya embarcado salta en tierra y se une á los amotinados: todos piden las cabezas del visir y de otras autoridades que aborrecian. Negóse el sultan á esta escijencia y las tropas se arrojan al serrallo: fuerzan las puertas, entran en el patio, y una voz que grita, *queremos á Mustafá*, es repetida por la desenfrenada muchedumbre. Penetran en la habitacion donde estaba Mustafá, y este creyendo que iban á asesinarlo, presenta con docilidad su cuello á los soldados: quejóse despues de que tenia hambre y sed, pues habia tres dias que carecia de alimento. Los jenízaros satisficieron su necesidad y lo trasladaron á la sala del trono. Abrióse una puerta del harem, entran por ella los soldados, encuentran al gran visir y al Kizlar-Agazi y los hacen pedazos. En seguida obligan á los ulemas á que presten juramento á Mustafá, que fué conducido á la mezquita de los jenízaros en un coche porque su debilidad no le permitia ir á caballo. Las puertas de las cárceles fueron abiertas y los presos se desbandaron y aumentaron la sedicion. Un anciano agá que se habia subido á unas gradas para arengar á los amotinados, fué precipitado desde lo alto. Encontrándose la capital sin autoridades, la sultana Valldé, madre de Mustafá, nombró gran visir á Daud-Bajá.

Muerte de Otman. — Otman, que se habia escapado á casa de un agá, fué descubierto: montado en un caballejo y cubierta la cabeza con un turbante de spahi, fué conducido á los cuarteles é insultado durante el tránsito. Al pasar por delante del cadáver de Huzeim-Bajá, á quien acababan de asesinar, el desventurado príncipe esclamó llorando: «Este es inocente: si yo hubiera seguido sus consejos, no me veria en esta desgracia; — otros me aconsejaron.» Despues fué entregado á los jenízaros, y entre lágrimas y reconvenciones les gritaba. «¿Qué vais á hacer de vuestro padischá? seriais la causa de vuestra ruina y de la del imperio!» Arrancándose des-

pues el turbante y llorando, añadió: «Perdonadme si os he ofendido sin saberlo. Ayer era vuestro padischá, hoy no soy nada; estoy desnudo, despojado. Sírvaos esto de ejemplo; tambien vosotros sufrireis las vicisitudes del mundo.» Estas penetrantes palabras, no ablandaron á sus verdugos. A una señal de Daud-Bajá, pasaron un cordon al cuello de Otman: este lo cojió con violencia, y evitó la muerte; hicieron otra tentativa y tambien fué en vano. Otman pidió al carcelero abriese las ventanas que queria hablar á las tropas reunidas delante de la mezquita; el carcelero compadecido, lo hizo; y aquel habló de esta manera: «Mis agás de los spahis, y vosotros los mas ancianos de los jenízaros, padres mios, como jóven imprudente, escuché malos consejos: ¿por qué me umillais? ¿no quereis ya mi persona?» — «Ni tu mando, ni tu sangre queremos» contestaron los soldados. En aquel momento intentó el verdugo aogar á Otman sin poderlo conseguir. En la tarde de aquel dia espantoso, fué instalado Mustafá en el serrallo y tomó posesion del trono. En seguida fué Otman conducido al castillo de las Siete Torres en donde el gran vizir y otros tres funcionarios, quisieron ser ellos mismos los verdugos de su soberano. Entonces principió una lucha terrible entre la víctima y sus asesinos; Otman resistia porque su juventud le daba fuerzas; pero consiguieron al fin echarle el cordon al cuello, y el desventurado espiró. Los asesinos le cortaron una oreja, y la mandaron á la sultana Validé, como trofeo de aquella orrenda victoria.

Tal fué el desdichado fin de Otman, cuya juventud é inesperiencia le hicieron cometer graves faltas, pero que por su valor parecia destinado á renovar los tiempos felices del imperio otomano. A la edad de diezioche años habia ya reinado cuatro. Debió su caida al proyecto que habia formado de aniquilar á los jenízaros, cuyo odio mortal se habia acarreado.

REPOSICION DE MUSTAFA. (1622) —En los quince meses de su segundo reinado, mostró Mustafá la misma incapacidad, el mismo abandono de los negocios públicos, que en el primero; solo que ejerció grandes crueldades en los que habian contribuido á su deposicion. Los jenízaros y spahis estaban de contínuo sublevados: las tropas marítimas insultaban á los cónsules de las

naciones estranjeras. En una sedicion de los spahis, cojieron á Daud-Bajá, lo llevaron á las Siete Torres, y le aogaron en la misma prision en la que habia ejercido el oficio de verdugo con Otman. Si la Alemania y Polonia, dice un historiador con mucha razon, no hubiesen tenido entonces guerras y discordias intestinas, aquella hubiera sido la ocasion oportuna de debilitar el imperio turco.

La rebelion de la Anatolia, causada por Abaza-Bajá, enemigo declarado del gran visir, ofreció ocasion á los grandes y á las tropas para libertarse de su imbécil sultan. Abaza degollaba á cuantos jenízaros habia á las manos. Un bajá enviado contra él, apenas llegó á la presencia del enemigo vió la desercion de casi todas sus tropas. Preséntanse los jenízaros de la capital á su agá y al muftí, suplicándoles buscasen un medio para terminar tantos males: estos respondieron que estaban dispuestos á concurrir al esterminio de los rebeldes; pero que la incapacidad del sultan frustraba todas las medidas que se adoptasen para ello. Con esta respuesta se retiraron los jenízaros á la mezquita de Soliman, celebraron una junta tumultuosa, y dispusieron que subiese al trono Amurates, ermano de Otman, é hijo de Ahmed I; y que sin que sirviese de precedente para lo venidero, se renunciase al regalo que era costumbre dar á las tropas en el advenimiento de un nuevo emperador. La resolucion de la fuerza se ejecutó al punto. Mustafá recibió la noticia de su deposicion con la mayor insensibilidad, y con la misma se dejó conducir al calabozo, donde le aogaron poco despues.

Amurates IV el conquistador. — Este sultan tenia solo doce años cuando sucedió á su tio Mustafá en setiembre de 1623. Apenas estuvo sentado en el trono, reclaman los jenízaros el donativo acostumbrado, diciendo que solo lo habian cedido por un plazo, y fué preciso acceder á su peticion para evitar revoluciones. Los primeros años de su reinado fueron infelices: los jenízaros se sublevaban como de costumbre por cualquier motivo para ellos desagradable. Mustafá habia agotado el tesoro con sus dilapidaciones: un ejército de cincuenta mil otomanos, enviado como auxiliar de Betlen Gabor para invadir á Ungría, fué destrozado por las tropas austriacas, man-

dadas por el conde de Esterhazi. Abaza-Bajá ocupaba casi toda la Anatolia.

Irritados los tártaros de Crimea, de que Mustafá hubiese mandado matar á su kan Jehan-Bek, no quisieron reconocer á Muhammed Ghierai, nuevo jefe que les enviaba la Puerta, se declararon por su ermano Mahomet, y derrotaron al almirante otomano, que desembarcó en Crimea con un pequeño ejército para sostener al enviado turco. Los cosacos del Dniester, aprovechándose de la ausencia del almirante otomano, entraron en el Bósforo con una escuadra y saquearon la orilla europea de este mar. Por último, el schah de Persia, Abbas, que pretendia apoderarse de Bagdad, ecsijiendo que se la entregase el cruel y ambicioso Bekir que la dominaba, ofreciéndole un turbante de kyzil-bach y los despachos reales, dividió su ejército en cuatro cuerpos; invadió á un mismo tiempo la Mesopotamia, la Siria, las costas del mar Negro y la Arabia. Tal era la crítica situacion en que se hallaba el imperio turco al advenimiento de Amurates, cuyo vigor lo salvó.

El schah habia nombrado gran gobernador á Bekir, y este acuñaba moneda en nombre de su nuevo soberano. El serasquier Hafiz-Bajá, conociendo la ambicion de Bekir, se decidió entonces á nombrarle bajá de Bagdad, y á confiarle en nombre del nuevo sultan la defensa de la *casa de la salvacion* (*Darus Selam*) que es uno de los títulos de Bagdad. Habiendo conseguido Bekir la autorizacion de lo que por rebelion queria, despidió al enviado persa que le habia hecho las ofertas de su soberano, llenándole de onores pero sin darle una contestacion categórica sobre su sumision. Marchado el embajador, mandó el nuevo bajá aorcar á trescientos persas que le habian acompañado y quedaron en la plaza, y pisoteó el turbante de onor que este le habia entregado. El schah de Persia, á tan villana conducta se puso al frente de un ejército y fué á sitiar á Bagdad; el cerco duró tres meses, y en noviembre de 1623 entró el schah en ella por la traicion del hijo de Bekir, que se decidió á vender á su padre por ver si le daban el diploma de gobernador de Bagdad.

El schah prometió una amnistía jeneral y el respeto á las opiniones relijiosas de los sonnitas y chiitas, porque sabia que con

aquella medida conservaba la tranquilidad. Bekir fué cargado de cadenas, los habitantes desarmados, secuestradas las casas y encarcelados los propietarios. Violando el schah indignamente su palabra al sétimo dia, hizo dar tormento á los sonnitas para que declarasen dónde ocultaban sus tesoros; cometió otras atrocidades; Bekir sufrió por siete dias seguidos el tormento para que declarase igualmente el sitio en que se hallaban sus riquezas, y por último lo ataron dentro de una barca embreada á la que despues pegaron fuego. Su hijo, que habia presenciado con el vaso en la mano, el suplicio de su padre, fué desterrado y mandado matar despues por el mismo vencedor, orrorizado de tan desnaturalizada conducta. De este modo cayó Bagdad en poder de los persas.

Abaza-Bajá, jefe de los rebeldes del Asia, vengaba en los jenízaros el asesinato del sultan Otman. Tres oficiales de esta milicia, atados sobre camellos y atravesadas las espaldas con mechas encendidas, fueron paseados por las calles de la ciudad de Siwas, precedidos por los pregoneros que iban diciendo: «esta es la recompensa de los traidores.» Sabiendo Abaza que el kiahia de los jenízaros reclutaba jente en Constantinopla para marchar contra él, le escribió una carta insultante echándole en cara el asesinato de Otman.

El 26 de mayo de 1624 se puso en marcha el gran visir y llegó á la llanura de Kaizarlia (*Cesárea*) el 15 de agosto. Avistáronse ambos ejércitos, y al siguiente dia se dió una accion cuyo último resultado fué la derrota de Abaza, quien se refujió en Erzerum, sin que el gran visir pudiese sitiar esta plaza por lo adelantada que estaba la estacion. En esta atencion firmóse un tratado, por el cual quedaba Abaza gobernador de Erzerum, recibiendo una guarnicion de jenízaros.

Primer sitio de Bagdad.—Al principio del otoño de 1626 marchó Hafiz-Bajá contra Bagdad, y en noviembre ya estaba bajo los muros de esta ciudad, formando trincheras y practicando minas; pero todo fué en vano, porque al cabo tuvieron que levantar el cerco despues de mil trabajos y calamidades.

Despues de levantado el sitio de Bagdad hubo una nueva rebelion en Constantinopla, en que la guarnicion obligó al sultan á decretar la muerte del kaimmekan Gurdji-Muhammed, an-

ciano nonajenario, de setenta años de buenos servicios, durante los reinados de ocho sultanes. Amurates juró castigar en su dia aquella ofensa sangrienta de sus insolentes guardias, y lo cumplió como veremos. Dos de los principales cómplices fueron ahorcados y echados al mar á los pocos dias, por peticion de los jenízaros.

En agosto de 1627 acampó el ejército bajo las murallas de Diarbekir, y el gran visir envió una órden á Abaza-Bajá para que se le reuniese con sus tropas. Viendo un jefe la morosidad de Abaza, le escribió diciéndole que se apresurase cuanto antes á reunirse al cuartel jeneral si no queria incurrir en la desgracia del sultan. Abaza aparentó someterse y abrió á los jenízaros las puertas de Erzerum; pero llegando á descubrir que se tramaba contra su vida, degolló durante la noche á parte de la guarnicion, y prendió á la otra. Llega la noticia de este degüello al campamento, y sale fuerza contra Erzerum para castigar la perfidia de Abaza; pero este sorprendió á sus contrarios en un desfiladero, cojió parte del ejército y á varios bajaes; y volviendo vencedor á Erzerum, mandó matar inumanamente á todos los jenízaros. Muchos de estos, dice el citado Von Gaver, se habian disfrazado para evitar la muerte; pero los verdugos los desnudaban para reconocerlos por la hechura de los calzoncillos que llevaban abiertos por la rodilla, á fin de arrodillarse con facilidad para hacer fuego. Algunos soldados que no pertenecian á aquellos cuerpos perecieron por haber adoptado costumbre semejante. Un solo jenízaro fué perdonado para que llevase á Constantinopla la noticia de la derrota del ejército. Este ejército, despues de inmensas pérdidas causadas por la estacion, emprendió su marcha ácia Tokat.

A la primavera siguiente Khosrew-Bajá, gobernador de Diarbekir, remplazó á Kalil-Bajá en el puesto de serasquier del ejército de Erzerum. Púsose en campaña con suficiente artillería para batir las murallas de esta ciudad, y á marchas forzadas llegó á ella, antes de dar tiempo al jefe rebelde para fortificarse. Establecióse el cerco, y al cabo de catorce dias tuvo que capitular. El vencedor recibió á Abaza con bastante atencion, le regaló un kaftan, y le hizo acampar á su lado; y el 9 de diciembre de 1628, hizo su entrada en Constantino-

pia llevándole al lado, como tambien á otro jefe rebelde, Chemsi-Khan, que habia acudido al socorro de Erzerum.

Abaza fué recibido con agrado por el sultan, que lo miraba como un érue; y no solo le perdonó su rebelion, sino que tuvo la diestra política de nombrarle beilerbey de Bosnia: favor al cual correspondió Abaza fielmente.

Por entonces se apoderaron los tárteros de Kafa, capital de la Crimea, y fué necesario para que la devolviesen, concederles el kan que pedian, con la promesa de que en lo sucesivo no les daria el divan otro príncipe que el que ellos elijiesen. Así quedó libre Amurates de sus interiores enemigos y pudo llevar sus fuerzas donde le convenia.

En aquella época tambien, un embajador de Francia se empeñaba activamente en hacer volver los jesuitas á Constantinopla; pero eran tan díscolos, tan zizañeros, que fueron nuevamente espulsados; — y gracias que no perdieron la cabeza.

En este mismo año de 1628, murió Betlen Gabor, vaivoda de Transilvania; hombre ambicioso y revolucionario, que por espacio de muchos años habia inquietado la Alemania con sus disturbios.

Amurates, que apenas tenia entonces diezisiete años, empezaba ya á manifestar ser de cruel é intratable carácter. La sultana su madre, habia estado posesionada del gobierno; cansándose el sultan de ser un simulacro de rey, resolvió tomar la direccion de los negocios, y sus primeros años hicieron temblar á los grandes y al ejército.

Segundo sitio de Bagdad por los turcos. — En junio de 1629, salió Khósrew-Bajá con su ejército de Scútari con el intento de sitiar á Bagdad. Despues de haber derrotado á varios cuerpos persas, llegó por julio delante de Hamadan (la antigua Ecbatana) cuyos abitantes uyeron, y las tropas saquearon é incendiaron la ciudad. La misma suerte cupo á Derguzin. De allí emprendió el camino de Bagdad, por la falda del Orontes, fué á buscar la montaña Bizutun (el Baghistan de Diodoro de Sicilia) y por último, despues de varias acciones y triunfos, llegó delante de Bagdad en setiembre de 1630. Todo este mes lo empleó en preparativos y en abrir trincheras: el gobernador de la ciudad opuso la mas viva resistencia, y despues de un mes que

la artillería de los sitiadores atacaba las murallas, se abrió una brecha y resolvió el gran visir dar un asalto jeneral. El 9 de noviembre comenzó el ataque al grito de Allah. Era el foso ancho y muy profundo, y estaba cubierto de tablones sobre los que habia yerbas verdes para disimular. Estando sobre ellos se rompieron, y cayeron al foso mas de cuatro mil hombres que perecieron allí: los turcos que habian pasado á nado el Tigris, sucumbián al fuego orrendo de los sitiados, pues estos se presentaron en la brecha en gran número con cuatro cañones que no habian visto los turcos, y con sus contínuas descargas obligaron á retirarse á sus contrarios.

Motin del ejercito. — Khosrew levantó el sitio, repasó el Tigris y se retiró á Muzul, despues de un mes de marcha. Por último el invierno le obligó á acuartelarse en Alepo. En tanto las intrigas de la corte consiguieron su destitucion; pero cuando el portador de esta órden llegó al ejército, este se insurreccionó y representó al sultan contra semejante medida. Khosrew, sin embargo, deja el mando sin resistencia; los soldados se irritan con tal destitucion, y cometen atrocidades y saqueos.

En febrero de 1632 hubo otra sublevacion. Los spahis se reunieron en el Hipodrómo gritando: muera Hafiz sucesor de Khosrew! Además pedian otras muchas cabezas, entre ellas la del muftí y las de varios favoritos del sultan. Hafiz pudo escaparse: los amotinados penetran entretanto en el patio segundo del serrallo, y piden se presente Amurates, quien en efecto lo verifica preguntándoles: «¿Qué quereis?— Las cabezas de los traidores le respondieron mil voces; y los soldados levantaban las manos al sultan como para ofenderle. Este se retiró al punto é hizo cerrar la puerta tras de sí. Entonces ya no conoció diques el furor. ¡Abajo el padischá! gritaban, si no consiente en lo que pedimos. Amurates aconsejado por Redjeb-Bajá, envia á buscar al visir Hafiz y lo traen al serrallo: manda abrir las puertas; la muchedumbre entra y encuentra al sultan sentado en el trono: los jenízaros y los spahis no quieren escuchar la voz del soberano que pretendia calmarlos; entonces el anciano Hafiz, que estaba detrás de una cortina, salió, se presentó y en presencia del sultan

fué asesinado por los rebeldes.

NUEVOS TUMULTOS. — Amurates, que conocia que aquella sedicion la orijinaba Khosrew, hizo decapitarle. La tranquilidad sin embargo no duró mucho; al mes acontece otro nuevo alboroto; las tropas pedian nuevas cabezas, y aun llegaron á querer destronar al sultan; pero aconsejado este por el agá de los jenízaros y el jefe de los spahis, sale de su letargo, y decreta la muerte de Redjeb-Bajá, promotor, hacia dos meses, de aquellos alborotos. Este fué llamado al serrallo y ejecutado á presencia del sultan. Despues arrojaron el cadáver á la puerta del palacio, cuya vista aterró á los reboltosos que se retiraron sin intentar nada mas. Otras medidas enérjicas adoptó Amurates con las que sofocó la insurreccion, entre las cuales se cuenta primero la de cortar las cabezas de los sospechosos; despues acompañado de un piquete de soldados valientes y cubierto de una armadura, recorria la ciudad, y donde quiera que veia grupos de sediciosos se lanzaba á ellos, poniéndolos al punto en uida; — tal era el terror que su vista les causaba.

GUERRA CONTRA LOS DRUSOS.— Mas de treinta años hacia ya que Fakhr-uddin-Ben-Ma'an gobernaba á los drusos y maronitas del monte Líbano, y últimamente se habia hecho sospechoso por protejer al cristianismo y aun adoptar sus costumbres. Esto unido á que habia entablado una alianza política con Florencia que disgustaba á la Puerta, y á las ostilidades cometidas por sus tropas contra los spahis, obligaron á Amurates á hacerle la guerra. Un ejército numeroso marchó y encontró con una division mandada por un hijo de Fakhr-uddin; los turcos fueron batidos. Kutchuk, gobernador de Damasco, marchó con sus fuerzas contra Fakhr-uddin y lo derrotó. El vencido buscó un asilo entre las cavernas del Chuf, en el monte Líbano. Kutchuk hizo encender ogueras en el interior de las cavernas, en las que penetró el umo y llegó hasta el asilo de Fakhr-uddin que tuvo que rendirse. El vencedor le concedió la vida, le quitó sus tesoros, y lo envió á Constantinopla. El sultan le perdonó, y admitió á dos hijos suyos por pajes de su palacio. En abril de 1635 se supo que un nieto de Fakhr-uddin habia saqueado las ciudades de Tiro, Beiruto, san Juan de Acre y Sidon y derrotado al ejército de Ahmed, bajá

de Damasco. Esta noticia obligó al sultan á decretar el suplicio del príncipe druso; cortáronle la cabeza y la pusieron en la puerta del serrallo con un letrero que decia *por traidor*; su hijo mayor fué aorcado.

MUERTE DEL FAMOSO ABAZA-BAJA. — Abaza, el antiguo jefe de rebeldes de Asia, que habia sido recompensado por su sumision con el mando de Bosnia, cometió con los jenízaros varias tropelías; y por lo mismo, lo destituyó el sultan. A esto se añaden las reclamaciones del baile veneciano, promovidas por un ataque imprevisto que habia dado Abaza á la ciudad de Kilis; y aunque por entonces el sultan se contentó con destituirle de su destino y le nombró gobernador de Widdin, en agosto de 1634 dió órden de matarle, á pesar de los muchos y señalados servicios que le habia hecho. La muerte de este valiente llenó de admiracion, porque habia llegado á ser el favorito del emperador. La envidia se conjuró en su daño y procuró presentarlo como sospechoso á los ojos de Amurates: acusáronle de haber abrazado el cristianismo mediante la suma de veinte mil duros. Al oir Abaza el firman de su muerte, pronunció solo estas palabras: «es la voluntad de mi padischah!» y despues de haber orado, presentó su cabeza al verdugo con toda resignacion.

CONQUISTA DE ERIVAN. — En marzo de 1635 salió el sultan de Constantinopla para ponerse al frente del ejército que debia invadir la Persia. Su tránsito fué una série contínua de suplicios, pues castigaba con la muerte las faltas mas lijeras. Llegó á Erivan, la puso sitio, y en los ocho dias que duró, desplegó la mayor actividad; á fin de alentar á sus tropas, recorria el campamento, hablaba á los soldados, conferenciaba con los oficiales, repartia á todos con profusion plata y oro; los cirujanos curaban á los eridos en presencia suya, y sus pajes servian refrescos á los que llegaban á presentar cabezas de enemigos. Por último, en agosto del mismo año se le rindió la plaza por soborno. Despues de la conquista de esta ciudad, envió Amurates mensajeros á Constantinopla con la órden de iluminar la ciudad por su completo triunfo, y la mision secreta de hacer asesinar á sus dos ermanos, Bayazeto y Soliman. Tan cruel ejecucion acibaró las fiestas públicas, dadas en celebridad del triunfo de las armas otomanas.

A fines de diciembre llegó el sultan á Constantinopla, é hizo su entrada triunfante: vestia una brillante armadura, y el casco de oro que llevaba en la cabeza estaba rodeado de un turbante blanco y adornado con plumas sujetadas con un broche de diamantes.

Por entonces el embajador francés tuvo varias rencillas con el residente imperial Rodolfo Schmid, relativas á las iglesias de Oriente, de las que el embajador francés pretendia ser único protector en nombre de su rey. El embajador sostenia á los capuchinos franceses, y el legado austriaco á los franciscanos. Tan mezquinas disputas rebajaron la consideracion que debian tener los representantes de las naciones cristianas.

A poco de estar Amurates en Constantinopla, supo que el ejército Persa se habia apoderado de Erivan.

Al morir Betlen Gabor, rey de Transilvania y de Ungria, en 1628, se presentaron varios aspirantes á aquellas provincias: eran estos Seckel Moses, apoyado por la Suecia, Estevan Betlen, por la Puerta, y Jorje Bakoczy, por Fernando II, emperador de Alemania. Hubo entre ellos varios encuentros, y por último triunfó en esta lid el baron de Bakoczy: con pocas fuerzas destruyó en varios ataques al ejército turco, que se componia de veinticinco mil hombres, y en una batalla decisiva se vió la Puerta obligada á reconocerle (1636) por vaivoda de Transilvania, con la cláusula de restituir á Estevan el territorio que le pertenecia.

Muerte del patriarca Cirilo en 1637. — Cirilo, patriarca griego, encarnizado enemigo de los jesuitas, fué acusado por estos de tener intelijencias con la Rusia: arrancado un dia de su palacio, fué conducido al castillo de las siete torres, y ahorcado una noche. Cartile, su sucesor, partidario de los jesuitas, tuvo que entregar al tesoro imperial cincuenta mil escudos para obtener su diploma.

Toma de Bagdad. — Amurates, que habia resuelto apoderarse de Bagdad, estuvo haciendo sus preparativos. Antes de ponerse en marcha, manda asesinar á otro ermano suyo llamado Kazim, cuyas brillantes disposiciones habian escitado sus zelos. En noviembre de 1638, á los seis meses y medio despues de la salida de Scútari, llegó el ejército turco delante de Bagdad. El sultan con uniforme de

jenízaro animaba el ardor de los soldados que trabajaban en la trinchera; mezclado él entre los trabajadores, los entusiasmaba, y con su ejemplo consiguió felices resultados. Despues de un fuego muy sostenido, se dió el asalto jeneral en 24 de diciembre; la plaza se rindió por capitulacion al cabo de cuarenta dias de sitio, y se reunió al imperio turco al que hasta hoy pertenece. La pérdida que hubo por entrambas partes en este sitio memorable y sangriento, ascendió á setenta mil hombres. El gran Sofí, umillado, pidió la paz, y Amurates se la concedió.

En 1637, una escuadra berberisca á las órdenes de Alí-Picenino, asoló las costas de la Pulla y apresó á un buque veneciano: al siguiente año el almirante de la república, Marini Capello, persiguió á los corsarios hasta dentro de Valona, puerto de Albania perteneciente á los turcos. Al cabo de un mes de bloqueo se apoderó Capello de la escuadra berberisca bajo el cañon de la plaza. Irritado Amurates con aquella violacion de la tregua, mandó degollar á todos los venecianos que se allaban en el imperio; sentencia que no se ejecutó, porque el gran visir supo calmar su ira. El negocio se arregló dando la república la cantidad de doscientos cincuenta mil cequíes.

Desde la toma de Bagdad padecia Amurates de gota ciática: en enero de 1640, de resultas de un banquete tuvo un ataque tan fuerte que estuvo á punto de morir. Tirano hasta en sus últimos momentos, amenazó á los médicos con la muerte si no le curaban, y mandó aorcar á su ermano Ibrahim, que hasta entonces se habia libertado de la muerte por el desprecio con que le miraba, á causa de su debilidad. La sultana impidió la ejecucion, y dijo al moribundo que ya estaba obedecido. Este quiso ver por sí mismo el cadáver, y levantándose de la cama cayó en los brazos de sus sirvientes sin poder dar un paso. Pocos dias despues espiró el 9 de febrero de 1640, á los veintinueve años de edad, habiendo reinado diezisiete.

Amurates IV era aborrecido y odiado de sus vasallos, y apenas habia uno que por sus crueldades, no le mirase con espanto. Cuéntase que yendo un dia atravesando un puente á caballo, unos treinta derviches se hábian ocultado para verle mas

de cerca; cuando llegó, salieron los derviches escondidos, el caballo del sultan se asustó un poco, y por esto los mandó decapitar en el acto. En uno de los escesos de furor que le ocasionaba su estado abitual de embriaguez, mandó aogar unas pobres mujeres que estaban bailando en un prado, porque le incomodó la alegría de estas infelices. Otras muchas barbaridades pudiéramos anotar para probar el carácter feroz de Amurates. Aborrecia el opio y el tabaco, y espidió decretos fulminantes contra los que los usáran. Un tchauch fué decapitado sin otro crímen que haber fumado una pipa de tabaco; sesenta y cuatro fumadores cojidos en varios puntos, perecieron unos aorcados, otros descuartizados, decapitados, ó á martillazos. En otra ocasion se manifestó mas umano: un tal Tiriaki no pudiendo resolverse á abandonar el tabaco, hizo una profunda escabacion cubriéndola con céspedes: luego se metia dentro para fumar y no ser visto. Sin embargo, lo descubren y dan aviso secreto al sultan, quien acude y lo coje en el hecho. Saca su cimitarra para erirle él mismo, pero el culpable con mucha serenidad le dijo: «Fuera de aquí, hijo de la esclava (1)! Domine todo el mundo, y deja en paz las mansiones subterráneas.» Cayóle en gracia al sultan aquella salida, y no solo le permitió fumar, sino que le empleó en su palacio. En 1634 un mercader veneciano fué aorcado por haber mirado al serrallo con un anteojo desde su casa.

Cuéntase igualmente que habiendo proibido el uso del vino, castigaba con la muerte á los borrachos, y aun al que olia á aquella bebida: que una noche que iba de ronda tropezó con un hombre del pueblo, quien lejos de atemorizarse por la presencia del sultan, le ordenó que le dejase el paso franco. Sorprendido Amurates de tanta osadía le dijo que era el padischah.—«Y yo soy Bikri Mustafá, respondió el borracho: si me vendes á Constantinopla te la compro.—¿Y dónde tienes el dinero para comprármela? — De eso no te dé cuidado, dijo Mustafá; haré mas todavía compraré al *hijo de la esclava.*»

Manda Amurates trasportarlo á su palacio, y cuando creyó se habrian disipado los vapores del

(1) Nombre que dan los turcos á los sultanes, porque todos son hijos de esclavas.

vino, lo hizo conducir á su presencia. Mustafá, que conocia la crueldad del sultan se dió por muerto. Pero la necesidad le sujiere una feliz estratajema. Pide un frasco de vino, lo cubre con su ropa y marcha con resolucion á ver al tirano. Este le dice que dónde están los millones que vale Constantinopla: «¡O padischah! esclamó Bikri sacando el frasco: aquí tienes el tesoro que convierte á un mendigo en conquistador, y hace de un miserable faquir un Alejandro.» Persuádele á que beba, Amurates se embriaga, y tanto le agrada, que continuó emborrachándose todos los dias, admitiendo por último á Bikri en el número de los consejeros privados por tan feliz descubrimiento.

FIN DEL TOMO VIJÉSIMO.

INDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO DECIMOSETIMO.

HISTORIA DE TURQUIA.

LIBRO UNICO.

HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

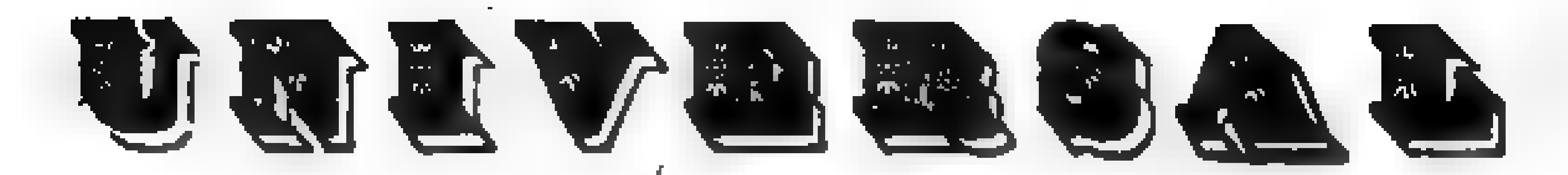
TOMO XXI.

AVISO AL LECTOR.

Por las circunstancias políticas actuales, y por otras razones que no son de este lugar, he dejado de estar á la cabeza de esta compilacion histórica.

A. Martinez del Romero.

HISTORIA



ANTIGUA Y MODERNA

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CÉLEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, LISTA, etc.

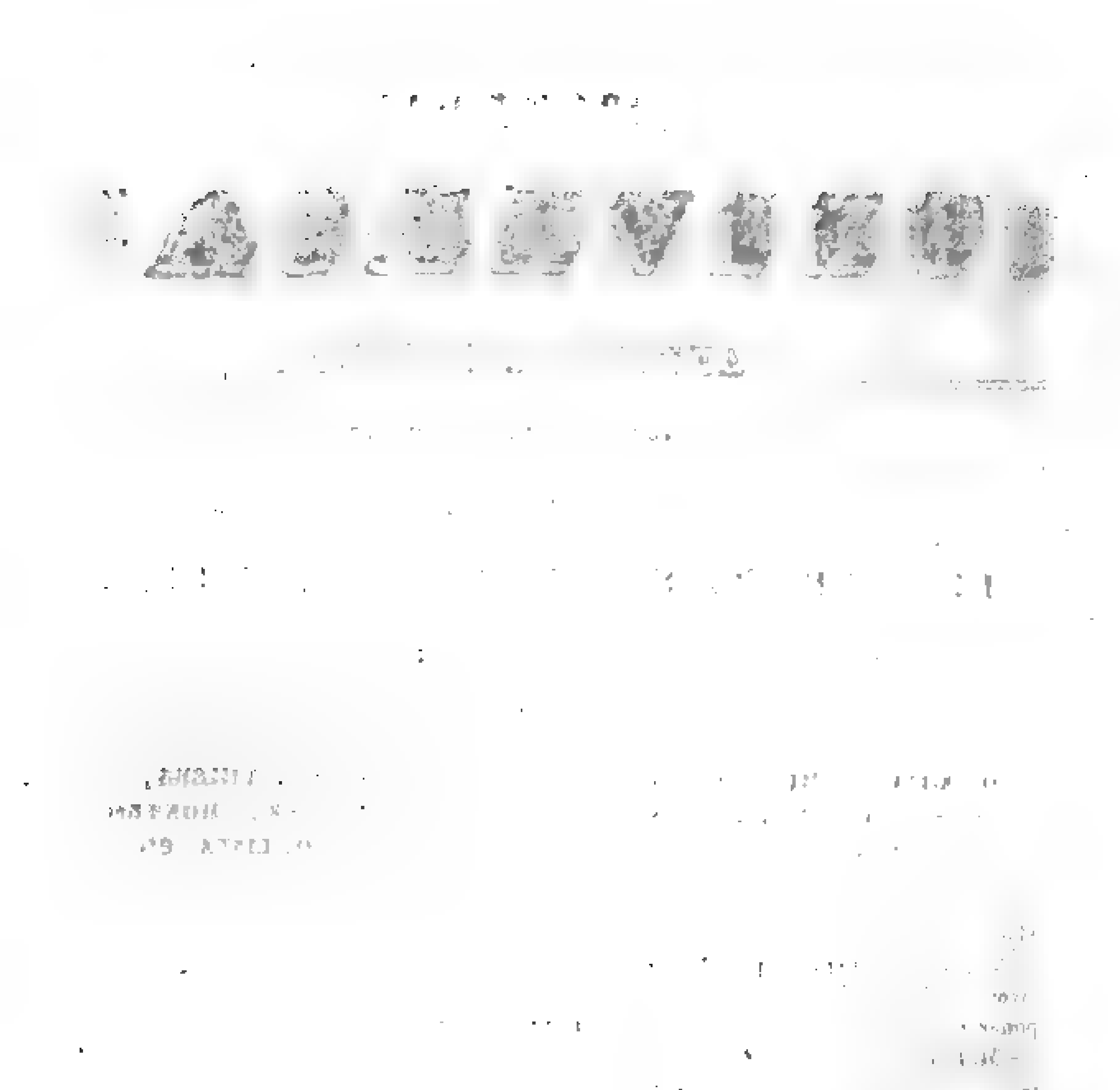
OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION

DE D. CAMPUZANO.

MADRID:
1844.



Oficina del Establecimiento Central, calle de Atocha, núm. 65, cuarto principal.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO UNICO.

CAPITULO IV.

Ibrahim. — Mahomet IV. — Sublevacion del ejército. — Deposicion de Mahomet. — Soliman III. — Nueva sedicion. — Kiópruli Mustafá. — Toma de Belgrado por Kiópruli. — Ahmed II. — Muerte de Kiópruli. — Mustafá II. — Otra sublevacion del ejército. — Mustafá abdica en favor de su hermano. — Ahmed III. — Revolucion en Constantinopla. — Deposicion de Ahmed. — Mahomet V. — Insolencia de Patrona, principal corifeo de los rebeldes. — Muerte de Patrona y de sus compañeros. — Osman III. — Mustafá III. — Abdul-Hamid. — Guerra con la Rusia. — Selim III. — Paz con la Rusia. — Nuevas disensiones con la Rusia. — Deposicion de Selim III por los jenízaros. — Mustafá IV. — Combate naval de Lemnos. — Tentativa para reponer en el trono á Selim. — Muerte de Selim. — Deposicion de Mustafá. — Mahamud II. — Muerte de Mustafá IV. — Incendios en Constantinopla. — Guerra del Yemen. — Victorias de Ibrahim Bajá. — Levantamiento de los griegos. — Guerra con los griegos. — Alejandro Ipsilanti abandona cobardemente sus tropas. — Primera asamblea nacional de Grecia. — El virey de Ejipto envia refuerzos al ejercito del sultan. — Estincion de los jenízaros. — Intervencion en favor de la Grecia. — Combate de Navarino. — Resolucion de las potencias mediadoras. — Nueva guerra con los rusos. — Batalla decisiva de Pravadi. — Paz con la Rusia. — Turbulencias en Grecia. — Rebelion del virey de Ejipto. — Batalla de Helib. — Muerte de Mahamud II. — Abdul-Medjid-Kan, sultan actual. — Paz entre el sultan y Mehemet-Alí.

Ibrahim. — (1639) Cuando los grandes llegaron á la prision donde hacia cuatro años que se consumia Ibrahim entre la vida y la muerte, se resistió y no consintió en que entrasen hasta

que le presentaron el cadáver de su hermano. Al verle se tranquilizó, abrió la puerta, y fué colocado en el trono. Ibrahim se dió á la sensualidad como su hermano se habia entregado á los escesos del vino; mas no supo como él, alternar la diversion con el cuidado de los negocios. Así fué que su madre se apoderó del gobierno y mandó sobre su hijo, dándole con profusion los objetos mas capaces de escitar y mantener sus deseos inmoderados. Cuantos querian ganar su gracia, así ministros como jenerales, le proporcionaban á competencia estos placeres; pero él no se satisfacia con tales ofertas, porque habia una intrigante encargada particularmente de recorrer los baños, y darle cuenta de las hermosuras dignas de ser miradas. Desgraciadamente elojió de tal modo á la hija del muftí, que el sultan propuso á su padre se la diese por esposa. El muftí rehusó este honor temiendo que solo fuese un capricho pasajero; mas el emperador, arrastrado del ardor de su pasion, mandó llevar á la jóven á su presencia, la tuvo por algunos dias en el serrallo, y la devolvió á su padre con desprecio. Esta violencia le hizo perder la corona y la vida, porque el muftí, de acuerdo con otros señores descontentos por la torpeza del sultan y su inutilidad en el gobierno, promovieron una sedicion de los jenízaros. Ibrahim, que no podia resistir, permite ser depuesto y confinado á su cuarto; pero pocos dias despues le ahorcaron, á la edad de treinta y tres años, despues de haber reinado diez.

Mahomet iv. — (1649) Mahomet IV era el último de los tres hijos de Ahmed, que se habian sucedido; y por una singularidad notable, tres hijos de Ibrahim disfrutaron tambien sucesivamente del trono. Otra singularidad de Mahomet fué que reinó con fortuna treinta y cinco años; y despues de tan largo espacio de tiempo, que parece debió consolidar su poder, le obligaron á renunciar y sobrevivió cinco años a su deposicion, sin inquietarle nada en su cuarto, que le servia de cárcel. ¡Raro ejemplo de la inconstancia de las cosas humanas! Sus hazañas no estan tan distantes de nuestros dias, que no nos acordemos del famoso sitio de Candía, cuya toma sujetó á la media luna la antigua Creta. Al principio del siglo XVIII los padres referian á sus hijos los combates que habian visto casi al pie de los mu-

ros de Viena, cuando el gran Sobieski inutilizó los vanos esfuerzos de los musulmanes. Mejor ésito tuvieron las armas de Mahomet contra Buda, capital de la Hungría. Todos aquellos paises de Alemania limítrofes del imperio turco, fueron muchas veces asolados por los jenerales de este sultan, á quien tachan de no haber sabido hacer la paz ni la guerra, porque sus reveses fueron mas frecuentes que sus victorias. Multiplicados los primeros en los cuatro últimos años de su vida, dieron motivo á la conspiracion que le privó de la corona.

Sublevacion del ejercito.—Estaban de mala intelijencia los principales oficiales del imperio, á causa del ascendiente que tenia el gran visir sobre Mahomet. Este ministro habia abusado muchas veces de la confianza de su señor, y aun castigado, para escusar ú ocultar su rapacidad, á hombres que merecian haber sido premiados. El bajá Sinam, uno de los capitanes destinados á la muerte por la venganza del ministro, se aprovechó del descontento que causaron en las tropas algunos reveses que habian sufrido, y sabiendo que faltaba dinero en el tesoro, los escitó á pedir su paga ó la cabeza del visir. Atemorizado el ministro abandonó en secreto el ejército, y llegó el primero á dar parte al sultan de lo que sucedia; pero despues de su salida se puso todo en peor estado. En una junta de los principales jefes habia logrado Sinam que no se pidiese la cabeza del visir, sino la deposicion del mismo emperador. Despues de esta resolucion, el ejército marcha hácia Constantinopla, precedido de una carta escrita á gusto de Sinam, la cual decia: «Que el ejército iba á Constantinopla, no para dar paso alguno sedicioso, ni atentar contra la persona sagrada de S. A., sino para pedir justicia de la traicion y desercion del visir.»

Deposicion de Mahomet. —Como el ejército se acercaba cada vez mas é insistia en su pretension, fué preciso entregarle el infeliz ministro, á quien quitaron la vida. El sultan, á fin de ganar á Sinam, le ofreció la plaza de gran visir, y él la aceptó. Al punto sospecharon de él los sediciosos, y á la verdad con razon, porque habiendo llegado al colmo de sus deseos, empezó el ambicioso á hacer los mayores esfuerzos para defender al que le habia elevado. Se descubrieron sus manejos, perdió to-

do su concepto, y recayó la confianza de la faccion en otros dos que caminaban derechos al fin, y sin andar en rodeos dijeron al emperador: «Que el cuerpo lejislativo, todo el pueblo y la milicia le deponian y le esortaban á dejar por bien el cetro, y renunciarle en su hermano Soliman.» Mahomet oyó esta resolucion con mucho sosiego, y empezó á disculparse sobre su conducta; mas el que llevaba la órden le interrumpió, sin respeto alguno, diciéndole: «Yo no he venido á oir vuestra apolojía, sino á mandaros en nombre de la nacion musulmana dejar el trono, porque no hay otro medio de salvar el honor y la vida.» El sultan respondió tristemente: «Supuesto que la cólera divina, irritada por los pecados de los musulmanes, debe recaer sobre mi cabeza, id y decid á mi hermano que Dios declara su voluntad por la boca del pueblo, y que á él pertenece desde hoy el gobierno del imperio otomano.» Dicho esto se encerró en su cuarto, de donde no salió jamás. Vivió cincuenta y dos años, y reinó treinta y cinco. Casi nunca mandó Mahomet en persona sus tropas, y acaso esta fué la causa de la sublevacion de sus soldados, porque no le conocian personalmente. Aunque se habia distinguido siempre por su inclinacion á la clemencia, sin embargo, en el momento de la rebelion quiso, arrastrado de las circunstancias, matar á su hermano para quitar este recurso á los rebeldes; pero se le opusieron.

Soliman III. — (1683) Cuando el comisionado de los sediciosos fué á dar cuenta á Soliman de la determinacion de su hermano, se quedó asombrado de oir que habia dado tal respuesta, y esclamó: «En nombre de Dios inmortal! ¿para qué venís á perturbar mi reposo? Os suplico que me dejeis pasar en paz en mi retiro los pocos dias que me resten de vida. Continúe mi hermano gobernando el imperio, supuesto que este es en él un derecho que le dió la naturaleza, pues yo he nacido solamente para meditar en las cosas de la otra vida.» Mucho trabajo costó reducirle, y casi fué necesario arrancarle violentamente de la prision. Sentóse temblando en el trono, y mientras le arengaban miraba hácia todas partes con inquietud, como si á cada instante temiese ver llegar á su terrible hermano acompañado de los mudos y del fatal cordon. Al fin se sosegó, y

se acostumbró á oir que le pedian sus órdenes.

NUEVA SEDICION. — Su primer cuidado fué confirmar á Sinam en la dignidad de gran visir. No necesitando mas que la obediencia, procuró el ministro sosegar la rebeldía de los jefes que habian cooperado con él á la sedicion. Viéndose aquellos espuestos á ser castigados por el que habia sido su antiguo cómplice, sublevaron á los jenízaros contra él: le acusaron de conspirador y de enemigo de Soliman, diciendo que le queria destronar. Acometieron á Sinam en su mismo palacio, y aunque se defendió con valor, al fin tuvo que rendirse, y fué despedazado. Los jenízaros elijieron é hicieron nombrar por sucesor á uno de sus hechuras, que no tardó en escitar el descontento entre sus mismos protectores, porque queria dividir los jenízaros á fin de debilitarlos. Mas esta tropa revoltosa, que adivinó la intencion, trató de evitarlo y mató al nuevo visir. En esta sedicion se arrojó el pueblo á escesos que no se conocian antes entre los turcos. Violando todos los respetos del serrallo, sacó de allí á las mujeres, y las arrastró desnudas por las calles. Despues de este escándalo nada fué respetado, pues el saqueo de las casas de los ricos llegó á ser jeneral.

El *ulema*, ó cuerpo de los letrados, aunque con sus murmuraciones habia contribuido á los ultrajes de la majestad imperial y á los desórdenes que siguieron, se reunió, hizo enarbolar el estandarte de Mahoma, y despachó correos por todas partes para que los musulmanes que no quisiesen ser juzgados como infieles, se agregasen al estandarte, y así todos acudieron en tropel. Otros cuentan de diverso modo la causa de esta reunion que puso fin á la sedicion, pues dicen que despues de cinco meses de anarquía, durante los cuales los jenízaros mataban á cuantos les eran sospechosos, y destruian ó ponian bajáes á su antojo, una bagatela volvió á ponerlo todo en órden. Cuatro jenízaros usaron de su derecho ordinario, robaron pañuelos de una tienda, y los mercaderes cansados de estos robos tomaron las armas, y mataron á dos de los ladrones. Un *emir*, esto es, un descendiente de Mahoma, aunque mero particular, puso un pañuelo blanco en la punta del baston, y esclamó: «Que todos los verdaderos musulmanes vayan al serra-

lo á suplicar al sultan que enarbole el estandarte del profeta, á fin de esterminar á los rebeldes.» Es verdad que en la multitud reunida alrededor del estandarte habia gran número de partidarios de la sedicion, y sin embargo, cuando el emperador les preguntó qué pedian, respondieron todos que se quitase la vida á los jefes de la milicia sediciosa, que eran los que los habian seducido. El sultan lo mandó, y al instante fueron entregados al suplicio. Con esto se deshizo el tumulto, cada uno se volvió pacíficamente á su hogar, y el comercio y los negocios siguieron su curso ordinario. No tardó en tomar un aspecto tranquilo esta ciudad, que habia sido tan perturbada por espacio de ocho meses, de suerte que la pacificacion pareció haber sido mas bien obra del cansancio que de la prudencia. Las provincias que tambien habian sido ajitadas, volvieron á entrar en la calma y serenidad.

Soliman era un mero espectador de la tempestad, como un viajero que encerrado en un navío se deja llevar de las olas sin intervenir en la maniobra, y cuenta por una gran fortuna que el ímpetu de algun viento favorable le haga arribar al puerto. Pero estaba muy lejos el horizonte mahometano de gozar de aquella serenidad que deseaba la indolencia de Soliman. Sostenia este una guerra desastrosa contra la Alemania y Venecia; y los reveses fueron tan grandes, que el sultan se vió precisado á tomar ocultamente medidas para la paz. La corte de Viena no supo aprovecharse de estas circunstancias, puso el precio muy alto, y entretanto que regateaba sobre las condiciones que le ofrecia la corte otomana, se presentó Kióprulí-Mustafá, y rejeneró el imperio.

Kióprulí mustafa. — Este bajá no habia tenido parte en los últimos alborotos, sino en cuanto era preciso para librarse del peligro. Concluida la rebelion, el conocimiento de sus talentos y la necesidad que de él tenian, le elevaron al cargo de caimacan ó gobernador de Constantinopla, y agravándose las circunstancias le nombró el sultan gran visir. Luego que tomó posesion de su ministerio, formó un consejo de los primeros oficiales del imperio, y preguntó: «¿Conviene hacer la paz ó la guerra?» [redacted] muftí habló el primero, y opinó por la paz. Siguieron los mas su opinion, y advirtieron al gran visir que pa-

se negociarla habia sujetos comisionados secretamente en la corte de Viena. «Eso no me admira, respondió prontamente Kiópruli, segun el modo con que hace siete años nos hemos portado con los alemanes, y esto proviene de la incapacidad de los jenerales, de la ceguedad de los consejeros, y de que el cuerpo lejislativo tiene el corazon corrompido, el alma cobarde y poseida de temor. Los visires y los gobernadores no han pensado mas que en juntar ejércitos numerosos, y los consejeros en llenar las arcas del sultan á cualquier precio. El ulema, contento con disfrutar buenas rentas y gozar de las delicias del descanso, se ha detenido poco en que el imperio esté bien ó mal gobernado, ni en hacer reformas en las costumbres y los vicios del pueblo, que son el orijen de las calamidades presentes; por lo cual han dado la mano á las primeras proposiciones de paz, y violentado en cierto modo á los musulmanes á aceptarla. Despues, cuando irritado Dios con tantas infidelidades, aleja la paz que se proponia con condiciones honoríficas, recurren á su antiguo método de culpar á los sultanes, aunque todo el mal venga de ellos. A vista de esto, ¿nos deberemos admirar de que Dios no haya favorecido á los musulmanes? Las promesas de nuestro profeta suponen siempre ciertas condiciones que deben preceder: tales son un corazon recto en los soldados con la práctica de las buenas obras, y el amor á la justicia en los que hayan de ser elejidos para el gobierno de los pueblos. Todas estas virtudes faltan entre nosotros. Dadme, pues, solos doce mil verdaderos profesores del Coran, hombres de corazon recto y de espíritu puro, y yo espero con la ayuda de Dios humillar á los infieles por muy numerosos que sean sus ejércitos.»

Despues de la amarga censura de Kiópruli, que recaia directamente sobre la mayor parte de los que le escuchaban, consiguió que se decidiese la continuacion de la guerra. Rompió la negociacion de Viena, y todos sus cuidados se dirijieron á formar un buen ejército y proveerle de municiones. El tesoro se hallaba enteramente agotado: ecsaminó escrupulosamente la inversion que se habia hecho de las rentas, determinó se ecsijiesen impuestos á los que podian sufrirlos, limitó todas las esenciones, y reformó otros

abusos. Hizo volver al tesoro las cantidades que los bajáes, recaudadores ó arrendadores habian estraviado con sus fraudes, y se apoderó de las fundaciones, ó de los depósitos de dinero que la devocion supersticiosa habia legado antiguamente á los colejios de los imanes. El jefe de estos dijo que era una accion sacrílega; pero Kiópruli contestó que las riquezas destinadas á usos relijiosos, debian ser empleadas en guerras de relijion.

Este piadoso motivo contribuyó infinito para formar su ejército. Le propusieron el arbitrio de obligar á todos á que se alistasen; pero Kiópruli dijo, que habiendo resuelto no fiar el mando del ejército á otro que á sí mismo, no queria recibir soldado alguno alistado por fuerza. «Solamente, añadió, hago presente á los musulmanes, que por precepto de Dios y de su profeta, á ninguno es permitido evitar el martirio (1), ni desesperar del buen écsito, cuando se arma para defender la ley de Mahoma, y para estirpar los infieles. De consiguiente, todo buen musulman que se crea en conciencia obligado á seguir la ley del profeta, no tiene mas que venir á alistarse, si está en disposicion de sufrirlo todo por la fé. Al contrario, aquel que dude ó tema esponerse al martirio, ó que tenga asuntos indispensables que le puedan escusar ante Dios, puede quedarse en su casa con toda libertad. Allí despues de haberse purificado de sus pecados, debe pedir la bendicion de Dios sobre las armas del imperio. Aunque sean de profesion militar, no serán buscados ni castigados, antes bien recibirán sus pagas como si sirviesen en el ejército.» Ninguno pretendió ecsimirse; y con solo aplicar una sentencia del Coran, reunió el visir en poco tiempo un ejército mas numeroso y de mejores soldados que cuantos se habian formado por la intriga y la fuerza empleadas en otras ocasiones.

TOMA DE BELGRADO. — Kiópruli cumplió su palabra; púsose en persona al frente del ejército principal, y mientras que los otros conseguian algunas ventajas, él para entusiasmar á las tropas con alguna accion ruidosa, fué á sitiar á Belgrado. Tomó esta plaza, y se preparaba para seguir en sus victoriosos

(1) Los musulmanes llaman mártires á los que mueren en la guerra, porque todas sus guerras las conceptuan como de relijion.

sucesos, cuando el temor de la prócsima muerte del sultan le hizo volver á Constantinopla. Este príncipe murió en el año cincuenta y dos de edad y cuarto de su reinado. Ningun sultan le escedió en la observancia de la ley, y aunque era escaso de entendimiento, leia mucho. Era sencillo en sus modales, y mas á propósito para derviche que para emperador.

Ahmed II. — (1691) Ahmed II, hermano de Soliman, no tuvo mas talento que él, ni mas influjo en el gobierno. Jamás discurria, todo le parecia bien en el momento en que se lo proponian, y por eso su gobierno fué el mas estable. Kióprulí le colocó en el trono, á fin de no ver en él á Mahomet IV, que vivia aún, ni á su hijo Mustafá, porque ambos podian vengarse de la parte que habia tenido en la deposicion del gran visir. Apenas habia hecho Kióprulí este servicio á Ahmed, cuando corrió riesgo de ser recompensado con una desgracia, y necesitó de toda su firmeza y resolucion para librarse de este peligro.

Muerte de Kióprulí.—Entonces pensó en afianzar su autoridad con nuevas victorias, y poniéndose al frente de su ejército fué á buscar los enemigos en las riberas del Danubio. Cuando ya iba á conseguir la victoria le hirió una bala en la cabeza, de cuyas resultas murió. Este accidente desalentó á los turcos, que abandonaron el campo de batalla, sacando con mucho trabajo el cuerpo del jeneral moribundo. Luego que Ahmed se vió sin Kióprulí, que era quien fijaba siempre su resolucion, se propuso seguir todos los consejos que le daban, y le importaba poco que unos se opusiesen á otros. Lo mismo le sucedia con los consejeros y grandes visires, pues los mudaba como sus resoluciones, y los negocios se dejaban á la casualidad. Si le conservaron en el gobierno fué porque era de una salud tan quebrantada, que cada dia esperaban su muerte. Al fin le sobrevino ésta despues de cuatro años de reinado y cincuenta de edad; y esto es todo lo que podemos referir de él como soberano. Como particular, podrá decirse que era de humor alegre, vivo y agradable, poeta, músico, y de un natural tan bello, que era incapaz de hacer daño á nadie; y así como su hermano Soliman solo era bueno para derviche, Ahmed, á lo menos habria sido un particular amable.

MUSTAFÁ II. — (1695) Mustafá II, jóven y activo, pareció que reanimaba el imperio, decaido bajo el gobierno de sus antecesores. Los cuidados que se tomó, y los arbitrios de que se valió para formar á su vista las tropas, hicieron concebir grandes esperanzas. Declaró que él mismo dirijiria el ejército contra el enemigo, y asi lo hizo, aunque fué para sufrir una derrota de las mas vergonzosas y completas que jamás habian esperimentado los turcos. Esta desgracia le obligó á solicitar la paz, y aunque la deseaban tambien el emperador de Alemania y los demás príncipes, era difícil formar los preliminares, porque cada potencia tenia por punto de honor el no dar los primeros pasos. Maurocordato, primer intérprete de la Puerta, quitó este obstáculo engañando la vanidad de todos; y segun aquel proverbio persiano que dice: «una mentira que consigue el objeto, vale mas que una verdad que le espone á perder,» hizo creer á cada una de las partes que estaba encargado por la otra para procurar la paz; y teniéndolas engañadas de modo que no padeciese su pundonor, allanó las dificultades, y sirvió de instrumento para una paz, igualmente necesaria á ambos imperios.

Desembarazado el sultan de tan ruinosa guerra, pensó solamente en divertirse, como lo habia hecho su padre Mahomet IV. Se entregó con esceso á la caza, y abandonó el gobierno á sus ministros, especialmente á su gran visir. Pero se equivocó, porque los negocios iban mal, el pueblo murmuraba, Mustafá sostenia al visir, y precisado á abandonarle, mostró igual empeño á favor del que le sucedió en el cargo, aunque no fuese mas hábil ni de mejor intencion, sino que parecia que pensaba solo en su fortuna. Bajo la dominacion de un príncipe tan descuidado reinaron intrigas en la corte, y se envenenaron los odios. Lo que en otra parte no produce mas que una desgracia, causa en la Puerta la muerte de los rivales, y estos homicidios indisponen á los partidarios de los infelices sacrificados, por lo cual rara vez llegan á convenirse entre sí. El gran visir habia querido deshacerse del muftí, éste derribó al visir, y los amigos del último armaron lazos al muftí y al nuevo gran visir su protejido.

OTRA SUBLEVACION DEL EJÉRCITO. — Por una mala conducta,

que apenas puede creerse en el estado de fermentacion en que se hallaban, el muftí y el visir faltaron á la paga de las tropas; estas se sublevaron y tomaron las armas en Constantinopla. Encubrieron este alboroto al sultan, que andaba cazando en las cercanías de Andrinópolis, el cual creyó que todo era una bagatela, hasta el instante en que le dijeron que todo el ejército estaba á las puertas. Los jenízaros le enviaron á decir, segun costumbre, que no habian tomado las armas contra él ni contra los musulmanes, sino para hacer comparecer á los ministros infieles al sagrado tribunal del Coran, y obligarles á someterse á un ecsámen jurídico: que si trataba de usar de la espada en un asunto de esta clase, rechazarian ellos la fuerza con la fuerza; pero él seria responsable de la sangre que se derramase. Despues de algunas contestaciones, el sultan puso en su poder al muftí y algunos otros, los cuales fueron muertos con tormentos inauditos. Mientras que el emperador deliberaba, los sediciosos, conociendo que tarde ó temprano serian castigados por un príncipe á quien habian ofendido tan gravemente, si le dejaban con el imperio, escribieron al sultan Ahmed, su hermano, escortándole á que marchase al ejército.

Mustafá abdica en favor de su hermano. — Interceptada la carta por Mustafá, le puso en grande perplejidad. Una de dos resoluciones tenia que tomar, ó la de renunciar la corona en favor de su hermano, ó la de hacerle morir para quitar este recurso á los rebeldes. La humanidad de Mustafá no le permitió cometer una accion tan contraria á la naturaleza. Va pues á buscar á su hermano, le abraza con el mayor afecto, le declara que le pedian para que ocupase el trono, le saluda emperador, y le dice antes de dejarle: «Ten presente, hermano mio, que te he permitido vivir con entera libertad: te suplico que obres conmigo del mismo modo; pero acuérdate de que los instrumentos de tu elevacion han sido unos traidores, y temo que si dejas impune su atentado, no tardarán en tratarte como á mí.» Luego que le dió este consejo se encerró en el cuarto de donde habia salido su hermano, y la melancolía le consumió á los seis meses, en el año octavo de su reinado. No fué avaro ni pródigo; profesó mucho afecto á la relijion mahometana y á la jus-

ticia; pero reprensible por no haber sabido despues de hecha la paz ser tan activo como habia sido durante la guerra, y por haberse dejado dominar de unos ministros, cuya mala conducta fué la causa principal de su caida.

AHMED III. — (1703) Cuando Ahmed se halló en el trono, tuvo presente el consejo de su hermano Mustafá. Se dice que en cinco meses hizo desaparecer unos catorce mil soldados de los que mas habian influido en la conjuracion, sin contar gran número de oficiales y de bajáes. Los sacaban de sus casas por la noche, y los anegaban en el Bósforo. Estos castigos, verificados en aquellos que dominaban al pueblo y le conmovian, restablecieron la tranquilidad en Constantinopla; pero no libraron á la corte de las intrigas y conspiraciones que durante este reinado causaron las mutaciones de los ministros, las deposiciones y las sentencias de muerte dadas tan frecuentemente contra los grandes. A pesar de eso los negocios corrian como antes, es decir, que mas bien se dirijian segun los intereses de los ministros, que conforme á la gloria del imperio. Se advierte esta falta en lo que pasó con respecto á Cárlos XII, rey de Suecia; el cual vencido por los rusos, recurrió á los brazos de Ahmed; y la Rusia, segun se dice, ganó con dinero al gran visir para que no diese ausilio á este monarca.

A pesar de esta condescendencia interesada de los ministros turcos, se declaró la guerra á la Rusia, y se empezó segunda vez contra Alemania y Venecia. Otra se encendió contra la Persia; y aunque estas espediciones militares no siempre fueron desgraciadas, sin embargo, el imperio llegó á carecer tanto de caudales, que ya se advertia hasta en la capital, la escasez de víveres, la carestía de los jéneros, la falta de comercio, las vejaciones de las tropas, las cuales al pasar de Europa al ejército de Persia se detenian en Constantinopla como en un pueblo conquistado: estos diferentes motivos indisponian los ánimos de los que solo deseaban que se presentase la ocasion de manifestar su sentimiento. A esto se añadia el descontento de los soldados, que imputaban sus derrotas á sus jefes; las intrigas secretas de algunos miembros del cuerpo lejislativo, y de otros grandes empleados que estaban poco satisfechos del ministro.

Tales fueron las causas de una revolucion, que hizo descender á Ahmed del trono despues de un reinado de veintisiete años.

Revolucion en Constantinopla. — Tres hombres de la clase ínfima formaron esta empresa: el primero era un ropavejero, apellidado Patrona, porque habia servido en la marina en una galera llamada Patrona: el segundo Hemir-Alí, que no era de profesion mas elevada; y el tercero Muslú, que vendia frutas: este era elocuente á su modo, y un doctor para la plebe turca, porque sabia leer y escribir. Todos tres eran jenízaros, y Patrona fué el primero que se descubrió á los otros dos, á quienes halló bien dispuestos. Cada uno se asoció con tres hombres, y estos doce se repartieron de cuatro en cuatro, y marchaban todos con sable en mano y bandera desplegada gritando: «Ciérrense las tiendas: que todo buen musulman nos siga á la plaza mayor, y allí comunicaremos las justas quejas para hacer la guerra contra el ministerio.»

Arrastrada la multitud en tropel por estos gritos, en poco tiempo se aumentó por estar ausentes aquellos que habrian podido contener los progresos de la rebelion, porque el sultan y el visir habian ido á divertirse. El gobernador se entretenia en plantar tulipanes en su casa de campo; el jefe de la justicia tambien estaba fuera en sus jardines, y trataba de bagatelas todos los avisos que le enviaban de la ciudad; y el teniente del gran visir echó á huir. Solo el agá de los jenízaros marchó con su guardia ordinaria contra los sediciosos; pero su presencia fué inútil, y huyó para ocultarse, sin dar parte de lo que pasaba ni al sultan ni al visir: estos, luego que lo supieron volvieron á Constantinopla; pero ya no era tiempo. Algunas tropas que se esperaba resistiesen á los rebeldes rehusaron obedecer, y fué preciso tratar de composicion.

Ahmed hizo preguntar á los amotinados qué querian. Ellos pidieron que se les entregasen vivos el gran visir, su lugarteniente, el gobernador con sus dos yernos, y el muftí: que en cuanto á lo demás estaban muy contentos con S. A., y le deseaban toda prosperidad. El emperador les pidió que se contentasen con su renuncia: mas los facciosos no quisieron conformarse con esto; y como instasen amenazando, Ahmed se vió precisado á sacrificar las víctimas. Fueron, pues, ahorcados y sus

cadáveres entregados á los furiosos; mas no se contentaron con esto solo, porque despues de haber cometido tales escesos, conocieron que si dejaban reinar á Ahmed, quedaban espuestos á su venganza. Ciertamente el castigo de los rebeldes que le habian entronizado era un escelente aviso para los que trataban ahora de derribarle. Buscaron, pues, un pretesto que les desembarazase del emperador, y fué que habiendo ellos pedido que se les entregasen vivos los seis culpados, se los habian enviado muertos. En esto se fundaron para pedir que se depusiese al sultan.

Deposicion de Ahmed. — Se cree que fueron dirijidos en todos sus pasos por Ispiri-Zadé, predicante ordinario de la corte, que bajo un esterior sencillo y devoto encubria una escesiva ambicion. Este debia algunos favores al gran señor; mas no por eso se detuvo en tomar á su cargo el papel mas odioso de la sedicion. Cuando le vió el sultan creyó que veía á un amigo, y le preguntó: «Y bién, ¿se han sosegado los rebeldes? ¿Por qué no se retiran supuesto que yo he hecho por ellos mas de lo que debia? ¿Qué mas quieren?» — «Señor, respondió Zadé con mucha moderacion, tu reinado se ha acabado, porque tus vasallos no quieren reconocerte por emperador.» — «¿Y por qué, viniendo aquí todos los dias, no me lo dijiste antes?» replicó Ahmed encolerizado. Despues, sin detenerse, busca inmediatamente á su sobrino Mahomet, hijo de Ahmed II, le toma de la mano, le lleva á la cámara imperial, y le coloca en el trono. «Acuérdate, le dijo, de que tu padre no perdió el trono que hoy te cedo, ni yo tampoco le pierdo sino por fiarme demasiado de mis visires. Si yo les hubiese dado menos autoridad, y les hubiera ecsijido cuenta mas esacta de los negocios del imperio, tal vez habria acabado mi reinado tan gloriosamente como le principié. Adios: deseo que el tuyo sea mas feliz, y te encomiendo á mi hijo y á mi propia persona.» Dicho esto se retiró al cuarto que dejaba vacante su sobrino.

Ahmed III fué tambien el tercer sultan que en menos de medio siglo depusieron los rebeldes en la capital; y es de admirar que el primero que habia sufrido esta triste suerte no sirviese de escarmiento á los demás, y que á la primera chispa que encendió la hoguera de la

sedicion no se retirasen á las provincias, en donde habrian podido reunir alrededor de sí tropas con buenos jefes, que hubieran podido fácilmente apagar el incendio. Sin embargo, Ahmed pasaba por hombre de espíritu, de sagacidad y de política, y se aplicaba á los negocios; mas le dominaban dos pasiones, á saber: las mujeres y el dinero. La primera le adormeció en la inaccion y en el regalo, y la segunda no le dejó pagar á aquellos ajentes oscuros ó espías, cuyos descubrimientos son necesarios para poder gobernar en tiempos de revueltas.

Mahomet v. — (1730) Puesto Mahomet en el trono, hizo llamar al que se le habia proporcionado. Presentóse Patrona con sus piernas desnudas, como cuando vendia ropa vieja, y vestido de jenízaro. Le preguntó el sultan qué queria, y respondió: «Ya que tu alma está abierta al reconocimiento, te pedimos que des de ello un testimonio público, quitando al instante los impuestos que oprimen al imperio.» Imediatamente decretó el sultan que se aboliese un impuesto oneroso de su antecesor, y se diese al mismo tiempo la gratificacion ordinaria á las tropas. Pidió Patrona que esto se estendiese á los soldados nuevos, y sabida esta órden pasó á alistarse en las banderas una multitud atraida de este cebo. Allí se incluyeron ancianos, enfermos, muchachos, hombres absolutamente inservibles en la milicia, y para cuya paga no habrian bastado todos los tesoros del sultan. Quiso representar contra esto el agá de los jenízaros, y dando Patrona á entender que le desagradaba, mataron al oficial, y se hizo la distribucion con prodigalidad y con el mayor desórden.

Insolencia de Patrona, principal corifeo de los rebeldes. — Por esta violencia llegó á conocer Mahomet que si consentia á aquellos hombres en Constantinopla, pagaria demasiado caro el servicio que le habian hecho; por lo cual el consejo buscó medios para enviarlos lejos. Ofreció el sultan á Patrona el gobierno de la Natolia con el título de bajá, pero él se escusó con su profunda ignorancia. Esperando el agá de los jenízaros hacer la corte al príncipe y á Patrona, propuso que se le diesen cien mil cequíes, y que se retirase adonde mejor le pareciese. «Yo no necesito dinero, respondió el soberbio jenízaro; porque si lo quiero,

puedo disponer de todas las bolsas de Constantinopla.» Y echando una mirada terrible al agá, se atrevió á decirle delante del emperador: «No disputes conmigo jamás, si no quieres que te suceda lo que á tu teniente.»

Esta falta de respeto confirmó al sultan en la resolucion que tenia de librarse de este rebelde; y Patrona, que lo advirtió, aumentó su osadía. El gran visir mandó por un edicto que prohibiendo la ley ir armados por las ciudades durante la paz, las tropas depusiesen las armas. Los rebeldes desobedecian las órdenes, y todos los dias se presentaban en el divan Patrona y sus cómplices con anchas cimitarras: se sentaban familiarmente al lado del gran visir, pronunciaban á pesar de este las sentencias, distribuian los empleos, y le obligaban por fuerza á que nombrase á sus adictos. Encontró Patrona á un carnicero que le habia dado un dia la carne fiada: comenzó dándole mil cequíes, y le dijo: «¿Te importará poco vivir mas tiempo que yo?» — «No me importará mucho, respondió el carnicero.» — «Ea pues, añadió Patrona: ve y dí al gran visir que te dé las patentes de príncipe de Moldavia en lugar de Gregorio Jifá, que nos tiene descontentos.» No pudo menos de obedecer al gran visir, y el nuevo príncipe fué admitido á besar la mano de su alteza.

Este suceso aumentó la osadía de Patrona, que se nombró teniente jeneral de los jenízaros. Sábese que se habia propuesto hacer gran visir á su compañero Muslú, el único de entre ellos que sabia leer; á Hemir-Alí, gobernador de la ciudad, y colocarse él mismo por capitan bajá ó grande almirante. Estas escorbitantes pretensiones se descubrieron, y privaron á los rebeldes de muchos partidarios, aun entre los jenízaros. Ya estaba separado de ellos el predicante Zadé, que habia dirijido la sedicion, por haberle premiado sus servicios el gran señor con un empleo honorífico y lucrativo. Patrona, Muslú y Alí eran los únicos que, admirados de su poder, no conocian que se esponian á cada instante á perderle.

Muerte de Patrona y de sus compañeros. — Se ignora lo que querian proponer en un divan ó consejo de estado pedido por ellos, aunque con la condicion espresa de no admitir á él sino á muy pocos. El gran señor, á

quien habian animado, convocó el consejo en la forma pedida por los tres tiranos. Llegaron estos acompañados de cuarenta bandidos, á quienes solian llamar los *muchachos perdidos*. Detuvieron la escolta bajo el pórtico del último patio: entraron los rebeldes en el divan con su ordinaria osadía, y fueron recibidos con los honores á que se habian acostumbrado. Abrió el gran visir la sesion, distribuyendo empleos á los rebeldes y á sus adictos. Y cuando se recreaban con la sorpresa de que el emperador se hubiese anticipado á sus deseos, se oyó una palabra que fué la señal para que los hombres que se habian colocado detrás de cada uno de ellos, les diesen por la espalda la puñalada; y repitiendo, los dejaron allí tendidos y muertos. Entraron despues de cinco en cinco los muchachos perdidos y los degollaron. Al dia siguiente iban saliendo del serrallo carros cargados con los cadáveres de estos infelices, y unos hombres que delante gritaban: «así se tratará á cuantos se levanten contra nuestro poderoso monarca.» El pueblo lo aplaudió, los jenízaros manifestaron su gozo, y este suceso, sin que precediese órden alguna, dió motivo á una fiesta que se celebró en toda la ciudad.

Mahomet fué desgraciado en sus guerras contra la Persia, porque tuvo que hacer frente al célebre Tamas-Koulikan, el cual le despojó de la Jeorjia y de la Armenia. Los jenízaros hubieran querido que recuperase las provincias conquistadas por los imperiales en los reinados anteriores; pero el estado de los negocios con la Persia, no le permitió estender sus miras hácia la Europa. Además de eso debe advertirse que su carácter natural era muy pacífico, de suerte que gobernó á sus pueblos con mucha benignidad hasta su muerte, ocurrida en el año de 1754, á los cincuenta y ocho de edad y veinte de reinado.

OSMAN III. — (1754) Por la muerte de Mahomet recayó la corona en Osman III, que reinó solos tres años, ó sea hasta el de 1557, sin que en todo su reinado acaeciese suceso notable ni de importancia. Al morir dejó principiada una guerra con la Rusia.

MUSTAFA III.—(1757) El reinado de Mustafá III no fué para la nacion turca otra cosa que una larga série de desgracias, contrapuesta al feliz ascendien-

te de la inmortal soberana de Rusia Catalina II. Las turbaciones y los alborotos de Polonia en 1768 encendieron mas la lucha entre la Puerta otomana y los rusos: las campañas de Valaquia y de Besarabia fueron funestas para los musulmanes por la derrota de su ejército, y pérdida de su escuadra que les quemó el enemigo en el puerto de Tchsemé. En 1771 el jeneral Dolgorouki se apoderó de la fortaleza de Perekop, y deshizo las tropas otomanas en la batalla de Kaffa, de cuyas resultas quedó toda la Crimea en poder de los vencedores. Al ver los turcos las grandes pérdidas que sufrian, propusieron un armisticio en 1772, creyendo con esto que se terminarian aquellas desavenencias; pero no habiendo producido resultado alguno favorable los congresos de Foeszain y de Bucharest, empezaron de nuevo las hostilidades en 1773. Los rusos tentaron inútilmente el sitio de Silistria, y aunque por una parte batieron cerca del lago de Baresour un cuerpo de veinte mil turcos, por otra tuvieron muy mal écsito en su espedicion contra Varna. El mariscal de Romanzow habia pasado el Danubio, y aunque hacia la campaña con vigor y actividad, tal vez hubiera variado la suerte de la guerra, si no hubiese sobrevenido la muerte de Mustafá en 1774. Este sultan rienó diezisiete años.

Abdul-hamid. — (1774) Aunque Mustafá dejó un hijo de trece años y una hija, le sucedió en el trono su hermano Abdul-Hamid, príncipe de carácter pacífico y prudente. Principió su gobierno dando á sus pueblos [redacted] paz y el reposo de que tanto necesitaban. Los progresos del jeneral ruso Romanzow obligaron al divan á entrar en negociaciones, que tuvieron por resultado el tratado de Kainardji, en cuya virtud quedaron los tárteros de [redacted] Crimea, Kuban etc., reconocidos por libres, y enteramente independientes. La Rusia retuvo las fortalezas y puertos de Kertch y de Jenikala con la ciudad de Azof y sus distritos, y adquirió para su marina mercante la facultad de navegar en el mar Negro, y el permiso de arribar á los puertos del gran señor; pero además de restituir la Besarabia y los principados de Valaquia y Moldavia con las islas que habia conquistado en el Archipiélago, se obligó á evacuar la Jeorjia y la Mingrelia, con tal que el sultan renuncia-

se, como renunció, á la percepcion del tributo de jóvenes de ambos secsos que le pagaban aquellos paises. Finalmente, el imperio ruso quedó en posesion de la Crimea, del Kuban, de la isla Toman, y de la grande y pequeña Kabarda, que la Puerta le cedió con el consentimiento del kan de Crimea.

Guerra con la rusia. — En 1784 se hizo en Constantinopla otra convencion que no evitó nueva guerra, en la cual tomó parte la Suecia, aliándose en 1786 con la Puerta contra la Rusia, la cual por su parte tuvo por aliada á la Alemania. El gran visir Jusuf consiguió algunas ventajas sobre los austriacos en Transilvania, en 1788; pero al año siguiente fueron derrotados los turcos por los rusos y alemanes reunidos, en la batalla de Tocktchan. Estos diversos acontecimientos ocuparon con corta diferencia el reinado de Abdul-Hamid, el cual murió en 1789. «En aquella época, dice Mr. Chantreau, las preocupaciones civiles y relijiosas, la indisciplina de los jenízaros, la rapacidad de los bajáes, y los reveses que habia sufrido el imperio otomano en las últimas guerras, le habian quitado los medios de sostener su poder colosal.»

Selim III. — (1789) Muerto Abdul-Hamid, ocupó el sólio su sobrino Selim III, nacido en 1762; y aunque de temperamento vigoroso, le habia hecho débil su viciosa educacion. Su inesperiencia se notó en la continuacion de la guerra que halló comenzada, y que fué contraria á la media luna. Un ejército combinado de rusos y austriacos, batió á los turcos en el mismo año de 1789, á las orillas del rio Rimnik, cerca de Martinestia. A este desastre siguió la conquista de Belgrado por las tropas alemanas, que obligaron á los turcos á retirarse. En 1790 el Austria y la Rusia celebraron en Reichenbach un convenio, á fin de restablecer la paz entre Leopoldo II y la Puerta. Por este tratado devolvieron los alemanes todas sus conquistas, escepto Choczim. Pero Catalina continuó la guerra con actividad, y al siguiente año se apoderaron los rusos de Kilia y de Akerman: el jeneral Repnin batió á Jusuf-Bajá: Suwarow tomó por asalto á Ismail, donde hizo una cruel carnicería, y las escuadras turcas no se atrevian á parecer en el mar Negro.

Paz con la rusia. — Sin embargo, la czarina se vió obligada á detener el curso de sus con-

quistas, porque la Inglaterra y la Prusia, decididas á mantener el equilibrio europeo, pasaron notas diplomáticas al gabinete de San Petersburgo, reclamando en favor de la Turquía. Catalina accedió á las proposiciones de paz, que se firmó en Jasi en 1792, conservando la Rusia la plaza de Oczakow y todo el pais situado entre el Bog y el Dniester.

La invasion de los franceses en Ejipto al mando de Napoleon Bonaparte, obligó al sultan Selim á declarar la guerra a la Francia en 1798, publicando un manifiesto de las razones en que se fundaba; y aunque esta lucha fué porfiada y sangrienta, sin embargo, con el ausilio de los ingleses tuvo un resultado feliz para las armas otomanas, mediante la reconquista del Cairo y la capitulacion de Alejandría en el año de 1800. En el siguiente se ajustó un tratado de paz entre la sublime Puerta y la república francesa.

Nuevas disensiones con la Rusia. — No duró mucho en Turquía la tranquilidad, porque en 1806 declaró el sultan la guerra á la Rusia, y como por una consecuencia precisa á la Inglaterra, pues ofendida esta potencia de que no se admitiese su mediacion, emperó tambien las hostilidades. En 19 de febrero de 1807, la escuadra del almirante inglés Duckworth, compuesta de dos navíos de tres puentes, dos de setenta y cuatro cañones, y algunos buques menores, pasó el estrecho de los Dardanelos, y el 20 apareció delante del serrallo para obligar al gran señor á hacer la paz con la Rusia, y á declarar la guerra á la Francia. El almirante y el embajador recurrieron inútilmente á los medios de amenaza y de persuasion; pues los preparativos de la Puerta frustraron sus proyectos, y les hicieron retirarse el dia 2 de marzo, cañoneados por las baterías del estrecho. Casi al mismo tiempo el jeneral Fraser desembarcaba en Ejipto con seis mil ingleses. Despues de apoderarse de Alejandría, atacó á Roseta en 31 de marzo; pero fué rechazado, y despues de haber permanecido algun tiempo en Alejandría sin objeto, bloqueado y estrechado por los turcos, tuvo que reembarcarse en setiembre del mismo año.

Deposicion de Selim por los jenizaros. — Con todo eso la posicion del imperio otomano no dejaba de ser bastante crítica, ya por las frecuentes suble-

veciones de los bajáes, ya por la insurreccion de la Servia, promovida y sostenida principalmente por el famoso Czerni-Jorje. Persuadido Selim de la necesidad de introducir entre los jenízaros la disciplina y táctica de Europa, dió las órdenes convenientes al efecto, procurando al mismo tiempo arreglar los diversos ramos de la administracion, que se hallaba en el mayor desconcierto; pero de aquí provino su propia ruina; porque acostumbrados los jenízaros á una libertad que dejeneraba en licencia, no quisieron sujetarse á la disciplina militar. El 24 de mayo de 1807 se declararon las tropas en rebelion, y el muftí que se habia puesto á la cabeza de los sublevados, entró en el serrallo con trescientos jenízaros, leyó al gran señor una lista de sus delitos, que segun el Coran, le hacian indigno del trono, y mandóle firmar el acta de abdicacion que le presentaba. Como Selim no vió medio alguno de resistir, firmó el acta y pidió que se le conservase la vida, á lo que respondió el muftí que interpondria gustoso sus buenos oficios. Catorce de los principales empleados fueron degollados: se despacharon correos para el Ejipto y para los Dardanelos con órden de decapitar al gran visir y al capitan-bajá, y el infeliz sultan quedó encerrado en estrecha prision. Permaneció así hasta el mes de julio de 1808 en que sus partidarios quisieron restituirle el trono, cuya pretension fué causa de que muriese asesinado por disposicion de su sucesor y á manos de los mismos que habian contribuido á destronarle. El pueblo en jeneral no le tenia mal afecto; así es que, segun se asegura, no tomó parte alguna en el primer tumulto que le arrancó de las sienes la corona. Su reinado inquieto y laborioso duró diezicocho años y algunos meses. Fué enterrado en Yur, al lado de su padre.

Mustafa IV. — (1807) En 28 de mayo fué proclamado gran señor el príncipe Mustafa IV de este nombre, sobrino de Selim III. Se creia jeneralmente que la revolucion que le habia elevado mudaria el sistema diplomático del divan; pero la guerra con la Rusia y con los servios sublevados, continuó como antes. El ejército pasó el Danubio el dia 1.° de junio; y como el jeneral ruso Michelson escribiese al gran visir Mustafá diciéndole que la Rusia no estaba en guerra

con la Puerta, y que evacuaria á Bucharest dentro de pocos dias, el altivo musulman le contestó en estos términos: «¿No estás en guerra con la sublime Puerta, y has invadido sus estados? ¿No estás en guerra con ella y has ostilizado sus plazas fuertes? ¿No has tomado á Choczin y á Bender, y degollado á los musulmanes que habia en ambos puntos? Cesa de fingir, huye, y no te deshonres con mentiras viles y con subterfujios inútiles. En cuanto á lo demás, si no eres enemigo nuestro, vuélvete al otro lado del Dniester, entréganos nuestras fortalezas, y no suscites mas rebeliones en nuestro pais.

COMBATE NAVAL DE LEMNOS. — Desde entonces, las operaciones militares siguieron con la mayor actividad por mar y por tierra, si bien la fortuna se declaró por la escuadra naval del emperador Alejandro, la cual ganó contra los turcos en 1.° de julio siguiente una batalla naval entre la isla de Lemnos y la de Monte Santo. Seid-Alí-Bajá que mandaba la escuadra turca, perdió mas de mil doscientos hombres, cuatro naves mayores apresadas, tres quemadas y dos encalladas; pero mostrándose no menos justiciero que valeroso, mandó decapitar inmediatamente despues de la accion al contra-almirante Scheremet-Bey y á otros tres capitanes que no se habian portado bien en el combate. Este y otros desastres, y el cambio de intereses políticos que produjo la paz de Tilsit, dispusieron al divan á consentir en un armisticio con los rusos, que se firmó en agosto del mismo año. Mediando la Francia, se entablaron varias negociaciones á fin de concluir una paz definitiva, miéntras que la Inglaterra oponia su política á semejante arreglo, y enviaba sus fuerzas navales á los mares de Turquía con el objeto de apoyar sus pretensiones. Muchas veces se juzgó que la Puerta iba á unirse con la Gran Bretaña; pero las cosas subsistieron del mismo modo hasta que se efectuó la revolucion que dió fin al gobierno de Mustafá.

TENTATIVA PARA REPONER EN EL TRONO A SELIM. — El bajá de Rudschuk, Mustafá Bairactar, formó el plan de restituir el trono á Selim III, y se encaminó á Constantinopla con sus tropas. En cuanto llegó hizo decapitar al famoso Kavagki-Oglon, comandante de los Dardanelos, y principal autor de la conspiracion contra el sultan Selim, de-

puso al muftí y á todos los nuevos ministros de Mustafá, mandó ahorcar al agá de los jenízaros, y ocupó las principales puertas de la ciudad.

DEPOSICION DE MUSTAFA. — El gran señor no tenia sospecha alguna de este proyecto, y se creía tan seguro que marchó á Besectachi; mas advertido por su madre de lo que pasaba, volvió prontamente á palacio por mar, mientras que su enemigo llegaba por tierra. El bajá encargó al nuevo muftí le hiciese saber que Selim era el único emperador lejítimo, mas el sultan Mustafá mandó cerrar las puertas interiores del serrallo. Los soldados forzaron al momento la entrada, y cuando se agolpaban ansiosos de ver á su antiguo soberano Selim III, le hallaron muerto y bañado en su propia sangre. Entonces concluyó el reinado de Mustafá IV, que fué depuesto solemnemente á los catorce meses justos de su advenimiento al trono de los otomanos.

MAHAMUD II. — El príncipe Mahomet ó Mahamud II, hijo del sultan Abdul-Hamid, nació en 20 de julio de 1785, y fué proclamado en 28 del propio mes del año de 1808, por la deposicion de Mustafá IV. En 11 de agosto siguiente se ciñó el sable otomano con las ceremonias de estilo en la mezquita llamada de Eyub. Dícese que estuvo encerrado con Selim los catorce meses de su prision, y que de él aprendió la ciencia del gobierno.

Luego que ocupó el trono premió la fidelidad del bajá de Rudschuk elevándole al empleo de gran visir. Dispuso que se hiciesen suntuosas esequias al difunto emperador Selim, á cuyo entierro asistió todo el ejército con los habitantes mas respetables de la capital, y castigó severamente á cuantos habian tenido parte en la muerte de aquel monarca, entre los cuales se contaba al kizlar-agá ó jefe de los eunucos negros, que fué tambien ajusticiado.

MUERTE DE MUSTAFA IV. — No tardaron en manifestar su descontento los que tan acostumbrados estaban á las revueltas: incendiaron la casa del nuevo gran visir, que se refujió en un almacen de pólvora, y para no caer en manos del populacho, voló el almacen, quedando sepultado entre los escombros. Los partidarios del sultan Mahamud trabajaban al mismo tiempo en su favor, y durante el motin, asesinaron al depues-

to Mustafá; de este modo, privados los sublevados de poder reponerle, quedó mas asegurado el nuevo sultan.

A pesar de que el gabinete ruso habia prometido abandonar sus conquistas de Moldavia y Valaquia, y retirar sus tropas de Turquía, continuó la guerra durante los años 1809, 1810 y 1811, pero fué poco decisiva la suerte de las armas, y aun consiguieron los turcos algunos triunfos. Por último, hallándose el czar prócsimo á romper con Napoleon, y necesitando reunir todas sus fuerzas, envió proposiciones de paz á Constantinopla. Mahamud, que contínuamente se veia amenazado por las rebeliones que estallaban en la capital y en otros puntos de su imperio, aceptó las condiciones, y el 28 de mayo de 1812 se firmó el tratado en Bucarest. La Puerta cedió á la Rusia la Besarabia y toda la parte de la Moldavia que está á la marjen izquierda del Pruth, cuyo rio quedó por límite de los dos imperios. Los artículos del tratado, dictado por el ministro ruso Italinski, estaban redactados de una manera tan solapada, que por ellos se reservaba la Rusia cierta intervencion en los asuntos interiores de Turquía, especialmente acerca de los principados de la Servia. La interpretacion de tales artículos ha sido despues el orijen de nuevas guerras.

Libre Mahamud de enemigos esteriores se dedicó á establecer en su imperio las reformas que habia concebido desde el principio de su reinado. Solo el carácter firme y enérjico de este sultan podia poner en ejecucion unos proyectos que la jeneralidad del pueblo, los magnates y los ulemas miraban con disgusto. Depuso al gran visir porque era demasiado complaciente con los jenízaros, y dió este empleo á Derviisch-Bajá: el muftí tambien fué remplazado por un ulema. Mahamud, mas político que sus predecesores, no abandonó el cuidado de la administracion á sus ministros; gobernaba por sí mismo y seguia constantemente el empeño de ilustrar á su pueblo, de disciplinar á los jenízaros, y de reducir á la obediencia á los bajáes que se habian hecho independientes en sus provincias.

Incendios en Constantinopla. — Los descontentos apelaron al medio bárbaro de los incendios para promover alborotos, y en solo los meses de julio y agosto de 1818, hubo mas de veinte

incendios en Constantinopla, que consumieron algunos miles de casas; pero la firmeza del sultan triunfó siempre de los sediciosos, y con el suplicio de algunos culpables y otras acertadas medidas, consiguió Mahamud restablecer la tranquilidad en la capital.

Guerra del yemen. —Tambien en las provincias hubo motines y asonadas que costaron no poco trabajo el contenerlas; pero el asunto mas serio é importante era la guerra que Mehemet-Alí, virey de Ejipto, sostenia en el Yemen contra los vekabitas, tribu árabe que se habia sustraido de la obediencia del sultan. Ibrahim, hijo de Mehemet-Alí, al frente de un ejército poderoso habia conseguido repetidas victorias sobre el enemigo, arrojándole de Medina y de la Meca. El jefe de los vekabitas Abdallah-Ben-Saed, se vió obligado á encerrarse en la plaza de Derjeb, en el centro de la Arabia; pero determinado Ibrahim á concluir la campaña con la toma de esta ciudad, la sitió, y despues de los mayores esfuerzos logró apoderarse de ella el 7 de octubre. Abdallah cargado de cadenas, fué enviado con sus tesoros á Constantinopla, en cuya capital se celebró con salvas de artillería la victoria del hijo de Mehemet.

En 1819, á consecuencia del tratado de Janina entre la Puerta y la Gran Bretaña, devolvieron los ingleses la ciudad de Parga al sultan, y este renunció á los derechos que pudiese tener á las islas jónicas, que quedaron bajo la proteccion del gobierno británico.

Al siguiente año se rebeló Alí, gobernador de Janina, hombre de edad avanzada y que siempre habia desempeñado empleos distinguidos. Encerróse en la ciudad de Lago con todas sus riquezas; pero fué sitiado por el ejército al mando de Churchil-Mehemed, antiguo gran visir, y obligado á capitular, con la condicion de que le dejarian salir libremente con parte de sus riquezas, y retirarse de los dominios del sultan: este anuló la capitulacion y mandó cortar la cabeza á Alí.

Levantamiento de los griegos. —Entretanto el gobierno ruso, que buscaba la ocasion de dar [redacted] ley al divan, hacia contínuas reclamaciones sobre el tratado de Bucarest, y alentaba el descontento de los griegos y servios. El 20 de marzo de 1821 estalló la revolucion en Patrás,

dirijida por el arzobispo Jermanos. Estos sublevados estaban en comunicacion con el conde Alejandro Ipsilanti, griego, que gozaba de mucha opinion entre los cristianos y del favor de la Rusia, de cuyo emperador habia recibido la banda de jeneral; pero Ipsilanti, aunque consiguió hacer prosélitos, carecia de los talentos necesarios para dirijir la insurreccion. Este imprimió una proclama en Odesa fechada el 24 de marzo, en la cual se titulaba rejente del reino, recordaba á sus compatriotas los heróicos hechos de sus antepasados, y les invitaba á que tomasen las armas para vengar su patria y relijion de los ultrajes de los turcos.

Guerra con los griegos.— En Constantinopla se habia formado por los griegos una conjuracion que debia estallar en el momento que Ipsilanti apareciese á la vista de la ciudad; pero uno de los conjurados descubrió el plan al embajador inglés, el cual lo puso en conocimiento del divan, y la sangre de los griegos corrió á torrentes por las calles de Constantinopla.

Entretanto Jermanos se batia con los turcos en el Mediodia, los ponia en huida, se apoderaba de Calavrita y la insurreccion se estendia con la rapidez del rayo por toda la Grecia. Los turcos reunieron algunas fuerzas al mando de Jusuf-Bajá, sitiaron á Patrás, cuya ciudad tomaron el 15 de abril, cometiendo en ella cuantos horrores pueden imajinarse, y reduciéndola por último á cenizas.

Ipsilanti no estaba de acuerdo con Teodoro Wladimiresko, otro de los jefes de la rebelion: poseidos de la ambicion, ambos aspiraban al mando supremo. Esta fué la causa principal de lo poco que pudieron adelantar en sus planes. Además el cónsul de Rusia en Jassi, habia declarado que la corte de Petersburgo desaprobaba la proclama y los pasos que habia dado Ipsilanti; y aun cuando esto no fuese mas que una estratajema de la política rusa para disimular la tolerancia de que en su territorio se equipasen los insurjentes, contribuyó mucho á que desmayasen algunos griegos, que contaban con la proteccion del czar.

Ipsilanti abandona sus tropas.—Sin embargo de la falta de unidad en las operaciones, habia algunos caudillos valientes, que haciendo la campaña de guerrillas, causaban muchas pérdidas á los turcos. Ipsilanti, que se hallaba con su division en la

frontera austriaca, temiendo ser acometido por las fuerzas del sultan, se fugó con su estado mayor, mientras que los soldados se entregaban á la alegria por las noticias prósperas que el mismo Ipsilanti habia hecho circular; pero al entrar este cobarde en el territorio austriaco, fué preso con los que le acompañaban, por las autoridades, y encerrado en la fortaleza de Munkatsch, permaneciendo en ella hasta 1827; despues pasó á Viena, donde murió en 1828. La defeccion de Ipsilanti y de su estado mayor puso término á la insurreccion de Moldavia y Valaquia, que tan funesta fué para ambos principados.

En el Peloponeso peleaban los griegos con el mayor entusiasmo adelantando en la revolucion, y sus valientes jenerales disputaban la victoria á los turcos, cuya armada fué derrotada por la de los helenos, que quedaron dueños de la navegacion del már Ejeo.

Primera asamblea nacional de Grecia. — El 15 de diciembre de 1821 se reunió en Epidauro la primera asamblea nacional de Grecia, presidida por el arzobispo Neófito, entre cuyos vocales se hallaban Jermanos, Maurocordato, Coletti, Teodoro Negris, etc. Esta asamblea redactó la constitucion provisional, que confiaba el gobierno á un consejo deliberante de treinta y seis miembros, y á otro ejecutivo de cinco, quedando independiente el poder judicial. Fijóse la residencia del gobierno en Corinto, y en 1822 se trasladó á Argos. En este mismo año los turcos talaron la isla de Chio, llevándolo todo á sangre y fuego, degollando sin distincion y reduciendo á la esclavitud mas de cuarenta mil cristianos.

El gobierno central de Corinto imploró en vano el ausilio de las potencias cristianas, porque la Rusia finjió desaprobar su alzamiento, el Austria aparecia verdaderamente contraria, y las demás naciones manifestaban la mayor indiferencia. Solo algunos particulares enviaron á los griegos socorros pecuniarios y les ofrecieron sus servicios personales, peleando en sus filas para ayudarles á recobrar su independencia.

El virey de Ejipto envia refuerzos al ejército del sultan. — En julio de 1824 se apoderaron los turcos de la isla de Ipsala, y la dejaron desierta y devastada; pero al mes siguiente fué derrotada su escuadra por

los griegos en las aguas de Samos. El sultan pidió socorros al virey de Ejipto contra los insurjentes de Morea, y Mehemet-Alí le envió una poderosa escuadra (1825) á las órdenes de su hijo Ibrahim, con tropas de desembarco. Con este refuerzo considerable consiguió el ejército turco muchas ventajas sobre los desgraciados helenos. En el mes de mayo se apoderaron de Navarino por capitulacion, aunque esta fué muy honrosa para los griegos.

En abril de 1826 ocupó el ejército turco-ejipcio la ciudad de Missolonghi, despues de la mas heróica resistencia, y la ciudadela de Atenas sufrió la misma suerte poco despues. Mientras que los ejércitos del sultan marchaban de victoria en victoria, el gobierno central de la Grecia, dividido en partidos y facciones, perdia su fuerza física y moral. Los griegos, al dar el grito de independencia, habian recordado las hazañas y el valor de sus antepasados; pero se olvidaron enteramente de las causas que produjeron la ruina de su floreciente imperio. Si entonces, que se hallaban poderosos y poseian todos los elementos para defenderse, sucumbieron á causa de sus discordias intestinas, ¿cómo podrian ahora, faltos de todos los recursos y tan divididos como antes, sacudir el yugo otomano? Mas de tres siglos de abatimiento y dependencia no habian podido hacer conocer á los griegos la verdadera causa de sus males.

Estincion de los jenízaros. — Amenazado Mahamud de un rompimiento por parte de los rusos, determinó organizar activamente nuevos ejércitos; y viendo que no podia vencer la repugnancia de los jenízaros á la táctica moderna, y que cada dia producia nuevas alarmas, en junio de este mismo año decretó su completa estincion, haciendo degollar algunos miles de ellos que se opusieron á la reforma, y sustituyéndolos con cuerpos disciplinados por oficiales europeos. Solo la entereza de Mahamud, y la política con que supo comprometer á los ulemas y á las tropas para que cooperasen á sus planes, pudieron llevar á cabo una obra que tan caro habia costado á muchos de sus antecesores el intentarla.

Intervencion en favor de la Grecia. — En 6 de julio de 1827 se concluyó en Lóndres un tratado entre la Inglaterra, Francia y Rusia, por el cual se comprometieron estas tres potencias

á mediar con el gran señor para que pusiera término á la efusion de sangre, decidiendo que los griegos quedarian sometidos á la sublime Puerta, pero que serian gobernados por autoridades elejidas por ellos mismos. La Prusia y el Austria no entraron en este convenio, proponiéndose permanecer neutrales.

COMBATE DE NAVARINO. — El divan publicó un manifiesto, en que Mahamud hacia ver la conveniencia de que cada potencia se limitase á gobernar sus súbditos sin mezclarse en los asuntos de otra, y añadia que siendo la Grecia una provincia turca, así por derecho de conquista, como por la prescripcion de tres siglos que la poseia, á él le tocaba gobernarla sin estrañas intervenciones: por último, concluia diciendo que asi él como sus ministros y todos los musulmanes, estaban dispuestos á sostener sus derechos y á rechazar la intervencion; pero esta arrogancia tan conforme con el carácter de los turcos, no pudieron sostenerla. Presentáronse reunidas en los mares de Levante las armadas de las tres potencias aliadas, y atacaron á la de los turco-ejipcios en el puerto de Navarino el 19 de octubre de 1827, cuyo combate fué tan fatal á la Puerta, que en él pereció la marina otomana. A consecuencia de esta derrota, el ejército de Ibrahim tuvo que evacuar la Morea, porque así lo ecsijieron los aliados. Temiendo estos que el sistema republicano llegase á afianzarse en la Grecia, nombraron presidente de los nuevos estados griegos al conde Juan Capo de Istria, que tomó posesion de su destino el 2 de febrero de 1828, y desempeñó sus funciones á gusto de la corte de Rusia.

RESOLUCION DE LAS POTENCIAS MEDIADORAS.—En 1829 se celebró en Lóndres otra conferencia, en la cual se acordó por los comisionados de las tres potencias mediadoras, que se propusiese a la Puerta el límite de la Grecia, la forma de su gobierno, que deberia acercarse lo posible al monárquico, y que de acuerdo con el sultan se designaria el jefe que habia de gobernar á los griegos, con tal que no fuese pariente de alguna de las tres familias reinantes que firmaban el tratado; pero poco despues avanzaron mas los interventores: sin contar con el beneplácito del sultan y sin reparar en el parentesco antes espresado, nombraron soberano de la Grecia al príncipe

Leopoldo Jorje de Sajonia Coburgo, hermano de la duquesa viuda de Kent, madre de la actual reina de Inglaterra.

Mahamud se mostró siempre firme en no reconocer estos actos de intervencion en los asuntos de su imperio; ¿pero cómo resistir á tantas fuerzas reunidas contra él por todas partes?

Nueva guerra con los rusos. —La Rusia, separadamente de las otras dos potencias mediadoras, habia declarado la guerra á la Puerta en 1828, pretestando agravios particulares, y reclamando la observancia del tratado de Bucarest; pero la injusticia del emperador Nicolás estaba manifiesta, porque el tratado cuyo cumplimiento reclamaba no era de su interés directo, sino del de los súbditos del sultan; y los agravios que alegaba eran nada en comparacion de los que la Puerta habia recibido de la Rusia en la insurreccion de los principados, en la intervencion de los asuntos griegos, en el combate de Nivarino, etc. Mas como casi siempre los déspotas fundan su razon en la fuerza, los rusos rompieron las hostilidades atravesando el Pruth en 7 de mayo y ocupando los principados sin resistencia. No obstante, cuando quisieron pasar adelante hallaron en los turcos una oposicion que no esperaban, y los progresos de los moscovites fueron de poca consideracion en esta campaña.

Batalla decisiva de Pravadi. —En 1829, para dar mas actividad á las operaciones de la guerra, nombró Mahamud gran visir á Reschid-Bajá, hombre de mucho ardor, pero escaso de talentos militares, el cual sustituyó al esperimentado Hussein, que conociendo la clase de defensa que convenia á los turcos, habia evitado siempre empeñar una batalla abierta con los rusos porque sabia que la táctica superior de estos podia comprometer el honor musulman. El jeneral Diebitch, logró empeñar al nuevo visir en una accion decisiva, derrotó el ejército turco en los campos de Pravadi el 17 de mayo, infundió el terror por todo el pais, marchó rápidamente, atravesó el Balkan penetrando por los desfiladeros erizados de cañones, que pocos dias antes parecian inaccesibles, se apoderó de Andrinópolis, y no tomó á Constantinopla porque quiso renunciar á esta gloria, y porque el sultan hizo la paz á persuasion de los embajadores y con intervencion de la Prusia. A costa de la humilla-

cion de la Puerta consiguió la Europa la libre navegacion del mar Negro; pero tal vez algun dia puede que le cueste cara esta franquicia, y la indiferencia con que ha mirado el engrandecimiento de la Rusia.

TURBULENCIAS EN GRECIA. — La situacion de los griegos iba empeorando. El principe Leopoldo, sin haber llegado á ver sus nuevos estados, renunció al gobierno de la Grecia, que habia aceptado hacia algun tiempo, para subir al trono que le ofrecian los belgas. Los griegos, por sus facciones y por sus disputas contra su presidente Capo de Istria, en el cual solo veian un órgano de la Rusia, se privaron de toda fuerza asi en el interior como en el esterior. El almirante Miaulis, llevó su odio contra la Rusia y contra Capo de Istria, hasta el estremo de incendiar en el puerto de Poros la escuadra griega (1831) compuesta de veintiocho buques, cuyo valor escendia á doscientos millones de reales, la cual habia sido equipada en parte con los donativos que la Europa habia hecho á la Grecia. Miaulis destruyó la escuadra griega, porque creyó que se trataba de entregarla en manos de los rusos. El incendiario fué declarado culpable de alta traicion, y se refujió en Hydra. Una esplosion terrible destruyó al mismo tiempo el fuerte de Heidegger. Por último, el 9 de octubre, dos asesinos sacrificaron á su venganza particular al presidente Capo de Istria, en Nauplia, delante de la puerta de la iglesia, valiéndose de la pistola y del puñal. Formóse entonces una rejencia provisional, compuesta del hermano del presidente, el conde Agustin, que continuó en este cargo hasta el 13 de abril de 1832; de Colecotroni y de Coletti; pero esta rejencia fué de poca duracion, porque no pudo conjurar el espíritu de discordia. La escision de los partidos entre las islas, el continente y el Peloponeso, entre los partidarios de los Capo de Istria y sus adversarios, cada dia iba en aumento, introduciéndose en la asamblea nacional, en el gobierno, y en el ejército. Los griegos se batian contra los griegos, y vinieron tambien á las manos con los franceses que los protejian. La hacienda era nula, y los nuevos estados de la Grecia se hallaban en una completa anarquia. Solo podian recibir la salud del esterior, que fué de donde efectivamente les llegó.

Los protocolos de las confe-

vencias de Lóndres de 7 de enero y 8 de marzo de 1832, fijaron la eleccion del jefe supremo del estado griego, en el jóven príncipe Othon de Baviera, igualmente que la frontera al norte de dicho estado entre Arta y Volo. La sublime Puerta reconoció estas nuevas disposiciones el 21 de julio del mismo año, mediante una indemnizacion de doce millones de francos. Los griegos, de buena intencion, vieron con alegría llegar para ellos el término de toda tribulacion, pareciéndoles que esto era una garantía de tiempos mas venturosos. Agustin Capo de Istria y sus partidarios, fueron tal vez los que no participaron de ideas tan consoladoras. Poco tiempo despues, una comision de los griegos á cuya cabeza iba el almirante Miaulis, se trasladó á Munich para prestar el juramento de fidelidad (16 de octubre) al jóven rey de Grecia y á la rejencia, que presidida por el conde de Armansperg, debia ayudarle á gobernar, segun se acordó en el último tratado de Lóndres de 7 de mayo del mismo año. Othon aceptó el título de rey el 5 de octubre.

En conformidad á la alianza concluida entre el rey Luis de Baviera y su hijo, acompañaron á este tres mil quinientos bávaros de los rejimientos de línea. El jóven monarca desembarcó en Nauplia el 6 de febrero de 1833, entre las alegres aclamaciones de una inmensa multitud.

Bien hizo el príncipe Leopoldo en aceptar el trono belga y renunciar al de los griegos, porque este último ofrecia muy poco aliciente. La península estaba devastada; los campos incultos y desiertos; el pueblo era indómito, ignorante y fanático, y por lo mismo propenso á sediciones y difícil de gobernar. No debió, pues, halagar mucho al jóven Othon la perspectiva que ofrecian sus nuevos estados.

Poco ha mejorado hasta ahora la suerte de los helenos, pues sus contínuas turbulencias impiden que el gobierno pueda dedicarse libremente á ilustrarlos, y á proporcionarles el bienestar que solo puede conseguirse con la paz. ¡Plegue al cielo que, aleccionados los descendientes de Homero por tantos males como les han acarreado sus divisiones interiores, se reunan todos para reparar las desgracias de su patria, y dedicados á las artes pacíficas, puedan ver brillar en breve los hermosos dias de la antigua Grecia!

REBELION DEL VIREY DE EJIPTO. — Mucho tiempo hacia ya que se sospechaba de las intenciones de Mehemet Alí, virey de Ejipto, y se temia que quisiera hacerse independiente de la Puerta. Mehemet-Alí es muy apasionado á los europeos, cuyos usos ha adoptado, reformando las costumbres de sus estados y civilizando á sus súbditos. Las sospechas que habia acerca del virey se convirtieron por último en realidad, pues luego que se creyó suficientemente preparado para la ejecucion de sus vastos planes, rompió con la Puerta, y bajo el pretesto de ciertas contestaciones con el bajá de Alepo, hizo entrar en Siria con un ejército á su hijo Ibrahim, el ánjel esterminador de la Grecia. Ibrahim derrotó al bajá el 26 de mayo de 1832, cerca de san Juan de Acre, y se apoderó de esta plaza, muy importante por su escelente puerto. El 23 de junio tomó á Damasco, el 15 de julio á Alepo, y el 1.° de agosto á Antioquia. Habiendo marchado contra los rebeldes un ejército poderoso al mando de Reschid-Bajá, fué atacado y completamente batido por Ibraim, cerca de Coniah, el 21 de diciembre del mismo año. Esta derrota causó las mas vivas inquietudes á la Turquía europea, y Mahamud imploró el socorro del emperador Nicolás, que habia sido antes su mayor enemigo. El czar le prometió su ausilio, é inmediatamente apareció una armada rusa cerca de Bujukdere, al mismo tiempo que un ejército tambien ruso avanzaba por tierra. Entonces mediaron otras potencias europeas y se firmó la paz en 6 de mayo de 1833. Por este tratado obtuvo Mehemet-Alí, además del Ejipto y Candía que ya le pertenecia, la Siria como provincia; y su hijo Ibraim el distrito de Adana en el Asia menor, como feudo hereditario.

Sin embargo, esta paz no fué de larga duracion: Mehemet-Alí no podia olvidar sus ideas de independencia y trataba de aumentar sus fuerzas y estar prevenido, ínterin se presentaba una ocasion oportuna para romper con el sultan. Mandó á su hijo Ibrahim, que se hallaba en Palestina (1834), que reclutase tropas y las enviase á Ejipto; pero los montañeses de Jerusalen, Naplusa y Khalil-Errahman, que odiaban la disciplina militar, se rebelaron contra las órdenes del virey y tomaron las armas para resistirse. Ibrahim

atacó y venció á los rebeldes en varios encuentros; mas no bien habia sofocado la sublevacion en un punto, cuando estallaba nuevamente en otro. Esta guerra fué larga y sangrienta, y á ella se agregó la peste, que se declaró en los estados de Mehemet. Sin embargo, estas calamidades interiores no pudieron distraer al virey de su idea principal, porque al mismo tiempo negociaba secretamente con los gabinetes de Francia y de Inglaterra para que estos reconociesen su independencia luego que él se sustrajese al dominio de la Puerta; pero recibió una negativa terminante de ambas potencias; y esto en vez de hacerle desistir de su intento, fué causa de que le precipitase, porque indignado de no hallar el apoyo que deseaba en aquellas naciones, hizo desembarcar ocho millones de piastras que enviaba al sultan á cuenta del tributo, y despidió al comisionado turco encargado de percibirlo, con espresiones ofensivas contra el gran señor y contra los cónsules estranjeros.

El sultan se hallaba ya disgustado con Mehemet, porque al cederle la Siria por el tratado de Koniah, fué con la condicion de que la provincia de Orfa quedaria libre; pero el virey faltó á esta cláusula, porque la ocupó como las demás provincias. Otro de los artículos infrinjidos por Mehemet, era el del tributo, pues aun no habia remitido cantidad alguna á Constantinopla. Mas cuando Mahmud supo el desembarque de los ocho millones, las injúrias proferidas contra él por Mehemet y sus ocultos manejos con los franceses ó ingleses, reunió el divan y propuso castigar severamente al virey (1835). Sin embargo, esta proposicion no tuvo efecto, porque mediaron las potencias europeas y trataron de que la cuestion turco-ejipcia se arreglase amistosamente. Estas negociaciones duduraron mucho tiempo, presentando diferentes fases segun dominaba en el divan la política inglesa ó la francesa, y tan pronto parecia que la paz iba á quedar afianzada, como que la guerra era indispensable. En este largo intervalo asi la Puerta como el Ejipto no cesaban de reclutar tropas y reunir materiales de guerra: ademas de las tropas regulares, en ambos paises se estableció una milicia nacional, á semejanza de la de otras naciones de Europa.

La Francia, aunque se habia negado á reconocer la indepencia de Mehemet-Alí, no queria tampoco la destruccion del virey; pero lord Ponsomby, embajador inglés, enemigo declarado de Mehemet, no cesaba de atizar el odio del sultan contra su bajá, y por último consiguió que Mahamud enviase contra él un ejército á las órdenes del seraskier Hafiz-Bajá (1839), el cual pasó el Eufrates y penetró en los dominios de Mehemet. Este halló entonces la ocasion apetecida para el cumplimiento de sus planes, pues las naciones mediadoras no podian achacarle el rompimiento de las hostilidades. Así que, declaró que la violacion de su territorio por las tropas turcas no podia quedar impune, que no pagaria mas tributo, y que ecsijiria quedase asegurada su familia para lo sucesivo. No obstante, dejó que el ejército turco le atacase, para manifestar de este modo que él no habia hecho mas que defenderse.

En la noche del 4 al 5 de junio se incendiaron en el campamento de Hafiz-Bajá cinco mil cajas de municiones de guerra, cuyo funesto accidente costó la vida á unos quinientos hombres y á otros tantos caballos; quedando heridos mas de mil soldados.

Batalla de Helib. — Ya habian tenido las avanzadas de ambos ejércitos algunos encuentros parciales en las inmediaciones de Alepo, que ningun resultado habian producido; pero sabedor Hafiz-Bajá de que se habian sublevado algunos distritos de Siria, deseosos de sustraerse á las vejaciones de Mehemet, se decidió á presentar la batalla á Ibrahim el 25 de junio de dicho año, en las inmediaciones de Helib. Componíase el ejército ejipcio de treinta mil hombres bien disciplinados y aguerridos; el de los turcos era mas numeroso, haciéndole subir algunos hasta setenta mil. Dos horas duró el combate, al cabo de las cuales pusiéronse en fuga los turcos. Hafiz-bajá abandonó el campo, y la victoria quedó por el ejército de Ibrahim. El vencedor cojió diez mil prisioneros, ciento cuatro piezas de artillería, un número considerable de fusiles, municiones, tiendas de campaña, el arca que contenia el tesoro del ejército, con cinco millones y medio de francos, y otros muchos despojos.

Muerte de Mahamud II. —

Hacia algun tiempo que el sultan padecia una hidropesía en el pecho, complicada con una afeccion pulmonar, y cuando llamaron médicos europeos, el mal estaba ya demasiado avanzado; por último, falleció á las ocho de la mañana del 1.° de julio, seis dias despues de la batalla de Helib, cuyo suceso aun no se sabia en Constantinopla, ni menos se esperaba; porque el dia 28 del mes anterior, se habia enviado al seraskier Hafiz la órden de no atacar á los ejipcios; pero como ya se ha visto por las fechas, esta órden se espidió á los tres dias de haberse verificado la accion.

Mahamud era hijo de una francesa, llamada Mlle. de l'Epinay: reinó treinta y un años, y jamás desmintió su carácter firme. Las calamidades que sufrieron los turcos en tiempo de este sultan, las atribuia el pueblo á castigo del cielo, por las alteraciones hechas en las costumbres musulmanas: estos clamores hubieran hecho retroceder á un hombre menos enérjico que Mahamud, en un pais donde el gran señor estaba de contínuo amenazado del fatal cordon; pero constantemente marchó impávido por la senda de las reformas, dirijidas siempre á civilizar á sus pueblos. Abolió las confiscaciones, dió decretos sabios para mejorar la administracion de justicia, para evitar los abusos del poder y las esacciones; estableció lazaretos, estinguió el revoltoso cuerpo de los jenízaros, que tanto tiempo hacia se habia abrogado el derecho de quitar y poner sultanes á su antojo, y regularizó el alistamiento militar. Tambien estableció una imprenta, donde se publica un periódico oficial con el título de *Monitor*, escrito en turco y en francés. Despues de haber consultado sobre el uso del vino al muftí, y de haber declarado este que el Coran no preceptuaba la abstinencia de esta bebida, sino que solo la aconsejaba, mandó Mahamud que se vendiera públicamente, y en poco tiempo se abrieron mas de dos mil tabernas en Constantinopla. En el traje de los hombres efectuó una completa revolucion; las pellizas, los calzones anchos y las babuchas, los sustituyó con una especie de levitas, pantalones ajustados, y botas á la europea; hasta el turbante fué proscrito y remplazado por el *fez*, que era un casquete de color de escarlata con una borla de seda azul encima; y la barba patriarcal se cortó y

peinó á la francesa (1). Todas estas reformas iban apoyadas con el ejemplo del sultan, que vestia de la misma manera que lo habia ordenado. Tuvo sin embargo que aplicar los procedimientos judiciales de los turcos que son breves y sumarios, para hacerse obedecer. Al emprender las primeras innovaciones, publicó un bando prohibiendo á sus súbditos hablar de asuntos políticos, advirtiéndoles que en todas partes habia espías de ambos secsos, con cuya delacion los contraventores serian degollados si eran hombres, y si mujeres metidas en un saco y arrojadas al Bósforo; y efectivamente, hubo algunos ejemplares que hicieron conocer al pueblo que no eran meras amenazas.

Al tiempo de morir llamó á su hijo Abdul-Medjid y á los grandes del imperio, y con lágrimas en los ojos pidió á estos que mirasen por su sucesor guiándole en su inesperta juventud; y asi á estos como á aquel, les encargó que no abandonasen las reformas que tanto le habia costado introducir entre los musulmanes, sino que siguiesen siempre adelante, pues que redundaban en la felicidad y bienestar de sus pueblos. Todos le prometieron que cumplirian su voluntad. Falleció á los cincuenta y cuatro años de edad, dejando cuatro hijos, dos varones y dos hembras.

ABDUL-MEDJID-KAN. — (1839) Reunido el divan, fué declarado mayor de edad el hijo primojénito del difunto sultan, que tenia á la sazon dieziseis años, y proclamado emperador.

La escuadra turca que se hallaba en los Dardanelos estaba observada por la francesa é inglesa estacionadas en aquellas aguas, para no dejarla salir de aquel punto: además Ahmet-Fevzi-Bajá, almirante turco, recibió órden de su gobierno para que no emprendiese ningun movimiento; pero él habia sabido ganarse el afecto de la tripulacion, y tan luego como supo la muerte del sultan Mahamud, se hizo á la vela, protejido, segun se dijo, por el almirante francés Lalin, que sabiendo el objeto de Ahmet, [redacted] dejó pasar.

A dos motivos diferentes se atribuyó la desercion del capitan-bajá: unos decian que ha-

(1) Abdul-Medjid, hijo y sucesor de Mahamud, ha abolido en 1841 el uso de los pantalones ajustados y demás imitaciones á los vestidos europeos.

bia dado motivo á su resolucion el creer que Mahamud habia sido envenenado; otros la achacaron al temor de ser destituido, porque los hombres que habian subido al poder eran enemigos suyos: tal vez esta opinion será la mas verosímil.

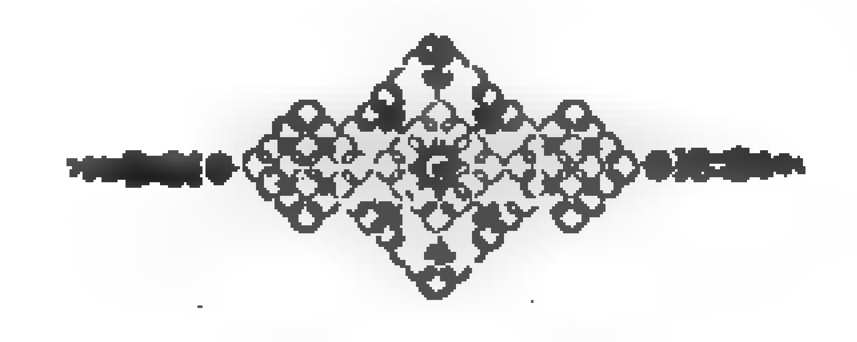
El 8 de julio se supo en Alejandría la muerte del sultan, y al dia siguiente llegó á esta misma ciudad, donde se hallaba Mehemet-Alí, una corbeta turca que conducia á su bordo á Negi-Bey, kiaya del capitan-bajá, encargado de anunciar al virey que la escuadra turca se hallaba en Slankico, con direccion á Rodas, y queria Ahmet-Bajá ponerla bajo su proteccion para garantirla de las turbulencias que eran de temer en Constantinopla á causa de la muerte del sultan. Mehemet aceptó la proposicion del almirante turco, y el 14 del mismo mes llegó la escuadra al puerto de Alejandría poniéndose á disposicion del virey. Esta escuadra se componia de nueve navíos de línea, once fragatas, una corbeta y tres bergantines: la tripulacion ascendia á dieziseis mil ciento veinticuatro hombres, y además dos rejimientos de tropas de desembarco, con cinco mil plazas efectivas. Los prisioneros turcos pidieron tambien al virey ser incluidos en el ejército ejipcio; y de este modo se halló el afortunado Mehemet, sin costarle ninguno sacrificio, con un aumento tan considerable de fuerzas, que hubiera podido en poco tiempo apoderarse de toda la Turquía, á no impedírselo las demás naciones de Europa.

Envióle la Puerta un embajador con proposiciones de paz; pero Mehemet declaró que no entregaria la escuadra turca mientras el gran visir Kosrew-Bajá interviniese en los negocios, y hasta que se le concediese el gobierno del Ejipto como hereditario en su familia.

Vamos á manifestar la causa de la prevencion que contra Kosrew tenia el virey de Ejipto. La primera ocupacion que tuvo Mehemet en su juventud fué la de mozo de café en Salónica; despues se hizo marinero y por su talento y valor llegó á ser oficial: por último habiéndose granjeado el favor del gran señor, se dió tan buena maña que consiguió que quitasen el bajalato de Ejipto al que le ocupaba, y le diesen á él este gobierno. El bajá suplantado habia sido Kosrew; así pues, queda esplicado el motivo de la antipatía que se tenian uno á otro.

Paz entre el sultan y Mehemet-Ali. — Por último, con intervencion de las cuatro potencias mediadoras, Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia, se firmó la paz entre el virey de Ejipto y el sultan (1841). En virtud de este tratado el sultan concede á Mehemet-Alí y á sus descendientes en línea recta el gobierno del Ejipto á título hereditario, y la facultad de nombrar oficiales de mar y tierra hasta el grado de bey (coronel) inclusive; pero el de bajá no podrá conferirlo sin el consentimiento del sultan: tampoco puede construir buque alguno de guerra sin permiso del gran señor: además debe pagar á este un tributo anual de treinta millones de piastras. De este modo han quedado terminadas las desavenencias del virey de Ejipto y la sublime Puerta, que tanta inquietud causaron en Turquía, reconociéndose aquel vasallo del gran señor. Es cierto que Mehemet ha perdido la Siria; pero ha conseguido lo que mas deseaba, que es el gobierno hereditario de Ejipto: además la Siria en el estado de sublevacion en que se hallaba, era mas bien una carga para él, porque tenia que mantener allí constantemente un ejército, que hubiera absorvido la mayor parte de las rentas del vireinato.

Como la vida de los soberanos, igualmente que la de los súbditos, no pertenecen al dominio de la historia hasta despues de haber fallecido, solo diremos del actual sultan, Abdul-Medjid, que hasta el presente lejos de continuar las sábias reformas de su padre, ha retrogradado, anulando algunas de ellas y volviendo á los usos antiguos, como antes hemos dicho de los trajes.



CAPITULO V.

Constantinopla, capital del imperio. — Ciudad de Bursa. — Andrinópolis. — Alejandría de la Troada. — Sardis. — Dardanelos. — Tesalónica. — Magnesia. — Tiatira. — Usos y costumbres de los turcos. — Gobierno de los turcos. — Rentas del imperio. — Riqueza del imperio. — Tesoro de los sultanes fallecidos. — Ejército. — Colejio de niños esclavos que se educan en el serrallo. — Colejio de las odaliscas ó esclavas jóvenes. — Dominios turcos en Europa. — Islas del Archipiélago. — Dominios turcos en Asia. — Dominios turcos en Africa.

Constantinopla, capital del imperio. — Bien conocida es la situacion de Constantinopla, llamada por los turcos Stambul y tambien *Istambul*. Su latitud es de cuarenta y un grados y medio; pero los naturales del norte de la Europa, con dificultad pueden acostumbrarse á su clima, aunque en el estío es admirable la serenidad de la atmósfera y el buen temple del aire. El terreno ocupado por la ciudad, forma una especie de triángulo bastante parecido á una haspa. Segun los rejistros públicos, hay actualmente en Constantinopla ochenta y ocho mil ciento ochenta y cinco casas y ciento treinta baños públicos. El número de sus habitantes pasa de cuatrocientos mil.

Ocioso es detenernos en las mejoras que de algunos soberanos ha recibido Constantinopla, como de Teodoro II, cuando su tutor Anthemio estendió en el año 413 el recinto por el lado de tierra; y de Mahomet II en 1458, que reedificó é incluyó allí la fortaleza de las siete torres. Atendiendo así á lo eclesiástico como á lo político, puede dudarse qué es lo que ha hecho á esta ciudad mas memorable, si los cuatro concilios jenerales celebrados en ella hasta el siglo IX, si los siete sitios tan terribles que ha sufrido, si el haber sido silla del imperio que en el año 1043 causó el

cisma y division de la iglesia griega, ó si el fin del imperio de Oriente cuando Mahomet II la tomó en 1453: baste decir que esta ciudad no es sombra de lo que fué, porque hasta los efectos naturales, como los terremotos y los incendios, han contribuido á su destruccion, y ha habido fuego que ha destruido media ciudad. Sin embargo, todavia hay alrededor de la puerta dorada columnas de granito y fragmentos de mármol, notables por la elegancia y belleza del trabajo. Una gran calle que se prolonga paralelamente á la muralla, permite gozar de la bella perspectiva de esta construccion vasta, casi en toda su estension. Estas vistas están variadas con ruinas pintorescas y con árboles muy bellos de varias especies que hay á lo largo del foso.

El serrallo y la iglesia de santa Sofía, son los objetos que escitan mas la curiosidad de un europeo en Constantinopla, quizá porque es casi imposible á los cristianos el satisfacerla. En muchas descriciones de estos monumentos, se hallan tantas ficciones mezcladas con la verdad, que no se puede fiar en ellas.

El serrallo está construido en el paraje mejor situado de Constantinopla, sobre una lengua de tierra de figura triangular, en la embocadura del mar Negro: el mar Ejeo ó de Mármara, baña dos lados de este triángulo, y el tercero domina la inmensa poblacion, que le sirve de perspectiva. Tiene ocho puertas, unas hácia el mar y otras por la parte de tierra; pero solo hay abierta una, que está guardada por un número considerable de *capichis* (guardias de la puerta), que se relevan alternativamente, y están á las órdenes del bajá de cuartel. Hay destinados seis bajaes para hacer el servicio por cuarteles, y el que lo desempeña tiene obligacion de quedarse de noche en el serrallo, donde ninguna persona puede entrar sin permiso del comandante de la guardia.

La palabra serrallo significa palacio, y no debe confundirse con el *harem*, que es el paraje donde habitan las mujeres. Todos los turcos pueden poseer un harem, pero solo el sultan tiene un serrallo, que no se reduce, como vulgarmente se cree, á los aposentos de sus esposas ó concubinas, sino que comprende una multitud de edificios y jardines, separados unos de otros y encerrados en el mismo recin-

to. El palacio principal es la habitacion del gran señor, y los demás edificios son para su servidumbre, para las diferentes personas que componen su corte, ó para los varios establecimientos que constituyen parte de la organizacion del imperio. Puede decirse que el serrallo forma una grande ciudad, pues tiene dos leguas y media de circunferencia, con las siguientes separaciones:

El palacio del sultan.

La mezquita.

El salon donde se depositan los tesoros de los sultanes difuntos.

El palacio del divan ó gran consejo, con sus oficinas y archivos.

Dos colejios para esclaves jóvenes, que se educan por cuenta del estado, uno para los niños y otro para los adultos.

Dos colejios para las esclavas jóvenes (odaliscas), que se educan tambien por cuenta del estado, uno para las niñas y otro para las de mayor edad.

Los pequeños palacios de las favoritas, de las sultanas y de sus hijos de corta edad.

Las habitaciones de las primeras dignidades de los eunucos afectos á la servidumbre imperial.

Los alojamientos de los secretarios, archiveros, profesores y otros individuos, todos eunucos, empleados en el servicio interior del serrallo.

Estas diversas casas ó habitaciones, tienen grandes jardines, proporcionados al rango de las personas que los ocupan.

El serrallo es un pequeño mundo aparte, que tiene su lengua, formalidades y costumbres particulares, diferentes en todo de lo restante de la capital y del imperio. Allí se educan los jóvenes de ambos secsos, y los varones salen despues á gobernar provincias ó á ocupar algunos empleos del estado, en cuyos nuevos destinos ostentan toda la pompa á que estan acostumbrados.

El serrallo, considerado como centro de la política de los turcos, es objeto muy interesante. Casi todos los sultanes han dejado en manos de los visires todo el poder ejecutivo, y ellos se han contentado con una vida afeminada y voluptuosa. Los mas, escepto la familia de los Kióprulis, han perecido de muerte violenta. La casualidad y el capricho han dictado por lo regular la eleccion de los visires sin consideracion alguna al mérito ni al talento.

No hay monasterio de derviches tan bien arreglado que pueda compararse en la subordinacion y buen órden con el serrallo del gran señor. Los subalternos tienen el mayor respeto á sus jefes, y estos les dan el ejemplo con sus superiores: allí la obediencia es ciega, y los castigos prontos y rigoros por la menor falta. Además de las mujeres tiene el sultan gran porcion de pajes que llaman *ichoglans*, los cuales se escojen de las familias principales, porque los padres procuran este empleo para sus hijos, haciendo á veces grandes regalos. Antes de admitirlos son presentados al sultan, el cual les ecsamina escrupulosamente; y no se admiten sino los de buena presencia y rostro hermoso. Están bajo la inspeccion de lòs eunucos blancos que los tratan con el mayor rigor; les enseñan las lenguas y algunos ejercicios de cuerpo, y por la menor falta los dan de palos.

Los *ichoglans* que no descubren buenas disposiciones son alistados entre los sibabis, y permanecen toda su vida soldados rasos. Los que se distinguen por sus talentos ó por alguna habilidad, ocupan los primeros empleos del serrallo y del imperio. Los jóvenes que se cojen en la guerra, ó que los príncipes tributarios deben enviar al gran señor, son empleados en los jardines del serrallo, y los llaman *aramoglans*. Estos no pueden aspirar á los primeros empleos como los *ichoglans*; cuando llegan á la edad de poder tomar las armas los alistan en los rejimientos de preferencia. Solo el bostangi-bachi ó jefe de los *aramoglans* está en carrera para los primeros empleos. Cuando el sultan quiere divertirse por el agua, se embarca en la estremidad del serrallo en las falúas que el bostangi-bachi debe tener siempre dispuestas. Los *aramoglans* son los remeros, y se les da una gratificacion siempre que rompen los remos en este ejercicio. Solo el bostangi-bachi tiene la facultad de sentarse delante del gran señor para gobernar mejor la embarcacion. Este mismo oficial tiene el cargo de hacer el interrogatorio á los presos del serrallo, de obligarlos por medio del tormento á confesar, y hacer ajusticiar á los condenados á muerte. Llaman *hornos* á los calabozos donde tienen á los reos. Los castigos se ejecutan en un patio ó en los jardines del serrallo; y á cada cabeza que se corta, se tira un cañonazo para avisar al pue-

blo de la justicia que se ha ejecutado. El número de los habitantes del serrallo pasa de seis mil, donde habrá unas quinientas mujeres.

Además de los jardineros del serrallo se sacan del cuerpo de los aramoglans los cocineros del gran señor, los cuales se distinguen de los demás por el gorro blanco. Empiezan su trabajo antes de amanecer, porque como el sulten se levanta á veces muy de mañana, puede suceder que tenga gana de comer antes de la hora señalada. El sultan almuerza asi en invierno como en verano á las diez, y come á las seis de la tarde. Cuando tiene gana de comer se avisa al jefe de la cocina, y él solo tiene la facultad de poner los platos sobre la mesa del gran señor. Este se sienta sobre un almohadon cruzando las piernas; ponen sobre sus rodillas una servilleta, y otra sobre su brazo izquierdo para limpiarse los dedos y la boca. Nadie trincha; él mismo se sirve. Su mesa se compone de un pedazo de tafilete que hace las veces de mantel, para poner sobre él el pan, siempre recien sacado del horno, porque los turcos gustan mucho del pan caliente. No usa de tenedor ni de cuchillo, sino de solas dos cucharas de madera, de las cuales la una le sirve para los potajes, y la otra para varias compotas de las mejores frutas. Va comiendo sucesivamente de todos los platos, y cuando cesa de comer los quitan todos. Las carnes que le sirven son tan tiernas y tan bien cocidas, que le bastan sus dedos para separarlas de los huesos: no faltan allí las salsas mas agradables y todo lo que puede escitar el apetito. Los postres son varias pastas y dulces.

Despues de haber comido toma una taza de sorbete, que trae un agá, y casi nunca bebe el sultan mas de una vez á la comida. Mientras que come todos guardan un profundo silencio en su presencia, pero tiene en frente de sí una tropa de mudos y de enanos que le divierten con sus ridiculeces. Es de oro toda la bajilla del gran señor, escepto en el ramazan que es de porcelana amarilla, estimada de los turcos por la mas preciosa. Rara vez come pescado, á no ser que él mismo lo haya cojido. Hay ejemplos de sultanes que no han escrupulizado beber vino, pero ninguno ha violado la ley de no comer tocino..

Los mudos, de quienes hemos

hablado, forman en el serrallo una clase particular; algunos de ellos permanecen siempre en las primeras salas para ejecutar las órdenes que se les comunican, porque suelen ser ejecutores de las sentencias de muerte pronunciadas por el gran señor contra las personas del serrallo. Parece increible lo que se cuenta de la sagacidad de estos mudos para entender por señas y para seguir un discurso ó historia larga. Y aun aseguran que han inventado un lenguaje muy singular para entenderse unos á otros á oscuras, lo que se hace por el contacto de las manos.

La biblioteca del serrallo ha permanecido por mucho tiempo desconocida de los sabios; y esta ignorancia se ha aumentado con las relaciones falsas de los que han hablado de ella sin haberla visto. El abate Toredini adquirió una copia del catálogo de esta biblioteca, que sacó furtivamente en cuarenta dias, por medio de un jóven empleado en ella. A un cristiano es imposible ver esta biblioteca situada en lo interior del serrallo. Tampoco se pueden calcular, segun algunos, los tesoros que se guardan allí. No hay duda de que deben ser muchos, porque desde los emperadores griegos empezó esta manía de atesorar; y así sin contar lo que Mahomet II encontró en los palacios de los emperadores griegos, cada uno de sus sucesores ha procurado aumentar aquel. Si los regalos de los embajadores son en especies de oro ó plata, los envian inmediatamente á la casa de moneda, y el sultan reparte lo demás entre sus parientes y favoritos.

Las salas de ceremonia se parecen unas á otras; sus principales muebles son el sofá, que ocupa todo el contorno de la sala, las alfombras y los espejos. En las salas de verano las fuentes de mármol esparcen la frescura; el ruido del agua agrada mucho á los turcos. Lo que distingue el palacio del sultan no es tanto la variedad de muebles como su riqueza: los tejidos de seda y oro han desterrado todos los de lana y algodon. Los muebles están adornados con franjas de oro, en que se ven sartas de perlas finas y piedras preciosas. Las paredes están revestidas de jaspe, nácar y marfil. Estos adornos causan mas admiracion que placer. Los turcos gustan de amontonar las cosas preciosas, pero ignoran el arte de colocarlas con gusto. Una casa llena de riquezas aglomera-

das sin órden, sin gusto, sin elegancia, es todo lo que puede imajinarse un turco para su recreacion. La principal causa de esta falta de adornos es que las esculturas y pinturas que tanto hermosean los palacios de Europa, están proscritas rigurosamente por la ley de Mahoma, que las considera como insultos hechos á la divinidad, y como imitaciones profanas y criminales de las obras del Criador.

En la sala de embajadores brilla un trono con toda la pompa de las minas de Oriente, colocado bajo un dosel de terciopelo guarnecido de franjas de oro con perlas y piedras preciosas; el sultan permanece sentado en él algunos minutos para recibir los cumplimientos que le hacen los embajadores estranjeros en nombre de sus soberanos. A un lado del trono hay un nicho donde están colocados algunos ricos turbantes, que no se pone, y cuyos airones están adornados de los diamantes mas hermosos que se conocen. Segun la antigua etiqueta el sultan debia recibir á los ministros estranjeros con desprecio y aspereza. Los soberanos turcos observan detrás de una celosía, sin ser vistos, lo que pasa en el divan del visir, costumbre muy útil para velar sobre la conducta de este supremo majistrado.

El orgullo con que los turcos miran á los europeos, es causa de que cuando algun embajador estranjero ha de ir á la audiencia del gran señor, envie el dia antes á su secretario y dragoman, para que le señalen la hora. Al dia siguiente sale muy de mañana de Pera con su comitiva, y tiene que esperar largo rato en un sitio poco decente al introductor de embajadores. Este se reune con la comitiva, y todos á caballo van á casa del gran visir, el cual con frívolos pretestos le hace esperar mucho tiempo en la calle. Pasan todos juntos al serrallo, y despues de haber estado esperando largo rato en un pasadizo por donde cruzan continuamente los mozos de las cocinas y de las caballerizas, que las abastecen de agua, leña y provisiones, entran al segundo patio. Llevan despues al embajador á la sala del divan, y en su presencia sentencian algunas causas. En otra sala se sirve el refresco de costumbre. Entra el visir á avisar al gran señor, y antes que el embajador pase á su presencia, le ponen una pelliza ó túnica turca forrada de martas, y á los se-

cretorios visten unos kaftanes ó túnicas sin mangas, como si fuera indecoroso que un estranjero entrase con traje distinto del turco. No para aquí el insulto que se hace á los embajadores, sino que tambien le desarman, y dos camareros cojen al embajador por debajo de los brazos, y otros dos á cada una de las personas de su comitiva, y así entran como presos á la audiencia del gran señor. Esta práctica tan injuriosa á los europeos, se observa desde Bayazeto II, que fué herido por un santon fanático.

Los turcos, usando del derecho de conquista, convirtieron en mezquitas las mayores y mas bellas iglesias griegas. Muchas de ellas estaban adornadas de mármoles sacados de los templos antiguos de los jentiles, y tenian cúpulas revestidas de mosáicos. Los historiadores se lamentan de las muchas columnas y estátuas que Constantino sacó de Roma para adornar su nueva ciudad. Constantino II acabó de despojar á Roma para enriquecer á Constantinopla, la cual nada ganó, porque los sarracenos apoderándose de la Sicilia, se llevaron todos los despojos que Constancio habia dejado allí depositados.

Ademas de las mezquitas imperiales hay otras que han sido construidas por las sultanas madres. Los sultanes que han construido mezquitas han añadido á ellas fundaciones de escuelas, hospitales, etc.; las mas de las mezquitas tienen tambien bibliotecas anejas. Mahomet II, despues de haber tomado á Constantinopla, asignó una academia á la iglesia de santa Sofía, pensionó maestros y estableció fondos para la manutencion de cierto número de colejiales: en 1784 el número de estos ascendia á ciento cincuenta. La academia ó universidad aneja á esta mezquita está dividida en dieziseis clases, cada una compuesta de treinta colejiales bien mantenidos; esta fundacion se estableció en 1471. Las escuelas de las mezquitas de Bayaceto II, de Selim I y de Soliman II, contienen mas de cuatrocientos jóvenes, que habitan en ellas y son mantenidos á costa de la fundacion: las de Ahmet I, Osman III, y Mustafá III, tienen cuando menos doble número. Los colejiales, que tienen habitacion y racion en estos colejios, se llaman *softahs*, y los maestros *jodsias*; cada uno de ellos tiene un *chiomés*, que es un jóven á quien instruye y

le sirve de criado. Los *softahs* no pueden casarse, pues viven en comunidad hasta acabar sus estudios, y no comen mas que una vez al dia. El sueldo de los primeros profesores asciende á cerca de diez mil reales anuales. Antes del gran incendio de Constantinopla en 1782, habia en esta ciudad mas de quinientas escuelas. En los colejios se educan todos los miembros del *ulema*, y ninguno puede ejercer las funciones eclesiásticas ni las legales, sin haber estudiado en ellos y hecho los ejercicios que se prescriben, esceptuando tres familias que por privilejio del sultan no necesitan hacer estas pruebas.

Hay en Constantinopla trece bibliotecas públicas establecidas por los sultanes ó por los visires; pero ninguna pasa de dos mil volúmenes, todos manuscritos. La de santa Sofía fué fundada por Soliman el Magnífico en el siglo XVI, y muy enriquecida por el sultan Mahomed en 1754. El número de los manuscritos asciende á mil quinientos veintisiete. La de la mezquita del sultan Mahomet está abierta todos los dias, y tiene dos bibliotecarios. En 1779 el sultan Abdul-Hamid abrió una nueva biblioteca para el público, en la cual mandó colocar muchos volúmenes de la del serrallo. De las bibliotecas fundadas por los visires, las mas famosas son las de Mahomet Kióprali, Ibrahim-Bajá y Rachib-Bajá. En todas ellas los libros estan colocados unos sobre otros en los estantes, y los títulos estan puestos en una de las puntas de los cantos. El edificio de esta última biblioteca está enmedio de un patio de mármol de figura cuadrada, bastante espacioso y bien cuidado. En el centro del edificio está el sepulcro que contiene el cuerpo de Rachib; es muy grande y tiene adornos de bronce dorado. Alrededor de la sala estan colocados los libros en gran número; pero los mas son de teolojía musulmana. Hay en ella asientos cómodos de ricas alfombras y de almohadones para los que van á leer.

A pesar de estas bibliotecas y colejios no hay que buscar entre los turcos patriotismo ni amor al bien público. La ostentacion y la supersticion fundan las mezquitas, los colejios y las caravanseras. En estos colejios se observa un gran aparato de nombres de ciencias, de las cuales no tienen la menor idea los que debian enseñarlas. Tienen en las bibliotecas algunos

libros estimables, pero son muy poco manejados. Toda su jurisprudencia y teolojía consiste en comentarios sobre el Coran. Su astronomía no es mas que astrolojía judiciaria. Su química, alquimia. La historia y la jeografía de las demás naciones les son enteramente desconocidas. La metafísica, la retórica y la gramática, no tienen entre ellos principio alguno fijo ni razonable.

Bursa. — Esta ciudad se llamó antiguamente Brusa, y Brucia: era capital del imperio otomano antes que los turcos tomasen á Constantinopla. Su fundador fué Prusias, rey de Bitinia, que entregó á los romanos á Annibal refujiado en sus estados. Otros dicen que fué construida por otro Prusias contemporáneo de Ciro, y esta opinion parece mas probable. De cualquier modo, Bursa es al presente una ciudad considerable, que tendrá dos leguas de circunferencia, y está situada al pie del monte Olimpo, que es el mas alto de la Bitinia, y aun de toda el Asia menor. Aun se ven en Bursa las mismas murallas que tenia en tiempo de los emperadores griegos. Los turcos no han querido destruirlas por respeto a Orkan, su primer sultan, que murió y está enterrado en esta ciudad. La mezquita de Aladino, una de las curiosidades de Bursa, es grande, cuadrada, y toda de piedra sillería. La bóveda se compone de veinticinco cúpulas pequeñas de igual altura, y de una arquitectura agradable. Esta ciudad está rodeada de muy bellos jardines regados por tres arroyos diferentes, que abundan en truchas. Adornan á estos jardines varios árboles, entre ellos gran número de castaños, nogales y moreras, con las cuales se cria inumerable cantidad de gusanos de seda. Los habitantes son industriosos. Sobresalen en el arte de bordar de plata y oro las telas mas preciosas. Los sofás, cojines y tapices mas estimados en Turquía, se fabrican en esta ciudad. La harina, de que se hace el pan para el gran señor y para las sultanas, se lleva de esta provincia.

Andrinópolis. — Ciudad situada á los cuarenta y cuatro grados y quince minutos de lonjitud, y á cuarenta y uno de latitud, fué fundada ó reedificada por el emperador Adriano, por lo cual su verdadero nombre debia ser Adrianópolis. Amurates I, emperador de los turcos, la tomó en 1362, y fué la capital de su imperio por mucho

tiempo. Esta gran ciudad está construida sobre un terreno desigual á orillas del rio Marizza; rodéala una muralla flanqueada de torres. Sus casas están bien construidas; pero como el terreno es desigual, las calles son muy incómodas. El palacio donde residen los sultanes cuando pasan á esta ciudad, está agradablemente situado. Lo mas digno de atencion en Andrinópolis son algunas mezquitas muy bellas, entre las cuales se distingue la de Selim. El rio Marizza está casi seco en el estío; pero en la mayor parte del año es navegable, y facilita el comercio. Hay en esta ciudad un arzobispo griego. Su territorio es fértil en granos, vino y frutas.

Alejandría de la Troada. — Esta ciudad, llamada por los turcos Eskistambul, cuyo terreno está cubierto de un espeso bosque de encinas pequeñas, propias de los paises de Levante, fué fundada por Alejandro. El teatro, que era muy grande, se reconoce mas distintamente, pues aun se vé el pórtico y una porcion de la gradería. Las murallas de la ciudad inmediatas al mar, están mas enteras, y se puede seguir su contorno por el espacio de algunas millas. En varios parajes se ven montones inmensos de piedras, y algunas columnas de granito, pero pocos restos de adornos de arquitectura, aunque no faltan vestijios de su antigua magnificencia. La completa destruccion en que se halla, posterior á la invasion de los turcos, es debida á Hassan, capitan-bajá en el reinado de Abdul-Hamid, durante la guerra con los rusos.

Sardis. — Esta antigua ciudad está hoy reducida á una miserable aldea. Por las pocas casas que restan de ella se puede juzgar que estuvo situada sobre la ladera setentrional del monte Tmoto, y que dominaba á una vasta llanura. Los turcos han conservado el nombre de *Sart* á esta aldea.

Dardanelos.—Los Dardanelos, asi llamados del rey Dárdano, que edificó en aquel sitio antiguamente una ciudad, son dos castillos que defienden el canal del Helesponto, el uno en la parte de Europa, y el otro en la de Asia. Todas las embarcaciones deben detenerse en este paraje para ser visitadas. El canal, que no tiene mas que media legua de ancho, está tan bien guardado que no se puede forzar este paso sin esponerse á ser destruido por la artillería de los dos castillos, cuyos fuegos se

cruzan. Hasta las galeras del gran señor estan sujetas á la visita. Mas allá, á la embocadura del estrecho, hay otros dos castillos, cuyas baterías estan á flor de agua; pero el canal que los separa es tan ancho que se puede navegar por medio de ellos sin mucho riesgo.

TESALÓNICA. — Los romanos poseyeron esta ciudad por muchos siglos hasta el reinado del emperador Andrónico, quien la cedió á los venecianos. A estos la quitó Amurates I, y los turcos han permanecido tranquilos poseedores de ella, llamándola Salonichi. Sus muros tienen diez millas de circunferencia, y estan flanqueados de reductos y bastiones. Por la parte de tierra hay un castillo llamado de las Siete torres, construido á imitacion del de Constantinopla. Lo único en que esta ciudad se asemeja á la capital, es en la estrechura y hediondez de sus calles. En cuantoá lo demás tiene algunos bellos edificios. Hoy en Tesalónica cuarenta y ocho mezquitas, treinta iglesias griegas, y treinta y seis sinagogas. Los judíos se han hecho dueños de su comercio, que es de los mas estensos. La iglesia catedral, llamada de san Demetrio, tiene una nave muy bella; se forma de dos cuerpos fabricados uno sobre otro, que hacen como dos iglesias separadas: la de arriba estaba enlosada de mosáicos, de que restan aun algunos pedazos. Es muy grande el número de columnas de mármol, jaspe y pórfido que sostienen este doble edificio, pues pasan de mil.

El terreno de Tesalónica, y jeneralmente el de su provincia, abunda en todo jénero de granos, ganados y madera. Los deliciosos valles de Tempe, tan alabados por los poetas, estan en aquella parte de la Macedonia llamada Tesalia. Los famosos montes Osa, Olimpo y Polio, de que se valieron los titanes para hacer guerra á los dioses, harán siempre memorable á este pais.

MAGNESIA.—La ciudad de Magnesia fué llamada por los griegos *Magnetes* á causa de las minas de piedra iman que allí abundaban: está situada en la Caria, al pie del monte Sipilo, donde Scipion el Africano derrotó á Antíoco, rey de Siria. En ella hay un hospital para los locos, adonde los traen de todas partes para encerrarlos. La ciudad es grande y poblada, y su comercio considerable, pues además de las ventajas que le proporciona la cercanía de Smirna,

su terreno es muy fértil, y produce gran cantidad de trigo y algodon.

Tiatira.—Esta, lo mismo que Sardis, es una de las siete iglesias de que se hace mencion en el Apocalipsis. Los apóstoles introdujeron aqui la relijion cristiana. Los turcos, despues de haber destruido esta ciudad, la reedificaron con el nombre de Akhissar. El de Tiatira no subsiste sino en algunos mármoles que unos viajeros descubrieron el siglo pasado. Akhissar tendrá cinco mil habitantes, los cuales viven con bastante comodidad, por el comercio que hacen de algodon, de que se cojen aquí grandes cosechas. La riegan siete arroyos que se dividen por varias calles, y se reunen á la salida de la ciudad.

Usos y costumbres de los turcos. — Estrañan tanto los turcos nuestros peinados y pelucas, que las llaman *nidos del diablo*, asi como nosotros estrañamos su barba larga. Se diferencian de nosotros tambien en cuanto al puesto mas honorífico, pues estiman mas la izquierda que la derecha, porque es el lado donde se lleva la espada; aunque entre ellos es muy raro llevarla en tiempo de paz andando por la ciudad. Los estranjeros tienen que abstenerse de llevar espada en Constantinopla, porque el pueblo se burla de ellos.

Los turcos no conocen la magnificencia sino en los edificios públicos. Sus casas particulares son comunmente muy sencillas. Las de los poderosos ocupan una estension muy vasta, y están rodeadas de paredes muy altas sin ventanas: el harem ó habitacion de las mujeres está resguardado con muchas puertas, y su custodia confiada á los eunucos ó á las dueñas. Los techos están pintados y dorados. En las paredes se ven en lugar de pinturas ó cuadros, algunos versículos del Coran escritos con letras de oro. El suelo está enlosado de mármol ó azulejos: la escalera no tiene barandilla. Sobre el suelo estienden alfombras ó esteras, y junto á la pared colocan sofás anchos y altos que sirven de asiento: en ellos se sientan con las piernas cruzadas, apoyándose en unos cojines. No se vé en las casas ninguna cama, porque acostumbran á encerrarlas de dia en unas alhacenas fabricadas en la misma pared, y por la noche las estienden sobre las esteras ó alfombras. Estas camas consisten en uno ó dos colchones con una

colcha lijera y una almohada: las sábanas están cosidas á los colchones y á las colchas. Para dormir se ponen un turbante pequeño, una camisa y unos calzoncillos.

El juego del ajedrez es muy usado entre los turcos; pero tienen por gran pecado el jugar dinero. Jamás dan muestra de alegría ó de pesar, ganen ó pierdan, á pesar del grande empeño con que juegan, gastando á veces en este ejercicio dias enteros. La diversion mas comun de los soldados es tirar con el arco, en lo que son muy diestros. Hay en Constantinopla casas donde se puede gozar de esta diversion á muy poca costa.

Entre las diversiones de los turcos se puede contar tambien el cultivo de las flores, á que son muy aficionados, especialmente el tulipan, flor que entre los naturales tiene honores de divinidad, pues hay una fiesta instituida en su honor: los tulipanes mas estimados son los que tienen el pétalo mas largo, y cuyos colores son mas vivos. Los cortan por muy abajo, y los colocan en unas botellas de cristal de cuello largo: alrededor de este vaso escriben sobre un papel á qué especie pertenece aquella flor. Es señal de mucha estimacion el enviar de regalo un tulipan.

Ya que hemos vuelto á hablar de Constantinopla, no será inoportuno advertir que en lo antiguo el populacho de esta ciudad era en estremo insolente, y hacia mil insultos á los estranjeros. Los sombreros de los europeos les daban enfado, y á cada paso se los quitaban de la cabeza por mofa. Aun ahora les ofenden mucho las varias modas que ven en los trajes europeos, y tratan esto como una veleidad indigna de la gravedad del hombre, por lo cual nos llaman *monos sin cola*. Pero se puede asegurar que el pueblo turco es hoy mucho mas instruido y urbano que antiguamente. Verdad es que mira con el mayor desprecio á las otras naciones, mas no las insulta. Y si bien se considera, esta preocupacion de despreciar á los que no son de su nacion, es comun á casi todos los pueblos del mundo.

La codicia es el vicio dominante de los turcos. Todo se compra allí, hasta la justicia, y nada se consigue sino por medio de dones. El mismo emperador hace este tráfico, y los ministros imitan su ejemplo. Pero de todos los defectos de esta nacion, el mas abominable y

comun, principalmente en los poderosos, es la infame pasion á la sodomía, vicio horrible que sin duda han aprendido de los griegos. Esta abominacion tan torpe se considera en Turquía como una simple galantería, lo cual procede de estar fastidiados de las mujeres, cuya facil adquisicion y posesion segura hace que las miren con tedio, y busquen otros placeres que causan horror á la naturaleza.

Como el imperio turco comprende tantas y tan diversas provincias, sus habitantes son una mezcla de diferentes naciones. Hay turcos naturales, árabes, tártaros, moros de Africa y aun de la India, mahometanos de Persia, naciones errantes de yesides, drusos y kurdos, que vagan por los campos y selvas sin tener domicilio fijo, judíos y cristianos de todos los cultos y paises.

De aquí proviene que los turcos de Europa son laboriosos, valientes é industriosos, y los de Asia cobardes, perezosos y afeminados. Estos últimos viven en la mayor ignorancia de las ciencias y de las bellas artes: los europeos comienzan á cultivarlas; pero aunque hagan en ellas los mayores progresos no podrán reparar los daños que sus mayores hicieron á las letras, desterrándolas de aquellos amenos paises en donde habian reinado con tanta gloria, y á las artes, cuyos bellos monumentos han destruido ó mutilado.

El vestido de los hombres consiste en unos calzones anchos, una camisa parecida á la de las mujeres de Europa, y un dorman ó espacio de túnica talar con mangas estrechas y cortas: aseguran esta ropa con un cinturon, donde meten sus pañuelos, puñales y otras cosas. Encima del dorman llevan una ropa llamada *feredge*, de mangas largas y anchas, la cual es de tela delgada en verano, y forrada de pieles en invierno. Sus zapatos que llaman *babuchas*, son unos pantuflos; su turbante se compone de una gran porcion de gasa dispuesta con bastante gracia.

El traje de las mujeres es casi como el de los hombres. Su cinturon se afirma con una hebilla de oro ó de plata, guarnecida regularmente de pedrería. Sus calzones son en estremo anchos, y sus babuchas de tafilete ó de alguna tela preciosa: usan mucha pedrería en sus atavíos, y adornan sus turbantes con sartas de perlas. Este es el traje de las mujeres en sus casas; mas cuando salen á la calle se cubren la

cabeza y la frente con un gran pañuelo triangular, cuyas dos puntas, despues de taparles la boca y la barbilla, se atan por detrás sin dejar descubierto mas que los ojos y la nariz, y además llevan un gran velo, de suerte que viéndolas por la calle no se puede decir si son hermosas ó feas, jóvenes ó viejas. Van como unas fantasmas, envueltas en su ropa sin aire ni garvo.

El modo de saludar de los turcos se distingue tanto del nuestro como su traje. Ponen la mano sobre el pecho, y se inclinan un poco para denotar el respeto ó la amistad. Se dicen unos á otros espresiones que muestran desearles toda prosperidad, y si saludan á una persona respetable cojen la punta de su ropa y la besan. Jamás se quitan los turbantes, pues el descubrirse, que entre nosotros es un acto de respeto, sería para ellos un insulto.

Los turcos son jeneralmente sóbrios en la comida, la cual se compone de carnero, arroz, y algunas legumbres. Gustan de la especería, y todas sus salsas son de un sabor fuerte. Al fin de la comida beben agua ó leche agria: el sorbete es únicamente para los ricos. En los banquetes suelen embriagarse. Rara vez se convidan á comer unos á otros, y se visitan muy poco. Como las mujeres no asisten á las visitas ni á los convites, se gasta este tiempo en cumplimientos muy frios, y despues hacen traer perfumes, café y sorbetes. Se lavan las manos y la cara con agua de rosa, y se las secan con el humo de los perfumes que echan en los braseros. Los turcos están siempre fumando en los paseos y en sus casas; y sea por limpieza ó por estravagancia se tragan la saliva. Sus pipas son muy largas, y solo llega á la boca un vapor lijero, que no abrasa el paladar como los cigarros.

En algunas ciudades de Turquía ponen las camas en los patios ó sobre los terrados de las casas. En invierno duermen en los cuartos bajos. Tienen por la noche una luz siempre encendida, y uno ó dos braserillos con lumbre. La costumbre los libra de la incomodidad que esta práctica debe causar. Cuando despiertan por la noche toman una taza de café que tienen dispuesta, fuman y comen unas rosquillas con azúcar. Tienen un gran secreto para reconciliar el sueño, que es hacer les lean algunos relazos de sus poetas, ó les cuenten algunas historias árabes: remedio que si se introdujese

se entre nosotros sería eficacísimo para evitar desvelos.

Se cultivan en algunas provincias las artes mecánicas, y sobresalen especialmente en la de curtir y teñir las pieles. Tienen tambien fábricas de seda, de lana y de algodon. Todos sus relojeros son judíos, armenios ó frances de Europa. Se habia establecido una imprenta; mas no pudo subsistir, no porque los turcos ignoren su grande utilidad, sino porque decian que introducido este arte perecerian mas de cien mil copiantes, sin advertir que estos brazos podian emplearse con tanta ó mayor utilidad en la misma imprenta, y en cuantas artes dependen de ella (1).

Los turcos no tienen ya tanta aversion á las letras como antiguamente, y creen que el Coran no es el único libro digno de leerse. Hace algunos años que se han dado á escribir; pero el principal objeto de sus escritos son historias de vidas particulares, cosa bastante despreciable.

Los turcos se aplican á la lójica y al estudio de las lenguas árabe y persiana. No tienen ideas justas de la jurisprudencia, ni es facil tenerlas donde la mayor parte de los juicios son arbitrarios. Los mas ricos suelen ser los mas ignorantes; pero se encuentran algunos que se aplican á la filosofía árabe, y tienen medianos conocimientos en las matemáticas. De la astronomía no entienden mas que lo necesario para formar su calendario, y hacer pronósticos de astrolojía judiciaria. Los judíos son los que mas practican la medicina en toda Turquía, como sucedia entre nosotros en los siglos bárbaros. Algunos de estos doctores han frecuentado las universidades de Italia.

A pesar de la pluralidad de mujeres, la Turquía no está tan poblada como la mayor parte de Europa, y quizá esta misma causa que parece debia aumentar la poblacion, es la que la disminuye, además de la peste y de las frecuentes revoluciones que causan grandes estragos en todo el imperio. Los turcos no pasan pena por el número de hijos, ni se afanan por dejar riquezas á su familia, porque saben que en un instante pueden perder sus bienes y la vida, pues el gran señor es dueño de uno y otro. De aquí proviene que

(1) Mahamud II, como dijimos en su reinado, estableció nuevamente la imprenta, y aun subsiste.

los hijos confien mas en los protectores y amigos de sus padres que en sus riquezas, porque sucede con frecuencia que el hijo de un bajá opulento se ve reducido á ser soldado, á ejercer un oficio, ó á servir á un hombre de fortuna.

Gobierno de los turcos. — El imperio tiene un divan ó consejo de estado compuesto de los individuos siguientes:

El *gran visir*, primer ministro y lugarteniente del sultan.

El *muftí*, sumo pontífice.

El *caimacan*, gobernador de Constantinopla, el cual toma el mando en ausencia del gran visir.

El *reis-effendi*, ministro de estado y de negocios estranjeros.

El *testerdar effendi*, ministro de hacienda.

El *kiaya-bey*, ministro del interior.

Los *cadileskeres*, ministros de justicia y grandes prebostes de los ejércitos. Hay dos, uno para el Asia y otro para la Europa.

El *thersana-emini*, ministro de marina.

Los jenerales de las diferentes armas del ejército.

Los *seis visires del banco*, bajáes de tres colas.

Además de estos deben contarse todos los bajaes de dos y tres colas que se hallan en Constantinopla, los cuales durante su residencia en la capital, tienen derecho á tomar asiento en el divan.

El gran visir es el presidente, y el muftí el vice-presidente.

El divan se reune unas veces como consejo de estado, y otras como tribunal supremo de justicia: en el primer caso delibera sobre los principales intereses del imperio, como son la paz, la guerra, las relaciones diplomáticas, etc., etc. Y cuando como tribunal supremo de justicia, falla en última instancia todas las causas criminales y civiles que se dirijen al sultan por apelacion, quejas, etc., y juzga de las acusaciones intentadas contra los cadis ó jueces, ministros de justicia, secretarios de estado, gran visir y muftí. Todo se decide á pluralidad de votos. El gran señor no puede presidir el divan, ni tiene voto en sus deliberaciones; pero asiste á sus juntas colocándose en una tribuna desde donde oye, sin ser visto, las discusiones y resoluciones, que despues le presenta el gran visir para su aprobacion.

Las sentencias las escribe el muftí todas de su letra, y señala en ellas el capítulo del Coran

que corresponde á cada una.

Los bajáes gobernadores de las provincias tienen otros divanes que entienden en las quejas y negocios de todas clases dentro de su distrito con arreglo á las leyes. Tambien tiene su divan el capitan-bajá ó almirante de la escuadra, á bordo de ella.

Los cadís ó jueces de partido y de pueblos tienen tambien sus pequeños divanes.

El sultan tiene derecho de hacer gracia ó de conmutar las penas; pero en los delitos que pueden comprometer los intereses del imperio, rara vez modifica los decretos, porque los considera como una aplicacion de la ley divina; así es que por sentencia del divan supremo han ido y van al suplicio muchos visires, bajáes y favoritos, y aun el mismo muftí, despues de convencidos del delito.

Rentas del imperio. — Las rentas del tesoro jeneral son unos mil millones, y algunos le dan mil y quinientos: consisten en el producto de las aduanas fronterizas y marítimas: en una contribucion territorial sobre todas las posesiones agrícolas situadas en todos los dominios del imperio, sin escluir ni aun las del emperador, ni las mezquitas: en un impuesto por cabeza á todos los que ellos llaman infieles, que son cuantos no profesan su falsa relijion; y en un impuesto sobre el transporte y estraccion de toda clase de jéneros y efectos, y sobre otros objetos.

En estas rentas no se mezcla el emperador, pues para su manutencion, la del serrallo, sultanas y demás, tiene las de su patrimonio particular, que son muchas.

Riqueza del imperio. — Consiste esta: primeramente en el gran depósito de los tesoros que dejan ahorrados los emperadores cuando fallecen, que son cuantiosísimos, porque como el del reinante se compone de la tercera parte de todas las posesiones y tierras del imperio, y de los caudales de los bajáes y demás grandes empleados que son condenados á pena capital por sentencia del divan; de las herencias de los que mueren sin hijos; ó de los que tienen parientes en línea transversal, que deben dejar una parte de sus bienes al sultan; y últimamente de las cantidades sobrantes que á fin de cada año existen en la tesorería del imperio y en las de las mezquitas, despues de satisfechas sus respectivas obliga-

ciones, hé aquí la razon por qué los sobrantes son considerables.

Tesoro de los sultanes fallecidos. — En el palacio del serrallo hay un gran salon, llamado *kasnehadassi*, y en él se hace el depósito del caudal que dejan los sultanes cuando mueren, para lo cual se observa el método siguiente: luego que fallece el sultan se forma por el divan un escrupuloso inventario de cuanto deja, y todo se introduce en una grande y fuerte arca, que cierran, poniéndola muchos sellos, y así la colocan en el *kasnehadassi* al lado de la del último sultan, y se cierra la puerta sellándola con cinco sellos, la cual no se vuelve á abrir hasta que muere otro sultan, que se hace lo mismo. Sobre esta puerta se ve una inscricion con letras de oro, que dice en lengua turca: *Aquí está el tesoro de los sultanes*. Los turcos consideran estas riquezas como sagradas, que no deben emplearse sino en el último apuro, es decir, cuando se trate de la salvacion del imperio. Pero hasta ahora ningun sultan se ha atrevido á tocar á ellas por grandes que hayan sido los apuros.

La otra riqueza consiste en un gran depósito que se hace anualmente en el *kasné* ó tesorería del sultan reinante.

Al fin de cada año se inventaria el caudal escedente del tesoro del sultan, despues de cubiertas todas sus atenciones, á presencia del sultan, el gran visir, el muftí, etc., y se deposita en una grande arca particular, que tambien se cierra y sella; pero aunque esta parte de tesoro le pertenece al sultan, no puede disponer de ella sino en el caso de una guerra de relijion. Esta práctica tiene por objeto darle los medios de formar el tesoro que está obligado á dejar cuando muera.

El resultado de semejante arreglo, es que el imperio y soberanos de Turquía tienen dos cuantiosísimos tesoros de reserva, destinados para servir de recurso en casos de apuros, con la circunstancia de que el uno de ellos es casi inviolable; al paso que el otro es un caudal disponible en el momento en que se necesita para costear todo lo que es preciso para un ejército que ha de entrar en campaña.

El tesoro de los sultanes fallecidos debe ser cuantiosísimo y casi incalculable; tuvo principio el año 1453, con la muerte de Mahomet II, su fundador.

Algunos historiadores verídicos calculan el valor del tesoro de cada reinado, contando unos con otros, en veinte millones de piastras; por cuyo ínfimo cálculo pueden graduarse los inmensos caudales acumulados allí durante la série de los emperadores otomanos.

La renta de los mil millones anuales del imperio, son muy bastantes y aun escedentes para cubrir todas sus obligaciones aun en tiempo de guerras: así es que todas ellas están satisfechas con puntualidad; pues como los gastos del erario público no se alteran por ningun motivo, ni aun por la guerra, esta es la razon del sobrante anual.

Ejercito. — Hé aquí cómo se componia el ejército en tiempo de paz, antes de la estincion de los jenízaros, y por qué aumentándose en tiempo de guerra, no eran mayores los gastos. Debe tenerse presente que el cuerpo de los jenízaros fué disuelto por Mahamud II, y remplazado por otros rejimientos que creó dicho sultan.

Fuerza militar de Turquía en tiempo de paz, pagada por el tesoro del imperio.

Jenízaros de infantería. . . .	46.000
Spahis, caballería.	12.000
Topchis, artilleros. } Tebgis, armeros. }	5.000
Total ejército pagado.	87.000

Ejército en tiempo de guerra.

Infantería.	Jenízaros pagados.	40.000
	Idem voluntarios sin sueldo.	115.000
	Botangis ó guardas del serrallo.	10.000
	Artilleros y armeros.	3.000
	De marina.	5.000
	Voluntarios llamados por el muftí.	100.000
	Total. . .	273.000
Caballería.	Spahis pagados.	12.000
	Zaims y timaris sin paga. .	385.000
	Jenízaros voluntarios sin paga.	10.000
	Voluntarios, llamados *guiomulhus*, sin paga.	30.000
	Total caballería. . . .	437.000

Cuando los emperadores conquistaron los vastos territorios del imperio de Turquía, lo organizaron militarmente con mucha solidez, siendo el único en el mundo que tenga una organizacion militar; para este efecto instituyeron los zaims y los timaris, de donde toma una fuerza estraordinaria é imponente, segun queda demostrado; los cuales se renuevan contínuamente, con cuya fuerza han asegurado su estabilidad hasta nuestros dias.

En tal concepto dividieron todas sus conquistas en tres partes; una de ellas para el culto, otra para el dominio particular y tesoro del sultan, y la otra para que se repartiese entre los militares mas valientes y esfor-

zados; y entonces fué cuando se crearon los zaims y los timaris, que son unos lotes de beneficios compuestos cada uno de cierto número de posesiones de primera y de segunda clase; los zaims son la primera, y los timaris la segunda: los primeros son de mas valor y producto: estas suertes se repartieron, ya como hereditarias, ya como vitalicias; pero unas y otras imponen á sus poseedores la obligacion de presentarse á caballo con sus hijos, si son de edad competente, y con un número de hombres, tambien á caballo, armados, equipados y mantenidos á su coste; esto está prevenido así en las leyes orgánicas de ambas instituciones, cuyos voluntarios se llaman *gebelus*. El sultan no es dueño de dichas haciendas, y solos los militares que han sido heridos ó se han distinguido en las batallas con acciones heróicas, son los que pueden obtenerlas; pues estas suertes no pueden jamás dedicarse á otros objetos, ni separarse del órden prescrito en su institucion: en otro caso causaria terribles sublevaciones, como ha sucedido ya; una de ellas fué porque una gran sultana y otros favoritos quisieron apropiarse alguna de las mejores haciendas; mas no pudieron conseguirlo, pues se formó tal sublevacion, que estuvo á pique de perecer el serrallo y aun el sultan; y hubiera sucedido así á no haber este otorgado al pueblo la obligacion de dejarle sus posesiones intactas.

Por estas razones pueden contarse los ejércitos como permanentes y disciplinados, porque se renuevan constantemente, sea cualquiera el número de los que perezcan en los combates; pues con la esperanza de conseguir los premios, concurren infinitos á remplazarlos, y hacen proezas temerarias y de desesperacion, como ciegos fatalistas, de que hay infinitos ejemplares. Así es que el sultan no tiene motivo de sentir las pérdidas que sufran estos ejércitos. Todavia puede decirse mas, y es, que el soberano lejos de perder, gana cuando mueren muchos; porque como estas posesiones tan numerosas, las fomentan y aumentan su valor los poseedores, el emperador las distribuye despues á otros en razon de su nuevo valor, que á veces es el doble del que antes tenian; por cuyo medio acrecienta el número de sus soldados, pues á veces gratifica y premia á muchos con lo que antes pertenecia á uno solo.

Los setecientos doce mil hombres señalados en el estado anterior, es el *mínimum* de las tropas que se ponen en campaña en las guerras contra infieles, que son todas las que tienen con las naciones estranjeras; pues no se han incluido en ellos las tropas que deben presentar los tártaros feudatarios, porque estas no se mezclan entre las filas de los turcos, sino que hacen la guerra en cuerpos separados.

Se advierte tambien que el número de voluntarios que se presentan en virtud del llamamiento y ecsortaciones del muftí, es tambien el *mínimum*, pues las mas veces se duplica por el interés que esperan.

Colejio de niños esclavos. — El sultan tiene en su serrallo un gran colejio, compuesto de mas de seiscientos niños esclavos, unos comprados á los corsarios de Africa y otras costas, de los que cautivan; otros son los que por razon de feudo envian las provincias tributarias; y otros que venden sus padres en Jeorjia y Mingrelia, donde hay esta bárbara costumbre.

Estos niños son educados con mucha rijidez y dureza por los maestros, que son eunucos, á la vista y bajo la proteccion del emperador.

Los enseñan primeramente el Coran, que aprenden de memoria, las lenguas turca, árabe, persa, ejipcia y otras; los ejercitan en los juegos jimnásticos y olímpicos, en el arte militar, guerrillas y simulacros, en cuyos ecsámenes se mezcla con ellos el sultan para asegurarse de los adelantamientos é inclinaciones de cada uno. Y cuando son ya de edad proporcionada, los coloca en su servidumbre, en el ramo á que cada uno se incline, por cuyo medio el emperador los observa y se penetra de lo que á cada uno debe dar.

A esta clase de hombres se confieren todos los empleos de mayor dignidad, sin esceptuar el de gran visir y de muftí; de modo que todos los bajalatos, gobiernos, judicaturas y plazas del divan, están desempeñados por esta clase de personas instruidas y sábias por principios, que no conocen mas padre ni pariente que al emperador su favorecedor, á quien por esta razon deben amar estraordinariamente.

El sultan no los coloca jeneralmente en los grandes empleos hasta que tienen treinta años cumplidos, y durante este largo noviciado observa el emperador su carácter, su aplicacion, y so-

bre todo su adhesion á su persona y á las leyes del imperio. Esta institucion propende á fortificar los principios conservadores del estado, cuya idea se trasluce en todas las instituciones ó leyes turcas. Tratar de conocer á fondo á los hombres antes de elevarlos á las dignidades, verificarlo con arreglo á su buena conducta y disposicion para los destinos, y asegurarse de su adhesion al gobierno que los emplea, es un plan sabio y profundo que debe producir los mejores resultados.

Colejio de las odaliscas. — Este colejio se compone, como el de los niños, de niñas robadas por los corsarios berberiscos, de niñas nacidas en Jeorjia y Circasia, vendidas por sus padres, ó enviadas como tributo al gran señor. Pero no todas estas jóvenes se destinan para el serrallo, pues solo se elijen las que dan señales de ser sumamente hermosas, afables y discretas, con el preciso requisito de que sean vírjenes, pues ninguna es digna de educarse á la vista del sultan si no tiene estas circunstancias. El mismo gran señor es el que hace su recepcion, y en seguida las entrega á la superintendenta de las odaliscas, la cual anota en un rejistro la edad de cada niña, que no puede esceder de siete años, su nombre, su patria y su relijion.

Para mejor proporcionar la instruccion, están divididas las alumnas en dos colejios, uno para las niñas y otro para las que han llegado á la pubertad. Enséñanles sucesivamente la relijion mahometana, á leer, escribir y hablar las lenguas turca, árabe y persa; la historia otomana y la de los califas, diversas obras de bordado y costura, y por último á bailar, cantar y acompañarse con el pandero y otros instrumentos. De ellas elije el sultan las que mas le agradan para que sean sus mujeres y concubinas: otras las casa con sus bajáes y grandes personajes del imperio.

Cuando el sultan trata de hacer una nueva eleccion, las jóvenes odaliscas hacen cuantos esfuerzos son posibles para agradarle, y escitar en su pecho el amor por medio de sus gracias, de sus cantos y de sus bailes, en los cuales usan de las actitudes mas seductoras, sin sujetarse á la modestia y reserva que en todas las demás ocasiones observan delante de su soberano. Unicamente en tales casos las jóvenes del serrallo visten unas

túnicas cortas de telas claras y trasparentes, llevando los brazos desnudos y el pecho lijeramente cubierto. Fuera de estos actos visten como las demás mujeres turcas, con un traje que les tapa desde los pies hasta el cuello, sin mostrar mas que el rostro y las manos.

El príncipe manifiesta su eleccion, entregando un pañuelo á la que mas le agrada. En seguida se retira el sultan, y acuden á felicitar á la preferida todas sus compañeras. Las que no tienen esperanzas de llegar á ser favoritas, le suplican que las pida para su corte en clase de damas de honor.

Cada favorita tiene un alojamiento separado y suntuoso, que viene á ser un palacio particular, con jardines bastante espaciosos; pero cuando llegan á ser sultanas habitan en otros palacios, todavia mayores y mas ricos.

Al advenimiento de un sultan al trono, todas las mujeres de su predecesor se retiran al serrallo antiguo, y el nuevo soberano elije una ó varias odaliscas que toman el título de favoritas del gran señor. La primera que da á luz un hijo es proclamada gran sultana, y coronada solemnemente con una pequeña diadema de oro guarnecida de piedras preciosas. Las demás favoritas que tienen hijos de uno ú otro secso, gozan tambien del título de sultanas, pero añaden á él su nombre propio para distinguirse entre sí y de la gran sultana.

Aunque es cierto que el sultan tiene á su disposicion de quinientas á seiscientas odaliscas, es solo para elejir entre ellas un número muy reducido, y aun algunos solo han tenido una. Los príncipes turcos no tienen regularmente mas que cuatro mujeres, que son las que permite la ley de Mahoma; y el emperador está obligado á observar escrupulosamente esta ley, porque considerando como sultanas á todas las que han tenido hijos de S. A., debe asignarles la dotacion correspondiente á una princesa otomana, lo cual no puede mirar con indiferencia, pues la servidumbre de cada sultana, es diez veces mas numerosa que la de una princesa europea. De consiguiente, aunque el sultan tuviera deseo de multiplicar sus mujeres, le retraerian de ello los enormes gastos que le ocasionarian, así como el considerable número de hijos de uno y otro secso.

Debe advertirse que el sultan

no se atreveria á abusar de su autoridad gozando de estas jóvenes sin hacerlas favoritas ó sultanas declaradas, pues de lo contrario perderia la reputacion, porque [illegible] conducta es un objeto que todos observan atentamente.

Por lo que dejamos referido puede conocerse que el serrallo no es, como algunos creen, una mansion de delicias continuamente renovadas, ni un lugar de libertinaje.

DOMINIOS TURCOS EN EUROPA.

Croacia.—Esta provincia está situada al N. de las otras, sobre un lago que forma el rio Vima: la gobierna un bajá; su estension es de veinte leguas de largo, y su capital Uvichz.

Bosnia.—Está situada al S. O. de la Croacia, junto al rio Bosna: tiene veinticuatro leguas de largo y veintiuna de ancho; su capital es Bosnaseray: la ciudad de Banjaluca es bastante populosa.

Dalmacia.—Se halla al S. de la Bosnia: confina al O. E. con el mar Adriático: su estension es de diezinueve leguas de largo, y nueve y media de ancho; su capital es Mostar, que tiene una ciudadela fuerte, y la gobierna un bajá.

Sebvia.—Está situada al E. de Bosnia y de la Dalmacia; la atraviesan los rios Sava y Danubío; tiene de largo cincuenta y seis leguas, y cincuenta y dos de ancho; su capital [illegible] Belgrado; la ciudad de Semendria ó Spendero tiene una fuerte ciudadela.

Valaquia. — Principado al N. E. de Servia, sobre el rio Sarata: tiene de estension setenta y seis leguas de largo y cuarenta de ancho; su capital es Tergovisk: la ciudad de Bucarest está situada sobre el rio Dumbrovitz. La memorable ciudad de Braylou es fuerte y colocada sobre el Danubio.

Moldavia. — Este principado está al N. E. de la Valaquia: tiene setenta y seis leguas de largo y sesenta de ancho; la atraviesa el rio Moldava; su capital es Jassi. En esta provincia se hallan otras dos ciudades bastante nombradas, que son Bablui y Chotzin sobre el rio Niester.

Besarabia. — Está situada al E. de la Moldavia: confina con el mar Negro, y tiene varias ciudades de alguna consideracion como son Bialogrod ó Akjerman, Kilianova, Ismail, etc. Tiene de estension cuarenta y cuatro leguas de largo y veinte de ancho: su capital es Bender.

Bulgaria. — Al S. O. de Besarabia, confina por el E. con el mar Negro, y sus ciudades principales son Widin, Nicópoli, Silistria y Tomiswar, etc. Tiene de estension ciento y ocho leguas de largo y treinta y dos de ancho: su capital es Sofia.

Albania. — Está situada al S. E. de Dalmacia; confina al O. con el mar Adriático: tiene de largo ochenta leguas y de ancho veinticuatro; su capital es Scútari.

Macedonia. — Está colocada al E. de Albania; confina por el S. con el Alchipiélago: sus ciudades principales son Jenizzar, Contezza, y Filippi; tiene de estension sesenta leguas de largo y cuarenta de ancho: Salónica es su capital.

Romelia. — Está situada al E. de Macedonia, al S. de la Bulgaria y al E. del Negro Ponto, Archipiélago y mar Mármara: tiene de estension setenta y seis leguas de largo y cincuenta y seis de ancho: su capital, y de todo el imperio, es Constantinopla: Andrinópolis y Filópolis estan situadas en esta provincia.

Janina. — Está situada esta provincia al S. de Macedonia; en ella se halla el monte Olimpo; su ciudad principal y capital es Lariza: tiene de estension dicha provincia treinta y seis leguas de largo y dieziocho y media de ancho.

ISLAS DEL ARCHIPIELAGO.

Candia. — Esta isla está situada al S. O. de las otras: es la antigua Creta: tiene ciento veinte mil almas, abunda en frutos y vinos esquisitos; la ciudad de Candía es su capital; el territorio de esta isla es de cuarenta y ocho leguas de largo y dieziseis de ancho.

Milo. — Está situada esta isla al N. de Candía: es mal sana, tiene de poblacion siete mil habitantes, y nueve leguas y media de territorio; la ciudad de Milo es su capital.

Policandro. — Está colocada al E. de Milo: en lo antiguo se llamó Philecrandos; es de corta poblacion, pobre y llena de rocas.

Satorni. — Está al E. de Policandro; se llamó antes Terasia; su poblacion es de doce mil habitantes; en la ciudad de Pirgos hay dos obispos, uno latino y otro griego: esta isla tiene siete leguas de estension; su capital es Cariso.

Serfone. — Isla al N. de Milo: se llamó antes Seripfos; tiene cerca de tres leguas de largo,

y en su mayor anchura dos; es de poca consideracion, muy montuosa y áspera.

SIFANO. — Está al S. E. de Serfone: antes se llamó Siphus: tiene siete mil habitantes, es abundante en frutos y minas de plomo y hierro; tiene de largo siete leguas, y de ancho cerca de dos; su capital es Searay.

SICIRO.—Isla al S. E. de Sifano; es de muy poca consideracion.

NIO. — Está situada al E. de Siciro: se llamó antes Yos; tiene de poblacion dos mil setecientos habitantes, y un buen puerto; su territorio comprende nueve leguas; su capital es Nio.

PARIO. — Está colocada al N. de Nio: se llamó antes Paros; tiene dos mil habitantes; su estension es de mas de tres leguas de largo y cerca de dos de ancho: Parechia es su capital, y solo ofrece ruinas de antiguos monumentos.

ANTIPAROS. — Isla al O. de Pario, poco considerable; contiene una gruta que es un prodijio de la naturaleza, por la que algunos quieren probar la vejetacion de las piedras.

NAJOS. —Está colocada al E. de Paros: tiene mil almas; es muy fructífera, y su territorio es de veinticuatro leguas: su capital se llama Najos, y tiene un buen puerto, con tres mil habitantes.

TERMIA ó SUMO. — Está situada al N. de Serfone, cria buenas frutas y ganados: su poblacion es de cuatro mil habitantes; ocupa cuatro leguas de largo y cerca de dos de ancho: su capital es Termia, que tiene un buen puerto y un obispo griego.

ENJIA. — Esta isla está en un golfo de su nombre cerca de la Morea; se llamó antes Ejina: tiene cinco mil habitantes y un castillo fuerte; comprende cuatro leguas de largo y dos y media de ancho; su capital es Enjia.

COLURI. — Esta isla se llamó antes Salamina; está en el mismo golfo, cerca de Livadia: tiene ocho mil habitantes, es abundante en granos y pesca; comprende su territorio dieziseis leguas: su capital es Coluri, que tiene un buen puerto.

ZIA.—Está situada al N. de la de Termia; se llamó antes Ceos; abunda en cebada, vino y seda; tiene de largo cinco leguas, y dos y media de ancho; su capital es Zia con un obispo griego; á una legua de la capital hay un buen puerto.

AMURGO.—Isla al E. de la de Nio; tiene seis mil habitantes, es comerciante y comprende nue-

ve leguas de territorio: su capital es Amurgo, que tiene un escelente puerto.

Sira.—Está colocada al E. de Zia; se llamó antes Siros: tiene de poblacion cinco mil habitantes; es muy fértil y comerciante, con un buen puerto; su territorio comprende doce leguas; su capital es Sira.

Sdiles.— Esta isla está al E. de Sira: se llamó antes Delos; es de poca consideracion, pero célebre por los templos de Apolo y de Diana, que dicen los griegos nacieron en ella.

Micolo.—Está colocada al E. de Sdiles: llamóse antes Micone; su territorio comprende nueve leguas; su poblacion es de cuatro mil habitantes, fértil en todo jénero de frutos; su capital, Micolo, tiene un buen puerto.

Tine.—Está al N. de Micolo: su estension es de cerca de seis leguas de largo, y dos y media de ancho; tiene de poblacion nueve mil almas, y es muy fértil; su capital es san Nicolo, con dos obispos, uno griego y otro latino.

Andro.—Esta isla, que tiene veinticuatro leguas de territorio, está situada al N. O. de Tiné: [redacted] poblacion es de doce mil almas, muy fértil y comerciante: tiene un buen puerto y obispos griego y latino; su capital es Arna.

Negro ponto. — Está situada al N. O. de Andro, cerca de Livadia; tiene treinta y dos leguas de largo y ocho de ancho; su poblacion [redacted] de veinticinco mil almas; su capital es Negro Ponto, y se comunica con el continente por un puente levadizo; es muy fértil; una de sus principales ciudades es Castel-Roso.

Sciro. — Isla al E. del Negro Ponto; tiene de largo cinco leguas y de ancho dos y media. Su poblacion es de cinco mil almas; abunda en granos, frutas, algodon y canteras de mármol; su capital es Sciro.

Scópulo.—Se halla al N. del Negro Ponto; llamóse antes Scopolos; tiene siete mil habitantes, y abunda en buen vino; su territorio es de seis leguas de largo y tres de ancho; su capital Scópulo, que tiene un pequeño puerto.

Tasos.—Isla situada á la entrada del golfo de Contesa; [redacted] muy fértil y abundante en frutos y vinos: su territorio comprende veinticuatro leguas; su capital es Tasos, con un buen puerto.

Samandrachi. — Está al S. E. de Tasos: es muy fértil en cebada, vinos y frutas; su poblacion es de dos mil habitantes; su es-

tension de seis leguas y media y su capital, Samandrachi, tiene un magnífico puerto.

LEMBRO.—Isla situada al S. E. de Samandrachi: es muy abundante en cebada, frutas, vinos y madera; tiene un buen puerto, tres mil habitantes, y su terreno comprende ocho leguas; Lembro es su capital.

STATIMENE. — Está colocada esta isla al S. E. de Lembro: su estension es de ocho leguas de largo y seis de ancho; su poblacion de dos mil habitantes; abunda en granos, vinos, frutas, seda y algodon; hay en ella una tierra medicinal que cura varias enfermedades; tiene un buen puerto; su capital se llama Statimene.

TENEDOS. — Está situado al E. de la anterior; su territorio comprende doce leguas, y produce buenos vinos; su poblacion es de cinco mil habitantes; la capital se llama Ténedos que tiene un buen puerto y un castillo fuerte.

DOMINIOS TURCOS EN ASIA.

Límites: confinan al Norte con la Rusia Asiática, al O. con el mar de Mármara y el Archipiélago, al S. con el mar de Levante y con la Arabia, y al E. con la Persia.

CIRCASIA. — Este pais está al N. de los otros: confina por el Setentrion y el E. con la Rusia Asiática, por el Poniente y Sur con el mar Negro: es la parte mas setentrional de la Turquía Asiática; sus poblaciones son de muy poca consideracion.

NATOLIA Ó ASIA MENOR.

Está situada al O. de las otras provincias: confina por el N. con el mar Negro, por el O. con el de Mármara y el Archipiélago, y por S. con el de Levante; se divide en varios gobiernos cuyas capitales son:

SMIRNA. — Esta ciudad es la mas rica y comerciante de todas las del Archipiélago; es capital del gobierno de su nombre; su poblacion es de ochenta mil almas: cerca de ella estan las ruinas de Troya: al N. E. de esta ciudad cerca del mar de Mármara, está la de Bursa, cuya poblacion es de treinta mil habitantes. Tambien pertenece á este gobierno la ciudad de Isnik, que se llamó antes Nicea; está al N. E. de las otras, y es de bastante consideracion: Isnicmid ó Nicomedia es grande, con un buen puerto en dicho mar: Heráclea á la ribera del mar Negro, tiene un puerto que la hace muy concurrida.

Kutaye. — Este gobierno está al S. E. de los otros; su capital es de bastante consideracion; sus ciudades principales son Angora y Satalia; la primera es famosa y su poblacion se gradúa en setenta mil almas. Satalia tiene un buen puerto que la fecunda.

Sivas. — Se halla al E. del anterior y al N. del mar Negro; este gobierno ó provincia comprende además de su capital otras ciudades, entre las cuales las de mas consideracion son Amasia y Tocat: la primera es grande y rica; nació en ella el célebre geógrafo Strabon; la segunda tiene un buen comercio.

Trevisonda. — Esta capital se llamó antes Trapecia; es grande y de mucho comercio, con un buen puerto en el mar Negro, y una hermosa campiña; tiene un arzobispo griego: es tambien ciudad de este gobierno Kirisonte, que está bien situada en un feraz territorio con escelentes frutas, y un buen puerto de mar.

Konie. — Provincia situada al E. de Kutaye y al S. del mar de Levante: la capital de este gobierno se llamó antes Karamania; sus ciudades principales son Cesárea, muy comerciante y considerable, y Tarso, cerca del mar de Levante, es la patria del apóstol san Pablo.

Adana. — Se halla al S. de Konié; confina con el mar de Levante: la capital de este gobierno tiene su mismo nombre, y su clima es muy benigno; está situada sobre el rio Choquen y el mar de Levante; tiene un obispo; sus habitantes son turcomanos y hacen vida de pastores.

Marasch. — Este gobierno tiene diferentes ciudades de mediana consideracion: Malatia, cerca del rio Eufrates, cria camellos y caballos muy hermosos.

Erzerum. — Gobierno situado al O. de los otros; su capital, que toma su mismo nombre, está sobre la orilla del Eufrates en un terreno llano y fértil; su poblacion se gradúa en veinte mil almas.

Kars. — Está situada á la orilla del rio de su nombre; tiene una buena ciudadela construida sobre una roca; hay en el territorio otras ciudades de poca consideracion.

Wan. — Esta capital es de mediana consideracion, muy bien formada, y está cerca de una gran laguna.

SIRIA.

La Siria está al S. E. de la Natolia; confina por el O. con

el mar de Levante; está dividida en cinco gobiernos, cuyas capitales son:

Alepo. — Esta ciudad es la mayor de toda la Siria y de las mas hermosas de la Turquía asiática: su poblacion asciende á doscientos cincuenta mil habitantes; su comercio es grande, principalmente el de la seda, camelote y agallas: se crian en ella palomos, que los enseñan para servir de correos y conducir cartas; está colocada sobre el arroyo Coic, que entra en el rio Eufrates: comprende este gobierno otras ciudades y poblaciones de bastante magnitud, y las principales son Alejandrieta ó Alejandría menor al N. O., que tiene un puerto en el mar de Levante; su aire es poco sano, á causa de las muchas lagunas. Antakie ó Antioquía ha sido una ciudad muy célebre, y hoy es solo un pueblo mediano.

Tripoli. — La ciudad capital de este gobierno es Trípoli, muy célebre y considerable, con un buen puerto en el mar de Levante y un castillo: hay en ella un gran comercio en telas y azafran. Latakie es otra de sus ciudades, que tiene tambien un buen puerto en el mismo mar: Kanovizo, al S. E., es en donde reside el patriarca de los maronitas católicos, que ocupan muchas poblaciones en el Líbano.

Damasco. — La capital de este gobierno tiene el mismo nombre: es grande y hermosa, y su poblacion se gradúa en doscientos mil habitantes; entre ellos hay cristianos de diversas comuniones: los cismáticos del rito griego tienen un patriarca que toma el título de Antioquía; allí se fabrican las telas llamadas damasco, que fueron inventadas en ella: es muy fecunda, particularmente en uvas; es patria de San Juan Damasceno; está situada sobre el rio Baradi en el terreno mas fértil de la Siria; tiene muy bellos jardines, hermosas mezquitas y fuentes. El sultan Selim la quitó á los mamelucos, y desde este tiempo la poseen los turcos. La antigua Palmira está situada en este gobierno en un vasto desierto.

Acre. — La capital de este gobierno tiene su mismo nombre, y antiguamente se llamó Ptolemaida: es muy fuerte, y tiene un buen puerto en el mar de Levante: en tiempo de las cruzadas fué muy célebre por las grandes batallas y sitios que sufrió entre cristianos y sarracenos. Tuvo en ella asiento la órden de San Juan: la baña

muchos rios que bajan de los montes.

Jerusalen. — La Palestina es el territorio de este gobierno, cuya capital es Jerusalen, que tiene de poblacion unos diezi-ocho mil habitantes. Napluse (antes Sichem), es bastante comerciante. Jaffa tiene un buen puerto en el mar de Levante. Hay en este gobierno otras varias ciudades, y entre ellas se cuentan Eria (antes Jericó), Gaza y Belem.

DIARBEKIR.

Este pais, llamado tambien Masopotamia, está situado al S. O. de la Armenia: se divide en varios gobiernos, cuyas capitales son:

Diarbek. — Esta capital está situada sobre el Tigris y entre el Eufrates al N. de las otras provincias, en una llanura muy deliciosa y fértil: es muy comerciante, y residen en ella unos veinte mil cristianos. Se dice que este solo pais puede poner en campaña mas de veinte mil caballos.

Ursa. — La capital de este gobierno toma su mismo nombre: se llamó en otro tiempo Edesa: hay en ella restos de monumentos muy antiguos.

Mosul. — Este gobierno está situado al S. E. del Diarbekir: su capital se llamó antes Labbana, y está sobre el Tigris frente al sitio donde estúvo Níníve: comercia en telas finas de algodon, paño, sedas en rama y telas de seda tejidas con oro y plata. El nombre de muselinas que se da á las telas finas de algodon, viene de las que en otro tiempo se sacaban de Mosul, adonde se llevaban de la India.

IRAK ARABI.

Este pais está al S. del Diarbekir: es la antigua Caldea ó Babilonia: produce trigo, maiz, legumbres y frutas. El Irak Arabi está dividido en dos gobiernos, que son el de Bagdad y el de Basora, ambos mandados por bajáes.

Bagdad. — La capital de este gobierno se llama tambien Bagdad: está situado sobre el Tigris, es grande, y tiene un comercio de consideracion. Al O., cerca del Eufrates, está el sitio donde fué la antigua Babilonia.

Basora. — Esta capital está situada al S. en la confluencia de los rios Eufrates y Tigris, cerca del golfo pérsico: su estension es muy considerable, y sus habitantes son ciento cin-

cuenta mil. Fué edificada por el califa Omar III en el año 636: la poseen los turcos desde 1668: es muy comerciante, y patria de un gran número de sábios árabes.

KURDISTAN. — País situado al E. del Diarbekir: antiguamente se llamó Assira: contiene muchas montañas: su capital se llama Bethis: tiene una ciudadela colocada sobre el rio Bendmahi, y es bastante comerciante.

ISLAS DE LA TURQUIA ASIATICA.

CHIPRE. — Esta grande isla del mar Mediterráneo se halla cerca de las costas de Siria: contiene bellas poblaciones: produce en abundancia esquisitos vinos, y todo cuanto es necesario para mantenerse independiente de otros paises. Su capital es Nicosia, que está situada enmedio de la isla: es grande y de buena visualidad; tiene suntuosas mezquitas, un arzobispo y muchas iglesias griegas: la poblacion de esta ciudad es de cincuenta mil almas. Corines es una ciudad pequeña al O. E. de la capital, con un obispo griego, un buen puerto y un castillo. Baffa (antes Paphos), está al O., y aunque en otro tiempo ha sido considerable, no es en el dia mas que una poblacion mediana, que tiene un puerto pequeño. Limasol (antes Amatunte) al S., tiene un puerto. Famagusta (antes Arsinoe) al E., tiene un obispo griego, un buen puerto y dos fuertes.

METELIN (*antes Lesbos*). — Esta isla tiene dieziseis leguas de largo y doce de ancho al S. de Ténedo: su poblacion es de dieziocho mil habitantes: su terreno abunda en vinos esquisitos, frutas y granos: las mujeres son ahora mas modestas que antiguamente: su capital es la ciudad de Metelin, que se llamó antes Mitilene; tiene un puerto defendido por una ciudadela.

SCIO. — Isla al S. de Metelin, que comprende mas de doce leguas de largo y cinco de ancho: su poblacion asciende á sesenta mil almas: es una de las mas célebres, ricas y agradables del Archipiélago: es bastante montuosa, produce muy buenas frutas, tiene bastante comercio, especialmente en seda, que es su principal cosecha: su capital es la ciudad de Scio, muy hermosa y grande; y con un buen puerto muy frecuentado; tiene un obispo latino y otro griego.

SAMOS.—Está situada al S. E. de Scio; tiene esta isla unas nueve leguas y media de largo, y

cuatro y media de ancho; su terreno es muy fértil en todo jénero de frutos, especialmente uvas moscateles. Es patria del filósofo Pitágoras: la poblacion asciende á ciento diez mil habitantes. La capital de la isla es Cora, ciudad muy considerable, con un obispo griego y un buen puerto. Los monjes y los clérigos ocupan mucha parte de la isla. La ciudad de Vati es de poca consideracion, y tiene un buen puerto.

Nicaria.—Está situada al S. O. de Samos: se llamó antes Icara, memorable por el naufrajio de Icaro que pintan los poetas: tiene de estension seis leguas y media de largo por dos y media de ancho. El nombre de su capital es el mismo de la isla: es poco considerable, y su vecindario compone dos mil almas.

Palmosa (*antes Patmos*).—Esta isla se halla al S. E. de la de Nicaria: tiene unas diez leguas de circunferencia: su terreno es estéril en trigo y cebada; pero muy abundante en perdices, conejos, tórtolas, codornices, y otras aves. Los griegos, que son los que habitan esta isla, tienen colocadas sus casas alrededor del monasterio de san Juan, que está fortificado como una ciudadela para defenderse de los corsarios que infestan sus puertos. Hay en esta isla mas mujeres que hombres, y es célebre por el destierro del apóstol san Juan, que escribió en ella el Apocalipsis.

Lero. — Se halla esta isla al S. E. de Palmosa: es de muy poca consideracion, aunque célebre por el nacimiento de Patroclo, segun la opinion de varios autores.

Calamo (*antes Claros*). — Al S. E. de Lero: tiene cuatro leguas y media de circunferencia y abunda en escelente miel: su poblacion asciende á unas tres mil almas, su capital toma el mismo nombre, y tiene un buen puerto.

Lango (*antes Cos*). — Está situada al S. de Cálamo: su estension es de ocho leguas de largo, y cerca de tres y media de ancho; es bastante fértil: tiene unos cinco mil habitantes; su capital es la ciudad de Lango: tiene un buen puerto con su fortaleza; es patria del pintor Apeles y del médico Hipócrates.

Stampalia. — Al S. O. de la de Lango: es fértil; tiene de largo cinco y media leguas, y de ancho dos y media: abunda en vino, frutas, aceite y algodon; su poblacion es de seis mil almas; la capital, del mismo nombre, tiene un buen puerto.

Scarpanto (*antes Carpathos.*) — Isla situada al S. E. de la anterior: su estension es de mas de nueve leguas de largo, y tres de ancho: es montuosa, cria muchos ganados y caza: tiene minas de hierro, canteras de mármol, y puertos muy buenos: su poblacion es de cuatro mil habitantes, y su capital, que lleva el mismo nombre, tiene tambien un puerto.

Rodas. — Está al N. E. de Scarpanto: su territorio es de unas dieziseis leguas de largo y seis de ancho, y de circunferencia cuarenta y cuatro: es muy fértil; tiene minas de varios metales: su poblacion la suponen de quince mil habitantes, en seis villas, y la capital que comprende esta isla la poseyeron los caballeros de Malta doscientos años, hasta el de 1522 que los turcos se apoderaron de ella: es memorable por el gran coloso, que dicen era de cobre, y por entre sus muslos pasaban los navíos; y que habiéndole destruido un terremoto, se cargaron novecientos camellos con el cobre de que se habia formado. La ciudad de Rodas, capital de la isla, es hermosa, abunda en manufacturas y fábricas: está defendida por muchos castillos que la hacen muy fuerte: tiene un gran puerto que es el principal arsenal del sultan.

DOMINIOS TURCOS EN AFRICA.

EJIPTO.

Confina por el N. con el mar Mediterráneo, por el O. con la Berbería y el desierto de Sahara, por el S. con la Nubia, y por el E. con el mar Rojo y el istmo de Suez: se divide el Ejipto en tres partes, que son: bajo Ejipto al Norte, Ejipto del centro, y alto Ejipto al S.

Bajo ejipto. — *Alejandría* es la capital: está colocada sobre el Mediterráneo, tiene dos puertos, nuevo y viejo: el primero es para los buques turcos, y el segundo para los de otras naciones: este último es el mas fuerte y seguro. Alejandría fué fundada por Alejandro el Magno: es patria de Eucrides, Oríjenes y otros hombres célebres: está muy fortificada.

La ciudad de *Aboukir* está situada al E.: tiene un pequeño puerto sobre el Mediterráneo, y es de poca consideracion.

Roseta se halla colocada al E. sobre el Nilo hácia su embocadura: es la ciudad mas deliciosa de Ejipto, muy rica y considerable por su fertilidad, artefac-

tos, y gran comercio que hace por el canal que desde ella corre hasta el Cairo.

Damieta, está al E. sobre una de las bocas del Nilo, en un terreno muy fértil: la consideran, por su gran comercio, una de las ciudades mas ricas de Ejipto despues del Cairo: tiene fábricas esquisitas, cuarenta mil habitantes, un obispo sufragáneo de Alejandría, y un buen puerto.

EJIPTO DEL CENTRO.

El Cairo es la capital: fué edificada en el año 735 de la Era cristiana por el califa de Cairvan: su poblacion se gradua hoy en doscientos mil habitantes; pero algunos jeógrafos la han considerado en trescientos mil: hay en ella cuatro sectas, moros, coptos, griegos y turcos: cada una tiene su muftí: un gran canal atraviesa la ciudad, que está situada cerca de la ribera oriental del Nilo: la defiende un castillo antiguo, construido sobre una roca escarpada, cuya fortaleza tiene una legua de circunferencia, la cual ha sido mejorada por los franceses en nuestro tiempo.

Fayum está situada al S. O.: á la orilla de un canal que corre desde el Nilo al lago de Kern: es ciudad considerable, muy fértil en frutas y otras producciones: se llamó antes Mœris.

ALTO EJIPTO.

Jirjé se halla situada cerca del Nilo: es ciudad de consideracion y hace un gran comercio.

Siu está situado al N. cerca del Nilo: se llamó antiguamente Licópolis: es hermosa, circundada de jardines, y en ella se reunen las caravanas que van á comerciar á la Nubia.

Kus, en otro tiempo *Coptos*, está al S. E. cerca del Nilo: es muy mercantil; en sus inmediaciones están las ruinas de la antigua Tebas, que tenia cien puertas: se encuentran vastos restos de estátuas y columnas de magnitud maravillosa.

Esna, llamada antes Latópolis, está al S. E. del Nilo: es hermosa y comercia en granos y ganados: se encuentran en ella monumentos é inscriciones ejipcias y latinas de mucha antigüedad.

Assnan, antes Siene, está al S. E. cerca del Nilo: tiene canteras de piedras esquisitas de granito, y aun ecsisten en ella restos de suntuosos edificios, sepulcros de los paganos.

Iprim está situada al S. E.

cerca de la catarata que forma el Nilo á la salida de la Nubia para entrar en el Ejipto: es de poca consideracion.

El Ejipto está gobernado, como hemos dicho anteriormente, por el virey Mehemet-Alí, que á consecuencia de su rebelion, ha obtenido de la Puerta este gobierno para sí y sus descendientes; pero á pesar de su aparente sumision al gran señor, lleva tan á mal su vasallaje, que creemos que tan pronto como halle una ocasion favorable, ó por mejor decir, cuando no se le opongan las demás naciones de Europa, se hará independiente.

FIN DE LA HISTORIA DE TURQUÍA.

ASIA.

INDIAS ORIENTALES (1).

Muchos jeógrafos distinguen estos grandes paises con cuatro nombres, que son: Indostan, península de esta parte del Ganjes ú occidental, península de la otra parte de este rio ú oriental, é islas del mar de Indias.

Ciertamente el territorio del continente que se llama así forma la figura de dos penínsulas por la entrada que hace el Océano enmedio de su terreno hácia el Norte, formando el seno de Bengala hasta las bocas del rio Ganjes y reino de Azem, que queda en la orilla oriental de aquel. Por esta razon todo el pais situado en esta parte, y que confina por el Norte con la gran Tartaria, por el Oeste con la Persia, y por los demás lados con el mar, es lo que deberá llamarse península occidental. Este territorio lo dividen algunos por una línea ideal tirada desde el golfo de Cambaya á las bocas del Ganjes: al que queda á la parte del Norte llaman Indostan; al del Sur península occidental, y á ambos gran Mogol. Así pues, el pais que queda de la parte de allá de las bocas del Ganjes, y confina por el Norte con la China y la gran Tartaria, y por los demás lados es circundado del mar Océano hasta la punta mas setentrional del seno de Cochinchina al reino de Tunkin, es lo que se denomina península oriental. La primera de estas dos penínsulas contiene el Indostan ó gran Mogol.

(1) Véase el tomo III de esta obra, libro V, donde se da una idea de la India.

LIBRO PRIMERO.

INDOSTAN Ó GRAN MOGOL.

CAPITULO PRIMERO.

Pueblos que habitan el Indostan. — Faquires y joglises. — Usos y costumbres de los indios propiamente dichos. — Parsos. — Costumbres jenerales. — Comercio. — Administracion de justicia. — Deli, primera capital. — Agra, segunda capital. — Provincias de Tatta y Multan. — Kabul. — Cachemira. — Bacar. — Patna.

Los indios tienen, como todos los pueblos, la manía de su antigüedad. Sus leyes de policía éran muy buenas, y muy laudables sus costumbres.

Los filósofos, que formaban una clase separada en la sociedad, tenian obligacion cuando principiaba el año de ir á palacio para presentar al rey sus observaciones, pronósticos y conjeturas acerca de cuanto podia ser útil á la patria; y si alguno era convencido de ignorancia, se le imponía perpétuo silencio. Los soldados en tiempo de paz tenian residencia estable y sueldos fijos. Infiérase de aquí si es antiquísimo el sistema de las tropas perpétuas. Se dispensaba á los labradores del servicio militar. La cuarta parte de los productos de la tierras era para el rey y para el estado. Los majistrados encargados de la administracion de justicia no podian enlazarse con una familia superior á la suya; y acaso sería el motivo de esta determinacion quitar el incentivo de la ambicion, causa no rara de sobornos. Entre las penas se practicaba la del Talion. La mujer que matase á un rey

embriagado se casaba con su sucesor. Era vedado al rey dormir durante el dia. Las mujeres en muchos paises no sobrevivian á sus maridos, porque se quemaban sobre sus cadáveres. Las doncellas que reñian mejor á puñadas se casaban antes que las otras. La guerra respetaba siempre á los labradores. Se habla mucho de los jimnosofistas, filósofos indios, y de los bracmanes. Estos últimos parece que eran una misma familia, que se creía descendiente de Abraham. Ignoramos cuál fuese á punto fijo su sistema teolójico, y quizás con el largo tiempo habrá sufrido alteraciones, aunque siempre se fundó en la unidad de Dios. Los bracmanes tenian el doble concepto de sacerdotes y de consejeros del rey. A su cargo estaba el ceremonial del culto, la instruccion pública, y la interpretacion de las leyes. Era muy célebre su ciencia, pues griegos muy ilustres pasaron á aprender de ellos los conocimientos con que enriquecieron su patria. Se aplicaron provechosamente á las matemáticas, medicina y astronomía; mas esta la deslustraron como otras naciones, confundiéndola con la astrolojía judiciaria. Entre los indios tuvieron entrada tambien los dioses ejipcios, griegos, y muchos de sus filósofos adoptaron la metempsícosis tomada de estos últimos. Creian algunos que el mundo estaba sujeto á una intelijencia suprema, presente en todos los puntos del espacio.

En el Indostan se cuentan hasta veinte provincias, cuyas capitales, edificadas casi todas por soberanos, tienen palacios que manifiestan su antiguo esplendor. Se nota como cosa singular, que dos provincias en el pais bajo del Ganjes, habitadas por piratas, ladrones y malhechores de todos los paises, son gobernadas por una reina que depende poco del Mogol. Estos malvados, que por no verse civilizados se alejan de sus tierras, desean sin duda tener alguna policía; pero la quieren tal que no se les haga temible por su severidad, y por esta razon prefieren el gobierno de las mujeres, que son, como ellos dicen, mas benignas y amables que los hombres.

Debe permitírsenos suponer que los viajeros en la descricion que han hecho de la mayor parte de las ciudades, mas se han dejado llevar de la esajeracion que consultado á la razon. Bien puede creerse que

Tatta, situada casi en la embocadura del Indo, tenga escuelas de teolojía, de filosofía y de política; pero que estas escuelas y colejios lleguen á trescientos en sola una ciudad, es un hecho inverosímil. Con la misma circunspeccion ó duda debe procederse respecto de las curiosidades naturales y artificiales que se referirán en la série de la historia. Los doctores de Tatta pretenden tener memorias del tiempo del rey Poro, y en ellas dicen que Alejandro, grandísimo hechicero, no pudiendo abrir paso por el Indo á su ejército, llamó un millon de gansos silvestres que pusieron á sus soldados en la ribera opuesta del rio.

PUEBLOS QUE HABITAN EL INDOSTAN. — El Indostan está habitado por diferentes pueblos, á saber: los indios propios, los patanes ó afghanes, los baluchos, los parsos y los mogoles ó tártaros. Los indios son los naturales del pais; y aunque subyugados son todavia tantos, que su número es como de ciento á uno. Los parsos son los descendientes de los antiguos persas que adoraban al fuego, los cuales huyeron de su patria cuando la conquistaron los mahometanos: su posteridad subsiste principalmente alrededor de Surate. Llaman patanes ó afghanes á los descendientes de mahometanos turcos, persas y árabes, que á fines del siglo X subyugaron á los indios y se apoderaron del pais; pero todavía le miran como posesion propia; aborrecen á los mogoles, como usurpadores, y esperan arrojarlos algun dia de sus tierras. El juramento mas comun entre ellos es; «no llegue yo jamás á ser rey de Deli, si esto no es verdad:» son guerreros acostumbrados á los montes, en donde han formado algunas soberanías bajo el mando de los rayáes. Los baluchos son como un destacamento de los patanes en la Persia y en la India. Estos bárbaros, dados al robo, obedecen solamente cuando quieren, ya á un monarca, ya á otro. Los mogoles ó jegatayos son actualmente los verdaderos amos de la India, y mandan en ella despóticamente. En fin, tambien los europeos tienen sus establecimientos en ella: los indios son idólatras: los parsos conservan la relijion de sus antepasados reformada por Zoroastro, y son benignos: los patanes y los mogoles observan la ley de los mahometanos, pero los baluchos la quebrantan sin escrúpulo.

Los mogoles de la India se parecen poco á sus predecesores los tártaros mogoles, porque son bien formados, altos, de buena figura, muy cultos y corteses entre si y con los estranjeros. El modo de saludarse cuando se encuentran, se espresa con deseos: *Dios quiera daros la salud, y que una felicidad siga prontamente á otra felicidad. Yo os deseo las oraciones de los pobres.* Los trajes de ambos secsos son largos, pero diferentes. No imitan todos la misma forma, y asi ignoran lo que son modas. Su principal comida es el arroz, aunque usan tambien de pan: prefieren el agua á las demas bebidas, y á la verdad es escelente en la India. Sin embargo, con las frutas fermentadas, con los jugos de algunas yerbas, y con el que estraen de algunos árboles, hacen bebidas que embriagan. Las ceremonias de sus casamientos son magníficas, y muchas veces dispendiosas aun para sujetos acomodados. Toman muchas mujeres, y cuantas mas tienen son mas zelosos. El adulterio y la simple fornicacion son delitos que los hermanos suelen castigar en sus hermanas, y de esto se alaban. Las mujeres son bien tratadas en lo interior de su casa, y paren con mucha felicidad. El primojénito de una mujer lejítima goza de tal preeminencia entre los hijos de las otras, que le llaman el *gran hermano*. Toleran prostitutas, pero estas deben estar alistadas.

Se entierran en el campo, y algunos construyen en vida hermosos sepulcros. El luto es escesivo, y está sujeto á tantas formalidades, que ponen en duda la sinceridad de tantos llantos y sentimientos preceptuados. El luto se renueva por años consecutivos, y las familias se van á los sepulcros de sus mayores, que estan siempre en sitios agradables. Su lengua es una mezcla del árabe y del persiano: su pronunciacion es suave y corriente, y escriben de derecha á izquierda. No faltan entre ellos hombres que cultiven las ciencias, mas no porque hacen profesion de ellas, á escepcion de las estravagancias de su teolojía. Los mogoles son en jeneral sonnitas, ó de la misma secta que los turcos, los cuales reconocen á Otman por lejítimo sucesor de Mahoma. El emperador es de la misma secta, pero sus cortesanos son shiitas, ó de la de Alí, por haber entre ellos muchos persas. En la India practican el mahometismo rigurosamente. Los mogoles son muy sóbrios;

una misma palabra significa borracho y loco; son tambien caritativos con los pobres, por cuya razon está lleno el pais de fundaciones piadosas, hospitales en las ciudades, fuentes cerca de los pueblos, y posadas en los caminos reales, en las que dan gratuitamente el cubierto. Algunos reparten por los caminos hombres que los recorran, llevando agua en odres para refresco de los viajeros y sus bestias.

Fakires y joglises.—Se cuentan en el Indostan casi ochocientos mil fakires mahometanos, y mas de un millon de idólatras mendigos llamados joglises. Entre los primeros se distinguen los derbís, que pasan su vida retirada y contemplativa, subsistiendo de las limosnas que les llevan. Algunos se entregan á unas austeridades espantosas, como estar encorvados toda su vida, con los brazos estendidos, ó en otras posturas violentas; ponerse grillos pesados y ceñidores con puntas; colgarse donde el humo casi los ahoga, y otras invenciones semejantes. La fórmula de la oracion, que dicen gritando con toda su fuerza, es: «Dios omnipotente, miradme, que yo no amo al mundo y hago penitencia por él.» Aparentan el mayor desaseo, no se cortan la barba, el cabello ni las uñas.

Los otros fakires y los joglises, que compiten en el desaseo, por ir casi desnudos, y por los andrajos comunes en ellos con los derbís, tienen diferente vida. Son errantes: los que van solos son los mas torpes y escandalosos, pero se encuentran á veces tropas de doscientos armados, aunque muy indolentes. Tienen un superior que se distingue por su gravedad, por la mayor pobreza del vestido, y una gruesa cadena que lleva arrastrando. Cuando llegan á algun pueblo van á la plaza principal, y hace su jefe la oracion en alta voz. Los otros se esparcen por las casas á recojer limosnas, y elojian las ciencias, virtud y grandes cualidades del superior, el cual recibe muy afable á los devotos que le consultan, y especialmente á las mujeres. Creen que tiene secretos para que las estériles sean fecundas, y para que las amen sus queridos. Cuando esta tropa hace alto, planta su estandarte y llama á los pasajeros con la corneta y el tambor. Estas jentes no son ministros de la relijion, porque se nombran de los jóvenes de las mezquitas, en las cuales pueden unir

á su estudio el conocimiento de las leyes y una vida arreglada; y así llegan á ser jefes de mezquita, y jueces. En el Indostan, donde se tolera toda especie de cultos, respeta mucho el pueblo á los ministros de cualquiera relijion que sean.

Usos y costumbres de los indios propiamente dichos. — Los indios se dividen en cuatro castas (1), y cada una de estas se subdivide en otras varias. La descricion de los usos y costumbres de los indios se deducirá de las dos últimas clases, en las cuales comunmente se halla lo que puede llamarse sello de la naturaleza. Son muy sóbrios, reservados con las mujeres, modestos y limosneros. Para hacerles perder su moderacion es forzoso llegar al último insulto, que es darles con la suela de un zapato despues de escupir en ella. Son tan inclinados á la ganancia, que los mas opulentos no desperdician las mas pequeñas utilidades. Sus riquezas consisten en oro, plata y piedras preciosas, que ocultan con todo cuidado de los empleados del gran Mogol. Entre ellos está muy recibida la transmigracion de las almas, y por eso no matan animal alguno, ni aun los insectos, y son tan compasivos que rescatan á precio de dinero la vida de los animales que otros quieren matar para comer, ó que amenazan matarlos para ecsijir de estos jentiles una espécie de rescate, y aun tienen hospitales para los animales viejos y enfermos: es ecsajeracion de su piedad para con las bestias, decir que cuidan de las pulgas, chinches y otras plagas que chupan la sangre, y sucede á veces alquilar pobres que se la dejen chupar de estos insectos.

Siendo el carácter de los indios tan enemigo de hacer daño, será fácil creer que detestan la guerra. Son de mucha probidad en el manejo de los negocios que se les confian, y buenos criados, fieles, atentos y serviciales. Van siempre muy aseados, se cortan el cabello con frecuencia, llevan la barba corta, se unjen y perfuman. Las tribus se distinguen en la forma de la barba, del turbante, y por algunas señales impresas en el cuerpo. Usan los bracmanes entre las cejas una *Y* griega que desciende por la nariz: son altos y corpulentos, y las mujeres gruesas. Hombres y mujeres van descalzos, pero con los pies muy limpios. Sus largos

(1) Véase el tomo III, páj. 84.

calzones les sirven de medias.

Las indianas llevan joyas en las orejas, en la nariz, en los brazos, en los dedos de las manos y en las piernas. Sus manjares son bien condimentados, y usan mucho del té y del café. En sus obras no son muy lijeros, pero sí diestrísimos y esmerados. Son los que hilan mejor y traman una tela: imitan perfectamente, y nuestros artífices se admiran de verlos hacer tantas cosas con tan pocos instrumentos, aunque tienen la gran ventaja de usar indistintamente de pies y manos. Son malos dibujantes, pero buenos coloristas, y para sus tintes usan solo el jugo de yerbas y raices esprimidas, pero nunca metales. Los indios gustan de la poesía, y sus fábulas son célebres: conocen poco la historia, y menos la física. Sus sabios, como los de otras naciones, tienen su metafísica: desean adivinar el orijen de las cosas, y se pierden como ellos en su ecsámen. Sus ciencias favoritas y mas útiles á los que las estudian, son la astrolojía y la medicina: con la primera creen adivinar y pronosticar. Tienen tambien astrónomos que conocen bastantemente el cielo, y calculan los eclipses, cuyos fenómenos sorprenden mucho al pueblo. Los médicos cuando son buscados tienen que adivinar la enfermedad, como sucede entre nosotros al albeitar con la de un caballo. Siempre indican una, y dichoso el enfermo cuando aciertan. Su habilidad en el conocimiento del pulso es muy particular; pero ninguna tienen en la anatomía. Recetan pocas veces la sangría, y mandan regularmente caldos con grasa; métodos que tienen buen écsito. Sus jeógrafos sostienen que la tierra es chata y triangular: la envuelven en siete mares de leche, de azucar, de manteca (que entre ellos es líquida) y de vino; pero no esplican cómo es que estas cosas tan buenas influyen tan poco en la atmósfera. Tienen muchos y escelentes libros morales, y otros sagrados, de que hacen un estudio particular. Benarés, gran ciudad en la ribera del Ganjes, y en pais hermoso y rico, viene á ser la escuela jeneral ó la Atenas de la India. No tienen colejios ni clases como en Europa, y por costumbre antigua los maestros dispersos por la ciudad, tiene cada uno cinco ó seis discípulos, á los cuales instruyen paseándose en los hermosos jardines de los arrabales, con mucho gusto de los dueños, que tie-

nen por honor el recibirlos.

Los banianos se casan de seis ó siete años, y los que mas tardan de quince ó dieziseis. En sola esta ceremonia ostentan su opulencia, que ocultan tan cuidadosamente de ordinario. Se hace á presencia del bramin, el cual recita ciertas oraciones, echa la bendicion, y es tambien el que pone el nombre á los recien nacidos. A los de su casta les imprime una señal como para agregarlos á su jerarquía. Los que tienen posibles queman los cadáveres, y las mujeres de los grandes tienen por punto de honor el quemarse con sus maridos. Lo único que han podido conseguir los gobernadores mahometanos para estinguir una costumbre tan cruel, es que pidan licencia, y entonces procuran con dilaciones ir resfriando el ánsia de aquellas infelices viudas; pero no pása un año sin que se vean ejemplares de tan brutal costumbre.

Parsos. — Los parsos son una colonia de los que adoraban el fuego, venidos de Persia su patria á mitad del siglo VII, cuando los árabes la conquistaron. A fin de librarse de la persecucion de los mahometanos se embarcaron en siete naves, y abordaron al golfo de Cambaya, donde se establecieron y multiplicaron. Son de suave trato, se aplican á la agricultura, y fabrican las telas mas ricas y hermosas. Usan vestidos como los demas del pais: se distinguen por su barba larga, y comen de toda especie de alimentos. El animal privilejiado es el gallo, que veneran y sacrifican al sol; pero el fuego es el objeto principal de su culto. Le mantienen en sus templos con tanto cuidado como en otro tiempo las vestales en Roma. Nunca arrojan al fuego cosa que pueda mancharle, como insectos, barreduras, etc.: se irritarian si viesen escupir en el fuego, ó echarle agua, porque no debe apagarse sino por sí mismo. Lejos de impedir los progresos de un incendio, echan en él para aumentarle muebles y vestidos, y tienen esta desgracia por una bendicion para aquel á quien le sucede. El casamiento y otros actos de la vida son santificados por los sacerdotes. No entierran á los muertos ni los queman, sino que los dejan podrir al aire libre en cercados dispuestos espresamente para este objeto. Los parsos son los despositarios de los libros de Zoroastro, su gran lejislador, que prescribió en sus escritos

los ritos mas minuciosos de su religion, y las fórmulas de las oraciones que deben acompañar á todas sus acciones.

COSTUMBRES JENERALES.—Entre los indios se estima mucho la sombra á causa del gran calor. En las mismas ciudades introducen las de los árboles, de modo que desde lejos parecen bosques, y de todos modos procuran la frescura de las casas, espuestas al aire con respiraderos subterráneos y con fuentes. Gustan de la música, especialmente de la ruidosa. Allí crecen las plantas útiles para sanar de las enfermedades indíjenas ó propias del terreno. La costumbre ha enseñado á los médicos métodos curativos de muy buen efecto. En las tierras mas cálidas viven con tal flaqueza y languidez, que puede tenerse por enfermedad; pero en este estado se dilata la vida hasta una estremada vejez. Para medir el tiempo se sirven de varias especies de clepsidras ó relojes de agua, y de otros medios muy imperfectos. Las ciudades se componen de casas muy pequeñas, y aun las de los señores son cabañas con una grande cerca. El lujo no brilla sino en los pabellones esteriores, en donde fuman, toman café, se entretienen y pasan todo el dia, mientras que las mujeres se divierten entre sí en lo interior. El comercio es activo, especialmente por tierra. Se camina con seguridad casi por todas partes, aunque no cómodamente, por ser preciso llevar consigo todo lo necesario para la subsistencia, por lo cual prefieren ir en caravanas que se ayudan mútuamente.

El gran Mogol tiene su corte en Deli: siempre le custodia una guardia de cincuenta mil hombres de caballería. La infantería es inmensa: mandan á este ejército rayáes y omrhas, que llevan por turno tropas por solos seis meses. La guardia personal del emperador se compone de mujeres árabes que no salen del serrallo, y usan de los mismos grados que los hombres. Tambien hay un consejo de mujeres instruidas que corresponden á los ministros, vireyes y gobernadores, y toman el título de su empleo y de su provincia, de modo que se las debe considerar como directoras del timon del imperio. Es verdad que el emperador asiste todas las semanas al consejo esterior del estado, pero lo que allí se decide no tiene autoridad alguna hasta que se ratifica en el inte-

rior. El crédito y el poder del ministro, del comandante y demás altos funcionarios, y la continuacion de su dignidad ó empleo penden de su buena inteligencia con la dama á quien pertenece aquella graduacion; y esta correspondencia se mantiene por escrito por medio de los eunucos. El emperador se precia de que su justicia es esacta, y todos los dias, á no estar enfermo, recibe sentado en su trono los memoriales, imponiéndose la obligacion de administrar justicia por sí mismo á diez pobres. No hay cosa mejor arreglada que el gobierno interior de su palacio. Entre mas de diez mil mujeres y otros tantos eunucos, está todo tan bien ordenado que son raras las querellas; pero tambien goza cada uno de lo necesario y de lo supérfluo. Las sultanas, las favoritas y las princesas gastan con una profusion y magnificencia admirable. No se trasluce cosa alguna de lo que pasa en aquel sitio, en donde todos los placeres y delicias se reunen para satisfacer á un solo hombre.

Además del ejército de Deli hay otro igual en Agra, que es la segunda capital. Todas las ciudades tienen sus guarniciones, y los rayáes, que son unos soberanos particulares, como feudatarios del imperio sostienen siempre numerosas tropas prontas para marchar. Uno de ellos hay que se dice descendiente del rey Poro, el que peleó con Alejandro el Grande; manda cincuenta mil caballos y doscientos mil infantes. El Mogol mantiene quinientos elefantes; custodia en sus arsenales gran número de armas, y encuentra los caudales necesarios para todo en las herencias de los que viven á sus sueldos, tanto grandes como pequeños, porque son suyas; en la propiedad que goza de las fértiles tierras del Indostan, cuyos cultivadores no son mas que unos meros colonos y renteros; y últimamente en las aduanas y en los impuestos sobre el comercio; ramos que reunidos forman una renta ecsorbitante.

Comercio. — Si hemos de dar crédito á un viajero que habia ecsaminado de cerca el comercio de este imperio, toda la plata de Méjico y el oro del Perú, despues de haber circulado algun tiempo por la Europa y el Asia, ha ido á parar finalmente al imperio del Mogol, de donde no sale jamás. Su circulacion es de este modo: una parte se lleva á Turquía por las mer-

caderías que de allí se sacan: de la Turquía pasa el dinero á Persia por Smirna, para comprar las sedas, y entra despues en el Indostan por el comercio de Moka, Babel, Mandel, Bender y Abasi. Pasa tambien por otra parte de Europa á la India, á saber, por el conducto de los holandeses, y casi toda la plata que sacan del Japon entra en los estados del Mogol. Es cierto que el Indostan, aunque tan feraz, estrae algunos jéneros de otras partes, como el cobre del Japon, el plomo de Inglaterra, la canela, moscadas, y elefantes de la isla de Zeilan, los caballos de Arabia, de Persia y de Tartaria; pero regularmente pagan á los comerciantes con jéneros. Asi tienen el oro y la plata del universo mil entradas al Indostan, y casi ninguna salida. Por último refluye por medio de los impuestos hácia el tesoro del emperador, de donde nunca sale con la misma proporcion que entra, por muy grandes que sean los gastos de su corte y de sus ejércitos. Tiene en sus estados una mina de diamantes, de la que le pertenecen los mas hermosos y mas grandes.

Administracion de justicia. — No hay en el Mogol cosa mas uniforme que la administracion de justicia, porque los vireyes, gobernadores y alcaldes de los pueblos ejecutan cada uno en su departamento lo mismo que ven hacer al emperador de Agra y Deli, siendo los únicos que administran justicia. Es verdad que cada ciudad tiene un kotual, especie de oficial civil, para sentenciar ciertas causas complicadas; pero queda al arbitrio de las partes el acudir ó no á su tribunal. Este oficial está encargado de la policía, de impedir la embriaguez, de reducir las tabernas y lugares de torpezas, de perseguir á los ladrones, y para escitar su atencion y celo se le hace responsable de los robos. Debe dar cuenta al emperador ó á su representante de los desórdenes domésticos, y para ello ejerce una especie de inquisicion por medio de espias que elije entre los artífices que frecuentan las casas, entre los criados, los esclavos y otros. Tiene tambien soldados á sus órdenes para reprimir las violencias. Cada uno defiende su causa en los tribunales ó delante del gobernador: se ecsaminan los autos ó se oyen los testigos, y en el acto se da la sentencia, casi siempre con tanta equidad como prontitud. Las sentencias de muerte se pre-

sentan todas en el tribunal del emperador, y ninguna se ejecuta hasta haberla ratificado éste por sí mismo en tres diferentes dias.

En el tomo III de esta obra se han esplicado ya las relijiones de la India; la historia de los mogoles se ha intercalado en la del imperio griego y en la de los califas; de consiguiente nos limitaremos á describir algunas provincias y ciudades del Indostan, refiriendo sus usos y costumbres particulares.

Deli, primera capital. — Está situada sobre la orilla del rio Jemma ó Jemene, no muy distante de su nacimiento: fué fundada en el siglo XVI para capital del gran Mogol, por Cha-Jean, padre de Aureng-Zeb, y se presume que ha sido la corte del rey Poro; pero luego la abandonaron los emperadores y se fué destruyendo; las ruinas de sus palacios y edificios aparentan haber sido metrópoli de un gran imperio. Despues los soberanos del Mogol han construido una nueva ciudad inmediata á ella con el nombre de Jeanabat ó Jean, y el emperador reside en ella casi siempre, especialmente en los grandes calores, porque su temperamento es suave, su palacio y serrallo son suntuosísimos y contienen inmensas riquezas: algunos aseguran que tiene de circunferencia media legua; sus paredes son de sillería con torreones, almenas, y circundadas de anchos fosos llenos de agua: en el palacio se encuentran grandes patios adonde los señores de la servidumbre entran montados en sus elefantes: hay en él grandes salones esquisitamente adornados, donde hacen la guardia, y el en que se reune el divan es de una suntuosidad portentosa: está formado de muchas pilastras de mármol que sostienen una gran bóveda que lo cubre, y su adorno interior es de ricas pinturas de flores azules y doradas. Cuando el emperador da audiencia se coloca en esta sala el trono, adornado de pedrería y telas esquisitas; al lado hay un recinto que forma cuadro rodeado de verjas de plata, en cuyos cuatro ángulos se colocan cuatro secretarios de estado, y alrededor del sólio se ponen los señores y una porcion de músicos que tocan tan suavemente que no interrumpen.

Agra, segunda capital. — Esta famosa ciudad es la segunda capital del imperio del Mogol: es tenida por la mayor de

las Indias orientales; está situada sobre la ribera derecha del rio Jemene, cerca de veinte leguas antes de unirse con el Tchemel: su magnitud es prodijiosa, pues algunos le dan quince leguas y aun mas de circunferencia; forma una media luna; está circundada y fortificada con una muralla de piedra colorada y un gran foso de cien pies de ancho; el palacio del emperador es de maravillosa grandeza, y en el serrallo tiene mas de mil mujeres. En la ciudad hay unos ochocientos baños; el edificio mas admirable y portentoso es el mausoleo de Tadge-Meal, mujer que fué del gran Mogol Cha-Jean, en cuya construccion se emplearon veinte años. El emperador tiene su residencia ordinaria en esta capital, y algunas temporadas en Deli.

Provincias de Tatta y Multan. — Son las primeras del Indostan ó gran Mogol entrando de la Persia; están situadas en las riberas del rio Indo, del cual toman nombre estos paises y los otros mas setentrionales de la India. Tatta ocupa un hermoso terreno sobre este rio; es fértil, agradable y de mucho comercio, que hace principalmente con los portugueses.

La ciudad de Multan, que da nombre á su provincia, está situada mas al Norte, se estiende tambien por las riberas del mismo rio y raya de Persia, en territorio no menos agradable; es famosa por su estension y manufacturas; la hermosean palacios magníficos, jardines espaciosos, y una perspectiva agradable. Los banianos forman la mayor parte de la poblacion, y se estienden por la Persia con motivo del gran comercio que hacen en ella, pero sus usuras los han desacreditado como á los judíos de Europa. Las mujeres de este pais son vigorosas, montan á caballo y manejan las armas como los hombres; éstos son muy hábiles para los juegos de manos y charlatanismo.

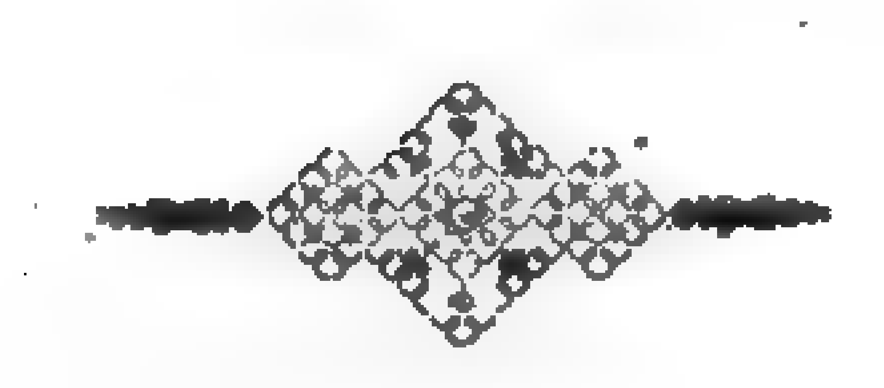
Kabul. — Esta provincia es una de las mas setentrionales del Indostan; confina con la gran Tartaria; tiene en su territorio minas de hierro, árboles aromáticos, y otras muchas drogas de que los naturales hacen un buen comercio que los enriquece: se dice que de este pais salen los mejores médicos de la India. Kabul se separó del imperio del Mogol cuando la invasion de Koulikan, pero despues se ha considerado como dominio de este imperio, y antiguamente

no reconocia á su soberano hasta que se coronaba en Skabul. En esta capital hacen los tártaros un gran comercio, y se dice que venden anualmente en ella mas de sesenta mil caballos. En esta provincia hay cierta especie de indios llamados auganes, muy temidos en el pais por sus robos, y tienen la costumbre de rasparse la lengua todas las mañanas con una raiz para ponerse á comer inmediatamente y no vomitar como los otros indios; se asegura que si omitiesen esta costumbre se pondrian hidrópicos y vivirian muy pocos años.

Cachemira. — La provincia de Cachemira está al E. de la de Kabul: se estiende por la raya de la Tartaria, y es otra de las mas setentrionales del Mogol; su capital es la ciudad de Siranakar, situada enmedio de una hermosa campiña; produce muchos ganados y caza; las montañas son elevadas y de ellas bajan multitud de arroyuelos, con los que los naturales la riegan y fertilizan: se encuentran allí muchas plantas, flores y frutas de las que hay en Europa, aunque no son tan bellas: el rio que se forma de todos los arroyuelos divide á la ciudad en dos partes que se comunican por puentes: casi todas las casas estan construidas de madera; se ven restos de templos y edificios antiguos; en su circuito hay casas de campo muy agradables, entre las cuales se distingue una que es el jardin del rey. Cachemira era antiguamente un reino gobernado por príncipes del pais, y el gran Mogol los destronó. Los naturales tienen fama de ser los mas injeniosos del pais, y son muy laboriosos; su objeto principal es fabricar con toda perfeccion una tela de lana que escede en finura al castor, con la cual se adornan los indios la cabeza en el invierno. Los cachemiros son bien formados y de aspecto agradable; sus mujeres muy lindas y graciosas. Hay, algo distante de la capital, una fuente muy rara, que cuando se derriten las nieves corre, y se para tres veces al dia, por la mañana, al mediodia y al anochecer; dura este fenómeno quince dias en el mes de mayo en que corre menos abundante, y despues se seca hasta otro año.

Bacar. — Es una provincia situada sobre el Ganjes; su capital, que se llama Becaner, es mediana y comerciante; el terreno es fértil; pero no ofrece cosa particular que describir.

Patna. — Esta provincia es célebre por su gran comercio de azufre; la capital, que tiene su mismo nombre, está situada á la ribera izquierda del Ganjes, la dan legua y media de largo, y la atraviesa toda una gran calle poblada de tiendas; sus casas están cubiertas de tablas y paja; no obstante se ven en ella algunos templos y palacios, y un buen castillo: los holandeses han fabricado una gran casa en que tienen su comercio.



CAPITULO II.

REINO DE GUZURATE.

Habitantes. — Banianos. — Culto de los banianos al demonio. — Supersticiones de los banianos. — Sectas. — Secta de los eurobatos. — Secta de los samaratos. — Secta de los bisnayos. — Secta de los gongys. — Estudios de los banianos. — Casamientos. — Camboya. — Diu. — Surate.

Reino de guzurate. — Se asegura que este reino tiene ochenta leguas de lonjitud y otras tantas de latitud. Se hallan en este pais todas las especies de maderas necesarias para la construccion de navíos y edificios; sus manufacturas de telas son famosas.

Habitantes. — La mayor parte de los habitantes de Guzurate son de raza indiana; su relijion es la idolatría, porque la de Mahoma no se introdujo en la India hasta la invasion de Tamerlan y otros príncipes mahometanos, que se han establecido en sus conquistas. El pais está poblado tambien de mogoles, persas, árabes, armenios y europeos. En jeneral los indios de esta provincia tienen el color bazo: los hombres son fuertes y bien proporcionados; tienen el rostro ancho, los ojos negros, se rapan la cabeza y la barba, pero se dejan crecer los bigotes como los persas. Visten tambien como estos los que son mahometanos, pero disponen de otro modo el turbante, y dejan pendientes las dos puntas del cinturon, que los persas recojen dentro del mismo. Los habitantes de Guzurate cuelgan en él su puñal, que es de un pie de largo, y muy ancho cerca del puño. Algunos llevan tambien espadas, y todos los soldados van armados con lanzas y cimitarras. Las mujeres son pequeñas, pero bien formadas, aseadas, y muy esmeradas en sus trajes, que son magníficos. Dejan suelto el

cabello sobre los hombros, y cubren la cabeza con un bonetillo ó cofia bordada de oro, cuyas estremidades cuelgan hasta la cintura. Las mas distinguidas cargan de piedras preciosas ó perlas al cuello, orejas y narices. Además de la túnica, que no les pasa de la pantorrilla, llevan una camisola que llega hasta las caderas, un jubon lijero, y se ciñen con un cinturon de oro ó seda, cuyas estremidades cuelgan hasta los pies. Llevan el pecho descubierto, y los brazos desnudos hasta el codo; pero adornados con muchos brazaletes. Sus zapatos son regularmente de tafilete encarnado, muy puntiagudos y llanos por detrás.

Banianos. — Las mujeres banianas usan de distinto traje: no se cubren el rostro como las mahometanas, pero se cargan la cabeza, manos, brazos, piernas y pies de pedrería y perlas. Usan de una ropa de coton muy fino, que las llega hasta la mitad de la pierna: sobre esta llevan otra mas corta, que se ciñen con un cordon por la cintura. Una tela de seda muy clara, que les llega hasta debajo de las rodillas, les sirve de calzoncillos: en el verano llevan zapatos de madera barnizada, asegurados con correas; pero por el invierno usan pantuflos de varias telas con el tacon muy bajo. Los hombres gastan vestidos largos semejantes á los de los mogoles: son de coton blanco muy fino, del cual hacen tambien los turbantes, aunque mas pequeños que los de los mahometanos. No se rapan la cabeza pero llevan el pelo corto.

Los banianos forman la parte mas considerable y numerosa de los idólatras de la provincia de Guzurate, y son tambien los mas distinguidos de todo el imperio despues de los mogoles. Su orijen se pierde en la antigüedad, y por espacio de mas de cuatro mil años se conservaron sin ninguna mezcla. Son tan adictos á su relijion, que jamás se han atrevido los mahometanos á inquietarlos sobre este punto, y conservan con el mismo cuidado sus leyes, usos y costumbres.

Culto de los banianos al demonio.—Esta nacion cree que hay un Dios; peró adoran al demonio, á quien dicen que está confiado el gobierno del mundo y el poder de hacer mal á los hombres. Por esta razon llenan sus templos de figuras y estátuas de este maligno espíritu, y la figura en que le representan

es horrible. Su cabeza tiene cuatro cuernos y está adornada de una tiara; su rostro es horriblemente feo; le salen de la boca dos colmillos como de javalí; su barba es erizada y horrible; dos tetas largas le cuelgan sobre el vientre, y en lugar de las partes de la jeneracion tiene otra cara aun mas espantosa que la superior. En vez de pies tiene unas garras de grifo, y detrás una larga cola como de vaca. Ponen esta figura sobre una mesa de piedra, que sirve de altar: á un lado hay agua para purificarse, y al otro un cepillo para echar las limosnas. El sacerdote, sentado al pie del ídolo, recita sus oraciones y recoje en un vaso cierta agua amarilla mezclada con madera de sándalo, en la cual echan algunos granos de arroz molido para unjir con él la frente de los que han hecho oracion.

Los banianos tienen templos en las ciudades, en el campo, en los caminos principales, en las selvas y sobre las montañas. En estos templos no hay mas adornos que figuras de diablos muy mal pintadas en las paredes, y no tienen mas luz que la de las lámparas, que arden continuamente.

Estas jentes son aseadas en extremo, y como hacen consistir el punto esencial de su relijion en la purificacion corporal, no pasan dia alguno sin lavarse. Los que habitan cerca de algun rio se bañan todos los dias al amanecer con el agua hasta la cintura, teniendo en la mano una paja que reciben de los sacerdotes, á la cual atribuyen la virtud de ahuyentar los demonios. Mientras se estan bañando, un bracman les echa la bendicion, y les predica sus dogmas.

Estos bracmanes, así llamados del nombre de Bracma á quien tienen por teniente de Dios, son muy venerados no solamente por la austeridad de su vida y de sus ayunos continuos, sino porque tienen la administracion de los asuntos relijiosos, y ademas el cuidado de las escuelas. Interpretan los agüeros, sobre los cuales les consultan continuamente, porque los indios no emprenden negocio alguno sin consultar antes á sus sacerdotes. Estos mantienen la supersticion del pueblo, contándole mil falsos oráculos. Son tan respetados en algunas sectas, que se propasan á acciones muy indecentes en los matrimonios, que no referimos por no ofender el pudor.

Supersticiones de los banianos.

nos. — Ya dejamos dicho que los banianos creen en la inmortalidad del alma; mas suponen que pasa por los cuerpos de muchos animales antes de llegar á gozar de una bienaventuranza puramente espiritual. De aquí proviene el cuidado que tienen de los animales, hasta fundar hospitales para ellos. Por igual razon tienen escrúpulo en encender luz por la noche para que no se quemen las moscas ó mariposas. En este particular ejecutan las cosas mas ridículas, porque los mas devotos adelantan sus escrúpulos hasta taparse la boca con un lienzo para que no se les entren las moscas. Otros cuidan de limpiar el sitio en que se han de sentar para no matar por descuido algun insecto. Hay algunos que no quieren quemar leña por no matar algun gusano que haya en ella, y no usan de otra lumbre que de estiercol de vaca secado al sol y mezclado con paja. Este esceso de supersticion les hace que tengan horror á la guerra y á todo lo que puede ocasionar la efusion de sangre. Por esta causa el gran Mogol no ecsije de ellos el servicio militar, y esta esencion los hace tan despreciables para los mahometanos, como la idolatría que profesan; por consiguiente les tratan como á esclavos. Tienen el derecho de disponer de sus bienes, dejando por herederos á sus hijos varones, con la condicion de mantener á sus madres hasta su muerte, y á sus hermanas hasta que se casen.

Otra supersticion muy comun entre los banianos es meterse en el agua durante un eclipse: se les ve levantar las manos y los ojos al cielo, menear los brazos y la cabeza, arrojar de cuando en cuando agua hacia el sol, y hacer mil contorsiones para auyentar los males que creen les amenazan. Los muchachos y muchachas están desnudos, los hombres solo se ponen un lienzo alrededor de los muslos, y las mujeres no tienen mas que una simple túnica. Permanecen en el agua hasta que se acaba el eclipse, pronunciando sus oraciones con el mayor fervor, y despues se retiran arrojando cada uno algunas monedas de plata al agua, y dando limosnas á los bracmanes. Despues se ponen los vestidos nuevos que tienen prevenidos en la ribera, y los mas devotos dejan sus ropas viejas á los bracmanes. Estos sacerdotes se distinguen de los demás banianos en el adorno de la cabeza, que con-

siste en una tela blanca, con la cual se dan algunas vueltas en ella, y sujetan así los cabellos, que jamas se cortan.

Sectas. — La relijion baniana se divide en tantas sectas, que no es posible hacer aquí una enumeracion esacta de todos sus dogmas y ceremonias. Se cuentan cerca de ochenta, y cada cual tiene sus sacerdotes, templos, ritos, y dioses particulares; pero todas se conforman en ciertos puntos, que son la inmortalidad del alma, la transmigracion, la purificacion corporal, y la abstinencia de toda especie de animales. Estas sectas se pueden reducir á cuatro principales, que comprenden á todas las demas, á saber: los eurobatos, los samaratos, los bisnayos y los gongys.

Secta de los eurobatos. — Estos llevan la cabeza y los pies desnudos, con un baston blanco en la mano que los distingue de todos los demás. Su traje es una tela que les cuelga desde la cintura hasta las rodillas, y lo restante del cuerpo solo lo cubren con un pedazo de paño. Estos no admiten la Providencia, paraiso ni infierno, pero creen que el alma es inmortal, y que pasa sucesivamente por varios cuerpos de hombres y animales segun sus buenas ó malas obras. En sus templos tienen, entre otros ídolos, ciertas figuras de piedra, de madera y carton, que representan varios personajes famosos de su secta. Sus mayores devociones se ejecutan por el mes de agosto con penitencias muy austeras. Hay algunos de estos idólatras que pasan muchos dias sin otro alimento que agua, en la cual echan raeduras de una madera amarga. Las viudas de esta secta no se queman en la muerte de sus maridos, como lo acostumbran las de las otras; pero no pueden volverse á casar. Todos los eurobatos pueden ascender al sacerdocio, sin esceptuar las mujeres y niños. Las personas iniciadas en el sacerdocio hacen voto de castidad, y aun en los mismos casados el marido tiene facultad para hacerse sacerdote, y obligar á su mujer á guardar continencia por todo el resto de su vida. Los demas banianos tienen aversion á los de esta secta, y no quieren comer ni beber con ellos: tampoco entran en sus casas; y si los tocasen por casualidad se creerian obligados á purificarse con alguna penitencia pública.

Secta de los samaratos. — La segunda secta, que es la de

los samaratos, compuesta de soldados, mercaderes y artesanos, forma una clase mas numerosa. Creen que el universo fué criado por el primer Ser que todo lo conserva y gobierna con un poder inmutable y sin límites. Llámanle Vitnon, y le suponen tres sustitutos ó tenientes llamados Brama, Bufina y Mais: el primero dispone de la suerte de las almas por medio de la transmigracion: el segundo enseña á los hombres á vivir segun las leyes establecidas por la divinidad: el tercero ecsamina las acciones buenas ó malas de los hombres despues de la muerte, da cuenta de todo á Vitnon, y este les impone el castigo que merecen, ó les dá la recompensa. Las almas que pasan al cuerpo de una vaca son purificadas muy pronto, porque atribuyen á este animal cierta divinidad. Al contrario, las que deben animar los cuerpos de elefantes, camellos, búfalos, asnos, leopardos, cerdos, serpientes ó algun otro animal inmundo, son tenidas por las mas infelices, porque deben todavía pasar por los de otros animales para acabar de purificarse. Despues de esta peregrinacion, Mais los presenta á Vitnon, el cual por fin los admite en su paraiso.

Una de las cosas que mas distinguen á los samaratos es que las mujeres se sacrifican sobre la hoguera de sus maridos para honrar su memoria, presuadidas de que esta vida no es mas que un tránsito para una felicidad siete veces mayor que la que podian gozar en este mundo. Los samaratos acostumbran tambien, cuando nace un niño, á presentarle una escribanía con papel y plumas para empeñar á Bufina á que grabe en su corazon la ley de Vitnon. Si es varon añaden un arco y saetas para que sea feliz en la guerra, si acaso abraza esta carrera.

Sectas de los bisnayos. — La principal devocion de los bisnayos, que forma la tercera clase de los banianos, consiste en cantar himnos en honor de su dios, á quien llaman Ram-Rang, y le dan una compañera. Representan á uno y á otro bajo diferentes formas, y adornan sus estátuas con mucha riqueza y preciosidad. Este dios, que no tiene sustituto, obra siempre por sí mismo. La costumbre de los bisnayos para purificarse es sumerjirse enteramente en el agua: despues un braeman les frota las narices, la frente y las orejas con una droga olorosa, y en recompensa recibe cierta

cantidad de trigo, arroz y legumbres. Los bisnayos no permiten á las mujeres que se quemen con sus maridos; pero están obligadas á perpétua viudez, aunque su marido muriese antes de consumar el matrimonio. Los banianos de esta clase ejercen el comercio, que es numeroso; y como son instruidos, los mogoles y los europeos escojen entre ellos sus intérpretes y corredores.

Secta de los gongys. — La cuarta secta, que es la de los gongys y faquires, es un compuesto de monjes, ermitaños, misioneros y jentes que hacen profesion de consagrarse á Dios de un modo especial, y de despreciar los bienes y placeres de la vida. Unos viven en comunidad bajo el mando de un superior, á quien hacen voto de obedecer: otros permanecen solitarios en el campo y en las aldeas, y se retiran á chozas y cuevas, donde se alimentan con raices y frutas silvestres. Tienen por gran felicidad el poder mezclar con estos manjares estiercol de vaca, que consideran como sagrado. Renuncian el trato de las mujeres, y hacen escrúpulo de tocar á ellas. No ejercen el comercio ni oficio alguno, y pasan su vida en oracion, meditacion y mortificaciones. No piden limosna, pero reciben cuanto les dan, y el pueblo procura proveerlos de todo lo necesario. No tienen templos, ni otros lugares públicos donde puedan juntarse, ni entran en los templos de los banianos á no ser para dormir en ellos, porque no tienen casa propia, ni pueden poseer cosa alguna. Van casi desnudos, y para cubrirse solo llevan un lienzo desde la cintura hasta las rodillas. Se frotan el cuerpo con ceniza, que siempre llevan consigo, y se espolvorean con ella los cabellos, lo cual les da un aspecto horrible. No tienen ningun reparo en presentarse así en público. El pelo les llega hasta medio cuerpo, y otros lo llevan anudado y revuelto alrededor de la cabeza. Unos llevan en las manos mazas, otros una piel de tigre seca sobre los hombros: algunos tienen los brazos siempre levantados sobre las cabezas, con las uñas muy crecidas.

Muchos de ellos hacen largas peregrinaciones desnudos y cargados de cadenas: otros por voto particular se mantienen de pie semanas enteras, y no se apoyan sino sobre una cuerda algunas horas durante la noche: otros se mantienen por un tiem-

po considerable sobre las manos, levantados los pies, y con la cabeza abajo: otros se colocan en posturas tan penosas y difíciles, que seria imposible á nuestros volatineros el imitarlos. Hay tambien mujeres que abrazan esta vida. Los pobres ponen á sus hijos con estos faquires, para que estando ejercitados en la paciencia sean capaces de seguir esta profesion, si no pueden subsistir de otro modo.

Los gongys no hablan jamás á los que pasan, ni los saludan: no responden á lo que les preguntan por temor de ofender á su dios Bruin, y profanarse con esta comunicacion. Cuando entran en alguna ciudad no se detienen en ella, y no se apartan de su camino ni tuercen aunque sea la calle muy larga. No creen en la transmigracion como los otros banianos, pues dicen que el alma, cuando sale del cuerpo, va al seno de la divinidad para gozar allí de una eterna bienaventuranza.

A pesar de estas opiniones, que forman entre los banianos tan diferentes sectas, tienen libros comunes, que son el fundamento de su relijion, y á los cuales miran con jeneral respeto. Todos son tambien igualmente supersticiosos: si al salir de sus casas encuentran algun mal agüero se vuelven inmediatamente, y aquel dia no se ocupan en negocio alguno.

Tienen por mal presajio el encontrar una carreta vacía, un asno, un perro, una cabra, un ciervo, un platero, un carpintero, un barbero, un sastre, una viuda, un entierro, alguna persona cargada con leche, manteca, aceite, cidras, manzanas, armas, etc. Al contrario, creen que es buen agüero encontrar un elefante, un camello, un caballo, un buey, una vaca, un búfalo, una liebre, etc.

Cuando un mahometano abraza su relijion, le obligan á mezclar en su comida por espacio de seis meses una libra de estiercol de vaca, cuya porcion van disminuyendo poco á poco despues de los tres primeros meses. A esta misma penitencia obligan á los que habiendo estado prisioneros entre cristianos ó mahometanos, se han dejado persuadir á comer carne ó beber vino, sin cuya purificacion no comunicarán con ellos.

Estudios de los banianos. — Los banianos tienen sus doctores y sabios: la ciudad de Benarez es su universidad comun, y allí concurren todos los que

han de seguir la carrera de las letras.

No tienen clases subordinadas como en Europa, y el método de enseñar las ciencias se parece mas al de los antiguos griegos que al nuestro. Los maestros tienen escuelas particulares en sus casas, y los discípulos emplean diez ó doce años en instruirse. Su primer estudio es el del *saukret*, lengua diferente de la vulgar indiana, y que la saben solos los doctos, como entre nosotros el latin, el griego ó el hebreo. Creen que en este idioma les comunicó Braema los cuatro libros que tienen por divinos, los cuales conservan con mucho sijilo y misterio por temor de que los mahometanos se los cojan y los quemen.

Los temores de los banianos á vista de un eclipse, prueban que no son muy hábiles en astronomía; así es que en esta parte se les ve cometer los mayores absurdos.

Lo mismo sucede en la jeografía, de la cual no tienen noticia alguna razonable.

La educacion de los hijos entre ellos es diferente de la de los mogoles. Los jóvenes aprenden desde luego á escribir, y la aritmética, y despues los aplican á la profesion de sus padres, porque rara vez salen del estado en que han nacido. Es costumbre ajustar su boda á la edad de cuatro ó cinco años, y casarlos cuando tienen diez ó doce.

Casamientos. — Las ceremonias del matrimonio son diferentes segun las provincias; pero la costumbre comun es no conceder la hija al que la pretende sino por alguna suma de dinero, ó por algun regalo. En las familias mas ricas es muy comun que la novia no lleve otro dote que sus vestidos y muebles. Si acontece que la mujer es estéril, el marido puede tomar otra, y aun una tercera si la segunda no paro: al contrario, una viuda no puede casarse, y tiene que sufrir que la quiten sus adornos, y la corten el cabello. No la precisan á que se queme con su marido, pero tampoco se lo impiden si quiere hacerlo. Cuando no le acomoda mantenerse en el estado de viudez, se hace danzarina pública, que es el partido que adoptan regularmente.

El dia de la boda, despues de haber andado las dos familias en ceremonia por las calles principales de la ciudad, van á colocarse sobre unas esteras ó alfombras cerca de un gran fue-

go, alrededor del cual hacen dar dos ó tres vueltas á los novios. Un bracman pronuncia sobre ellos algunas palabras, y los novios en prendas de su union se dan uno á otro una nuez de coco, mientras que el bracman recita las oraciones de la fórmula.

El banquete de la boda es proporcionado á la riqueza de las familias.

Las mujeres banianas tienen el contorno de la cara bastante bien formado, y mucha gracia en la fisonomía: sus cabellos negros y bien rizados estan sujetos por detrás con una cinta. Es lástima que el betel que estan masticando continuamente les ennegrezca los dientes y las encías; pero han llegado á persuadir á los hombres, y á creer ellas mismas que es una belleza el tenerlos de este color, y se burlan de los europeos porque tienen los dientes blancos como los perros y los monos.

Los banianos son muy limpios en sus casas: el suelo está cubierto de esteras bien trabajadas, sobre las cuales se sientan con las piernas cruzadas. Son de un carácter dulce, modesto, urbano, tierno, injenioso, y de buena fé con los estranjeros. Se encuentran entre ellos algunos sabios y personas ilustradas en todas las profesiones. Tienen banqueros, joyeros, corredores y calculadores muy hábiles. Sus tiendas son bellas, y sus almacenes estan provistos de las mayores riquezas; mas no venden carne, ni pescado, ni cosa que haya tenido vida, siempre por motivo de relijion. Algunos hacen un comercio fuerte por mar, y viven con la mayor magnificencia: sus casas son bellas, cómodas y soberbiamente amuebladas. En lo correspondiente al órden de la sociedad civil estan sujetos á los mogoles. Para conservar la libertad de su relijion pagan cuantiosos tributos al emperador, y sumas considerables á los gobernadores de las provincias. De este modo impiden que se les acuse falsamente, y se les confisquen los bienes con cualquier pretesto. La jente comun se compone de artesanos, que se mantienen con el trabajo de sus manos: hay entre ellos muchos tejedores: en sus fábricas se hacen toda especie de telas de algodon y seda del mayor primor y belleza, y de ellas salen aquellos tejidos tan finos que admiramos en Europa. Esta industria y amor al trabajo es comun en los dos secsos. Guzurate

es la provincia mas amena del gran Mogol, y se llamó en otros tiempos el reino de Camboya: hablaremos de la ciudad que fué antes su capital, y de algunas otras que merezcan atencion.

CAMBOYA. — Es una de las ciudades mas grandes y hermosas del reino de Guzurate, y aun del Indostan: la circunda una fuerte muralla de piedra sillería, de dos leguas de estension; tiene doce puertas, y las calles son anchas y rectas; se hace un gran comercio de cuantos jéneros pueden imajinarse, así de los que se fabrican en el pais como de los que traen de otras partes; se ven en ella hermosas plazas y grandes cisternas que proveen de agua á los habitantes; en sus cercanías se descubren jardines primorosos y magníficos sepulcros.

DIU. — Esta ciudad, memorable en la historia, perteneció al rey de Camboya, y se hizo famosa por los grandes sitios que sufrió. Los portugueses consiguieron permiso para construir en ella una fortaleza, y despues se hicieron dueños de toda la ciudad. El rey quiso despojarlos, y al efecto llamó en su ausilio á los turcos, quienes vinieron bajo el mando del bajá de Ejipto: cuando este llegó ya se habia puesto el sitio, y le estrechó vigorosamente: los portugueses hicieron muchas salidas, y pelearon con valor y desesperacion, sufriendo crueles hambres, molestias imponderables, y ejecutando, así los hombres como las mujeres, las mas gloriosas acciones que deben transmitirse á la posteridad. Cuéntase que las mujeres, capitaneadas por dos que se llamaban Isabel de Vega y Ana Fernandez, se dedicaron á los trabajos mas penosos para aliviar á los hombres, quienes con semejante ejemplo se animaban y entusiasmaban para las batallas. Las dos heroinas visitaban los puestos por las noches, y aun se presentaban en los asaltos para animar á los soldados. Ana, estando en su puesto, vió caer muerto á un hijo suyo, y no abandonó su lugar hasta concluida la accion, despues de la cual le enterró ella misma. Hubo hombre que por tres veces abandonó la cura que empezaba á hacerle de las heridas que habia recibido, para ir al combate que anunciaba el cañon. A un soldado le faltaron balas, y se arrancó los dientes, con los que cargó el fusil. Otro con un barril de pólvora y una

mecha encendida se arrojó entre los enemigos, y prendiéndole fuego mató mas de cien turcos, sin que él recibiese el menor daño. El bajá se vió obligado á levantar el sitio. Algunos años despues volvió el rey de Camboya á sitiar á Diu, y en él se reprodujeron acciones igualmente asombrosas por ambos secsos. El jeneral Juan de Castro, para reparar á Diu, pidió prestadas á la ciudad de Goa crecidas cantidades, y en prenda envió uno sus bigotes. Todos contribuyeron, y hasta las mujeres se deshicieron de sus joyas y alhajas, con cuya jenerosidad se juntó mucho mas de lo que se necesitaba.

Surate. — Es una ciudad famosa, y la mas grande del reino de Guzurate: está situada en la orilla del rio Tapi, que forma un puerto donde entran los navíos; tiene muy bellos y cómodos edificios; su poblacion es de mas de cuatrocientas mil almas, con dos gobernadores, uno civil y otro militar, que tienen grandes guardias de caballería é infantería para seguridad de sus personas y hacer ejecutar las órdenes. Hay ademas un secretario de estado que nombra el emperador para ecsaminar las operaciones de los gobernadores y reprimir sus abusos, dando cuenta á la corte de cuanto ocurra: se permite el libre ejercicio de todos los cultos. El comercio de Surate es casi el mayor de toda la India, pues se han fijado allí comerciantes de todas las naciones; pero el mas principal es el de los ingleses, que tienen establecida una asociacion, cuyo presidente es tratado y usa un fausto como un soberano, haciéndose conducir algunas veces en andas. Las monedas de Surate son: *rupia*, que vale cerca de veinte reales; *lecks*, que se compone de cien mil rupias; *curu*, que vale cien mil lecks; *padans*, que importa cien mil curus; *nil* que hace cien mil padans. Hay tambien medias rupias y cuartos de rupias. Corren igualmente monedas de cobre, y sesenta de estas forman una rupia. Otra especie de moneda mas inferior se llama almendra amarga, y sesenta de ellas hacen una moneda de cobre: estas vienen de Persia, donde las produce un arbusto. Se asegura que el oro de este pais es muy superior, y que si se trae á Europa se gana mas de un doce por ciento. La plata del Mogol es mas pura que la nuestra. Los estranjeros que entran

en este imperio tienen que cambiar toda la moneda de plata que llevan por otra del pais, y paga un dos y medio por ciento.

La provincia de Guzurate comprende ademas un crecido número de hermosas, grandes y ricas ciudades, y otros muchos pueblos y aldeas.

CAPITULO III.

Decan.—Reino de Visapur.—Máratas.—Sevaji, rayá.—Canara.—Malabar.—Producciones del pais.—Modo de ascender al trono sus reyes.—Puerto de ledo.—Retrato de los malabares.—Sacerdotes.—Relijion.—Usos y costumbres de los malabares.—Costa de Coromandel.—Bisnagar.—Reino de Golconda.—Orixa.—Reino de Bengala.

Decan.— Es un compuesto de varios estados, que en su orijen estuvieron gobernados por sus propios rayáes ó reyes. La primera espedicion conocida de los reyes de Deli á estas provincias, es la de Mahmud-Shah en el año 1264. El gobernador que dejó allí se hizo tan poderoso, que su sucesor llegó á ser independiente del conquistador. Dividió estos estados en diezíocho partidos, y dió el gobierno de ellos á otros tantos jenerales de sus tropas, mandando á cada uno de ellos que hiciese edificar un palacio en Badir, su capital, y que dejase en él un hijo en rehenes. Estos gobernadores, demasiado poderosos para permanecer fieles por largo tiempo, se hicieron soberanos de principados estensos, que despues se confundieron y mezclaron por las contínuas guerras entre sus poseedores. Esta desunion dió motivo á los portugueses para introducirse allí y formar en aquel pais sus primeros y mas útiles establecimientos.

Reino de Visapur.—La situacion del reino de Visapur se conocerá por la relacion de sus ciudades principales, cuyos nombres casi todos son familiares para los europeos. Dambr, plaza fuerte de los portugueses, la isla Salseta, llena de monumentos antiguos esculpidos en las rocas; Bombay, el mejor puerto de los ingleses en la India; la isla de Coa, en donde fondean las flotas portuguesas. Los holandeses han disminuido mucho en aquella costa el comercio de los naturales, por

haber invadido gran parte de sus posesiones. Tambien los ingleses han fomentado el suyo, estendiendo su dominacion hasta Surate. Finalmente el último de estos parajes le poseen los máratas, los cuales en algunas partes bajan hasta el mar. El reino de Visapur, despues de haberle gobernado monarcas patanes, cayó en poder de Aureng-Zeb, aprovechándose este príncipe de las facciones que le tenian dividido. Los reyes, desconfiando de sus súbditos, daban los gobiernos á cafres, de los cuales algunos se elevaron á la dignidad de protectores del reino en los casos de menor edad, mas los señores, envidiosos de aquellos negros, se alborotaron y dieron lugar á la usurpacion del trono, la cual miraron con indiferencia, porque con el gobierno estranjero conservaban el poder que cada uno tenia en su territorio.

Maratas.—Los máratas viven en los montes que rodean á Visapur, Carnate y otros paises que son limítrofes ó forman parte de los estados del Mogol. Estos montes son fértiles, muy poblados, estan rodeados de valles y de multitud de llanuras. En los pastos que producen estas alturas, se mantienen numerosas yeguadas, por lo cual la principal fuerza de aquellos pueblos es la caballería, con la que hacen irrupciones tan repentinas como impetuosas. Hay entre ellos pocos mahometanos, y la relijion dominante es la pagana que profesaron los antiguos indios sus ascendientes. Estan gobernados por rayáes, independientes unos de otros, ó miembros de una especie de república federativa que sostienen su rejencia ó consejo, en donde se ecsaminan los negocios comunes, mas sin que el jefe (cuando le hay) ni la reunion de miembros que componen aquel senado ejerza autoridad alguna sobre los pueblos sujetos á cada rayá.

Esta es, con corta diferencia, la idea que se puede formar de los maratas, los cuales no permiten que los viajeros penetren por sus montes sino con precaucion; y apenas son conocidos mas que por sus desastres y robos.

Sevaji, raya.—Desde el tiempo de Aureng-Zeb tuvieron un jefe famoso llamado Sevaji, tan traidor y sagaz como valiente y buen jeneral. ¡Desgraciado de aquel que se fiase de su aparente candor y buena fé! Proyectó asesinar á Abdol-kan, jeneral del rey de Visapur, cuya capacidad

era bien conocida, y temiendo que le atacase le escribió una carta en que lo suplicaba le diese seguridad solamente para ir á besarle los pies. Abdol-kan, múy confiado, le señaló un paraje adonde llegó con una pequeña escolta. Sevaji tenia oculto un destacamento considerable. Se acercó el rayá, admiró á aquel grande hombre, se postró á sus pies, y finjió algun miedo diciendo: «Señor, puede ser que me quereis matar.» [redacted] jeneral, para inspirarle mayor confianza, entregó á su escudero la espada y el puñal. Al punto se arrojó Sevaji á él, y le pasó el corazon.

Siempre contaba con sus ardides y maldades: un dia que se hallaba al frente de un jeneral mogol, á quien temia porque le estrechaba de cerca, le escribió diciéndole que tomase su consejo y se retirase, porque tarde ó temprano habia de caer en los lazos que le disponia; el jeneral mogol le creyó, y se retiró.

Para saquear á Sùrate, que él llamaba su tesorería, fué en persona casi solo, disfrazado de fakir, hasta la ciudad, á fin de esaminar los parajes y formar su plan de ataque. Tres veces se apoderó Sevaji de esta ciudad, y en cada una sacó tesoros inmensos. Se escapó de las manos de Aureng-Zeb, que hubiera querido quitarle la vida, mas no se atrevió temiendo sublevar contra sí todos los rayáes máratas, que le apreciaban mucho. Este emperador le llamaba su raton de monte, porque sabia buscar la huronera cuando le apuraban. Sevaji solo peleaba cuando no podia vencer con estratajemas. Su golpe seguro, y que jamás le faltaba, era el dinero. No se detenia en gastar para conseguir que le abriesen las fortalezas, y que las guarniciones y aun los ejércitos se rebelasen contra los que los mandaban.

A pesar de su mucho valor, no se esponia á ningun riesgo inútil. Viéndose provocado en una batalla, y gritándole el hijo de aquel Abdol á quien habia asesinado: «Ven acá, traidor, cobarde Savaji,» se volvió muy sereno, y le dijo: «Eres un jóven loco; ves á que otro te mate.» Los sucesores de este rayá se han hecho muy poderosos; por esta razon los máratas han rechazado muy lejos á los mogoles, han invadido reinos, y aun hecho temblar á los establecimientos europeos.

Canara. — Este pais, que comprende los montes de los ga-

tas, es fértil y disfruta de un aire puro. En sus montes se crian elefantes. El Canara ha sido gobernado por mujeres hasta nuestros dias. La reina podia casar con quien gustase, pero su marido no tenia parte en los negocios del estado. Los canarianos son en lo jeneral de talla mediana, de color moreno, y de poca barba: llevan el cabello largo; son buenos soldados y pelean con método. Tienen una clase de nobles que se llaman nairos: su lengua es comun á toda la costa. Las viudas de los nairos se queman con los cadáveres de sus maridos, á escepcion de la reina. Se sacrifican á sus dioses por devocion, haciéndose reventar debajo de los carros en que los conducen, ó se despedazan con los instrumentos cortantes de que están armadas las ruedas. En este pais se disfruta de una entera libertad, y á nadie se le pregunta acerca del objeto de sus viajes. El robo se castiga severamente: y tienen á los portugueses, que andan esparcidos entre ellos, por lo mas despreciable de su nacion.

Malabar. — Este nombre se da á todo el pais que está al Occidente del cabo de Comorin, y un poco al Oriente; su estension es de ciento cincuenta leguas por las costas; pero la lengua de estos pueblos se estiende á mayor distancia, lo que prueba que en otros tiempos habitaba lo interior del pais una nacion poderosa.

Producciones del pais. — Allí es el aire sano y la tierra algo arenisca. Produce buenas frutas, que son particulares del pais: el jaka, de prodijioso tamaño, la mangla, la pimienta, el cardamomo, que dan una sazon muy apetecida y buscada en la India. La canela, de calidad inferior á la de Ceilan, el sándalo, la acacia, la nuez vómica, el hierro, el acero, bellas maderas, muchas aves, micos, bestias selváticas, unas serpientes pequeñas muy peligrosas, y otras tan grandes que pueden tragar un hombre; pero estas se ven desde muy lejos, y pueden evitarse facilmente, porque se mueven con mucha pesadez. No hay allí poblaciones, porque todas las casas están esparcidas por los campos; pero sí hay ciudades fuertes. En este pais son muy poderosos los holandeses; mas los portugueses que se quedaron en él son tan despreciados como entre los canarianos. Hombres y mujeres van casi desnudos. Los casamientos son muy tempranos.

Modo de ascender al trono sus reyes.—Los reyes de este pais llevan el nombre de *samorin*, y en lo antiguo no les permitian reinar mas que doce años: cumplidos estos tenian que degollarse por su propia mano en un cadalso. A esta costumbre bárbara ha sucedido otra no menos atroz. A la misma época de doce años se celebra una grande fiesta que dura muchos dias, y en el último cualquiera de los concurrentes puede aspirar á la corona por medio de una accion desesperada, porque tiene que abrirse camino por entre treinta ó cuarenta mil guardias que rodean al samorin, y matarle en su misma tienda, quedando rey el que así le da el golpe mortal. Un viajero vió uno de estos pretendientes, el cual penetró hasta donde estaba el rey, y le dió un golpe, pero le mataron á él. El samorin no recibe á su esposa hasta que esta ha estado tres dias con el jefe de los sacerdotes de los ídolos. Son muchos los nairos que se sujetan á esta costumbre; pero se diferencian del rey en que lo permiten voluntariamente. Allí se encuentran judíos, que se tienen por descendientes de la tribu de Manasés, transportada por Nabucodonosor á una estremidad del imperio.

Vamos á describir los frutos, el gobierno, los usos y las costumbres de paises, cuya historia es imposible formar; pero que nos consta haber ecsistido desde muy antiguo, y por consiguiente forman parte ó pertenecen á la Historia Universal.

Puerto de lodo.—El agua de Malabar es muy mal sana, y causa hinchazon de piernas. Dicen que hay allí un puerto de lodo, que es el único en el mundo. Cerca del cabo Comorin hay una playa de una legua de estension, adonde llegan con ímpetu las olas; se pierden como si pasaran por un cribo, y dejan las embarcaciones en un suelo blando, sin esperimentar la menor ajitacion; y desde allí se pueden dejar llevar de otra oleada. En la estremidad del cabo, que es de tres leguas de estension, se ven dos estaciones unidas, porque en la lengua de tierra se interna un monte que separa el invierno del verano, oponiéndose como barrera al viento frio que sopla alternativamente con el cálido.

Retrato de los malabares.—Los malabares son negros, aunque no tan feos como los africanos: tienen buena talla, gustan mas de las mujeres pe-

queñas que de las grandes: son traidores, y á pesar de eso miran con horror el dar veneno: la paciencia es su virtud moral, mas no hay que esponerlos á pruebas demasiado fuertes: están divididos en tribus, á saber: la de los príncipes, la del clero, los nairos ó nobles, los mercaderes y los artesanos. La corona es hereditaria, pero no se sigue la línea recta, sino que pasa al príncipe mas anciano. Cuando sube al trono nombra un ministro, en quien se descarga absolutamente del gobierno, de modo que no se sabe que hay rey, sino por la pompa que le acompaña. El mismo fausto adorna la marcha de los príncipes y de las princesas.

Sacerdotes. — Los sacerdotes son muy poderosos: tienen jefes que son soberanos, así en lo temporal como en lo espiritual de sus supersticiones, y que ejercen cierto influjo en el gobierno. Los sacerdotes de segundo órden no intervienen sino en la relijion. Hay bienes dedicados á esta tribu, en la cual entran tambien los májicos, á quienes profesan grande veneracion. Los nairos siguen la carrera de las armas, y no son ricos. Se puede contar con su fidelidad cuando se trata de llevarlos de escolta en algun viaje, porque jamas abandonan ni hacen traicion á los que acompañan; y si alguno llega á perecer bajo su proteccion, no le sobreviven, pues de lo contrario son considerados como cobardes. En la última tribu hay una casta miserable que llaman los *pulias*, á quienes está prohibido todo comercio con las otras, y no se les permite fabricar casas ni vestir telas. Se cubren con hojas ó con estopa entretejida con una cuerda, y habitan en cavernas ó sobre los árboles; mas tiene que ser lejos de las otras habitaciones, y aun de los campos cultivados. Cuando notan que se acerca alguno, ahullan como perros para que varíe de camino, ó huyen para que no los maten. Son lijeros en la carrera y buenos cazadores, como que no tienen otro recurso. No se dice cuál es la causa de tener abatida con tanta humillacion á una clase entera de hombres.

Relijion. — En el Malabar, ademas de la relijion que es comun en toda la India, cada uno se forja su divinidad de un árbol, de un perro ó de una serpiente, lo cual podrá ser una consecuencia del dogma de la metempsícosis ó paso de las almas de un cuerpo á otro, error

que jeneralmente adoptan, y sin embargo creen que el Dios supremo es uno solo. Sus templos ó pagodas están oscuros y negros con el humo de las lámparas.

Usos y costumbres. — La distincion de castas es rigorosa, como que hay pena aflictiva para la superior que casa con la inferior, y tambien para la inferior que aspira á mucha elevacion. En ninguna parte ha llegado á tal estravagancia la locura de distinciones orgullosas, pues la tribu superior no come ni bebe con la inferior, y esto con tal rigor, que no probará los manjares preparados para esta, ni beberá el agua del mismo pozo. Los dos secsos van desnudos desde la cabeza hasta la cintura. Las mujeres adornan esta desnudez con joyas, que llevan por todas partes. En estos paises se desquitan las mujeres de la poligamia que los hombres usan en otros, cometiendo la poliviria, porque pueden tomar hasta doce maridos. Por esta razon colocan á los hijos en la tribu de la madre, como que esta no puede muchas veces saber quién es el padre; y como son tántos los maridos, no tienen que arrojarse al fuego cuando uno muere.

El menor hurto cuesta la vida: como allí no hay cárceles, atan al culpado, y le tienen así hasta que se concluye el juicio, que es breve y sumario. La sentencia de muerte solo el rey la pronuncia, no se admite apelacion, y la ejecuta el primero que se encuentra. Si no quieren pagar á alguno, recurre al juez, el cual envia á un oficial con una varita, y con ella forma un círculo alrededor del deudor; le intima en nombre del rey que no salga de allí hasta que el acreedor esté satisfecho, y el quebrantamiento de esta prohibicion tiene señalada la pena de muerte.

Escriben con un punzon en las hojas anchas de ciertas cañas que se crian en sus lagunas; las cojen, las secan al humo, las aprietan, y conservan por infinito tiempo lo escrito. La lengua malabar se usa en todo el interior de la península, y hasta en las islas Maldivias. Los malabares van bien armados; se ejercitan en la esgrima, y son muy comunes entre ellos los juicios del desafío y del fuego. Aunque es cierto que no roban por tierra, son grandes piratas y se alaban de ello; tratan á sus prisioneros muy mal, por cuya razon entre ellos es muy dura la esclavitud. En sus templos

principales hay hospederías en donde reciben y alimentan á los pobres, porque hay haciendas aplicadas á este objeto, y las llaman sagradas. Está prohibido, bajo pena de muerte, derramar sangre en las pagodas, aun en la última estremidad, ó en defensa propia. Esta ley es tan rigurosa, que si el culpado consigue escaparse, echan mano del pariente mas cercano. No se ve sangre en los altares de sus templos, porque en ellos ofrecen solamente frutos, telas y otras cosas inanimadas. Sus ídolos son muchos y muy estraños, de suerte que á veces es difícil adivinar lo que representan, á escepcion del sol y de la luna. Sus fiestas son pomposas, y consisten en procesiones precedidas de ayunos, que solo obligan á los sacerdotes. Los malabares se acercan á sus reyes con la misma veneracion que tienen para con sus dioses, y respetan tanto la vejez, que un hombre no se atreveria á sentarse en presencia de otro de mas edad.

Un viajero que siguiese la costa desde el golfo de Cambaya hasta el cabo de Comorin, no estrañaria los usos y costumbres del Malabar; porque son los mismos con muy corta diferencia; por eso nos parece inútil para dar una idea de la península, referir al lector lo que pasa en los reinos y provincias restantes. En el Maduré hay rey, y se encuentran perlas en sus mares. En el Marava hay un puente singular, si puede llamarse así la continuacion de rocas que parece se han unido en un espacio muy largo de tal modo, que juntan la tierra firme con la isla de Romarancor. Se les atraviesa casi por todas partes. Hay algunas que tienen dieziocho pies de diámetro. Así como las obras prodijiosas se atribuyen en algunos pueblos al diablo, los indios dicen tambien que los dioses construyeron este puente. En el Tranquebar ecsiste una colonia dinamarquesa, en donde hay misioneros luteranos muy celosos. El Carnate tiene en su territorio á Pondicheri y Madrás, dos rivales que han dado muchas veces el espectáculo de porfiadas y ruinosas guerras, con las cuales se vengan bien los indios de las usurpaciones europeas.

La provincia de Igneri, el reino de Masur y la provincia de Orija presentan unos sitios muy agradables, pero no tienen gobierno fijo; pertenecen casi siempre al primero que las ocupa, y aun á veces se han dete-

nido en ellas los máratas. En el Masur estan los malcamás, pueblo de carácter muy suave. Estos son mas bien tributarios que vasallos, porque estan repartidos en lugares, cada uno con su juez. Sus fiestas son alegres, como que van á ellas las doncellas tocando flautas, pitos y tambores. Los malcamás solo tienen una mujer, profesan gran respeto á los sepulcros de sus mayores, y no repugnan el hacerse cristianos.

Hace mas de doscientos años que se ha mudado el estado de este pais, asi como el de todo el Indostan.

COSTA DE COROMANDEL. — Se estiende desde la punta meridional de la India cerca de la isla de Ceilan, jirando al Nordeste hasta el reino de Golconda. Sus puertos son muy hermosos é interesantes, porque se han situado y establecido en ellos muchos europeos y de otros paises, particularmente los holandeses é ingleses que poseen algunas ciudades. En lo interior hay varios reinos y ciudades magníficas. Gandichor es plaza muy fuerte; está sobre la cima de una montaña elevada, en cuyo camino hay muchos precipicios. Bezoar no tiene de particular mas que una gran pagoda ó templo dedicado al Ram-Ram, ídolo de aquellos supersticiosos: está adornado con figuras horribles de diablos y móustruos espantosos. Hay en ella muchos sacerdotes, que son los que interpretan las respuestas del ídolo, ó por mejor decir los que las dan, pues algunos aseguran que detras del Dios hay un nicho donde se coloca uno de los sacerdotes con mucha reserva, y que desde allí responde con espresiones equívocas á los que oran y suplican al Ram-Ram; pero que estas respuestas no suelen darse hasta despues de muchos dias, ó no se dan. Cuando van los devotos á suplicar al ídolo hacen muchas jesticulaciones ridículas, y tienen que dejar á sus pies las ofrendas, que consisten en comestibles, jéneros ó dinero: con cuyos presentes se mantienen los sacerdotes.

La ciudad de Tripeti es de este pais, y tiene un templo que es venerado por los idólatras con el mayor entusiasmo: en el mes de setiembre de cada año celebran una fiesta muy solemne, á la cual, á imitacion de los mahometanos en la Mecca, concurren inumerables peregrinos con ricas ofrendas. Maduré, Ticheràpali, Alcatile, Tarcolan y otras

muchas ciudades bastante populosas, se estienden por las cercanías de esta costa, y en todas ellas el culto de los ídolos se forma de absurdos despreciables y aun de obscenidades. La de Madrás, segun algunos, tiene cien mil habitantes, y su comercio y riquezas son tan considerables, que puede decirse compiten con las mas principales de la India. Antiguamente componian los terrenos, ciudades y pueblos de esta costa el reino de Coromandel, cuya capital fué la ciudad de Melipua, tan famosa en aquel tiempo, de la cual no queda mas que unos cortos y miserables restos.

Biznagar. — Muy difícil es fijar los límites de Biznagar, porque continuamente los han mudado las guerras; nos contentaremos, pues, con dar una idea de las riquezas y fuerzas de este pais que tuvo nombre de imperio. Si las relaciones que han llegado á nosotros no son ecsajeradas, tenia la capital, llamada tambien Biznagar, mas de doce leguas de circuito, y comprendia en su recinto muchas colinas, aunque á escepcion de las pagodas ó templos, y tres palacios, todos los edificios eran de tierra. El rey de aquellas cabañas se titulaba rey de reyes, y marido de mil mujeres, y aconteció sostener una guerra para conservar estos dictados. En el año de 1520 cubrió las montañas y las llanuras con un ejército de treinta y cinco mil caballos, de setecientos treinta y tres mil hombres de á pie, y quinientos ochenta y seis elefantes, que llevaba cada uno en su torre cuatro hombres. A este ejército seguian doce mil aguadores y veinte mil mujeres del comun, que le iban sirviendo. A Biznagar concurrian comerciantes de todos los paises, y era el paraje mas célebre del Oriente en el comercio de los diamantes. Cuando destruyeron esta ciudad los príncipes coligados, que mataron al emperador á los noventa y seis años de su edad en 1565, la estuvieron saqueando cinco meses; pero los habitantes habian retirado lo mejor de sus riquezas. En el corto espacio de tres dias habian salido quinientos cincuenta elefantes cargados de plata y joyas, que importaban muchos millones, sin contar el trono real, destinado á las ceremonias, y de un precio inestimable. A pesar de eso los saqueadores encontraron todavía un diamante como un huevo, sobre el cual se

colocaba el penacho del caballo del rey, y otro de poco menor tamaño con otras joyas de incalculable valor. Todas estas ecsajeraciones son frecuentes en las relaciones de los indios, y de las cuales veremos todavía algunos ejemplares.

El *suba* de Decan, soberano de estas provincias, habita en la ciudad de Assein-Abad, que no tiene fortificaciones ni murallas, pero toda está sombreada de árboles, y situada en un país delicioso. Hay allí otras ciudades y castillos bien fortificados. Las pagodas de Elora son muy nombradas. Estan en un terreno lleno de sepulcros, capillas y templos magníficos, en donde se ven figuras esculpidas en la roca, obra jigantesca que parece esceder á las fuerzas humanas, pues aun los que estan familiarizados con el conocimiento de los colosos de Ejipto, admiran estos monumentos. Los indios de estos paises casan á sus hijos de cuatro ó cinco años, y consienten que el marido habite con su mujer cuando él tiene diez años y ella ocho; pero las mujeres que conciben tan temprano, dejan de parir á los treinta años, y ya entonces se las conocen en la frente las arrugas de la vejez.

REINO DE GOLCONDA. — Este reino confina con la provincia de Bezar, el reino de Orixa, el golfo de Bengala, los reinos de Carnate y Visapur, y con los Talingas. Las frutas de todas especies, hasta las uvas, de que hacen buen vino, la abundancia de arroz y de otros granos, cuyas cosechas se recolectan dos veces al año, y las minas de diamantes los mas preciosos del universo, son las riquezas del reino de Golconda. La caza y las aves abundan tanto que se venden á un precio muy ínfimo. El clima no es sano, porque las tierras muy inundadas con las lluvias calientes, y las muchas lagunas y estanques que tienen para el riego y cultivo de ellas, inficionan el aire y hacen su atmósfera mal sana, aunque llevan consigo la fecundidad: los árboles estan siempre verdes, y producen frutos en todas las estaciones del año. La capital de este reino es la ciudad de Bag-Nagar: está situada en la ribera de un rio, sobre el cual hay un gran puente de piedra que no cede á los mayores de Europa. Tiene esta capital una hermosa forma, calles anchas y rectas, pero sin empedrar, y sus edificios son regulares. En el grande arrabal

viven los comerciantes y artesanos, de donde no pueden salir de noche. Lo que mas enriquece al reino de Golconda y le da una supremacía sobre los otros del Asia, es las muchas minas de diamantes. La de Culuru, no muy distante de la capital, dicen que se descubrió porque un pastor que estaba guardando ganado vió una piedra que brillaba mucho, y la cojió; sin presumir lo que era la dió á otro por un poco de arroz, y así fué corriendo de unos en otros hasta llegar á manos de un intelijente. Se divulgó el suceso, dedicáronse á cavar en aquel sitio, y se descubrió una mina abundante que despues ha sido uno de los principales ramos de la riqueza del reino. El terreno donde está la mina es sumamente estéril, árido y cubierto de peñascos, en cuyas venas es donde se hallan mezclados los diamantes con una tierra que parece arena rojiblanca y pajiza.

Los omrhas ó jefes del pais se anuncian con un fausto que pasma; no se presentan en la ciudad sino precedidos de dos elefantes adornados con banderas. A cierta distancia marchan sesenta caballeros, á quienes siguen otros que van tocando la trompeta y el pífano. Despues viene el omrha á caballo, acompañado de criados de á pie, llevando uno el quitasol sobre la cabeza de su amo, otro la pipa, y otros van espantando las moscas; esta pompa termina por dos timbaleros montados en sus camellos. En el acompañamiento se ve tambien regularmente un palanquin, en donde se tiende el señor con un ramillete en la mano, fumando en su pipa. Sus riquezas son prodijiosas: se dice de uno que tenia cuatrocientas libras de diamantes. Algunas veces los han hecho estas riquezas dueños del trono ó han colocado en él príncipes á quienes creian poder gobernar mas facilmente. Un rey á quien dos omrhas dieron el cetro con esta intencion, encontró medios para deshacerse de ellos sin que le pudiesen argüir de ingratitud. Repartió el poder entre los dos, creyendo que no tardarian en desavenirse, como efectivamente sucedió. Para que no advirtiesen que buscaba arbitrios para hacerse absoluto, se entregó á los placeres que sus ministros le proporcionaban á porfía; pero cuando creian que estaba sepultado en el letargo de la sensualidad, se estaba instruyendo en secreto de cuál era el estado de su reino. La rivalidad de am-

bos, que no contuvo la autoridad del rey, rompió en querellas personales, tanto que aun en el palacio tuvieron escandalosas alternativas, las cuales autorizaron al monarca para castigar al uno y espeler al otro, con lo cual recobró sin ruido ni efusion de sangre el poder que le habian usurpado.

Orixa. — Esta provincia, antiguamente reino, está situada entre el de Golconda y el de Bengala, á la punta setentrional de la costa de Coromandel: ha ocasionado muchas guerras entre los emperadores del Mogol y los reyes de Golconda cuando estos la poseyeron. En el dia la domina el primero y la gobierna un rayá; es muy considerable su comercio de piedras preciosas. El sándalo, que dá maderas finas y medicinales, se reproduce mucho en este pais; estos árboles son del tamaño de nuestros nogales, y dan una fruta parecida á las cerezas. Tambien hay un árbol que produce el algodon, y otros innumerables de diferentes clases: el amor al trabajo y la industria es la inclinacion favorita de estos naturales. En Orixa está el magnífico templo de Jarnegat, cuyas rentas suponen suficientes para mantener veinte mil personas. Se adoran en él cuatro ídolos: el primero representa al dios Résora; este es todo de oro y piedras preciosas: el segundo es de la mujer de este dios, tambien de oro, pero sin adorno: los otros dos son de su hermano y hermana, de madera de sándalo.

Bengala. — Este reino, uno de los mas ricos del gran Mogol, tiene un temperamento suave; las abundantes lluvias fertilizan el pais; sus producciones son inumerables; las fábricas muchas y primorosas, que dan unas telas tan esquisitas y sutiles, que apenas se percibe su tejido aun con cristal de aumento. Confina el reino de Bengala por el Oriente con el de Aracan, por el Setentrion con unas grandes y elevados montañas, por el Occidente con otras provincias del Mogol, y por el Mediodia con el Océano. Fué independiente hasta el año de 1590 que lo conquistó el emperador Egbar; pero despues se apoderaron de él los ingleses, que son en la actualidad sus dueños. El comercio es tan considerable que casi no tiene comparacion por la gran concurrencia de negociantes de todas las naciones del mundo. Aunque los naturales de este pais son muy zelosos,

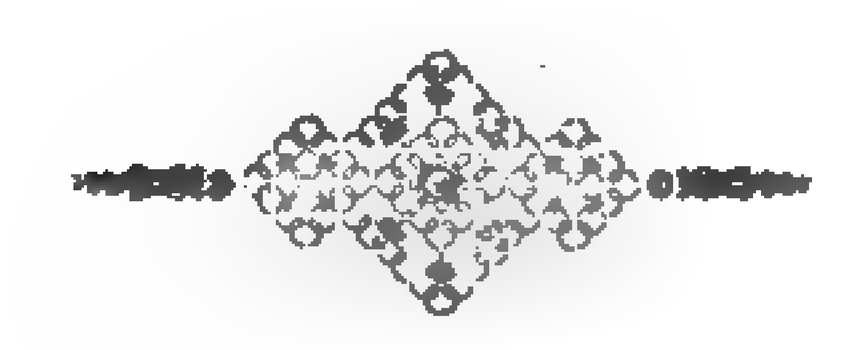
consienten sin embargo á sus mujeres muchas libertades; pero castigan el adulterio en ambos secsos con crueldad, cortándoles las narices. Las leyes y costumbres relijiosas son casi semejantes á las de los demás paises del Mogol.

Desde la muerte del emperador Poro hasta la invasion de los tártaros en el Mogol, ó particularmente la de Tamas-Konlikan, hubo en este vasto pais muchos reyes que gobernaron pacíficamente varios estados, aunque tuvieron alguna dependencia de uno superior, que fué mas bien su protector que su soberano; pero despues de aquellas revoluciones sufrió el Mogol estraordinarios trastornos, que mudaron hasta los nombres de los paises, y aun de los rios mas memorables en la historia antigua, particularmente del tiempo de Alejandro Magno, cuyas conquistas no pasaron del Hyphases que ahora se llama Chaul. Así, pues, algunas de las provincias y ciudades que se conocen comprendidas bajo los límites antiguos del Mogol, y de las que hemos hablado, no dependen absolutamente del emperador, sino que sus habitantes formaron algunos pequeños estados particulares, y viven sujetos á jefes que ellos elijen entre sí, con nombre de rey ó de rayá, ó en repúblicas; pero todos son ó vasallos ó tributarios del gran Mogol.

Los ingleses han estendido tanto sus posesiones en las Indias orientales, que en el dia dominan la mayor parte del Indostan, y procuran con sus arterías mantener siempre disensiones entre aquellos desgraciados pueblos; pues si los príncipes indíjenas llegasen á unirse, podrian limitar en gran parte el poder británico en la India. De las guerras de estos príncipes siempre sacan utilidad los ingleses, unas veces como ausiliares, otras como mediadores, haciéndose ceder por ello nuevos territorios, ó ecsijiendo tratados ventajosos de comercio. Es cierto que el Indostan ha recibido algunos beneficios con la dominacion de los europeos, porque han introducido allí los adelantamientos en todos los ramos del saber humano, han suavizado sus costumbres, han mejorado sus leyes, en una palabra, han sacado á los indios del estado salvaje en que yacian: pero ¿á qué precio han adquirido estos infelices los beneficios de la civilizacion? A costa de la sangre de sus compatrio-

tas, de sus bienes y de su libertad, porque despues de haber sostenido tantas luchas con los estranjeros, la mayor parte de los indios pueden considerarse como esclavos en su mismo pais, del que debian ser los señores.

El estado actual del Indostan presenta ocho divisiones principales é independientes: 1.ª el territorio sujeto á los ingleses, que comprende mas de ciento diez millones de habitantes, unos súbditos y otros tributarios: 2.º el triunvirato de Sindhy, que cuenta sobre un millon de almas: 3.º el reino de Sindia que tiene cuatro millones: 4.ª la confederacion de los seiks, con cinco ó seis millones: 5.º el reino de Nepal, que comprende dos millones y medio: 6.ª las colonias portuguesas de Goa, Daman, y Diu: 7.º los establecimientos franceses de Pondichery, Yanou, Karikal, Chandernagor, Mahé, Calicut y Surate: 8.ª las colonias dinamarquesas de Tranquebar y Sarampoor. La mayor parte de estos estados solo gozan una independencia precaria, unos como aliados y otros como vasallos.



CAPITULO IV.

PENÍNSULA ORIENTAL Ó DEL OTRO LADO DEL GANJES.

Reino de Azem. — Reino de Ava. — Reino de Aracan. — Reino del Pegú. — Reino de Laos. — Reino de Tunkin. — Tributo que pagan los tunquinos á los chinos. — Rey nominal, y rey en propiedad. — Corte del bova. — Corte del chova. — Mujer y concubinas del chova. — Poder de los eunucos. — Ejército. — Cacho, su capital. — Usos y costumbres de los tunquinos. — Ciencias y artes — Relijion. — Reino de Cochinchina. — Reino de Butan. — Lasa, capital del reino. — Alimentos. — Bueyes. — Cabra que da el almizcle. — Vestidos. — Usos y costumbres. — Monasterios. — El gran lama. — Poseidos. — Modo de elejir gran lama. — Administracion de justicia. — Carácter de los habitantes. — Reino de Siam. — Su primer lejislador. — Relijion. — Carácter de los siameses. — Producciones del pais. — Costumbres de los siameses. — Casamientos. — Ciencias y artes de los siameses. — Reino de Patan. — Malaca.

Esta península se halla situada en la parte occidental y meridional de la China ó mas allá del Ganjes entre el Tibet, los golfos de Tunkin, Cochinchina, Siam, el mar de las Indias hasta el estrecho de Malaca, y el golfo y pronvincia de Bengala. Es rica en frutos, seda y elefantes, metales, drogas, arroz, pimienta, aceite, oro y piedras preciosas. No haremos mas que una lijera relacion de varios de los estados de que se compone. Los reinos de *Azem* y de *Tipra* son los primeros que se encuentran desde la orilla izquierda del Ganjes. Los habitantes del primero son hermosos y bien formados. Su tierra produce de todo menos trigo. Tienen una seda particular, á la cual saben dar un blanco hermoso; pero se quiebra facilmente. Van casi desnudos y practican la poligamia. Dicen que inventaron la pólvora, y que de ellos pasó al Pegú y á la China. Lo cierto es que se les han hallado cañones antiguos, y que su pólvora es

escelente. El reino de *Tipra* no tiene tantas nociones, y está confundido en el de Aracan, de que mas adelante haremos relacion.

Reino de Azem. — Los naturales del reino de Azem le dan el nombre de Azoo que fué antiguamente su capital, y ahora residen sus reyes en Keminerouf. Algunos aseguran que estos pueblos pasaron el secreto de la pólvora á los otros paises circunvecinos.

El rey de Azem se ha reservado la propiedad de todas las minas de su reino, con la condicion de no ecsijir de sus vasallos tributo alguno, y para no molestar á su pueblo solo emplea en beneficiarlas á los esclavos que compra á sus vecinos. De este modo consiguen los habitantes de este pais, sin esceptuar los aldeanos, vivir con toda comodidad; al contrario de los demás indios, cuya suerte es la esclavitud y la miseria, en un pais que pudiera proporcionarles las mayores riquezas. El oro no se acuña en esta rejion, sino que se divide en barras grandes y pequeñas, que usan como moneda en el comercio interior, porque no se permite estraerlo fuera del pais.

Aunque este reino produce todas las cosas necesarias para la vida, los azenitas prefieren la carne de perro á las demás, y por eso tienen un mercado todos los meses en que no se venden mas que perros que llevan allí de todas partes. El terreno de Azem es muy fecundo en minas de oro, plata, plomo y lacre, que sirve para hacer el mejor barniz de toda el Asia. La goma laca es tambien allí muy comun, y de ella sacan primeramente un color rojo que sirve para pintar los lienzos y telas de seda; lo restante es la materia de un bello barniz de que hacen gran comercio. Las vides de esta parte de la India producen muy buenas uvas; pero no hacen vino de ellas, sino que las secan para fabricar aguardiente. Como en este pais no hay salinas, los azenitas fabrican artificialmente la sal ó la usan de Bengala, adonde van anualmente á cargar mas de cuarenta embarcaciones, y dan en cambio oro, marfil, almizcle, palo de águila, goma laca y seda, la cual se cria naturalmente en los árboles de Azem, sin industria ni cuidado de los hombres. La relijion de los azenitas es la idolatría, y entre ellos es permitida la poligamia.

Reino de Ava. — Este reino es muy dilatado, y sus límites son mas conocidos que lo interior. En él se vuelven á encontrar los bracmas, ya como conquistadores, ya como vasallos. Los avanos, por su figura y por muchas de sus costumbres, se tienen por oriundos de la China. Se ha introducido entre ellos la vida regalada de los peguanos, y les imitan en sus costumbres voluptuosas; pero su gobierno es muy equitativo. Cada gobernador tiene un ministro encargado de dar cuenta todos los dias al consejo de lo que pasa en su provincia; y el rey, que asiste oculto á estas sesiones, es el único que firma la sentencia de muerte con esta fórmula: *Tal hombre, reo de tal delito, no pise mas la tierra*. Y entonces le arrojan á los elefantes; mas si no tiene delito capital, le destierran por cierto tiempo á los bosques, y si se libra de los elefantes bravos y de los tigres, se le permite volver pasado el término. Jamas pierde el que presta, porque si no tiene otro recurso, venden al deudor y á su familia; y aun puede el prestamista servirse de ellos como de esclavos, usando segun le parezca hasta de la mujer; pero en llegando á esta, se cuenta la deuda por satisfecha.

En Ava, el acusador, en los casos que se disputan sin pruebas, tiene que tragar cierta porcion de arroz seco, ó atan á los dos litigantes á una estaca clavada en el rio, y el que permanece por mas tiempo debajo del agua es declarado inocente. Tambien le hacen meter la mano en aceite hirviendo ó en plomo derretido. La calumnia con que se infama al hombre de falta de probidad, ó á la mujer de mala conducta, aunque consista en una palabra, no se mira con indiferencia. Es preciso probar el hecho, sufrir la prueba que la ley señala ó recibir el castigo. Los sacerdotes componen las diferencias menores, haciendo presentar á las dos partes cosa que ha de comer el uno de la mano del otro, y este es el sello de la reconciliacion. No se puede menos de alabar una especie de sacerdotes que hay en Ava; los cuales son tan humanos y de tanta hospitalidad que recojen á los pobres pasajeros, les dan alimento y vestido, curándoles si están heridos ó enfermos, y dándoles cartas de recomendacion para que reciban lo necesario hasta llegar al término de su viaje.

El rey de Ava se ocupa toda la mañana en administrar justicia. Cuando acaba de comer tocan una trompeta, dando á entender con esto que permite que se ponga la mesa á todos los reyes de la tierra, pues ya se ha levantado de la suya el emperador de Ava, su señor. Es verdad que esta sumision es lo menos que pueden observar respecto del que se intitula: *rey de reyes, pariente de todos los dioses, los cuales conservan los animales y la regularidad de las estaciones por el afecto que tienen al que es hermano del sol, pariente cercano de la luna y de las estrellas, dueño absoluto del flujo y reflujo del mar, rey del elefante blanco y de los veinticuatro parasoles*. Impropia parece la conclusion de sus títulos; pero se sabe que *parasol* significa *corona* en esta proclamacion. La tropa no está armada, ni se la paga sino en tiempo de guerra. La graduacion de los oficiales se conoce en lo largo de las pipas, y en las uniones de los cañoncitos de que constan.

Los reyes de reyes, los parientes del sol y de la luna son casi desconocidos en nuestros paises. Solo se sabe que ecsistian en el siglo XV de la era cristiana; y seria cosa inútil seguirlos por los reinos de Mien y Jangoma que subyugaron. Si es cierto que estos reinos ecsisten, se hallarán entre Siam y la China; pero debe presumirse que no son mas que desiertos y selvas muy dilatadas, en las cuales se hallan muy pocos parajes habitados. Sin embargo los viajeros se empeñan en asegurar que han visto por allí ciudades, y hablan de las costumbres de sus habitantes, diciendo que son semejantes á las de los peguanos y aracanos.

Reino de Aracan.—Este reino es la mas rica joya de los ingleses en la India, y tiene mas estension de costa que de interioridad: parece indudable que su orijen fué muy anterior á la era cristiana. En él son muy comunes los búfalos, elefantes y tigres que destruyen los campos: produce de todo con abundancia, escepto trigo y centeno. El clima es muy caloroso, aunque algunas veces hiela. Por un vapor que cubre todos los dias la tierra á poca altura, es preciso fabricar allí las casas sobre pilares, las cuales son mas cómodas que hermosas. Se refiere que en el palacio del rey hay una pieza llamada la *sala de oro*, por estar enteramente revestida de este metal. En ella se ve tam-

bien un dosel de oro macizo, alrededor del cual estan pendientes cien barras del peso de cuarenta libras, siete ídolos del tamaño de un hombre y de dos dedos de grueso, adornados con rubíes, esmeraldas, záfiros y grandes diamantes, producciones de aquella tierra, y una cadena de oro macizo de dos pies de ancho, que sostiene un cofre cubierto de piedras preciosas, el cual encierra dos rubíes tan largos como el dedo pequeño, y en su basa tan gruesos como un huevo. Estas alhajas han causado grandes guerras, no tanto por su valor, cuanto porque se miraba su posesion como título de soberanía cuando ecsistia el imperio. Entonces se titulaba el emperador de Aracan del modo siguiente: *El poseedor del elefante blanco y de los dos pendientes, superior de doce reyes que ponen sus cabezas debajo de las plantas de sus pies.* La capital tiene un lago, cuyo dique puede romperse facilmente, y por estar en una altura superior á la ciudad puede anegar á los enemigos que lleguen á tomarla; esta defensa es única en su jénero.

Aunque en este pais es escesivo el calor, todos van vestidos y aun cargados de ropa, lo cual no es mas que lujo. Las mujeres son bastante blancas y llevan cubiertos los brazos, el cuello y las piernas de anillos y brazaletes, cuyo sonido va avisando cuando pasan. Los maridos no gustan que se las entreguen doncellas, y asi las pasan jenerosamente á los que quieren precederles. Queman los cadáveres de los ricos, y los demas se arrojan al rio, algunas veces antes que espire el enfermo, por ahorrarle las congojas y tormentos de la enfermedad. Estos cadáveres nadan sobre la superficie del agua, se hunden, vuelven á salir, y las aves de rapiña que cubren los rios y los lagos los despedazan, causando un espectáculo horrible y asqueroso. Los naturales comercian poco por sí mismos; pero les van á buscar sus producciones, que son maderas de ensamblaje, plomo, estaño, marfil y laca, que es la mejor del mundo. Entre ellos consiste la hermosura en tener la frente ancha y hundida, y para adquirir esta gracia ponen á los niños una plancha de plomo.

Su relijion en el fondo es la misma que la de lós bracmas; consiste en saber el culto de tres dioses principales; pero no tienen los mismos nombres que

en el Malabar, así como tampoco los sacerdotes, á quienes en Aracan llaman *telapones*. Por lo demás la supersticion es la misma con la estravagancia de su imajinacion en las estátuas de los dioses, que son inumerables, y tienen seis caras, cien manos, cabezas y pies de animales, y las mas estrañas actitudes. El propio órden y los mismos ejercicios se observan en los sacerdotes solitarios y reunidos, formando jerarquías encargadas de orar y de instruir. Estos pueblos añaden á la supersticion idolátrica la de creer en agüeros ó presajios, observando con inquietud el encuentro de un animal, pues se asustan si dan con uno, y se alegran si encuentran otro. A estos agüeros dan los telapones su esplicacion, y no dejan de pagársela bien.

Siendo tan imposible saber la historia de estos pueblos y naciones, como encontrar anales ó documentos fidedignos que acrediten lo sucedido allí desde su orijen hasta hoy, nos contentaremos con referir lo poquísimo que sepamos de cuanto ha ocurrido en Aracan desde que los europeos entraron en aquel pais. Parece que siempre ha habido rivalidades entre los reyes de Aracan y del Pegú, aunque no fueron conocidas sus hostilidades hasta el año de 1615. Entonces el del Pegú, que se habia armado para quitar al de Aracan un elefante blanco (objeto de su comun ambicion), no se atrevió á hacer un desembarco porque previa que los habitantes abririan las esclusas para inundar todo el pais; lo que prueba que estaban instruidos en la hidrografía y en la nivelacion. Sebastian Gonzalez Tibao, portugués, que de mero comerciante en sal, llegó á ser dueño de un ejército y de una grande armada, hizo en esta guerra un papel distinguido. Principió por la piratería, fué recojiendo compañeros como él, y se apoderaron de una isla importante. Tibao, que era el jefe, estableció allí una verdadera monarquía. Peleó bajo sus propios estandartes, y ofreció al virey de Goa un simple homenaje. Se dejó buscar del rey de Aracan, á quien hizo traicion cometiendo todo jénero de perfidias. Su poder fué destruido por un gobernador mogol, el cual acometió tambien al infeliz rey de Aracan. No sabemos el fin de Tibao; pero sí que el de Aracan resistió al del Mogol. Muerto este príncipe empezó la desunion entre sus hijos sobre la posesion del

elefante y las alhajas. Se hicieron la guerra unos á otros, y perecieron en ella con toda su familia hácia el año de 1690. Los telapones ó sacerdotes lograron poner en depósito para su conservacion las alhajas, objeto de la codicia y causa de la discordia; pero las tienen tan guardadas, que no se sabe su paradero.

En tiempo de estos reyes se empleaba un modo muy particular para elejir sus concubinas. Escojian todos los años doce doncellas de las mas hermosas y las vestian de las telas mas finas y blancas: las esponian así al sol hasta que mojaban con el sudor los vestidos: despues las llevaban á los que estaban ya esperimentados en esto, y por el olfato decian cual merecia ser preferida. Las enseñaban no solamente la música, el baile y otras artes agradables, sino tambien el manejo de las armas, y de este modo servian de guardia al rey, repartidas por las habitaciones del palacio.

Dicen que la supersticion hizo cometer á un príncipe la siguiente crueldad: le amenazaron con que no viviria mucho despues de su coronacion, y consultó á un célebre adivino mahometano, el cual quisiera ver morir á cuantos no profesaban el mahometismo. El malvado le aconsejó que hiciese una composicion de los corazones de seis mil de sus vasallos idólatras, de cuatro mil vacas blancas, y de dos mil palomas, y que pusiese su habitacion en una casa, cuyos cimientos estuviesen bien sostenidos sobre mujeres preñadas, y regados con la sangre de diezi-ocho mil personas. Todo lo ejecutó aquel mónstruo; y como no murió, es de presumir que tendria despues por infalible la ciencia del adivino (1).

Reino del Pegú. — El Pegú se estiende á lo largo del mar, y por el estremo opuesto, ó á sus espaldas, tiene las montañas de los bracmas, que son los que han subyugado este reino: no hay otro paso sino el que abren dos grandes rios, que bajan del Tibet á inundar el Pegú, así como sucede en Ejipto con el Nilo, y aun le traen la misma fecundidad. En las costas llega la marea con la rapidez de una flecha, y se retiran las aguas del mismo modo en prodijiosa masa. Produce el Pegú los mas hermosos rubíes del mundo, y

(1) A pesar de que Mr. Anquetil dice que *todo lo ejecutó* aquel mónstruo, nosotros creemos que este hecho es una de las muchas fábulas que se refieren de los paises poco conocidos.

cuanto se necesita para la subsistencia, arroz, frutas, aves, caza, pescados, todo muy barato. La capital, que se llama tambien Pegú, se ha trasladado á Ava; mas al presente, á pesar de ser la residencia de un virey, no tiene mas habitantes que el pueblo bajo. Hay en ella dos templos, uno de los cuales está siempre cerrado, y el otro abierto. En el primero hay un ídolo de veinte codos de largo, que está echado. Dicen que hace seis mil años que duerme, y que solo despertará para destruir el mundo.

Se diferencian los peguanos de los bracmas, que los han subyugado, en que estos se pican con una especie de punzon, y frotando despues las cisuras con polvo de carbon, se hacen en su cuerpo figuras que jamás se borran, y aun se distinguen al través de la muselina con que se cubren. Aunque sus dientes son blancos, se los ennegrecen para que no se parezcan á los de los perros, segun dicen ellos.

El rey es heredero de todos los bienes de los que no dejan hijos, y de un tercio de los que los dejan. La música de los peguanos, compuesta de instrumentos de cuerda y de viento, es bastante agradable. Suplican al diablo y le presentan ofrendas, especialmente en sus enfermedades. Sin duda tienen mas confianza en pedirle que no les haga mal, que en los médicos. Creen los dos principios, uno bueno y otro malo, y la metempsicosis. Son muy inclinados al comercio, y en su propia tierra encuentran las primeras materias con que se anima: los mercaderes del Pegú son los que mas ejercen aquel modo de contratar, que consiste en ocultar las manos debajo de un lienzo, y tocarse los dedos, por cuyas coyunturas y toques entienden uno y otro el precio que ofrecen, porque cada movimiento tiene su significacion, y así no pueden adivinarle los asistentes.

Los peguanos reconocen, como los demás indios, un Dios supremo, pero los tres dioses inferiores tienen diferentes nombres de los que les dan los bracmanes y los de Aracan. La multitud de dioses subalternos es la misma, y además de estos respetan al diablo, á quien regalan y adulan mucho, aunque los telapones se oponen á esta supersticion.

Los telapones son una especie de monjes que observan el

celibato, y comen solo una vez al dia. Cuando las tierras que tienen alrededor de los templos de sus ídolos no producen lo necesario para mantenerse, envian á los mas jóvenes á pedir; estos se presentan delante de las puertas y dan tres golpes en un tamborcillo que llevan; si no les abren redoblan, y si nadie sale se retiran sin hablar, aunque rara vez dejan de darles. Algunos viven solitarios en parajes distantes de las poblaciones, y predican al pueblo una vez cada semana la humanidad, la union, y lo que alcanzan de los preceptos naturales.

Los entierros de los peguanos son magníficos, y en ellos arrojan cohetes, que cada uno puede levantar un gran tronco, como que llevan quinientas libras de pólvora. Nosotros no hemos adelantado tanto en los fuegos artificiales.

Los reyes antiguos del Pegú eran muy poderosos. Se dice que levantaban ejércitos de un millon de hombres con ochocientos elefantes, y una artillería numerosa, aunque mal servida. Los nobles vivian con mucha sujecion, empleados, como lo restante del pueblo, en los trabajos públicos. Nunca se presentaba el rey sin una corte magnífica: daba audiencia dos veces á la semana, y administraba por sí mismo justicia públicamente: tenia una sola mujer, pero mantenia gran número de concubinas.

El primero de estos reyes le colocan los historiadores en el siglo VII: dicen que era pescador, y debió sin duda principiar por hacerse dueño de un terreno reducido, desde donde él y sus sucesores se fueron estendiendo por espacio de seis siglos hasta sujetar á su dominio diezinueve reyes. Tal era el imperio del Pegú cuando en 1519 le enviaron una embajada los portugueses. El príncipe, con quien formaron alianza, fué asesinado: Paramandara, rey de los bracmas, que era su tributario, se aprovechó de este suceso para apoderarse del trono. Sus jentes, que habitaban en los montes y bosques que rodean al Pegú, acostumbradas á una vida dura, subyugaron con facilidad á los peguanos, criados en las delicias. Los bracmas, armados en masa, dieron sobre el Pegú, cuyos habitantes se armaron tambien en masa para rechazarlos: y si los historiadores no ecsajeran, se reunieron ejércitos de un millon y novecientos mil hombres, con cinco ó

seis mil elefantes, y otros tantos cañones. A pesar de esto, trescientos ó cuatrocientos portugueses llevaron la victoria á la parte por quien pelearon; lo que prueba claramente que puede mucho mas la disciplina que la multitud.

Dueños ya del Pegú los monarcas braemas, se dirijieron con sus nuevos vasallos y los antiguos sucesivamente contra los reinos de Aracan, Ava y Siam. Parece increible que quedasen hombres en los paises de donde salian estos conquistadores, ni que se pudiesen manejar en sus guerras. No hay duda de que se abrian camino con las horribles matanzas; pero por muy sóbrios que fuesen aquellos pueblos, siempre necesitarian de algunas provisiones para ir de un paraje á otro, á no ser que se crea lo que dicen los viajeros, á saber: que á falta de ratas, insectos y ratones, se mantienen con raices, hojas y flores. Con semejantes soldados bien se pudiera conquistar el mundo; y así no nos debe admirar la vasta estension que dió á sus estados Chaumigren, el emperador mas famoso del Pegú, que floreció en el año de 1567.

Para que no se rebelasen los príncipes, cuyos tronos usurpaba Chaumigren, destruia á imitacion de sus predecesores familias enteras, aunque no sin algun escrúpulo. Veamos cómo tranquilizó su conciencia despues de la muerte de Shemindoo, el cual habia defendido justamente su corona. Chaumigren mandó que le cortasen públicamente la cabeza, y que le dividiesen en cuartos, dejándole espuesto por un dia al público para que todos le conociesen y no dudasen de su muerte. Al dia siguiente sonaron cinco campanadas, y á esta señal salieron de una casa prócsima al cadalso veinte hombres con ropas negras manchadas de sangre, cubierto el rostro, y seguidos de doce sacerdotes: detrás iba el tio de Chaumigren, y en nombre de su sobrino pidió respetuosamente perdon al descuartizado Shemindoo de lo que habia pasado, ofreciendo cederle el reino ó rendirle homenaje, y gobernarle como teniente. Uno de los sacerdotes respondió en nombre del muerto: «Supuesto que el rey confiesa su culpa, yo se la perdono, y le doy poder para que gobierne en mi lugar el reino segun las reglas de justicia.» Concluida esta ceremonia hicieron magníficos funerales al

difunto. El escrupuloso Chaumigren murió en 1583.

De resultas de su muerte se levantaron en el reino terribles guerras civiles, sufriendo los pueblos cuantos males traen consigo, y especialmente una horrible hambre. [redacted] poderoso reino del Pegú volvió á caer bajo la dominacion de los que antes habia él subyugado; es decir, fué subyugado por los aracanes en 1606, y por los de Ava en 1613. Un portugués, llamado Brito, que comerciaba en carbon, formó al principio un reino en las costas, haciendo su capital de un puesto llamado Siriam; y no atreviéndose á llamarse rey cuando escribió al gobernador de Goa, se tituló tambien gobernador de Siriam y del Pegú, conquistado por Brito; pero no habiendo sabido contenerse en su fortuna, su ambicion escitó contra él al rey de Ava que, apoderado del Pegú, sitió al portugués en su fortaleza, le prendió y le hizo empalar. A pesar de las muchas revoluciones que ha sufrido el Pegú, no ha perdido el título de reino, pues le conserva todavia bajo el príncipe que le gobierna, sea braema, aracano ó peguano.

Reino de Laos. — A escepcion del vino y el trigo, en el reino de Laos se encuentra de todo: piedras preciosas, metales, plantas medicinales, maderas incorruptibles, el mejor arroz del mundo, de un gusto y un sabor que no tiene en ningun otro pais; pero es necesario cojerle en el lado oriental del grande rio que atraviesa el reino, y lo mismo sucede con las frutas y los árboles; porque si se toma de la parte occidental, es el arroz duro y de mala cochura, y los árboles son muy mal formados. Hasta en los elefantes y rinocerontes se advierte esta diferencia, pues los de la parte de Oriente son mas fuertes y grandes. El mismo rio cuando sale del reino nos presenta otro fenómeno: el pescado que baja, luego que sale de la frontera, y el que intenta vencerla subiendo, mueren al paso, y precisamente en la línea de demarcacion. Sin duda convendria que algunos naturalistas poco crédulos se hubiesen cerciorado por sí mismos de la verdad del hecho y ecsaminado las causas. El marfil es allí muy comun, porque los laojanos le aprecian menos que el cuerno del rinoceronte, al cual atribuyen la virtud de llevar consigo la felicidad. El ambar rojo se encuentra en los bosques al

pie de los árboles viejos. Allí destila el benjuí un bálsamo de que se forma la jaca; y una especie de cabra montés dá el almizcle, que en el país se vende á peso de plata.

Los laojanos son afables, humanos, corteses, fieles en sus promesas; no son engañadores ni embusteros, pero sí indolentes, dados á las mujeres, y caprichosos por los sortilejios. El robo se castiga con rigor, y cuando se comete alguno en los caminos reales, los pueblos circunvecinos tienen que responder del daño con el reintegro. Sin embargo, ecsisten bandidos que saben el arte de hacer caer á los jentes en un profundo sueño, y conservarlas en aquel estado hasta robarles.

Su alimento ordinario es el arroz: aunque van vestidos se adornan el cuerpo con figuras que se imprimen con un hierro caliente. Las mujeres se adornan algo mas que los hombres, y aunque estos toman las concubinas que quieren, la mujer lejítima es una sola. Sus casamientos, que son para toda la vida, se hacen de este modo: elijen el marido ó mujer mas ancianos que pueden hallar de un matrimonio que haya vivido en una perfecta union, y á presencia de estos prometen vivir como ellos hasta la muerte; ceremonia que enternece y tiene su gravedad. Sus funerales no se hacen hasta un mes despues de muertos, y en ellos se gasta mucho, mas bien por satisfacer á la vanidad de los vivos, que por sufrajio á los muertos, porque como profesan el delirio de que las almas pasan á otros cuerpos, decidida ya su suerte no necesitan sufrajio alguno. Se dice que en tiempos remotos los laojanos vivieron en república, lo que en Asia sería muy estraño.

Creen que la tierra es eterna, que ha sufrido muchas convulsiones por el agua, que padecerá otras, pero que la última será con fuego. La raza actual viene de un dios llamado *Pon Ta-Bo-Ba-Mi-Sonan*. Este, bajando de los cielos, vió una flor sobre el agua, la cortó en dos pedazos con la cimitarra, y de esta flor salió una doncella hermosa, de la que se enamoró; pero aunque quiso casarse con ella, la inocente hermosura, prefiriendo su virjinidad, no le dió oidos. Pon-Ta-Bo-Ba-Mi-Sonan, teniendo por accion indigna de un dios como él usar de violencia, se puso á distancia en donde pudiesen mirarse, y quedó

en cinta sin perder su virjinidad con solo ver al tal dios. Este, teniendo ya hijos, quiso hacerlos felices sobre la tierra, y para esto crió los animales, frutas y plantas, con todo cuanto pudiera servir á su bienestar; mas él nunca probó semejantes bienes porque le fastidiaban, y siempre estaba suspirando por la habitacion celestial que habia dejado.

En ciertos tiempos señalados visita el rey los templos con presentes y gran magnificencia. Este lujo de la corte pasa á los gobernadores de provincia, y á todos los que ocupan otros empleos, segun su dignidad, la cual se distingue por las cajas mas ó menos ricas que llevan detras sus criados. Todos los bienes, muebles ó inmuebles, son del rey. Solamente deja los muebles á los que quiere hacer esta gracia en la muerte de sus padres; pero las tierras las distribuye á otros, por lo cual ocultan los bienes mas preciosos, como el oro, la plata y la pedreria; riquezas que son objeto de un comercio muy activo. En este pais no hay nobleza; todas las clases dependen de la voluntad absoluta del soberano. Tienen pocas leyes, se gobiernan por costumbres, y en su defecto decide arbitrariamente el rey. En cada familia hay una rama principal, cuyo jefe conserva por derecho de sucesion la autoridad sobre toda su descendencia. No se dice en qué grado concluye la sujecion, y esta es muy grande, porque toda la línea tiene que hacer dos veces al año ciertos regalos al principal, servirle de criados, obedecerle en todo cuanto mande, y aun trabajar á costa propia para él. Se dice que esta costumbre es muy útil al rey, porque no necesita mas que tener contentas á las cabezas ó jefes para formar grandes ejércitos; mas estos no han impedido que el reino de Laos, que por mas de mil años obedeció á sus reyes naturales, haya estado sujeto por mas de dos siglos alternativamente á los avanos, á los peguanos y á los chinos. Se cree que ahora se gobierna con príncipes propios; pero se ignoran las revoluciones posteriores, si acaso las ha habido, por haberse retirado los misioneros, desesperanzados de sacar fruto alguno.

Reino de Tunkin.—Está situado en la Zona tórrida: antiguamente formaba una provincia de la China, y aun en el dia paga tributo á aquel emperador. De

seiscientos años á esta parte está gobernado por príncipes propios, lo mismo que lo habia sido antes de que los chinos le conquistasen. Confina por el Norte y el Este con la China, por el Sur con el golfo y reino de Cochinchina, y por el Occidente con el reino de Laos. Se le dan quinientas leguas de largo, y doscientas de ancho. Los chinos enviaron á Tunkin un virey que mudó la forma de gobierno, é introdujo las leyes y las costumbres de su pais. Los tunquinos sacudieron este yugo estranjero; la nacion tomó las armas y se puso á la cabeza un hombre valeroso llamado *Li*, el cual derrotó á los chinos en varias batallas, y tuvo la gloria de arrojarlos de Tunkin. El agradecimiento de la nacion le elevó al trono, y [redacted] único que pudieron conseguir los chinos fué que en adelante el nuevo rey y todos sus sucesores se reconocerian vasallos del emperador, y le pagarian tributo.

TRIBUTO QUE PAGAN Á LOS CHINOS. —Esto se observa inviolablemente, porque en el tiempo prescrito no se descuidan los tunquinos de enviar á Pekin un embajador para rendir homenaje al monarca y ofrecerle el tributo, el cual consiste en estátuas de oro y plata, que tienen figura de reos en accion de pedir perdon, porque esta fué una de las condiciones del tratado. Los chinos reciben á estos embajadores con mucha pompa, no para honrar á los tunquinos, sino para dar mayor aparato á la ceremonia del homenaje. Tambien el emperador envia embajadores á Tunkin, los cuales se portan allí con tanto orgullo y altivez, que ni aun se dignan devolver la visita al soberano, que se ve precisado á tratar con ellos en su posada, que es su mismo palacio. Todo nuevo rey de Tunkin debe ser confirmado por el emperador, el cual le envia el sello que ha de usar durante su reinado.

REY NOMINAL Y REY EN PROPIEDAD. —La felicidad que los tunquinos creian haber adquirido con la independencia, ha sido para ellos un manantial perpétuo de guerras civiles. De resultas de la última revolucion se reconocieron en Tunkin á un tiempo dos soberanos, uno titular, y otro en propiedad. El primero, llamado *Bova*, que quiere decir rey, [redacted] el cabeza de la real casa de Li, y goza en la apariencia de todos los honores del trono, aunque no

ejerce la autoridad de soberano. El segundo, llamado *Chova*, que significa jeneral, tiene el mando absoluto de las tropas, dispone de todos los empleos, arregla los tributos, posee la mayor parte de las rentas del reino, y ejerce casi todos los derechos de la soberanía. Los europeos no dudan llamarle rey, y para distinguirlos dan al primero el nombre de emperador. Los descendientes de uno y otro suceden en los mismos privilejios, y hace unos doscientos años que subsiste esta forma de gobierno en Tunkin.

CORTE DEL BOVA. — El bova rara vez sale de su palacio, y su corte está casi desierta: no puede recibir las visitas de los grandes sino dos veces al mes, ni dar providencia alguna de gobierno sin consentimiento de su asociado. Sus hijos participan de la esclavitud del padre, no salen mas que cuatro veces el año, y deben ir siempre acompañados de los oficiales que señala el chova. El derecho de primojenitura no arregla la sucesion al trono, porque la voluntad del padre es la que decide á favor del mas querido. Luego que le nombra, el chova, acompañado de los grandes del reino, va á saludarle y á prestarle juramento de colocarle en el trono despues de la muerte de su padre. Si el bova no ha elejido sucesor antes de su muerte, el chova puede dar la corona á un hijo del difunto, ó á alguno de la familia imperial, porque no se exije otra circunstancia sino que se dé siempre á uno de la descendencia de Li. El poder de este emperador se reduce á confirmar con simples formalidades los decretos del chova, los cuales firma y sella; mas no puede negarse á esta ceremonia sin esponerse á grandes peligros. Las pocas veces que sale de su palacio es con motivo de algunas festividades solemnes, en las que ejecuta algunos actos mas bien de relijion que de autoridad. Tal es la de bendecir las tierras, en la cual hace la ceremonia de labrar en el campo, como lo practican anualmente los emperadores de la China.

CORTE DEL CHOVA. — La corte del chova es tan numerosa y brillante, como triste y desierta la de su compañero. Los ministros y los grandes del reino deben presentarse en palacio todos los dias al amanecer á rendirle homenaje. Muchos eunucos repartidos por las salas reciben los memoriales de los mandarines, y les comunican las órdenes del

soberano, al cual presentan los memoriales de rodillas, y sus vasallos compiten en distinguirse por sus humillaciones. Los señores mas principales no se le presentan sino con los piés descalzos. Sin embargo los trata con benignidad, y por sus faltas solo les impone multas ó destierros. El delito de traicion se castiga con pena capital. Los reos de sangre real son ahorcados, y á los de clase inferior se les corta la cabeza.

MUJER Y CONCUBINAS DEL CHOVA. — El chova, que mantiene muchas concubinas, no se casa hasta que pierde la esperanza de tener hijos. La mujer que elija ha de ser de sangre real, y se la da el título de *Madre de la patria*. En la eleccion de mujeres los señores de Tunkin no se inclinan tanto por la belleza, como por su habilidad en cantar, danzar, y las demás gracias que puedan contribuir á su diversion. La concubina que pare el primer hijo al chova, es tratada con mucha distincion, aunque siempre es muy inferior á la esposa lejítima. Las demas concubinas, cuando tienen la fortuna de ser madres, reciben el título de *escelentes hembras*, sus hijos de *escelentes varones*, y las hijas de *princesas*. Al primojénito del chova se le llama *chova*, que quiere decir *jóven jeneral*. Cuando este asciende al trono, sus hermanos y hermanas quedan reducidos á la renta que quiere asignarles, la cual se va disminuyendo en la familia á proporcion que se alejan del tronco comun; de modo que á los parientes de quinto ó sesto grado no se da ya pension.

PODER DE LOS EUNUCOS. — El número de los eunucos del rey, así como el de sus mujeres, es de unos quinientos. Tienen gran poder en la corte, y gozan de toda la confianza del soberano en los negocios del gobierno y en los domésticos. Este crédito los hace tan altivos y orgullosos, que son detestados por toda la nacion. Despues de algunos años de servicio en lo interior del palacio, ascienden por grados á las principales dignidades. Todas las riquezas del reino estan en manos de estos viles palaciegos; y cuando mueren, sus bienes, acumulados por todo jénero de vejaciones é injusticias, vuelven al fisco del soberano. Lo mas estraño es que la condicion de eunuco no cause en este pais desdoro, especialmente cuando se pierde la virilidad por algun accidente imprevisto. Al principio del año, los principa-

los ministros renuevan su juramento de fidelidad al rey, y ellos mismos reciben igual homenaje de sus mujeres, hijos y criados. El que descubre alguna traicion es recompensado de un modo proporcionado á la utilidad de su delacion.

EJERCITO. — El rey de Tunkin mantiene por lo regular un ejército de ciento cincuenta mil hombres, entre los cuales se cuentan unos doce mil caballos, y cuando lo exije la necesidad, se duplica este ejército. El rey pasa todos los años una revista jeneral á sus tropas, en la cual se atiende principalmente á la talla: los mas altos se reservan para la guardia del rey. Pero los tunquinos son muy malos soldados, lo cual se debe atribuir principalmente al carácter afeminado de sus oficiales, escojidos por lo regular de entre los eunucos de la corte. Rara vez se asciende por la intrepidez ó talento militar, sino por el dinero ó la proteccion, que son los únicos medios para conseguir ascensos. Asi no es de estrañar que con tan malas tropas los tunquinos hagan tan pocos progresos militares, y que al menor accidente se dispersen con la misma facilidad con que se han juntado.

CACHO, SU CAPITAL. — El reino de Tunkin comprende siete provincias, de las cuales la mas considerable es la de Cacho, que da su nombre á la capital, la cual está situada enmedio del reino á orillas del rio Songkob, que quiere decir *gran rio*. Esta es la única ciudad digna de alguna consideracion, ya por su estension, ya por el número de sus habitantes. El concurso que hay en ella es prodijioso, especialmente en los dias de mercado, que se celebra el primero y el quince de cada mes. Los habitantes de las aldeas vecinas que acuden á vender sus jéneros contribuyen á esta afluencia, á pesar de la cual se observa el mejor órden. Cada especie de mercaderías se vende en una calle particular, y estas calles pertenecen á varias aldeas, cuyos habitantes solo tienen derecho para presentar en ellas sus jéneros.

Los edificios de Cacho, esceptuando el palacio del rey, el arsenal y las casas de las factorías estranjeras, estan fabricados de tierra y madera, de modo que parecen unas barracas. El palacio, que es espacioso, tiene grandes puertas y bellas fachadas; lo interior está adornado magníficamente, brillando por

todas partes el barniz y el dorado. En esta ciudad se ven las reliquias de un antiguo palacio de mármol, cuyas ruinas hacen sensible su destruccion. Dicen que este era uno de los edificios mas bellos del Asia, que fué destruido por las calamidades de la guerra. El arsenal está bien provisto de artillería, y las factorías estranjeras, construidas de ladrillo, se distinguen entre el gran número de chozas de que se compone la ciudad.

Los muchos barcos que van y vienen cargados por el rio la proporcionan la mayor abundancia.

Tunkin es uno de los mejores y mas considerables reinos de Oriente, así por el número de sus habitantes, riquezas inmensas que encierra, y gran comercio que allí hay, como por el poder, la grandeza de sus reyes, y la abundancia de todas las cosas que en él se encuentran.

Usos y costumbres de los tunquinos. — Los tunquinos son de buen cuerpo, temperamento sano, espíritu pronto, y memoria feliz. Aman mucho la guerra, gustan de curiosidades, y son muy atentos con los estranjeros. Siempre comen ó beben con esceso, y hacen de ello gala. Son idólatras, muy supersticiosos, y es singular entre ellos el modo de enterrar á los muertos, que no les dan sepultura hasta el tercer dia, y les ponen en ella prevencion de manjares, que creen les sirve para el viaje. La fiesta mas solemne de todas es la de año nuevo. Castigan todos los delitos con pena capital, y al que la ha de sufrir le dan un gran banquete, en el que come sin espanto y con apetito. La muerte menos infame es la de horca.

Son muy apasionados á la música, á la danza y á las diversiones, en las cuales emplean todas las tardes y la mayor parte de las noches. Aun en las aldeas hay casas destinadas para danzar, cantar y representar en los dias festivos. Los tunquinos, así como otros pueblos de la India, se ennegrecen los dientes para que no se parezcan, segun dicen, á los animales que los tienen blancos. Los principales se dejan crecer las uñas, y esta es una insignia propia de todas las personas de calidad.

Ciencias y artes. — La moral de los tunquinos está tomada de los escritos de Confucio. No hay escuelas públicas, y cada cual tiene que pagar al maes-

tro que elije para la instruccion paticular de sus hijos. La medicina se reduce al conocimiento de algunos simples, á la aplicacion de cauterios y ventosas, y la sangría, que ejecutan con la espina de un pez. Tienen manufacturas de seda, de porcelana y de papel; hacen escelentes barnices, y trabajan bastante bien el hierro y la madera. Sin embargo Tunkin no es un pais comerciante, y no se halla en todo el reino un mercader que tenga dos mil pesos en jéneros. Tampoco se acuña allí moneda, pues se sirven de la de los estranjeros, y principalmente de la de los chinos.

Esta inaccion proviene de la suma pereza de los habitantes, y de su inclinacion à los placeres. Los tunquinos tienen à correspondencia todos los defectos que nacen de la ignorancia y de la pereza: son envidiosos, maldicientes, inconstantes, beodos, orgullosos, desprecian á los estranjeros, y miran como fábula todo lo bueno que se cuenta de otras naciones.

Relijion. — En Tunkin se distinguen dos especies de relijiones, á saber: la del príncipe, mandarines y letrados, y la de las mujeres, eunucos y jente comun. La primera se reduce á adorar interiormente á un Dios supremo, á hacer en secreto ciertas ceremonias á los muertos, y á practicar algunas virtudes morales: en esta relijion no hay sacerdotes ni templos. La segunda tiene sus pagodas, ídolos y ministros; la pobreza de estos templos y el desprecio de sus sacerdotes prueban que esta no es la relijion de los ricos. Ambas sectas mezclan mil absurdos y supersticiones, fundadas en la transmigracion de las almas, y varias imposturas de los que se dicen májicos, que se atribuyen el poder de curar las enfermedades, de ahuyentar los espíritus malignos, etc. Los pobres los temen, y los grandes los desprecian con razon; sin embargo unos y otros los consultan, y en sus respuestas se ven las mas ridículas estravagancias.

Reino de Cochinchina. — La Cochinchina fué antiguamente provincia de la China, y despues de Tunkin; en la actualidad es independiente mediante un tributo que paga á los chinos. Confina por el Este con el mar, por el Norte con Tunkin, por el Occidente con Kemois, y por el Sur con el reino de Ciampa. Tiene unas ciento diez leguas de largo, y veinticinco de ancho.

Hay muy poca diferencia entre las costumbres de este pais y las de Tunkin. La capital de este reino se llama Kechué, en la cual reside el rey. Su poder es despótico, dispone á su arbitrio de todos los empleos: los bienes, la libertad y la vida de sus vasallos están en sus manos. Nadie puede acercarse á él á distancia de ochenta pasos, escepto sus ministros; y cuando sale en público, lo que sucede muy rara vez, se postran todos, y no se atreven á levantar los ojos.

Las cinco ó seis provincias que componen este reino estan gobernadas por mandarines y por varios tribunales de justicia. Las vejaciones serian castigadas de muerte, si las quejas de los pueblos pudiesen llegar á oidos del monarca. Las leyes penales son muy rigurosas, y los castigos muy crueles, pero se conmutan en dinero. Hay muchos eunucos en este pais, porque las faltas mas lijeras se castigan con la mutilacion, y son los únicos que pueden servir en el palacio. Este se reduce á grandes salones de tierra y madera alrededor de espaciosos patios: y como el rey teme tanto á sus vasallos como ellos á su tiranía, su palacio está siempre rodeado de una guardia numerosa, y de muchos cañones. Cuando va á la guerra, todos los vasallos tienen obligacion de marchar á campaña. Los tributos que ecsije de ellos se pagan en jéneros, que se depositan en almacenes: tambien le suministran caballos, esclavos, etc.

La relijion de Cochinchina es la misma que en Tunkin. Los idólatras son los mas numerosos, pero los mas pobres. Son muy voluptuosos, y las rameras abundan aquí mas que en ninguna parte: á pesar de esto son muy sóbrios, pues se alimentan con solo arroz y pescado, cuyos artículos están muy baratos.

Temen mucho á los incendios, y por esta razon no guisan de comer sino á las orillas de los rios, donde están construidas casi todas sus ciudades. Cuando sopla el viento va un hombre con un tambor avisando que apaguen la lumbre; precaucion muy necesaria, porque las casas son de madera y de otras materias combustibles. Los edificios no guardan órden, y las ciudades parecen un confuso monton de chozas esparcidas sin concierto. El oro y la plata son aquí muy raros; pero todos van vestidos de seda, porque es la tela mas comun y barata.

Una de las producciones particulares de este pais es un árbol,

cuyo fruto se parece á un gran saco lleno de castañas, y hay algunos que tendrán seiscientas. Cuando están maduros se rompe el saco, y se cojen las castañas, las cuales se asan ó cuecen como las nuestras.

Los chinos establecidos en Cochinchina hacen casi todo el comercio, porque la suma pereza de los habitantes les impide aplicarse á ocupacion alguna. Los dias festivos se juntan en las plazas públicas, y sentados en unas esteras, come cada cual lo que lleva. Entretanto los juglares los divierten con varias farsas. Los cochinchinos no escrupulizan el comer carne de animales, y no ceden á ningun pueblo del Asia en guisar y regalarse. Sus banquetes están siempre acompañados de música, juegos y farsas.

Los naturales de Cochinchina son muy guerreros; usan de mosquete y sable, y siguen la milicia desde muy pequeños. Se observa con grande esactitud la disciplina militar, así por mar como por tierra; esta es la causa del poderío del reino, que tiene muchos príncipes tributarios. Hácia el siglo XVII se hizo reino independiente. Su capital es la ciudad de Hue, acerca de la cual nada podemos referir que merezca alguna atencion.

Reino de Butan. — El pais de Butan, metido entre el Tibet, está habitado por una nacion medio indiana y medio tártara, y se compone de varias provincias. Los que las gobiernan toman el título de reyes, aunque el príncipe que habita en Lasa, capital de toda esta region, no les dá sino el de gobernadores. En efecto le reconocen por soberano, le obedecen, y estan obligados á enviarle todos los años embajadores para rendirle homenaje como á su señor.

Lasa, capital del reino. — El reino de Butan tiene muchas ciudades; pero son tan poco importantes que no se debe hacer mencion de ellas en la historia. Sola su capital, aunque pequeña, está muy poblada por el gran número de estranjeros que acuden allí para el comercio. Se calcula el número de sus habitantes en unos ochenta mil. El rey tiene la propiedad del terreno donde están construidas las casas, y le alquila á los que quieren fabricar; pero aunque las hagan á su costa no pueden venderlas. Las de los ricos son de piedra, las otras de ladrillos cocidos al sol, y las mas pobres de tierra. Ninguna de ellas tiene

tejados, pues todas rematan en terrados llanos. Las paredes son blancas por fuera y pintadas por dentro, porque en el pais no se conocen las colgaduras; estas pinturas representan sus ídolos, que son los únicos adornos de sus casas; no conocen las sillas, mesas, camas ni otros muebles; se sientan, duermen y comen sobre lenzones gruesos plegados en varios dobleces. El ajuar de cocina es como el nuestro, de cobre, hierro, barro, madera, y aun de plata, segun la calidad y riqueza de la persona.

Alimentos. — El terreno de las cercanías de Lasa es muy estéril, y todo lo necesario para la vida tienen que conducirlo desde muy lejos. Los habitantes en vez de pan hacen una masa de harina de cebada á manera de puches, la cual comen á puñados. La harina de trigo no se emplea sino en hacer frutas de sarten, con que se regalan los dias de fiesta, friéndola en aceite ó manteca de vacas. Con la cebada hacen una bebida semejante á la tisana, y sacan de ella tambien otro licor que embriaga. De la leche de yegua destilan aguardiente. Unos gustan de la carne cocida, otros la comen cruda y á veces algo corrompida. Se proveen de pescado de un gran rio que pasa cerca de la ciudad; pero la pesca les está vedada desde el mes de febrero hasta el de setiembre, porque creen que si se pescase en estos siete meses, la cosecha del año seria mala. Sin duda el objeto de esta prohibicion es impedir que el pueblo abandone el trabajo del campo por todo el tiempo necesario, y es preciso confesar que esta providencia no denota que son bárbaros. No permiten criar gallinas en esta ciudad, en lo cual llevan sus miras de policía.

Bueyes.—Los bueyes de aquel pais son algo diferentes de los del nuestro, pues tienen sobre el cuello y en la cola crines tan largas y bellas como nuestros caballos de regalo. Sobre el lomo tienen el pelo corto como los de Europa; pero en lo restante del cuerpo es tan largo y fino que se hila para hacer tejidos. Estas telas son mas fuertes que las de lana, aunque no abrigan tanto.

Cabra que da el almizcle.—El animal mas distinguido del reino de Butan es el que produce el almizcle. Se parece á la cabra, pero tiene el pelo mas corto y crespo, la cabeza larga, y dos colmillos que le salen á los dos lados de la boca como el

elefante. Crian el almizcle entre las partes naturales y el ombligo, en una bolsa á modo de tumor del tamaño de un huevo; el almizcle se asemeja á sangre cuajada y hiede cuando está fresco. Para cojer el almizcle matan á estos animales, cuya carne es sabrosa. Las bolsas mas grandes y bien llenas contienen como onza y media de esta materia olorosa; estan cubiertas de pelo por fuera, y tienen en lo interior una telilla en donde se encierra el almizcle. Esta droga suele ser falsificada frecuentemente por los indios, ya mezclándola con sangre é hígado picado del mismo animal, cuya mezcla enjendra gusanos en las vejigas, de suerte que al cabo de tres ó cuatro años se encuentra al abrirlas que todo se ha perdido; ó ya metiendo en las vejigas pedacitos de plomo para aumentar su peso; superchería mucho mas tolerable, porque no perjudica como la otra á la sustancia del almizcle. El rey de Butan, para impedir estos fraudes que desacreditan mucho á su comercio, mandó que todas las vejigas fuesen ecsaminadas por inspectores, los cuales deben marcarlas con el sello real. Para que la droga sea lejítima debe estar seca, de color fuerte y rojizo, de gusto amargo, y echada al fuego debe consumirse enteramente.

Se ha observado que el animal que produce el almizcle, cuando tiene muy llena la bolsa, acostumbra á frotarse contra las piedras ó los árboles, y allí se descarga de esta materia preciosa, que los cazadores recojen con mucho cuidado. Es preciso que haya gran cantidad de estos animales en vista del mucho almizcle que se consume, siendo así que cada uno de ellos tiene tan poca porcion de esta droga.

Esta produccion es uno de los principales artículos de comercio de aquel reino. El dinero que allí corre es una moneda redonda, marcada con algunas letras del nombre del monarca, aunque por lo comun el comercio se hace allí por cambio de té, tabaco, sal, etc., y á falta de moneda ó de jéneros se dan en trueque pañuelos de seda de la China. Este modo de comerciar hace muy embarazosos los viajes, porque hay que llevar de todas estas cosas para contentar en las posadas á todos, los cuales no toman en trueque sino lo que les agrada; y si no se llevase lo que á ellos acomoda, dejarian perecer

de necesidad á los viajeros.

Vestidos. — Las personas de ambos secsos van vestidas en estío de una tela gruesa de coton ó de cáñamo, y en invierno de un paño burdo que parece cordellate. El rey acostumbra cubrirse la cabeza con un gorro forrado que remata en una gran borla de seda en la punta. Su vestido es como el de los turcos, escepto el manto que es mas estrecho. Las medias y los zapatos son de una misma pieza á manera de botas. Los majistrados, cuando ejercen sus funciones, van vestidos como las mujeres: llevan los cabellos largos y trenzados, un cinturon por medio del cuerpo, y un manto que les deja descubierto solo el brazo derecho. Los butanos visten regularmente como los tártaros, aunque en vez de gorro llevan un gran sombrero amarillo, con el cabello largo y suelto.

Usos y costumbres. — Aquí no se acostumbra tener mas que una mujer; pero se la puede repudiar para casarse con otra, y no hay grado de parentesco prohibido sino el de las hermanas. Además del consentimiento de los contrayentes, se necesita el de los padres; mas no se practica ceremonia alguna relijiosa en el casamiento así en el nacimiento de los hijos. En las enfermedades peligrosas llaman á los sacerdotes, los cuales están leyendo en voz alta un libro de oraciones durante todo el dia: por la noche hacen de masa unas pequeñas pirámides que adornan con tres rosas de manteca de vacas y tres cruces de paja, las meten en unos vasos, y empiezan de nuevo sus oraciones con velas encendidas y una campanilla en la mano, levantando de cuando en cuando las pirámides en el aire como si las ofreciesen á algun ídolo. Despues de esta ceremonia queman las rosas y cruces de paja, y llevan aquellos pedazos de masa á algun paraje donde puedan comérselos los cuervos. Si el enfermo muere, guardan por tres dias el cadáver en la casa, empleando este tiempo en cánticos y oraciones. Luego le llevan fuera de la ciudad, donde unos hombres pagados para esto le hacen pedazos y los arrojan á los perros para que los devoren. Los parientes del difunto reparten entonces limosnas, y los mas ricos envian durante algun tiempo por los caminos una persona que distribuya de limosna té ó cerveza á los que pasen. El dia del aniversario vuelven á

llamar á los sacerdotes, y dan de comer á los pobres. Cuando estas jentes tienen alguna pesadumbre ó les sucede una desgracia, juntan alrededor de su casa cierto número de muchachos, les dan de comer, y los pagan para que empleen todo el dia en oraciones.

Monasterios. — En este pais se encuentran conventos de monjes separados de las ciudades, y en ellos viven con mucho rigor. Cuando alguno de ellos es convencido de incontinencia, le atan los brazos á un palo á la puerta del convento, y le dejan asi por tres dias, despues de lo cual le arrojan del convento, como á indigno de vivir con los demás; pero no por eso puede dejar el hábito ni casarse, pues tiene que andar mendigando de convento en convento.

El gran lama. — En cada uno de estos monasterios hay un superior que llaman *lama*, y á los demás monjes dan el nombre de *dara*, que espresa un grado de inferioridad. El superior jeneral de todos estos monjes se llama *gran lama*. El pueblo cree que el espíritu de Dios reside en él, y por eso le dan el título de santo, y creen que es infalible. Este gran lama vive en soledad, no sale de su convento sino dos ó tres veces al año, y solo una va á la ciudad. Entonces le sigue una comitiva numerosa y magnífica: el rey está obligado á acompañarle con toda su corte, y todas las tropas estan sobre las armas.

El gran lama va á caballo con un magnífico manto, y un sombrero muy alto sobre la cabeza. Varios lamas de la primera clase, tambien adornados con mantos, y con gorros elevados en forma de mitra, van alrededor del gran lama, y les siguen otros muchos lamas inferiores y daras. Cuando muere el gran lama, los demás consultan al profeta para saber á quien se ha trasladado el espíritu de Dios, que reposaba en el difunto.

Poseidos. — Los butanos, asi como creen en un hombre por el espíritu de Dios, que es el gran lama, tambien admiten otros poseidos de un mal jenio que los inclina á hacer mal. Cuando en una ciudad se encuentra algun hombre, que ó por perversidad ó por fanatismo se cree animado de su maligno espíritu, se hace terrible á todos y al mismo soberano. Persuade al pueblo que el mal jenio que le ajita pronuncia orá-

culós, y que cuando le manda hacer daño á alguna persona, está obligada á obedecerle sin atencion á edad, secso ni condicion. Para prueba de su poder sale de su casa, precedido de hombres armados, diez ó doce veces al año. Camina hácia el templo disparando saetas de un modo amenazador. El desgraciado á quien hiere, no puede quejarse. Sola la canalla sigue á este frenético. Trata con alguno miramiento á cuantos le presentan dones, pero á los que no, los hace maltratar por sus ministros.

Modo de elejir gran lama. — A este hombre tan singular es á quien se recurre cuando se trata de reemplazar al gran lama. Por mas distante que se halle la persona á quien señala, se le envia á buscar, lo conducen al convento principal para instruirle, y despues de varias preguntas y ceremonias inútiles van todos uno por uno rindiéndole obediencia. Empieza el rey, los grandes, los majistrados, etc. Los lamas no omiten ardid alguno para hacer creer al pueblo que el gran lama no muere jamás, y que deben prestarle culto.

Administracion de justicia. — El rey de Butan tiene sus ministros para gobernar el estado, y otros majistrados para los negocios menos importantes. Solo el rey puede pronunciar sentencia de muerte, y los majistrados forman los procesos. El acusado presenta sus defensas por sí mismo ó por procurador. Si puede probar que estaba ébrio cuando cometió el delito, no se le castiga, porque se echa la culpa al vino. Nadie puede tomarse la justicia por su mano. Si un criado comete una falta, y el amo le da un bofeton ó un palo, el criado puede querellarse y hacer que el verdugo dé á su amo en la plaza pública diez golpes por uno; pero si el amo se queja del criado sin castigarle, nunca queda impune la falta de este. Cuando se ha recibido injuria ó agravio de alguno, no es necesario acudir á ministros que le prendan, pues basta citar al agresor ante el juez; llevan allí los testigos, y el proceso se termina en el acto. El acusado no puede negarse á comparecer ante el juez, á no ser que tenga proporcion para escaparse al punto del pais. Allí no se conocen las cárceles. Gastan muy poco papel en procesos; en un instante se forman, se da la sentencia sin dilacion, y se ejecuta inmediatamente. Se observa con

rigor la ley del Talion: matan al que mató, apalean al que apaleó, y el que hace á otro algun perjuicio en sus bienes, debe resarcirle con mucha usura, de suerte que si le mata un caballo ha de pagarle diez veces mas de su valor. El juramento judicial se hace ordinariamente metiendo la mano en un vaso de aceite hirviendo, donde hay dos monedas una blanca y otra negra. El que saca la primera gana el pleito, pero le queda la mano estropeada. Está prohibido estraer del pais armas de fuego sin permiso del rey; y para obtenerle hay que dar fianza de que las volverán á traer.

Caracter de los habitantes. —Los habitantes de este pais son de un trato amable, y se familiarizan facilmente con los estranjeros, mucho mas si esperan de ellos alguna utilidad, porque son muy interesados. Rara vez riñen unos con otros, y aun es mas raro que lleguen á las manos, porque son cobardes y tímidos. Su talla es bastante proporcionada; su temperamento robusto, y viven muchos años. Aunque son blancos, no tienen gracia ni belleza. Hablando en jeneral, las mujeres son mas robustas que los hombres; pero les incomodan mucho las paperas. Las personas de ambos secsos llevan en el brazo izquierdo brazaletes desde el puño hasta el codo; y aunque se esmeran mucho en sus vestidos, son en otras cosas sumamente sucios. No gastan camisa, y comen la carne cruda. Jamás se lavan las manos, la cara, ni otra alguna parte del cuerpo. No se aplican á las artes ni á las ciencias. Las pocas luces que hay esparcidas en esta nacion, se hallan únicamente entre los lamas; los demás apenas saben leer y escribir. La lengua que hablan se distingue tanto de la de sus libros, como el italiano del latin.

Reino de siam. — Es este reino el mas célebre de todas las Indias orientales: los naturales pretenden que tuvo su orijen quinientos años antes de la era cristiana; pero lo mas verosímil que se puede decir sobre el principio de esta monarquía, es que lo tuvo por el tiempo de la primera invasion de los árabes en la India, y á estos bárbaros debe probablemente su orijen: al menos desde esta época empieza el órden cronolójico de sus príncipes. Uno de ellos construyó en el siglo XIV la ciudad de Juthia, que es la capital, á la cual llamaron los portugueses

Siam, del nombre del reino.

Tiene á la parte setentrional un semicírculo de altas montañas que le separan del reino de Laos, y las habitan los siameses salvajes. En las riberas del mar hay muchos valles y malos puertos. Desde la costa se descubre un gran número de islas, de las cuales unas estan independientes, y otras sujetas á Siam. Atraviesa todo el reino un rio, que con sus inundaciones produce la misma fertilidad que el Nilo en Ejipto, y en él se crian monstruosos cocodrilos. El limo que llevan al mar todos los rios que riegan aquel pais, forma una barra que en las mareas mas altas deja solo unos doce pies de agua, cuyo poco fondo no permite abordar allí á los navíos grandes; pero la rada es escelente. Los bosques producen preciosas maderas de construccion, y en ellos se halla el árbol que da el barniz, el de hierro, que es muy pesado, del cual hacen áncoras: tambien producen maderas odoríferas y de tintura; hay minas de acero, cristal, antimonio, esmeril, estaño y plomo.

Su primer lejislador. — Colocan los siameses entre sus dioses al primer lejislador. Este hombre, segun ellos dicen, hizo cosas estraordinarias: renunció primeramente la corona real para hacerse ermitaño, en lo cual ha tenido otros muchos imitadores; pero lo que no tiene ejemplar es lo que refieren de su estravagante caridad. Dicen que no teniendo que dar á un pobre que le pedia limosna, se sacó un ojo y se le dió; á otro le dió su mujer propia por no tener otra cosa que darle. No es menos estraordinario lo que cuentan de su frugalidad: al principio no comia mas que un puñado de arroz, y al cabo vino á contentarse con un solo grano. Esto era bastante para que un pueblo poco ilustrado le considerase digno de ser adorado. Añaden que este hombre singular era de una estatura jigantesca, y que sobre un peñasco hay una huella suya que tiene un codo de largo, y trece ó catorce pulgadas de profundidad. Este monumento le cubren con una lámina de oro que solo la levantan en ciertas festividades para esponerlo al público, y el rey va á adorarlo una vez al año.

Relijion. — La relijion de los siameses es un tejido de fábulas ridículas y oscuras, consagradas por la ignorancia y preocupacion. Estos naturales

no tienen idea alguna razonable de Dios, pues le suponen compuesto de cuerpo y alma, y no le atribuyen la omnipotencia, ni la ecsistencia eterna, ni la sabiduría infinita: es verdad que le suponen virtudes morales en un grado eminente; pero dicen que nó las adquirió hasta haber sido transformado muchas veces en bestia. El dios de los siamieses es mortal; le sucede otro, y así va pasando de sucesor en sucesor, los cuales heredan todos los derechos de la divinidad y gobiernan el mundo. Los mismos hombres pueden llegar á ser dioses, pero es preciso que pasen por muchas pruebas, cuya enumeracion es una serie de absurdos. Además de la naturaleza divina, que es el supremo grado de perfeccion, admiten otras clases menos elevadas, y distinguen en varias especies de paraisos, diversos estados de bienaventuranza. En unos se vive como en la tierra: allí se casan, hacen guerras, hay majistrados, etc. En otros las almas se purifican hasta llegar á aquel grado de santidad que las reduce á una perfecta inocencia y les proporciona la suprema felicidad, la cual hacen consistir en una tranquilidad que parece anonadamiento. Los siameses, que señalan premios para la virtud, suponen tambien castigos para el vicio, estableciendo un infierno en el centro de la tierra; pero no le creen eterno.

La capital, llamada por los siameses Júthia, y por otros Siam, es muy grande, y no está poblada á proporcion. El palacio del rey pudiera ser por sí solo una ciudad considerable. La habitacion ordinaria del monarca es en Loubo, sitio real, á catorce leguas de distancia de la capital, y cuya situacion es admirable. La ciudad de mas importancia del reino es Bencok, poco distante de la embocadura del rio, y con una buena fortificacion.

Caracter de los siameses. — Los emperadores de Siam se titulan reyes de aquellos paises, aunque en muchos no tengan sombra de autoridad. Los siameses son dulces, modestos, corteses y muy sumisos, no tanto por naturaleza como por la sujecion, pues hablando de sus vasallos un rey de Siam, decia: «Estos son como los micos, que mientras tenemos en la mano el cabo de la cadena tiemblan, pero en soltándoselo ya no reconocen dueño.»

Producciones del pais. — En

Siam se inventó la *tambaga*, que es una mezcla de oro y de cobre. Se hallan tambien diamantes, zafiros, ágatas y piedra iman. Allí trabajan mal sus metales, porque no saben mas que fundirlos. En aquel país serian muy grandes los calores si no los corrijiesen las frecuentes lluvias. Carecen de casi todas las verduras que disfrutamos en nuestros paises, y de las uvas: el trigo es de mala calidad, porque jeneralmente el demasiado calor causa la evaporacion de los espíritus, disminuye el sabor de los vejetales, y altera el olor de las flores.

Costumbres de los siameses. — La mitad de los habitantes del reino de Siam son estranjeros, naturales del Pegú y de otras partes, que con sus irrupciones se han naturalizado allí. En aquella tierra el hombre llega á ser esclavo por deudas, por delitos, ó porque quiere sujetarse á la servidumbre, aunque esta se reduce á un servicio doméstico muy suave. No hay nobleza ni distinciones, sino mientras que se ejerce algun empleo; pero despojado de el, vuelve el siamés á entrar en la clase comun, y en esto no tienen privilejio alguno, ni aun los hijos de los grandes. En Siam es muy respetada [redacted] autoridad: la mendicidad es vergonzosa, y [redacted] hurto mucho mas: sustentan á los parientes pobres porque no anden mendigando: son de sangre fria, imitan poco, y nacen con jenio indiferente ó nada curioso. Las mujeres son modestas, fieles, recatadas; y si algunas son sorprendidas en falta, pueden venderlas sus maridos á un hombre, que mediante un tributo tiene derecho para prostituirlas.

Casamientos. — El casamiento entre los siameses es asunto de tres visitas. En la primera piden á la novia, en la segunda la ven, y en la tercera toman posesion: no necesitan mas que la asistencia de los parientes, sin que se mezclen en esto los telapones, sus sacerdotes, aunque despues vayan á orar y á echar bendiciones: [redacted] ceremonia del matrimonio es, como en todas partes, acompañada de convites y placeres. Aunque regularmente los siameses no tienen mas que una mujer, y hay grados de parentesco prohibidos, el rey puede casarse con su hermana, y se tolera el comercio entre personas libres. Los hijos son educados con mucho respeto para con sus padres,

de modo que á no acostumbrar los desde niños, sería un estudio difícil el de las posturas que tienen que tomar delante de los superiores, los jestos y demostraciones con que se esplican unos con otros, sopena de pasar por impolíticos, y aun de merecer que los insulten. Tienen dos idiomas: el siamés, que es el comun, y el balie, lengua sagrada, y que solo la saben los sacerdotes. El idioma siamés se acerca á la lengua china, y es un acentuado, de modo que cuando hablan parece que cantan.

Ciencias y artes de los siameses.—Los siameses son prontos y seguros aritméticos, malos filósofos, y nada físicos: su principal estudio del cielo es la astrolojía, para adivinar y pronosticar: tienen sin embargo tablas astronómicas, y calculan los eclipses. Trabajan en todo jénero de manufacturas, doran, esculpen y pintan; mas no sobresalen sino en el bordado. Son jente de buena fé en el comercio, donde el oro se cuenta por mercadería. Acuñan moneda de plata, pero de poco valor. Los jéneros se pagan en cories, que son unas conchitas que vienen de las Maldivas: para un dinero son necesarias setecientas ú ochocientas: mas tambien con un dinero hay casi para mantenerse. En los entierros queman los cadáveres con asistencia de los talapones. Estan tan lejos de pensar que las almas tienen inclinacion natural á vivir en un cuerpo, que al contrario, creen la transmigracion como una pena.

A todas las transmigraciones, si el hombre se ha portado bien en ellas, sucede el *nirupan*, el verdadero paraiso, que no es la aniquilacion de Chaca, sino un reposo universal, que pudiéramos llamar *el dichoso no hacer nada* de los italianos, y en este estado el alma de un siamés goza del placer de un Dios.

Los templos de los talapones estan coronados de pirámides, y llenos de estátuas monstruosas: el fundador ó reformador de su falsa relijion se llama *Somona-Codon* que quiere decir *señor*; y suponen que floreció quinientos años antes de la era comun, y que fué un santon que lo dió todo á los pobres para entregarse sin cuidados al estudio, á la oracion y al ayuno.

Reino de Patan.—Patan ó Patani, reino de Indias en la península de Malaca, sobre la costa oriental, entre los reinos de Siam y Pahos. Antiguamente formaba parte del reino de Siam, pero en la actualidad no

es mas que tributario. Sus habitantes son una mezcla de varias naciones, y á proporcion de costumbres. Los chinos hacen allí el principal comercio: los siameses cultivan las tierras, y los naturales del pais viven en la indolencia y pobreza. Asi como varian en costumbres, del mismo modo discrepan en punto de relijion, pues unos son mahometanos, y otros jentiles. Los patanes aborrecen el vino y el arak: no se cuidan del regalo aunque son escesivamente aficionados á las mujeres, por lo cual tienen cinco ó seis lejítimas, y otras tantas concubinas. La simple fornicacion no se tiene por delito, aunque castigan severamente el adulterio: en este caso los parientes de los esposos se encargan de la ejecucion del castigo, y se deja á eleccion de la culpable el jénero de muerte que debe sufrir.

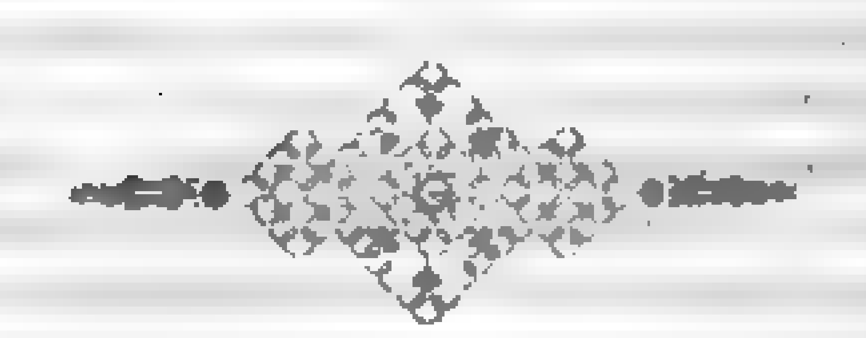
Se comercia mucho en este pais con aquellos nidos de pájaros de que los orientales hacen un plato delicado, y que en la China se venden principalmente para las mesas de los mandarines. Hay tambien la mayor abundancia de lo mas esquisito, y se encuentran allí fruta, caza, y aves. Los pavos reales son tambien muy comunes, y las plumas de su cola se emplean en adornar los platos que sirven á los grandes.

El tributo que paga el rey de Patan al de Siam consiste en una flor de oro, y en algunos vestidos de escarlata ó de seda.

Los descendientes del Tamorlan, tuvieron varias y contínuas guerras con los partos ó patanes de Bengala sobre la posesion del Indostan, que perdieron y recobraron varias veces, hasta que Mahamed Zeladin Sekebar desbarató del todo á los patanes, y quedó por el rey de Bengala, que conquistó otros muchos reinos, como los baloques, casares, gusurates y otros.

Malaca. — La ciudad de Malaca fué conquistada por Alfonso de Alburquerque cuando era la mas floreciente del Asia por la estension de su comercio. Conquistada por los portugueses recibió el incomparable beneficio de la luz evanjélica; pero al mismo tiempo las esacciones de los portugueses sobre los navíos estranjeros fueron apartando á las naciones asiáticas de su puerto. Los holandeses se apoderaron de esta ciudad, y de un solo golpe abolieron el do-

minio portugués, la relijion católica y el comercio de Malaca. La iglesia en donde predicó san Francisco Javier sirve hoy de templo á los protestantes, y su colejio de almacen. Se permite á los idólatras y á los mahometanos fabricar pagodas y mezquitas. Unicamente á los católicos no se permite tener capilla, oratorio ni monumento alguno público de su culto. Este es el estado actual de Malaca, cuyo principal comercio han trasladado los holandeses á Batavia, que es ahora su colonia mas importante de la India. La península, de que es capital Malaca, está dividida en varios estados pequeños. Los habitantes de lo interior del pais se mantienen en los bosques, y los chinos han establecido en los campos una floreciente colonia.



CAPITULO V.

ISLAS DEL ARCHIPIÉLAGO ASIÁTICO.

Isla de Ceilan. — Isla de Sumatra. — Producciones del suelo. — Provincias en que se divide esta isla. — Achem, capital. — Palacio del rey de Achem. — Real hacienda. — Ejército. — Administracion de justicia. — Forma de gobierno. — Carácter de los habitantes. — Java. — Reino de Bantan. — Isla de Borneo. — Céleves ó Macacar. — Islas Molucas. — Islas Filipinas. — Mindanao. — Leite. — Manila. — Islas Marianas. — Isla de Tai-wan ó Formosa.

Isla de Ceilan. — Ceilan, grande isla de las Indias, de casi cien leguas de largo y cincuenta de ancho, tiene la figura de una pera. El aire es muy bueno por lo jeneral: el pais montuoso, los valles fértiles. Hay quien asegura que los antiguos conocieron esta isla con el nombre de *Taprobana*, y que sus riquezas la hicieron el pais mas célebre de la India. El oro, las piedras preciosas y la especería de que abunda, atraían allí á los estranjeros, y cuando estos aportaban con sus mercaderías, los isleños se apoderaban de sus embarcaciones, tomaban lo que les acomodaba, y en cambio les daban las producciones del pais. Este abunda en animales de todas especies, escepto las ovejas. Se encuentran aves desconocidas en Europa, serpientes muy dañosas, monos, hormigas que hacen bastante daño, piedras preciosas, marfil y elefantes los mas estimados, muchas raices para los tintes, jenjibre, cardomomo, muchas drogas medicinales y arroz, que es el alimento del pais. Su principal comercio es la canela, de la cual hay montes enteros. Entre los árboles, el mas estraordinario es uno llamado talipot, cuyas hojas son tan grandes, segun cuentan, que una sola basta para cubrir á quince ó veinte hombres.

La isla de Ceilan está sujeta á

holandeses y portugueses: los primeros son dueños de las costas; el rey de Candi de lo interior de la isla, y solos los bedas son independientes. Los holandeses han tenido varias guerras con el rey de Candi. La que se concluyó en el año de 1766 fué la mas larga y sangrienta, y célebre por el tratado de comercio que hizo con la compañía, á quien reconoció por soberano.

No hay mas que cuatro ciudades considerables en el reino de Candi, despues de la capital que le da su nombre, y cuya forma es triangular, que son: Nellemby, Alut, Badula y Dibligy. En esta habita comunmente el rey, como en una plaza de seguridad. La montaña mas alta de la isla es la que los portugueses llamaron *Pico de Adan*, que se descubre desde el mar á veinte leguas de distancia. Sobre la montaña se eleva un peñasco á la altura de un cuarto de legua, en forma piramidal, y tan escarpado que no se puede subir á él, sino por medio de una cadena de hierro que cuelga de alto á bajo. Desde el pie de la montaña hasta la cima del peñasco se cuentan cerca de dos leguas de un camino tan áspero que se gastan mas de ocho horas en subir. Aunque la cima mirada desde lo llano parece puntiaguda, forma una esplanada de mas de doscientos pies de diámetro, y enmedio de ella hay un gran lago muy profundo de la mejor agua que se puede beber.

El reino de Candi está fortificado por la misma naturaleza. Luego que se entra en él se va siempre subiendo, y esta situacion elevada dá al monarca el título de *rey sobre lo alto de las montañas.* Las ruinas y vestijios de varias ciudades demuestran que Ceilan estuvo antiguamente mas poblada que ahora. No hay cosa mas celebrada en sus historias que estas reliquias de su pasada magnificencia; pero no es fácil señalar su orijen, porque la historia antigua de Ceilan no ofrece mas que relaciones maravillosas y gran número de fábulas oscuras, relativas á los dioses y á los héroes de aquel pais. Estas fábulas se conservan en los libros que tienen por sagrados, y componen las escrituras canónicas de los chingalas. Los sacerdotes, que son los depositarios de estos libros, los ocultan cuidadosamente del pueblo, y no le comunican mas que un corto número de artículos que se enseñan á los niños y se cantan en los templos. La naturaleza parece que se ha esmerado en

enriquecer á la isla de Ceilan con los mas raros tesoros de la tierra; pero lo mas singular que se observa en aquel pais, es que cuando soplan los vientos del Oeste, en toda la parte occidental de la isla llueve, y esta es la estacion mas propia para la sementera. Durante este tiempo la parte de Levante goza de la mayor sequedad y serenidad del aire, y entonces se coje la cosecha. Al contrario, cuando corre el viento de Levante lleva las lluvias á la parte oriental, y es el tiempo propio para sembrar, al paso que en la parte occidental se goza de la estacion mas serena, maduran las frutas, y se recojen los granos. Las lluvias por una parte y la sequedad de la otra, dividen como por medio á esta isla; y la montaña que hay en el centro está seca por un lado y húmeda por otro, de suerte que se puede salir de un terreno húmedo, y entrar de repente en otro seco y abrasado, sin haber mas distancia que la de cien pasos de una parte á otra.

Aunque en Candi las cosas han mudado enteramente de aspecto, se puede decir que el gobierno de aquel reino tiene todavia leyes que harian feliz á la nacion, si el príncipe no abusase de su poder para violarlas. Sus estados son hereditarios; pero el rey elije á su arbitrio el hijo que ha de sucederle, ó reparte entre ellos sus estados. Las riendas del gobierno estan en manos de los ministros, encargados de los negocios civiles y militares. Juzgan definitivamente las causas de los que apelan de los tribunales inferiores, pues hay otros majistrados subalternos que por insignia de su dignidad tienen un baston encorvado, al cual se respeta mucho.

Los gobernadores de las provincias deben residir en la corte, y su empleo es cuidar de la guardia del rey; pero tienen sustitutos que ejercen su autoridad en ellas. El consejo de justicia se compone de los principales habitantes de cada pueblo; de estos tribunales se apela al gobernador, de este á los primeros ministros, y de estos á veces al mismo rey, para lo cual se postran delante de él cuando sale de palacio; mas este recurso no es siempre un medio seguro contra la injusticia, porque el príncipe suele mandar prender y azotar al suplicante por haberle interrumpido inoportunamente, y su asunto se empeora ó dura por muchos años.

El palacio es mas semejante

á una fortaleza que á una casa real, rodeado de gran multitud de soldados, y en lo interior una guardia muy numerosa. La diversidad de trajes, costumbres, etc., manifiestan las diferentes clases de ciudadanos que comprende este reino. Sus habitantes en jeneral son afables, suaves, injeniosos, industriosos, aseados en su traje, urbanos en sus modales, y nada tienen de bárbaros en sus costumbres y usos. Su estatura es proporcionada y agradable su fisonomía; son valientes, frugales, y opuestos al hurto; pero estas virtudes se hallan mezcladas con vicios que las oscurecen, pues son mentirosos, traidores y pérfidos, infieles en el comercio, vanos y presumidos.

Se cree comunmente que los chingalas no son los antiguos habitantes de Ceilan. Unos los hacen descendientes de la China, otros del continente de la India, aunque la segunda opinion es la mas probable por la mayor conformidad que se advierte en sus costumbres. Además de las diferentes clases que hay de nobleza, los chingalas se subdividen en varias especies segun los oficios, y segun los tres jéneros de divinidades que se conocen en aquel reino, de las cuales hay tambien tres clases de sacerdotes.

SUMATRA. — Esta isla es una de las tres grandes de la Sonda, al Oeste de la península de Malaca y de la isla de Borneo, separada de la de Java por el estrecho de Sonda. Tendrá unas doscientas leguas de largo y de sesenta á setenta de ancho. El ecuador la corta en dos partes iguales, y sin embargo el calor no es allí tan escesivo como en otros paises que estan debajo de la línea, porque los vientos frescos que vienen del mar hacen mas templado su clima. El estío y el invierno reinan allí alternativamente, y casi al mismo tiempo que en la parte meridional de la India.

PRODUCCIONES DEL SUELO. — Su terreno produce casi los mismos jéneros, frutos, animales y metales; pero lo que hace á esta isla mas recomendable es la abundancia y calidad de su pimienta, de que se hace mucho comercio. Despues de la de Cochinchina, la de Sumatra es la mejor de todas las Indias, y suministra todos los años para cargar mas de veinte navíos. Se distinguen dos especies de pimienta, la gruesa y la menuda. Esta última, que es la mejor, no sale del Asia porque los mahometa-

nos hacen de ella gran consumo. La que gastan comunmente en Europa es la gruesa de la costa de Malabar. El cultivo de esta especia ecsije mucho cuidado, no solamente antes de la cosecha, sino despues de haberla cojido, porque cuando está espuesta al sol, es preciso volverla con frecuencia, ponerla debajo de cubierto por la noche, golpearla, limpiarla, etc.

Otra produccion de la isla de Sumatra es un manantial de aceite, que una vez encendido no cesa de arder y conserva el fuego hasta dentro del agua. Aquellos pueblos se sirven de este aceite para incendiar los navíos de sus enemigos: los portugueses, peleando contra un rey de Achem, perdieron dos navíos quemados con este aceite inestinguible. En Sumatra se cria tambien otra semilla, que mezclada con la bebida, trastorna la imajinacion de tal modo que los objetos parecen distintos de lo que son. Los holandeses esperimentaron sus funestos efectos, pues habiendo hecho mezclar el rey de Achem en la bebida esta semilla venenosa, cuando empezó á hacer su efecto los mandó degollar á todos.

Finalmente es produccion de esta isla el cocotero. Los habitantes, que no ignoran algunas de las utilidades que se pueden sacar de este árbol maravilloso, se aprovechan de él para todos los usos de la vida. Crece hasta en las montañas, que en este pais son muy comunes, y entre las cuales hay una que tiene un volcan que arroja fuego de tiempo en tiempo como el Vesubio.

Provincias en que esta dividida la isla. — Se divide esta isla en varias pequeñas provincias que dominan muchos soberanos, y de los cuales el mas temido es el rey de Achem por mas poderoso. Está habitada Sumatra en toda su lonjitud por unas jentes bárbaras que no dan cuartel á los estranjeros, degollándolos cruelmente, y comiéndose sus carnes. Los sumatreños se glorían de ser los únicos naturales y señores de esta isla, y estan muy irritados contra los estranjeros por haber venido á despojarlos de sus antiguas habitaciones, obligándolos á vivir en montañas inaccesibles. Por esto es casi imposible saber la historia de esta isla y de sus habitantes, por falta de documentos y de comunicacion, escepto el reino de Achem, único adonde se puede arribar; y así de solo este daremos alguna razon.

En cuanto á los demás reyes ó caudillos estan perpétuamente en guerras unos contra otros. Los ingleses y holandeses han conservado fortalezas sobre casi todas las costas. Los reinos de Endigri y de Jambi son tributarios de la compañía holandesa, que tiene el comercio esclusivo de todas las mercaderías del reino de Palimbam. Posee tambien la parte marítima de los estados de Marincabo y de Indripura, y arrojó á los portugueses de casi todos estos establecimientos.

Achem, capital.—La capital, que da su nombre á todo el reino de Achem, ocupa la parte mas setentrional, y está situada á media legua del mar sobre un gran rio que la hace muy comerciante. Los europeos, los indios y los chinos llevan allí mercaderías que cambian por oro y pedrería, de que produce grande abundancia este pais. La ciudad de Achem no tiene mas que dos millas de circuito, y está rodeada de un bosque que la oculta á la vista, y la sirve en cierto modo de fortificacion, con algunos fortines construidos de trecho en trecho en las lagunas. Tendrá unas siete á ocho mil casas ó cabañas, esparcidas sin órden y separadas unas de otras con árboles que forman el cercado de cada casa. Estan fabricadas sobre pilastras de nueve á diez pies de alto para librarlas de las inundaciones anuales, causadas por las mareas y por las avenidas del rio, sirviéndose entonces de barcos para pasar de una casa á otra. Las paredes de estas cabañas son de cañas cruzadas entre sí, que parecen jaulas de pájaros, y los techos son de hojas de coco. Un pequeño reducto de piedra ó ladrillo pone á cubierto todo lo mas precioso que tienen estos isleños. Los alojamientos de los estranjeros son mas sólidos, construidos en un barrio separado para defenderse mútuamente de los insultos y rapiñas de una multitud de ladrones que inundan la capital. En este barrio hay mucho comercio, y está siempre muy frecuentado, como tambien otros dos mercados adonde van todos los habitantes á comprar sus provisiones.

Palacio del rey de Achem.—El palacio del rey, fabricado de piedra, está á alguna distancia de las murallas de Achem sobre la orilla del rio, y es una especie de fortaleza muy espaciosa, defendida con árboles tan espesos, que forman delante del palacio una barrera impenetrable.

En lo interior del edificio se advierte una magnificencia, que consiste mas bien en lo espacioso de los patios y de las salas, que en un adorno. Sin embargo se ven allí jardines adornados de pirámides, de soberbios sepulcros, de anchos canales, y un harem, para encerrar mas de ochocientas mujeres, porque los reyes de Achem son los mas voluptuosos de toda el Asia. Así los caudales que se emplean en los placeres del serrallo son uno de los principales gastos del monarca.

Real hacienda.—La real hacienda consiste en los tributos que el pueblo paga en jéneros, en el producto de las tierras propias del rey que los vasallos cultivan por corbeas, en los regalos que le hacen los estranjeros, en los derechos de entrada, que son muy considerables, en la herencia de los vasallos que mueren sin hijos varones, en la confiscacion de los bienes de los reos, en las ganancias inmensas del comercio, en los monopolios que ejerce con sus vasallos, y en otros muchos derechos que les ecsije.

Ejercito.— Las fuerzas militares del rey de Achem consisten en una guardia de tres mil hombres, distribuidos en los primeros patios del palacio; en otro cuerpo de mil quinientos esclavos, que jamas salen del recinto del palacio y en las guarniciones empleadas en las fortalezas. Las tropas no reciben mas paga que una porcion de arroz, que les distribuyen diariamente para su alimento. La marina y los elefantes forman otro ramo de su poder, y además de esto todos sus vasallos estan obligados á tomar las armas á la primera órden, llevando consigo víveres para tres meses. El número de los elefantes será de unos novecientos, y tan bien instruidos, que al entrar en el palacio siempre hacen la reverencia al cuarto del rey.

Administracion de justicia.—Hay en el reino de Achem ministros de estado, majistrados para administrar justicia, y sacerdotes para el culto de la relijion, que es la mahometana. En este reino ninguna persona, aunque sea de las mas elevadas, puede ecsimirse de la severidad de las leyes, ni del rigor de los castigos. Las penas se estienden igualmente sobre todos los delincuentes sin distincion. Se ha visto á los principales cortesanos, y aun á personas de la familia real, sin pies ni manos, y á cuya pena ha-

bian sido condenados por faltas lijeras que en otros estados no hubieran merecido atencion.

La justicia de este pais es inecsorable con los deudores. Cumplido el plazo son citados ante el juez, quien tiene su tribunal delante de la puerta de la mezquita principal todas las mañanas, escepto el viernes. La prórogu que se concede para pagar es muy corta. Si no paga en el dia señalado, se le prende, se le atan las manos, y todos los dias tiene que presentarse asi al juez. Si los declaran insolventes caen en poder de los acreedores, que los tienen y tratan como á esclavos hasta que acaban de pagar. La esclavitud allí no es muy rigorosa. Los esclavos cultivan el campo, ó se emplean en las artes y oficios, y en pagando una moderada contribucion les dejan todo el salario que ganan. De este modo los deudores van pagando á sus acreedores, y al cabo recobran su libertad.

El rey de Achem posee la mejor y la mayor parte de la isla de Sumatra. Las ciudades principales de su reino, despues de Achem, son Podir, Pauro, Dali, Duya, Labo, Chinguel, Barros, Bathao, Paseman, Tiko, Priaman y Padang.

Forma de gobierno. — El estado de Achem ha tenido varias formas de gobierno, pues ha sido eléctivo, hereditario, despótico y republicano. Al presente está gobernado por un príncipe, cuyo poder es arbitrario, y dispone á su antojo de los bienes y vidas de sus vasallos. Esta autoridad ilimitada ha estado algunas veces confiada á mujeres; pero hace muchos siglos que los mahometanos orijinarios de la Arabia estan en posesion de este pais, habiéndose establecido en él sobre las ruinas de la nacion primitiva, dispersa por las montañas é islas vecinas.

Caracter de los habitantes. — Los habitantes son de color negro, ásperos, orgullosos, muy crueles, traidores y pérfidos; se estiman mucho, y menosprecian á todo estranjero. Entre estos defectos tienen algunas buenas cualidades: son activos é industriosos, aficionados al comercio y á las artes mecánicas, que cultivan con esmero; y como hay escuelas públicas para la juventud, se hace tambien algun estudio de las ciencias. Les enseñan la aritmética, la poesía, la música y la elocuencia, pero hacen pocos progresos.

Estos isleños son muy sóbrios. Su único alimento es el arroz, y los mas ricos añaden un poco de

pescado. Para comer una gallina cocida ó asada es preciso ser un señor principal. Por esto dicen que si se estableciesen en su isla dos mil cristianos, la agotarian bien pronto de bueyes y de aves.

JAVA. — Java es nombre de dos islas en el mar de Indias, una llamada la grande Java, y otra la pequeña, ó Bali. La grande está entre las islas de Sumatra, Bouca, Baruso, Madoré, Bali, y la tierra de Eudraht. Este descubrimiento se debe á los holandeses. Habian intentado inútilmente penetrar en la India por el mar del Norte, cuando un holandés llamado Houtman, que se hallaba preso en Lisboa por haber hecho algunas preguntas demasiado curiosas sobre el camino recien descubierto por los portugueses, recurrió secretamente á sus paisanos, los cuales le proporcionaron el dinero necesario para salir de la prision. Luego que volvió á su patria dió parte de las noticias que habia adquirido á algunos comerciantes, los cuales formaron una compañía segun sus instrucciones. Equiparon una flotilla bajo la direccion de Houtman, y habiendo correspondido á sus esperanzas esta primera tentativa, la compañía duplicó sus caudales. Cada año se veian entrar en el puerto de Amsterdan riquezas inmensas, las cuales animaron tanto á los holandeses, que su poder en la India igualó bien pronto al de los portugueses, y aun les escedió, pues los despojaron de sus plazas.

Pero el gran teatro de los holandeses fué principalmente la isla de Java, cuyos habitantes negaron por mucho tiempo á los europeos la libertad de establecerse allí; y solos los ingleses lograron á viva fuerza poner el pie en Java, permitiéndoles en virtud de un tratado tener una fortaleza, una casa, y almacenes en Jacatra. Vinieron despues los holandeses, y habiendo adquirido bastantes fuerzas, mientras que los ingleses se ocupaban en la pesca, sorprendieron la fortaleza, robaron sus almacenes, y destruyeron la ciudad. De sus ruinas salió la famosa Batavia, donde los holandeses, dando á esta ciudad el nombre latino de su pais, han establecido el emporio jeneral de su comercio. Sobre este terreno usurpado fundaron su trono en la India, metrópoli de todas sus posesiones, su principal baluarte, y una de las ciudades mas comerciantes del universo. Los isleños la llaman con su antiguo nombre Ja-

caira, los chinos Kalaka por los muchos cocoteros que produce su terreno; pero los europeos no la conocen sino con el nombre de Batavia.

Está situada entre el mar y una cordillera de montañas, en una llanura baja é igual á orillas de un golfo, que forma un puerto espacioso y cómodo. Está rodeada por todas partes de murallas de ladrillo, y defendida con veintidos bastiones, que tienen el nombre de las provincias ó ciudades principales de Holanda, y cercada de un foso ancho y profundo, siempre lleno de agua, que en tiempo de las mareas es otra muralla impenetrable.

Un rio atraviesa la ciudad en toda su estension, que es de una legua, comprendiendo los arrabales, y tendrá unos cien mil habitantes entre indios y europeos. Casi todas sus calles, de cerca de cinco toesas de ancho, estan tiradas á cordel, adornadas á los lados con dos filas de árboles, y un camino enladrillado para los que van á pie. Las casas estan fabricadas de piedra blanca; y esta ciudad por la belleza de su situacion, de sus edificios, y por la multitud de sus puentes, es una de las mas hermosas del universo.

Uno de los espectáculos mas variados y agradables de Batavia es el de sus plazas públicas y mercados. El mas frecuentado de todos es donde se venden frutas y legumbres, que está á lo largo del rio. Desde las cuatro de la tarde hasta la noche está lleno de chinos y de indios vendiendo sus jéneros, y de los compradores y curiosos que van á gozar de aquella diversion.

Las cercanías de Batavia tienen toda la amenidad que pueden proporcionar las grandes riquezas en el clima mas agradable. Se ve allí gran número de casas de campo, y hermosas habitaciones: las acequias, distribuidas con el mejor artificio, esparcen por los campos la frescura y la fertilidad. En ellos se cojen todas las producciones que pueden satisfacer á las necesidades de la vida y al regalo. El arroz, el azúcar y la especería se crian allí con abundancia y facilidad.

Los habitantes de Batavia son una mezcla de chinos, malayos, amboinos, javanos, holandeses, portugueses, franceses, etc. Los chinos hacen en esta ciudad un comercio considerable, y son los que mas contribuyen á su prosperidad. Viven en li-

bertad segun las leyes de su pais, bajo el mando de un jefe que cuida de sus intereses. Los malayos no son tan laboriosos como los chinos: su principal ocupacion es la pesca, y estan sujetos á un gobernador de su nacion. Los amboinos tienen tambien un caudillo de su pais, á quien obedecen; pero son de trato mas duro, y propensos á sublevarse: su profesion es construir casas de madera. Los javanos se emplean en la agricultura, y fabrican barcos para el trasporte de los jéneros: los hombres van desnudos, escepto un gorro que llevan en la cabeza, y un pedazo de lienzo alrededor de los riñones. Los malayos y los amboinos usan vestidos de seda ó de algodon, que les cubren la mayor parte del cuerpo.

Las holandesas de Batavia son de relajadas costumbres, y descuidadas en la educacion de sus hijos. Todas las mujeres de Batavia, ya sean holandesas, ya mestizas, tienen la vanidad de distinguirse por la magnificencia de sus vestidos y equipajes. La seda, el oro, la plata y la pedrería brillan en sus trajes. Pero donde principalmente ostentan este lujo es en las iglesias, á las que van en soberbios palanquines con gran comitiva de esclavas. Los ministros de la relijion protestante no solamente toleran este esceso, sino que le autorizan con el ejemplo de sus propias mujeres.

Reino de Bantan. — Este reino es el mas cercano á Batavia; se llama Bantan del nombre de su capital. En lo antiguo era un estado muy poderoso, pero los holandeses, debilitando su comercio, le han hecho perder sus fuerzas, sus riquezas, y la mayor parte de su antiguo esplendor. Han decaido sus manufacturas, y su mismo rey se ha hecho vasallo y tributario de la compañía holandesa, que mantiene una guarnicion en Bantan, ciudad situada en una llanura, y cuya estension era antes, segun dicen, de mas de cuatro leguas; pero al presente apenas conserva algunos vestijios de su antigua grandeza: sus calles son estrechas y torcidas; sus murallas bajas y mal construidas no pueden resistir al cañon; sus casas aisladas y rodeadas de árboles, la dan un aspecto campestre; sus edificios son como los de Achem, es decir, pobres y de poca consistencia. Los canales que hay dentro de la ciudad, por no tener bastante corriente para arras-

trar las inmundicias, forman unos cenagales que inficionan el aire. Bantan está dividida en barrios, y cada uno de ellos tiene su inspector. Estan separados unos de otros con puertas, que se cierran de noche: en cada barrio ponen su guardia para que nadie salga, y un gran tambor que sirve de campana para advertir al pueblo las horas de levantarse, de orar y de retirarse· despues de puesto el sol encierran los barcos, para que nadie se escape por los canales. Está prohibido andar por las calles en las horas de dormir sin especial permiso del majistrado.

El palacio del rey y la gran mezquita son los edificios mas considerables de Bantan, aunque todos ellos se resienten de la decadencia de la capital. Además de la mezquita jeneral, no hay persona rica que no tenga su oratorio doméstico y un reducto de ladrillo para guardar sus riquezas, como en Achem. Los estranjeros habitan fuera de la ciudad, y principalmente los chinos, que ocupan un cuartel propio, llamado la ciudad china.

La relijion mas comun en Java es la mahometana, introducida en aquella isla por un príncipe árabe, que aficionado á viajar se casó con una hija del príncipe de la isla, y sus sucesores fueron aun mas celosos en propagar la secta. Uno de ellos casó á su hijo con la heredera del rey de Bantan, y de este descienden los actuales soberanos. El sepulcro de este príncipe árabe se ve todavia en Teserbon, y es muy venerado. Alrededor de él hay edificios para hospedar á los peregrinos y á los sacerdotes, porque este lugar es casi tan respetado como la Mecca.

El rey de Bantan tiene un consejo particular, sin cuyo dictámen no emprende cosa alguna de importancia. La deliberacion se hace de noche á la luz de la luna; y cuando se trata de establecer algun nuevo impuesto, se han de juntar á lo menos quinientos consultores. Si se trata de hacer la guerra, se consulta á los oficiales de distincion; y á solo el consejo pertenece condenar á un delincuente á muerte. Los reos son atados á un poste, y el verdugo los mata á puñaladas, que es el único suplicio usado en Bantan.

El rey y los señores principales arriendan sus tierras á esclavos, que les pagan en dinero ó en jéneros. Los que cultivan sus tierras propias tienen otros esclavos que no reciben mas sala-

rio que su sustento, ó que trabajan seis dias seguidos para sus amos, y otros seis para sí propios. Los amos tienen sobre ellos y sobre sus hijos una autoridad absoluta para castigarlos; mas no pueden quitarles la vida sin licencia del gobierno. Los esclavos renuevan dos veces al año con ceremonias singulares el homenaje de obediencia á sus amos; y cuando estos quieren deshacerse de ellos los llevan de puerta en puerta, y los venden al que mas ofrece.

Los bienes ó el capricho determinan aquí el número de las mujeres lejítimas y el de las concubinas; pero como la ley obliga á señalar á cada mujer lejítima diez esclavas que la sirvan, solos los que son muy ricos tienen muchas esposas. Las hijas se casan muy temprano por dos razones: primera, por el clima que las hace casaderas á los nueve ó diez años: segunda, por una ley del reino, segun la cual el rey hereda no solo los bienes, sino tambien las mujeres, los hijos y criados de los que mueren dejando hijos menores. El dote de una mujer de cualquiera clase que sea, nunca pasa de treinta pesos. Las mujeres de Java viven tan encerradas, que ni á sus hijos se permite entrar en sus cuartos; y cuando salen, que es muy rara vez, todos se retiran y las dejan pasar. Ningun hombre puede hablar á una mujer sin permiso de su marido; ni aun el mismo rey puede quebrantar esta costumbre. Lo mas singular es que estas mujeres tan guardadas tienen obligacion de acudir á los incendios para ayudar á apagarlos. Por esta razon no debe estrañarse que sean tan frecuentes, pues proporcionan algun desahogo. Ellas son las que llevan el agua mientras que los maridos guardan las casas.

Los chinos son los que hacen aquí el principal comercio, los mas industriosos y los mas ricos, y tienen entre los javanos la misma reputacion que los judios entre nosotros, fundada en las usuras y en los monopolios que practican. Es cierto que tienen que sufrir muchas vejaciones de parte de los javanos; pero con su paciencia, artificios y abatimientos logran enriquecerse.

El vicio dominante de los javanos es la pereza, la cual los reduce á una estrema necesidad. Abandonan á los chinos el cultivo de los campos y todos los trabajos penosos. El amor á la ociosidad les hace mirar con aversion los empleos públicos,

por lo cual los principales cargos del reino y todas las riquezas están en manos de estranjeros. Los javanos comen mucho; pero usan de alimentos muy simples, como arroz, pescado y raices; son muy apasionados al tabaco y al opio. La oscenidad, la inclinacion al robo, el disimulo y la perfidia, son los vicios ordinarios de esta nacion. No terminan sus riñas con duelos particulares, pero se vengan envenenando ó asesinando á sus enemigos, por lo cual viven con contínuo recelo unos de otros; y ni aun los parientes mas cercanos se atreven á visitarse sin precaucion. Las mismas costumbres que acabamos de referir de los de Bantan, son comunes á los reinos de Mataran, de Tszeribon, y de Balamboang.

Borneo. — Esta isla del Asia en las Indias, es una de las tres grandes de la Sonda. Fué descubierta por don Jorje Meneses en el año 1521. Abunda en frutas y en toda especie de animales, muy diversos de los de Europa, cuales son los monos. El mejor arroz del Asia y el alcanfor se crian en este pais. No se puede describir lo interior de esta isla, porque está habitado por salvajes feroces, y lleno de montañas inaccesibles. Las costas estan ocupadas por mahometanos, que tienen el mismo orijen que los de Java y Sumatra. Los paises del centro pertenecen á indios idólatras, antiguos habitantes de la isla, llamados beajus, y que estan divididos en varios aduares, cada uno gobernado por un caudillo. Son una nacion guerrera, dada á la caza y á la vida campestre, sin cuidarse de artes ni ciencias, enemigos del robo y del engaño, y que miran la fidelidad conyugal como un deber tan indispensable, que el adulterio es castigado con pena capital en ambos secsos. Viven entre sí con la mas perfecta union, dando á los pobres lo supérfluo; pero son tan crueles con los estranjeros, que el mayor honor de los beajus consiste en haber muerto gran número de ellos; y esta es otra dificultad mayor para saber la historia de los habitantes de esta isla. Lo único que se ha podido averiguar de este pueblo grosero, es que se pinta la piel, y lleva al cuello por adorno una sarta de dientes de tigre. En cuanto á los mahometanos que habitan las costas, han conservado con la relijion de los árabes, sus antepasados, parte de sus usos y costumbres. Sus trajes son magníficos; sus casas

se distinguen poco de las otras colonias mahometanas, que todas son malas y de corta duracion. Aun los reyes tienen unos palacios muy sencillos. Así es inútil repetir que segun el diverso orijen de las tres clases en que hemos dividido los habitantes de esta isla, son tambien diferentes las costumbres, los vicios y defectos de cada una de ellas. En vano han intentado los europeos formar establecimientos en Borneo: los que lo ejecutaron pagaron bien pronto con la vida su intento, por lo cual todos han abandonado este proyecto.

Céleves ó mazacar. — Esta grande isla, situada bajo el ecuador, está dividida en dos estados principales, gobernados por dos príncipes. Lo interior del pais es poco conocido, y se cuentan allí mas de veinte soberanos que toman el título de bajáes. Boné es la capital del estado de Céleves, y ocupa la parte setentrional de la isla. Macazar, que está al Mediodía, es una ciudad grande y bella, cuyas calles se hallan cubiertas de arena, porque allí no se usan los empedrados, y están adornadas de hileras de árboles. No hay mas edificio de piedra que el palacio del rey y algunas mezquitas; las demas casas son de madera con varios embutidos y de diferentes colores, que presentan una vista muy agradable. En las plazas principales hay mercado dos veces al dia; no se ve en ellos mas que mujeres, pues los hombres se creen destinados para ocupaciones mas importantes, y se tendrian por degradados si asistiesen á ellos. Todas las mujeres de las aldeas vecinas traen allí sus jéneros, y las de la ciudad van á proveerse de lo que necesitan. La ciudad de Boné es tan grande, populosa y comerciante como Macazar.

Los holandeses tienen en la isla de Céleves fortalezas para la seguridad de su comercio, porque el pais con su amenidad convida á establecerse en él. La riqueza y variedad de sus producciones, la amenidad de sus campos, la multitud de sus aguas, su cielo despejado, todo contribuye á hacerlo delicioso. El oro se presenta naturalmente sin necesidad de arrancarlo de las entrañas de la tierra, y se encuentra en pepitas y granos en los rios y en los valles despues de pasadas las inundaciones. Las maderas mas preciosas son tan comunes allí, como la encina entre nosotros. Las flores mas bellas crecen sin ningun culti-

vo; además hay muchas desconocidas que hermosean el campo con sus preciosos matices, y embalsaman el aire con su fragancia. Es admirable la abundancia y la delicadeza de las frutas. Del aceite de cierta nuez hacen los habitantes unas velas tan buenas como las nuestras. Tienen yerbas venenosas, con cuyo zumo untan las flechas, y su herida es mortal.

La adormidera que produce el opio, es la planta mas estimada de esta isla. Nace ordinariamente en parajes pedregosos y eriales, que solo conocen los isleños. De esta planta se saca un licor que se cuaja al cabo de algunos dias, y luego que adquiere alguna consistencia hacen de esta goma unas bolitas que se pagan á peso de oro. Las disuelven en agua, y rocían con ella el tabaco, cuyo sabor es admirable para aquellos habitantes. Su efecto mas cierto es embriagarlos, y el sueño que les proporciona esta embriaguez es para ellos tan delicioso que le prefieren á los demas placeres. Sin embargo la esperiencia les hace ver que el uso del opio es dañoso; pero se hace tan necesario á los que están acostumbrados á él, que si lo dejan se ven enflaqueciendo y debilitando hasta morir. Tambien es muy perjudicial el tomarlo con esceso, pues el letargo que causa es mortal algunas veces.

Entre los muchos animales de todas especies que abundan en este pais, hay unos de manos muy grandes que aterran á las mujeres, porque se tiran á ellas y las despedazan después de haber satisfecho su lascivia.

Los céleves son tenidos por los mejores soldados del Asia meridional. La educacion les hace robustos y ájiles, pues los ejercitan en cuantos trabajos ecsijen destreza y fuerzas. Acostumbran, así como los de Borneo, á limarse los dientes, pintándoselos de rojo ó de negro, y aun algunos se los arrancan, sustituyendo otros de oro, plata ó tumbaga. Se esmeran tambien mucho en sus trajes y adornos, y los grandes acostumbran á pintarse las uñas de rojo. En sus muebles son sencillos y modestos. Sus casas estan elevadas de la tierra como en Sumatra, y tienen las mismas costumbres y usos que aquellos. Se distinguen aquí tres grados de nobles, á saber: los dacos, los carrés y los loios. Los primeros poseen algunos feudos dados por el príncipe, que no salen de la familia mien-

tras que haya herederos varones; pero en faltando estos se devuelven á la corona. Los dacos poseen los primeros empleos del reino, y estan obligados á servir en la guerra con cierto número de soldados. Los carréssos en esta isla tan numerosos como los marqueses, varones, etc., en algunas partes de Europa. Los lolos corresponden á nuestros simples hidalgos, y apenas hay plebeyo de algunas riquezas á quien no se dé este título por lisonja. El trono es aquí hereditario; pero suceden los hermanos en lugar de los hijos, para evitar los inconvenientes de la menor edad. En cuanto al gobierno jeneral de la isla, todos estos estados forman entre sí una especie de liga para defenderse múluamente. Los holandeses, que tienen la isla bajo de su dependencia, presiden á esta liga como protectores, y siempre que el rey de Boné convoca cortes, un gobernador holandés asiste á ellas con algunos diputados de su nacion.

Molucas. — Son cinco islas principales del mar de Indias, debajo de la linea, á saber: Témate, Tidor, Machian, Motir y Bachian. Los árboles se mantienen allí siempre verdes. Abundan en especería y aromas, principalmente en clavos. Hay un árbol semejante á una palma, de cuya corteza se hace pan, y sus ramos tiernos dan un licor que se llama *tuac*. Se encuentran culebras muy grandes aunque no venenosas; cocodrilos de tierra muy dañosos, y otros de mar que se dejan cojer con la mano. Las cinco islas estan al presente bajo el dominio de tres reyes, pero se llaman tambien Molucas las de Meao, Marigogran, Cinomo, Cabel, Amboino, Céleves y Jilolo. La isla de Ternate, y las mas de las Molucas no pruducen arroz, trigo, ni grano alguno propio para hacer pan; pero producen con abundancia el sagú que es una especie de palma silvestre. Su médula es de una harina muy blanca de que hacen tortas, y para estraer esta médula hienden el tronco. Todo lo que se compra y vende se paga con sagú. Este árbol se eleva hasta unos veinte pies; su fruta es redonda y parecida á la del ciprés. El nipa, el bambú y el cocotero suministran á los isleños bebidas agradables.

El orijen de los molucos nos es del todo desconocido; los portugueses fueron los que descubrieron estas islas en el año de 1511. Se sabe solamente que los

árabes introdujeron allí el mahometismo; pero esta secta se halla mezclada con diferentes ceremonias jentílicas. Se hablan en las Molucas varios idiomas, lo que hace presumir que sus habitantes son una mezcla de diversos pueblos. Los chinos, los javanos, los malayos y los árabes han frecuentado estas islas, y los naturales del pais han obedecido sucesivamente á varias potencias estranjeras, cuyos usos aun conservan. Lo mas raro y molesto es que hay hombres destinados para tocar tambores por las calles al amanecer, para despertar á los maridos, á fin de que cumplan con el deber conyugal.

Las leyes acerca del matrimonio son groseras y bárbaras en las Molucas; permiten la pluralidad de mujeres, sin fijar su número, y que se divorcien cuando se les antoja. De aquí proviene que se gastan muy pocas ceremonias para casarse, porque en ajustándose la boda el padre de la novia da un banquete, y despues queda concluido el casamiento. Separada la mujer del marido, debe restituirle los regalos que la hizo; en seguida la derraman un poco de agua sobre los pies para purificarla, y se retira para buscar otro marido. No es estraño, pues, que sean tan induljentes en materia de adulterio, porque las mujeres aquí son muy provocativas; lo cual unido á su figura agradable y jenio festivo, es causa de los grandes desórdenes que se advierten en esta parte.

Cuando en causas de importancia tienen que jurar los molucos, echan agua en una escudilla, en la cual ponen oro, tierra, una bala de plomo, y meten en ella la punta de una espada ó de otra arma. Hacen beber esta agua al que ha de jurar, pronunciando terribles imprecaciones de que todo lo que ha tocado el agua conspire á perderle, si es perjuro. En Amboina es donde se practica mas esta costumbre. El cristianismo no ha hecho allí progresos á pesar del cuidado que ponen en esto los ministros holandeses, y de los gastos de la compañía, que mantiene escuelas y ministros, los cuales hacen muy pocos prosélitos; y aun los que se convierten no tienen mas que la apariencia de cristianos. Pero estos débiles rayos de luz los hacen mas amables y virtuosos que á los mahometanos é idólatras, por lo cual los holandeses se fian mas de ellos.

La ciudad de Amboina tiene unas dos millas de circuito, comprendiendo los arrabales que la rodean. Sus calles son bellas y regulares, y atraviesan por ellas algunos canales, sobre los cuales han construido puentes. Sus habitantes son una mezcla de cristianos, mahometanos é idólatras. Su territorio es el mas fértil de las Molucas en clavo. Los holandeses, que han establecido allí el centro de su comercio de esta especia, han destruido los plantíos de las otras islas.

Aunque casi todos los molucos tienen las mismas costumbres, en algunas ciudades hay leyes y usos particulares que no se practican en otras. El robo ordinario se castiga en Salago cortando una oreja, y los mas considerables con los cuatro dedos de la mano. El homicidio y el adulterio tienen pena capital; pero hay mil medios para librarse del rigor de la ley. El pueblo reconoce á un Dios criador, á quien invoca de rodillas levantando las manos sobre la cabeza, y ofreciéndole manjares que los sacerdotes recojen en secreto; pero al mismo tiempo tienen mucha veneracion al demonio. Le consultan en sus negocios, y el poder que le atribuyen es un gran recurso para el provecho de los sacerdotes.

Este pais depende del rey de Témate, aunque hay gran número de ciudades que tienen sus príncipes particulares, los cuales no se distinguen de sus vasallos sino por el mayor número de pendientes que llevan en las orejas, y un velo de corteza de árbol; estos naturales van comunmente desnudos, y para suplir el vestido se pintan la piel con varias figuras de hojas y flores que imitan á las telas pintadas. Toda la isla está llena de burdeles, desórden que no se advierte en otras partes de la India. Estos reyezuelos estan siempre en guerra unos con otros, porque para ellos es una especie de comercio por los esclavos que cojen y van á vender á otras islas. Cuando matan enemigos en la guerra, les cortan las cabezas y las cuelgan a las puertas de sus casas. En fin, nada puede compararse con la grosería, ferocidad y perfidia de esta jente.

Los portugueses tienen un establecimiento en un lugar que llaman Lafan, y es muy buena plaza de comercio. Los pueblos de su dependencia profesan el cristianismo, aunque se gobiernan por sus propias leyes. Hay habitantes de esta isla que de-

penden de los holandeses, y otros que obedecen á sus propios caudillos. Estos son tan feroces que asesinan cruelmente á los estranjeros que se acercan á sus habitaciones, y no salen de las casas sin ir armados de espadas, dardos y flechas. La caza y la pesca son su única ocupacion, y para cultivar el campo escojen las tierras que les acomoda, porque todas son comunes.

Los habitantes de la isla de Gilolo y los inmediatos son unos salvajes que viven en los desiertos sin leyes, sin soberanos ni habitaciones fijas. Elijen sus caudillos, á quienes obedecen sin pagarles tributo alguno, y adoran el diablo en figuras horribles como lo hacen otros indios.

Los primeros habitantes de las Molucas fueron idólatras. El Coran se observaba en ellas á fines del siglo XV, poco antes de la llegada de los portugueses que introdujeron el Evanjelio. Despues disputaron los españoles la posesion á los portugueses, y á unos y otros los holandeses, que quedaron al fin dueños de las islas.

Islas filipinas.—Los jeógrafos reconocen dos clases de islas con este nombre, á saber: las antiguas que son las islas del mar de Indias de la otra parte del Ganjes, y en el Archipiélago de san Lázaro bajo de la Zona tórrida. Fueron descubiertas por Magallanes en 1519. Hay gran número de ellas, y su clima caloroso y húmedo es causa de lo enfermizo de su aire. El terreno es agradable, fértil y abundante en todo. Los árboles estan siempre verdes, y en cualquier estacion se encuentra en ellos madura la fruta. Las campiñas estan llenas de bueyes silvestres, y los bosques de caza, de monos muy grandes y de otros animales desconocidos en Europa. Las perlas, ambar-gris, algodon, especería, y sobre todo el oro, constituyen la riqueza de Filipinas. Sus principales islas son Mindanao, Leite, Manila, Ibabas, Paragua, Mindero, Sebú, Panay, la isla de los Negros, y Book. De estas, para no molestar al lector, describiremos únicamente las tres primeras.

Las islas Filipinas nuevas ó de los Palaos estan situadas entre las Molucas, las antiguas Filipinas, y las Marianas. Se cuentan hasta ochenta y siete, comprendidas entre la línea y el trópico de Cáncer. Son aun poco conocidas por los jeógrafos. Se estienden desde el cuarto

grado hasta el vijésimo de latitud, comprendiendo el espacio de trescientas leguas de Norte á Sur, con anchura desigual del Este á Oeste, desde cuarenta hasta ciento noventa leguas.

MINDANAO. — Mindanao, isla grande de las Indias orientales, una de las Filipinas, y la mayor despues de Manila, es tambien la primera que se encuentra yendo de las Molucas. La capital, que tiene el mismo nombre que la isla, dista dos millas del mar, y está situada á la orilla de un rio. Los españoles no son soberanos de esta isla: está gobernada por un príncipe mahometano, que no se atreve á hacerles guerra por temor de su poder en Manila.

Cuatro naciones principales ocupan la isla de Mindanao, á saber: los mismos mindanaos, los cáragos, los lataos y los subanos. El culto de la isla consiste en dos sectas diferentes, á saber: el mahometismo que domina en las costas, y la idolatría, ó mas bien el ateismo, que reina en lo interior del pais.

De los isleños los mindanaos tienen fama de belicosos; los cáragos estan desacreditados por su perfidia; los lataos se emplean en el comercio, y los subanos, como vasallos de los otros tres, son reputados por muy groseros. Los que habitan en las montañas tienen costumbres aun mas bárbaras que los mahometanos. Un hijo que rescata á su padre de la esclavitud le hace esclavo suyo, y los padres practican el mismo rigor con sus hijos. El menor beneficio les da derecho para disponer de la libertad del que lo recibe, y por la falta de uno solo reducen á la esclavitud á toda su familia. Los delitos que mas aborrecen son el hurto y el incesto en el primer grado; la fornicacion y el adulterio son tolerados: el homicidio es premiado; de suerte que el que se propone cometerle, junta antes el dinero necesario para librarse de la venganza de los parientes del difunto. Despues que ha cometido el delito se le pone en la clase de los valientes, con el derecho de usar el turbante rojo. Entre los cáragos es menester haber muerto siete hombres para obtener esta cruel distincion.

Los reyes mahometanos administran justicia por medio de su primer ministro, el cual tiene otros oficiales subalternos elejidos de entre los nobles. Allí se distinguen diferentes clases de nobleza, y jeneralmente los

plebeyos sufren las mayores vejaciones de parte de los grandes, porque el soberano es demasiado débil para reprimir su tiranía.

El harem del príncipe está lleno de una multitud de mujeres. La que pare el primer hijo varon tiene el título de reina, y uno de sus privilejios es dormir dos noches seguidas con el monarca, cuando la toca su turno, en vez de que las otras no tienen mas que una.

Las mujeres de este pais son tan feas que no hay mérito alguno en ser casto con ellas. Sin embargo, celebran los matrimonios con tal pompa como si fuera esto una gran felicidad para los maridos. Despues del casamiento la mujer conserva el vestido blanco que llevó el dia de la boda, y el marido se pone otro encarnado.

Los hombres llevan los pies y piernas desnudos, y un turbante en la cabeza. Tratan á los estranjeros con cariño y franqueza, aunque son implacables con sus enemigos, y emplean el hierro y el veneno para satisfacer su venganza. Las mujeres usan el cabello largo, atado y pendiente por detrás: su nariz tan pequeña y chata, que no se les distingue esta faccion; su frente no tiene elevacion sensible, y su traje consiste en una saya corta y un jubon.

La isla de Mindanao representa la figura de un triángulo irregular, cuya estension es de unas setenta y cinco leguas de largo, y cincuenta de ancho. Abunda en toda clase de frutas, y se encuentra allí oro, perlas, canela, veinte rios navegables, entre los cuales los mas famosos son Buhayen y Butahan, y doscientos pequeños. En lo interior del pais se hallan todavia pueblos de negros que andan enteramente desnudos.

Leite.—Estos montañeses, situados entre minas de oro y plata, no hacen caso alguno de semejantes metales. Aunque continuamente estan en guerra con los chinos, son los hombres mas humanos del mundo, mas castos y caritativos que los de los llanos, y no conocen ninguno de los vicios de las sociedades corrompidas; de manera que no tienen palabra para espresar el adulterio, ni aun idea de este delito. Hay algunos caseríos ó aldeas donde los maridos no habitan con sus mujeres, y solamente van de noche á estar con ellas, levantándose antes del amanecer. Durante el dia no van á verlas, á no ser que ellas los

envien á buscar, ó al verlos pasar los llamen.

La larga permanencia de los holandeses en la Formosa, ha esparcido en esta isla algunas ideas del verdadero Dios, como son la distincion de las tres personas de la Santísima Trinidad, el conocimiento de la creacion y del bautismo.

Como estas pobres jentes apenas tienen cabañas, no es estraño que no tengan templos; sin embargo, ofrecen sacrificios. Las mujeres hacen oficio de sacerdotisas, y afectan una especie de éstasis acompañado de convulsiones. Se despojan de sus vestidos, hacen mil contorsiones indecentes, y concluyen embriagándose en honor de sus dioses.

Estos isleños creen que despues de esta vida sus almas pasan por un puente muy estrecho, debajo del cual corre un canal lleno de inmundicias; que los malos caen en él, y estan padeciendo eternamente: al contrario, los buenos entran en un sitio delicioso, donde se ejercitan y divierten, como finjian los griegos de sus campos Eliseos. Los pecados que creen estos isleños que les acarrean la condenacion, no son el robo, el homicidio ó la fornicacion, sino el haber llevado vestidos de seda cuando se debieron llevar de algodon, haber parido una mujer antes de los treinta y cinco años, no haberlas hecho abortar, y sobre todo haber cubierto en cierta estacion lo que no se puede descubrir sin pecar en otros paises.

Cuando un enfermo padece grandes dolores, sus compañeros le despenan prontamente, acelerándole la muerte; y estan muy distantes de pensar que esto sea un acto de inhumanidad, porque dicen que esta accion procura á un tiempo la libertad de su amigo, y una fiesta á toda la aldea; de suerte que es un dia de regocijo cuando muere uno de estos montañeses. Colocan el cadáver sobre un tablado, congregan al pueblo al son de un tambor; las mujeres traen arroz y vino, y despues que han bebido bien á la buena memoria del difunto, se ponen á danzar, haciendo un ruido sordo y lúgubre. Cuando las primeras danzarinas se cansan, ceden su lugar á otras, y este ejercicio dura muchas horas. Al dia siguiente encienden una grande hoguera alrededor del cadáver para secarle, cuya práctica se renueva por nueve dias continuos, durante los cuales se regalan con tocino, que

es el manjar mas estimado en este pais. Despues envuelven el cadáver en una estera, le dejan por tres dias en un lugar apartado, y le entierran en la casa con las mismas ceremonias de banquetes y danzas.

En los negocios de importancia los jueces del pueblo congregan á todos los padres de familia en ciertos parajes señalados, y conferencian entre sí la providencia que debe tomarse. Se pondera mucho la elocuencia de estos ancianos, que hablan con mas facilidad y enerjía que los europeos mas hábiles, aunque no saben escribir ni leer; cosa nada estraña, pues la naturaleza y la costumbre pueden á veces mas que todos los preceptos del arte.

Manila. — Manila es la isla mas estensa de todas las Filipinas, pues tendrá mas de ciento veinte leguas de largo y trescientas sesenta de bojeo; su anchura es desigual. Los españoles la dividen en diez ó doce provincias, de las cuales cada una tiene alguna particularidad en sus usos y producciones. La capital, que ha dado el nombre á la isla, está colocada en el fondo de un espacioso golfo, formado por la desembocadura del rio Patig. Esta ciudad la fundó el jeneral Miguel Lopez de Legaspi en 1571; fué erijida en obispado en 1581, y promovida á metrópoli en 1595. Su real audiencia fué creada en 1584, suprimida en 1591, y restablecida en 1598 al estado que hoy tiene.

Esta ciudad no es grande, pero sus arrabales son espaciosos, y sus fortificaciones se hallan en buen estado. Las casas, aunque bajas, tienen bastante gracia por sus bellas galerías. Las calles son anchas, pero se ven muchos edificios arruinados por los terremotos, que son muy frecuentes, asi como en las otras Filipinas y en las Molucas. La iglesia catedral es mas notable por su grandeza que por su magnificencia. El castillo nada tiene de particular; su forma es triangular, y está separado de la ciudad con un foso profundo. En jeneral no hay en Manila edificio alguno, ni casa que merezca atencion.

La iglesia catedral es gobernada por un arzobispo que tiene tres sufragáneos, á saber: el obispo de Zebu, el de Camarines, y el de Cagayan.

Los habitantes de Manila se componen de naciones diferentes, y para distinguirlos se han inventado varios nombres. Asi

llaman mestizo al que proviene de un español y una indiana; castizo al de un mestizo y una mestiza; y así otros nombres que sería largo referir.

Toda la autoridad secular está confiada á un capitan jeneral y á una audiencia, de que es presidente. Esta capitanía ó gobierno dura ocho años regularmente; tiene el mando de las armas, dispone de los empleos militares de poca importancia, reparte entre los españoles las tierras, y nombra para otros oficios.

Entre los diferentes arrabales de Manila hay uno que solo le habitan mercaderes y artesanos chinos, llamados *sangleyes*; estos estan gobernados por oficiales españoles, á quienes deben pagar ciertas sumas, además de otros impuestos. Las traiciones cometidas por estos chinos obligaron á los españoles á tomar varias precauciones para su seguridad. No les permiten pasar la noche en las casas de los cristianos, ni dejar sus tiendas sin luz, y los tratan con el rigor necesario para contenerlos. Actualmente habrá unos tres mil de ellos. Dicen que en lo antiguo pasaban de cuarenta mil; pero que habiendo formado una conspiracion en el siglo pasado para alzarse con la isla, fueron muertos muchos de ellos, y se tomaron las precauciones oportunas para que no volviese á repetirse este atentado.

La bahía sobre que está situada la ciudad de Manila, tiene á tres leguas de esta capital un buen puerto, llamado *Cavite*; forma un semicírculo, y los navíos estan allí defendidos de todos los vientos. Se halla fortificado con un buen castillo, donde está el arsenal. En él se construyen navíos gruesos, y constantemente trabajan como unos trescientos indios.

La situacion de Manila es en una campiña muy deliciosa, y la mas ventajosa para el comercio de la China, del Japon, de Borneo y de las Molucas. Se ve todos los años llegar allí navíos de todas estas naciones, y es muy grande el concurso de embarcaciones, especialmente cuando vienen las flotas de la China. Allí se envian los diamantes de Golconda, la canela de Ceilan, la pimienta de Java, el clavo y la moscada de las Molucas, las perlas y los tapices de Persia, las telas de seda de Bengala, el alcanfor de Borneo, el marfil de Camboya, y otros muchos jéneros, de suerte que se podría

hacer á Manila emporio de todo el universo.

Ya hemos dicho que esta ciudad está muy espuesta á terremotos: en el año de 1645 sufrió uno tan violento, que se arruinó la tercera parte, y tres mil personas quedaron sepultadas entre sus escombros. Se han visto montañas del todo allanadas por estos sacudimientos, que los hacen ser frecuentes los volcanes de que estan llenas estas islas. Se ha observado como particularidad de Manila, que las tempestades empiezan siempre por lluvia y relámpagos, y no se oyen los truenos hasta que ha cesado de llover.

La isla de Manila se divide en varias provincias, que á proporcion se gobiernan como la capital. En la de Camarines hay un volcan que se ve desde muy lejos. Se descubren allí tambien varios manantiales de agua caliente, y entre otros hay uno que tiene la propiedad de petrificar las materias mas blandas, como son las hojas de los árboles y los pedazos de paño que se arrojan en él.

La provincia de Bale toma su nombre de un gran lago, que tiene cerca de treinta leguas de circunferencia, y cuya agua es muy dulce, siendo así que á corta distancia de él hay otro mas pequeño de agua salada. La pesca es muy abundante en el lago grande, pero peligrosa por el gran número de cocodrilos que acometen igualmente á hombres y á animales. Sin embargo, se encuentran allí tambien los peces llamados espadas, y estas dos especies de móustruos se hacen la guerra con una furia estremada. La espada natural, por la cual ha merecido ser llamado así el pez, tendrá por lo comun cuatro pies de largo, y está rodeada ó guarnecida por los dos filos con muchas puntas agudas y muy duras, por lo cual reuniendo en si las propiedades de una sierra y de una espada, hiere, corta y despedaza á un mismo tiempo.

En las cercanías del lago pequeño hay una infinidad de murciélagos, que asidos unos á otros se cuelgan de los árboles como si estuviesen ensartados: saben distinguir en medio de la oscuridad los árboles que tienen la fruta mas madura; durante la noche la devoran con un ruido que se oye á larga distancia, y cuando empieza á amanecer se vuelven á sus guaridas. Los indios los persiguen con mucho empeño, ya para impedir los estragos que hacen en

sus jardines, ya para alimentarse de la carne, que tienen por muy delicada.

Islas marianas. — El pequeño archipiélago de las islas Marianas forma una cadena desde el grado trece hasta el veintidos de latitud. Su isla principal, que es Guamo, ó Guajan, tiene un puerto llamado San Luis de Apra, y á tres leguas de distancia se halla la capital llamada Agaña. Sola esta isla y la de Rota ó Seypan, son las pobladas entre las dieziseis que se cuentan.

La isla de Guama tendrá unas cuarenta leguas de bogeo; es agradable y fértil; sus puertos son cómodos, y se encuentra abundancia de agua dulce. El puerto es el mejor de todos. El celo de los misioneros ha desterrado de allí la idolatría; la mayor parte de los habitantes han abrazado la relijion católica; y los que no han querido sujetarse al dominio español, se han retirado á las islas vecinas, despues de haber arruinado todas las posesiones y casas que tenian en la de Guama, por lo cual no está tan poblada como en otro tiempo.

Los habitantes vivian en la mayor libertad antes de la conquista de los españoles, y no tenian mas leyes que las que ellos mismos se imponian. Separados de todas las naciones por los inmensos mares que los rodean, se consideraban como los únicos habitantes del mundo, y no creian que ecsistiese mas tierra que la suya. Su lengua tiene mucha semejanza con la que se hablaba en algunos parajes de las Filipinas, de donde quizá salieron sus primeros pobladores. Además de estos, sus inclinaciones, altivez y orgullo son muy parecidos á los del Japon.

Es tradicion constante entre los españoles que sus antepasados enseñaron á los de las islas Marianas el uso del fuego.

Tampoco debe estrañarse que una nacion tan grosera no tuviese ideas de relijion, y que no se hallase entre ellos apariencia de culto ni de divinidad, aunque creian que hay otra vida, y en ella deleites y penas. Atribuian al diablo el poder de atormentar á los que caian en sus manos. Consideraban su paraiso como un jardin delicioso lleno de cocoteros, de cañas de azúcar, y de otras frutas esquisitas; y en el goce de estos bienes hacian consistir su bienaventuranza en la otra vida.

Es muy particular el modo

con que aquellas jentes muestran su dolor en las ceremonias fúnebres. No hay cosa mas triste que sus entierros: los acompañan con cánticos lúgubres, con sollozos, lamentos, lágrimas, alaridos, y todas las muestras del mayor pesar. Se privan por muchos dias de todo alimento, y esta abstinencia se termina con un banquete fúnebre alrededor del sepulcro, el cual cubren de flores, ramas de palma, conchas, pedazos de coral, azabache, y otros adornos. Si el muerto es algun caudillo del pueblo, ó una mujer de distincion, la espresion de dolor no tiene límites, y el duelo es una especie de frenesí.

Los habitantes de las islas Marianas casi todos son de alta estatura, de cuerpo grueso y lleno, de temperamento robusto, y tan forzudos, que levantan grandes pesos y los llevan acuestas con la mayor ajilidad. Son muy buenos nadadores y buzos, de suerte que cojen los peces á nado: su principal alimento es el pescado, frutas y raices. Los hombres andan enteramente desnudos, y las mujeres solo se cubren las partes naturales. Se tiñen los dientes de negro, y se blanquean los cabellos con aguas preparadas. Las mujeres han conseguido en estas islas gozar de los derechos que en otras partes son propios de los maridos, pues estos no tienen sobre ellas autoridad alguna, ni pueden castigarlas por ningun motivo, aunque sea por causa de infidelidad. Su único recurso es el divorcio; pero si ellos faltan á la fidelidad conyugal, la mujer toma una venganza muy rara. Da parte del delito á todas las mujeres del pueblo, las cuales acuden á la casa del reo armadas de lanzas, y con los gorros de sus maridos en las cabezas: le destruyen sus mieses, cortan sus árboles, roban su casa, y á veces la derriban. Hay mujeres que se contentan con abandonar al marido de quien tienen queja, participando á sus parientes que no pueden vivir con él. Estos se encargan de la venganza, y el pobre marido se tiene por dichoso si escapa del peligro sin mas pérdida que la de su mujer y sus bienes. Cuando se hace el divorcio, cualquiera que sea la parte que haya dado motivo á él, la mujer tiene derecho para volver á casarse. Sus hijos la siguen, y son adoptados por el nuevo marido, de suerte que un hombre tiene á veces el sentimiento de perder en un

instante mujer é hijos por la estravagancia de una caprichosa. Este predominio aparta á muchos del matrimonio. Los mas de ellos viven con rameras que compran á sus padres, y teniéndolas en lugares separados, se abandonan al libertinaje, cuyo fruto es el mal venéreo, muy comun en aquel pais. No es este el único delito que infama á aquellos isleños, pues el nombre de ladronas que se dió á las islas, prueba cuán familiar les era el robo: sin embargo vemos que no necesitan entre sí cerrar las puertas de sus casas; pero respecto á los estranjeros no tienen el menor escrúpulo en robarles cuanto pueden haber á las manos.

La autoridad de los caudillos de la nacion no es menos limitada que la de los padres, y estos isleños no reconocen soberano. Todas sus leyes se reducen á un corto número de usos, que observan por costumbre, y de los cuales se dispensan á su arbitrio. Cada cual se hace justicia á sí mismo en las desavenencias que se orijinan entre ellos; y si sucede algun altercado de pueblo á pueblo, lo terminan con las armas.

Sus guerras son cortas y poco sangrientas: con la misma facilidad con que se irritan se apaciguan: la muerte de dos ó de tres hombres, decide regularmente de la victoria. Cuando salen á campaña dan grandes alaridos para animarse unos á otros; y como son naturalmente cobardes, cuidan mas de sorprender á sus enemigos que de embestirlos. No conocen órden ni disciplina militar; no llevan consigo víveres ni provisiones, y pasan á veces dos ó tres dias sin comer, ocupados únicamente en observar los movimientos del enemigo para hacerle caer en alguna emboscada; pero cuando ven correr la sangre de sus compañeros, echan á huir. El ejército vencido pide la paz y la consigue con donativos. Los vencedores celebran sus triunfos con versos satíricos, que se cantan en las fiestas y se conservan por tradicion.

Parece imposible que pueblos como los que describimos, sin conocimiento alguno de las ciencias ni de las bellas artes, tengan sus historias y poesías, de que hacen gran vanidad. Verdad es que estas historias no son mas que un tejido de fábulas, y las poesías son menos que medianas; pero su lengua es abundante, enérjica y muy dulce. Uno de sus primeros cuidados es

hacer trasposiciones de palabras y aun de sílabas, de lo cual resultan equívocos y alusiones que ellos aprecian mucho.

Seria difícil encontrar una nacion que desprecie tanto á las demas, un pueblo mas inconstante en sus gustos que el de estas islas, ni mas apasionado á los placeres. Estos isleños son naturalmente alegres, decidores y aun bufones. Gustan mucho de juntarse y festejarse con banquetes y bailes. Sus diversiones son danzar, correr, luchar y cantar los versos de sus poetas, á quienes tratan con mas distincion que nosotros. Las mujeres tienen tambien sus juntas particulares, adonde concurren adornadas á estilo del pais, es decir, con el cuerpo cargado de almejas, conchas, etc. En estas fiestas forman un círculo de doce á quince personas, las cuales se mantienen en pie, y sin moverse de su puesto cantan varias canciones y se acompañan con castañuelas.

Las islas Marianas estan poco pobladas. En la de Guama no se cuentan mas que treinta mil habitantes: la de Saipan tiene menos, y á proporcion las demás: y aun hay una enteramente desierta, aunque muy fértil, que es la de Tinian, á la cual los españoles por la belleza de su vista llamaron *Buenavista*. Está cerca de la de Guama, se hallan en ella escelentes pastos y frutas esquisitas. Los árboles mirados desde alguna distancia parece que estan plantados con simetría. Se ven allí pacer millares de bueyes juntos en los espaciosos prados que hay á la ribera del mar; estos animales tienen todo el cuerpo muy blanco, á escepcion de las orejas que son negras. Cuentan que esta isla quedó despoblada de resultas de una epidemia. Aunque las islas Marianas estan situadas bajo la zona tórrida, los calores en ellas no son escesivos, porque su clima es templado, el aire puro y el cielo sereno. Los hombres gozan de larga vida: el pais produce todo lo necesario para la subsistencia de sus habitantes, despues que los españoles han introducido allí el arroz, las legumbres, las gallinas, vacas y cerdos que se han multiplicado estraordinariamente en las montañas. En estas islas no se habian visto ratones hasta que llegaron los navíos españoles, ni se encuentra en ellas ningun animal venenoso. Las demás producciones naturales del pais son casi las mismas que en Filipinas; pero la fruta maravillosa y

particular de las Marianas es una especie de manzana del tamaño de un melon, llamada *fruta de pan*, porque los isleños la usan en lugar de él, y es muy nutritiva. El árbol que la produce tiene la copa ancha y espesa, y las hojas negruzcas: la fruta es redonda, y está cubierta de una cáscara fuerte, erizada de puntas. Su carne es tan blanca y tan tierna como la miga del mejor pan. La comen cocida ó asada al horno, y en este último estado se conserva de cinco á seis meses; pero cuando está fresca no se puede conservar mas que veinticuatro horas, porque se seca y adquiere mal sabor.

Isla de Fai-Wan, ó Formosa. —La isla Formosa y el Japon son en número de treinta y seis, y estan sujetas á un mismo rey. De estas islas la mas famosa es la de Fai-Wan. Los portugueses la llamaron *Formosa* por su hermosura y amenidad; este es el nombre con que se la conoce en toda Europa; y con razon, porque los árboles están allí dispuestos con tan bello órden, que toda la parte meridional parece una inmensa arboleda, y la China tiene pocas ciudades comparables á Fai-Wan, su capital, en la riqueza y número de sus habitantes. Las calles están tiradas á cordel, y muchas de ellas corren desde un estremo á otro de la ciudad. Las casas, cuyos techos son de paja, y las paredes de tierra, no dejan de tener cierta belleza en tiempo de los grandes calores, porque entonces las calles estan cubiertas de toldos que ocultan los techos de los edificios, y no dejan descubierta mas que la parte inferior, donde se ven tiendas adornadas con las mas belles mercaderías; las telas de seda, vasos de porcelana y obras barnizadas presentan una perspectiva de las mas agradables.

La parte mas habitada de la isla pertenece á los chinos, y es de la jurisdiccion de la provincia de Fokien, de donde van y vienen navíos continuamente. Hay aquí tres gobernadores subordinados al de la capital, el cual depende del virey de Fokien: estos oficiales están encargados de observar lo que entra y lo que sale de la isla. No es permitido ni aun á los chinos establecerse en ella sin pasaportes y fianzas, porque están persuadidos á que el que se apoderase de este pais sería bien pronto dueño de todo el imperio. Por esta causa mantienen aquí una fuerte guarnicion, cuyos

comandantes se mudan de tres en tres años, y á veces antes.

Este pais suministra todo lo necesario para el sustento y para el regalo: las frutas son abundantes y deliciosas; entre ellas hay naranjas, ananes, cocos y otras producciones del Asia, y tambien las mas escelentes de Europa. Pero lo mas esquisito de esta isla son las zandías de forma algo prolongada, á veces redondas, y de carne roja, que son el mayor regalo de las mesas en la China. Los jéneros mas comunes y baratos que allí se encuentran son el tabaco y el azúcar; y no quieren creer los naturales que en Europa cuesta tanto dinero lo que ellos vende casi de balde.

La isla Formosa abunda en todo jénero de aves y de caza, no se ven en ella lobos ni tigres, osos ni leopardos. Los bueyes sirven para cabalgar, y les ponen sillas y bridas como á nuestros caballos; pero las sillas, mas largas que las nuestras, pueden contener hasta tres personas. El aire es puro, el cielo sereno y el agua escelente. Esta isla, muy diferente de aquellas metrópolis que absorven la subsistencia de los pueblos de su jurisdiccion, provee á las demás que dependen de ella. Ya no queda ninguno rastro del *castillo de cabellos rubios,* cuyo nombre se conserva, porque es el que dan en la China á los holandeses.

Aunque la isla Formosa está poco distante de este imperio, parece que los chinos no la conocieron hasta el siglo XV. Un mandarin, volviendo de las provincias occidentales, arribó á esta isla, y se detuvo en ella para informarse de la naturaleza del pais y de los habitantes. Sus cabañas rústicas, su desapego al oro, plata, muebles, vestidos, etc., hicieron que el mandarin los mirase con desprecio, por lo cual esta visita no tuvo consecuencia alguna. Cien años despues una escuadra japonesa entró allí sin resistencia; pero habiendo sido arrojado á esta isla por una tempestad un navío holandés, pareció á su capitan tan bello el pais, que solicitó de los japoneses el permiso de construir una casa á la entrada del puerto, la cual no tardó en convertirse en un fuerte. Los nuevos huéspedes arrojaron de allí á sus bienhechores, y se apoderaron del pais sin resistencia alguna de los naturales, enemigos de la guerra á causa de su carácter humano. Un corsario despojó de esta con-

quista á los holandeses, y gobernó la isla con título de rey, que dejó en herencia á sus sucesores. Estos se sometieron á los chinos, los cuales enviaron una colonia, fabricaron ciudades, y establecieron en Formosa su gobierno, leyes y costumbres.

En cuanto á sus antiguos habitantes, son corpulentos y bien dispuestos; su color es cetrino, y el cabello liso que les cae sobre los hombros. Las mujeres son pequeñas, gruesas y robustas. El vestido de los hombres es un pedazo de tela que les rodea el cuerpo desde la cintura hasta las rodillas; pero al norte de la isla tienen vestidos de pieles, parecidos á los pellicos de nuestros pastores. Andan desnudos en cierta estacion del año, creyendo que si no lo hiciesen, sus dioses no les enviarian lluvia y seria mala su cosecha. Si en este tiempo se encuentra á alguno vestido, se le confiscan sus bienes y se le condena á una multa. Algunos imprimen sobre su carne figuras grotescas de animales, árboles y flores; y esta distincion que solo se concede á los que sobresalen en la carrera ó en la caza, les cuesta muy caro, porque los espone á dolores tan agudos, que los matarian si toda la operacion se hiciese de una vez. Por eso la van haciendo poco á poco en el transcurso de muchos años, y así los dolores son mas tolerables. Los pendientes de las orejas, los brazaletes, sartas de cuentas, y plumas de faisanes son el adorno ordinario de ambos secsos. Está prohibido á los hombres llevar el cabello largo hasta que tienen la edad de diezisiete años: entonces se dejan crecer la barba y el cabello, y cuando está bastante crecido tratan de casarse. Las mujeres nunca se cortan el cabello, y las casan en cuanto tienen la edad competente. Estos casamientos se hacen sin ceremonia y con una buena fé que nada tiene de bárbaro. Cuando un jóven encuentra á una moza de su gusto, va por espacio de muchos dias á darle música á su puerta; si la moza admite sus obsequios, se presenta á él, y se arreglan entre ellos las condiciones. Los padres hacen los preparativos de la fiesta, que se celebra en la casa de la novia, y en ella establece el novio su morada, lo cual considera el suegro no como una carga, sino como un beneficio para su familia. De aquí proviene que gustan mas de tener hijas que hijos varones, porque aquellas les procuran yernos que son el apo-

yo de la casa. Aunque las mujeres se casan tan jóvenes, no las permiten parir hasta la edad de treinta y cinco años. Si antes de esta edad se hacen embarazadas, dicen que las sacerdotisas las hacen abortar dándolas golpes en el vientre. Se tiene por delito parir antes de esta edad, y ha habido mujeres que han estado preñadas diez veces antes de que se las permita ser madres.

El alimento ordinario de esta nacion es el arroz; y cuando quieren algun manjar estraordinario van á cazar ó pescar, cuya carne comen medio cruda; y así esta como los demás alimentos, se presentan á la mesa sobre una tabla ó sobre mimbres. Sus deseos no esceden de sus necesidades físicas, que son muy fáciles de satisfacer. Esta vida sencilla y uniforme les proporciona la salud y el vigor del cuerpo. Solo les falta el ser libres. Cuando el arroz empieza á madurar, está prohibido á los majistrados comer azúcar, beber vino y mascar vetel, sopena de ser mirados con el mayor desprecio.

Los chinos, sus dominadores, les han dejado algunos restos de su antiguo gobierno. Cada aldea elije por sus jueces á tres ó cuatro de sus habitantes mas ancianos, de integridad conocida, que deciden con poder absoluto en todo jénero de pleitos. El que rehusase someterse á su sentencia, seria desterrado al punto sin esperanza de volver al pais, y no se le admitiria en ninguna parte de la isla. Estos majistrados se mudan todos los años.

FIN DEL TOMO VIJÉSIMOPRIMERO.

INDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO UNICO.

ASIA.

INDIAS ORIENTALES.

LIBRO PRIMERO.

INDOSTAN Ó GRAN MOGOL.